

JOSEPH CONRAD

SALVAMENTO



TRADUCCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS DE MIGUEL MARTINEZ-LAGE

NARRATIVA CLÁSICOS



Lectulandia

Durante su luna de miel en Bretaña, en abril de 1896, Joseph Conrad comenzó a escribir su tercera novela. El título original era *The Rescuer*. Según sus planes, tendría acabada la novela en un plazo de doce o catorce meses a lo sumo. Sin embargo, nada menos que veintitrés años le ocupó la redacción de *The Rescue*, título con el que por fin fue publicada en 1920. Muchos pasajes de sus cartas podrían aducirse para ilustrar el grado de desesperación, a veces rayano en lo suicida, vivido por Conrad durante sus forcejeos con *Salvamento*. Llegó incluso a reconsiderar la posibilidad de abandonar la literatura y volver a hacerse a la mar; viajó a Edimburgo en busca de una comisión de mando en un navío mercante. El manuscrito le siguió sin dejarlo a sol ni a sombra desde el comienzo de su trayectoria hasta sus años finales; ocupó sus pensamientos a lo largo de sus años de éxito; con cada nueva novela que terminaba volvía a replanteárselo. Al reanudarlo tenía sesenta y un años y estaba aquejado por varias enfermedades, exhausto por los largos años de la guerra, pero era un guerrero anciano, incapaz de renunciar a su empeño y dispuesto, incluso, a morir en el intento. Acicateado por la proximidad de la muerte («a partir de los sesenta, uno empieza a contar los días»), en el otoño de 1918 decidió hacer un último esfuerzo para terminar el proyecto de una novela que, por algo será, jamás había dejado caer en el olvido. Olvido en el que, por contra, sí ha incurrido, hasta el momento, el mundo editorial en lengua castellana. La presente traducción pone punto final a tan injustificada omisión.

Lectulandia

Joseph Conrad

Salvamento

Novela de amor en las aguas someras

ePub r1.0

Titivillus 24-12-2017

Título original: *The Rescue*
Joseph Conrad, 1920
Traducción: Miguel Martínez-Lage

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Durante su luna de miel en Bretaña, en abril de 1896, Joseph Conrad comenzó a escribir su tercera novela. Vaya por delante que dicho viaje de novios no fue ni mucho menos idílico: Conrad había sufrido un serio revés financiero poco antes de su boda con la imperiosa y burda Jessie; a la vez, comenzaba a recelar de la capacidad que pudiera tener como escritor.

El título original de esa novela era *The Rescuer*, publicada *La locura de Almayer* en el año anterior y recién dada a la imprenta *Un paria de las islas* (se publicó en marzo de 1896), aparte de ser conocido ya por algunos relatos, Conrad siguió al pie de la letra el consejo de su buen amigo y mentor en asuntos literarios, el crítico Edward Garnett (a la sazón abuelo de Angélica, sobrina a su vez de Virginia Woolf), y optó por ceñirse a los asuntos marítimos y a los escenarios exóticos que conocía de primera mano como pocos. De hecho, esta «trilogía inicial» se aglutina en torno a tales elementos; comparten la presencia del capitán Lingard las tres novelas y tratan ciertos temas recurrentes en sus primeras obras: la traición, el escapismo, el incumplimiento del deber. En cierto modo, esta novela cierra una trilogía a la inversa, ya que se ocupa de regresar al glorioso comienzo del personaje cuya decrepitud relató Conrad en la primera de las suyas.

Según sus planes, tendría acabada la novela en un plazo de doce o catorce meses a lo sumo. Sin embargo, nada menos que veintitrés años le ocupó la redacción de *The Rescue*, título con el que por fin fue publicada en 1920. Al hilo de esta dilatadísima composición —uno de los casos más espectaculares de eso que la crítica posmoderna ha dado en llamar «el bloqueo del escritor»— creo que vale la pena examinar ciertos rasgos de *Salvamento*, tal como he decidido titularla en castellano. ¿Cuántas veces anunció Conrad a Pinker, su agente literario, que *Salvamento* iba a ser la siguiente novela que le entregase? Pocos escritores se pueden comparar a Conrad en el arte del «wishful thinking», y es que *Salvamento* fue, en distintas fases de su vida, la tabla de salvación a la que Conrad quiso agarrarse tanto en lo financiero como en lo estrictamente literario.

Muchos pasajes de sus cartas podrían aducirse para ilustrar el grado de desesperación, a veces rayano en lo suicida, vivido por Conrad durante sus forcejeos con *Salvamento*. Llegó incluso a reconsiderar la posibilidad de abandonar la literatura y volver a hacerse a la mar; viajó a Edimburgo en busca de una comisión de mando en un navío mercante. El manuscrito —tal como lo abandonó en 1899, abarca los dos primeros tercios de la novela; lo aparcó en el momento en que Edith Travers se desplaza al bergantín de Lingard— le siguió sin dejarlo a sol ni a sombra desde el comienzo de su trayectoria hasta sus años finales; ocupó sus pensamientos a lo largo de sus años de éxito, primero de crítica y luego de público (ya a partir de 1913, con *Azar*); con cada nueva novela que terminaba volvía a replanteárselo. Al reanudarlo tenía sesenta y un años y estaba aquejado por varias enfermedades, exhausto por los largos años de la guerra, pero era un guerrero anciano, incapaz de renunciar a su empeño y dispuesto, incluso, a morir en el intento. Acicateado por la proximidad de

la muerte («a partir de los sesenta, uno empieza a contar los días»), en el otoño de 1918 decidió hacer un último esfuerzo para terminar el proyecto de una novela que, por algo será, jamás había dejado caer en el olvido.

Dedicó dos meses a releer el manuscrito por enésima vez y a tratar de captar el estilo de antaño tan al máximo como le fuera posible. Cuando vendió el manuscrito, comentó que «junto a la obra publicada, podría ser una curiosidad literaria que muestre las modificaciones de mi criterio, mi gusto y mi estilo a lo largo de los veintitantos años que abarca toda mi vida literaria». Sin duda es cierto, aunque conviene tener presente que la trayectoria literaria de Conrad no es una gráfica en constante ascenso, sino una curva que al final desciende, de modo que el primer borrador de *Salvamento*, retocado y completado al final, está cerca del humor nostálgico de sus últimos años. Tal vez así se explique en parte ese larguísimo bloqueo que le impidió concluirlo antes, sin que ello reste mérito alguno a la novela, construida con apego insólito al esbozo que planteó a Blackwood en 1897.

Cuando revisaba el manuscrito para su publicación en libro, cuando aún se publicaba por entregas la novela en febrero de 1919 escribió a Pinker lo siguiente: «Creo sinceramente que *Salvamento* tiene una calidad especial. Supongo que siempre se escribirán novelas de aventuras, aunque bien podría ser que *Salvamento*, por su concentración de color y de tono, persista como si fuera el canto del cisne de la novela de amor y aventuras en tanto literatura artística. La publicación por entregas está recibiendo una extraordinaria acogida. He recibido muchas cartas muy amables, y dos o tres de verdadera nota».

Y es que *Salvamento* reúne casi todos los elementos cruciales de la vida y la obra de Conrad: su filosofía humana, su pericia de marino, la representatividad de su imaginación literaria, el crecimiento del escritor hasta llegar a ser una figura de fama internacional.

*

Así pues, ¿cuáles son esas dificultades que impidieron a Conrad la escritura continuada de *Salvamento*? El propio autor dedica a esta cuestión buena parte de la «Nota» que antepuso a la novela, que incluimos en esta edición. Ahora bien, es preciso tener presente que el abandono del manuscrito le llevó a escribir primero, en un tiempo récord, *El negro del «Narcissus»*; lo retomó y lo dejó para escribir *Lord Jim*, si bien esta novela, la mejor sin duda de las suyas, quizás la hubiera empezado a idear algo antes, durante la escritura de ese relato magistral que es *Juventud*. En estas dos obras nace un personaje memorable: Marlow, que luego tendrá pleno desarrollo en *El corazón de las tinieblas* y en *Azar*. Y Marlow es, ante todo, una voz narrativa, una actitud ante el mundo, una solución, creo, al empantanamiento que vivió Conrad en sus intentos por sacar adelante *Salvamento*.

Una de las dificultades más obvias radica en el asunto mismo de la trama. El

héroe, Tom Lingard, está obligado por su honor a ayudar a Hassim e Immada a recuperar el trono de su país natal. Para ello, ha hecho acopio de armas y ha sellado alianzas con diversos caciques del archipiélago de Malasia. Cuando ya está cerca el momento de la verdad, la aparición de una hermosa mujer inglesa, Edith Travers, aleja su atención de tales menesteres mediante la tentación que le supone una vida muy distinta y otra clase de lealtades. Conscientemente o no, Conrad tal vez haya relacionado esta idea argumental con sus propios deberes hacia su patria, de la que se había alejado al verse atraído por una vida muy distinta, primero en el mar, a bordo de varios navíos de bandera inglesa, y luego en calidad de escritor en inglés, llegando a ser, mucho antes que Nabokov, uno de los prosistas y novelistas más excepcionales de la lengua inglesa. Lo de menos es dónde naciera.

A esa indecisión frente al conflicto moral no es ajeno el nombre del propio personaje, ya que Lingard recuerda el verbo «to linger», que remite a algo o alguien que se detiene, persiste, se entretiene e incluso se paraliza sin decantarse por ninguna de las opciones que se le presentan. Por ser una honda indagación sobre la culpa y otros dilemas morales, entiendo que *Salvamento* termina donde arranca *Lord Jim*. No en vano estuvo trabajando en ambas al mismo tiempo.

Pero hay otras trabas en el desarrollo mismo de la novela, no de cara a su lectura (es verdad que tal vez sea preciso reconocer, a ochenta años vista, ciertas excrecencias retóricas)^[1], sino para entender lo mucho que le costó escribirla a su autor. Se trata de la exploración del tema de las clases sociales y del tratamiento literario del amor. Los ocupantes del yate varado que Lingard ha de salvar son precisamente la roca en la que encalla el proyecto inicial de Conrad; baste recordar lo que dice el propio Marlow al principio de *El corazón de las tinieblas* acerca de esta clase de ciudadanos: «Todos comenzamos la vida al servicio de la marina mercante [dice al describir a sus compañeros a bordo de la yola en la que esperan a que cambie la marea]. Entre nosotros cinco existía el fortísimo vínculo del mar y la camaradería de los marinos, que no puede otorgar ningún grado de entusiasmo por la navegación de crucero, ya que una es tan sólo la diversión en plena vida, y la otra es, si acaso, la vida misma».

Igual que *Lord Jim*, Lingard ocupa una posición ambigua en la escala social a resultas de sus éxitos en ultramar, lejos de su tierra natal. El grado de intimidad que alcanza con Edith Travers, qué duda cabe, no es un asunto fácil de narrar para un marino tan curtido como Conrad, un escritor tan poco dado al elemento amoroso; por eso, creo, se decanta por el melodrama, género que en sus manos había de ser harto particular: para muestra, baste señalar la culminación de la atribulada pasión amorosa de Lingard y Edith Travers, y el modo a la vez intenso y sutil en que describe ese beso fugaz, que nada tiene que envidiar al famoso punto y aparte de Stendhal en *Rojo y Negro*.

Salvamento es una novela de amor (el subtítulo no engaña) y de aventuras: «A Romance of the Shallows», reza el original. La palabra «aventurero» adquiere

connotaciones sumamente positivas porque se opone diametralmente al aprisionamiento en que encierra a los ocupantes del yate la estructura de clases prevaleciente en Inglaterra. Entiendo que esta valoración adquiere una gran importancia en lo que se refiere al tan comentado imperialismo de Conrad: si hay lector o crítico que aún tenga dudas sobre el colonialismo y el racismo de este autor, *Salvamento* es la novela que le está esperando con los brazos abiertos para desmentir tal opinión. Para colmo, es una novela que deja bien clara, a través de Edith Travers y de Immada, cuál es su posición sobre el feminismo. En efecto, es una novela de aventuras al más puro estilo Salgari, incluso apta para todos los públicos. Hay en ella un homenaje implícito a autores como el Capitán Marryatt y James Fenimore Cooper. *Salvamento* tal vez había de ser una exaltación de los libros para jóvenes; en la meditación de Conrad sobre este género se basa el primer esbozo de la novela.

Por terminar con las dificultades que arrostró Conrad en la redacción de *Salvamento*, vale la pena señalar una de orden estrictamente práctico: muy al principio de su escritura percibió un anticipo por los derechos de publicación en Norteamérica; falto como siempre de dinero, por no decir que con el agua al cuello, quiso poner fin a otros proyectos para gozar de una elemental liquidez monetaria. Aún no habían llegado los buenos tiempos del éxito comercial.

Habría que buscar, sin embargo, otra de las dificultades que antes predicaba: la ambiciosa mezcla de géneros que se propuso Conrad, que quiso escribir una novela poco o nada al uso, a caballo entre distintas opciones estéticas, como nadie acostumbraba hacer a comienzos de siglo. *Salvamento* tiene, también, una indudable calidad operística; cuando Conrad concluye la novela, es muy consciente de la teatralidad de ciertas escenas; Lingard y Edith hablan incluso de las óperas que ambos han visto, y sostienen entre ambos dos *duettos* de altísimo contenido emocional y erótico. No es muy conocido que Conrad, al final de su vida, fue un gran aficionado a la ópera; sin serlo, yo no dudaría en afirmar que Edith viene a ser Carmen para el Don José que sería Lingard. Muy al final de la novela, Lingard recurre a una clara alusión al filtro amoroso de *Tristán e Isolda*, pero entiendo que mejor será que el lector llegue por sus propios medios a tal desenlace. Como en todo teatro de primera magnitud, la tragedia de Lingard estriba en gran parte en que confunde la ilusión con la realidad, y es Edith la que hace hincapié en el tema de la ilusión, en la irrealidad de su existencia. Quien acude con afán de salvar a una víctima tal vez termine por ser víctima de la mujer a la que salva.

*

Salvamento fue recibida con generosidad por la crítica y el público. Conrad ya era una figura de primerísima fila, y en aquel año incluso se llegó a considerar su candidatura al Nobel. Una jovencita Virginia Woolf apuntó sin embargo — anónimamente, en el *TLS*— que era una novela un tanto repetitiva y en ocasiones

poco convincente. El principal reparo que le pone Woolf es en qué modo aborda el tema del amor; así pues, cabe imaginar a la promesa de las letras del modernismo atacar a sus mayores de modo un tanto tendencioso, y no digo gratuito, aunque eso no quita para que el romanticismo de la trama no sea el tono más indicado para un autor como Conrad, ya en su senectud.

Por otra parte, Katherine Mansfield, que había sido muy dura con *La flecha de oro* (pensaba que era una novela hecha con retazos de la juventud del autor, con el solo afán de rentabilizar la gran fama de Conrad en su vejez; estimaba que el personaje femenino, Doña Rita, era una fantasía de un aprendiz), señaló que *Salvamento* era una novela de gran madurez (y André Gide era de la misma opinión). Para Katherine Mansfield, Edith Travers es la encarnación misma de la *femme fatale*: «es la flor de la corrupción —dice, y lo firma, e incluso lo recoge en un volumen de ensayos—; es la yedra venenosa que sólo sabe alimentarse de la vida ajena. Y Lingard es su víctima perfecta y aquiescente».

Por lo que alcanzo a saber, esta traducción de *Salvamento* es la primera que se hace al castellano, tal como ya hice en su día con *Crónica personal* (Trieste, 1990; reeditada por Alba en 1998) y *Azar* (Alianza, 1994). No deja de ser llamativo que *Azar* y *Salvamento* sean las dos novelas de Conrad en las que más relevancia tienen los personajes femeninos: en la primera, la trama gira en torno a la intrigante Flora de Barral; en ésta, *Salvamento*, la tragedia —o la salvación, según se mire— la desencadena la subyugante Edith Travers. A día de hoy, setenta y siete años después de su muerte, toda la obra narrativa y de no ficción escrita por Joseph Conrad se puede leer en castellano.

Miguel Martínez-Lage
Alloz, noviembre de 2000

*¡Lastima!, dijo ella: ¿cómo ha podido esto ocurrir?
¡Y es que nunca imaginé la posibilidad
de que tal prodigio o maravilla pudiera existir!*

—Chaucer,
The Frankeleyns Tale
(Cuentos de Canterbury, w. 670-672)

A

FREDERIC COURTLAND PENFIELD

*difunto embajador de los Estados Unidos
de América en el extinto Imperio Austrohúngaro,
queda dedicado este relato antiguo con gratitud,
en recuerdo del salvamento de ciertos
viajeros en aprietos, efectuado por él
durante la gran tempestad mundial
del año
1914*

NOTA DEL AUTOR

De mis tres novelas largas que sufrieron una prolongada interrupción en el transcurso de su escritura, *Salvamento* fue la que más tuvo que esperar hasta complacer por fin a los Hados. No delato secreto alguno cuando afirmo aquí que tuvo que esperar exactamente veinte años hasta quedar concluida. La dejé a un lado al terminar el verano de 1898 y más o menos al terminar el verano de 1918 volví a retomarla con la firme determinación de llegar a escribir el final, fortalecido por la súbita sensación de que tal vez por fin estuviera a la altura de esa tarea.

No quiero decir con ello que la retomara alborozado. Era muy consciente, tal vez demasiado, de los peligros que entrañaba semejante aventura. La amabilidad y la simpatía asombrosas que hombres de muy distintos temperamentos, diversos puntos de vista y variados gustos literarios han manifestado a lo largo de los años respecto de mi obra me han sido de grandísima ayuda, por no decir que lo han sido todo, salvo capaces de otorgarme esa desmesurada confianza en uno mismo que bien puede ser un gran apoyo para un aventurero, pero que tantas veces, a la larga, termina por llevarlo a la horca.

Habida cuenta de que el rasgo más característico que deseo imprimir en estas breves «Notas del autor» que preparo para la primera edición de mis obras reunidas es la de una franqueza absoluta, me apresuro a declarar que fundé mis esperanzas no en mis supuestos méritos, sino en la sostenida buena voluntad de mis lectores. Bien podría decir que mis esperanzas han tenido plena justificación, y que han sido desproporcionadas por comparación con mis travesías del desierto. Me veo recibido con las críticas más consideradas y más delicadamente expresadas, ajenas a todo antagonismo; en sus conclusiones, demuestran una perspicacia que por fuerza ha tenido que conmoverme en lo más profundo, aunque también haya venido asociada a elogios suficientes para hacerme que me sienta como un rico que hubiera dejado atrás todo sueño de avaricia. Y me refiero a la avaricia del artista, que persigue sus tesoros en los corazones de las mujeres y los hombres.

No: al margen de las angustias preliminares que pudiera albergar, esta aventura no iba a terminar en la tristeza. Una vez más, la Fortuna favoreció a la audacia. Y eso que jamás he olvidado la jocosa traducción del adagio «*Audaces fortuna jurat*» que me propuso mi tutor cuando era un chiquillo: «Los audaces sufren picaduras». Sin embargo, también puso esmero en apuntarme que existían distintos tipos de audacia. ¡Y los hay, vaya si los hay! Por ejemplo, existe esa audacia que resulta casi indiscernible de la impudicia. Debo creer que en este caso no he pecado de impudicia, pues tengo plena consciencia de haber sufrido unas cuantas picaduras.

Lo cierto es que cuando dejé a un lado la escritura de *Salvamento* no lo hice por desesperación. Fueron varias las razones que dieron lugar a este abandono, y no me cabe duda alguna de que la primera fue la percepción cada vez mayor de la dificultad general que me presentaba el manejo del asunto sobre el cual trata la historia. El contenido y el argumento estaban bien claros en mi ánimo. En cambio, en cuanto al modo de presentar los hechos y, en menor medida, a la naturaleza misma de los

hechos, eran muchas las dudas que me embargaban. Me refiero a los hechos más reveladores y representativos, a los que más aportan en la plasmación de la idea, hechos de tal naturaleza que no exigen una elaborada recreación del ambiente en detrimento de la acción. No veía el modo de evitar el caer en una presentación tediosa de los detalles, ni la fatiga generada en aras de una mayor claridad. Veía la acción con suficiente nitidez. Lo que había perdido, al menos de momento, era la fórmula de expresión apropiada, la única fórmula que se adaptase a la idea. Y esto, cómo no, debilitó mi confianza en la valía intrínseca y en el posible interés que revistiera la historia, esto es, en mi invención. Sin embargo, sospecho que, en realidad, el problema radicaba en las dudas que me inspiraba mi prosa narrativa, las dudas sobre su idoneidad, sobre su poder de dominar tanto los colores como los matices del relato.

Es difícil describir con la misma exactitud con que la recuerdo la complejidad de mis sentimientos, si bien aquellos de mis lectores a los que interesan las perplejidades del artista sabrán entenderme a la perfección cuando reconozco que no renuncié a escribir *Salvamento* para abandonarme a la holganza, al remordimiento o a la ensoñación, sino para ponerme a escribir *El negro del «Narcissus»*, que inicié y terminé sin vacilaciones y sin pausas. Comparar cualquier página de *Salvamento* con cualquier página de *El negro del «Narcissus»* será suficiente para proporcionar una demostración ocular de la naturaleza y del sentido último de aquella primera crisis de mi vida de escritor. Y es que sin lugar a dudas fue una crisis profunda. Dejar a un lado una obra que estaba tan avanzada resultó una decisión horrible de tomar. Me fue arrancada de mi interior por la súbita convicción de que sólo existía un camino de salvación, y que era la única vía expedita para una conciencia intranquila. Terminar *El negro del «Narcissus»* produjo en mi ánimo turbado una sensación reconfortante, como se logra cuando damos por buena una tarea emprendida tiempo atrás, así como la primera sensación de una suerte de dominio que, con el tiempo, me valdría para lograr algo siempre y cuando contase con el concurso de las estrellas propicias. Si no volví a *Salvamento* de inmediato no fue porque me hubiera inspirado temor alguno. Al estar en condiciones de asumir una actitud más firme, me dije a propósito: «Esto es algo que aún puede esperar». En aquella misma época estaba no menos seguro de que *Juventud*, el relato que tenía entonces, por así decir, en la punta de la pluma, de ninguna manera podía esperar. Tampoco pudo esperar *El corazón de las tinieblas*, por la sencilla y práctica razón de que William Blackwood me había requerido que le proporcionase algún relato para su revista, de modo que hube de poner en marcha cuanto antes ese relato, que llevaba tiempo adormecido en mi ánimo. Obviamente, la venerable *Maga*^[2], a una edad tan patriarcal como demostraba el que hubiera llegado al número 1000, no podía quedar a la espera. Luego llegó *Lord Jim*: tenía ya diecisiete páginas escritas en mis ratos libres, pero se apoderó de mi ánimo con una vehemencia irresistible. De ese modo, cada trazo de la pluma me fue alejando más y más de la abandonada *Salvamento*, y no sin cierto pesar por mi parte, aunque también

con una reticencia cada vez más menguada. Al final me la quité de la cabeza como si hubiera reconocido que era inútil contender con una influencia muy superior a mis fuerzas.

Pasaron los años y creció el número de páginas por mí escritas, y aquellas largas ensoñaciones de las que fueron fruto se extendieron entre mi ser y la deserción de *Salvamento* como si fuera el espacio brumoso de un mar soñado. Con eso y con todo, nunca llegué a perder de vista esa oscura mancha asentada a lo lejos, envuelta por la neblina. Ya era diminuta, pero se reafirmaba gracias al atractivo que revisten los conocidos de antaño. Me parecía que sería una bajeza por mi parte abandonar este mundo dejándola allí a solas, a la espera de su destino, un destino que, así las cosas, jamás le habría de llegar.

El sentimiento, puro sentimiento como bien se ve, fue mi acicate de última hora para afrontar los quebraderos de cabeza y los sinsabores de ese recomenzar. A medida que regresaba muy despacio hacia el cuerpo abandonado del relato, comenzó a descollar en toda su grandeza entre los refulgentes médanos y las aguas someras de la costa, solitario, pero no intimidante. No tenía ni rastro de ser un pesaroso pecio. Al contrario, despedía un aire de vida y de expectación. Uno tras otro descubrí los rostros conocidos que contemplaban mi aproximación con tenues sonrisas de reconocimiento y también un punto de extrañeza. En todo momento habían tenido la certeza de que estaba yo obligado a regresar con ellos. Sin embargo, sus ojos me miraron con seriedad, tal como por otra parte era de esperar si se tiene en cuenta que yo mismo sentía una enorme seriedad al verme de pie entre ellos después de tantos años de ausencia. De inmediato, sin malgastar una sola palabra, nos pusimos a trabajar juntos en nuestra vida renovada, y en cada instante tuve la intensa sensación de que ellos, los que tanto habían esperado, no albergaban queja alguna contra el hombre que, por lejos que se hubiera extraviado en ocasiones, había faltado a su obligación una sola vez en su vida.

J. C.
1920

PRIMERA PARTE

EL HOMBRE Y SU BERGANTÍN

El mar de aguas someras que se alza en espumas y murmullos contra las orillas de las mil islas que, grandes y pequeñas por igual, conforman el Archipiélago de Malasia, ha sido desde hace siglos escenario de innumerables aventuras. En la conquista de esta región del planeta que ni siquiera hoy en día ha perdido todo el misterio y el aura romántica del pasado, han salido a relucir los vicios y las virtudes de cuatro naciones, y la raza que ha combatido contra portugueses, españoles, holandeses e ingleses no ha cambiado a raíz de una derrota que era desde el principio ineludible. Hasta hoy mismo mantiene intacto el amor por la libertad, la fanática devoción por sus jefes, la ciega fidelidad en la amistad y en el odio, es decir, todos sus instintos, rectos y aviesos por igual. Su tierra y sus aguas —pues el mar era tan patria suya como la tierra firme de sus islas— han sido presas de la civilización occidental, recompensas a cambio de una fuerza superior, ya que no de una mayor virtud. Mañana, el progreso de la civilización habrá borrado el rastro de una larga pugna librada para lograr una victoria inevitable.

No han dejado descendientes los aventureros que iniciaron esa pugna. Las ideas del mundo cambiaron demasiado deprisa para que tal avatar fuese posible. Sin embargo, hasta este mismo siglo han dejado sucesores. Casi en nuestro tiempo hemos visto a uno, un auténtico aventurero en su dedicación a sus propios impulsos, un hombre de elevadas miras y de corazón puro, que asentó los cimientos de un estado floreciente sobre la base de la justicia y la compasión. Reconoció con caballerosidad las aspiraciones de los conquistados; fue un aventurero desinteresado, y la recompensa de su nobleza estriba en el respeto con que venera su recuerdo una raza extraña y fiel.

Incomprendido y traicionado en vida, la gloria de sus logros reivindica la pureza de sus motivos. Su lugar pertenece a la historia. Hubo sin embargo otros aventureros de menor renombre que no gozaron de sus ventajas de cuna, de posición social, de inteligencia innata; hubo otros aventureros más oscuros que sólo contaron con su simpatía por los pobladores de las junglas y del mar, a los que él tan bien comprendió y amó tanto. No podría decirse que hayan caído en el olvido, pues ni siquiera fueron conocidos. Se perdieron entre el común de los marinos y comerciantes del Archipiélago, y cuando surgen de las tinieblas es sólo para ser condenados por haber vivido fuera de la ley. Sus vidas se echaron a perder por una causa que carecía de derecho a la existencia en la faz de la tierra, y menos ante el progreso irresistible y ordenado. Sus vidas insensatas estuvieron guiadas únicamente por la sencillez del sentimiento.

Sin embargo, esas vidas echadas a perder han teñido de romanticismo, para los pocos que saben, la región de aguas poco profundas y de islas e isletas revestidas de vegetación que se encuentra muy al oriente y que sigue envuelta por el misterio, entre la alta mar de dos océanos.

1

De la llanada azul de un mar poco profundo surge Carimata como un erial altanero de tonos grises y amarillentos, el páramo desolado que remata sus áridas y escasas alturas. Al oeste, separada por una estrecha franja acuática, Suroeton muestra un perfil curvo y escarpado que recuerda el espaldar de un gigante que se encorva. Más al este, una tropa de isletas insignificantes y medio borrosas, indistintas, de vagos rasgos, parece fundirse con las sombras que se congregan. La noche avanzaba despacio hacia el este con la puesta del sol, tragándose la tierra y el mar; la tierra quebrada, atormentada, abrupta; el mar liso e incitante, como la invitación de una superficie pulida, fácil y continua, excusa para vagar con toda paz y sin fin.

No soplaban el viento, y un pequeño bergantín que había pasado toda la tarde a escasas millas al noroeste de Carimata apenas había alterado su posición en menos de media milla durante todas esas horas. Reinaba una calma chicha absoluta, la quietud de un mar muerto y de una atmósfera muerta. En lo que la vista alcanzaba, no había más que una inmovilidad impresionante. Nada se agitaba en tierra, nada sobre las aguas ni encima de ellas, ni en el brillo aquietado del cielo. Sobre la impertérrita superficie del estrecho flotaba el bergantín tranquilo y sin escora, como si estuviera soldado con firmeza, quilla con quilla, a su propia imagen reflejada en el inmenso espejo del mar. Al sur y al este, las islas duplicadas contemplaban en silencio el navío y su reflejo, que parecían clavados entre ellas para siempre, cautivos sin esperanza de la encalmada, prisioneros sin esperanza de la escasa profundidad del mar.

Desde mediodía, cuando el aire leve y caprichoso de estos mares había abandonado al pequeño bergantín a su destino pendiente, incierto, se había aproado lentamente al oeste, y el extremo de su esbelto y pulido bauprés, que sobresalía con arrojo y elegancia por encima de la grácil curvatura de la borda, apuntaba al sol poniente como una lanza enarbolada en la mano de un enemigo. Plantado ante la rueda del timón, el contramaestre malayo estaba descalzo sobre el enjaretado, empuñando las cabillas en ángulo recto, con mano firme, como si el navío afrontase una galerna. Permanecía perfectamente inmóvil, como si estuviera petrificado, pero presto a virar en cuanto el destino permitiese al bergantín abrirse paso por el mar oleaginoso.

El único ser humano entonces visible en cubierta, aparte de él, era la persona al mando: un hombre blanco de escasa estatura, robusto, de mejillas bien afeitadas y

bigote hirsuto, con un rostro teñido de escarlata por la quemadura del sol y por las cortantes brisas saladas del mar. Se había quitado su chaqueta ligera y vestía tan sólo unos pantalones blancos y una sencilla camisa de algodón fino; con los brazos recios cruzados sobre el pecho, donde resaltaban como dos gruesos amasijos de carne cruda, iba de un lado a otro por la toldilla de popa. Llevaba en los pies unas sandalias de esparto y se protegía la cabeza con un inmenso sombrero de médula que fue blanco en su día, pero que ahora estaba muy sucio y que daba al hombre el aspecto de una seta fenomenal y animada, con movimiento propio. En ocasiones interrumpía sus pasos inquietos y arrastrados transversalmente por el saltillo de popa y permanecía inmóvil, con la mirada perdida pero clavada en la imagen del bergantín sobre el agua en calma. Allí abajo también alcanzaba a ver su busto asomado por la amura, y así pasaba un buen rato, como si estuviera absorto en sus propios rasgos, murmurando vagas maldiciones contra la encalmada que pesaba sobre el barco como una carga inamovible, inmensa y ardiente.

Por fin soltó un hondo suspiro, se aprestó para realizar un gran esfuerzo y, alejándose de la amura, logró arrastrar las chanclas hasta la bitácora. Allí se detuvo de nuevo, exhausto y aburrido. De debajo de los cristales levantados de la lumbrera del camarote cercano le llegó el tenue gorjeo de un canario, cosa que pareció producirle cierta satisfacción. Escuchó, sonrió débilmente, murmuró «Dicky, pobre Dicky» y se sumió de nuevo en el silencio inmenso del mundo. Con los ojos cerrados, agachó la cabeza sobre el latón caliente de la tapa de bitácora. De pronto, se irguió con una sacudida y habló con voz cortante.

—Te has dormido, tú. Mueve la rueda. Está de cía.

Sin el menor sobresalto, sin mover un músculo del cuerpo o de la cara, como si fuese un objeto inanimado que de pronto cobrase vida por la magia oculta de las palabras, el malayo hizo girar la rueda con rapidez, dejando pasar las cabillas entre las manos; cuando cesó el movimiento con un chirrido tropicado, de nuevo las sujetó con fuerza. No obstante, al cabo de un rato volvió la cabeza por encima del hombro, miró al mar y habló con tono de obstinación.

—Si no caza viento... No avanza.

—No caza, no caza... Eso es todo lo que sabes tú de esto —dijo el marino de cara colorada—. Con buen tiento se caza lo que sea, Alí —dijo con súbita condescendencia—. Con buen tiento se caza lo que sea, y así se fija el timón como se debe, ¿lo ves?

El estólido y prudente marino pareció ver, y menos aún oír, lo que se dice nada. El hombre blanco miró disgustado al malayo impasible, y luego contempló el horizonte. De nuevo miró al timonel y le largó una orden:

—Vuelve a mover la rueda. ¿No notas la brisa de popa? Pareces un mamarracho ahí de pie.

El malayo giró de nuevo las cabillas con obediencia desdeñosa, y el hombre de la cara colorada ya volvía a caminar y a mascullar cuando por la lumbrera oyó gritar

«¡Ah de cubierta!» y se detuvo en seco, atento, y su expresión facial se tornó de pronto más amigable.

—Sí, señor —dijo, y acercó la oreja a la abertura.

—¿Qué pasa ahí fuera? —preguntó una voz profunda desde abajo.

—¿Señor? —dijo el de la cara colorada en tono de sorpresa.

—Acabo de oír moverse la rueda del timón con un largo chirrido. ¿Qué se cuece, Shaw? ¿Sopla viento?

—Sí-í, señor —contestó Shaw arrimando la cara a la abertura de la lumbrera y hablando en dirección a la oscuridad del camarote—. Pensé que soplabla una brisa, pero se ha parado. No sopla ni una brizna, nada de nada.

Retiró la cabeza y aguardó un momento junto a la lumbrera, pero sólo oyó el piar infatigable del canario, un tenue gorjeo que parecía rezumar entre los rojos geranios cabizbajos que crecían en unos tiestos bajo la lumbrera. Se alejó un par de pasos antes de que la voz de abajo lo llamara con apremio:

—Eh, Shaw. ¿Está usted ahí?

—Sí, Capitán Lingard —respondió dando un paso atrás.

—¿Nos hemos movido algo esta tarde?

—Ni una pulgada, señor, ni una pulgada. Como si estuviéramos fondeados.

—Siempre es igual —dijo el invisible Lingard. Cambió el tono de su voz al desplazarse por el camarote, e inmediatamente después rompió a hablar con toda claridad, al tiempo que asomaba la cabeza por la entrada del camarote—. ¡Siempre igual! No se mueve la corriente hasta que anochece, cuando nadie alcanza a ver a dónde lo arrastra, así se confundan, y es entonces cuando se levanta la brisa. Y será bien poca cosa, de eso no me cabe duda.

Shaw movió ligeramente los hombros. El malayo que seguía ante la rueda del timón, tras agacharse un instante para ver qué hora era en el reloj del camarote, a través del tragaluz, dio un doble toque agitando la campana de popa. Inmediatamente, desde proa, en el entrepunte, sonó un silbido estridente, prolongado y modulado, que se extinguió con suavidad. El dueño del bergantín salió del tambucho a cubierta, miró a lo alto, a las vergas sin tensión y las velas lacias; desde la misma portezuela echó un largo y reposado vistazo al horizonte.

Tenía unos treinta y cinco años, era alto, flexible, de espaldar erguido. Se movía con toda libertad, más como un hombre acostumbrado a caminar por llanuras y montañas que como un hombre que desde su primera juventud se había acostumbrado a contrarrestar mediante súbitos balanceos del cuerpo el subir y bajar de las pequeñas embarcaciones que, con la cubierta repleta de gente, eran zarandeadas por el capricho de mares coléricos o juguetones.

Llevaba una camisa de franela gris y se sujetaba los pantalones blancos con una pañoleta de seda azul que se ceñía muy prieta a su estrecha cintura. Había subido a cubierta sólo un momento, pero al descubrir que en la toldilla de popa daba la sombra de la mayor optó por permanecer en el puente sin siquiera cubrirse la cabeza. El

cabello, castaño claro, se le rizaba muy prieto en la cabeza bien formada, y la barba recortada le brillaba vivamente cuando atravesaba una estrecha franja de sol, como si cada uno de sus cabellos fuese un hilo de oro ondulado y atenuado. Se le perdía la boca bajo el espeso bigote; tenía la nariz recta, corta, ligeramente roma; una ancha franja de color rojo oscuro se le formaba por debajo de los ojos y le llegaba hasta los pómulos. Eran los ojos los que daban a su rostro una notable expresión. Las cejas, más oscuras que el cabello, trazaban una línea recta bajo la ancha frente sin arrugas, mucho más blanca que el resto de la cara, curtida por el sol. Los ojos, como si resplandeciera en ellos la luz de un fuego oculto, tenían en su grisura un filo rojizo que prestaba un ardor escrutador a la firmeza de su mirada.

Ese hombre, que en tiempos había sido tan famoso, y que ahora estaba completamente olvidado en las costas encantadoras y despiadadas del mar poco profundo, tenía entre sus compañeros el sobrenombre de Tom, «el de los ojos rojos». Se enorgullecía de su buena suerte, pero no de su sensatez. Se enorgullecía del bergantín, de la velocidad de su navío, que no en vano era considerado el barco más ágil y más veloz de aquellos mares, y se enorgullecía de lo que representaba.

Representaba una racha de suerte en las minas de oro de Victoria, su sagacidad y su moderación, largos días dedicados a planificar las cosas, días de cariño y esmero en la construcción del barco; era un hogar perfecto, por errante; su independencia, su amor... y su mayor preocupación. A menudo había oído decir a los hombres que a Tom Lingard no le importaba en la tierra otra cosa que su bergantín; si se paraba a pensarlo, con una sonrisa corregía la afirmación al añadir que no le importaba otro ser vivo que no fuera el bergantín.

Para él, estaba tan lleno de vida como el ancho mundo. Lo sentía vivir en cada uno de sus movimientos, en cada balanceo, en cada meneo de sus mástiles afilados, mástiles cuyas perillas pintadas nunca dejan de mecerse, a ojos del marinero avezado, ya sea sobre las nubes, ya sobre las estrellas. Para él siempre fue algopreciado como un antiguo amor, siempre deseable como una extraña mujer, siempre tierno como una madre, y siempre fiel, como la hija que prefiere un hombre en lo más profundo de su corazón.

Se pasaba las horas acodado a la amura, con la cabeza apoyada en la mano, escuchando en soñadora quietud el zalamero y prometedor susurro del mar, que iba quedando atrás en burbujas que se desvanecían al acariciar los negros costados de su embarcación. Es difícil decir qué pasaba en tales momentos por la cabeza de un vástago de varias generaciones de pescadores que faenaron en las costas de Devon, y que como casi todos los de su clase era sordo a las voces sutiles y ciego a los aspectos más misteriosos del mundo, un hombre atento a lo obvio, por pasmoso, temible o amenazante que pudiera ser, y sin embargo indefenso como un niño ante los sombríos impulsos de su propio corazón; imposible precisar los pensamientos de un hombre así al verse rendido por un ánimo soñador.

No cabe duda de que, como casi todos nosotros, en algunas ocasiones se dejaba

arrastrar y enaltecer por el lirismo recién despertado en su corazón hacia regiones encantadas, pero vacías y peligrosas. Sólo que también, como casi todos nosotros, era inconsciente de sus estériles periplos sobre las cuitas de más interés en esta tierra. Y sin embargo, de esos momentos sin duda absurdos y echados a perder persistía en la vida cotidiana del hombre un tinte como el de una media luz reluciente y serena. Ablandaba los contornos de su escarpada naturaleza, y esos momentos estrechaban el vínculo que existía entre él y su bergantín.

Era sabedor de que su pequeño navío podía darle algo que jamás recibiría de nadie ni de nada en el mundo, algo especial, únicamente suyo. El modo en que ese hombre recio, de carne y hueso, dependía de ese obediente artefacto de madera y de hierro, adquiría de tal sentimiento la misteriosa dignidad del amor. El barco tenía todas las cualidades de un ser vivo: velocidad, obediencia, fiabilidad, resistencia, belleza, capacidad de hacer y de sufrir. Lo tenía todo... todo, menos la propia vida. El hombre era quien inspiraba aquello que, en su opinión, era la perfección máxima en su especie. Su voluntad era la suya, su pensamiento era su impulso, y su aliento el aliento de su propia existencia. Todo esto lo sentía de modo un tanto confuso, sin conformar su sentimiento a las fórmulas insonoras del pensamiento. Para él era algo único y querido ese bergantín de 314 toneladas de registro bruto. ¡Todo un reino!

Ahora, sin cubrirse la cabeza, fornido, recorría la cubierta de su reino con paso regular. Daba largas zancadas y balanceaba los brazos con la libertad de movimientos del hombre que emprende una caminata de una veintena de kilómetros por campo abierto, aunque a cada doce pasos debía dar la vuelta bruscamente y volver a recorrer la distancia que lo separaba de la tapa de regala.

Con las manos metidas dentro del cinto, Shaw se había apoyado con ambos codos sobre el pasamanos, y a primera vista contemplaba medio ausente la cubierta, a sus pies. En realidad, contemplaba una casita con un minúsculo jardín a la entrada, perdida en un dédalo de callejas cercanas al río, al este de Londres. La circunstancia de que por el momento aún no hubiera tenido ocasión de conocer a su propio hijo — que ya tenía año y medio recién cumplido— le infundía una leve preocupación, y ésa era la causa de que su imaginación hubiera dado el salto al turbio ambiente de su hogar. Fue sin embargo un plácido salto, seguido de un rápido regreso. En menos de dos minutos estaba de nuevo a bordo del bergantín. «Siempre ahí», como le gustaba decir. Se sentía orgulloso de estar «siempre ahí».

Era de modales bruscos y arisco de palabra con el resto de la marinería. Con los sucesivos capitanes a cuyas órdenes había navegado, fue por fuera tan deferente como pudo, y por norma general les fue hostil en su fuero interno: eran muy pocos los que le parecían cumplir su norma del «siempre ahí». Lingard, con el cual llevaba poco tiempo —se había enrolado en la Rada de Madrás tras dejar un barco que volvía con rumbo a la metrópoli, que hubo de abandonar tras una trifulca considerable con el patrón—, le merecía una aprobación general, si bien reconocía con pesar que ese hombre, al igual que casi todos, tenía ciertas manías absurdas, que él definía como

propias de quien tiene «las ideas patas arriba».

Era un hombre, como tantos otros, que no tenía un valor particular para nadie, salvo para sí mismo, y que carecía de toda relevancia si no era en calidad de primer oficial del bergantín, el único hombre blanco a bordo, amén del capitán. Se sentía inconmensurablemente por encima de los marineros malayos con los que se veía obligado a lidiar, y los trataba con una tolerancia rayana en la altanería, a pesar de su opinión de que todos aquellos hombres en bloque eran notablemente pertenecientes a la clase de los que «nunca están ahí».

Tan pronto regresó su ánimo del permiso que se tomó para visitar fugazmente su hogar, se separó del pasamanos y, caminando hacia delante, se situó junto al saltillo de popa para ponerse a mirar a babor por el puente. Por su parte, Lingard también había detenido sus pasos y miraba con ojos ausentes. En el combés del bergantín, en los masteleros de respeto que iban trincados a uno y otro lado del escotillón, vio a un grupo de hombres sentados en cuclillas, formando un círculo, en torno a una bandeja de madera llena de arroz y depositada sobre el suelo recién barrido. Aquellos hombres de rostro aceitunado y ojos suaves, tan callados, comían decorosamente, aunque con un afán que no excluía la reserva.

De todos ellos, sólo uno o dos vestían *sarongs*; los demás se habían plegado, al menos en el mar, a la indignidad de los pantalones a la usanza europea. Sólo dos estaban sentados en los masteleros. Uno de ellos, un hombre de rostro aniñado, amarillo claro, que sonreía con fatua imbecilidad por debajo de las hilachas de un pelo lacio y áspero, color caoba, era el *tindal* de la tripulación, esto es, una especie de contramaestre o segundo del *serang*. El otro, sentado a su lado en los botalones, era un hombre casi negro del todo, no mucho mayor que un simio de buen tamaño, y que ostentaba en su cara arrugada ese aire de cómica truculencia que a menudo resulta característico de los hombres procedentes de la costa suroeste de Sumatra.

Éste era el *kassab* o despensero, que ocupaba una posición de cierta dignidad y comodidad notoria. El *kassab* era el único miembro de la tripulación, de todos los que tomaban su colación vespertina, que se fijó en la presencia del comandante en cubierta. Algo murmuró al *tindal*, que de inmediato se echó a un lado el viejo sombrero en un gesto insensato que le revistió de un aire completamente imbécil. Los demás se dieron por enterados, pero siguieron alimentándose con gestos somnolientos y con un movimiento de sus magros brazos que recordaba el de una araña.

El sol asomaba poco más de un grado sobre el horizonte, y de la superficie recalentada de las aguas empezaba a levantarse una bruma leve y baja, una bruma fina, imperceptible para la vista de los hombres, que tenía sin embargo la densidad suficiente para hacer del sol un simple disco rojo y refulgente, un disco vertical y abrasador, que descendía sobre el disco horizontal y frío, al menos en apariencia, del mar titilante. Se tocaron los bordes de ambos y la extensión circular del agua adquirió de repente un tinte sombrío, como si frunciera el ceño, y profundo, como una melancólica meditación del mal.

El sol poniente pareció ver detenido un instante su descenso por las aguas adormecidas, mientras de él, en dirección al bergantín inmóvil, sobre la superficie negra y pulida del mar salía un sendero de luz recto y reluciente, resplandeciente, directo; una senda de oro y carmesí y púrpura, un camino que parecía conducir deslumbrante y terrible de la tierra al cielo, por el umbral de una muerte gloriosa. Se desvaneció despacio. El mar venció a la luz. Al final tan sólo persistía un vestigio del sol a lo lejos, como un ascua roja que flotase en el agua. Sin previo aviso, se apagó como si la hubiera extinguido una mano traicionera.

—Se fue —exclamó Lingard, que había contemplado el crepúsculo con intensidad, a pesar de lo cual se perdió el último instante de luz—. ¡Se fue! Vaya a comprobar el reloj de cabina, Shaw.

—Casi exacto, señor, o a mí me lo parece. Son las seis y tres minutos.

El timonel dio cuatro sonoras campanadas. Otro marino apareció descalzo por el lado contrario, a popa, para tomar el relevo a la rueda del timón, y el *serang* del bergantín subió por la escala para hacerse cargo del puente y permitir que Shaw descansara. Se colocó ante el compás y permaneció a la espera en silencio.

—Rumbo sureste cuando sople el viento, *serang* —dijo Shaw con toda claridad.

—Su ese —repitió el malayo con grave ademán.

—Que me lo hagan saber cuando se inicie la virada —añadió Lingard.

—Ya, Tuan —repuso el hombre, y echó un vistazo al cielo—. Viene algo de viento o eso parece —murmuró.

—También a mí me lo parece —susurró Lingard como si hablase para sí.

Las sombras se congregaban deprisa en torno al bergantín. Un mulato asomó la cabeza por el tambucho.

—Listo, señor.

—Vamos a comer un bocado, Shaw —dijo Lingard—. Ahora que lo pienso, más vale que eche un vistazo en derredor antes de bajar. Será de noche cuando subamos.

—Desde luego, señor —dijo Shaw. Empuñó el catalejo y se lo colocó en el ojo—. Bendito invento —siguió diciendo de modo entrecortado a la vez que se peleaba con los segmentos sucesivos de la óptica—. No entiendo cómo... Nunca consigo... ¡Ah! ¡Por fin lo tengo!

Giró lentamente sobre sus talones, manteniendo el catalejo en el horizonte. Cerró el instrumento con un sonoro «clic» y anunció de modo taxativo:

—Nada a la vista, señor.

Siguió a su capitán abajo, frotándose las manos con fruición.

Durante un buen rato no se oyó nada a popa. Entonces dijo algo el marino al cargo del timón, como si hablara en sueños.

—¿Ha dicho el *malim* que no había nadie en el mar?

—Sí —resopló el *serang* sin mirar al hombre que tenía detrás.

—Había un bote entre las islas —afirmó el hombre en voz muy baja.

El *serang*, con las manos entrelazadas a la espalda y los pies ligeramente

separados, permaneció muy derecho, muy rígido, junto al pedestal del compás. Su rostro, ya apenas visible, era tan inexpresivo como la puerta de una caja fuerte.

—Escúchame —insistió el timonel con voz afable.

El hombre de más autoridad no cedió ni un pelo. El marino se agachó hasta estar por debajo de la altura de la rueda chirriante.

—Vi un bote —murmuró con esa especie de tierna obstinación que muestra un amante que suplica un favor—. ¡Vi un bote, Haji Wasub! ¡Ya! ¡Haji Wasub!

El *serang* había sido un peregrino en dos ocasiones, y no era insensible al retintín del título honorífico con que se le trataba por derecho propio^[3]. Lucía en su rostro una adusta sonrisa.

—Has visto solamente un tronco flotante, oh Sali —dijo irónicamente.

—Sí, soy Sali, y tengo una vista mejor que ese embrujado tubo de latón que te hace ver lo más lejano —dijo el pertinaz timonel—. Había un bote que acababa de librar la isla más al este. Había un bote, y sus tripulantes tuvieron que ver el barco a la luz poniente. ¿Tú también lo has visto, Haji Wasub?

—¿Me tienes acaso por un hombre blanco y gordo? —le espetó el *serang*—. Yo era un hombre de mar mucho antes de que tú nacieras, Sali. La orden que tenemos es guardar silencio y estar atentos a la rueda, no sea que el mal se abata sobre el barco.

Dichas estas palabras, retomó su implacable altivez. Permaneció en pie con las piernas ligeramente separadas, muy rígido y muy erguido, a un lado del pedestal del compás. Viajaban sus ojos sin cesar del compás iluminado a las sombrías velas del bergantín y vuelta a empezar, al tiempo que su cuerpo no delataba el menor movimiento, como si fuera de madera y estuviera engastado en la obra viva del barco. De ese modo, en una vigilia tensa y forzada, Haji Wasub, *serang* del bergantín *Relámpago*, mantuvo la guardia sin fatiga, bien despierto, esclavo del deber.

Media hora después de la puesta de sol, las tinieblas se habían apoderado por completo de la tierra y los cielos. Las islas estaban fundidas en la negrura de la noche. Y sobre las aguas lisas del Estrecho, el pequeño bergantín, tan quieto, parecía dormir profundamente, envuelto en un manto perfumado por la luz de las estrellas y el silencio.

2

Dieron las ocho y media antes de que Lingard saliera de nuevo a cubierta. Shaw, ya con la zamarra puesta, paseaba por popa de un lado a otro, dejando tras de sí la estela olorosa del humo de tabaco. Una chispa de brillo irregular parecía desplazarse a su antojo, en la oscuridad, delante de la forma redondeada de su cabeza. Sobre los mástiles del bergantín, la cúpula celeste estaba repleta de luces parpadeantes, como si alguna poderosísima respiración, allá en lo alto, aventase la llama de las estrellas. No

se oía un solo ruido en el puente y en la cubierta del bergantín, y las densas sombras que lo cubrían tenían con semejante silencio el aspecto de los rincones secretos que disimulan sombras agazapadas y a la espera de un acontecimiento decisivo, en absoluta quietud. Lingard encendió un fósforo para prender su tagarnina, y su poderoso rostro de ojos entornados resplandeció un instante en la noche para desvanecerse de pronto. Dos perfiles en sombras y dos ascuas rojas comenzaron a ir de un lado a otro por la popa. Un óvalo de luz más grande, pero más pálido, parecía posado entre el candil de la brújula y el latón de la rueda del timón y sobre el pecho del malayo que seguía de pie ante él. La voz de Lingard, como si fuese de todo punto incapaz de domeñar el inmenso silencio del mar, sonó embozada, muy calma, sin su hondura habitual.

—Poca cosa ha cambiado, Shaw.

—Sí, bien poca cosa. Sólo acierto a ver la isla, la más grande, en el mismo punto que antes. Me sorprende, señor, que para la encalmada sea este mar un demonio de localización.

Partió en dos la palabra «localización» para hacer mayor hincapié en ella. Era una buena palabra. Quedó contento consigo mismo por la ocurrencia y siguió hablando.

—Desde el mediodía, esa isla grande...

—Carimata, Shaw —le interrumpió Lingard.

—Sí, señor. Carimata. Eso quise decir. De todos modos, como no estoy familiarizado con la región, no tengo cogido el tranquilo de todos esos...

Iba a decir «nombres», pero calló a tiempo y se corrigió, para decir «denominaciones», espaciando cada sílaba casi con cariño.

—Como durante estos últimos quince años —continuó— he navegado con frecuencia desde Londres en los navíos de la Compañía de las Indias Orientales, me siento más a mis anchas allá en el Golfo.

Señaló la negrura de la noche hacia el noroeste y se quedó mirando, como si desde allí alcanzase a vislumbrar el Golfo de Bengala, en donde, tal como afirmó, estaría mucho más a sus anchas.

—No tardará en acostumbrarse —murmuró Lingard a la vez que daba una larga zancada y rebasaba a su vez a su primer oficial. Se dio la vuelta, regresó sobre sus pasos y le hizo una brusca pregunta—. ¿Dijo usted que no se veía nada a flote antes de que oscureciera?

—Eso es. O no al menos que yo viera, señor. Cuando salí a cubierta de nuevo, a eso de las ocho, pregunté al *serang* si había avistado algo, y me pareció entender que no había nada por ahí desde que me retiré a las seis. Éste es un mar desierto a veces, ¿no? Cualquiera diría que en esta época debieran abundar por estos pagos los barcos con rumbo a China.

—Sí —dijo Lingard—, nos hemos cruzado muy pocos barcos desde que dejamos Pedra Branca a popa. Y en efecto, ha estado desierto el mar. Pero a pesar de todo, Shaw, por desierto que pueda estar el mar nunca está ciego. Cada isla es un ojo. Y

como nuestro escuadrón ha partido hacia los mares de China...

No terminó la frase. Shaw se metió las manos en los bolsillos y se apoyó cómodamente de espaldas contra el tragaluz.

—Dicen que se va a desencadenar una guerra en China —dijo en tono de cháchara confidencial—, y que los franceses estarán de nuestra parte, como hicieron en Crimea hace cinco años. Me da en la nariz que estamos haciendo muy buenas migas con los franceses, pero yo tengo una opinión formada al respecto. ¿Qué piensa usted, Capitán Lingard?

—Me he topado más de una vez con sus buques de guerra en el Pacífico —dijo Lingard con lentitud—. Los buques eran espléndidos, y los marinos me trataron con suficiente cortesía, aunque se mostraron muy curiosos por mis asuntos —añadió con una risa—. De todos modos, no estaba yo allí para guerrear con ellos. Tenía entonces un cúter medio podrido de viejo, Shaw, sólo para comerciar —siguió diciendo con animación.

—¿De veras, señor? —repuso Shaw sin el menor entusiasmo—. Usted deme un barco bien grande, un barco, digo yo, que uno pudiera...

—Y más adelante, pero de esto hace ya unos años —le interrumpió Lingard—, me hice amigo de un patrón francés en Ampanam: éramos los únicos dos blancos en todo el lugar. Era un buen compañero, muy generoso con su vino tinto. Hablaba un inglés difícil de entender, pero sabía cantar en su lengua bellas canciones que hablaban de «ah-mur». «Ah-mur», en francés, significa amor, Shaw.

—Ya lo creo, señor. Ya lo creo. Cuando yo era segundo de a bordo de una barcaza de Sunderland, en el 41, en el Mediterráneo, cazaba yo esa jerga que hablan con la misma facilidad con que se caza un pando de cinco pulgadas en el costado de un buque.

—Pues sí, era un hombre hecho y derecho —siguió diciendo Lingard en tono meditabundo, como si sólo hablase para sus adentros—. Habría sido imposible encontrar mejor compañía que la suya en tierra firme. Tuvo una aventura con una muchacha balinesa que una noche le arrojó un capullo rojo desde el umbral de una puerta cuando íbamos juntos los dos a presentar nuestros respetos al sobrino del Rajá. Era un francés de muy buen ver, ya lo creo, pero resultó que la chica en cuestión era propiedad del sobrino del Rajá, y ése es un asunto muy serio. El anciano Rajá montó en cólera y decretó que la chica debía morir. No creo que al sobrino le importase más o menos que a la chica le rebanasen el pescuezo con el kris, pero el anciano armó un gran follón e incluso envió a uno de sus principales lugartenientes para que fuese testigo de la ejecución. Y a la chica no le faltaban enemigos, porque hasta su parentela estuvo de acuerdo en que se procediera a su ejecución. No podíamos hacer nada. Fíjese bien, Shaw, que entre ellos no hubo nada más que aquella desafortunada flor que el francés se había prendido en el ojal. Y luego, cuando murió la chica, la llevaba bajo la camisa, pues se la colgó del cuello dentro de una cajita. Supongo que no tenía otra cosa que guardar en ella.

—¿Y esos salvajes son capaces de matar a una mujer por un gesto así? — preguntó Shaw con incredulidad.

—¡Ya lo creo! Allí son muy estrictos en materia de moral. Aquélla fue la primera vez en toda mi vida en que muy poco me faltó para enzarzarme en una guerra por mi cuenta, Shaw. Fue imposible convencerles por la fuerza de la palabra. Aunque el francés ofreció lo mejor que tenía, no pudimos sobornarlos, ¡y eso que yo estuve dispuesto a respaldar su oferta con todos mis dólares, Shaw, incluso con mi último fardo de algodón! No sirvió de nada; así de respetables creían ser los muy malditos. Así las cosas, me dice el francés: «Amigo mío, si no quieren nuestra pólvora de regalo, quemémosla toda y démosles plomo». Mis armas eran las mismas que ve usted ahora: seis cañones de ocho libras en cubierta y uno largo, de dieciocho, en el castillo de proa. ¡Y créame, me apetecía probarlos! De todos modos, el francés no tenía más que unos viejos mosquetes; los muy mendigos se pusieron a barlovento por medio de vagas promesas, hasta que una mañana uno de los tripulantes del francés encontró a la chica muerta en la playa. Ya no estaba metida en un aprieto, y ningún hombre en su sano juicio luchará jamás por una muerta. Nunca he sido yo un hombre vengativo, Shaw, y... a fin de cuentas, ella no me arrojó a mí aquella flor. El francés, en cambio, se quedó desconsolado. Empezó a andar alicaído por ahí, desatendió sus negocios, poco después de aquello se hizo a la mar. Perdí un buen puñado de monedas con aquella singladura, si mal no recuerdo.

Con estas palabras pareció poner punto final a sus recuerdos de aquel viaje. Shaw contuvo un bostezo.

—Las mujeres son causa de muchas complicaciones —dijo con todo desapasionamiento—. En el *Morayshire*, bien lo recuerdo, tuvimos una vez a un pasajero, un anciano caballero que nos contó una historia sobre los griegos de antaño, que al parecer se pasaron diez años guerreando por no sé qué mujer. La habían secuestrado los turcos o algo así. En cualquier caso, guerrearon en Turquía, y eso sí que me lo creo. Los griegos y los turcos siempre estaban a la greña. Mi padre fue segundo de a bordo de uno de aquellos buques de tres cubiertas en la batalla de Navarino, cuando corrimos en auxilio de los griegos. Pero ese lío que le decía, lo de la mujer, sucedió muchísimo antes.

—Ya me parecía —murmuró Lingard apoyado en la balaustrada, contemplando los fugaces resplandores que pasaban por lo más profundo del agua, corriendo a lo largo del casco.

—Sí. Los tiempos han cambiado. En la antigüedad no tenían muchas luces. Mi abuelo era predicador, y aunque mi padre prestó servicio en la armada, no veo yo con buenos ojos las guerras. Pecaminosas, así las llamaba el anciano caballero, y a mí también me lo parece. A no ser que sea con los chinos o los negros, o con esos pueblos a los que hay que meter en cintura, porque si no se desmandan, porque no tienen luces suficientes para entender qué es bueno y qué no, cuando se lo explican los que son mucho mejores, los misioneros y las au-to-ri-da-des. Pero mire usted que

guerrear diez años seguidos, ¡y encima por una mujer...!

—He leído esa historia en un libro —dijo Lingard hablando de cara al mar, como si dejara sus palabras cuidadosamente posadas sobre la misma superficie—. He leído esa historia. Era una mujer bellísima.

—Pues, si acaso, tanto peor, señor. Puede usted estar seguro de que no era buen partido. Gracias a Dios que aquella época pagana ya no volverá. ¡Diez años de matanzas e injusticias! ¿Usted cree que alguien estaría hoy dispuesto? ¿Lo haría usted, señor? ¿Usted...?

El cortante tañido de una campana interrumpió a Shaw. Allá arriba, uno de los cuadernales soltó un chirrido breve y plañidero, como un aullido de dolor. Atravesó la quietud de la noche hasta su mismo corazón, y fue como si destrozase la reserva que se había impuesto sobre el tono de voz de ambos hombres, que comenzaron a hablar en voz alta.

—Eche la funda sobre la bitácora —dijo Lingard con la voz con que impartía las órdenes a bordo—. Ese trasto brilla como la luna llena. No es bueno enseñar más luces de las necesarias estando encalmados en plena noche y tan cerca de tierra. De nada sirve que nos vean si no podemos ver nada, ¿no cree? Téngalo presente, señor Shaw. Quién sabe si no ronda por ahí algún vagabundo al acecho.

—Yo pensaba que todo eso era agua pasada —dijo Shaw afanándose con la funda— desde que hace ya unos años *Sir Thomas Cochrane* barrió la costa de Borneo con su escuadrón. Libró muchísimos combates, ¿no es cierto? Lo supimos por los compañeros del balandro *Diana*, que atracó en Calcuta para hacer reparaciones cuando yo estaba a bordo del *Warwick Castle*. Tomaron la ciudad de no sé qué rey, río arriba, por aquí cerca. Los compañeros lo contaban con la boca llena.

—*Sir Thomas* hizo un buen trabajo —respondió Lingard—, pero aún ha de pasar mucho tiempo hasta que estos mares sean tan seguros como el Canal de la Mancha en tiempos de paz. Le ordené lo de la luz más para que se ocupase de los asuntos que requieren su atención que por ningún otro motivo. ¿Se ha fijado usted en qué pocas embarcaciones nativas hemos avistado durante todos estos días que llevamos casi al paio en este mar?

—No podría decir que me haya parecido un hecho significativo, señor.

—Es señal de que hay algo en el aire. Basta con poner un rumor a flote en estos mares, que a buen seguro pasará de isla en isla sin necesidad de brisa que lo empuje.

—Yo que soy un hombre de alta mar, que lleva la vida entera zarpando de todos los puertos —dijo Shaw con gran empaque—, no puedo dárme las de entendido en lo que se refiere a las peculiaridades de los mares menos transitados, pero sí sé estar ojo avizor de la manera que conviene, y he notado que parecían escasear las embarcaciones de toda clase durante estos últimos días, teniendo en cuenta que casi a diario hemos navegado con tierra por una y otra banda.

—Ya llegará el día en que conozca usted las peculiaridades, como dice usted, si permanece algún tiempo —apostilló Lingard al desgaire.

—¡Espero darle cumplida satisfacción, ya sea mucho o poco el tiempo que pase con usted! —dijo Shaw, y acentuó el sentido de sus palabras mediante la claridad con que las pronunció—. Un hombre que ha pasado treinta y dos años de su vida en agua salada no puede añadir nada más. Siendo oficial de barcos mercantes durante los últimos quince años, si no entiendo las costumbres paganas de los salvajes en cuestiones de navegación y cumplimiento del deber, me tiene usted a su entera disposición, capitán Lingard.

—Salvo, a juzgar por lo que dijo hace un rato... Salvo en asunto de combates —dijo Lingard con una risa seca.

—¡Combates! No tengo yo constancia de que nadie haya previsto combatir conmigo. Soy un hombre de paz, capitán Lingard, pero si me veo en el brete sabré combatir tan bien o mejor que todos estos tipos de nariz plana con los que tenemos que turnarnos en la guardia, en vez de tener una tripulación de cristianos como Dios manda. ¡Combate! —siguió diciendo en un tono inesperadamente pugnaz—. ¡Combate, dice! Si alguien viene a combatir conmigo, le juro que aquí me ha de encontrar.

—Está bien, está bien —dijo Lingard estirando los brazos por encima de la cabeza y desentumeciendo los hombros—. Le doy mi palabra, ojalá viniera una brisa a sacarnos de esta encalmada. Tengo bastante prisa, Shaw. No sé si lo sabía.

—¡Desde luego, señor! La verdad, nunca he conocido a un marino cabal que no tuviera prisa cuando una condenada encalmada lo sujeta por los tobillos. Cuando venga la brisa... ¡Escuche, señor!

—Lo oigo —dijo Lingard—. Cambia la marea, Shaw.

—Ya me parecía, señor. Pero hay que ver qué escandalera. Rara vez he oído un...

En el mar, justo en el límite hasta el que alcanzaba la visibilidad, apareció un rayajo de espuma revuelta que avanzaba y recordaba una estrecha cinta blanca, tensada rápidamente sobre la superficie llana del agua por ambos extremos, que se perdían en la negrura. Alcanzó al bergantín, pasó por debajo estirándose por ambos lados; a uno y otro flanco se hizo ruidosa el agua, rompiéndose en innumerables, minúsculas ondas, una miniatura de una agitación inmensa. Sin embargo, en medio de esta súbita y visible agitación, el navío permaneció tan inmóvil y tan firme como si estuviese amarrado entre las piedras de los muelles de seguridad. En cuestión de segundos, la línea de espuma y de ondas que se desplazaba ágil hacia el norte estuvo más allá de donde la vista y el oído alcanzaban, sin haber dejado huella en aquella calma inconquistable.

—Qué curioso que... —empezó a decir Shaw.

Lingard le ordenó silencio con un gesto. Parecía estar todavía a la escucha, como si la ola contuviese un eco que todavía estuviera por llegar a sus oídos. Y la voz de un hombre que se oyó entonces tuvo ese tono impersonal de las voces que llegan desde un alto acantilado y rebotan por la distancia desierta del mar. Habló en malayo, y muy bajo.

—¿Qué? —preguntó Shaw—. ¿De qué se trata?

Lingard puso la mano sobre el hombro de su oficial jefe para contenerlo y se dirigió a proa a paso veloz. Shaw lo siguió un tanto desconcertado. El rápido intercambio de palabras incomprensibles que tuvo lugar entre las sombras del puente del bergantín, entre su capitán y el vigía y vuelta a empezar, le hizo sentirse desdichadamente al margen.

—¿Qué ves? —había gritado Lingard.

—No veo nada, Tuan. Oigo. Oigo remos.

—¿Por dónde?

—La noche los rodea. Los oigo cerca.

—¿A babor o estribor?

Esta vez hubo una breve demora en la respuesta. Desde el alcázar de proa se oyó el restregar de los pies descalzos sobre cubierta. Alguien tosió. Por fin sonó la voz dubitativa:

—*Kanan*.

—Llame al *serang*, señor Shaw —dijo Lingard con calma—, y que la marinería se prepare, que están todos tumbados en cubierta. Aguce bien la vista. Hay algo por ahí cerca. Es un fastidio que nos sorprendan así —añadió en tono molesto.

Pasó a estribor y permaneció a la escucha, sujeto con una mano a la burda del mastelero, alerta el oído al mar, si bien nada oyó de aquella parte. El entrepunte estaba lleno de sonidos matizados. De pronto, un silbido largo y estridente se dejó escuchar y reverberó muy alto contra las superficies planas de las velas inmóviles, para disiparse de forma gradual, como si el sonido hubiera escapado de quién sabe dónde, deslizándose sobre las aguas. Haji Wasub estaba en cubierta, listo para llevar a cabo las órdenes que diera el hombre blanco. Volvió a caer el silencio sobre el bergantín hasta que Shaw habló con voz comedida.

—Señor, voy a proa con el *tindal*. Todos estamos en nuestros puestos.

—Muy bien, Shaw. Muy bien. Atento a que no le aborden, aunque yo no oigo nada. Lo que se dice nada. No creo que sea gran cosa.

—Ese marinero lo ha soñado, no me cabe duda. También yo tengo buen oído, y...

Fue hacia proa, y el final de su frase se perdió en un murmullo indiscernible. Lingard permaneció atento. Uno por uno, los tres marineros rasos que no estaban de guardia aparecieron por popa y se afanaron en torno a un gran arcón que estaba junto a la puerta del tambucho. El traqueteo y los ruidos metálicos y desiguales de las armas de acero que fueron depositadas en cubierta se oyó por el puente, pero los hombres ni siquiera emitieron un susurro. Lingard escrutaba la noche sin cesar, hasta que meneó la cabeza.

—¡*Serang!* —llamó casi en voz alta.

El enjuto anciano subió la escala con tal agilidad que fue como si sus pies huesudos ni siquiera tocasen los peldaños. Se situó junto a su comandante con las manos a la espalda, una figura indiscernible, aunque recta como una flecha.

—¿Quién estaba de vigía? —preguntó Lingard.

—Badroon, el Bugis —dijo Wasub con un gesto terso, pero sobresaltado.

—Yo no oigo nada. Badroon ha oído algo que sólo existía en su mente.

—La noche oculta el bote.

—¿Tú lo has visto?

—Sí, Tuan. Un bote pequeño. Antes del anochecer. Pegado a tierra. Ahora viene hacia aquí, se acerca. Badroon lo oyó.

—¿Y por qué no se me dijo nada? —preguntó Lingard cortantemente.

—Lo dijo el *malim*. Dijo: «Ahí no hay nada», mientras yo lo estaba viendo. ¿Cómo iba yo a saber qué tenía él en mente, o qué pensabas tú, Tuan?

—¿Oyes algo ahora?

—No. Ahora han parado. Puede que hayan perdido de vista el barco, ¿quién sabe? Puede que tengan miedo...

—¡Vaya! —murmuró Lingard moviendo los pies con inquietud—. Creo que mientes. ¿Qué clase de bote era?

—Un bote de hombres blancos. Yo creo que un bote para cuatro. Pequeño. ¡Tuan, ahora lo oigo! ¡Por allá!

Extendió el brazo y señaló por el través un rato, hasta dejar caer el brazo bruscamente.

—Y viene hacia aquí —añadió con decisión.

Desde proa, Shaw dio una voz en tono sobresaltado:

—¡Algo en el agua, señor! ¡Franco por la amura!

—¡Entendido! —gritó Lingard.

Un bulto de tinieblas más negras que el resto flotó hasta hacerse visible a sus ojos. Desde ese bulto, sobre el agua llegaron varias palabras en inglés, palabras y sílabas espaciadas que le llegaron una a una, como si todas ellas hubieran hecho por separado el difícil trayecto que recorría la profunda quietud de la noche.

—¿Qué – barco – es – ése – por – favor?

—Un bergantín inglés —repuso Lingard tras titubear un instante.

—¡Un bergantín! Pensé que se trataba de un navío mayor —siguió diciendo la voz desde el mar, con un tinte de desilusión en su tono todavía espaciado—. Me pondré al costado –si – le – parece – bien – por – favor.

—¡No! ¡De ninguna manera! —respondió Lingard taxativamente. El habla arrastrada y precisa del hablante invisible le había resultado ofensiva, y despertó en él un sentimiento hostil—. ¡No! Si tiene aprecio por su bote, ni se le ocurra acercarse. ¿De dónde ha salido? Además, ¿quién es usted? ¿Cuántos hombres ocupan ese bote?

Tras estas enfáticas preguntas lanzadas al aire de la noche hubo un intervalo de silencio. Durante ese lapso, el perfil de bote se hizo un poco más preciso. Debía de llevar una velocidad no despreciable, pues se agrandó enseguida y casi se puso a la altura del punto en que se encontraba Lingard, antes de que aquella voz serena volviera a escucharse:

—Se lo mostraré.

Tras otra breve pausa, se oyó de nuevo a la voz, no tan fuerte, pero con toda claridad:

—Aguanta en la regala. ¡Aguanta con fuerza, John! —Y de pronto una luz azulada reverberó e iluminó con una llama lívida un círculo en medio de la noche. En medio del humo y del chisporroteo de aquel halo fantasmagórico apareció un esquife blanco, de cuatro remos, con cinco hombres a bordo. Habían vuelto las cabezas hacia el bergantín con una marcada expresión de curiosidad en los rostros, que en ese resplandor brillante a la par que siniestro adoptaron un aspecto de muerte y recordaron de hecho los rostros de los cadáveres en descomposición. El timonel arrojó al agua la bengala que había sostenido en alto y la negrura, veloz en volver al bote, lo engulló con un colérico y sonoro siseo.

—Somos cinco —dijo aquella voz correcta y salida de la noche, que ya parecía más espesa que antes—. Cuatro remeros y yo. Somos parte de la tripulación de un yate, un yate británico.

—¡Suba a bordo! —exclamó Lingard—. ¿Cómo no lo ha dicho antes? Pensé que podían ser ustedes unos holandeses emboscados de una cañonera oculta.

El bote se abarloó con un suave golpe, y la silueta de un hombre procedió a subir de inmediato por el costado del bergantín, con una suerte de robusta agilidad. Se posó un instante sobre la amura y habló a los del bote:

—Poneos al arrufo, chicos. —Saltó a cubierta con un ruido sordo y se dirigió a Shaw, que se encaminaba hacia popa—: buenas noches... ¿Es usted el capitán, señor?

—No. Allá, a popa —masculló Shaw.

—Venga por aquí. Venga —llamó Lingard con un punto de impaciencia.

Los malayos habían abandonado sus puestos y aguardaban formando un grupo callado en torno al palo mayor. No se dijo una sola palabra en todo el bergantín mientras el desconocido se dirigía hacia el capitán, que lo estaba esperando. Lingard vio acercarse a un hombre de baja estatura, atildado, que se llevó los dedos a la gorra y repitió su saludo con acento arrastrado y tranquilo.

—Buenas noches... ¿Es usted el capitán, señor?

—Sí, soy el patrón. ¿Qué sucede? ¿Se han alejado a la deriva de su barco, o qué?

—¿A la deriva? ¡No! Lo dejamos hace ya cuatro días, y no hemos dejado de remar en ese esquife, en esta encalmada, desde entonces. Mis hombres están acabados, y el agua también. Qué suerte que lo hayamos avistado.

—¿Cómo? ¡Que me han avistado! —exclamó Lingard—. ¿Cuándo? ¿A qué hora?

—Pues no había anochecido, de eso puede estar seguro. Íbamos dando tumbos, como se suele decir, entre todas esas islas, con rumbo sur. Nos hemos partido el alma remando por un canal, luego por otro, tratando de hallar mar abierto. Rodeamos una isleta, un terrón baldío, con forma de barra de azúcar, y más o menos entonces avisté un navío muy a lo lejos. Tomé su posición a toda prisa y apretamos los dientes; alguna de esas corrientes costeras debió de retenernos, pues nos costó mucho tiempo

librar aquella isleta. Me guié por las estrellas, y por Dios Bendito le juro que me dio por pensar que ya lo había perdido a usted, pues sin duda debía de ser usted el navío que yo vi.

—Sí, tuvimos que ser nosotros. En todo el día no hemos avistado a ningún otro —asintió Lingard—. ¿Dónde está su barco? —preguntó con angustia.

—Encallado y a buen recaudo, se lo aseguro, sobre un bancal de fango blando. Yo diría que a unas sesenta millas de aquí. Somos la tripulación del segundo esquife que partió en busca de ayuda. Nos despedimos del otro el martes; seguramente ha pasado al norte de ustedes hoy mismo. Lo comanda el primer oficial con la orden de llegar a Singapur. Yo soy el segundo, y tenía orden de poner rumbo al Estrecho, hacia aquí, con la esperanza de encontrar algún barco. Traigo una carta del dueño. Nuestros pasajeros, de la alta burguesía, están hartos de seguir encallados y desean recabar ayuda de alguna clase.

—¿Y qué clase de ayuda espera usted encontrar aquí?

—Eso se lo dirá la carta. Capitán, ¿puedo pedirle un poco de agua para mis compañeros, los del esquife? Yo también le agradecería que me diera algo de beber. No hemos bebido nada desde esta tarde. El odre que llevamos a bordo debe de perder, y...

—Encárguese, señor Shaw —dijo Lingard—. Venga al camarote, señor...

—Carter. Me llamo Carter.

—Ah. Señor Carter. Pues venga, por favor —siguió diciendo Lingard a la vez que abría la marcha hacia las escaleras del camarote.

El dispensero había prendido la lámpara de cardán y había colocado una licorera y varias botellas sobre la mesa. La cámara parecía acogedora y animada, pintada de blanco, con molduras de oro en torno a los paneles. Frente al hueco acortinado de las ventanas de popa había una mesa corrida con encimera de mármol y un espejo con marco sobredorado. El sofá semicircular en torno a popa estaba tapizado con cojines de terciopelo carmesí. La mesa la cubría un mantel indio, negro, recamado de vivos colores. Entre los baos del puente de popa había sendos estantes de mosquetes, de cuyos cañones arrancaba destellos la luz. Entre los cuatro baos había veinticuatro mosquetes en total. Otras tantas bayonetas de diseño anticuado revestían la madera de teca pulida de la carcasa del timón en un doble friso de bronce y acero. Todas las puertas de los camarotes habían sido arrancadas de las bisagras, y el paso sólo estaba cerrado por otras tantas cortinas. Parecían hechas de una seda china, amarilla, y oscilaban mecidas al unísono, las cuatro, cuando los dos hombres entraron en la cámara.

Carter se hizo cargo del lugar de un solo vistazo, aunque posó la mirada en un escudo circular que estaba colgado al sesgo sobre las cachas de bronce de las bayonetas. Sobre un campo de gules, en un brillante relieve de pan de oro, se representaba un manojo de rayos al modo convencional, que caían entre dos iniciales, *T* y *L*. Lingard examinó a su huésped con curiosidad. Vio a un hombre joven pero que

aún lo parecía más por su cara juvenil muy quemada por el sol, unos centelleantes ojos azules, cabello rubio y un ralo bigotillo. Se fijó en su mirada detenida.

—Ah, veo que está mirando eso. Es un regalo del constructor de este bergantín. Se supone que se trata del nombre del navío entre mis iniciales. ¿Ve usted el rayo? Pues el bergantín se llama *Relámpago*, y yo soy Lingard.

—Muy bonito, desde luego. Y queda muy bien en el camarote —murmuró Carter cortésmente.

Bebieron, se hicieron sendos gestos y tomaron asiento.

—Veamos esa carta —dijo Lingard.

Carter se la pasó por encima de la mesa y miró alrededor mientras Lingard extraía la carta de un sobre abierto, dirigido al comandante de cualquier barco británico del Mar de Java. El papel era grueso, llevaba un membrete en relieve que decía «Yate-goleta *Ermitaño*» e iba fechado cuatro días antes. Según refería el mensaje, una noche de bruma, la goleta había encallado sobre unos arenales que sobresalían en la costa de Borneo. Los bajíos eran apenas visibles. Según el oficial de derrota, el navío había encallado con la pleamar más alta de las mareas vivas, en primavera. A juzgar por lo visto, la costa estaba completamente desierta. Durante los cuatro días que llevaban encallados en aquel banco de arena, habían avistado a lo lejos dos embarcaciones nativas que ni siquiera se aproximaron. El propietario de la goleta concluía con la petición, extendida a cualquier comandante de un barco con rumbo de regreso a la metrópoli, que informase de la posición de la goleta en Anjer cuando atravesara el Estrecho de la Sonda, o bien a cualquier barco de guerra británico u holandés con el que tuviera la fortuna de cruzarse. La carta concluía dando gracias por adelantado, con la oferta de pagar todos los gastos relacionados con el envío de mensajes desde Anjer y con las expresiones de cortesía al uso.

Doblando el papel despacio, por los mismos dobleces de antes, Lingard anunció:

—Yo no llevo un rumbo que me acerque hacia Anjer... Ni a ningún lugar cercano.

—Supongo yo que servirá cualquier lugar —dijo Carter.

—No el lugar al que yo me dirijo —respondió Lingard, que abrió de nuevo la carta para echarle un vistazo inquieto—. Aquí no se describe muy bien la costa, y la latitud es muy incierta —siguió diciendo—. No tengo nada claro en qué punto exacto están ustedes encallados. Y es que conozco al dedillo cada palmo de esa tierra...

Carter carraspeó y comenzó a hablar con su acento arrastrado. Parecía distribuir con racanería ciertas realidades, desvelar con palabras escuetas los rasgos de la costa, pero cada una de sus palabras era muestra de su minuciosa capacidad de observación, de la clara visión de un marinero capaz de dominar con rapidez todos los aspectos de una costa desconocida y de un mar ajeno. Con lucidez y concisión, presentó una imagen de arrecifes enmarañados y de bancos de arena, a través de los cuales la goleta se había bandeado milagrosamente antes de tocar tierra.

—En la mar, el tiempo parece bastante claro —observó por último, y calló para

dar un largo sorbo. Lingard, inclinado sobre la mesa, lo había escuchado con ansiosa atención. Carter siguió hablando a su manera, cortante, a la vez que espaciaba las palabras:

—Me fijé en algunos árboles de bastante altura, en lo que creo que debe de ser tierra firme, y no otra isla, algo más al sur... Y no sé quién tendrá asuntos pendientes en esa ensenada, pero ha tenido la astucia suficiente para encalar dos de ellos: uno en la misma orilla, otro un poco más adentro. Supongo que son hitos o señales de alguna clase... Capitán, ¿qué sucede?

Lingard se había puesto en pie de un salto, pero la exclamación de Carter lo invitó a sentarse de nuevo.

—Nada, nada... Y, dígame, ¿cuántos hombres tienen a bordo de la goleta?

—Veintitrés, eso sin contar a los pasajeros, ya le dije que eran gente de alcurnia, que son el propietario, su esposa y un caballero español, un amigo al que recogieron en Manila.

—¿Así que procedían ustedes de Manila?

—Así es, rumbo a Batavia^[4]. El propietario desea estudiar el sistema colonial holandés. Dice que desea denunciar sus lacras características. Es imposible dejar de enterarse de ciertos asuntos cuando uno está de guardia a popa, ya sabe usted cómo son estas cosas. Después está previsto que nos dirijamos a Ceilán para encontrarnos con el correo. El propietario tiene previsto volver a Inglaterra tal como vino, por tierra, a través de Egipto. La goleta regresará a su puerto doblando el Cabo, faltaría más.

—¿Una dama? —dijo Lingard—. Ha dicho usted que hay una dama a bordo. ¿Están ustedes armados?

—Pues no mucho —respondió Carter con un punto de negligencia—. Hay unos cuantos mosquetes y dos carabinas deportivas a popa, y eso es todo. Me temo que no es gran cosa, o que no es suficiente —añadió con una débil sonrisa.

Lingard lo miró entornando los ojos.

—¿Ha venido usted desde tan lejos en esa embarcación? —preguntó.

—¡No, yo no! Yo no soy uno de esos marineros que suelen contratar en estos yates, o goletas, o lo que sea. Salí del hospital en Hong Kong. He pasado dos años en las costas de China.

Calló, y añadió en un murmullo, a modo de explicación:

—Clípers dedicados al comercio del opio, ya sabe usted. A mí no me gustan nada los botones de latón, y menos que me den órdenes. Mi barco me dejó en puerto, y estaba necesitado de encontrar un trabajo. Acepté éste, pero la verdad es que no tenía ganas de volver a casa, o no en particular. Todo eso es muy lento después de faenar con el viejo Robinson en el *Ly-e-moon*. Ése era mi barco. ¿Ha oído hablar de él, capitán?

—Sí, sí —contestó Lingard un tanto apresuradamente—. Veamos, señor Carter. ¿Qué vía había decidido tomar su oficial de derrota para arribar a puerto en Singapur?

¿El Estrecho de Rhio?

—Supongo que sí —respondió Carter en un tono de leve sorpresa—. ¿Por qué lo pregunta?

—Ah, pues por saber, nada más... ¿Qué sucede, señor Shaw?

—Se está levantando un negro nubarrón por el norte, señor, así que en seguida tendremos como poco algo de brisa —dijo Shaw desde la puerta.

Se quedó quieto donde estaba, con la mirada clavada en las botellas.

—¿Le apetece tomar un vaso? —dijo Lingard, y se levantó de su asiento—. Yo saldré a echar una ojeada.

Salió a cubierta. Shaw se aproximó a la mesa y comenzó a servirse, aunque manipuló las botellas en profundo silencio y con una cautela exagerada, como si tomase medidas de frágiles envases que contuvieran un veneno mortífero. Con las manos en los bolsillos y recostado, Carter lo examinó de la cabeza a los pies con una gélida mirada. El primero de a bordo del bergantín se llevó el vaso a los labios; fulminando al desconocido con su mirada, por encima del borde del vaso, bebió despacio todo el contenido.

—Tiene usted buen olfato para encontrar barcos a oscuras, señor mío —dijo con toda claridad a la vez que depositaba el vaso sobre la mesa con extremada cortesía.

—¿Eh? ¿Qué quiere decir? Les avisté poco antes de ponerse el sol.

—Y bien sabía por dónde buscar, ya lo creo —dijo Shaw mirándolo con dureza.

—Busqué por el oeste, donde todavía quedaba un resquicio de luz, que es lo que habría hecho cualquier hombre con mediana sensatez —replicó el otro con algo de impaciencia—. ¿Qué es lo que pretende insinuar?

—Para colmo, tiene la lengua dispuesta para darse coba usted solito, ¿no es así?

—En toda mi vida, nunca había visto a un hombre como usted —afirmó Carter de nuevo con su aire de absoluta despreocupación—. Diríase que algo le fastidia...

—No me gustan los botes que vienen a la chita callando sin que se sepa de dónde, para ponerse al costado de un barco cuando yo estoy al mando. Sé estar ojo avizor tan bien como el que más, al menos lejos de los puertos de atraque, pero odio que me den un rodeo con los remos amortiguados y con otros trucos tan impropios de un caballero. Oficial de yate, ya lo veo. Estos mares deben estar repletos de oficiales de yate por el estilo. Considero que me ha hecho usted una jugarreta. Le dije al viejo que al anochecer no había nada a la vista, y todavía lo mantengo. Creo que usted topó con nosotros por pura casualidad, y me da igual que se jacte con sus atardeceres y su posición y su navegación según las estrellas. ¡Es usted un truhán, y sólo pretende tomarme el pelo! Sé que nos rondó usted aprovechando la oscuridad, y encima con los remos amortiguados. ¿A usted le parece decente?

—Si amortigué los remos fue por una razón de peso. Quería pasar de largo delante de una cala en donde estaban ancladas algunas embarcaciones de los nativos. Me parece de elemental prudencia con un bote tan pequeño, teniendo en cuenta que iba sin armas, como ya sabe usted. Localicé su barco, así es, pero no tenía la menor

intención de sobresaltar a nadie. Le doy mi palabra.

—Ojalá hubiera ido usted a otra parte —farfulló Shaw—. Odio que me pongan en un aprieto semejante mediante accidentes y falsedades... ¡Ya lo sabe! Ah, veo que el viejo me llama...

Salió de prisa del camarote, e instantes después bajó Lingard a sentarse frente a Carter, al otro lado de la mesa. Tenía un gesto grave, pero resuelto.

—En seguida tendremos una buena brisa —dijo.

—En ese caso, señor —dijo Carter poniéndose en pie—, si tiene la bondad de devolverme la carta, seguiré de ronda por estos mares con la esperanza de comunicarme con algún otro barco. Confío que informará de nuestra situación allá a donde se dirija.

—Me dirijo a la goleta y pienso quedarme con la carta —respondió Lingard con decisión—. Sé exactamente dónde se encuentra, y es mi deber acudir al salvamento de esas personas. Es todo un golpe de suerte que se haya topado conmigo, Carter. Es una suerte para ellos y una suerte para mí —añadió en voz más baja.

—Sí —reconoció Carter en tono de reflexión—. Tal vez haya una buena porción de dinero por el rescate si consigue desencallar el barco, pero no creo que pueda hacer gran cosa. Lo mejor será que permanezca por aquí y que intente hablar con alguna cañonera.

—Debe usted volver conmigo a su barco —dijo Lingard autoritariamente—. Olvídese de las malditas cañoneras.

—Si hiciera eso no sería en cumplimiento de mis órdenes —se defendió Carter—. Debo hablar con un barco que vaya rumbo a la metrópoli, o bien con un barco de guerra. Eso está bien claro. No es que me entusiasme la idea de rondar por ahí durante varios días seguidos en un simple bote de remos, pero... Permítame llenar mi odre de agua dulce, Capitán, y me marcharé.

—Tonterías —dijo Lingard cortantemente—. Tiene usted que venir conmigo para indicarme el lugar exacto donde han encallado y echarme una mano. Remolcaré su bote.

Carter no parecía nada convencido. Lingard le puso una pesada mano sobre el hombro.

—Vamos a ver, joven. A ver si nos entendemos. Yo soy Tom Lingard, y no hay un solo blanco en medio de estas islas, aparte de muy pocos nativos, que no haya oído hablar de mí. Mi estrella ha querido que usted llegara a mi barco, y ahora que lo tengo a usted aquí, es preciso que se quede. ¡Es preciso!

El último «es preciso» resonó alto y claro como un disparo. Carter dio un paso atrás.

—¿Quiere decir que se propone retenerme aquí por la fuerza? —preguntó sorprendido.

—Por la fuerza —repitió Lingard—. Eso de usted depende. No puedo permitir que se comunique usted con ninguna embarcación. Su goleta ha encallado en un lugar

que, para mí, resulta sumamente inconveniente. Como por añadidura han enviado sus esquifes de exploración por aquí y por allá, lo más natural es que atraigan a todas las cañoneras del infierno zumbando hasta un lugar que era tan tranquilo y estaba tan retirado del mundo como podría desear un hombre de todo corazón. Que hayan encallado ustedes precisamente en ese punto, teniendo toda la costa a su disposición, ha sido para mí un golpe de mala suerte, y eso ya no lo puedo evitar. Que haya venido usted a mí de este modo ha sido mi golpe de buena suerte, y no pienso renunciar a ella.

Dejó caer el puño cerrado, grande y musculoso, a la luz de la lámpara, sobre el mantel negro, en medio del brillo de los vasos, con sus fuertes dedos apretados contra la carne firme de la palma. Lo dejó allí un instante, como si quisiera mostrar a Carter esa suerte a la que no pensaba renunciar ni por asomo. Y siguió hablando.

—¿Tiene usted idea del avispero al que han ido a parar por pura inadvertencia? ¿Cuánto cree usted que valen ahora mismo las vidas de los que han permanecido en el barco encallado? Se lo diré: no valdrán ni un comino si me vuelve a fallar la brisa durante las próximas veinticuatro horas. Sí, sí; abra usted bien los ojos, que así son las cosas. Y puede que ya sea demasiado tarde, mientras me paro a discutir aquí con usted.

Golpeó la mesa con los nudillos; los vasos despertaron y pusieron un tintineo fino y plañidero a modo de final de su discurso. Carter se puso en pie y se apoyó en la mesa corrida. Estaba pasmado ante el inesperado giro que tomó la conversación; permanecía boquiabierto, sin apartar los ojos del rostro de Lingard. El silencio del camarote duró tan sólo unos segundos; a Carter, que aguardaba sin respirar, se le hizo muy largo. Y de pronto oyó por vez primera el reloj de cabina y su nítido tictac, con un pulso rítmico tal como si un corazoncito metálico, oculto tras el dial, hubiese sufrido una súbita palpitación.

—¡Una cañonera! —gritó Lingard de repente, como si sólo en ese momento, a la luz de algún vivo destello del pensamiento, hubiera comprendido todas las dificultades de la situación—. Si no regresa usted conmigo, muy pronto no quedará nada a lo que valga la pena regresar. Su maldita cañonera no hallará siquiera una costilla del barco, ni un solo cadáver que señale el lugar donde encallaron. Nada de nada. No necesita usted al patrón de una cañonera: soy yo el hombre que usted necesita. No sabe reconocer usted su suerte cuando la tiene delante de las narices, pero yo sí sé ver bien la mía, ya lo creo. Vea...

Tocó a Carter en el pecho con el dedo índice, y empleó de pronto un tono mucho más amable.

—Soy un hombre blanco por dentro y por fuera; mientras pueda evitarlo, no consentiré que ninguna persona inofensiva, y menos aún una mujer, sufra el menor perjuicio. Y debe usted saber que si no lo puedo evitar yo, nadie podrá evitarlo. ¿Comprende usted? ¡Nadie! No hay tiempo para nada. Al mismo tiempo, soy como cualquier otro hombre que se precie de tal: no pienso consentir que la finalidad de

una empresa se me vaya por la borda mientras exista una mínima posibilidad de sacarla adelante, y así están las cosas.

Hablaba con voz convincente, casi como una caricia; había apretado entre los dedos un botón de la chaqueta del otro, y le daba leves tirones mientras seguía hablando en tono confidencial.

—Tal como están las cosas, señor Carter, preferiría, y tenga en cuenta que es sólo una manera de hablar, preferiría pegarle un tiro aquí y ahora mismo antes que permitirle marchar y dar la voz de alarma por todo este mar, nada menos que por su goleta que Dios confunda. He de considerar otras vidas, y amistades, y promesas, y también he de pensar en mí. Voy a retenerlo a bordo —concluyó de modo cortante.

Carter respiró hondo. Arriba, en el puente, los dos oyeron pasos quedos, murmullos, palabras indiscernibles cerca del tragaluz. Se oyó la voz sonora de Shaw, que habló como si escupiera las palabras.

—¡Iza los sobrejuanetes, *tindal!*

—Esto es lo más raro que he visto en mi vida —musitó Carter con la mirada clavada en el suelo—. Es usted un hombre muy extraño. Supongo que debo creer lo que dice, a no ser que tanto usted como ese gordinflón que tiene por primero de a bordo sean un par de lunáticos escapados de un manicomio, que se hayan apoderado de un bergantín quién sabe cómo. Fíjese, si ese individuo de ahí arriba quiso incluso provocarme a una pelea por el mero hecho de haber subido yo a bordo, y ahora usted me amenaza con pegarme un tiro antes que dejarme marchar. No es que me importe gran cosa; sea cuando sea, dará usted con sus huesos en la horca, y eso que no parece usted un hombre que vaya a terminar de ese modo. Si lo que dice usted es sólo una verdad a medias, debo regresar a la goleta tan deprisa como pueda. Se me ocurre que cuando llegue usted a ellos sólo les hará un flaco favor, y puede que mi presencia sea de cierta utilidad. Pero esto es lo más raro que... ¿Tengo permiso para ir en mi esquife?

—Como quiera —dijo Lingard—. Pero le aviso que se avecina un chubasco.

—Estoy al mando de ese esquife, y correré la misma suerte que los míos. Denos un buen cabo, bien largo, capitán.

—Ya está hecho —dijo Lingard—. Me parece usted un marinero sensato; se habrá dado cuenta de que no tiene sentido intentar darme esquinazo.

—Para ser un hombre tan presto a disparar, parece usted muy confiado —dijo Carter con su voz arrastrada—. Si me suelto del bergantín en pleno chubasco, tengo bastantes probabilidades de no volver a verlo nunca más.

—Pruebe usted si quiere —dijo Lingard secamente—. Tengo en este bergantín, joven, ojos que verán su bote cuando no pueda usted ver el barco. Está hecho usted de una pasta que me gusta, pero si le da por enredar conmigo, dé por seguro de que lo encontraré y que cuando lo encuentre lo haré pedazos sin contemplaciones.

Carter se dio una palmada en el muslo y le brillaron los ojos.

—¡Por Dios Bendito! —exclamó—. De no ser por los hombres que me

acompañan, le juro que lo intentaría sólo por darme el gusto. Se le ve demasiado seguro de lo que puede hacer, capitán. Tanto que agraviaría usted a un santo hasta el punto de amotinarse.

Había recobrado la facilidad de su buen humor, pero tras una breve carcajada volvió a ponerse serio.

—Descuide, no tema —dijo—. No me escurriré. Si ha de haber algún pescuezo rebanado, como usted parece insinuar, allí estará también el mío, se lo aseguro, y...

Extendió los brazos, se los miró, los sacudió.

—... también estarán allí estos brazos para ocuparse de lo que sea menester —añadió con su descuidado y arrastrado acento.

No obstante, el patrón del bergantín, con ambos codos sobre la mesa y la cara entre las manos, se había sumido inesperadamente en una meditación tan concentrada y tan profunda que no parecía oír, ver ni respirar. Ver a ese hombre completamente absorto en sus pensamientos fue para Carter más sorprendente que cualquiera de los sucesos acaecidos durante la noche. De haberse esfumado su extraño anfitrión ante sus propios ojos, no se habría sentido más incómodamente a solas en esa cabina en la que el pertinaz reloj seguía marcando los inútiles minutos de la calma antes de que comenzara, con el mismo ritmo imparable, a medir la insensata perturbación de la tormenta.

3

Luego de esperar un poco, Carter subió a cubierta. El cielo, el mar, el bergantín mismo habían desaparecido en una negrura que se había tornado impenetrable, palpable, sofocante. Una inmensa nube había aparecido corriendo por el cielo casi como si buscara la pequeña embarcación, y ahora estaba posada sobre ella, detenida. Al sur se avizoraba un lívido y tembloroso resplandor, tenue y triste, como el recuerdo esfumado de una estrella destruida. Al norte, como si pretendiera demostrar lo imposible, un trozo de cielo increíblemente más negro aún perfilaba en la tremenda negrura del cielo el corazón del chubasco que se avecinaba. Los destellos del agua habían desaparecido, y el mar invisible, en derredor, yacía enmudecido y quieto, como si hubiera muerto repentinamente de miedo.

Carter no veía nada. Percibía a su alrededor el movimiento de los marinos; los oía en las tinieblas susurrando débilmente, como si intercambiasen secretos importantes o infames. La noche borraba incluso las palabras, y su misterio había capturado todo, todos los ruidos, sin dejar nada libre, salvo algo inesperado que parecía flotar encima de todos y cada uno, pronto a extender su mano sigilosa y a tocarlos de súbito con un roce familiar y abrumador. Incluso la despreocupada disposición del joven exoficial de un clíper dedicado al comercio del opio se vio afectada por el ominoso aspecto de

la hora. ¿Qué navío era aquél? ¿Qué gentes las de a bordo? ¿Qué iba a suceder mañana? ¿Qué le pasaría a la goleta, y a él mismo? De pronto sintió, sin ninguna razón adicional, aparte de las tinieblas, que todo aquello era un pobre espectáculo, un pobre espectáculo casi improvisado para todos los presentes. Esa convicción irracional le hizo titubear un segundo allí mismo, donde estaba, de modo que se agarró a la portezuela del tambucho con fuerza.

La voz de Shaw, pegada a su oído, alivió y despejó sus atribulados pensamientos.

—¡Ah, es usted, señor! Por fin ha subido —dijo despacio el primero de a bordo del bergantín—. Parece ser que tenemos que remolcarlos. De todos los extraños incidentes que he visto en la vida, éste se lleva la palma de largo. Aparece un bote salido de quién sabe dónde y resulta que se trata de un amigo al que se aguardaba desde hace tiempo. Y es que usted es uno de esos amigos con los que iba el patrón a reunirse en alguno de estos parajes, ya se ve. ¿O no lo es? ¡Vamos! Sé bastante más de lo que usted pueda creer. ¿Nos dirigimos ahora... y lo mismo da que lo diga, claro... a... ejem, adonde usted ya sabe?

—Sí. Lo sé. ¿Usted no? —interrogó Carter con toda su inocencia.

Shaw permaneció muy quieto durante un minuto.

—¿Dónde está mi patrón? —preguntó por fin.

—Lo dejé ahí abajo, en una especie de trance. ¿Dónde está mi esquife?

—Bien amarrado por la popa. Y, en mi opinión, es usted tan incivil como falso, y eso ya se lo he demostrado. Egg-sac-tamente.

Carter se dirigió a tientas hacia la tapa de regala y al segundo o tercer paso tropezó con alguien que siguió su camino. Se le antojó que una noche como ésa reduce a los hombres a un nivel inferior. Pensó que podría haberse llevado un buen golpe en la cabeza si el otro hubiese tenido fuerza suficiente para levantar en vilo una palanca. Y se sintió extrañamente irritado. Habló en voz alta, dirigiendo sus palabras a Shaw, al que supuso por allí cerca:

—Pues sepa que, en mi opinión, tanto su patrón como usted terminarán mal antes de...

—Pensé que ya estaba en su esquife. ¿O es que ha cambiado de idea? —preguntó Lingard con su grave vozarrón, justo al lado de Carter.

Carter avanzó guiándose con la mano sobre la amura hasta hallar un cabo que, en la calma, parecía alargarse por decisión propia hacia las tinieblas. Saludó a los de su tripulación y al punto oyó el golpear del agua contra la proa, a la vez que el esquife era arrastrado rápidamente hasta debajo de la bovedilla. Luego se irguió informe sobre la amura y acto seguido desapareció tal como si hubiera caído fuera del universo. Lingard le oyó decir:

—Sujétame por la pierna, John.

Se oyeron ruidos huecos en el bote, y una voz que gruñó:

—Bien.

—Aléjense de la bovedilla —dijo Lingard con un tranquilo tono de advertencia

que dirigió a la noche—. El bergantín puede ganar mucha más cía de lo previsto si el chubasco no lo pilla como es de esperar.

—Entendido. Andaré con cuidado —murmuró alguien desde el agua.

Lingard atravesó el barco hacia el costado de babor y miró con atención la hollinosa masa de vapores que se aproximaba. Al cabo de un instante habló con voz seca:

—Prepárese para dar una bordada a babor, señor Shaw —y permaneció en silencio, con la cara vuelta hacia el mar. Un sonido lastimero y espeluznante, como el suspiro de una criatura inmensa que viajara a través del espacio sin estrellas, pasó por encima de las perchas verticales y majestuosas del inmóvil bergantín.

Fue en aumento y de pronto cesó un instante, y a modo de respuesta se oyeron vibrar las tensas jarcias y los obenques tensos del bergantín en una nota cantarina, ante el amenazante murmullo de los vientos. Una larga y lenta ondulación elevó el nivel de las aguas, como si el mar hubiese tomado una honda bocanada de aire o de preocupante suspense. Al minuto siguiente una descomunal perturbación saltó de la negrura sobre el mar, dando pábilo a una lívida claridad de espuma, y la primera racha del chubasco abordó el bergantín con una recia bofetada de lluvia y de salpicotazos. Como si se viera abrumado por lo subitáneo de tan feroz aparición, el navío permaneció recto un segundo allí donde flotaba, recorrido por tremendas sacudidas desde las perillas de los mástiles hasta la quilla; al tiempo, allá en lo alto de la noche se oyeron vibrar primero y retemblar después los lienzos invisibles con violencia.

Entonces, con un rápido y doble restallar, como el de los cañones de gran calibre, las dos gavias se henchieron al punto y el bergantín se escoró con agilidad a un costado. Shaw se vio precipitado de cabeza contra el tragaluz, y Lingard, que había enganchado un brazo al pasamano del mamparo, notó bajo los pies que el navío salía disparado hacia adelante y que al tiempo disminuía la escora del puente; la velocidad del bergantín también menguó un poco, aflojando la excesiva tensión del viento sobre las superficies desplegadas de las velas. Sólo debido a la finura de líneas del pequeño navío y a la forma perfecta del casco se salvaron los lienzos, y quizás las jarcias, pues así estaba capacitada la pequeña embarcación para llevar arrancada con una rapidez análoga a la del relámpago. Lingard respiró hondo y lanzó un grito de júbilo a Shaw, que se esforzaba por mantener el equilibrio y por aprestarse contra el viento para correr al lado de su comandante.

—Lo ha de capear. Lo aguanta todo.

Shaw intentó decir algo. Se tragó a grandes sorbos el agua tibia que el viento le arrojaba a la cara. El bergantín parecía navegar a través de las olas ondulantes que pasaban con siseos entre los dos mástiles y barrían la cubierta con el impulso y el ruido fiero de una catarata. De todas las jarcias y obenques, de todos los cabos, una desmenuzada cortina de agua corría deshilachándose a sotavento. El diluvio sobrecogedor pareció prolongarse durante una eternidad; se tornó insufrible y sin

previo aviso cesó. En tan sólo dos minutos, el chubasco había pasado en toda su longitud por encima del bergantín, y ahora se veía como una muralla recta y gris que se alejaba en la noche bajo el feroz susurro de las nubes que se iban disolviendo en agua. Amainó el viento. Al norte, muy abajo, y en la oscuridad, aparecieron tres estrellas en fila que saltaban, aparecían y desaparecían entre las crestas de las olas como las remotas cabezas de los nadadores en medio de la mar gruesa, y el filo del nubarrón que ya se retiraba, perfectamente rectilíneo de este a oeste, se deslizó por la cúpula del cielo como una inmensa y hemisférica persiana de hierro que pivotase con toda suavidad, como si estuviera movida por un poderosísimo motor. Una frescura inspiradora y penetrante fluyó a la vez que el relumbre de la luz, a través de la gloria exaltada del cielo, una gloria enaltecida, sin atenuar, extrañamente sorprendente, como si un mundo nuevo se hubiera creado de la nada durante el brevísimo paso de la nube de tormenta. Fue un regreso a la vida, un retorno al espacio; la tierra afloró de nuevo bajo un paño mortuorio para ocupar su sitio en el renovado e inmenso fulgor del universo.

El bergantín, con las vergas ligeramente cazadas, se desplazaba con un liso movimiento bajo la tensión de las gavias, el foque y la mayor, hendiendo con todo su desprecio la turbulenta muchedumbre de las aguas ruidosas y agitadas. A medida que la embarcación seguía con agilidad su rumbo, desplegaba a su paso, sobre la inquietante negrura del mar, una ancha estela de espuma revuelta, fruto de las volutas y el centelleo de los oscuros discos que escapaban de debajo del timón. Muy a lo lejos, a popa, al final de un cabo no más grueso que un simple hilo negro, que hundía de cuando en cuando su larga curvatura en el hervor de la espuma, era posible avistar un objeto que parecía de juguete, alargado y oscuro, que corría en pos del bergantín sobre la nivea blancura de su estela.

Lingard se dirigió a popa, y con ambas manos sobre la tapa de regala miró ansioso al esquife de Carter. Con un primer vistazo se dio por satisfecho de que el esquife del yate siguiera cómodamente remolcado al término de un larguísimo cabo, y se volvió para mirar al frente y a sotavento, ojo avizor. Pasaba entonces media hora de la medianoche, y Shaw, relevado por Wasub, había bajado al camarote. Antes de irse, habló con Lingard.

—Señor, si no piensa desplegar más velamen, por el momento me retiro.

—Por el momento no largaré más trapo —le contestó Lingard con tono un tanto preocupado, y Shaw se despidió un tanto herido por esa negligencia, por no sacar el mejor partido de un viento favorable.

Sobre cubierta, los hombres de piel oscura, cuyos ropajes se adherían a sus temblorosas extremidades tal como si hubieran caído por la borda, habían terminado de enrollar las brazas y de recoger los aparejos. El *kassab*, tras colgar la driza de la escandalosa en el cuadernal, se llegó hasta el combés camino de una hilera de hombres que permanecían de pie sin nada que hacer, apoyados de espaldas contra la crujía. Pasó por delante de ellos observando sus caras impertérritas. Le hicieron sitio

y ocupó su lugar al final de la hilera.

—Ha sido una gran lluvia y un poderoso viento, hombres —dijo dogmáticamente—, pero no hay viento que pueda jamás lastimar a este barco. Eso lo supe con certeza mientras me ocupaba de la vela que está a mi cuidado.

Un murmullo apagado e inexpresivo se oyó entre los hombres. Por encima del alto pasamanos del mamparo, una ola excepcionalmente alta les arrojó a los ojos un puñado de gotas gruesas que les picaron en la piel como el granizo. Se oyeron bajos gañidos de indignación. Alguien suspiró. Otro emitió una risa espasmódica entre los dientes que le castañeteaban. Nadie se movió del sitio. El menudo *kassab* se secó el rostro y siguió hablando con su voz cascada y con el acompañamiento de los silbidos que emitía el mar al barrer con regularidad, de proa a popa, el costado del barco.

—¿No lo habéis oído gritar al viento, y más fuerte que el viento? Yo lo oí, y eso que estaba muy a proa. Y mucho antes, a qué negarlo, en los muchos años que llevo al servicio de este hombre blanco, le he oído gritar a menudo palabras mágicas que dan seguridad. ¡*Ya-wa!* Es la verdad. Preguntad a Wasub, que es un Haji, tal como lo soy yo.

—He visto a los barcos de los blancos con los mástiles partidos; también los he visto naufragar como nuestros praos —comentó con tristeza un individuo enjuto y desgarrado que temblaba al lado del *kassab*, cabizbajo, procurando sujetarse los omóplatos con ambas manos.

—Muy cierto —reconoció el *kassab*—. Son todos hijos de Satán, pero a más de uno se le otorgan más favores. Obedecer a tales hombres en el mar o en combate es muy buena cosa. Yo he visto al que es patrón aquí luchar con los salvajes que devoran a sus enemigos, muy al este de aquí, y a su lado he repartido leña sin ningún temor, pues el encanto que sin duda posee, y son muchos, también protege a los que le servimos. Soy creyente, y sé que el Maligno, el Apedreado, no puede tocarme las sienes. Con eso, la recompensa del triunfo proviene de los execrables. Llevo seis años navegando con el hombre blanco, primero siendo el que cuida del timón, pues soy hombre de mar, nacido por algo en un prao, y se me da bien ese trabajo. Y ahora, gracias al conocimiento que tengo de todos sus deseos, tengo a mi cuidado todas las cosas que hay en este barco.

—Cierto, muy cierto —musitaron varias voces. Luego permanecieron apáticos, pacientes, a merced del viento, bajo las repetidas rachas cortas de espuma que los mojaban. El leve cabeceo del barco los mantenía en precario equilibrio, muy juntos al apoyarse contra la crujía. El viento que ronroneaba entre los mástiles escorados envolvía sus siluetas oscuras y calladas con la resonancia incesante de su propia respiración.

La proa del bergantín iba enfilada de modo que pasara un poco a barlovento de las pequeñas islas del archipiélago de Carimata. Habían estado hasta entonces ocultas en la noche, pero los dos hombres que montaban guardia anunciaron tierra a proa al unísono. Lingard, a sotavento de la rueda, contempló la primera isleta avistada.

Cuando se encontraba casi por el través de barlovento, dio las órdenes pertinentes y Wasub se afanó en cubierta. Arribó a la banda, las vergas de la mayor se abrieron lentamente en perpendicular y el lienzo empapado de la mayor se pegó de golpe al mástil, tras un único y sonoro aleteo. Se desvaneció en un visto y no visto el deslumbrante rayajo de la estela. El navío perdió velocidad y comenzó a hundir las amuras en la rápida sucesión de las olas. Y a cada lento cabeceo de la embarcación, el canto del viento se henchía más entre las jarcias oscilantes, dando una nota salvaje y plañidera.

En el momento en que zallaron el bote del bergantín, listo para ser arriado, el esquife de la goleta sujeto por el cabo apareció cabeceando y salpicando por sotavento. Carter estaba en pie en la tilla de popa, conservando con inteligencia el equilibrio frente al desordenado movimiento de su cáscara de nuez. Saludó al bergantín dos veces para enterarse de lo que sucedía, ya que desde abajo y en plena oscuridad no era capaz de averiguar en qué se afanaba aquel confuso grupo de hombres que veía a popa. No recibió respuesta, aunque sí vio la silueta de un hombre de pie, a popa, que al parecer lo contemplaba. Iba a repetir su saludo por tercera vez cuando oyó el tableteo de los aparejos seguido de un poderoso salpicotazo, un estallido de muchas voces a la vez, sonidos huecos, y una masa oscura que se desgajaba del costado del bergantín y que pasaba por su flanco sobre la cresta de una ola. En menos de un segundo atinó a ver, en el relumbre del cielo nocturno, el perfil de un bote, las cabezas de los hombres, las hojas de los remos que apuntaban a lo alto al ser apresuradamente izados de las aguas. Luego, todo aquello se hundió y desapareció de su campo visual, apareció una vez más, ya muy lejos y apenas discernible, antes de desvanecerse en el mar de una vez por todas.

—¡Caramba, si han largado un bote! —exclamó Carter, y volvió a caer sobre su banco. Recordó que sólo pocas horas antes había divisado tres praos nativos al acecho entre esas mismas islas. Por un instante se le ocurrió la idea de soltar el cabo para lanzarse en pos del bote, para averiguar... ¿Averiguar qué exactamente? Desestimó la idea en el acto. ¿Qué podía hacer?

La convicción de que el yate, junto con todo lo que le pertenecía, se encontraba en peligro —un peligro tal vez indefinido, pero sin duda muy real—, de nuevo se apoderó de él, y la certeza de que el dueño del bergantín iba hacia allá dispuesto a ayudar a los suyos de ningún modo apaciguó su sensación de alarma. Esa seguridad tan sólo sirvió para complicar más su intranquilidad al añadirle una sensación de misterio.

El hombre blanco que hablaba como si todo ese mar fuese de su propiedad, o como si cualquiera que por allí estuviese fuera un intruso que hubiera invadido su intimidad por haberse tomado la libertad de encallar en una costa donde realizaba extraños negocios con sus amigos, se le antojaba una suerte de auxilio indeseable. No le cupo ninguna duda de que habían largado el bote para comunicarse con los praos que él había divisado y eludido. Esa idea centelleó de inmediato en su ánimo, y no le

gustó su cariz. Sin embargo, a fin de cuentas lo mejor que podía hacer era aguantar y volver al yate para dar aviso... ¿Para advertirles de qué? El hombre se había mostrado perfectamente abierto con él. ¿De quién debía advertirles? De pronto cayó en la cuenta de que no tenía ni la más ligera idea de lo que podría ocurrir, ni de lo que tal vez fuera probable que ocurriese. Ese extraño salvador que acudía a su rescate era el que portaba la noticia misma del peligro. El peligro que representaban los nativos, por supuesto. No obstante, estaba en contacto con esos mismos nativos, eso por descontado. Ese bote que habían largado en plena noche... Carter maldijo de todo corazón. Su perplejidad se le hizo patente, físicamente tangible al verse sentado, empapado, incómodo, con una mano en el timón, zarandeado por el cabeceo del bote. Ante sus propios ojos, descollando sobre el mar, el casco negro del bergantín también subía y bajaba, asentando la popa en el mar con un tremendo reventón de espuma. Del bergantín no llegaba un solo ruido a oídos de Carter. Parecería un navío abandonado de no ser por la cabeza y el torso del hombre todavía visible, en actitud vigilante, sobre la tapa de regala.

Carter indicó a su proel que jalase el cabo para arrimarse y volvió a saludar.

—¡Ah del bergantín! ¿Sucede algo raro?

Esperó a la escucha. El hombre en sombras seguía vigilante. Al cabo de un rato recibió un cortante «No» por toda respuesta.

—¿Tienen previsto seguir un rato más al paio? —gritó Carter.

—No lo sé. No creo que mucho. Que se aleje su bote del barco. Que se aleje. De lo contrario, causaré daños.

—¡Afloja el cabo, John! —dijo Carter con tono de resignación al viejo marinero de proa—. Afloja, dejémonos llevar todo lo que dé de sí el cabo. No parece que estén muy habladores allá.

Mientras hablaba, el cabo se fue alargando y las ondulaciones regulares del mar empujaron al bote lejos del bergantín. Carter se volvió ligeramente, sin levantarse, para mirar a tierra. Se alzaba a sotavento como un cono altanero e irregular, tan sólo a una milla o milla y media de distancia. El ruido de las olas que batían la base se oía contra el viento, formando comedidas detonaciones. La fatiga de los muchos días pasados en el esquife se asentó sobre la intranquilidad que presidía los pensamientos de Carter, y poco a poco fue perdiendo la noción del paso del tiempo, sin perder por completo la conciencia de la situación en que se hallaba.

En los intervalos de ese entumecido estupor, más que sueño, se percató de que el ruido interrumpido de las olas había ido en aumento hasta ser un enorme y continuo runrún que se henchía periódicamente en un alto rugido; se percató asimismo de que la isleta parecía de mayor tamaño, y de que una blanca franja de espuma era claramente visible a sus pies. Sin embargo, todavía no se notaba agitación o movimiento de ninguna clase a bordo del bergantín. Sintió que amainaba el viento y que el mar se aquietaba a la vez, y así volvió a adormilarse unos minutos. Cuando volvió a abrir los ojos, sobresaltado, lo hizo justo a tiempo de ver asombrado una

nueva estrella que subía sin hacer ruido desde detrás de un promontorio, en tierra, y que ocupaba su sitio en una brillante constelación, aunque con idéntica rapidez se apagó. Siguieron otras dos que ascendieron juntas, y que luego de alcanzar una altura semejante expiraron al lado la una de la otra.

—Son bengalas, señor. ¿No cree? —dijo uno de sus hombres en voz baja.

—Sí, bengalas —gruñó Cárter—. Ahora, ¿cuál será su siguiente movimiento? —musitó con desazón para sus adentros.

Obtuvo respuesta con el fiero sisear de un esbelto rayo de fuego que, ascendiendo con violencia desde el ensombrecido casco del bergantín, se disolvió de inmediato en una apagada lluvia roja de centellas descendentes. Solamente una, blanca y brillante, permaneció suspendida en lo alto, y tras resplandecer con viveza durante un segundo estalló con un débil estampido. Casi en el mismo instante vio que el bergantín abatía el rumbo; entrevió las perchas cuando se cerraban para henchirse del todo la vela mayor, y oyó con toda claridad el golpe sordo de la primera ola desplazada por el embate de la proa. Al minuto siguiente, el cabo de remolque dio una sacudida, se tensó y el esquife se puso en marcha a toda prisa en pos del bergantín.

Inclinado hacia proa, completamente despierto, atento, Carter manejó el timón. Sus hombres iban sentados uno tras otro con las espaldas encorvadas y los hombros en tensión, incómodos y sin embargo pacientes, sobre las bancadas. El esmero requerido para pilotar debidamente el esquife tras la estela de aguas revueltas que dejaba el bergantín en su rápida bordada le impidió reflexionar con detenimiento sobre la incertidumbre del futuro y sobre lo insólito de su propia situación.

Sólo sentía una ansiedad desmedida por avistar de nuevo la goleta, y le embargó una auténtica satisfacción al comprobar que el bergantín desplegabá todo el trapo. A lo largo de las restantes horas de la noche permaneció sentado, sujetando la caña del timón y con los ojos fijos en la sombría y alta pirámide de lienzo que discurría con constancia a proa de su esquife, con un leve balanceo de costado.

4

Llegó el mediodía antes de que el bergantín, pilotado por Lingard a través de los profundos canales que bordean los arrecifes coralinos de más a mar, rodease a la distancia de un disparo un banco de arena bajo que señalaba el término de una larga hilera de salientes de piedra de los que, al estar en su mayor parte sumergidos, tan sólo asomaba una negra cornisa aquí y allá, en medio de la espuma batida del mar amarillento. Al librar el bergantín ese trecho arenoso, a barlovento y más allá de un laberinto de aguas quebradas, médanos y roquedos, apareció el casco negro de la goleta escorada, alto e inmóvil sobre la anchurosa extensión de los bajíos resplandecientes. Sus largos obenques desnudos estaban levemente inclinados, casi

como si navegase en alas de un buen viento. Quienes contemplaban la aparición desde la cubierta del bergantín hallaron triste y decepcionante en el aspecto del yate, pues se encontraba absolutamente quieto y en una actitud que, a ojos de un marinero, se suele relacionar en cambio con la idea de un rápido avance.

—¡Ahí está! —dijo Shaw; ataviado con un traje blanco, impecable, volvió en ese momento desde proa, donde había estado afanándose con las anclas—. Está muy metido en tierra, señor. ¿No le parece? Yo diría que eso es un fangal.

—Sí. Es un fangal —dijo Lingard, que se llevó el catalejo al ojo—. Ice la mayor, Shaw —siguió diciendo sin dejar de mirar con curiosidad hacia el yate—. Aquí tendremos que dar bordadas cortas.

Se quitó el catalejo del ojo y se apartó de la barandilla. A lo largo de la hora siguiente guió su pequeña embarcación por el intrincado y angosto canal con actitud despreocupada, como si cada piedra y cada grano de arena del traicionero fondo del mar se le mostrasen a la vista absolutamente diáfanos. Atento al viento caprichoso y escaso pilotaba con una audacia a la vez práctica y natural que a Shaw, en su puesto a proa, le dejó boquiabierto de pura alarma. Al poner rumbo a los bajíos y médanos de más a tierra, el bergantín no viró una sola vez antes de que los sonoros gritos de la marinería, atenta a la sonda, anunciaran que no quedaban más de tres pies de agua por debajo de la quilla; cuando avanzaba hacia el empinado fondo interior del largo arrecife, en donde la sonda no serviría de nada, sólo se bajaba el timón cuando el tajamar tocaba la tenue línea de espuma. El amor de Lingard por su bergantín era amor de hombre, y era tan grande que jamás podría ser mitigado, a menos que le exigiera que desplegara todas sus cualidades y todo su poderío a fin de pagarle con creces por su agotador afecto mediante una fidelidad puesta a prueba hasta los límites más extremos de su resistencia. Cada flameo de las velas que descendía desde lo alto, a lo largo de las tensas balumas, para ingresar en su corazón con una sensación de agudo deleite, y el gentil murmullo del agua en sus costados, continuado y suave, eran demostración palmaria de que en todos sus bordos y viradas su incomparable embarcación jamás había dejado, siquiera un solo instante, de seguir su curso, cosa que para él era más preciada y más inspiradora de lo que sería para otro hombre el suave susurro de unas tiernas palabras pronunciadas al oído. En tales momentos vivía con intensidad, en un arrebató de fuertes sentimientos que generaba en su ser el deseo de apretar su embarcación contra su pecho. Era su mundo perfecto, desbordante de alegría y de confianza.

Las personas que a bordo del yate contemplaban ansiosas la primera vela que habían avistado desde que encallaron en esa región desierta de la costa no tardaron en precisar, con cierta desilusión, que se trataba de un pequeño bergantín de la marina mercante, que avanzaba bordo tras bordo por la orilla interior del arrecife, seguramente con la intención de comunicarse con ellos y ofrecer su ayuda. La opinión prevaleciente entre la parte marinera de la tripulación fue que bien poco eficaz sería la ayuda que cupiera esperar de un navío que respondiera a semejante

descripción. Sólo el oficial de derrota del yate se permitió hacer un comentario a su contramaestre, que además gozaba de la ventaja de ser su primo carnal: «Ese hombre conoce muy bien el terreno; se nota a las claras por la forma en que pilota el bergantín. No lamento el contar con alguien así a nuestro lado. Es imposible saber cuándo podremos desencallar de este barrizal, George».

Un largo bordo de ceñida permitió alcanzar al bergantín el límite sur del agua incolora, rayana en la orilla, sobre la que había encallado la goleta. Al borde mismo del lodazal cambió de bordo por última vez. Tan pronto arrancó una nueva bordada, rizaron las velas ágilmente y el bergantín comenzó a recorrer el último tramo que lo llevaría a su fondeo, sólo con las gavias, las velas de estay y el foque. Quedaba menos de un cuarto de milla de aguas someras entre el bergantín y el yate, pero así como ese navío había encallado con la proa al este, el bergantín se desplazaba lentamente en dirección oeste-noroeste, y en consonancia navegaba, por así decir, pasando por delante de toda la longitud de la goleta. Lingard vio a todas las almas en cubierta, contemplando su arribada en un silencio tan completo como el que reinaba en su propio navío.

Un hombrecillo de cara colorada, enmarcada en unos bigotes blancos, agitó una gorra con cordón de oro sobre la amura por el combés del yate. Lingard alzó el brazo para corresponder al saludo. Más a popa, bajo los blancos toldillos, acertó a ver a dos hombres y una mujer. Uno de ellos, y la dama, iban de azul. El otro, que parecía muy alto y permanecía con el brazo en torno a un candelero del toldo, a la altura de la cabeza, iba vestido de blanco. Lingard los vio con claridad. Contemplaban el bergantín por medio de binoculares; se volvieron a hablar unos con otros, movían los labios y gesticulaban como si estuvieran sorprendidos. Un perro de buen tamaño apoyó las patas delanteras en la amura y, levantando la cabeza grande y negra, soltó tres ladridos sonoros y lastimeros antes de desaparecer de la vista. Una súbita agitación y cierto aire de excitación fueron perceptibles entre todos los hombres de a bordo al caer en la cuenta de que el bote que iba remolcado por el desconocido era su segundo esquife.

Se extendieron muchos brazos con dedos que señalaban a lo lejos. Alguien gritó una larga frase de la que no se pudo entender ni palabra; una vez alcanzó el límite oeste del arenal, el bergantín comenzó a alejarse en diagonal, aumentando la distancia que lo separaba de la goleta, aunque ganando una mejor visibilidad de la popa. Aquellas personas, como pudo comprobar Lingard, abandonaron sus lugares y caminaron hasta la tapa de regala para no perderlo de vista.

Cuando estaba a una milla de la orilla y casi en línea con la popa del yate, flamearon las gavias del bergantín y las perchas bajaron lentamente sobre los tamborettes; los lienzos de proa y popa fueron arriados; el bergantín permaneció un tiempo flotando en calma, con las alas plegadas sobre la hoja transparente del agua, bajo el radiante silencio del cielo. Corrió el ancla hasta dar contra el fondo con un sordo retumbar que recordó el rodar de un trueno lejano. En un momento, la proa

enfiló los últimos soplidos del viento del norte y la enseña de la cofa se agitó, se desplegó lentamente, se abatió y volvió a extenderse, hasta quedar colgando lacia, como si estuviera lastrada por el plomo.

—Calma chicha, señor —dijo Shaw a Lingard—. Calma chicha otra vez. Hemos llegado a este curioso rincón casi por los pelos.

Permanecieron un rato el uno junto al otro, contemplando la costa y el mar. El bergantín había recalado en el centro de una ancha cinta de agua clara. Al norte se veían las cornisas rocosas en líneas blancas y negras, sobre el leve olear proveniente de aquella parte. De las aguas quebradas sobresalía una isleta como si fuera la torre cuadrada de un edificio sumergido. Estaría a unas dos millas del bergantín. Por el este, la costa era baja, una costa de verdes florestas flanqueadas por oscuros manglares. En su sombrío aspecto se adivinaba una abertura claramente definida, como si alguien hubiera arrancado un pedazo con un cortaplumas bien afilado. En la abertura, el agua brillaba como una concavidad de plata bruñida. Lingard se lo señaló a Shaw.

—Ésa es la entrada del lugar al que nos dirigimos.

Shaw se quedó mirando con los ojos como platos.

—Ah, yo pensaba que habíamos venido hasta aquí debido a ese yate —balbuceó sin tratar de ocultar su sorpresa.

—El yate... —dijo Lingard con aire meditabundo, sin apartar la mirada del hueco que se abría en la costa—. El yate... —Dio un repentino pisotón—. De buena gana daría todo lo que valgo, y añadiría incluso unos cuantos años de vida en el trato, si pudiera sacarlo de ahí antes de que anochezca.

Se calmó, y de nuevo escrutó la tierra. Algo más adentro, a la altura de la entrada y tras la muralla de la selva, un fuego invisible escupía a buen ritmo una negra y espesa humareda que se alzaba en volutas, alta y ancha, como una columna retorcida y temblorosa, recortada contra el claro azul del cielo.

—Hay que poner fin a ese juego, señor Shaw —dijo Lingard de repente.

—Sí, señor. ¿Qué juego? —preguntó Shaw, que se volvió en redondo y boquiabierto.

—Ese humo —dijo Lingard con impaciencia—. Es una señal.

—Desde luego, señor, aunque no veo bien cómo podríamos... Parece que está muy hacia el interior. ¿Y una señal de qué, señor?

—Una señal que no es para nosotros —dijo Lingard con un tono inesperadamente brusco—. A ver, Shaw. Que coloquen una carga hueca en el castillo de proa. Que metan a fondo el esguazo y que engrasen bien la boca del cañón. Queremos que se nos oiga alto y claro. Si el viejo Jörgenson oye el cañonazo, esa fogata estará apagada sin darle tiempo a usted a girar sobre sus talones... Un minuto, señor Carter.

El esquife de la goleta se había abarloado en cuanto estuvo fondeado el bergantín, y Carter estaba a la espera de llevar a Lingard a bordo del yate. Los dos se dirigieron a la pasarela. Shaw, siguiendo a su comandante, esperó a recibir sus órdenes.

—Todos los botes al agua, señor Shaw —decía Lingard con un pie ya en la amura, preparado para abandonar su barco—, y que monten la pieza giratoria de cuatro libras a proa de la cruzía. Retiren los seguros de mar de los cañones, pero que no los emplacen todavía. Mantenga al flameo las gavias y el foque preparado, tal vez necesitemos desplegar velamen a toda prisa. Señor Carter, estoy con usted.

—Vámonos, chicos —dijo Carter en cuanto estuvieron sentados en las bancadas—. Vámonos, remad. Un último esfuerzo antes de un largo y merecido descanso.

Los hombres se aprestaron a remar entre gruñidos. Tenían las caras contraídas, grisáceas, manchadas de salitre reseco. Se les notaba esa expresión preocupada de los hombres que han tenido que soportar una larga entrega que ha puesto a prueba su capacidad de resistencia. Carter, con los ojos enrojecidos y apagados, dirigió el bote hacia la pasarela del yate. Lingard lo interpeló cuando atravesaban por delante de la proa del bergantín.

—Supongo que tendrá agua suficiente por el costado de su embarcación...

—Sí. Entre ocho y doce pies —respondió Carter con aspereza—. ¡Eh, capitán! ¿En qué ha quedado el espectáculo que nos prometió de los rebanadores de pescuezos? ¡Caramba, si este mar está más desierto que una iglesia en día de semana!

El estruendoso estampido del dieciocho libras del bergantín, casi sobre sus cabezas, le obligó a callar. Una redonda humareda de vapor blanco, que se iba extendiendo perezosamente, se desgajaba en hilachas en torno al bauprés. Lingard, volviéndose a medias en la tilla de popa, contempló la humareda de tierra adentro. Carter permaneció en silencio, oteando con aire adormecido el yate al que se aproximaban. Lingard siguió escrutando la humareda con tal intensidad que casi olvidó en dónde se encontraba hasta que la voz de Carter, que sólo dijo cortantemente «ya estamos», le recordó quién era.

Se hallaban a la sombra de la goleta, pegados ya a la escalerilla. El propietario del bergantín alzó la mirada para encontrarse con la cara de un caballero de largos bigotes y mentón bien afeitado, que lo miraba desde la borda por un catalejo. Al poner pie en el último escalón vio que el humo de tierra adentro seguía en ascenso, espeso e incesante, pero al seguir mirando comprobó que la base de la negra columna se elevaba sobre la línea desigual que formaban las copas de los árboles. Todo el humo se alejó flotando de la tierra, y formando una masa de perfil irregular derivó hacia el mar, desplazándose despacio sobre el cielo azul, como una nube solitaria y amenazadora.

SEGUNDA PARTE

LA COSTA DEL REFUGIO

1

La costa frente a la cual flotaba el pequeño bergantín sobre la vertical de su ancla, como si guardase el alto casco del yate, carece de todo rasgo distintivo. Es una tierra sin forma. Se extiende sin cerros ni acantilados, alargada y baja, indefinidamente; cuando las recias rachas del monzón del nordeste traen la lluvia espesa y sesgada sobre el mar, se ve muy vagamente bajo el cielo gris, negra, con perfiles borrosos, como el filo rectilíneo de una orilla que se disuelve. Durante la larga estación de los días despejados, sin una sola nube, ofrece a la vista solamente una estrecha franja de tierra que parece aplastada, apisonada sobre la vasta superficie del mar por el peso del cielo, cuya inmensa cúpula descansa sobre ella en una línea tan fina y tan cierta como el propio horizonte del mar.

A pesar de su proximidad con los centros del poder de los europeos, esta costa la conocen desde tiempo inmemorial los que merodean armados por estos mares con el nombre de «la Costa del Refugio». Carece de un nombre específico en las cartas de navegación; los manuales de geografía ni siquiera la mencionan, pero los pecios de muchas derrotas derivan de manera infalible hasta dar en sus ensenadas. Para quien no la conozca bien, las vías de aproximación son sumamente difíciles. Vistas desde el mar, las innumerables isletas que flanquean la que, por la vastedad de su tamaño, puede ser considerada como el continente, se funden sobre un trasfondo que no presenta un solo hito que pueda señalar el rumbo por los intrincados canales. Podría decirse que en una franja marina de veinte millas de anchura, a lo largo de toda esa costa baja, hay muchos más arrecifes coralinos, fangales, bancos de arena, médanos y roquedos que auténtica agua de mar. Entre los bajíos de ese trecho había encallado el yate, y allí tuvieron lugar los acontecimientos derivados de su embarrancadura.

La luz difusa del breve amanecer mostró la mar abierta hacia el oeste, adormecida, lisa y gris bajo un firmamento difuminado. La costa rectilínea proyectaba una densa y lúgubre franja sobre las aguas someras que, en la calma de la noche que espiraba, no parecían siquiera marcadas por la ola más leve. En el tenue amanecer, los arbustos bajos de los arenales parecían inmensos.

Sin ningún ruido, como dos sombras, dos figuras recorrieron despacio la playa de una isleta rocosa y se detuvieron una junto a la otra en la orilla misma. A sus espaldas, entre las esterillas de las que se habían levantado, un montoncillo de ascuas ya negras ardía sin llama. Estaban de pie las dos, las dos en una quietud perfecta, de no ser por el leve movimiento de sus cabezas, pues de izquierda a derecha y vuelta a

empezar barrían con sus miradas el desierto gris de las aguas, donde a unas dos millas de distancia, más a mar, el casco del yate descollaba negro e informe contra el cielo pálido. Las dos figuras escrutaban el horizonte sin intercambiar siquiera un murmullo. La más alta de las dos había clavado en el suelo, a menos de un metro, la culata de una escopeta de cañón largo; a la otra le llegaba el cabello hasta la cintura; allí cerca, las hojas de la enredadera que caían desde lo alto de la roca empinada no rozaban al mecerse nada más que las piedras festoneadas. La luz tenue, que revelaba aquí y allá el resplandor de la arena blanca y dos desvaídos amontonamientos de las isletas esparcidas al lúgubre socaire de la costa; el profundo silencio; la vasta quietud en derredor, acentuaban la soledad de dos seres humanos que, apremiados, se habían levantado así, al rayar el alba, para escrutar la lejana y velada cara del mar.

—¡Nada! —dijo el hombre con un suspiro, como si despertase de un largo periodo de meditación.

Llevaba una chaqueta de basto algodón azul, del tipo de las que gastan los pescadores pobres, y la llevaba abierta sobre un pecho musculoso que tenía el color y la lisura del bronce. Del doblez del deshilachado *sarong* que llevaba ceñido a las caderas asomaba por la izquierda la empuñadura de marfil, con seis anillas de oro, de un arma que no hubiera disgustado a un caudillo. La plata brillaba en el percutor y engastada en la culata de madera de su escopeta. El pañuelo rojo y oro con que se cubría la cabeza era de un tejido costoso, como los que tejen las mujeres de alta cuna en los hogares de los jefes, sólo que los hilos de oro estaban descoloridos y la plata se deshilachaba en los pliegues. Echaba la cabeza hacia atrás, los párpados entrecerrados estrechaban el brillo de sus ojos. No tenía barba ni vello en toda la cara; su nariz era corta, de aletas finas, y su sonrisa de despreocupado buen humor parecía haber sido forjada para siempre, como con una delicada herramienta, en los leves hoyuelos que tenía junto a las comisuras de unos labios más bien gruesos. En su modo de erguirse destacaba una elegancia un tanto negligente. Pero en su rostro despreocupado, en los tranquilos gestos del hombre, se notaba una contenida actitud de alerta.

Luego de lanzar en franquía una última y escrutadora mirada, se volvió y, de cara al sol naciente, echó a caminar descalzo sobre la arena elástica. Al arrastrar la culata del arma dejó un surco profundo en la arena. Las ascuas ya no ardían. Las miró pensativo un rato, y llamó por encima del hombro a la muchacha, que se había quedado inmóvil contemplando los confines del mar.

—Se ha apagado la hoguera, Immada.

Nada más oír su voz, la muchacha se dirigió hacia las esterillas. Su negra melena pendía como un manto. Su *sarong*, esa prenda parecida a una falda que usan las personas de ambos sexos, tenía el dibujo nacional en rojo y gris, pero no había completado ella su atuendo con el cinturón, las pañoletas, los holgados envoltorios de la parte superior del torso y el tocado propio de una mujer. Llevaba una sencilla chaqueta de seda negra, como la de un hombre de alto rango, abotonada sobre el busto y ceñida a su esbelta cintura. El borde de un cuello rígido y recamado en oro le

rozaba las mejillas. No llevaba brazaletes ni ajorcas, ni esclavas en los tobillos, y aunque vestía de forma práctica, con prendas masculinas, en su persona no guardaba armas de ninguna clase. Iba con los brazos pegados a los costados, enfundados en unas mangas sumamente prietas aunque con una abertura en las muñecas, recamadas en oro y con una hilera de pequeños botones sobredorados. Morena y alerta, de una sola pieza, caminaba a pasos cortos, los ojos muy vivos en un rostro pequeño e impasible, la boca arqueada y cerrada con firmeza; toda su persona exudaba, en su rigidez y su gracia, la feroz gravedad de la juventud en el comienzo de la tarea de la vida, el comienzo de las creencias y las esperanzas.

Éste fue el día en que llegó Lingard a la costa, aunque ya es sabido que el bergantín, demorado por la encalmada, no apareció a la vista de los bajíos hasta bien avanzada la mañana. Decepcionada su espera, impacientes por avistar la vela anhelada, de verla rielar con los primeros rayos del sol naciente, sin tratar de encender de nuevo el fuego, el hombre y la mujer se sentaron en las esterillas. A sus pies, una canoa común, arrastrada fuera del agua, estaba para mayor seguridad amarrada por una soga de hierbas trenzadas a la vara de una larga lanza clavada con fuerza en la blanca arena, y la marea creciente acariciaba con monotonía la popa.

La muchacha se recogió la negra melena con ambas manos y se la sujetó con finos pasadores de madera. El hombre, inclinado cuan largo era, había hecho sitio para la escopeta sobre la esterilla —tal como se lo haría a un amigo— y, apoyado sobre un codo, miraba hacia el yate con ojos cuya fijeza y ensoñación, como un velero transparente, bien podría enseñar el lento tránsito de cada uno de sus lúgubres pensamientos al ahondarse poco a poco y alcanzar una sombría mirada perdida en la nada.

—Hemos visto tres amaneceres en esta isleta sin que ningún amigo llegase del mar —dijo sin cambiar de actitud, de espaldas a la muchacha que permanecía sentada al otro lado de los rescoldos ya fríos.

—Sí, y está menguante la luna —repuso ella en voz baja—. Está menguante la luna. Sin embargo, prometió arribar mientras sean claras las noches y el mar cubra las playas hasta los matorrales.

—El viajero conoce la hora de su partida, pero no la del regreso —observó el hombre con calma.

La muchacha suspiró.

—Se hacen largas las noches de espera —murmuró.

—Y a veces son en vano —dijo el hombre con la misma compostura—. Tal vez nunca regrese.

—¿Por qué? —exclamó la muchacha.

—Largo es el camino, y tal vez se le enfríe el corazón —respondió en voz muy queda—. Si no regresa, es porque ha olvidado.

—Oh, Hassim. Si no regresa, sólo será porque ha muerto —exclamó la muchacha indignada.

Sin dejar de otear el mar, el hombre sonrió al percibir el ardor con que habló ella.

Eran hermano y hermana, y aunque fuesen muy parecidos, ese aire de familia se perdía entre los rasgos generales, comunes a toda su raza.

Eran nativos de Wajo. Es común entre los malayos decir que para ser un viajero y un mercader de éxito, un hombre ha de llevar al menos una parte de sangre de los nativos de Wajo en las venas. Comerciar, que para ese pueblo también significa viajar lejos, es un oficio romántico y respetable. El comerciante ha de tener espíritu aventurero, perspicacia y capacidad de comprensión; debería reunir en sí la intrepidez de los jóvenes y la sagacidad de los ancianos; le conviene ser diplomático a la par que valeroso para garantizarse los favores de los más poderosos y el miedo de los malhechores.

Nadie cuenta con hallar semejantes cualidades en un tendero o un buhonero chino. Sólo se consideran indispensables para un hombre que, de noble cuna y emparentado tal vez con el gobernante de su país, recorre los mares en una embarcación propia y con muchos seguidores; lleva de isla en isla noticias tan importantes como las mercancías que transporta; es un hombre al que se pueden confiar mensajes secretos y bienes de gran valor; un hombre, en breve, que tan dispuesto está a intrigar y a combatir como a comprar y vender. He ahí al mercader ideal de Wajo.

Así entendido, el comercio era la ocupación propia de los hombres ambiciosos, que desempeñaban un papel oculto pero importante en todos aquellos levantamientos nacionales, algaradas religiosas y también en los movimientos de piratería organizada a gran escala que durante la primera mitad del pasado siglo afectaron de forma notable al destino de no pocas dinastías nativas, y que durante unos cuantos años al menos pusieron en grave peligro el dominio holandés en Oriente. Cuando se impuso una paz relativa sobre las islas, bien que a cambio de mucha sangre derramada y mucho oro que cambió de manos, esa misma ocupación, aunque despojada de toda posibilidad de alcanzar la gloria, siguió entrañando un gran atractivo para los más aventureros de una raza de natural inquieto. Los hijos menores y los parientes de muchos caudillos nativos surcaron los mares del Archipiélago, visitaron esas innumerables islas, muy poco o nada conocidas, y las por entonces poco menos que ignotas costas de Nueva Guinea: todos los rincones en los que no había penetrado el comercio europeo, desde Aru a Atjeh, desde Sumbawa hasta Palawan.

2

Fue quizás en el más desconocido de tales lugares, una pequeña ensenada en la costa de Nueva Guinea, donde el joven Pata Hassim, sobrino de uno de los grandes jefes de Wajo, conoció a Lingard.

Era comerciante a la manera de los Wajo, y en un prao recio y marinero, armado con dos cañones y manejado por jóvenes que tenían con su familia relaciones consanguíneas, o de dependencia, llegó allí para comprar una partida de plumas de aves del paraíso que le había encargado el viejo sultán de Ternate: una expedición arriesgada y asumida no por el negocio en sí, sino a modo de cortesía para con el muy anciano sultán, que lo había acogido suntuosamente en su lúgubre palacio de ladrillo, en Ternate, durante poco más de un mes.

Mientras esperaba en guardia y cerca del poblado a que llegaran las plumas, y mientras negociaba con los traicioneros salvajes de la costa que suelen hacer de intermediarios en tales tratos, Hassim vio una mañana que el bergantín de Lingard recalaba y anclaba en la ensenada, y poco después vio a un blanco de gran estatura, con una barba que brillaba como el oro, bajar a tierra desde un bote y pasearse sin armas por la orilla, aunque seguido por cuatro malayos de su tripulación, camino del poblado.

A Hassim le asombró la fría temeridad de semejante proceder, e incluso quedó boquiabierto; después, según la genuina costumbre de los malayos, y no sin antes debatir con los suyos la urgencia del caso durante una hora o poco menos, decidió bajar también a tierra, sólo que con una escolta bien armada, por ver qué sucedería.

El asunto fue muy simple en realidad, «tal como —diría Lingard—, tal como podría haberle ocurrido a cualquiera». Fue a tierra con la intención de encontrar un arroyo en el que reponer los barriles de agua, pues no era otro el motivo que lo había inducido a recalar en la ensenada.

Entretanto, con sus hombres allí cerca y rodeado por un gentío de lugareños hollinosos y desmochados, les mostró unos cuantos pañuelos de algodón y trató de explicar por señas el objeto de su desembarco, y fue precisamente entonces cuando una lanza arrojada por detrás le rozó el cuello. Es probable que el papuano tan sólo pretendiera corroborar si un ser semejante podía ser herido o muerto; es probable que estuviera firmemente convencido de que no, pero uno de los marinos de Lingard tomó represalias por su cuenta y tiró al salvaje del experimento con su *parang*, todas las armas que llevaba el grupo eran tres machetes de los que se proveyeron por si acaso fuese necesario abrirse paso entre la maleza.

Se produjo un mortífero tumulto de forma tan repentina que Lingard se volvió en redondo a toda velocidad y vio a su defensor alanceado por tres sitios y desplomado ya a sus pies. Wasub, que estaba presente y que después relataría el suceso una media de tres veces por semana, acostumbraba a espeluznar a sus oyentes refiriendo con qué rapidez había parpadeado el hombre antes de caer. Lingard iba desarmado. Hasta el final de sus días se mostró incorregible en tal respecto, y explicaba que era «de temperamento demasiado vivo para llevar armas de fuego por si acaso sobreviniera un tumulto. Y si me veo en el brete —añadía—, siempre me las podré apañar para matar a puñetazos al más pintado; además, no sé si queda claro, se trata de saber lo que uno está haciendo, y de ese modo no es tan fácil armar un follón por puro enojo

ni por miedo, ¿me explico?».

En este caso, hizo todo lo posible por matar a un hombre de un empujón y por dejar a otro hecho una piltrafa levantándolo en vilo y arrojándolo contra el gentío de los salvajes desnudos. «Lanzaba hombres en derredor como lanza el viento las ramas rotas. ¡Así se abrió paso entre nuestros enemigos!», relataba Wasub con su voz entrecortada. Es más probable que los rápidos movimientos de Lingard, sumados al asombroso aspecto de un ser tan extraño, obligasen a los guerreros a retroceder ante el ímpetu con que avanzó.

Aprovechándose en el acto de la sorpresa y el miedo, y seguido por sus hombres, Lingard echó a correr por el ruinoso pan talán que llevaba a la aldea, construido como de costumbre sobre pilotes clavados en fondo del agua. Se introdujeron en una de las miserables chozas hechas de esterillas podridas y de trozos de canoas viejas; en ese refugio, por todos cuyos costados se colaba la luz del día, tuvieron tiempo de recobrar el resuello y de caer en la cuenta de que no habían mejorado mucho de posición.

A voz en cuello, las mujeres y los niños habían huido a la selva; en el otro extremo del pantalán, los guerreros hacían cabriolas y daban alaridos preparándose para un ataque en toda regla. Lingard vio con mortificación que, al parecer, el hombre a cuyo cargo encomendó el bote había perdido la cabeza, pues en vez de volver nadando al barco para dar la voz de alarma, tal como pudo haber hecho sin la menor complicación, se dirigió en efecto a una roca que sobresalía del agua a un centenar de metros e intentó escalarla por su vertiente más perpendicular. Con la marea baja, saltar al barrizal hediondo, bajo los palafitos que sostenían las chozas, habría supuesto una muerte casi segura. No quedaba por tanto más remedio, ya que aquel miserable refugio no habría resistido un solo golpe vigoroso, y menos un asedio, que volver corriendo a la orilla y recuperar la posesión del bote. Lingard tomó con prontitud esta resolución y, armándose con un palo torcido que encontró a mano, inició la salida al frente de sus hombres. Tomándoles la delantera a grandes zancadas, tuvo el tiempo justo de comprobar lo desesperada que era la empresa cuando oyó dos disparos a su derecha. La sólida masa de cuerpos negros y cabezas hirsutas, delante de él, titubeó y rompió filas. Pero no se dieron a la desbandada.

Lingard siguió su camino, aunque ya con ese punto de excitación que inspira en un hombre optimista incluso la más tenue perspectiva de coronar con éxito su empresa. Oyó a lo lejos un griterío, el eco de otro disparo, y una bala de mosquete disparada desde considerable distancia levantó un pequeño penacho de arena entre sus salvajes enemigos y él. De haberles hecho frente, con una zancada más se habría plantado en medio de todos ellos, pero su brazo en alto no encontró obstáculo que golpear. Las negras espaldas huían a saltos o bien se arrojaban horizontales entre las hierbas, en la linde de la maleza.

Con el palo tiró un mandoble a los hombros negros más cercanos que vio, pero sin llegar a asestarlo. Se mecieron las altas hierbas hasta quedar del todo quietas; el coro de aullidos y alaridos penetrantes se fundió en un griterío temeroso y entonces

parecieron caer la orilla arbolada y la ensenada azul bajo el hechizo de una luminosa quietud. Fue una transformación tan pasmosa como el despertar de un sueño. A Lingard le pareció asombroso el súbito silencio.

Lo quebró alzando la voz en un grito estentóreo con el que ordenó a sus hombres que pusieran fin a la persecución. Se detuvieron a regañadientes y, coléricos, observaron la pared de la jungla en la que no se movía una sola hoja. Los desconocidos, cuya oportuna aparición había decidido el resultado de aquella aventura, tampoco trataron de continuar la persecución y se detuvieron formando un grupo compacto sobre el terreno que antes ocuparan los nativos.

Lingard y el joven dirigente de los mercaderes de Wajo se reunieron a la espléndida luz del mediodía, en medio del silencio atento de sus hombres, en el lugar exacto donde perdiera la vida el marino malayo. Lingard salió de un lado con el brazo extendido y la palma de la mano abierta; Hassim respondió en el acto a ese gesto de franqueza y así intercambiaron su primer apretón de manos sobre el cuerpo postrado del marino, como si el destino ya se hubiera cobrado el precio de una muerte a cambio del más ominoso de sus dones, el don de una amistad que algunas veces encierra toda la bondad o toda la maldad de una vida.

—Nunca olvidaré este día —exclamó Lingard de todo corazón, y el otro sonrió con calma.

—¿Vas a quemar la aldea a modo de venganza? —preguntó el malayo tras una breve pausa a la vez que miraba de reojo al soldado muerto, que boca abajo y con los brazos extendidos parecía aferrarse a la desesperada a esa tierra que tan escasamente llegó a conocer.

Lingard dudó.

—No —respondió al fin—. Ningún bien haría a nadie.

—Cierto —dijo Hassim con amabilidad—, pero... ¿era este hombre tu deudor, era un esclavo?

—¿Un esclavo? —gritó Lingard—. Éste es un bergantín inglés. ¿Un esclavo? No. Era un hombre tan libre como yo.

—*Hai*. Ahora sí que es libre —murmuró el malayo bajando de nuevo la mirada—. ¿Y quién ha de resarcir a los deudos por su muerte?

—Si hubiera alguna mujer o algún niño que le pertenezcan, yo... Mi *serang* estará al corriente, y yo los he de encontrar —gritó Lingard con un punto de remordimiento.

—Hablas como un jefe —dijo Hassim—, sólo que nuestros grandes hombres no entran en combate con las manos desnudas. ¡Ah, el hombre blanco! ¡Ah, qué valor el del hombre blanco!

—¡Fue una estupidez, una rematada estupidez! —protestó Lingard—. Y este pobre hombre ha tenido que pagar por ello.

—No podría haber rehuído su destino —murmuró el malayo—. He tomado la decisión de poner fin a mi actividad en este lugar —añadió con aplomo.

Lingard manifestó su pesar.

—No importa, no importa —le aseguró el otro cortésmente, y después de que Lingard insistiera en invitar a Hassim y a sus dos compañeros de mayor rango a que visitaran su bergantín, los dos grupos se despidieron.

Estaba apacible la tarde en que la embarcación malaya abandonó el fondeo cercano a la costa y atravesó despacio la ensenada, a remo, para llegar al punto en que había anclado Lingard. Arrojaron a bordo un recio cabo y aquella noche el bergantín del hombre blanco y el prao del aceitunado cabecearon juntos, fondeados al mismo ancla.

El sol poniente, sobre el mar, emitía sus últimos rayos entre las dos lenguas de tierra cuando el cuerpo del soldado caído en combate, envuelto en una sábana blanca y limpia, acorde con la usanza musulmana, fue gentilmente arriado hasta debajo del nivel del agua en calma, a la vista de la ensenada en que sus ojos se habían posado con curiosidad muy pocas horas antes. En el instante en que el muerto fue liberado de los cordajes que lo sostenían y desaparecía sin que se formase una sola onda en la superficie del mar, a la vista de sus compañeros de fatigas, el brillante destello y el estampido del cañón de proa fueron seguidos por el murmullo de los ecos en las orillas circundantes y por el sonoro piar de las aves marinas, que echaron a volar en desbandada y parecieron dar voz a una salvaje y eterna despedida al difunto marino. El dueño del bergantín, al abrirse paso hacia popa con la cabeza gacha, fue seguido por un murmullo de aprobación y sorpresa entre sus hombres y entre los desconocidos que se apiñaban en cubierta. En actos como ése, realizados con sencillez y por pura convicción, salía a relucir eso que podría denominarse la faceta romántica del hombre, esa sensibilidad que sabe responder a las sombrías apelaciones que hacen la vida y la muerte, y que es la cimentación de un sólido carácter caballeresco.

Lingard dio su hospitalidad a los tres visitantes hasta altas horas de la noche. Una oveja viva de las provisiones del bergantín fue obsequiada a los hombres del prao; en el camarote, sentados en el banco corrido de popa, Hassim y sus dos amigos estaban espléndidos con sus costosos metales y sus vistosas joyas. La charla, que Lingard abordó con ánimo cordial y los malayos con la cortesía y la discreción que confiere la buena crianza, connatural a la clase alta de su pueblo, tocó abundantes asuntos y al final derivó hacia la política.

—Tengo la impresión de que eres un hombre poderoso allá en tu país —dijo Hassim con una mirada circular al camarote en que se hallaban.

—Mi país está en un mar muy lejano, en donde las brisas más leves son tan recias como los fuertes vientos que soplan por aquí en la estación de las lluvias —dijo Lingard, y se oyeron contenidas exclamaciones de asombro—. Me fui de allí cuando era muy joven, así que desconozco cuál pueda ser mi poder allí donde los grandes hombres son tan numerosos como los pobres de todas vuestras islas, Tuan Hassim. Pero aquí —siguió diciendo—, que también éste es mi país, aun teniendo un barco

inglés y siendo digno de él, aquí también soy suficientemente poderoso. De hecho, aquí soy un rajá. Este trozo de mi país es enteramente mío.

Los visitantes quedaron impresionados, cruzaron miradas significativas, asintieron unos a los otros.

—Bien, bien —dijo por fin Hassim con una sonrisa—. Llevas contigo tu país y tu poder por el mar que navegas. Eres rajá en el mar. ¡Bien!

Lingard soltó una risa como el trueno y a los demás pareció que les hiciera gracia.

—Tu país es muy poderoso, lo sabemos —comenzó de nuevo Hassim tras una pausa—, pero ¿es más fuerte que el país de los holandeses que nos roban nuestras tierras?

—¿Más fuerte? —clamó Lingard. Abrió la palma de la mano—. ¿Más fuerte? Podríamos hacernos con ellos tal que así —y cerró los dedos con gesto triunfal.

—Y, cuando arrebatan las tierras de otros, ¿se les hace pagar tributo por ellas? —preguntó Hassim con ansia.

—No —repuso Lingard con sobriedad—. Ésa, Tuan Hassim, no es costumbre de los hombres blancos. Podríamos, por supuesto, pero no es costumbre.

—¿No lo es? —dijo el otro con una sonrisa de escepticismo—. Ellos son más fuertes que nosotros, y quieren que les paguemos tributos. Y a veces lo consiguen, incluso entre los nativos de Wajo, donde todos los hombres son libres y llevan su kris.

Siguió un lapso de completo silencio en el que Lingard pareció quedarse pensativo y los malayos, pétreos, no miraban nada en concreto.

—Lo malo es que nosotros quemamos nuestra pólvora entre nosotros —siguió Hassim en tono suave— y desgastamos el filo de nuestras armas luchando los unos contra los otros.

Suspiró, hizo una pausa y retomó su tono más afable para apremiar a Lingard a que visitara Wajo «para comerciar y ver a los amigos», dijo, llevándose la mano al pecho e inclinando levemente el torso.

—Sí, a comerciar con los amigos —exclamó Lingard con una carcajada—, pues un navío como éste —e hizo un gesto abarcándolo— es como un hogar en el que son muchos los que habitan tras las cortinas. Es tan costoso como tener mujer e hijos.

Los invitados se levantaron y se dispusieron a marchar.

—Has disparado tres tiros por mí, Panglima Hassim —dijo Lingard muy en serio—. He indicado que coloquen tres barriles de pólvora en la cubierta de tu prao, uno por cada disparo. Pero aún no estamos en paz.

En los ojos del malayo rebrilló un inequívoco placer.

—¡Es sin duda el regalo de un amigo! ¡Ven a verme algún día a mi país!

—Lo prometo —dijo Lingard—. Prometo ir a verte algún día.

La superficie de la ensenada en calma reflejaba el cielo de la noche en toda su gloria, y el bergantín, con el prao de popa, parecía suspendido entre las estrellas, en una paz casi ultraterrena, en la perfección de aquel silencio inamovible. En cubierta se dieron los últimos apretones de mano y los malayos pasaron a su embarcación. A

la mañana siguiente, al saltar una brisa al poco de la amanecida, el bergantín y el prao abandonaron juntos la ensenada. Una vez en mar abierto, Lingard dio orden de desplegar todo el velamen y se puso al arrufo del prao para despedirse antes de separarse por fin, pues el bergantín, cómo no, navegaba al triple de nudos que el prao. Hassim estaba de pie en el puente de popa.

—¡Que te sea próspera la travesía! —se despidió Lingard.

—¡Recuerda tu promesa! —gritó el otro—. ¡No dejes de venir pronto! —añadió, alzando la voz a la vez que el bergantín lo rebasaba—. ¡Ven pronto... a no ser que lo que tal vez esté escrito haya de suceder!

El bergantín ya había tomado la delantera a todo trapo.

—¿Cómo? —gritó Lingard con tono de desconcierto—. ¿Qué es lo que está escrito?

Aguzó el oído. Y flotaron sobre las aguas las tenues palabras de Hassim:

—¿Y quién lo sabe?

3

—¡De veras lo digo! Por fuerza tenía que caerme bien aquel hombre —exclamaba Lingard cada vez que relataba aquel suceso—, y mirando en derredor a los ojos que brillaban en medio del humo de las tagarninas, este muchacho de Brixham que faenó en los arrastreros, que fue después un joven en buques carboneros, que se hizo hombre de alta mar, que fue luego buscador de oro, propietario y comandante del «mejor bergantín en uso», sabía a ciencia cierta que sus oyentes —hombres de mar, comerciantes, aventureros como él mismo— no tomaban su pronunciamiento como simple expresión de un sentir, sino como el cumplido mayor que podía hacer a su amigo malayo.

—¡Por todos los cielos, ya creo que pienso ir a Wajo! —gritó, y un semicírculo de cabezas asintió al unísono para manifestar su aprobación.

—Eres un hombre con suerte, Tom —apuntó una voz en un tono levemente irónico—, si logras que ese rajé esté de tu parte... o si tú te pones de la suya.

—No dejes de ir —apuntó otro con una risa— y averigua si es cierto.

Era inevitable ese punto de celos en lo profesional, ya que Wajo, debido a su crónica situación de inestabilidad política, era una región vedada a los comerciantes blancos, aunque tampoco hubo auténtica mala voluntad en las chanzas de estos hombres que, levantándose para estrechase la mano, se despidieron uno por uno. Lingard subió directamente a su navío y, hasta que amaneció, estuvo paseando por el saltillo de popa con pasos bien medidos. Las luces de la orilla titilaban en hileras, las estrellas parpadeaban en el cielo negro, sobre su cabeza, y se reflejaban en las negras aguas de la Rada, donde brillaban muy por debajo de sus pies. Y todos aquellos

innumerables puntos lumínicos estaban completamente perdidos en las tinieblas. Una vez oyó débilmente el cadenote de algún navío que iba a anclar a lo lejos, fuera de los límites oficiales de la rada. Un desconocido en puerto, pensó Lingard; uno de los nuestros habría entrado hasta la dársena. ¿Tal vez un barco procedente de la metrópolis? Y se sintió de pronto raramente conmovido al pensar en ese barco, en su fatiga de varios meses de navegación, que no osaba tocar siquiera la orilla en la que aspiraba a descansar. Al amanecer, mientras el gran navío llegado de Occidente, los costados rayados por la herrumbre y grises de salitre, entraba lentamente para ocupar su lugar en los muelles, Lingard dejó la Rada con rumbo a Oriente.

Empezaba a levantarse una tormenta bien cargada cuando, tras una larga travesía y al final de un día calmo y caluroso, echado a perder en derivar sin remedio y a la vista de su destino, aprovechándose de unas débiles rachas de viento que rolaban sin cesar, Lingard se arrimó a la costa de Wajo. Con su audacia característica mantuvo el rumbo ciñéndose a una costa en la que era un desconocido y en una noche, además, que habría bastado para arredrar a cualquier otro; a la vez, con cada destello deslumbrante, la tierra natal de Hassim parecía acercarse al bergantín de un salto y desaparecer en el acto, como si acabara de agazaparse antes de dar su próximo brinco desde aquellas tinieblas impenetrables. Durante el largo día de encalmada había gozado desde el puente y desde la cofa de una vista tan clara de la costa, y había notado con tanto detalle la configuración de tierra y la posición de los peligros que, si bien en el momento exacto de ordenar que echasen el ancla llevaba un buen rato sin ver nada, como si tuviera la cabeza envuelta en una manta de lana, el siguiente y brevísimo destello azul le mostró el bergantín anclado casi con toda exactitud en donde había juzgado él que debía hallarse, frente por frente a una playa de arenas blancas, cerca de la desembocadura de un río.

Vislumbró en la orilla un cúmulo de chozas de bambú arracimadas y apoyadas sobre pilotes, una agrupación de altas palmeras todas gachas, plegadas por la fuerza del vendaval como altísimos tallos de hierba; vislumbró algo que bien podía ser una empalizada de estacas puntiagudas cerca de la orilla y, mucho más allá, un trasfondo más oscuro que le hizo pensar en una muralla inmensa, las faldas de los cerros cubiertos por la jungla. Al instante siguiente, todo esto desapareció de su vista como si hubiera sido aniquilado y, sin tener tiempo de darse la vuelta, de súbito fue todo devuelto a su contemplación con un repentino estrépito, aunque pareciera intacto, inmóvil bajo retorcidos dardos flamígeros, como una legendaria tierra de seres inmortales, aguantando a pie firme la ira y el fuego de los Cielos.

Inquieto por la naturaleza del terreno en que había fondeado, y temeroso de que con una racha repentina de viento de tierra el bergantín pudiera arrastrar incluso el ancla, Lingard permaneció en cubierta velando por la seguridad de su navío. Con una mano sobre la cadena de plomo que al instante avisaría si el bergantín había empezado a garrear, estaba ante el pasamanos del mamparo la mayor parte del tiempo ensordecido y cegado, pero fascinado también por las repetidas y cambiantes visiones

de una costa desconocida, un espectáculo siempre inspirador, tal vez tanto por la vaga insinuación del peligro cuanto por la esperanza del éxito que nunca deja de suscitar en el corazón de un auténtico aventurero, y la inmutabilidad de su profundo reposo, visto bajo corrientes de fuego y en medio de un violento levantamiento le dotaba de un aire inconcebiblemente misterioso, cargado de asombro.

Entre racha y racha de viento había breves momentos de calma, y de vez en cuando cesaban los truenos como si necesitaran tomar aliento. Durante uno de tales intervalos, cansado y somnoliento, Lingard ya empezaba a quedarse adormilado cuando de pronto se le ocurrió que en algún lugar, allá abajo, el mar había hablado con voz humana. «Alabado sea Dios», había dicho con una voz que sonó delgada, clara y confiada, como la voz de un niño que hablase en una catedral. Lingard dio un respingo y pensó: «Lo he soñado». Y el mar le dijo casi al oído: «Larga cuerda».

El trueno resonó perverso, y después de gritar a los hombres de cubierta Lingard oteó el agua hasta que descubrió por fin, flotando cerca del costado del barco, el rostro de un hombre que miraba hacia arriba con los ojos fijos, unos ojos que brillaban y parpadeaban un instante debido a un relámpago. Para entonces, toda la mano de obra del bergantín estaba sumida en frenética actividad, y se habían largado muchos cabos. Junto con una ráfaga que pareció soplar sobre cubierta, un hombre subió por la borda y cayó de cabeza. Antes de que ninguno tuviera tiempo de echarle una mano, se había puesto en pie de un salto y había hecho que todos cuantos lo rodeaban retrocedieran apresurados. Un siniestro resplandor azulado alumbró las caras aturcidas y las actitudes petrificadas de los hombres, completamente ensordecidos por el estruendo de un trueno lejano. Al cabo de un tiempo, como si interpelase a seres arrojados al abismo del silencio eterno, llegó a oídos de los presentes una voz insólitamente fina y distante:

—Busco al hombre blanco.

—Aquí estoy —gritó Lingard. Luego, cuando tuvo bajo la luz del camarote al desconocido empapado y desnudo por completo, con la salvedad de una tela anudada a la cintura y no menos mojada que él, le dijo—: No te conozco.

—Me llamo Jaffir, y vengo de parte de Pata Hassim, que es mi jefe y tu amigo. ¿Reconoces esto?

Sostuvo en alto un grueso anillo de oro con una esmeralda de buen tamaño engastada en el centro.

—Lo he visto adornar el dedo del Rajá —contestó Lingard con aire de gravedad.

—Es testigo de que no miento. El mensaje de Hassim es éste: «¡Parte y olvida!».

—Yo no olvido —dijo Lingard despacio—. No soy yo hombre que olvide. ¿Qué estupidez es ésta?

No será menester repetir por lo menudo la historia que refirió Jaffir. Parece ser que a su regreso, luego de su encuentro con Lingard, Hassim se encontró con que su pariente estaba moribundo y con que se había formado una fuerte facción contraria a su natural sucesor. El viejo Rajá Tulla falleció ya entrada aquella misma noche y,

como dijo Jaffir, antes de que saliera el sol medió un intercambio de golpes en el recinto del *dalam* del difunto caudillo. Se trataba de los prolegómenos de una guerra civil nutrida por las intrigas de los extranjeros: una guerra de junglas y de ríos, de asaltos contra fortificaciones y empalizadas, de emboscadas en plena selva. En la pugna, según dijo Jaffir, ambas partes demostraron un gran valor, y una de ellas hizo gala de una devoción inquebrantable hacia lo que, casi desde el principio, parecía una causa perdida. Antes de que pasara un mes, pese a ser todavía jefe de una banda armada, Hassim ya era un fugitivo. Si mantuvo la lucha fue sobre todo por tener la vaga idea de que la llegada de Lingard podría cambiar las tornas.

—Vivimos durante semanas de arroz salvaje; durante días peleamos nada más que con agua en el estómago —declamó Jaffir con el tono de un auténtico escupecueños.

Y luego pasó a relatar el modo en que, acosado y empujado de continuo hacia el mar, con un reducido grupo de seguidores, Hassim llevaba varios días defendiéndose en una empalizada a la orilla del mar.

—Pero todas las noches desaparecían algunos hombres —confesó Jaffir—. Estaban fatigados, y el hambre los llevaba a comer con el enemigo. Ahora ya sólo somos diez, diez hombres y una mujer que tiene el corazón de un hombre, que esta noche se mueren de hambre y que mañana han de morir sin remedio. Vimos tu barco a lo lejos durante el día entero, pero has llegado cuando ya es demasiado tarde. Y por temor a la traición, no fuera que algo malo te sucediera a ti, que eres amigo del Rajá, él me entregó su anillo y yo repté con el vientre por la arena y hube de nadar toda la noche, yo, Jaffir, el mejor nadador de Wajo, el esclavo de Hassim, para decirte que su mensaje es éste: «Parte y olvida». Y también debo decirte que éste es el regalo que te hace de corazón, por eso te lo entrego.

Tomó de pronto la mano de Lingard, depositó con rudeza el anillo en la palma y por vez primera miró en derredor, con ojos de asombro, pero sin miedo alguno. Posó la mirada en el semicírculo de las bayonetas y se demoró con afecto en los estantes de los mosquetes. Soltó un gruñido de admiración.

—*Ya-wa* —murmuró como si estuviera a solas—. Esto sí que es fuerza, pero llega demasiado tarde.

—Puede que no —exclamó Lingard.

—Demasiado tarde —dijo Jaffir—. Sólo somos diez, y al amanecer saldremos a muerte.

Se dirigió a la puerta del camarote y se quedó sin saber qué hacer, pues no estaba acostumbrado a manejar los cerrojos y los pestillos.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Lingard.

—Volver a nado —replicó Jaffir—. He transmitido el mensaje, y la noche no puede durar para siempre.

—Puedes quedarte conmigo —dijo Lingard, y miró al hombre con ojos escrutadores.

—Hassim espera —respondió.

—¿Te indicó que regresaras? —preguntó Lingard.

—¡No! ¿Qué falta hacía? —dijo el otro sorprendido.

Lingard lo tomó impulsivamente de la mano.

—¡Si yo tuviera diez hombres como tú...!

—Somos diez, pero ellos nos superan veinte a uno —dijo Jaffir con toda sencillez.

Lingard abrió la puerta.

—¿Deseas algo que un hombre te pueda ofrecer? —preguntó.

El malayo tuvo un momento de duda y Lingard se fijó en sus ojos hundidos, sus costillas marcadas, el aire de agotamiento que tenía.

—Habla —le apremió con una sonrisa—. El que trae un regalo ha de recibir su recompensa.

—Un sorbo de agua y un puñado de arroz: fuerza para llegar a la orilla —dijo Jaffir con reciedumbre—. Y es que allí —indicó con un gesto de la cabeza— hoy no hemos probado bocado.

—Lo tendrás. Yo te lo he de servir con mis propias manos murmuró Lingard.

Lo hizo, y así se rebajó en la estima de Jaffir por un tiempo. Mientras el mensajero comía sentado en el suelo, sin prisas, pero con gran afán, Lingard ideó un plan de acción. Debido a su ignorancia de la situación real del territorio, todo lo que racionalmente podía intentar era salvar a Hassim del peligro inmediato que lo amenazaba. A tal fin, Lingard propuso botar su embarcación de apoyo para ganar la orilla y recoger a Hassim y a sus hombres. Conocía bien a los malayos y estaba seguro de que en una noche así, convencidos de su inminente triunfo, los sitiadores y, según Jaffir, en posesión de todo lo que sirviera para flotar, no estarían particularmente vigilantes, y menos por el flanco del mar. El mero hecho de que Jaffir hubiese logrado burlar la vigilancia era buena prueba de que su conjetura no iba del todo desencaminada. Cuando disminuyera la frecuencia de los rayos, el bote del bergantín podría acercarse a la playa; allí, ya fuera de uno en uno y a hurtadillas, o saliendo todos los derrotados a la carrera, podrían embarcar y alcanzar el bergantín sin mayores contratiempos.

Explicó su plan a Jaffir, que lo escuchó sin dar la menor muestra de interés, pues estaba al parecer demasiado ajetreado en comer. Cuando hubo terminado el último grano de arroz, se puso en pie; dio un largo trago de agua; murmuró «He oído; bien; voy a decírselo a Hassim»; se ciñó la tela a la cintura y se dispuso a marchar.

—Dame tiempo a llegar a nado —dijo—, y cuando se arríe el bote coloca otro farol junto al que arde ahora en tu barco, allá arriba, como una estrella. Lo veremos y entenderemos. Y que no acuda el bote mientras haya tanto relámpago: un bote en el agua es mayor que un hombre. Di a los remeros que vayan hacia el palmeral y que dejen de remar cuando un remo en vertical haya tocado fondo. Enseguida oirán nuestro aviso, pero si nadie sale es preciso que se vayan antes del amanecer. El jefe tal vez prefiera la muerte a la vida, y todos los que quedamos a su lado le somos

fieles de corazón. ¿Has entendido, gran hombre?

—Este hombre es la sensatez encarnada —murmuró Lingard para sus adentros—. Tal vez ocupen los enemigos la playa —le dijo cuando estuvieron de pie en cubierta—. Jaffir, y es posible que griten para engañar a mis hombres. Por eso, que vuestro aviso sea éste: «¡*Relámpago!*!». ¿Te acordarás?

Jaffir pareció atragantarse.

—¡*Rámpago!* ¿Es eso? ¿Es así, hombre fuerte? —Acto seguido, subió a la amura, se irguió y lo engulleron las sombras.

—Sí, eso es. Ahora, ve —dijo Lingard, y Jaffir dio un salto para hacerse invisible mucho antes de fundirse con el agua. Se oyó entonces un salpicotazo; al cabo de un rato, una voz balbuceante gritó muy tenue.

—¡*Rámpago!* ¡Ajá! —Y de repente, el siguiente y estruendoso atronar reventó sobre la costa. En los destellos en colisión, Lingard tuvo una y otra vez la fugaz visión de una playa blanca, las palmeras combadas en la arboleda, la empalizada junto al mar, el bosque a lo lejos: un vasto paisaje misterioso y sosegado, el país natal de Hassim, que dormía sin conmovirse bajo la ira y el fuego del Cielo.

4

Un viajero que hoy visitara Wajo, si se gana la confianza del común del pueblo, bien podría escuchar el tradicional relato de la última guerra civil junto con la leyenda del jefe y de su hermana, cuya madre fue una gran princesa, sospechosa de practicar la brujería, que en su lecho de muerte comunicó a los dos los secretos del arte de la magia. Sobre todo la hermana del jefe, «con su aire de niña y la intrepidez de un gran guerrero», adquirió gran destreza en los hechizos y conjuros. Fueron derrotados por el hijo de un tío suyo, porque, según ha de explicar el narrador con toda sencillez, «es tan grande el valor y el coraje del pueblo de Wajo que nada puede la magia contra él. Yo combatí en aquella guerra. Los teníamos arrinconados contra el mar». Y en ese punto pasará a relatar en tono de gran reverencia cómo una noche «en que se desató una tempestad de truenos y relámpagos como jamás se había visto y como nunca se volvió a ver», apareció frente a la costa un barco que recordaba los barcos del hombre blanco, que llegó «como si hubiera bajado navegando entre las nubes. Avanzaba —afirmará— con las velas hinchadas por el viento; era del tamaño de una isla; el rayo jugueteaba entre sus mástiles, que eran altos como la cima de las montañas; una estrella baja lo acompañaba entre las nubes. Sabíamos que era una estrella, pues no existe llama que haya prendido el hombre y que pudiera desafiar el vendaval y el aguacero de aquella noche. Era una noche tal que los que estábamos de guardia apenas osábamos mirar al mar. La recia lluvia nos golpeaba los párpados. Y al llegar el día ya no se veía el barco por ninguna parte, y en la empalizada donde el

día anterior tuvimos cercados a un centenar o más, todos a nuestra merced, ya no quedaba nadie. El jefe, Hassim, se marchó igual que la dama que era princesa en el país, y nadie sabe qué fue de ellos hasta el día de hoy. Algunas veces, los mercaderes de esta región dicen haber tenido noticias tuyas por acá y por allá, pero éstas son mentiras propias de los que van demasiado lejos en pos de sus ganancias. Los que vivimos en el país creemos que el barco volvió navegando hasta las nubes de donde lo hizo llegar la magia de la Dama. ¿O es que no vimos el barco con nuestros propios ojos? En cuanto al Rajá Hassim y su hermana, Mas Immada, unos dicen una cosa y otros otra. Sabe Dios cuál será la verdad».

Ése es el relato tradicional de la visita que hizo Lingard a la costa de Boni. Y es verdad que arribó y partió en una misma noche, pues cuando rayó el alba sobre un cielo encapotado, el bergantín, con rizos en las velas y salpicado por la espuma, navegaba a todo trapo con rumbo sur, buscando la salida del Golfo. Al ver la rapidez con que bregaba su navío, Lingard oteaba el horizonte con ojos de angustia y se preguntó más de una vez el porqué, a fin de cuentas, de su empeño en meterle todo el velamen que podía desplegar. El viento le alborotaba el cabello, iba su ánimo invadido por la preocupación, repartido entre las formas indistintas de múltiples pensamientos; bajo sus pies, el obediente bergantín brincaba de ola en ola.

Su dueño y comandante no sabía adónde iba. Ese aventurero tan sólo tenía la vaga, confusa idea de hallarse en el umbral de una gran aventura. Algo había que hacer, y entendía que era él quien debía hacerlo. Era lo que se esperaba de él. Lo esperaba el mar, lo esperaba la tierra. También los hombres. La historia de la guerra y el sufrimiento, el alarde de fidelidad que hizo Jaffir, la visión de Hassim y de su hermana, la noche, la tempestad, la costa bajo los chorros de fuego... todo ello conformaba una alentadora manifestación de una vida que invocaba claramente una intervención suya. Pero lo que en el fondo más le atraía era la silente, absoluta confianza de aquellas gentes, que nada le pedían sin embargo, que ninguna curiosidad revestía. Habían escapado de la muerte para caer, por así decir, en sus brazos, y en ellos quedaron pasivos, como si no les cupiera duda, esperanza ni deseo alguno. Tan pasmosa indiferencia parecía situarlo bajo la pesada losa de una obligación.

Se dijo que, de no haber esperado todo de él los derrotados, no podrían haberse mostrado tan indiferentes a sus actos. Su mutismo y su quietud le agitaban más que si le hubiesen hecho una súplica ardiente. ¡Ni una palabra, ni un susurro, ni una mirada interrogativa siquiera! ¡Nada le preguntaban! Se sentía adulado. También se alegraba de que así fuera, pues si la parte inconsciente de su ser estaba perfectamente segura de sus actos, él, él mismo, no sabía qué hacer con aquellos magullados, baqueteados seres que un destino jugueteón había depositado de pronto en sus manos.

Había recibido a los fugitivos en persona; ayudó a más de uno a trepar por la borda; en las tinieblas que fustigaban los rayos dedujo que ni siquiera uno solo estaba libre de alguna herida, y en medio de aquellas siluetas inseguras y tambaleantes se preguntó cómo diantre habían logrado llegar hasta el bote que los sacó de allí. Sin

ninguna ceremonia tomó en sus brazos a la más pequeña de aquellas figuras y se la llevó al camarote, y sin echar siquiera un vistazo a su liviana carga subió corriendo al puente para dar orden de zarpar. Mientras daba las órdenes a gritos tuvo conciencia de que alguien titubeaba a su lado. Era Hassim.

—No estoy pertrechado para la guerra —le explicó sobre la marcha, hablándole por encima del hombro—, y mañana puede que no tengamos viento.

Después, y durante un tiempo, se olvidó de todo y de todos mientras camelaba al bergantín para sortear los pocos peligros que lo cercaban en su maniobra. Al cabo de media hora navegando de largo se había alejado de la costa y respiró con alivio. Sólo entonces se acercó a otros dos oscuros perfiles en aquel castillo de popa en donde tenía por costumbre permanecer a solas con su barco en los momentos de mayor dificultad. Hassim había llamado a su hermana para que saliera del camarote; de vez en cuando los veía Lingard con feroz claridad, uno junto a otro y cogidos del brazo, contemplando aquel país misterioso que con cada nuevo destello parecía alejarse a saltos del bergantín, ileso y remoto.

El pensamiento que no podía apartar Lingard de su mente era éste: «¿Qué diantre voy a hacer con ellos?». Y a nadie parecía importarle lo que hiciera. Jaffir, otros ocho que se alojaron en la escotilla del tambucho cuidaban de sus heridas y conversaban interminablemente en voz baja, animados y tranquilos, como niños bien educados. Cada uno de ellos había conservado el *kris*, pero Lingard tuvo que distribuir entre ellos telas de algodón procedentes de su propia mercancía. Cada vez que pasaba junto a ellos, todos lo miraban con seriedad. Hassim e Immada vivían en la cámara. La hermana del jefe sólo salía de noche a tomar el aire; todas las noches se les oía a los dos, invisibles, murmurar en el entrepuente. Todos los malayos a bordo mantenían una respetuosa distancia con ellos.

Lingard, a popa, escuchaba las voces suaves, que subían y bajaban con cadencias melancólicas; a veces, la mujer lloraba como si fuese víctima de la cólera o el dolor. Se detenía en seco. El eco de un sollozo le llegaba flotando en la quietud de la noche. Atentas estrellas rodeaban el bergantín errante, y por doquier derramaban su luz en medio de un vasto silencio sobre un mar insonoro. Lingard volvía a pasear por el puente, musitando para sus adentros.

—Belarab es el hombre indicado. Sólo donde él esté podré pedir ayuda, aunque no creo que sepa lo suficiente para localizarlo. Ojalá tuviese aquí al viejo Jörgenson, aunque no fuese más que diez minutos.

El tal Jörgenson era sabedor de cosas acontecidas mucho tiempo atrás y vivía entre hombres de probada eficacia para afrontar los accidentes del momento, sólo que sin preocuparse por lo que pudiera ocurrir mañana, y sin tiempo para acordarse del ayer. Sólo se dejaba caer por allí de ciento en viento. Residía en el barrio de los indígenas con una mujer indígena, en casa indígena, en medio de un terreno cultivado y cercado por una valla donde cultivaba plátanos machos, con unas esterillas, unas cacerolas y una extraña red de pescar entre dos postes por único mobiliario, amén de

una pequeña caja de caoba con cerradura y placa de plata en la que se leía este rótulo: «Capitán H. C. Jörgenson. Barcaza *Wild Rose*».

Era como la inscripción de una tumba. El *Wild Rose* estaba muerto, y muerto también estaba el capitán H. C. Jörgenson. De ellos no quedaba más que la funda del sextante. El viejo Jörgenson, mudo y macilento, aparecía a las horas de comer en cualquier barco mercante atracado en la Rada, y los camareros —chinos o mulatos— de mala gana ponían a la mesa un plato de más sin esperar siquiera la orden. Cuando se reunían ruidosamente los marinos y los mercaderes en torno a un montón reluciente de botellas y de vasos en una veranda iluminada, el viejo Jörgenson subía por la escalera como si acabara de emerger de un mar oscuro, y con una especie de inconfundible garbo tambaleante se servía en el primer dedal que pillase a mano.

—A la salud de ustedes. No, gracias. No quiero silla.

Permanecía callado cerca del grupo de los que charlaban. Su taciturnidad era tan elocuente como el reiterado aviso del esclavo en el banquete. Sus carnes habían recorrido todo el camino de la carne, su espíritu se había hundido en el tumulto de su pasado, pero la inmensidad de su osamenta había resistido a todo, como si estuviera hecha de hierro. Le temblaban las manos, pero era firme su mirada. Se daba por supuesto su conocimiento de todos los detalles que rodeaban el final de hombres y empresas que acabaron envueltos por el misterio. Era la encarnadura de un fracaso evidente, pero se creía que estaba al corriente de secretos que habrían sido la fortuna de cualquiera; al mismo tiempo, también existía la impresión generalizada de que sus saberes no eran de tal naturaleza que pudieran resultar provechosos para una persona moderada y prudente.

De un modo u otro subsistía ese poderoso esqueleto vestido de sarga azul, sin lino de ninguna clase. A veces, si se le ofrecía el trabajo, pilotaba un buque de regreso a la metrópoli por el Estrecho de Rhio no sin antes asegurar el viejo al capitán:

—No es un piloto lo que usted busca; cualquiera podría hacer esa travesía con los ojos cerrados. De todos modos, si quiere que vaya, iré. A cambio de diez dólares.

Luego, tras dejar el barco a su cargo una vez librada la última isla del archipiélago, recorría las treinta millas de regreso en una canoa, acompañado por dos viejos malayos que parecían ser sus seguidores. Recorrer treinta millas por mar bajo el sol ecuatorial, a bordo de una destartada piragua en la que era preciso no moverse ni un ápice, una vez se ha conseguido embarcar, es una hazaña para la cual se requiere la paciencia de un faquir y la virtud de una salamandra. No era excesiva su tarifa de diez dólares, por lo cual a menudo se requería su concurso. Si las cosas se le ponían feas, pedía cinco dólares prestados a cualquier aventurero haciendo este comentario:

—No te los podré devolver muy pronto, pero es que la chica tiene que comer. Y si te quieres enterar de algo, seguro que yo te lo puedo contar.

Era de reseñar que nadie sonriera cuando decía «algo». Lo habitual era que le contestaran así:

—Muy amable, viejo. Cuando ande necesitado de información, pasaré a hacerte una visita.

A lo cual, Jörgenson asentía con un gesto y comentaba:

—Recuerda que para vosotros los jóvenes, a menos que seáis como nosotros, los hombres que andábamos vagando por aquí a nuestras anchas, y de eso hace muchos años, lo que yo os diga podría ser peor que el veneno.

Por Jörgenson, que no en vano tenía sus favoritos, y con ellos era menos parco en palabras, tuvo Lingard conocimiento de Darat-es-Salam, la «Costa del Refugio». Tal como dijo Jörgenson, había «conocido el interior del país justo después de los viejos y buenos tiempos, cuando aquel Padris que vestía de blanco de la cabeza a los pies predicaba y peleaba como un tigre por toda Sumatra, hasta que los holandeses se echaron a temblar con los zapatos puestos». Es cierto que nunca dijo ni «echarse a temblar» ni «zapatos», pero la perífrasis anterior transmite bien el desprecio con que lo dijo. Lingard trató de recordar la información práctica que contenían los asombrosos cuentos de Jörgenson e intentó atar cabos, pero lo único que había retenido era una idea si acaso aproximada de la ubicación de la zona y un concepto intenso, aunque confuso, de la naturaleza de sus vías de acceso. Titubeó. El bergantín, en respuesta al estado anímico del hombre, se atrancó un poco en su ruta, pareció vacilar también, cabeceó de un lado a otro los días de calma chicha.

Precisamente debido a sus titubeos, un gran navío neoyorquino, cargado con bidones de aceite con rumbo a Japón, que atravesaba el paso de Biliton, avistó una mañana un esbelto bergantín al paio exactamente en medio del canal, un tanto al este de Carimata. El desgachado patrón del barco, con su levita, y el robusto primero de a bordo, un hombretón de recios bigotes, lo tomaron por un barco demasiado hermoso para ser británico, y se preguntaron quién sería el hombre al mando del mismo, que plegó la gavia al mástil sin que existiera una razón que justificara tal maniobra al menos a sus ojos. El velamen del navío abanicó al bergantín, cuyas velas flameaban con una brisa apenas perceptible, y cuando avistaron al bergantín por última vez, a lo lejos, por popa, todavía llevaba abatida la mayor, como si esperase a alguien. En cambio, cuando al día siguiente pasó un clíper londinense del comercio del té por idéntica ruta, no avistó ningún bonito bergantín que vacilase, blanco y quieto en donde se bifurcaban ambas rutas. Toda aquella noche estuvo Lingard conversando con Hassim mientras pasaban las estrellas de este a oeste como un inmenso río de centellas que discurriese sobre sus cabezas. Immada les escuchó y unas veces emitió bajas exclamaciones, otras contuvo la respiración. Una vez incluso dio una palmada. Rayó el alba.

—En mi país te tratarán como a mi padre —decía Hassim. Un denso rocío goteaba de las jarcias, y las velas oscurecidas eran negras sobre el pálido azur del cielo—. Tú serás el padre que dé buen consejo...

—Yo seré un buen amigo, y como amigo deseo que se me trate. Nada más —dijo Lingard—. Ten, quiero devolverte tu anillo.

—¿Por qué desdeñas mi regalo? —dijo Hassim con una sonrisa triste e irónica al tiempo.

—Tómalo —dijo Lingard—. Sigue siendo mío. ¿Cómo iba yo a olvidar que, cuando arrostrabas la muerte, pensaste antes que nada en mi seguridad? Son muchos los peligros que todavía nos aguardan. A menudo nos veremos separados por la fuerza, para mejor trabajar los dos en pos del mismo fin. Si alguna vez necesitáis Immada y tú mi ayuda, y si estoy yo a vuestro alcance, enviadme un mensajero con este anillo, que si estoy vivo no os he de fallar. —Miró alrededor la palidez del alba—. Hablaré de inmediato con Belarab... Y hablaré como hablamos los blancos. No lo he visto nunca, pero soy un hombre fuerte. Es preciso que Belarab nos ayude a reconquistar vuestra patria. Y cuando hayamos alcanzado nuestro fin, no permitiré que os devore.

Hassim tomó el anillo e inclinó la cabeza.

—Ya es hora de que nos movamos —dijo Lingard. Notó un tirón en la manga. Al mirar atrás, vio que Immada estaba a punto de apretar su frente contra la franela gris—. ¡No, niña! ¡No! —le dijo con dulzura.

Salió el sol sobre la tenue y azulada línea de la Costa del Refugio.

Terminaron entonces los titubeos. El hombre y el navío, los dos de común acuerdo, habían hallado el camino hacia la costa tenue y azul. Antes de que el sol hubiese cubierto la mitad del camino hasta su reposo, el bergantín estaba anclado a la distancia de un tiro de los fangosos manglares, en un paraje en el que durante cien años, o más, ningún navío de ningún blanco fue confiado a su fondeo. Los aventureros de dos siglos antes sin duda conocieron ese anclaje, pues eran muy ignorantes y tenían una audacia más que notable. Si es cierto, como dicen algunos, que los espíritus de los muertos encantan los lugares en que los vivos pecan y se afanan, tal vez acertasen a ver una blanca embarcación que desplazaba ocho remos y pilotaba un hombre curtido por el sol, barbudo, con una hoja de col en la cabeza y pistolas al cinto, que alcorzaba sobre el fango negro y plagado de raíces retorcidas, en busca de una abertura practicable.

Pasaron un riachuelo tras otro y la barca avanzaba lentamente, como un zapatero monstruoso que desplazara sobre el agua su corpachón y sus ocho patas esbeltas... ¿Seguisteis con vuestros ojos espectrales la búsqueda de este oscuro aventurero del ayer, sombras de los aventureros olvidados que con jubones de cuero, sudorosos bajo los cascos de acero, atacasteis con largos estoques las empalizadas de aquellos paganos extraños, o mosquete al hombro y con la yesca a punto guardasteis los barracones de madera erigidos a la orilla de los ríos que dominaban las mejores rutas comerciales? A vosotros increpo, a los que fatigados por la ardua tarea de la lucha pernoctabais envueltos en mantos livianos, sobre la arena de las plácidas playas, soñando con diamantes fabulosos y con un hogar tan remoto.

—Aquí hay una abertura —dijo Lingard a Hassim, que iba sentado a su lado, cuando el sol ya empezaba a ponerse por su izquierda—. Es una abertura suficiente

para que la franquee un barco. Es la entrada que estábamos buscando, o eso creo yo. Remontaremos el río durante la noche entera si es necesario, y que el diablo me lleve si no topamos con la guarida de Belarab antes de que amanezca.

Desplazó el timón con fuerza hacia sí, doblando bruscamente, y desapareció de la costa.

Y tal vez los fantasmas de los aventureros de antaño asintieron con sabiduría y movieron sus cabezas espectrales a la vez que cruzaron unos con otros el espectro de una melancólica sonrisa.

5

—¿Y qué ha sido del rey Tom de un tiempo a esta parte? —preguntará alguno, todas las cartas de la baraja amontonadas sobre la mesa, mientras los comerciantes se recuestan a descansar de los naipes entre baza y baza.

—Tom ha aprendido a morderse la lengua, así que me figuro que debe andar metido en algo muy sabroso —dirá otro. Al tiempo, un individuo de rasgos ganchudos y de extracción alemana, que supuestamente ejerce como agente para cierta casa dedicada al comercio de porcelana holandesa, la famosa marca de la «Esfinge», opinará así, no sin remordimiento:

—No se me parren a pensar en él, cafallerros, que está loco, loco como la Liebre de Marzo. Fa parra tres mesas que trato de sufrir a su pergantín parra charlarr con él de negacios. Y fa y me suelta a lo festia: «Lárgase». «¿Y por qué?», le digo yo. «Lárgase antes de que lo lance por la forrda». ¡Dita sea! ¿Es que ahorra es así que se charla de negacios? Si yo sólo quiero fenderle cajita de loza de primerra calitat y...

—Ja, ja, ja. No seré yo quien le eche la culpa al bueno de Tom —interrumpe el dueño de una preciosa goleta dedicada al comercio perlífero, que acaba de llegar a la Rada en busca de un buen almacén—. Caramba, Mosey, si ya no hay en toda Nueva Guinea un solo caníbal sarnoso que no tenga taza y platillo de tu marca. Ya tienes inundado el mercado, te has pasado de listo.

Jörgenson seguía de pie, un esqueleto junto a la mesa de juego.

—Será porque es usted un espía al servicio de los holandeses —dijo de pronto en un tono que no admitía duda alguna.

El agente de la marca de la Esfinge dio un brinco, presa de una súbita cólera.

—¿Cómo? ¿Cómo? Cafallerros, todos ustedes me conocen fien. —No se movió un solo músculo en las caras que lo rodeaban—. ¡Me conocen fien! —balbuceó con los labios demasiado húmedos—. Fa parra cinco anios... Me conocen perfectamente... Loza y porrcelana... Patrocina dorr *Verfluchte*. ¿lo? Esspía, faltarría más. ¡Vordammte buhonerros inglieses!

Se oyó un portazo.

—¿De veras? —inquirió una voz con un acusado acento de Nueva Inglaterra—. ¿Y cómo es que no lo exponen ustedes y lo iluminan con la clara luz del día?

—¡Oh, eso aquí es imposible! —murmuró uno de los jugadores—. Repartes tú, Trench. Sigamos.

—¿Así que no pueden? —tronó la voz arrastrada con acento de Nueva Inglaterra—. ¿Serán mentecatos, plegados a la ley, mojigatos, amigos de juicios sin fin y esclavos de las leyes parlamentarias, hatajo de hijos de Belial^[5]? ¿Así que no pueden? Pues a ver qué me dicen, echen un vistazo a estos revólveres de la casa Colt que tengo en venta, ¿qué me dicen? —Se llevó a un lado al tratante en perlas e hizo un aparte con él; se le oyó desgañitarse con él en un rincón—. Qué, bien sencillo, ¿que no? Y al menor contratiempo que le surja, por ejemplo con sus buceadores, *clic, clic, clic*. Tras, tras, tras: como un cedazo, se lo digo yo. Garantizado para curar hasta los peores casos de fastidiosa puñetería que le surjan con un negraco indeseable. ¡Sí, señor! ¡Lo mejor de lo mejor! En cajas de veinticuatro o sueltos de uno en uno, como más le preste. ¿Que no? ¿Y las escopetas, y los rifles? ¡Cómo! ¿Que tampoco? Bah, ya me temía yo que no me iba a servir usted ni de mondadientes. En cambio, con ese tal Tom sí que podría cerrar yo un buen negocio. ¿Cómo me decía que se apellida, eh? ¿Y dónde dice que lo encuentro? Ya, por aquí y por allá, me lo temía. Pues como si se llama andana, que así no habrá quien lo encuentre. Ya verá, ya verá usted como llega el día en que lo encuentro. ¡Sí, señor! ¡Por éstas!

Sin que nadie le hiciera el menor caso, Jörgenson observó soñoliento cómo caían las cartas sobre el tapete.

—Un espía, se lo digo yo —musitó—. Y el que quiera enterarse de algo, que venga y me lo pregunte.

Cuando Lingard regresó de Wajo, luego de una ausencia inusitadamente prolongada, todo el mundo se hizo lenguas, admirado del gran cambio que se había obrado en él. Estaba menos parlanchín y no tan ruidoso, seguía siendo hospitalario, pero se le notaba menos expansivo, y el hombre que nunca se mostraba tan feliz como cuando se ponía a discutir proyectos desatinados e imposibles con media docena de espíritus afines, a menudo manifestaba pocas ganas de reunirse con sus mejores amigos. En una palabra, volvió siendo un camarada ni la mitad de bueno de lo que era cuando se fue. Sus visitas a los Asentamientos no pasaron a ser menos frecuentes, pero sí más cortas; cuando estaba por allí, siempre andaba con prisas por volver.

Durante dos años llevó el bergantín, a su manera, una vida tan dura como la del hombre. Ágil y bien dispuesto, navegó sin descanso entre las islas de los archipiélagos menores y menos conocidos. Desde salientes de tierra solitarios era avistado sin que cupiera ninguna duda, un punto blanco que surcaba veloz el mar azul; los apáticos fareros de las contadas torres que salpicaban el gran paso hacia Oriente llegaron a conocer muy bien la aserradura de sus gavias. Lo avizoraban a lo lejos, cuando más que navegar volaba con los mástiles escorados en medio de una

borrasca, o bien lo observaron erguido, con un leve flameo en las velas, abriéndose camino en medio de un largo día de viento cambiante. Los hombres lo vieron batallar contra un recio monzón en el Golfo de Bengala, lo vieron apresado en una encalmada en el mar de Java, lo vieron deslizarse sin previo aviso, elegante y silencioso, a la vuelta de una lengua de tierra, bajo la luz de la luna. Su actividad dio pie a no pocas conversaciones apasionadas, pero siempre en voz baja, que eran interrumpidas en cuanto aparecía su dueño.

—Ahí lo tienes. Llegó anoche a puerto —comentaba alguien en el grupo de los cotillas.

Lingard no se percataba de aquellas miradas que le lanzaban a hurtadillas, respetuosas, sí, pero templadas por la ironía. Asentía y continuaba su camino.

—¿Qué, Tom? —le gritaba alguno—. ¿Ya no tienes tiempo ni para tomar una copa?

Meneaba la cabeza sin volver la vista atrás; de hecho, ya estaba lejos de allí.

Rubicundo y fornido, durante un par de días a lo sumo se le veía salir de algún *gharry*^[6] polvoriento, paseando al sol desde el Banco Occidental hasta la oficina del Puerto, o atravesando la Explanada a buen paso para desaparecer por una de las callejuelas llenas de tenderetes de los chinos, mientras codo a codo con él, e igual de alto, el viejo Jörgenson mantenía su paso, magro y desvaído, obstinado y sin embargo ajeno a todo, como un obsesivo espíritu del pasado ansioso por reingresar en la vida de los hombres.

Lingard no hacía caso de aquel despojo de aventurero que se pegaba a él tanto o más que su propia sombra, y el otro procuraba no llamar la atención. Lo esperaba armado de paciencia a la puerta de los despachos, desaparecía a las horas de comer, no faltaba cuando le tocaba presentarse de nuevo al caer la tarde, y luego se retiraba adonde fuera mientras Lingard pernoctaba a bordo. Los *peons* de policía que estaban de guardia miraban con desdén el fantasma del Capitán H. C. Jörgenson, de la barcaza *Wild Rose*, mientras deambulaba por el muelle en silencio o cuando pasaba largas horas de pie a la orilla de la sombría Rada, en cuyas aguas se espejeaban las luces de anclaje, ansioso por cruzar de nuevo las aguas del olvido.

Los hombres de los sampanes, al remar perezosos por el camino de vuelta a casa, pegados al casco negro del bergantín atracado en puerto, oían de noche la voz arrastrada de aquel yanqui de Nueva Inglaterra que escapaba por las vidrieras entreabiertas del camarote.

—¡Pues sí, señor! Rifles mexicanos de asalto, tan buenos o mejores que si fueran nuevos, seis por caja. Sí, de mi gente de Baltimore, así es. Con ciento veinte balas por cada ejemplar, así es como vienen, fíjese; de perilla, que ni pintados, per-fec-tos para sus requerimientos, señor mío. Imagínese; son como instrumentos de precisión, ¡qué digo!, instrumentos musicales, que hasta los embalajes vienen marcados para que los manejen con cuidado y no les den la vuelta. ¿Qué, cómo lo ve? ¿No le gusta? No, no. En metálico. Mi gente de Bait... ¿Cómo? ¿Para tirar a las gaviotas, dice usted? ¡Bah!

Es un negocio arriesgado, ya lo creo... A ver, ¿cómo le diría? Un diez por cien de descuento, y he de ponerlo yo de mi propio bolsillo.

A medida que pasaba el tiempo y no sucedía nada, o nada al menos de lo que se tuviera noticia alguna, la excitación fue disminuyendo hasta disiparse. La nueva actitud de Lingard fue aceptada como si fuese tan sólo «cosas suyas». No tenía la menor importancia, decían unos. Otros estaban en desacuerdo. Siguió existiendo, a pesar de todo, una curiosidad considerable, y el débil rumor de que se estaba cocinando algo grande seguía sus pasos por donde quiera que fuese, desde Rangún hasta Hong Kong.

En ningún otro lugar se encontraba tan a sus anchas como cuando anclaba el bergantín en la cara interna del amplio trecho de Aguas Someras. El centro de su vida se había desplazado unas cuatrocientas millas, desde el Estrecho de Malacca hasta la Costa del Refugio, y cuando estaba allí se sentía dentro del círculo de otra existencia, gobernada por sus impulsos y más cerca de su deseo. Hassim e Immada bajaban a la costa y lo esperaban en la isleta. Siempre se despedía de ellos con pesar.

Al terminar la primera etapa de cada uno de sus viajes, Jörgenson lo esperaba en lo alto de la escala de atraque, y sin mediar palabra se ponía a su paso. Rara vez llegaban a intercambiar más de tres palabras por día, aunque una noche, seis meses antes de último viaje de Lingard, cuando cruzaban un puentecillo para salvar el canal en el que amarraban los nativos sus embarcaciones, Jörgenson alargó la zancada y se puso por delante. Era una noche de luna, y en tierra no se movía otra cosa que las sombras de las altas nubes. Lingard se quitó el sombrero y soltó un largo suspiro de cara a la brisa tibia. Jörgenson tomó de pronto la palabra y habló en tono cauto.

—El nuevo Rajá Tulla es fumador de opio. A veces resulta peligroso hablar con él. En Wajo reina un gran descontento, sobre todo entre los ciudadanos más importantes.

—¡Bien! ¡Bien! —susurró Lingard. Por una vez, el otro lo había sorprendido desguarnecido—. Un momento... Y usted ¿cómo diantre lo sabe?

Jörgenson señaló la masa de los praos, los barcos de cabotaje y los sampanes que, apiñados en el canal, estaban cubiertos por las esteras y bañados por la luz de la luna; aquí y allá brillaba un farol en medio de la confusión de las altas popas, las perchas y los bordones, los mástiles y las velas recogidas.

—¡Ahí lo tiene! —dijo mientras seguían, y sus sombras con sombrero y ropas caían sobre aquellos navíos de caprichosas formas, las que transportaban la fortuna de los hombres de color sobre un mar somero—. ¡Ahí lo tiene! Yo puedo sentarme con ellos, puedo hablar con ellos, puedo ir y venir con ellos como me dé la gana. Ya me conocen, y no es para menos: son treinta y cinco años juntos. Hay algunos que incluso dan un plato de arroz y un poco de pescado al hombre blanco. Eso es todo lo que me dan, al cabo de los treinta y cinco años que les he dado yo a ellos.

Calló durante un rato.

—Yo fui como usted, ¿sabe? Me refiero a mis buenos tiempos —añadió, y puso la

mano sobre la manga de Lingard—. ¿Está usted metido muy a fondo en esto?

—Hasta el último centavo —dijo Lingard con calma, sin dejar de mirar al frente.

El relumbre de las aguas de la Rada se apagó y los mástiles de los barcos anclados se desvanecieron en la sombra invasora de una nube.

—Pues déjelo —susurró Jörgenson.

—Estoy endeudado —dijo Lingard despacio, y siguió quieto.

—Déjelo.

—No he dejado nada en mi vida.

—¡Déjelo!

—¡Por Dios, eso ni en sueños! —exclamó Lingard, y dio un pisotón en el suelo.

Se hizo el silencio.

—Yo era como usted... En mis buenos tiempos —repitió Jörgenson—. En treinta y cinco años no he dejado una sola cosa sin terminar. Y lo que pueda hacer usted no será más que un juego de niños por comparación con algunos trabajos que he tenido yo en mis manos. Entiéndalo. Por gran hombre que sea usted, capitán Lingard del *Relámpago*... Tendría que haber visto usted el *Wild Rose* —dijo de pronto, y se le quebró la voz.

Lingard se acodó en la barandilla del muelle. Jörgenson se acercó un poco más.

—¡Yo le pegué fuego con mis propias manos! —dijo en un tono vibrante y en voz muy baja, como si estuviera haciendo una monstruosa confesión.

—¡Pobre diablo! —musitó Lingard, conmovido por la trágica enormidad de un acto semejante—. Supongo que no le quedó más remedio...

—No iba a permitir que se pudriese en algún puerto holandés que el diablo confunda —respondió Jörgenson en tono lúgubre—. ¿Ha oído usted hablar de Dawson?

—Algo... Ahora no recuerdo... —murmuró Lingard, que sintió un escalofrío por todo el cuerpo sólo de pensar que su navío pudiera pudrirse lentamente en algún puerto de Holanda—. Pero ya murió, ¿no? —preguntó medio distraído, sin dejar de pensar si tendría él arrestos para pegarle fuego al bergantín en caso de emergencia.

—Se rebanó el pescuezo en la playa, junto a Fuerte Rotterdam. —Su demacrado perfil oscilaba bajo la cambiante luz de la luna como si fuese de neblina, más que de carne y hueso—. Sí. Vulneró no sé qué regulación comercial y luego se puso a fanfarronear sobre un juicio y las pruebas legales pertinentes con el teniente del *Komet*. «Desde luego», le dice el muy perro. «La jurisdicción correspondiente es la de Maccasar, así que allí llevaré su goleta». Al llegar a la Rada, lo remolcó a toda máquina contra un saliente rocoso de la orilla norte. ¡Crac! Cuando ya estaba medio lleno de agua, se quita la gorra en señal de respeto hacia Dawson. «Ahí tiene la orilla», le espeta. «Ahora, vaya a por su juicio, pedazo de... inglés». —Alzó el brazo entero y sacudió el puño cerrado mirando a la luna, que se escondió tras una nube—. Se perdió todo. El pobre Dawson se pasó varios meses deambulando envuelto en harapos y descalzo por las calles y los muelles. Un día, algún alma caritativa le prestó

un cuchillo; fue a echar un último vistazo a los restos de su barco, y...

—Yo no me entrometo con los holandeses —le interrumpió Lingard con un punto de impaciencia—. Sólo deseo que Hassim recupere su...

—Pues suponga usted que los holandeses prefieren que las cosas sigan como están —replicó Jörgenson—. Además, hay algo endemoniado en una cosa así. Déjelo, se lo repito.

—Vamos a ver —dijo Lingard—. Yo salvé a esa gente cuando estaban acorralados, y eso significa algo. De no haber intervenido yo, todo habría terminado en muy pocas horas. Algún sentido ha de tener que yo interviniese, tanto si lo sé como si no. Lo hice con plena conciencia... sin saber qué sentido tenía. Cuando uno salva a alguien de una muerte segura, adquiere una participación en su vida. Yo al menos así lo entiendo.

Jörgenson sacudió la cabeza.

—¡Qué rematada estupidez! —exclamó—. ¿Y dónde los ha dejado? —preguntó luego con blandura, con una voz en la que tembló la curiosidad.

—Con Belarab. Lo conoce usted de los viejos tiempos.

—¡Pues claro que lo conozco! ¡Y conocía a su padre! —estalló el otro en un susurro de excitación—. ¿A quién no conocía yo? Conocía a Sentot cuando era rey de la costa sur de Java y los holandeses pusieron precio a su cabeza. Un precio tan elevado que cualquiera se habría hecho rico con gran facilidad, por cierto. Lo conocí muy bien, y también traté con sus jefes, sus sacerdotes, sus guerreros y con el viejo regente que perdió los redaños y se pasó a los holandeses; conocía —balbuceó como si no quisieran salir las palabras de sus labios; renunció a seguir y suspiró—... El padre de Belarab huyó conmigo —prosiguió luego con más calma—. Y se unió al Padris en Sumatra. Llegó a ser un gran caudillo entre los suyos. Belarab era un joven por entonces. Qué tiempos aquellos. Yo recorría la costa a mi antojo y me reía de los cruceros; vi todas las batallas que se libraron en el país de Battak. Vi a los holandeses poner pies en polvorosa. Estuve en la toma de Singal, y escapé. Fui el hombre blanco que aconsejó a los jefes de Manangkabo. Mucho se habló de mí en los periódicos holandeses de la época. Dijeron que yo era un francés convertido al islam... —soltó un tremendo juramento y, agarrado a la barandilla, jadeando, musitó nuevos improperios contra los periódicos.

—Bueno —dijo Lingard sin perder la compostura—. Belarab es el más indicado para este trabajo. Es el hombre principal en la Costa del Refugio. Hay otros, por supuesto. Ha enviado mensajes al norte y al sur. Necesitamos contar con más hombres.

—Todos los diablos desatados —dijo Jörgenson—. Ahora, ya está hecho. Pero yo le insisto: cuidado, mucho cuidado...

—Por lo que yo acierto a ver, no se nos pueden torcer las cosas —sostuvo Lingard—. Todos saben qué es lo que hay que hacer. Los tengo en un puño. ¿Acaso piensa usted que Belarab no es de fiar? ¿Así lo cree?

—Hace quince años que no lo veo —gruñó Jörgenson—, pero todo este asunto me parece de poco fiar.

—Le digo que lo tengo todo arreglado de tal manera que no se nos puede torcer. Me sentiría mejor si pudiera contar allí con un hombre blanco que se hiciera cargo de las cosas en general. Hay provisiones y armas en abundancia, hay municiones de las que cuidar, y Belarab estará dispuesto a tolerar esa vigilancia, sin duda. ¿Tiene usted alguna necesidad? —añadió, y se llevó la mano al bolsillo.

—No, en casa hay alimentos de sobra —repuso Jörgenson secamente—. Déjelo —prorrumpió—. Más le valdría arrojarse por la borda. Míreme. Yo empecé a trajinar cuando tenía dieciocho años; con dieciocho años me marché de mi tierra. Sé hablar inglés y sé hablar holandés; sé hablar todas las malditas lenguas de estas islas. Recuerdo cosas que le pondrían los pelos de punta, pero he olvidado en cambio mi lengua materna. He comerciado, he combatido, jamás he faltado a mi palabra con los blancos ni con los nativos. Y ahora, míreme usted. De no haber sido por la muchacha, yo habría muerto tirado en cualquier rincón hace ya diez años. Todo me ha abandonado, todo: la juventud, el dinero, la fuerza, la esperanza... incluso el sueño. Y ella sin embargo no quiso abandonar este despojo del naufragio.

—Eso dice mucho de ella... y bastante de usted —dijo Lingard casi en son de chanza.

Jörgenson sacudió la cabeza.

—Eso es lo peor de todo —dijo despacio, haciendo hincapié en sus palabras—. Eso es el fin. Yo vine a ellos desde el otro extremo del planeta, ellos me acogieron... y ya ve usted qué ha sido de mí.

—¿De qué tierra es usted? —preguntó Lingard.

—De Tromsø —gimió Jörgenson—. Nunca volveré a ver la nieve —sollozó con la cara oculta entre las manos.

Lingard lo miró en silencio.

—¿Vendría usted conmigo? Ya le he dicho que estoy necesitado de un...

—¡Antes he de verlo a usted condenado! —exclamó el otro furibundo—. Soy un viejo haragán blanco, pero no conseguirá usted que me entrometa en los infernales líos de los nativos. Ellos tienen un diablo propio...

—Es imposible que salga mal. He calculado todos los movimientos. Estoy en guardia contra todo imprevisto. No soy un imbécil.

—Sí, sí que lo es. Buenas noches.

—Bueno, pues adiós —dijo Lingard con calma.

Pasó al bote y Jörgenson se alejó por el muelle. Mientras libraba las amarras, Lingard le oyó gritar desde lejos.

—¡Déjelo!

—Zarpo antes del amanecer —gritó por toda respuesta, y subió a bordo.

Cuando salió de su camarote, luego de una noche de sueño inquieto, aún no había clareado el día. Una figura silueta desgarbada recorría el puente a paso vivo.

—Aquí me tiene —dijo Jörgenson con voz desabrida—. Morir aquí o morir allá... es lo mismo. Pero si muero allá, no lo olvide: la muchacha tiene que comer.

Lingard era uno de los pocos que había llegado a ver a la muchacha de Jörgenson. Tenía la cara morena y arrugada, el cabello gris y enmarañado, los dientes renegridos y separados, y se había casado recientemente con él por intervención de un misionero joven y emprendedor, llegado de Bukit Timah. Era imposible saber qué aspecto podía tener cuando Jörgenson dio a cambio de ella trescientos dólares y varios cañones de bronce. Todo lo que restaba de su juventud era un par de ojos todavía no velados, pero lastimeros que, cuando estaba a solas, parecían contemplar pétreos el pasado de ambas vidas. Si Jörgenson estaba cerca, seguían sus movimientos con ansiosa pertinacia. Y ahora, cubiertos por la sombra del *sarong* que le tapaba la cabeza gris, derramaban lágrimas invisibles mientras ella, la muchacha de Jörgenson, se balanceaba de atrás adelante acucillada en un rincón de la choza oscura.

—No se preocupe por eso —dijo Lingard, y estrechó la mano de Jörgenson—. No le faltará nada. Cuento con usted para que me vigile la moral de Belarab mientras yo esté ausente. He de hacer tan sólo un viaje más, y entonces estaremos tollos listos. Lo tengo todo previsto. ¡Confíe en mí!

De este modo, la desasosegada sombra del Capitán H. C. Jörgenson cruzó de vuelta la aguas del olvido y de nuevo puso pie en la vida de los hombres.

6

Lanzado en cuerpo y alma a la gran empresa, Lingard pasó dos años inmerso en la dilatada embriaguez que le fue provocando la lenta preparación del éxito. No se le pasó por la cabeza ni el más remoto pensamiento relacionado con el fracaso; ningún precio le pareció excesivo a cambio de tan magnífico triunfo. Se trataba, nada menos, de devolver a Hassim victorioso al país que una vez vio de noche, bajo las nubes bajas, preso del incesante tumulto de los truenos y a la luz de los rayos. Al concluir alguna larga conversación con Hassim, que quizás por vigésima vez le había relatado la historia de sus desventuras y su amarga lucha, con el puño en alto gritaba así: «Los vamos a sacudir. ¡Vamos a despertar al país entero!». En tales ocasiones, y sin tener la más mínima noción, en realidad hacía una confesión completa del idealismo oculto tras la sencillez de su fuerza. ¡Pensaba despertar al país entero! Ésa era la emoción fundamental e inconsciente sobre la cual estaban engranadas su necesidad de entrar en acción y la idea primitiva de lo que era debido a la justicia, a la gratitud, a la amistad; asimismo, también lo estaban la compasión sentimental que le inspiraba la dura suerte de Immada, pobre chiquilla; por último, la orgullosa convicción de que, de todos los hombres del mundo, de su mundo, sólo él tenía los medios y el coraje necesarios para «dar salida al buen fin» de semejante aventura.

Hacía falta dinero y hacían falta hombres; de lo uno y de los otros había recabado más que suficiente durante los dos años siguientes al día en que, con las pistolas al cinto y una hoja de col en la cabeza, se plantó frente a frente, en perfecto silencio, ante el misterioso Belarab, que por un momento quedó demudado al ver allí el rostro de un blanco.

El sol no iluminaba todavía la floresta del interior, pero un cielo ya pleno de luz se tendía sobre la laguna ovalada, sobre los anchos campos aún llenos de sombras, que parecían transformarse con lentitud en la blancura de la bruma matinal. Había chozas, vallas, empalizadas, grandes casonas que, erigidas sobre altos pilotes, se dejaban ver por encima de las copas de los frutales como si estuviesen suspendidas en el aire.

Tal era el aspecto del Asentamiento de Belarab cuando Lingard puso los ojos en él por vez primera. A espaldas de la enteca y embozada figura que le hizo frente vio todo eso y vio gran número de caras, y bajo aquella luz que iba sin cesar en aumento se hizo una quietud absoluta en medio de la cual el murmullo de la palabra «*Marhaba*» (bienvenido), que por fin pronunció el jefe, resultó audible a las claras para cada uno de sus seguidores. Los guardaespaldas que los rodeaban con sus capuchones negros y sus largas lanzas se mantuvieron impasibles. Al otro extremo de un espacio abierto se vio correr a los hombres hacia la orilla. Sobre un bajo promontorio, un grupo de mujeres miraban con atención, sin tan sólo asomar las cabezas por encima del maizal. De pronto, en medio de un grupo de chozas vacías, allí cerca, se oyó la voz de una bruja invisible que regañaba, furiosa y estridente, a una joven no menos invisible:

—¡Forasteros! ¿Quieres ir a ver a los forasteros? ¡Ah, si no tienes la menor decencia! ¿Es que así como estoy, vieja y desvalida, habré de descascarillar el arroz yo sola? ¡Así se te lleve el maligno, a ti y a tus forasteros! ¡Así nunca encuentren favor! ¡Así los persigan a punta de espada! Soy vieja. Soy vieja.

¡Nada bueno traen los forasteros! ¡Ay, muchacha! ¡Así ardan en el fuego eterno!

—Bienvenido —repitió Belarab, y miró a Lingard a los ojos.

Lingard pasó seis días en el Asentamiento de Belarab. De ellos, tres los dedicaron a observarse mutuamente sin que uno y otro hicieran preguntas ni aludieran al asunto en cuestión. Lingard pasaba el tiempo sobre las finas esterillas con que el jefe había hecho amueblar una pequeña choza de bambú fuera del recinto fortificado, en donde una bandera blanca con el ribete verde ondeaba en lo alto de un largo mástil que no llegaba sin embargo a las paredes de los largos edificios de altos techos, encaramados a más de doce metros de altura gracias a los recios pilotes que los cimentaban.

A lo lejos, la floresta del interior estaba teñida de un azul rutilante, como los bosques de los sueños. Por el lado del mar, el cinturón de grandes troncos y de maleza apelmazada llegaba hasta frisar la orilla oeste de la laguna; en la pureza y la frescura del aire, el grupo de casas de color castaño se reflejaba en el agua o asomaba sobre el verdor ondulante de los campos, los palmerales, las plantaciones valladas, las

arboledas de los frutales, en una estampa de suntuosa prosperidad.

Sobre los edificios, los hombres y las mujeres, la inmóvil lámina de agua y la gran llanura de las plantaciones en que relucía el rocío, se extendía la paz exaltada y milagrosa de un cielo sin una sola nube. Y ningún camino parecía conducir a esa región de esplendor y de quietud. Era difícil creer que el mar inquieto estuviera tan cerca, con sus regalos y su inagotable amenaza. Incluso durante los meses de las grandes tempestades, el gran clamor que se elevaba desde la blanquecina superficie de los Bajíos habitaba en el aire como un vasto murmullo, ora débil, ora recrudecido, que parecía mecerse de un lado a otro con el viento, sobre tierra, sin que nadie pudiera precisar su procedencia. Era como el cántico solemne de una catarata que se hinchase y muriese sobre los bosques, los campos, los techos de las casas y las cabezas de los hombres, sobre la paz secreta de aquel asentamiento oculto y floreciente de fanáticos vencidos, de fugitivos y de parias expulsados de su tierra.

Todas las tardes, seguido por una escolta que se quedaba a la puerta, Belarab entraba solo en la casa de su huésped. Lo saludaba, se interesaba por su salud, peroraba sobre asuntos insignificantes con un semblante inescrutable. Sin embargo, en todo momento parecía buscar, con la mirada fija y con ojos pensativos, la verdad que se escondía tras aquel rostro blanco. Con la fresca del atardecer, antes de que se pusiera el sol, seguían la charla pasando una y muchas veces entre los ásperos troncos de la arboleda, cerca de la puerta de la empalizada. La escolta, algo alejada bajo los rayos oblicuos del sol, seguía a las dos siluetas que, en su paseo, aparecían y desaparecían tras los árboles. Muchas palabras se cruzaron, pero nada se dijo que desvelara los pensamientos de ambos hombres. Se estrechaban la mano de modo ostentoso y sincero al despedirse, y al sonoro portazo de la empalizada seguía el triple golpe sordo de los pasadores de madera que caían en las abrazaderas de hierro.

A la tercera noche, Lingard despertó cuando oyó un susurro fuera. Tenía el sueño ligero. Una negra sombra bloqueó la luz de las estrellas en el umbral, y un hombre penetró de pronto y se situó junto a su catre mientras otro se agazapó junto a la entrada.

—No temas. Soy Belarab —dijo con cautela.

—No temía nada —susurró Lingard—. El hombre que viene a oscuras y sin avisar es el que está en peligro.

—¿Y no viniste tú a mí sin avisar? Yo te dije «bienvenido», pero fácil habría sido decir «matadlo».

—Estabas al alcance de mi mano. Habríamos muerto juntos —repuso Lingard con toda tranquilidad.

El otro chasqueó dos veces la lengua y su silueta indiscernible pareció acercarse más aún al suelo.

—No estaba así escrito antes de que naciósemos —dijo sentándose con las piernas cruzadas junto a las esteras, con voz plana e inexpresiva—. Por tanto, eres mi invitado. Que la charla entre nosotros sea recta como una lanza y más corta que lo

que queda de noche. ¿Qué deseas?

—Primero, que tu vida sea larga —contestó Lingard acercándose hacia el brillo de sus ojos—. Después, tu ayuda.

7

El tenue murmullo de las palabras que se dijeron aquella noche siguió dejándose oír por mucho tiempo en la memoria de Lingard, con más persistencia incluso que el recuerdo de una algarabía. Miraba con los ojos fijos las estrellas que ardían en paz dentro del marco de la puerta, mientras Belarab, luego de escuchar en silencio todo lo que él quiso decirle, y como si estuviera seducido por la fuerza y la audacia del hombre blanco, le abrió su corazón sin reservas. Habló de su juventud, que transcurrió rodeada por la furia del fanatismo y la guerra; le habló de las batallas en las colinas, de las marchas en plena selva, de la piedad inflexible de los hombres, de su odio inextinguible. Ni una sola nube pasajera oscureció el suave esplendor de aquel rectángulo de luz solar enmarcado por la opaca negrura de la choza. Belarab habló en murmullos de una larga sucesión de contratiempos y reveses de fortuna, del cerco de desastres que iba estrechándose en torno a las esperanzas cada vez menores de los hombres, de su coraje intacto. Susurró al comentar la derrota y la huida, los días de desesperación, las noches sin dormir, las persecuciones inacabables, el horror y el aturdimiento y la furia siniestra, las mujeres y los niños que fueron muertos en la empalizada antes de que los sitiados salieran del cerco decididos a morir.

—Todo eso vi antes de tener la edad del hombre —exclamó en voz baja.

Le vibraba la voz. En el silencio que se hizo oyeron la leve respiración del escolta dormido, que sujetándose las piernas por encima de los tobillos había apoyado la frente sobre las rodillas.

—Y hubo entre nosotros —dijo Belarab para reanudar su relato— un hombre blanco que nos acompañó hasta el final y que nos fue fiel con toda su fuerza, con su valor y su sabiduría. Un gran hombre. Tenía grandes riquezas, pero más abundante y generoso era su corazón.

El recuerdo de Jörgenson, demacrado y canoso, cuando trataba de que alguien le prestara cinco dólares para que la muchacha pudiera comer algo, pasó de pronto ante Lingard, por delante del pacífico centelleo de las estrellas.

—Se parecía a ti —siguió Belarab bruscamente—. Huimos con él, y vinimos aquí en su barco. Esto era la desolación. La selva llegaba cerca de la orilla, las malas hierbas ondeaban a su antojo por encima de las cabezas de los más altos. Telal, mi padre, murió de hastío; éramos muy pocos, y poco faltó para que aquí falleciéramos todos de tristeza y de pesar. ¡Aquí mismo! Y ningún enemigo supo en dónde estábamos. Esto era la Costa del Refugio, sí, pero también lo era de la hambruna.

Siguió perorando a medida que pasaba la noche, con inflexiones de voz que subían y bajaban. Relató cómo sus compañeros, desesperados, quisieron marchar a morir luchando en la mar contra los barcos de Occidente, los barcos de altas amuras y velas blancas; relató cómo, inflexible y solo, él los obligó a batallar contra los espinos de la maleza y la mala hierba, contra la enormidad y la altivez de los árboles. Apoyado en un codo y sin dejar de mirar la puerta, Lingard recordó la imagen de los campos allá fuera, ahora adormecidos en la inmensidad de la serena luz de las estrellas. Ese inmóvil y casi invisible conversador lo había hecho todo; en él estaba inscrito el origen, la creación, el destino; en la maravilla de ese pensamiento, aquella figura que murmuraba en la sombra adquirió un significado de grandeza gigantesca, como si hubiera sido la encarnadura de una fuerza de la naturaleza, una fuerza por siempre dueña e indomeñable.

—E incluso ahora es mi vida insegura, como si fuera yo su enemigo —dijo Belarab en tono lastimero—. Las miradas no matan, y tampoco matan las palabras coléricas; no tienen ningún poder las maldiciones, pues de lo contrario no engordarían los holandeses que viven de nuestras tierras tras habérselas arrebatado, y yo tampoco estaría vivo esta noche. ¿Lo entiendes? ¿Has visto a los hombres que luchaban en los viejos tiempos? No han olvidado los tiempos de guerra. Les he dado hogares, les he dado un corazón en calma, les he dado alimentos con que llenarse la panza. Y ellos maldicen mi nombre a oscuras, hablándose al oído. ¿Por qué? Porque nunca podrán olvidar.

Ese hombre, que tanto había hablado de la guerra y la violencia, desveló de forma inesperada un gran anhelo de seguridad y de paz. Nadie lo entendería. Algunos de los que nunca lo entendieron habían muerto. Sus blancos dientes relucían crueles en la oscuridad. Había otros a los que nunca podría matar. Los muy idiotas... Deseaba que tanto la tierra como quienes la habitaban quedasen sumidos en el olvido, tal como si los hubiera tragado el mar. Ellos carecían de la sabiduría y la paciencia necesarias. ¿No sabían acaso esperar? Oraban cinco veces al día, pero no tenían fe.

—La muerte nos llega a todos, y para los fieles significa el final de toda complicación. Vosotros, los blancos que tenéis una fortaleza excesiva para nosotros, también habéis de morir. Y hay un Paraíso tan grande como toda la tierra y el cielo juntos, sólo que no es para vosotros. ¡No, para vosotros no!

Lingard, asombrado, escuchaba sin mover un solo músculo. El durmiente roncaba un poco. Belarab continuó con mucha calma tras ese exabrupto casi involuntario, que quiso ser mera prueba del consuelo que aporta la fe. Explicó que deseaba tener en quién respaldarse, alguien fuerte y digno de su confianza, una fuerza ajena a él mismo, que amedrentase a los más levantiscos, que imbuyese de miedo su ignorancia, que otorgara seguridad a su caudillaje. A tientas, en la oscuridad, tocó el brazo de Lingard justo por encima del codo y se lo apretó con fuerza. Y Lingard comprendió entonces por qué su temeridad había tenido éxito.

Allí, en aquel momento, a cambio del apoyo abierto de Lingard, de unas cuantas

armas y algo de dinero, Belarab le prometió su ayuda para emprender la conquista de Wajo. No cabía duda: él sabría encontrar hombres muy capaces de luchar. Podría enviar mensajes a sus amigos, por lejos que estuvieran, y también había en sus dominios muchos espíritus inquietos, deseosos de lanzarse a la aventura. Habló de esos hombres con un desprecio feroz y con una ternura encolerizada, con un tono en el que se mezclaba la envidia con el desdén. Estaba hastiado de sus estupideces, de su intrepidez y su impaciencia; dio la impresión de estar resentido con ellos, como si hubieran sido regalos de los que él se hubiera visto privado por la fatalidad de su sabiduría. Lucharían, desde luego. Cuando llegara el momento, bastaría con que Lingard tomase la palabra, y una simple señal suya los remitiría incluso a una muerte en vano: eran hombres incapaces de esperar en tierra una oportunidad y tampoco de aguardar la eterna venganza del Cielo.

Calló y se puso en pie en las tinieblas.

—¡Despierta! —exclamó en voz baja, inclinándose sobre el durmiente.

Sus negros perfiles, uno tras otro, eclipsaron en dos momentos sucesivos el brillante titilar de las estrellas. Lingard, que no se había movido, quedó a solas. Se tendió cuan largo era, con un brazo sobre los ojos.

Tres días más tarde, cuando abandonó el Asentamiento de Belarab, lo hizo en una mañana calma, despejada, de paz. Todos los botes del bergantín llegaron hasta la laguna armados y tripulados para que resultase más impresionante el acto solemne de la alianza recién sellada. Una muchedumbre atenta contempló su imponente partida en profundo silencio, con una creciente sensación de maravilla ante el misterio de su aparición. El avance de los botes fue lento y majestuoso mientras atravesaban la amplia laguna. Lingard miró atrás una sola vez. Una gran quietud había posado su mano sobre la tierra, sobre el cielo y los hombres, por encima de la inmovilidad del paisaje y sus gentes. Hassim e Immada, visibles los dos en pie al lado del jefe, alzaron sus manos en un último saludo, y aquel gesto lejano pareció triste, fútil, perdido en el espacio, como la señal de auxilio que emiten los náufragos con la vana esperanza de que alguien les preste una ayuda imposible.

Partió, regresó, partió de nuevo y siempre vio a esas dos figuras, solitarias en un arrenal de los Bajíos, dedicarle la misma señal fútil de acogida o despedida. Con cada movimiento, sus brazos parecían arrimar un poco más a su corazón el vínculo de un afecto protector. Él trabajaba prosaicamente, ganando dinero para pagar el coste de la romántica necesidad que había invadido su vida. Y el dinero se le iba de las manos como si fuese agua entre sus dedos. El dueño de aquella voz con marcado acento de Nueva Inglaterra no remitía ni una mínima parte a su gente de Baltimore. En cambio, las casas de importación del Lejano Oriente sí retuvieron su parte. Sirvió para pagar un veloz prao que, al mando de Jaffir, navegó por ensenadas poco o nada frecuentadas y se internó por ríos inexplorados, llevando mensajes secretos, noticias importantes, sobornos generosos. Buena parte del dinero ganado se destinó a la adquisición del *Emma*.

El *Emma* era una goleta baqueteada y decrepita que, ya en el declive de su existencia, había sido mal utilizada por un mercader blanco y panzudo, de considerable astucia y aire glotón. Ese individuo se jactó después, escandalosamente, del «buen dinero que le he sacado a esa triste antigualla que tenía, ya sabes». Un buen día, el *Emma* zarpó misteriosamente en compañía del bergantín. Después, se desvaneció para siempre en la mar. Lingard hizo que la remolcasen por la ría que daba entrada a la laguna y la izasen a tierra, hasta vararla en la orilla opuesta al Asentamiento de Belarab. Hubo en aquel entonces una gran crecida, y el agua bajó poco después y dejó al navío encallado en el fangal, con las amuras encajadas entre los troncos de dos árboles bien grandes, y levemente escorado, como si luego de una vida tan ardua hubiese encontrado en su fatiga un precario lugar donde reposar. Allí lo encontró Jörgenson pocos meses más tarde, cuando tras ser convocado para que regresara a la vida de los hombres reapareció con Lingard en la Tierra del Refugio.

—Es mejor que un fuerte en tierra firme —dijo Lingard cuando el uno junto al otro se acodaron en el coronamiento de popa, contemplando la laguna y las viviendas y los palmerales del Asentamiento—. Todas las armas y toda la pólvora de que he hecho acopio están por el momento estibadas en él. Buena idea, ¿no le parece? Puede que no se produzca una crecida semejante en muchos años; ahora mismo, no hay quien se arrime a su costado si no es por debajo de la bovedilla, y eso sólo podría hacerse llegando los botes de uno en uno. Creo que aquí estará usted perfectamente a salvo; podría mantener a raya a una flotilla entera. No es fácil que nadie le prenda fuego. El bosque de ahí delante es mejor que una muralla. ¿Y bien?

Jörgenson asintió con varios gruñidos. Contempló la desolación de los puentes, las perchas despojadas, la obra muerta del pequeño navío desmantelado, que ya no volvería a probar el sabor de la vida en alta mar. La lúgubre penumbra de la selva caía sobre él, plañidera como un sudario. Los arbustos de la orilla arañaban con sus ramas las amuras de proa, y una lanza colgante de minúsculas florecillas marrones se balanceaba sobre las ruinas del molinete.

Hassim y sus compañeros hacían guardia en el despojo que servía de almacén; Jörgenson, al mando, recorría la cubierta de la roda de proa hasta la popa, taciturno y ansiosamente fiel y atento a su encomienda. Había sido recibido entre el asombro, el respeto y cierto temor reverencial. Belarab lo visitaba con frecuencia. A veces, aquéllos a quienes conoció en la flor de la edad muchos años antes, durante la pugna por la fe y la vida, acudían a conversar con el hombre blanco. Sus voces eran como el eco de apasionantes acontecimientos, aunque con el pálido relumbre de una juventud pretérita. Asentían con sus ancianas cabezas. ¿Recuerdas...?, le decían. ¡Demasiado bien lo recordaba él! Era como un hombre surgido entre los muertos, un hombre para el cual la fascinante confianza en el poder de la vida está teñida por el negro escepticismo de la sepultura.

Sólo en contadas ocasiones le era devuelta la invencible creencia en la realidad de la existencia misma, tan insidiosa como fuente de inspiración. Cuadraba los hombros,

se erguía todo lo posible, caminaba con paso más firme. Notaba por dentro un cierto resplandor, así como una aceleración en el latir de su corazón. Luego se paraba a calcular con emoción, pero en silencio, las posibilidades de éxito que tenía Lingard, y por un tiempo vivía en la vida de ese otro hombre que nada sabía del negro escepticismo de la sepultura. Las posibilidades eran altas, muy altas.

—Cuánto me gustaría verlo llegar a buen puerto —murmuraba Jörgenson para sus adentros con auténtico ardor, y sus ojos sin lustre centelleaban un instante.

TERCERA PARTE

LA CAPTURA

1

—**H**ay quien va por el mundo con los ojos cerrados —dijo Lingard—. Tiene usted razón. El mar es libre para todos nosotros. Unos lo trabajan, otros hacen el idiota en el mar. Y a mí me da lo mismo. Sólo que le aseguro, y puede usted contar con mi palabra, que no permitiré que nadie se entrometa en mi trabajo. Pretende usted que me dé cuenta de que es usted un hombre de muy considerable grandeza...

Hay quien va por el mundo con los ojos cerrados —dijo Lingard—. Tiene usted razón. El mar es libre para todos nosotros. Unos lo trabajan, otros hacen el idiota en el mar. Y a mí me da lo mismo. Sólo que le aseguro, y puede usted contar con mi palabra, que no permitiré que nadie se entrometa en mi trabajo. Pretende usted que me dé cuenta de que es usted un hombre de muy considerable grandeza...

El señor Travers sonrió fríamente.

—Ah, sí —continuó Lingard—. Desde luego, eso lo entiendo a la perfección. Pero no lo olvide: está usted muy lejos de su casa, y yo en cambio, aquí, estoy donde me corresponde. Y yo correspondo a este lugar. Soy Tom Lingard, nada más y nada menos, allí donde quiera que esté, y tal vez se pregunte usted... —Con un barrido de la mano por todo el horizonte, hacia el oeste, dio plena confianza al resto de su discurso, fiándolo al mudo testimonio del mar.

Llevaba más de una hora a bordo del yate, y nada había percibido a raíz de sus esfuerzos, salvo el nacimiento de un odio irracional. Ante la inconsciente exigencia que le suponía la presencia de aquellas personas, ante su ignorancia, sus rostros y sus roces, sus miradas, no tenía nada que ofrecer a cambio, salvo un resentimiento que revestía el germen de una violencia temeraria. Nada podía decirles, pues no disponía del medio preciso. Que precisamente hubiesen aparecido en un momento semejante, cuando él estaba más allá de ese círculo en el que raza, recuerdos, relaciones anteriores, las mismas condiciones esenciales del propio origen, trazadas y definidas en torno a la vida de todos los hombres, en cierto modo le privaba todo ello del poder del habla. Se encontraba confundido. Fue como topar con unos exasperantes espectros en medio del desierto.

Contempló el mar abierto con los brazos cruzados y con fiereza reflexiva. Por su propia apariencia era radicalmente distinto del resto de los que estaban a bordo. La camisa gris, el fajín azul, una manga remangada que desnudaba un antebrazo escultural, el tono de voz a un tiempo negligente e incontestable, por no hablar de su

propia actitud, resultaban harto desagradables al señor Travers, que, luego de haber tomado la resolución de esperar algún tipo de ayuda oficial, contemplaba contrariado, con suspicacia, la injerencia de ese hombre inexplicable. Desde el momento en que Lingard subió a bordo, todos los ojos del navío se clavaron en él. Sólo Carter, al alcance de sus palabras y apoyado allí cerca con un codo en la amura, miraba a cubierta como si estuviera mareado o perdido en sus pensamientos.

De las otras tres personas situadas a popa, el señor Travers mantenía las manos en los bolsillos de su chaqueta sin ocultar su creciente desagrado.

Al otro lado del puente, en una tumbona, una señora exhibía una actitud pasiva que al señor D'Alcacer, de pie cerca de ella, se le antojó característica del modo en que aceptaba las necesidades de la existencia. Años antes, cuando era agregado de su Embajada en Londres, la había tenido por una interesante anfitriona. Ahora le resultaba incluso más interesante, ya que un encuentro casual y el propio señor Travers le ofrecieron pasaje a Batavia a bordo de su yate, y ello le dio ocasión de estudiar los variados matices del desdén que, según sospechaba, constituían el secreto de su aquiescencia ante la superficialidad de los sucesos y la monotonía de una mundana existencia.

Había cosas que ya desde el principio no había sido capaz de entender; por ejemplo, por qué razón se había tenido que casar con el señor Travers. No podía sustraerse a la sensación de que tan afortunado error bastaría para explicar tanto su desdén como su aquiescencia. El encuentro en Manila fue para él totalmente inesperado, y se lo refirió a su tío, que ocupaba el cargo de Gobernador General de la colonia española, señalando que los ingleses, cuando se malean por las pugnas del amor o de la política, suelen dedicarse a viajar largo y tendido, como si por abarcar una porción considerable de la superficie terrestre aspirasen a hacer acopio de fuerzas renovadas de cara a un nuevo empeño. Por su parte, y sólo que sin decirlo, juzgaba que su propia pugna con el destino había concluido, aunque también viajara y dejase a su paso por las capitales de Europa una historia en la que no había nada escandaloso, salvo la publicidad de un sentimiento excesivo, y nada más trágico que la prematura muerte de una mujer cuya brillantez y perfección no fueron mejor conocidas en el gran mundo que la discreta y apasionada devoción que con inocencia inspiraba.

La invitación para sumarse al yate en su periplo fue el punto culminante de las muchas muestras de urbanidad que intercambiaron, y fue debida sobre todo al deseo del señor Travers de tener a alguien con quien conversar. D'Alcacer aceptó con la temeraria indiferencia del hombre para el que cualquier medio de huir de un enemigo implacable es tan bueno como el que más. Ciertamente es que la perspectiva de tener que escuchar largos monólogos sobre el comercio, la administración y la política no prometía un gran alivio a sus penas, y tampoco podía esperar mucho más del señor Travers, cuya vida y pensamientos, del todo ajenos a las pasiones humanas, estaban dedicadas a extraer la mayor cantidad posible de ventajas personales de las

instituciones humanas. D'Alcacer encontró sin embargo que podía alcanzar el olvido en cierto grado, lo máspreciado para él en esos momentos, en compañía de Edith Travers.

Ella había despertado su curiosidad, cosa que, según pensaba, nada ni nadie podría hacer jamás.

Hablaban los dos de asuntos indiferentes e interesantes, en modo alguno relacionados con las instituciones humanas y sólo muy ligeramente con las pasiones de los hombres, pero D'Alcacer no podía evitar el ser muy consciente de la capacidad latente que tenía ella para desarrollar una gran simpatía, propia de quienes se hallan desencantados con la vida o con la muerte. ¿Hasta dónde llegaba su desencanto? Eso no podía saberlo, y tampoco se propuso averiguarlo. Se impuso esa restricción por el caballeroso respeto que le inspiraban los secretos de las mujeres y por la convicción de que los sentimientos profundos son a menudo impenetrables, oscuros incluso para quienes son dominados por el sentimiento al que deben su inspiración o su ruina. Creía que ni siquiera ella llegaría a conocerlo alguna vez; no obstante, su circumspecta curiosidad fue satisfecha por la observación de su estado anímico, y no lamentó que por haber encallado el yate se prolongara más aún esa oportunidad.

Transcurría el tiempo en aquella orilla enfangada igual que en cualquier otra parte, y él no contaba con hallar alivio en una gran variedad de acontecimientos, sino en el mero pasar del tiempo. Con todo, en la igualdad de unos días y otros allá en los Bajíos, aunque fluyera sin cesar, el tiempo fluía sin sentir; como todos los hombres se aferran a lo que tienen, ya sea el júbilo, ya el pesar, luego de la inquietud de su errancia le complació poder imaginarse que el universo entero e incluso el tiempo se habían detenido en un punto muerto, como si no desearan alejarlo un poco más de sus penas, que sin duda se iban desvayendo, pero que no disminuían, tal como se desvanecen las cosas no en la distancia, sino en la bruma.

2

D'Alcacer era un hombre de casi cuarenta años, delgado y cetrino, de ojos hundidos en las cuencas y bigote castaño y espeso. Tenía una sonrisa penetrante y directa, una sonrisa frecuente y fugaz. Observó a Lingard con gran interés. Le atraía ese algo huidizo, un rasgo, un pliegue, tal vez la forma del ojo, la caída de un párpado, la curva de la mejilla, esa minucia sobre la cual no existen dos rostros iguales en la tierra, y que en cada rostro es el fundamento mismo de la expresión, como si al ser todo lo demás herencia, misterio o accidente, sólo ese detalle hubiera sido configurado conscientemente por el alma.

De vez en cuando se inclinaba levemente sobre el lento compás de un abanico rojo, en la curva de la silla de cubierta, para decir unas palabras a la señora Travers,

que le respondía sin alzar la mirada, sin una sola modulación del tono, sin que se le alterase el semblante, como si hubiese hablado tras el velo de una inmensa indiferencia tendido entre ella y todos los hombres, entre su corazón y el sentido de los acontecimientos, entre sus ojos y el mar somero que, como su mirada, parecía profundo, por siempre en calma, y que a lo lejos, en la distancia de un difuso horizonte, parecía incluso inalcanzable a la vista, inasequible al poder de la mano y de la voz, perdido en el cielo.

El señor Travers dio un paso y se dirigió a Carter para endilgarle sus reproches.

—Ha malinterpretado usted mis instrucciones —murmuró rápidamente el señor Travers—. ¿Por qué ha traído a ese hombre? Me sorprende que...

—No creo que le sorprenda ni la mitad de lo que a mí me sorprendió anoche —masculló el joven marinero sin la menor reverencia, por lo cual resultó tanto más provocador para el señor Travers.

—Creo que está usted manifiestamente incapacitado para desempeñar la misión que le encomendé —siguió diciendo el dueño de la goleta.

—Es él quien me tiene bien sujeto —dijo Carter—. ¿O es que no lo ha oído usted mismo, señor?

—Tonterías —susurró el señor Travers con enojo—. ¿Tiene usted alguna idea de cuáles son sus intenciones?

—Más bien pienso —respondió Carter— que su intención era matarme anoche en su camarote, si yo no...

—No se trata de eso —le interrumpió el señor Travers—. ¿Se ha formado usted alguna opinión sobre los motivos de que haya subido a bordo?

Carter alzó sus ojos cansados y enrojecidos, con una cara tan colorada y pelada como si la hubiesen lamido las llamas.

—No sé más de lo que sabe usted, señor. Anoche, cuando me tuvo en su camarote, me dijo que prefería pegarme un tiro antes que dejarme ir en busca de otra ayuda. Daba la impresión de que estuviera desesperadamente decidido a sacar un buen montón de dinero por el salvamento de un barco de recreo desafortunadamente encallado.

El señor Travers se volvió; por un instante pareció sumido en hondos pensamientos. El mero accidente que suponía el haber encallado en una costa deshabitada le resultaba una molesta pérdida de tiempo. Trató de restarle importancia, y para ello puso en orden los conocimientos que había reunido a lo largo de un año de viaje por Oriente. Había mandado pedir ayuda; su oficial de derrota, muy cabizbajo, se armó de valor para anunciar que el yate muy probablemente sería reflotado con las siguientes mareas vivas; D'Alcacer, una persona de nobleza indudable, pero de principios inferiores, era mejor compañía que no tener ninguna, ya que por lo menos sabía jugar al *piquet*.

El señor Travers había tomado la determinación de esperar. De pronto, aquel hombre adusto, que parecía haber salido por su propio pie de un libro de grabados

sobre los bucaneros, hizo añicos su resignación con sus misteriosas alusiones al peligro, que le sonaron absurdas y sin embargo inquietantes; sus oscuras frases de advertencia se le antojaron amenazas veladas.

El señor Travers tenía el mentón prominente y bien afeitado. Tenía los ojos azules, de un azul gélido, ingenuo. Contempló a Lingard cara a cara sin que se le notase la menor huella del viaje, ninguna marca de la fatiga, de haber estado a merced de las inclemencias del tiempo, con un aire de haber nacido invulnerable. Tenía la cara pálida, redonda, y una tez perfectamente incolora, aunque asombrosamente fresca, como si se hubiera criado a la sombra.

«He de poner fin a esta intimidación tan absurda —se dijo—. No me dejaré arredrar; no pienso pagar por un servicio que no necesito».

El señor Travers sentía un intenso desprecio por la impudicia con que se había insinuado Lingard; por increíble que fuera, por extraño que le pareciese, como si todo el asunto, igual que una riña con un rival o un amigo, tuviera una importancia tremenda en su carrera, de pronto y sin previo aviso le invadió un regocijo inexplicable sólo de pensar en derrotar a ese hombre de secretas intenciones.

Ajeno a todo y a todos, Lingard contemplaba el mar. Había crecido en él, había vivido con él. El mar lo había llevado lejos de su hogar; en el mar se habían expandido sus pensamientos y sus manos habían encontrado trabajos que hacer. Le había inspirado su empresa y dedicación en la vida, le había hecho comandante y propietario del mejor bergantín del momento; le había imbuido de fe en sí mismo, en su fuerza, en su suerte, y de pronto, por su complicidad en un fatal accidente, le había enfrentado a una dificultad que empezaba a tener todas las trazas de ser el principio de un desastre.

Había dicho todo lo que osó decir, y se percató de que no le creyeron. Era algo que no le había ocurrido desde hacía muchos años. Le desconcertaba tanto como si hubiese descubierto de pronto que ya no era él. Había ido a ellos y había dicho: «No les deseo ningún mal. Al contrario. Soy Tom Lingard...». ¡Y no le creyeron! Ante semejante escepticismo carecía de recursos, porque nunca había imaginado que fuera posible. Había dicho: «Se interponen ustedes entre mi trabajo y yo. Me estorban en lo que ahora no puedo abandonar por nada y por nadie, pero yo me ocuparé de llevarlos a buen puerto, sanos y salvos, con que sólo confíen ustedes en mí, en Tom Lingard». ¡Y no le quisieron creer! Era intolerable. Se imaginó en el momento de barrer su incredulidad y apartarla de su camino. ¿Por qué no? No los conocía; en el fondo, ni siquiera le importaban; ni siquiera tendría que levantar la mano contra ellos. Le bastaría con cerrar los ojos durante un día o dos, y olvidar después que alguna vez los había visto. Sería bien fácil. Que su incredulidad se volatilizara, que desapareciera su estupidez, que perecieran sus cuerpos. O eso... ¡o la ruina!

3

La mirada de Lingard se apartó del mar silencioso y viajó despacio sobre las figuras calladas que se apiñaban alrededor, sobre los rostros de los marineros atentos y sorprendidos, caras antes nunca vistas, pero que le hicieron pensar en los viejos tiempos, en su juventud, en otros mares y en las orillas lejanas de los primeros recuerdos. El señor Travers también se sobresaltó, y la mano con que se estaba acariciando una guía del bigote se introdujo en el bolsillo de su chaqueta como si acabase de arrancar algo que valiese la pena conservar. Dio un paso rápido hacia Lingard.

—No veo qué sentido pueda tener que hagamos uso de sus servicios —dijo de manera fría y tajante.

Lingard se atusó la barba y lo observó pensativo un rato.

—Tal sea mejor así —dijo despacio—, porque yo no le he ofrecido mis servicios. Me he ofrecido a darles alojamiento durante unos días en mi bergantín, ya que ésa es su única posibilidad si aspiran a estar mínimamente seguros. Y usted me ha preguntado por mis motivos. ¡Mis motivos! Si no los ve usted con sus propios ojos, es que no le está dado conocerlos.

Y esos dos hombres, que dos horas antes jamás se habían visto ni de lejos, permanecieron un instante muy juntos, dos antagonistas, como si fuesen enemigos desde tiempo inmemorial, el uno de corta estatura, atildado, mirando arriba, y el otro alto como un roble, mirando abajo con todo su desprecio y su ira.

El señor D'Alcacer, sin quitarles el ojo de encima, se reclinó sobre la tumbona.

—¿Ha visto alguna vez a un hombre arrojarle contra un muro de piedra? —preguntó en tono confidencial.

—No —dijo la señora Travers mirando al frente por encima del lánguido aleteo de su abanico—. No, desconocía que pudiera hacerse una cosa así. Los hombres se cuelan por debajo de los muros, o dan la vuelta para rodearlos sin dejar de mirar a otra parte.

—¡Ah, así define usted la diplomacia! —murmuró D'Alcacer—. Y aquí no nos vendría nada mal un poco de diplomacia, la verdad. Pero eso es algo que nuestro pintoresco visitante desconoce por completo. Creo que me cae sumamente bien.

—¡Tan pronto! —suspiró la señora Travers con una sonrisa que rozó sus labios como un ala brillante y que desapareció casi antes de ser vista.

—Existe el aprecio a primera vista —afirmó D'Alcacer— tal como existe el amor a primera vista, el *coup de foudre*, ya sabe usted.

Ella alzó los ojos un instante y él siguió hablando con toda seriedad.

—Creo que es el más verdadero, el más profundo de todos los sentimientos. No

se ama por lo que pueda haber en el otro. Se ama por algo que está vivo y palpitante en uno mismo. —Se dio un leve golpe en el pecho con la yema de un dedo—. Es una capacidad que existe en uno mismo. Y puede que no todos la posean, pues no todos merecen ser tocados por el fuego del cielo.

—Y morir —apostilló ella.

Él hizo un leve movimiento.

—¿Quién sabe? Puede que así sea, pero nunca deja de ser un privilegio, aun cuando sea preciso seguir viviendo después de quemarse.

En el silencio que se hizo entre ellos, se oyó a las claras la voz del señor Travers.

—Ya le he dicho que no deseo contar con su ayuda —aseveró con gran irritación—. He dado aviso al gobernador de la región del Estrecho. No me importune.

Lingard, de espaldas a ellos, gruñó algo que debió exasperar al señor Travers, porque su tono de voz subió una octava:

—Se trae usted entre manos un juego peligroso, se lo advierto. Resulta que *Sir John* es amigo mío. Enviaré un crucero... —Y Lingard lo interrumpió con voz tonante.

—Mientras no llegue por aquí en los próximos días, me da igual. Ahora mismo escasean los cruceros en el Estrecho, y si le vuelvo a usted la espalda dudo mucho que nadie pretenda llevarme a la horca. Estoy dispuesto a arriesgarme a eso y a mucho más, ¿me oye? A mucho más.

Dio un fuerte pisotón, y el señor Travers retrocedió un paso.

—No ganará nada tratando de amedrentarme. Ni siquiera sé quién es usted.

En el yate, todos los miraban sin perder ripio. Los hombres, apiñados, los miraban como un rebaño de ovejas. El señor Travers sacó un pañuelo y se enjugó la frente. La cara del oficial de derrota, apoyado contra el palo mayor —pues no osaba acercarse ni un paso más a los integrantes de la alta burguesía que habían contratado sus servicios— brillaba con todo su fulgor carmesí entre sus blancos bigotes, como un ascua reluciente entre dos manchas de nieve.

—Es una trifulca —susurró D'Alcacer—. El hombre pintoresco está enojado. Está dolido.

El abanico de la señora Travers reposó sobre sus rodillas. Ella permaneció muy quieta, como si esperase a oír algo más.

—¿Le parece conveniente que rompa una lanza por la paz? —preguntó D'Alcacer.

Ella no le contestó. Tras aguardar un rato, él volvió a la carga.

—¿Qué opina usted? ¿Debo tratar de mediar... en calidad de árbitro neutral y benévolo? Me cae bien el hombre de la barba.

Siguió el intercambio de frases iracundas en alta voz, en medio de la consternación general.

—A usted le daría la espalda sin dudarle, sólo que estoy pensando en todos esos pobres diablos —gruñó Lingard con furia—. ¿Acaso les ha preguntado por su

opinión?

—A nadie pregunto yo su opinión —barbotó el señor Travers—. Aquí todos dependen de lo que decida yo.

—Pues entonces lo lamento mucho por ellos —sentenció Lingard con súbita parsimonia, inclinándose hacia delante con los brazos cruzados sobre el pecho.

Al oírlo, el señor Travers dio un brinco y perdió la compostura hasta el extremo de gritar a voz en cuello:

—Es usted un individuo insolente. No tengo nada más que decirle.

D'Alcacer, tras murmurar para el cuello de su camisa que «esto se está poniendo serio», hizo un movimiento y apenas pudo dar crédito a sus oídos cuando oyó que la señora Travers hablaba rápidamente y con una especie de fervor.

—No, por favor, no vaya. No los detenga. ¡Ay! Esto es de verdad. Esto es auténtica cólera. Por fin algo de verdad.

D'Alcacer volvió a apoyarse de espaldas contra la amura.

El señor Travers, con un brazo extendido, repitió en voz muy alta:

—Nada más que decirle. ¡Abandone mi barco inmediatamente!

Y en ese instante el perro negro, tendido a los pies de su esposa, con el morro sobre las patas y sus ojos amarillos y parpadeantes, gruñó de descontento ante ese estallido. A la señora Travers se le escapó una risa débil y tintineante, que pareció deslizarse, rebotar entre sus blancos dientes. D'Alcacer, disimulando su pasmo, la contemplaba con ademán de gravedad. Tras un imperceptible suspiro, ella volvió a hablar entrecortadamente, no sin que escaparan breves estallidos de júbilo inconfundible a cada tantas palabras:

—No, de veras, esto es... es... una experiencia tan refrescante de oír... de ver algo... genuino, tan humano... ¡Ja, ja! Cualquiera diría que llevaban los dos la vida entera esperando esta oportunidad... ¡Ja, ja, ja! La vida entera... para esto. ¡Ja, ja, ja!

Estas extrañas palabras sorprendieron a D'Alcacer por parecerle perfectamente atinadas, como si arrojasen una inesperada luz sobre el caso. Luego de sonreír habló con toda seriedad:

—Esta realidad puede ir demasiado lejos. Un hombre de aire tan pintoresco es capaz de cualquier cosa. Permítame... —Y la dejó donde estaba para dirigirse hacia Lingard, con las extremidades flexibles y descarnadas, pese a tener en todo su porte, en su manera de caminar, en cada uno de sus descuidados movimientos, un aire de distinción y de ceremonia.

Lingard se volvió en redondo con un semblante agresivo nada más notar una leve presión en el hombro, pero en cuanto apartó la mirada del señor Travers disminuyó su ira, pareció caer al suelo sin hacer ruido, como una prenda de la que hubiera preferido prescindir.

—Perdóneme —dijo D'Alcacer con toda su compostura. El leve desplazamiento que hizo con una mano fue poco más que una indicación, el comienzo de un gesto conciliador—. Perdóneme, pero creo que éste es un asunto que requiere una perfecta

confianza por ambas partes. Don^[7] Martin, que es una persona de importancia...

—He dicho lo que pienso con toda claridad. He dicho todo lo que me atrevo a decir. Le doy mi palabra —afirmó Lingard con aire de buen talante.

—¡Ah! —dijo D'Alcacer como si reflexionase—. En tal caso, su reserva es cuestión de lealtad debida, o de... ¿honor?

Lingard también pareció quedarse pensativo unos instantes.

—Si lo desea, puede expresarlo así. Y nada le debo a un hombre que fue incapaz de ver mi mano cuando se la tendí para saludarlo nada más subir a bordo.

—Cuenta usted al menos con la ventaja de que nosotros estemos aquí —repuso D'Alcacer—, y por eso puede tener la generosidad de olvidar ese exceso de vista; con un poco más de confianza por su parte...

—Mi querido D'Alcacer —le interrumpió el señor Travers con voz tranquila, pero con los labios blancos—, es usted ridículo. No he recorrido un camino tan largo para estrechar la mano del primer aventurero que aparezca por aquí, y menos aún para recibir sus confidencias, con tanta promiscuidad.

D'Alcacer dio un paso atrás con una inclinación de cabeza casi imperceptible que dirigió a Lingard, quien permaneció un momento con la cara en tensión.

—Soy un aventurero, en efecto —estalló—, y de no haber sido yo un aventurero, habría tenido que morir de hambre o trabajar allá en mi país para alguien como usted. De no haber sido yo un aventurero, lo más probable es que usted estuviera muerto en este instante, con el cuello rajado de parte a parte, tendido en el puente y mirando al cielo.

El señor Travers despachó esta intervención con un gesto despectivo. Pero los demás también la habían oído. Carter escuchaba con toda su atención, y algo así como una vaga noción de alarma pareció iluminarse de improviso en el rechoncho oficial de derrota, de tan corta estatura, que se apresuró a tirar de la manga de Carter a la vez que balbuceaba medio desesperado:

—¿Qué está diciendo? ¿Quién es ése? ¿Qué sucede? ¿Son hostiles los nativos? Mi manual dice así: «Los nativos son acogedores por toda esta costa». Mi manual dice que...

Carter, que lo había mirado de reojo, se soltó de un tirón.

—Lárguese a la sala de oficiales, que es donde debe estar, y léase otra vez ese trozo sobre los nativos —dijo a su superior con tremendo desprecio—. Que me aspen si no hay unos cuantos a punto de subir a bordo para comérselo crudo, con manual y todo. Quítese de en medio y deje que los caballeros tengan su primera oportunidad de entrar en acción.

Dirigiéndose entonces a Lingard, tomó la palabra con su voz arrastrada.

—Ese primer oficial que tiene a bordo, que por algo le dije que está medio loco, ha vuelto a largar el bote, y si la vista no me engaña viene con un par de visitantes.

Antes de captar plenamente el sentido de estas palabras, Lingard avistó dos cabezas por encima de la amura: las de Hassim e Immada. Luego asomaron a la vista

sus cuerpos, tal como si los dos seres hubieran emergido gradualmente de los Bajíos. Permanecieron unos instante en la plataforma, contemplando desde arriba el puente como si se hallaran a punto de adentrarse en lo desconocido, y entonces descendieron y se llegaron a la popa hasta ingresar en la media luz, a la sombra del toldo que presidía aquel entorno lujoso, las complicadas emociones de aquellas existencias inconcebibles para ellos.

Lingard no esperó un instante para saludar a voz en cuello.

—¿Qué noticias tenemos, oh, Rajá?

Los ojos de Hassim barrieron por completo los entrepuentes de la goleta. Había dejado su escopeta en el bote y avanzó con las manos vacías, con la tranquila confianza del que ostenta su acogedor saludo en la tenue sonrisa de sus labios. Immada, medio escondida tras su hombro, le seguía con pasos livianos, los codos apretados contra los costados. Llevaba la espesa cortinilla de sus pestañas bajada como un velo; parecía tan joven como medita-bunda; tenía un aire de tímida resolución.

Se detuvieron a menos de un paso de los blancos, y durante un lapso nadie dijo ni palabra. Hassim miró entonces a Lingard de modo harto significativo, y habló rápidamente con una leve indicación de su cabeza, que en cierto modo abarcó la totalidad del yate.

—¡No veo armas!

—¡N-n-no! —dijo Lingard, que de pronto pareció confundido. Por vez primera en dos años, o puede que más, se le había ocurrido que acababa de olvidar, de olvidar por completo la existencia de aquellas personas.

Immada permanecía rígida y desairada, mirando al suelo. Hassim, más a sus anchas, escrutó los rostros de los presentes como si buscara alguna similitud que se le hubiera escapado o algún sutil matiz de diferencia.

—¿Qué nueva intrusión es ésta? —preguntó el señor Travers con enojo.

—Son pescadores, lugareños, señor —repuso el patrón—. Los hemos visto a lo largo de los últimos tres días recorrer la orilla en una canoa, pero nunca se avinieron a responder a nuestro saludo. Y no nos vendría nada mal algo de pescado para desayunar, ¿eh? —Sonrió obsequiosamente y sin previo aviso, sin que mediara provocación, se puso a soltar alaridos—. ¡Eh, Johnnie! ¿Poquito de pescado, sí? ¡Pescado, chico! ¿Qué, no tienes? ¡Eh! ¿Captas, o no captas? ¡Pescado, caramba! ¡Pescado! —renunció de repente y añadió en tono de deferencia—: No hay manera de que estos salvajes entiendan ni palabra, señor —y sobre la marcha, sin más que añadir, se retiró como si acabara de realizar un logro considerable a punta de inteligencia.

Hassim miró a Lingard.

—¿Por qué gritaba así el hombrecillo blanco? —le preguntó con cierta preocupación.

—Tienen ganas de comer pescado —respondió Lingard con toda su rabia.

Ante el aire de extremada sorpresa que de forma incontenible se pintó en el rostro del otro, no pudo reprimir una cortante y desesperada carcajada.

—Comer pescado —repitió Hassim con la mirada fija—. ¡Hay que ver cómo son los blancos! ¡Ay, estos blancos! ¡Comer pescado! ¿Y a qué venía tanto alboroto? ¿Y por qué los has hecho venir sin armas? —Tras una significativa mirada que proyectó por la pendiente del puente, debida a la escora del navío embarrancado en tierra, dedicó un gesto de asentimiento a Lingard y añadió—: Sin armas y sin tener ni idea...

—No deberías haber venido, Hassim —dijo Lingard con irritación—. Aquí nadie entiende nada. Confunden a un rajá con un mero pescador...

—¡*Ya-wa!* Craso error, pues cierto es que el jefe de diez fugitivos, sin una patria siquiera a la cual volver, es mucho menos que el cabecilla de una aldea de pescadores —observó Hassim sin perder la compostura. Immada suspiró—. En cambio, Tuan, tú al menos sí sabes cuál es la verdad —siguió diciendo con calma y con ironía tras una breve pausa—. Hemos venido porque tú olvidaste venir a nosotros, y eso que hemos esperado, apenas hemos dormido por las noches, y nos hemos pasado los días mirando con ojos calenturientos el mar desierto al pie del cielo, en busca de ti.

—Tú nunca nos buscaste —murmuró Immada sin levantar la cabeza—. Nunca, nunca. Ni una sola vez.

—Tenía demasiadas complicaciones a la vista —explicó Lingard con esa paciente suavidad de tono y de gesto que, cada vez que hablaba con la joven, parecía desgajarse de su persona y envolver su ferocidad y amortiguar su aspecto, como esa niebla de ensueño que con el primer resplandor de la mañana teje un velo de ternura encantadora en torno a una escarpada roca en medio del océano—. Ahora he de andar con ojo y mirar a derecha e izquierda, como si fuese un momento de repentino peligro —añadió tras un momento, y ella musitó un sobrecogido «¿por qué?» en voz tan baja que su dolor quedó flotando en medio del silencio atento de los hombres, pero sin respuesta, ignorado, como el dolor de un pensamiento impalpable.

4

Algo apartado, D'Alcacer los escrutó a todos con atención profunda y alerta. Lingard parecía incapaz de olvidar la goleta, y allí permanecía, en suspenso pero como si ya estuviese a punto de marcharse, como un hombre que ha dejado de pensar en lo último que va a decidir, y esa quietud del cuerpo, olvidado por la mente incansable, recordó a Carter aquel momento vivido en el camarote, cuando estuvo a solas con ese hombre y lo vio luchar a brazo partido con su pensamiento, inmóvil e incluso inmovilizado por la fuerza de su conciencia.

El señor Travers murmuró audiblemente, pero entre dientes:

—¿Cuánto va a durar esta pantomima? Le he manifestado mi deseo de que se marche.

—Piense en esos pobres diablos —susurró Lingard, mirando de reojo a la tripulación que estaba apiñada allí cerca.

—Es usted de esa clase de hombres en los que tengo una mínima disposición a confiar, y eso en cualquier caso —dijo el señor Travers de modo incisivo, en voz muy baja, y con una inexplicable pero muy visible satisfacción—. Aquí tan sólo está perdiendo el tiempo.

—Usted... Usted... —balbuceó y se quedó mirando fijamente. Masculló entre gruñidos algún término insultante, y por fin tragó saliva no sin esfuerzo—. En el tiempo que yo pierda le va a usted la vida —apostilló.

Tuvo constancia de una súbita agitación y supo que la señora Travers se había levantado de su asiento.

Caminó impulsivamente hacia el grupo del alcázar, derecha hacia Immada. Hassim se había hecho a un lado, y su desapasionada mirada de caballero malayo pasó por encima de ella tal como si fuera invisible.

Era alta y flexible; se movía con entera libertad. Su tez era tan pasmosa, a la sombra, que parecía formar un halo en torno a su cabeza. Sobre una frente lisa y amplia, una gran abundancia de cabello rubio claro, fino como la seda y ondulado como el mar, espesa y pesada como un casco, descendía sin el menor rastro de brillo, sin un solo resplandor en sus rizos, como si jamás lo hubiera rozado un solo rayo de luz; tenía un cuello blanco, suave, palpitante de vida, redondeado y modelado con fuerza y delicadeza, en el que se apoyaba gloriosamente ese rostro radiante y esa pálida masa de cabellos que jamás había besado la luz del sol.

—¡Anda, si es una muchacha! —dijo con notable animación.

La señora Travers extrajo de D'Alcacer un nuevo homenaje en forma de curiosidad acendrada. Una fuerte racha de viento henchió las lonas del toldo y una de las pantallas se levantó para dejar ver desde el alcázar el ondulado resplandor de las Aguas Someras, mostrando a D'Alcacer la vasta luminosidad del océano y la línea del remoto horizonte, oscuro como el filo de la noche que los cercaba, a la altura de los hombros de la señora Travers... ¿Dónde pudo haberla visto por última vez, pero mucho tiempo atrás, en la otra punta del mundo? También se notó a su alrededor el centelleo del esplendor, y la impresión de una vastedad luminosa. También estaba allí la noche que todo lo cercaba, la noche que aguarda a que llegue su hora para avanzar sobre el centelleo, el esplendor, los hombres y las mujeres.

Por el momento no logró recordar, pero estuvo convencido de que, de todas las mujeres que había visto en su vida, sólo ella parecía estar hecha para la acción. En cada uno de sus movimientos se notaba la firmeza, la facilidad, el sentido exacto de un hecho de vital importancia, la belleza moral de una expresión intrépida. No deshonraba su flexibilidad ningún defecto de perfil bajo la sencillez de su vestido azul oscuro, que modelaba sus formas con osada simplicidad.

Le quedaban muy pocos pasos por dar, pero antes de que se detuviera delante de Immada, D'Alcacer la recordó de repente tal como la había visto por última vez, allá en Occidente, lejísimos, imposiblemente distinta, como si fuera en otro universo, como si la presentase la fantasía de una memoria febril. La vio en la luminosa perspectiva de una serie de salones palaciegos, en el imparable fluir de un mar humano, al pie de paredes altas como acantilados, bajo altivas techumbres que como un cielo tropical arrojaban la luz y el calor sobre el somero centelleo de los uniformes, las estrellas, los diamantes, los ojos que relucían en los rostros fatigados o impasibles que formaban la muchedumbre presente en una recepción de carácter oficial. Allí fuera había encontrado él la inevitable oscuridad con su aspecto de paciente espera, un cielo nublado que retenía el amanecer de una mañana londinense. Costaba trabajo creerlo.

Lingard, que había empezado a cobrar un aspecto de peligrosa ferocidad, se dio una palmada en el muslo y dio muestras de agitación.

—¡Por todos los cielos, me había olvidado de usted! —anunció con desolación.

La señora Travers clavó los ojos en Immada. Rubia y blanca se impuso ante la muchacha de tez olivácea y de rizos como ala de cuervo con la madurez de la perfección, con la superioridad que tiene la flor sobre la hoja, la frase que contiene el pensamiento sobre el grito que sólo alcanza a expresar una emoción. Espacios inmensos y siglos incontables se extendían entre ellas dos, y la miró como cuando uno mira el fondo de su corazón con curiosidad absorta, con la quietud de la maravilla, con inmensa compasión. A modo de advertencia, Lingard murmuró:

—Ni se le ocurra tocarla.

La señora Travers lo miró.

—¿Cree acaso que podría hacerle daño? —preguntó con dulzura, pero tanto se sobresaltó al oírle murmurar a él un tenebroso «tal vez» que vaciló antes de sonreír.

—¡Es casi una niña! ¡Y qué bella! Qué cara tan delicada —dijo a la vez que otro profundo suspiro de la brisa del mar alzaba y dejaba caer las lonas, de modo que el sonido, la brisa misma y el resplandor parecieron abalanzarse a un tiempo y llevarse sus palabras al espacio mismo—. No tenía ni idea de que pudiera existir algo de una delicadeza tan encantadora —siguió diciendo con una voz que sin esfuerzo resplandecía, acariciaba, tenía el mágico poder de deleitar el alma—. ¡Qué joven es! Y, a lo que veo, vive por aquí, ¿no es cierto? ¿En el mar, o en qué parte? Vive... —Muy tenuemente, como si hubiera sido sorprendida en el momento de decirlo, se alejó instantáneamente un poco, pero añadió—: ¿Y cómo vive?

Lingard apenas había reparado en Edith Travers hasta ese instante. En realidad, sólo había tenido ojos y oídos para el señor Travers. La miró y la escuchó con algo parecido al estupor que causa una nueva sensación.

Hizo entonces un esfuerzo innegable por recomponer sus pensamientos y dijo con un residuo de ira:

—¿Qué tiene usted que ver con ella? Ella conoce la guerra. ¿Qué sabe usted de la

guerra? Y del hambre y la sed y la infelicidad, realidades de las que usted tan sólo ha oído hablar. Ella ha estado tan cerca de la muerte como lo estoy yo de usted. ¿Y qué significa todo eso para los aquí presentes?

—¡Si es apenas una niña! —exclamó ella despacio, maravillada.

Immada volvió hacia la señora Travers sus ojos negros como tizones, relucientes y suaves como una noche tropical, y se cruzaron las miradas de las dos mujeres, sus ojos tan disímiles como inquisitivos, que incluso parecieron tocarse, anudarse, sostenerse el uno al otro con un abrazo semejante al de un contacto íntimo. Se separaron.

—¿A qué han venido? ¿Por qué les has enseñado el camino a este paraje? —preguntó Immada débilmente.

Lingard sacudió la cabeza para expresar su negación.

—Pobre muchachita —dijo la señora Travers—. ¿Son todas tan bonitas como ella?

—¿Todas? ¿Quiénes? —farfulló Lingard—. No encontraría a ninguna como ella aun cuando revolviere y saquease las islas por los cuatro puntos cardinales.

—¡Edith! —exclamó el señor Travers con voz de reproche, con acrimonia, y todos lo miraron vagamente sorprendidos.

—¿Quién es ella? —insistió la señora Travers.

—Una princesa.

En el acto, miró en derredor con suspicacia. Nadie había sonreído. D'Alcacer, cortés y desenfadado, se acercó hasta rozar casi el codo de la señora Travers.

—Si es una princesa, este hombre ha de ser un caballero —murmuró con gran convicción—. ¡Un caballero errante, por mi vida! Un descendiente del inmortal hidalgo, sólo que éste deambula por el mar. Buena cosa sería tenerlo por amigo. En serio, creo que debería usted...

Dieron los dos un paso para apartarse un poco y hablaron en voz baja y con prisas.

—Sí, debería usted...

—¿Y cómo podría hacerlo? —le interrumpió ella al captar el sentido como si fuese una pelota arrojada al aire.

—Dígale algo.

—¿De veras lo estima necesario? —preguntó ella muy dubitativa.

—No le perjudicaría —dijo D'Alcacer con un súbito descuido—. Siempre es mejor un amigo que un enemigo.

—¿Siempre? —repitió ella con intención—. ¿Está seguro? De todos modos, ¿qué podría decirle?

—Cualquier cosa —respondió él al punto—. Yo diría que cualquier cosa, pero dicha por usted, con su voz...

—¡Señor D'Alcacer!

—O tal vez bastaría con que lo mirase un par de veces dándole a entender a las

claras que no es exactamente un ladrón, que no lo considera tal —siguió diciendo.

—Señor D'Alcacer, ¿es que tiene miedo?

—Desde luego —dijo, y se agachó a recoger el abanico que a ella se le había caído a sus pies—. Muchísimo. Y ésa es la razón por la que me siento tan ansioso de conciliar posturas. No debería olvidar usted que una reina de su país una vez pisó la capa de un hombre como éste.

A ella le brillaron los ojos, aunque en seguida bajó la mirada.

—Yo no soy una reina.

—No, por desgracia no lo es —reconoció él—, pero aquélla era una mujer que no tenía más encanto que su corona.

En ese momento se oyó a Lingard protestar en voz alta. Hassim llevaba un rato hablando seriamente con él:

—¡Nunca había visto a esta gente!

Immada sujetó a su hermano por el brazo.

—Hágame el favor —dijo el señor Travers con aspereza— de llevarse ahora mismo a esos nativos.

—Nunca —murmuró Immada como si estuviera perdida en un arrebato de éxtasis. D'Alcacer miró a la señora Travers y dio un paso al frente.

—¿No es posible que el problema, sea cual sea, encuentre una solución satisfactoria para las partes implicadas, capitán? —dijo con extremada cortesía—. Tenga en consideración que aquí no sólo estamos hombres...

—¡Dejadlos morir! —gritó Immada triunfalmente.

Aunque sólo Lingard entendiese el sentido de estas palabras, todos los presentes a bordo se sintieron oprimidos por el inquietante silencio que siguió a su grito.

—¡Ah! Veo que se marcha. Ahora o nunca, señora Travers —murmuró D'Alcacer.

—¡Ojalá! —dijo la señora Travers impulsivamente, y calló como si le hubiera alarmado el sonido de su propia voz.

Lingard permaneció inmóvil.

—Ojalá —comenzó de nuevo— que esta pobre muchacha conozca tiempos más felices que éstos... —vaciló.

Lingard aguardaba, atento y serio.

—Gracias a su cuidado —terminó—. Quiero que sepa que estoy segura de que usted sólo ha querido y aún quiere tratarnos de forma amistosa.

—Gracias —dijo Lingard con dignidad.

—Tú y D'Alcacer —observó el señor Travers con austeridad— estáis reteniendo de modo innecesario a est... a esta persona y a sus... esto... a sus amigos, eso es.

—Me había olvidado de usted, y ahora... Ahora, ¿qué? Es preciso... Ah, pero es difícil, difícil —siguió diciendo Lingard de modo deslavazado, al tiempo que miraba a los ojos violeta de la señora Travers y sentía que su ánimo era arrasado y se hundía en la turbación, tal como si contemplase una distancia infinita—. Yo... No sabe

usted... Yo... No puede usted... ¡Ja! Todo es culpa de ese hombre —estalló.

Como si hubiera perdido los estribos, fulminó a la señora Travers con la mirada, y al final alzó un brazo y se dirigió a la pasarela, donde lo esperaban Hassim e Immada, interesados y pacientes. Con una sola palabra —«Venid»— los precedió al bajar al bote. No se oyó un solo ruido en la cubierta de la goleta mientras los tres desaparecían uno tras otro por la amura, tal como si descendieran al mar.

5

La tarde transcurrió en silencio hasta extinguirse. La señora Travers permaneció sentada, pensativa y quieta, con el abanico sobre las rodillas. D'Alcacer, que seguía convencido de que el incidente habría sido mejor resuelto con espíritu conciliador, trató de comunicar su punto de vista a su anfitrión, pero ese caballero, malinterpretando adrede su motivo, lo abrumó con tantas disculpas y expresiones de pesar por la fastidiosa y tal vez inconveniente demora «que se ve usted obligado a soportar por haber aceptado con su buen natural nuestra invitación», que el otro se vio forzado a abstenerse de seguir tratando el asunto.

—Ni siquiera el respeto que usted me merece, mi querido D'Alcacer, habría bastado para inducirme a someterme a un intento de extorsión tan descarado — afirmó el señor Travers como quien ejerce inflexible su mejor virtud—. Ese hombre aspiraba a obligarme a que yo aceptara sus servicios, para imponer después una fuerte reclamación por el salvamento del yate. He ahí todo el secreto del caso... Puede darlo por descontado. Pero yo le he visto el plumero en cuanto hizo acto de presencia, por supuesto. —El monóculo brillaba perspicuo—. Ha subestimado mi inteligencia, y ¡hay qué ver qué violencia la de esa sabandija! Que exista un hombre así en los tiempos que vivimos me parece casi un escándalo.

D'Alcacer se retiró e, invadido por oscuros presentimientos, trató en vano y durante horas de interesarse por la lectura de un libro. El señor Travers caminaba inquieto de un extremo a otro, tratando de convencerse de que su indignación se basaba en consideraciones puramente morales. El día, deslumbrante como una masa de hierro al rojo, extraído del fuego cuando se torna blanco, iba perdiendo gradualmente parte de su calor y su resplandor a la vez que se enriquecía y se ahondaba la tonalidad de su luz. A la hora de costumbre, dos marineros que caminaban sin hacer ruido por popa, enrollaron las lonas que protegían el alcázar. La costa, los bajíos, las oscuras isletas y los niveos arenales descubiertos de ese modo día tras día se ofrecieron una vez más a la vista con todo su aire de sorda vigilancia. El bergantín, fondeado en primer plano, con las vergas cruzadas reciamente sobre la altiva simetría de la arboladura, recordaba un ser con instinto de vida, como si el poder de ponerse en acción de un salto acechase en la ligereza y la elegancia de su

reposo.

Un par de camareros con sus chaquetas blancas de botones dorados aparecieron en cubierta y comenzaron a afanarse en sus tareas sin hacer ruido, preparando la mesa para la cena sobre la lisa superficie de la claraboya del camarote. El sol, alejándose hacia otras tierras, hacia otros mares, hacia otros hombres, totalmente rojo en el cielo sin una sola nube, barría el yate a modo de despedida con una salva de rayos carmesíes que se hacían añicos y se dividían en centellas de fuego sobre el cristal y la plata de la mesa, arrancando una breve llamarada de las hojas de los cuchillos y extendiendo una tintura sonrosada sobre la blancura de la vajilla. Un reguero púrpura, como una mancha de sangre sobre un escudo azul, recorría el mar.

Al tomar asiento, el señor Travers aludió en un tono de fastidio a la necesidad de alimentarse de conservas, ya que todas las provisiones frescas y almacenadas para la travesía hasta Batavia se habían terminado. Era manifiestamente desagradable.

—En cualquier caso, yo no viajo por placer —añadió—, y la fe en que sacrificar mi tiempo y mi comodidad será en aras de algún provecho para el mundo en general me compensa con creces por toda suerte de privaciones.

La señora Travers y D'Alcacer parecían incapaces de sustraerse a una fuerte aversión a entablar una charla, y la conversación, como una brisa mortecina, expiró repetidas veces tras cada ráfaga lánguida. El amplio silencio del horizonte, el profundo reposo de todo lo que a la vista estaba, al envolver los cuerpos y traspasar las almas con su sosegante influjo, acallaba el pensamiento tanto como la voz. Pasó un buen rato sin que nadie dijera nada. Tras el aire taciturno de los amos, los criados trajinaban sin hacer ruido.

De repente, el señor Travers tomó la palabra como si acabara de concluir el examen de una serie de ideas relacionadas.

—Reconozco con pesar que en cierto modo perdí los estribos, pero no me negarán ustedes que la existencia de un hombre como ése representa una desgracia para la civilización.

Ninguno de los dos hizo caso de este comentario, así que volvió por un tiempo a acunar su indignación, en el fondo de la cual, como un monstruo en la bruma, reptaba un extravagante sentimiento de rencor. Rehusó el plato que alguien le ofrecía.

—Esta costa —volvió a empezar— ha sido puesta bajo la exclusiva protección de Holanda en virtud del Tratado de 1820. El Tratado de 1820 estipula una serie de derechos y obligaciones especiales que...

Sus dos oyentes sentían la apremiante necesidad de no seguir escuchando una sola palabra. D'Alcacer, incómodo sobre un taburete de campaña, permanecía rígido, con la vista clavada en el tapón de cristal de un botellón. La señora Travers se volvió un tanto de costado y apoyó el codo sobre la mesa y la cabeza en la palma de la mano, como alguien que piensa en asuntos de la mayor importancia. El señor Travers hablaba, hablaba inflexiblemente, con una voz áspera y monocorde, como si leyera una proclama. Como si estuvieran en un estado de trance incompleto, los otros dos

tuvieron que notar la agresión que a sus oídos representaban los fragmentos de verborrea oficial.

—Un marco de entendimiento internacional... El deber de civilizar... fracasó en su cumplimiento... pacto... Industrias conserveras... —D'Alcacer prestó atención un instante—. Y no es que ese intento, aunque su misma insolencia casi lo convierta en algo incluso divertido, influya en mi opinión. No pienso admitir la posibilidad de que se obre con violencia de ninguna clase frente a personas de nuestra posición social, porque es precisamente el aspecto social de semejante incidente el que más deseo criticar.

Aquí D'Alcacer volvió a perderse en el recuerdo de la señora Travers e Immada tal como se estuvieron mirando: el principio y el fin, la flor y la hoja, la frase y el grito. La voz del señor Travers siguió perorando dogmática y obstinada durante un rato largo. Y llegó al final no sin cierta vehemencia.

—Y si ha de perecer la raza inferior, será una ganancia, un paso adelante en el perfeccionamiento de la sociedad, que ése y no otro es el objeto del progreso.

Calló. Se había apagado el centelleo del crepúsculo en el cristal y la plata, y en torno al yate parecían esperar la costa y los bajíos, los médanos y los arenales inamovibles, el advenimiento de las tinieblas. Había terminado la cena mucho antes, y los pacientes camareros estaban a la espera, estoicos ante el chaparrón de su verborrea, como centinelas bajo un aguacero.

La señora Travers se puso en pie con nerviosismo; fue a popa y se puso a contemplar la costa. A sus espaldas, el sol ya se había hundido, pero parecía empujar a través de la masa de las aguas el resplandor de un fuego inextinguible; a sus pies, a uno y otro costado del yate, el mar lustroso, como si reflejase el color de sus ojos, se había teñido de un sombrío matiz violeta.

D'Alcacer acudió a su lado sin hacer ruido, y pasaron un tiempo acodados uno junto al otro, en silencio.

—¡Cuánta quietud! —dijo él, y ella pareció percibir que el sosiego de la velada era más profundo y más significativo que antes.

—Es como un sueño —musitó sin darse cuenta casi. Siguió otro largo silencio; la tranquilidad del universo era de una amplitud tan augusta que los sonidos permanecían en los labios, como si los retuviera el miedo a una profanación. El cielo tenía la limpidez de un diamante, y bajo los últimos destellos del crepúsculo la noche extendía su velo sobre la tierra. Había algo precioso y apaciguante en la serena belleza que ponía fin al día a punto de expirar, en la vibración del día, resplandeciente, y ahora moribundo en una paz infinita, sin la menor agitación, sin un temblor siquiera, sin un solo suspiro: en la certidumbre de su resurrección.

De súbito, la sombra se adensó con agilidad, asomaron las estrellas en tropel y esparcieron una llovizna de pálidas centellas sobre la negrura del agua, mientras la costa se alargaba sin levantarse apenas de la superficie, un cinto tenebroso sin un solo brillo. Por encima, las perchas y aparejos de sosobre del bergantín descollaban altos y

apenas discernibles.

Fue la señora Travers quien habló primero.

—¡Qué quietud tan antinatural! Es como un desierto tierra y agua, sin un alma viviente.

—Al menos hay un hombre que habita en ese desierto —dijo D'Alcacer con ligereza—, y si hemos de creerle también hay otros hombres cargados de intenciones perversas.

—¿Cree usted que es cierto? —preguntó la señora Travers.

Antes de responder, D'Alcacer trató de ver su expresión, pero la oscuridad ya era demasiado profunda para eso.

—¿Cómo vamos a discernir una verdad oscura en noche tan oscura como ésta? —dijo evasivamente—. Sin embargo, es fácil creer en el mal, tanto aquí como en cualquier otra parte.

Ella pareció perderse un rato en sus pensamientos.

—¿Y qué me dice de ese hombre? —preguntó luego.

Al cabo de un tiempo, D'Alcacer comenzó a hablar despacio.

—Tosco, insólito, decididamente inusual incluso en los de su clase. En modo alguno es lo que Don Martin cree que es. Por lo demás... para mí es un misterio. A fin de cuentas, es compatriota de usted.

Ella pareció harta sorprendida por ese juicio.

—Sí —asintió lentamente—. Pero no sé si sabe... ¿Cómo lo diría? La verdad, ni siquiera puedo imaginármelo. No tiene nada en común con la parte de la humanidad que yo conozco. Ni siquiera sabría por dónde empezar. ¿Cómo vive un hombre semejante a éste? ¿Qué pensamientos tiene? ¿Cuáles son sus actos, cuáles sus afectos, sus...?

—Sus convenciones —sugirió D'Alcacer—. Eso lo abarcaría todo.

El señor Travers apareció de pronto tras ellos con un puro encendido entre los dientes. Lo tomó entre los dedos para reafirmar, con persistente acrimonia, que «ningún empeño de intimidación», «y menos por parte de ninguna sabandija», le impediría dar su paseo de costumbre. Al sur del yate, a menos de trescientos metros, se extendía un banco de arena de casi una milla de longitud, que relucía con una blancura plateada en la oscuridad, y en cuyo centro descollaba una masa de arbustos secos que se mecían con la más leve oscilación del pesado aire de la noche. El día después de encallar salieron «a estirar las piernas un poco», como lo definió el oficial de derrota, y todas las veladas desde entonces, como si se tratase de ejercer un privilegio o de cumplir con un deber, los tres paseaban durante una hora de un extremo a otro del bancal, perdidos en la inmensidad del crepúsculo, recorriendo la orilla del agua por ese cinto de arena húmeda, llana, elástica al tacto como la carne de un ser vivo, ligeramente sudorosa bajo la presión de sus pies.

En esta ocasión, sólo D'Alcacer siguió al señor Travers. La señora Travers los oyó subir al bote más pequeño de la goleta, y el vigía nocturno, armado con un par de

remos, los arrimó al punto más cercano del arenal. Luego volvió el hombre. Subió por la escalerilla y ella le oyó que se dirigía a otro hombre de cubierta:

—Orden de regresar dentro de una hora.

Sus pasos murieron camino de la proa, y un sosiego somnoliento, sin respiración apenas, se apoderó de la goleta encallada.

6

Al cabo de un tiempo, ese silencio absoluto que prácticamente pudo sentir apretándose contra ella por todos los costados indujo en la señora Travers un estado de alucinación. Se vio a sí misma de pie, a solas, al final de los tiempos, al borde mismo de los días. Todo permanecía inmóvil, como si jamás fuera a llegar el alba, como si las estrellas nunca fueran a desvanecerse y el sol ya no volviera a salir nunca más; todo estaba enmudecido, quieto, inerte, como si la sombra de las tinieblas más lejanas, la sombra de la noche ininterrumpida, de la noche eterna que llena el universo, la sombra de una noche tan profunda y tan vasta que el resplandor de los soles perdidos en ella no son más que centellas, como ígneas cabezas de alfiler, la sombra incansable que cual sospecha de una verdad perversa todo lo oscurece a su paso sobre la tierra, la hubiera envuelto y se hubiera detenido como si fuese a permanecer perennemente a su lado.

Y existía una irrevocabilidad tal en esa ilusión, tal concordancia con el curso de sus pensamientos, que cuando murmuró en las tinieblas «así sea» fue como si hubiera pronunciado una de esas frases que resumen y cierran una vida.

De joven con frecuencia se vio reprendida por sus ideas románticas, pero también tenía sueños en los que la sinceridad de una gran pasión se le aparecía como el cumplimiento ideal y la verdad única de la vida. Una vez ingresó en el mundo adulto, descubrió que ese ideal era inalcanzable, pues el mundo es demasiado prudente para ser sincero. Luego tuvo la esperanza de hallar la verdad de la vida en una ambición que interpretaba en tanto dedicación de por vida a un ideal altruista. El nombre del señor Travers andaba en boca de los hombres; parecía capaz del entusiasmo y de la dedicación devota; impresionó su imaginación mediante su talante impenetrable. Se casaron; ella lo encontró dedicado con entusiasmo al cuidado exclusivo de su propia carrera profesional y se quedó sin la menor esperanza.

Que su marido se mostrase tan desconcertado por el curioso malentendido que había tenido lugar, y también permanentemente agraviado por la deslealtad de ella hacia sus respetables ideales, en el fondo fue algo natural. Sin embargo, él estaba plenamente satisfecho con su belleza, su brillantez, sus muy útiles relaciones sociales. Ella era objeto de admiración e incluso de envidia; estaba rodeada de esplendor y de adulación; los días pasaban deprisa, brillantes y uniformes, sin el menor atisbo de una

pasión sincera, sin una sola emoción auténtica, ni siquiera la de una gran pena. Así, ágiles y furtivos, los días la habían llevado adelante, sin cesar, hasta llegar a esa velada, a esa costa, a ese mar, a ese instante del tiempo y a ese punto de la faz de la tierra en los que sentía de modo infalible que la sombra móvil de la noche inquebrantable se había detenido en su curso para permanecer por siempre junto a ella.

—¡Así sea! —murmuró resignada y desafiante a la muda y lisa oscuridad que pendía ante sus ojos en un negro cortinaje carente del menor repliegue, y como si fuese una respuesta a ese susurro un farol ascendió al penol del bergantín. Vio subir la luz balanceándose un trecho, y de pronto quedó inmóvil en el aire, traspasando la densidad de la noche entre los dos navíos mediante una llamarada que firme y fuerte parecía, de lejos, iluminarla tan sólo a ella.

Sus pensamientos, como una polilla fascinada, acudieron aleteando hacia esa luz, ese hombre, esa muchacha que había conocido la guerra, el peligro, y que había visto la muerte tan de cerca, y que tan evidentemente se había granjeado la dedicación de ese hombre. Los sucesos de la tarde habían sido extraños de por sí, pero lo que más impresionó su sentido artístico fue el vigor con que se presentaron. Se perfilaban por sí solos ante su memoria, y lo hacían con la claridad y la sencillez de alguna leyenda inmortal. Estaban envueltos en el misterio, pero ella estaba absolutamente segura de que eran verdad por completo. Encarnaban sentimientos de ingenuidad e inocencia, a la par que imperiosos, tales como los que sin ningún género de dudas habían prevalecido sobre la humanidad toda en la sencillez de su propia juventud. Envidió por un momento la suerte de esa humilde y oscura hermana. Entre esa muchacha y la verdad de sus sensaciones no se interponía nada. Podía ser valerosa con toda sinceridad, igual que tierna, y apasionada, e incluso... feroz. ¿Por qué no había de ser feroz? Conocía la verdad del terror, y la del afecto, y las conocía de un modo absoluto, sin ataduras ni cortapisas artificiales, sin el dolor de la contención impuesta por las convenciones.

Pensando en cómo podía ser una vida así, la señora Travers se sintió invadida por esa inexplicable exaltación que tan a menudo da a los seres más intelectuales la propia conciencia de sus aptitudes físicas. Brillaba en ella la súbita persuasión de que ella también podía estar a la altura de semejante existencia; su corazón se dilató gracias al momentáneo anhelo de conocer la verdad desnuda de las cosas, la verdad desnuda de la vida y la pasión que para ella permanecía enterrada bajo el crecimiento de los siglos.

Brillaba y, de repente, se estremeció al volver en sí como si acabara de precipitarse desde una estrella. Oyó un ruido de agua agitada, y vio una masa informe deslizarse a oscuras en el vacío que trató de escrutar. Bajo sus pies oyó una voz:

—He descubierto su silueta... en el cielo.

En sus labios expiró un grito de sorpresa, y sólo pudo seguir escrutando las tinieblas. Lingard, a solas en el bote del bergantín, con otro golpe de remo se acercó

prácticamente hasta debajo de la bovedilla de la goleta, metió dentro los remos y se irguió en la tilla. Su cabeza y sus hombros se perfilaron, y dio la impresión de estar en pie sobre las aguas del mar. Involuntariamente, la señora Travers hizo ademán de retirarse.

—Deténgase —dijo él con ansiedad—, y no hable en voz alta. Es preciso que nadie se entere. ¿Dónde se han creído que están los suyos? ¿Amarrados a un muelle, allá en puerto seguro? Y usted...

—Mi marido no está a bordo —le interrumpió ella con apremio.

—Lo sé.

Se inclinó un poco más por la borda.

—Entonces es que nos tiene vigilados. ¿Por qué?

—Pues porque alguien tiene que vigilar. Los suyos siguen empeñados en dar al mal tiempo buena cara, ¿no? Sí, así es. Desde que oscureció, uno de mis botes ha estado escondido a popa, de ronda por donde más profundidad tenemos. Me prometí que nunca volvería a verles a ninguno de ustedes, que nunca hablaría con ninguno, que sería sordo, ciego, mudo. ¡Y aquí estoy!

La alarma y la desconfianza de la señora Travers fueron sustituidas por una inmensa curiosidad, ardiente y sin embargo apacible, como si se hallase ante la obra inevitable del destino. Miró abajo, adonde estaba Lingard. No se había cubierto la cabeza, y con una mano sobre el costado del barco parecía sumido en profundos pensamientos.

—Será porque aún tiene algo más que contarnos —insinuó la señora Travers con amabilidad.

—Sí —dijo él en voz baja y sin moverse.

—¿Quiere subir a bordo y esperarle? —preguntó.

—¿Quién? ¿Yo? —Alzó la cabeza tan de improviso que ella se asustó—. Yo no tengo nada que decirle, y jamás pondré los pies a bordo de este navío. Ya me han dicho que me largue, y eso es más que suficiente.

—Está acostumbrado a que se le trate con deferencia —dijo ella tras una pausa—, y usted...

—¿Quién es él? —preguntó Lingard con toda sencillez.

Esas tres palabras a ella le parecieron dispersar todo su pasado en el aire como si fuera humo. Desprovieron a toda la multitud del género humano de todo vestigio de importancia. Se asombró al descubrir que esa noche, en ese lugar, no hallaría respuesta adecuada a la indagadora ingenuidad de esa pregunta.

—Yo no pedí gran cosa —empezó Lingard de nuevo—. ¿O sí? Sólo pedí que todos ustedes se alojasen a bordo de mi bergantín por espacio de cinco días. Eso es todo. ¿O acaso tengo pinta de mentiroso? Hay cosas que a él no podría contarle. No podría explicarlas, no podría, y menos a él, ni a nadie, a ningún hombre en el mundo.

Bajó la voz.

—Ni siquiera a mí mismo —terminó como en un sueño.

—Hasta el momento, nadie nos ha molestado desde que estamos aquí —empezó a decir la señora Travers un poco insegura—, y por eso resulta tan difícil creer que ahora estamos en peligro. Durante todos estos días no hemos visto a nadie, con la salvedad de esas dos personas que vinieron en su busca. Si usted no explica...

—Por supuesto. De nadie se espera que pueda ver a través de una muralla —la interrumpió Lingard—. Esta costa es como una muralla, sólo que yo sé bien qué hay al otro lado... De todas las cosas que pueden flotar, ¡mire que encontrar aquí una goleta...! Cuando puse la vista en este navío, me imaginé incluso que no llevaba siquiera una hora lejos de puerto. Nada, salvo el aire de sus jarcias, me hizo pensar en los viejos tiempos. Y, luego, las caras de la gente que encontré a bordo... Era como si los conociese a todos. Fue como encontrarme de vuelta a casa cuando menos podía esperarlo. Y detesté el haberlos visto a todos ustedes.

—Si estamos expuestos a algún peligro —dijo ella tras una pausa, durante la cual trató de penetrar en el apasionado secreto que subyacía en las palabras de ese hombre—, eso no tendría por qué afectarle a usted. El otro esquife ha puesto proa al Estrecho y sin duda recabará ayuda eficaz muy pronto.

—¡Afectarme! ¿Va a venir a popa esepreciado vigía que tienen a bordo? No quiero que nadie se entere de que he venido otra vez a suplicar, aun cuando sea a usted. ¿Va a venir a popa? ¡Escúcheme! Yo he detenido a su otro esquife.

Su cabeza y sus hombros desaparecieron como si se hubiera agachado y lo hubiera engullido otra capa más densa de la oscuridad que flotaba sobre el agua. El vigía, que tan sólo tenía la intención de estirarse en una de las tumbonas de cubierta, nada más ver a la esposa del propietario se dirigió hacia la lámpara que colgaba del candelero del toldo, y tras enredar con ella unos instantes se desplazó a proa con paso indolente.

—¿Cómo se atreve? —susurró la señora Travers con intensidad. De inmediato emergió la cabeza de Lingard bajo ella, con la cara vuelta hacia arriba.

—O me atrevía, o renunciaba. De todos modos, la ayuda que pudiera haber recabado en el Estrecho habría llegado demasiado tarde si no tuviera yo el poder de mantenerlos a salvo; de haber tenido yo ese poder, por mis propios medios y sin ayuda de nadie me habría ocupado de que salieran ustedes de este trance. Sólo esperaba encontrarme a un hombre razonable con el cual hablar, pero tendría que haber supuesto que no sería así. Vienen ustedes de demasiado lejos para entender todas estas cosas. En fin, tuve que atreverme. He enviado en pos de su otro esquife a un individuo que, conmigo de respaldo, estaría dispuesto a impedir cualquier maniobra incluso por parte del gobernador del Estrecho. Y a fe que lo hará. Tal vez ya lo haya hecho. No tienen ustedes nada que esperar, pero aquí me tienen. Dijo usted que estaba convencida de que yo obraba con buenas intenciones...

—Así es —murmuró ella.

—Por eso pensé que debía decírselo todo a usted. Y tenía que empezar por este asunto del esquife. ¿Qué pensará ahora de mí? Los he apartado del resto del planeta.

Podrían desaparecer ustedes como una piedra en el agua. Han salido ustedes de un puerto extranjero con rumbo a otro. ¿Quién va a tomarse la molestia de averiguar qué fue de ustedes? ¿Quién se iba a enterar? ¿Quién podría suponerlo? Tendrían que pasar varios meses antes de que alguien se pusiera en marcha.

—Entiendo —dijo ella con rotundidad—. Estamos desamparados.

—Y solos —añadió él.

Luego de una pausa, ella habló con una voz resuelta, sin refrenarse:

—¿Qué significa esto? ¿Un saqueo, un cautiverio?

—Habría significado la muerte de todos ustedes, de no estar yo aquí —respondió.

—Pero usted sí tiene el poder de...

—A ver, ¿por qué cree usted que todavía están vivos? —exclamó—. Jörgenson no ha dejado de discutir con ellos allá en tierra —siguió diciendo, más tranquilo, con un gesto del brazo mediante el cual indicó la zona en la que más tenebrosa parecía la noche—. ¿Cree usted que los habría retenido si ellos no esperasen mi llegada de un día a otro? Sin la fuerza de mi puño, poco o nada habrían sido sus palabras.

Ella oyó un golpe apagado contra el costado del yate y, ocultas en la misma negrura que envolvía la despreocupación de la tierra y el mar, la furia y el dolor de los corazones; sonrió por encima de su cabeza, fascinada por la sencillez de las imágenes y las expresiones.

Lingard hizo un brusco movimiento, pues el bote se había balanceado y estaba moviéndose bajo sus pies. Ella habló despacio, medio ausente, como si sus pensamientos se hubieran perdido en la vaguedad de sus propias sensaciones.

—¿Y ese... ese Jörgenson, dijo usted? ¿Quién es?

—Un hombre —respondió—. Un hombre como yo.

—¿Como usted?

—Igual que yo —dijo él con extraña renuencia, como si reconociera una dolorosa verdad—. Puede que con más sensatez, pero con menos suerte, y eso que desde que apareció aquí su barco empiezo a pensar que mi suerte tampoco es como para tirar cohetes.

—¿Tan fatal es nuestra presencia en estos parajes?

—Puede suponer la muerte para algunos. Para mí, podría ser peor que la muerte. Y todo lo demás en cierto modo depende de usted. ¡Piénselo! Nunca volveré a tener otra ocasión tan buena, pero eso no es nada. Un hombre que me salvó la vida una vez, un hombre al que le he dado mi palabra, pensaría que lo he abandonado. ¡Pero eso no es nada! ¡Escúcheme! Tan cierto como que estoy de pie en mi bote, hablando con usted, es que la muchacha moriría de pena. Estoy casi convencido.

—Usted la ama —dijo ella con dulzura.

—Como si fuera mi hija —exclamó él en voz baja.

—¡Oh! —dijo débilmente la señora Travers, y por un momento se hizo el silencio.

—Veamos —comenzó él otra vez—. Cuando no era más que un muchacho y

faenaba en un simple arrastrero dedicado a la pesca, y cuando miraba a la gente como ustedes, los que viajaban en yate por los puertos del Canal de la Mancha, me resultaban ustedes tan extraños como extraños son los malayos de aquí para ustedes. Me marché de mi hogar hace dieciséis años y desde entonces me he abierto camino, luchando, por toda la tierra. He tenido tiempo de olvidar por dónde empecé. ¿Qué podrían ser ustedes para mí, frente a lo que son esos dos? Si tuviera que morir aquí mismo, ¿le importaría algo a ustedes? No, a nadie le importaría allá en su país. No le importaría a nadie en el mundo entero, a nadie, salvo a esos dos.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó ella, y aguardó inclinándose sobre la borda.

Él pareció pararse a reflexionar, y alzó la cabeza para hablar con un punto de amabilidad.

—¿Comprende usted el peligro en que se encuentran? ¿No tiene miedo?

—Comprendo la expresión que usted ha empleado, por supuesto. ¿Comprender el peligro? —siguió diciendo—. No, decididamente no. Y... honestamente, no tengo miedo.

—¿De veras? —dijo él en tono algo decepcionado—. Tal vez es porque no me cree. Yo en cambio le creí cuando dijo usted que yo sin duda obraba con buenas intenciones. He confiado en usted lo suficiente para venir aquí y pedirle ayuda a usted, diciéndole cosas que nadie sabe.

—Me confunde usted —dijo con impulsiva honestidad—. Esto es tan extraordinario, tan insólito y tan repentino, tan ajeno a mi experiencia, que...

—Sí, así es —murmuró él—. ¿Qué puede saber usted, nada menos que usted, del peligro y de los problemas? Claro que tal vez si lo piensa despacio...

—¿Pretende usted que me pare a pensar hasta que me sienta aterrorizada? —La señora Travers rió con ligereza, y en lo más tenebroso del pensamiento que él había expresado ese centelleo de ruido alborozado resultó incongruente, casi terrible. Al momento siguiente la noche pareció tan brillante como el día, tan cálida como el sol. Cuando cesó su risa, el regreso de las tinieblas le causó tanto dolor como si le hubiera golpeado de lleno en el pecho—. No creo que pudiera —apostilló con toda seriedad.

—¿No podría? —Él vaciló, perplejo—. Bastante mal están las cosas como para que eso no le diera ninguna vergüenza. Le voy a decir algo más —añadió rápidamente—, y no soy yo un hombre tímido: tal vez no pueda hacer mucho por ustedes si ustedes no me ayudan.

—¿Quiere usted que finja que estoy alarmada? —preguntó ella sobre la marcha.

—Eso es, que lo finja... Seguro que puede. ¿Es mucho pedir de una persona como usted, de alguien que tal vez nunca haya tenido que pasar por cierta una cosa que no lo es, nunca en toda su vida? ¿Lo es?

—Lo es —dijo ella al cabo de un rato.

La inesperada amargura con que habló sorprendió a Lingard con gran consternación.

—No se ofenda —le pidió él encarecidamente—. Tengo que planear una forma de

salir de este embrollo. No es ningún juego. ¿No podría usted fingirlo?

—Tal vez, pero me costaría un gran esfuerzo. De todos modos, ¿con qué finalidad?

—Deben trasladarse todos ustedes a bordo del bergantín —comenzó a decir Lingard, hablando deprisa—, y así es posible que salgamos de este aprieto sin tener que llegar a las manos. Veamos: si dijera usted que ése es su deseo, y que se siente insegura en el yate... ¿No se da cuenta?

—Sí, me doy perfecta cuenta —dijo ella con aire pensativo.

—El bergantín es pequeño, pero el camarote y la cámara están en perfectas condiciones para acoger a una dama como usted —siguió diciendo Lingard con animación.

—Claro. ¿No se ha alojado ya una princesa? —comentó ella con frialdad.

—Y yo no pienso entrometerme.

—Eso es todo un aliciente...

—Nadie osará entrometerse. Ni siquiera tendrá que verme.

—Eso es casi definitivo, sólo que...

—Conozco bien de qué le hablo.

—Tenga en cuenta que tal vez no baste con mi influencia —terminó ella.

—Eso no lo puedo creer —dijo él con rudeza—. Aquí lo que pasa, hablando en plata, es que usted no confía en mí porque piensa que sólo las personas de su condición dicen siempre la verdad.

—Evidentemente —murmuró ella.

—Piensa usted que aquí tiene a un tipo que está metido hasta el cuello en cosas de piratas, de ladrones, de negros...

—Por supuesto.

—Un hombre como jamás ha visto hasta ahora —siguió Lingard precipitadamente—. Un rufián.

Se calló. Estaba confuso. Al cabo de un rato, la oyó hablar con mucha calma:

—Es usted igual que el resto de los hombres: se encoleriza cuando ve que no puede salirse con la suya.

—¡Que yo me encolerizo! —exclamó él con voz inexpresiva—. Usted no me entiende. También estoy pensando en usted... Y me cuesta mucho...

—No es que no me fíe de usted: es que no me fío de mi poder. Ha causado usted una desafortunada impresión en el señor Travers.

—¡Una desafortunada impresión! Él me ha tratado como si yo no fuera más que un haragán y un robaperas. Pero eso es lo de menos. Él es su esposo. El miedo, en aquellos que a uno más le importan, es algo difícil de sobrellevar para cualquier hombre. Y así, él...

—¡Qué maquiavélico!

—¿Eh? ¿Qué ha dicho?

—Sólo me preguntaba dónde habrá observado usted una cosa semejante. ¿En el

mar?

—¿Que dónde he observado el qué? —dijo él medio ausente. Y siguió a la carga—. Una palabra suya debería ser más que suficiente.

—¿De veras lo piensa?

—Estoy seguro. Si es que incluso yo...

—Por supuesto —interrumpió ella—. Pero... ¿no cree usted que tras despedirnos en términos tan... tan enemigos, habrá ciertas dificultades para reanudar las relaciones?

—Un hombre como yo haría cualquier cosa a cambio de dinero. ¿No se da cuenta?

—¿Y no le importaría —preguntó ella tras una pausa— que se empleara tal argumento?

—¡Mientras tenga usted bien claro que no es verdad...!

Le vibró la voz. Ella se apartó de la borda un tanto trastornada, como si él, de forma inesperada, la hubiera tocado.

—¿Qué es lo que puede estar en juego? —empezó a decir ella con extrañeza.

—Un reino —dijo Lingard.

La señora Travers se volvió a inclinar sobre la borda, mirándolo fijamente, y las caras de los dos, una encima de la otra, se acercaron mucho.

—No será para usted —susurró ella.

Él notó que le rozaba su aliento en la frente y permaneció quieto unos instantes, perfectamente inmóvil, como si no tuviera la menor intención de moverse o de añadir nada más.

—Esas cosas —empezó de pronto— a uno le salen al paso cuando menos lo espera, y han pasado antes de que uno tenga tiempo de averiguar qué conviene hacer. Cuando viajé a aquella ensenada de Nueva Guinea no tenía ni la menor idea de lo que me estaba esperando, ni tampoco pude imaginar por qué derroteros me llevaría aquella incursión. Podría contarle un relato. ¡Usted lo entendería! ¡Sí, usted!

Balbuceó, vaciló, y de pronto se puso a hablar, liberando las visiones acumuladas a lo largo de dos años, soltándolas en la noche de modo que la señora Travers pudiera seguir las como si estuvieran escritas con palabras de fuego.

7

Su relato fue tan pasmoso como el descubrimiento de un mundo nuevo. Ella se vio arrastrada a lo largo del lindero de una apasionante existencia, al fondo de la cual miró a través del cándido entusiasmo del narrador. La calidad heroica de los sentimientos desvelados ocultó lo que tan desproporcionado y absurdo era en esa gratitud, en esa amistad, en esa inexplicable dedicación. La precipitada fiereza de su

propósito dotó a sus oscuros designios de conquista de las proporciones de una magna empresa. Saltaba a la vista que ninguna visión de un mundo sojuzgado podría haber sido más inspiradora, ni siquiera para el aventurero más famoso de la historia.

De vez en cuando se calló para preguntar con toda confianza, como si estuviera hablando con un viejo amigo: «¿Y qué habría hecho usted?». Acto seguido, continuaba su relato sin esperar aprobación.

A ella le asombró que hubiera tan gran pasión en todo aquello, la belleza de una facultad de afecto tal vez impostada, pero que se había encontrado a sí misma; le asombró su inmediata necesidad de un objeto y del modo de su expansión; le asombró, en fin, una ternura expresada con violencia, una ternura que sólo se podía satisfacer respaldando a los seres humanos y resguardándolos contra su propio destino. Tal vez fuese su odio a toda convención, que de hecho constreñía la franqueza de sus propios impulsos, lo que la predisponía a estar más alerta y a percibir todo lo que es intrínsecamente grandioso y profundo dentro de las formas que adquiere la locura de los hombres, tan simples y tan infinitas, según la región de la tierra en que estemos y según el momento temporal de que se trate.

Qué más daba que el narrador tan sólo fuese un marinero errante y algo pirata, y que el reino fuese el de la jungla, y los hombres los de las florestas, y las vidas relatadas sumamente oscuras. La sencillez del alma que se revelaba a sus oídos estaba poseída por la grandeza de una idea, y en modo alguno había un ápice de sordidez en sus flamantes impulsos. Tan pronto entendió ella este punto, el relato apeló vivamente a la audacia de sus pensamientos, y se sintió tan encandilada por lo que oía que llegó a olvidar en dónde se encontraba. Se olvidó de que estaba en persona muy cerca del relato que veía como algo ajeno, desapegado, muy lejano de sí misma, verdad de la ficción presentada con un estilo pintoresco, real solamente en aras de la respuesta que manifestaba su emoción.

Lingard hizo una pausa. Al detenerse su murmullo apasionado, ella comenzó a reflexionar. Y al principio no fue más que una opresiva noción de que allí, en el meollo del relato que le iba haciendo ese hombre, radicaba un sentido que de veras importaba, o que a ella de hecho le importaba. Por vez primera pasó por su mente la sombra del peligro y la muerte. ¿Qué sentido era ése que aún se le escapaba? De improviso, en un destello de preciso discernimiento, se vio desamparadamente implicada en ese relato, tal como se ve alguien implicado en un cataclismo de la naturaleza.

Él había vuelto a tomar la palabra. No había estado en silencio siquiera un minuto. A la señora Travers le pareció que habían pasado varios años en un abrir y cerrar de ojos, pues el efecto de sus palabras varió radicalmente. Tenía el ánimo agitado, como si el hecho de que él hubiese acudido a hablar con ella y a confiar en ella hubiera sido una desmesurada ocurrencia. Era una verdad inequívoca de su propia existencia; también eso era parte del relato. Y ésa era la idea que la trastornaba. Le oyó pronunciar varios nombres: Belarab, Daman, Tengga, Ningrat.

Pasaron a formar parte de su vida, y se vio abrumada al descubrir que era incapaz de relacionar esos nombres con ninguna presencia humana. Descollaban por sí solos, como si estuvieran escritos en la noche misma. Adquirían una forma simbólica, se imponían a sus sentidos. Como si los meditase, susurraba: «Belarab, Daman, Ningrat», y esos bárbaros sonidos parecían poseer una energía excepcional, un fatal aspecto, el sabor de la locura.

—No hay uno solo de todos ellos que no tenga una pesada cuenta que saldar con los blancos. ¿Y qué se me da a mí en eso? De un modo u otro tenía que recabar el concurso de hombres dispuestos a luchar. Arriesgué mi vida para contar con el apoyo de todos ellos. Les tuve que hacer promesas que he de cumplir; si no... ¿Entiende ahora por qué me atreví a detener el esquife enviado por ustedes? Estoy metido en esto tan a fondo que poco me puede importar ningún *Sir John*. Cuando pienso en todo lo que me queda por hacer, poco o nada me importa lo que ocurra. Yo les di a ustedes una oportunidad, una muy buena oportunidad. Tenía que hacerlo. ¡No! Supongo que no tenía yo suficiente aspecto de caballero respetable. ¡Sí, sí! Eso es. Sin embargo, sé bien qué es un caballero. He vivido con ellos durante años. He sido compañero de todos ellos, uña y carne con muchos, sí, en las minas de oro y en otros lugares en los que un hombre por fuerza ha de mostrar de qué pasta está hecho. Algunos incluso me escriben desde sus hogares, y me escriben por ser tal como usted me ve, porque yo... ¡da lo mismo! Y sé muy bien qué es lo que haría un caballero. ¡Vamos! ¿No trataría un caballero con toda justicia a un desconocido? ¿No tendría en cuenta que ningún hombre miente, al menos mientras no se demuestre lo contrario? ¿No cumpliría con su palabra, si es que la ha dado con su honor? Pues bien: todo eso es lo que yo pienso hacer. Mientras yo siga vivo, nadie le tocará a usted un solo cabello.

La señora Travers había recobrado en gran medida su compostura, pero al oír esas palabras sintió esa temblequeante sensación de total inseguridad que se tiene al percibir el primer estremecimiento de un terremoto inminente. Permaneció en silencio. Él pensó que ella no le creía.

—¡Vamos! ¿Qué demonios piensa que me ha hecho venir aquí para... para hablar de este modo con usted? Debo decir que Hassim, mejor dicho, Rajá Tulla, esta misma tarde me preguntó: «¿Qué es lo que piensas hacer con esa gente, con tu gente?». Creo que sigue convencido de que yo les he traído hasta aquí por alguna razón que se le oculta. Es imposible saber qué perversas ideas se les pueden meter en sus cabezotas. Pero le aseguro que basta para que uno se ponga a maldecir. —Y maldijo—. ¡Mi gente, hay que ver! ¿Son ustedes mi gente? ¿Y hasta qué punto? Dígame, ¿hasta qué punto? No es usted más mía de lo que yo puedo ser suyo. ¿Hay alguno de ustedes, los personajes de buena posición en su país, de la alta burguesía, capaz de afrontar la ruina más negra con tal de salvar a la tripulación de un barco pesquero que a punto está de ahogarse?

A despecho de la sensación de inseguridad que persistía tenue y dudosa en su ánimo, ella no lograba concitar ante sí una imagen de la muerte. Se sentía

intensamente viva. Se sentía viva en medio de un arrebol de fuerza, con una impresión de novedad tal como si la vida misma hubiera sido un don recibido en ese mismo instante. El peligro oculto en la noche no daba muestra alguna de despertar en ella ningún terror, al tiempo que las obras de un alma humana, simple y violenta, quedaban expuestas al desnudo ante ella, y revestían el encanto perturbador de una experiencia inaudita. Estaba escuchando a un hombre que no ocultaba nada.

—Y, sin embargo, ha venido usted... —dijo en tono casi interrogativo.

—Sí —respondió—, he venido a usted, y sólo por usted.

La marea que corría con fuerza sobre los arenales, en la orilla, emitía un placentero ruido de goteo sobre el timón de la goleta.

—No consentiré en salvarme yo sola.

—En tal caso, es usted quien debe traerlos a mi bergantín —dijo él con tono sombrío—. Allí está. Dispone usted... Dispone usted de mis hombres, de mis armas. Y sabe usted qué debe hacer.

—Lo intentaré —dijo.

—Muy bien. Lo sentiré mucho por los pobres diablos de este navío si fracasa usted en el empeño. Pero sé positivamente que no fracasará. Observe esa luz que hay en el bergantín. La he hecho colocar adrede. Los problemas pueden estar incluso más cerca de lo que suponemos. Dos de mis botes han salido de ronda, y si las noticias que me traen no son buenas haré que bajen esa luz. Piense bien en lo que eso significa. Y recuerde que le he dicho lo que no he dicho a nadie. Piense también en mis sentimientos. Se lo he dicho porque... porque tenía que hacerlo.

Dio un empujón contra el costado de la goleta y se alejó de su mirada. El ruido de una ola mansa se apagó enseguida.

Ella se alejó de la borda. La lámpara y las claraboyas brillaban tenuemente a lo largo de la oscura extensión de la cubierta. Esa noche era como la última, como todas las noches que hubo anteriormente.

«¿Será posible todo lo que ha llegado a mis oídos? —se preguntó—. No, no. Pero es cierto».

Se sentó en una de las tumbonas de cubierta y descubrió que tan sólo acertaba a recordar. Se puso en pie de un salto. Tuvo la certeza de que alguien avisaba al barco desde lejos. ¿Era de hecho un aviso? Aguzó el oído, pero como no oyó nada claro se sintió molesta consigo misma por haberse dejado inquietar por una voz.

«Dijo que confiaba en mí. ¿Qué peligro será éste? ¿Y qué es el peligro?», meditó.

Oyó pasos que se acercaban desde proa. La silueta del vigía se movía vagamente cerca de la pasarela. Silbaba muy bajo, y enseguida desapareció. Los sonidos huecos que le llegaban desde el bote dejaron paso al salpicotazo de los remos. Se tragó la noche esos leves sonidos. La señora Travers de nuevo tomó asiento y se encontró mucho más tranquila.

Tenía la facultad de saber devanar sus propios pensamientos. Y no le faltaba el valor preciso para hacerlo. No podía dar un solo paso, ni pensar siquiera en actuar,

hasta que regresara su marido. Las advertencias de Lingard no eran lo que más le habían impresionado. Ese hombre le había expuesto lo más profundo de sí mismo, desprovisto de todo subterfugio. A la vista habían quedado sus deseos, sus perplejidades, sus afectos y dudas, su violencia, su fantasía o su insania; la existencia que de todo ello estaba compuesta era algo al margen de la ley, pero en modo alguno vil. El ánimo de la señora Travers era demasiado elevado para que ella lo contemplase desde cualquier punto de vista que no fuera estrictamente humano. Si él se había confiado a ella (y qué extraño: ¿por qué lo hizo?), ella aceptaba esa confianza con justicia escrupulosa. Y cuando cayó en la cuenta de que de todos los hombres del mundo entero ése era de modo incuestionable el que ella conocía mejor, experimentó un momento de maravilla seguido por una impresión de profunda tristeza: le pareció desafortunado que eso tan sólo fuera asunto suyo.

Sus pensamientos quedaron en suspenso mientras escuchaba atentamente cualquier señal que indicara el regreso del bote. Se encontraba consternada ante la tarea que le esperaba. Ni un solo ruido rompía la quietud del momento, y se sintió como si estuviera perdida en un espacio vacío. De pronto, en el entrepuente, alguien soltó un bostezo inmenso y añadió «¡Ay, ay, ay!». «¿Todavía no han vuelto?», preguntó una voz. Le respondió un rezongo a modo de negativa.

La señora Travers descubrió que Lingard era conmovedor porque era posible comprenderlo. Qué simple era la vida, reflexionó. Y fue franca consigo misma. Lo tenía por una persona ajena a toda organización social. Descubrió que él no tenía un lugar en cosa semejante. ¡Qué deleite! Tenía ante sí a un ser humano, y la verdad desnuda de las cosas no estaba tan lejos de ella, a pesar del crecimiento de los siglos. Se le ocurrió entonces que ese hombre, mediante su acción, la había despojado por completo de su posición, de su riqueza, de su categoría social, de su pasado. «Estoy desamparada. ¿Qué me queda ahora?», se preguntó. ¡Nada! Cualquiera podría haberle indicado: «Le queda su presencia». Ella era demasiado artificial, sin embargo, para pensar en su propia belleza, y eso que el poder de la personalidad es parte de la verdad desnuda de las cosas.

Miró por encima del hombro y vio el farol en el penol del bergantín, que ardía con una llama recta y calma en el polvo de estrellas suspendido sobre la costa. Oyó el golpetazo, como si un bote hubiera tropezado de proa contra la escalerilla. ¡Habían vuelto! Se puso en pie, presa de una extremada agitación. ¿Qué diría? ¿Cuánto? ¿Por dónde empezar? ¿Y por qué iba a decir algo? Sería absurdo, como hablar en serio sobre un sueño. ¡No podría atreverse! En un solo instante se vio empujada a un estado de ánimo rayano en la locura o el desconsuelo. Oyó que alguien subía corriendo por la pasarela. Con la idea de ganar tiempo, se dirigió deprisa a popa, hacia la tapa de regala. El farol del bergantín la miraba sin un parpadeo, enorme entre los soles esparcidos en la inmensidad de la noche.

Fijó la mirada en él. «No le diré nada —pensó—. Es imposible. ¡No! Se lo voy a decir todo». Contaba con oír la voz de su marido en cualquier momento, y el

suspense se le hizo intolerable porque sintió que en ese instante debía decidirse. En cubierta, alguien farfullaba con voz de gran excitación. Se fió con devoción a la esperanza de que D'Alcacer hablase antes, y de que así aplazara el momento fatídico.

—¿Qué pasa? —rugió una voz áspera. En medio de su inquietud, reconoció la voz de Carter. Se había fijado antes en ese joven que estaba hecho de una pasta muy distinta del resto de la tripulación. Llegó a la conclusión de que podría relatar el asunto medio en broma, o... ¿por qué no fingirse amedrentada? En ese momento, el farol del penol del bergantín tembló con toda claridad y ella se quedó atónita, como si hubiera sido testigo de una conmoción en el firmamento. Con los labios abiertos, a punto de gritar, lo vio descender en línea recta varios metros, titilar y apagarse. Toda la perplejidad desapareció de su ánimo. Esa primera señal de peligro la colmó de una nueva emoción. Había que hacer algo, y había que hacerlo cuanto antes. Por alguna recóndita razón, sintió vergüenza de sus titubeos.

Avanzó de prisa hacia proa; bajo la lámpara, se encontró cara a cara con Carter, que acudía a popa. Los dos quedaron quietos, mirándose, con el rostro iluminado. A los dos les asombró la expresión del otro. Y abrieron los cuatro ojos como platos.

—¿Ha visto usted? —preguntó ella, a punto de echarse a temblar.

—¿Cómo lo sabe? —dijo él a la vez, obviamente sorprendido.

Ella vio de repente que todos estaban en cubierta.

—Se ha apagado el farol —balbuceó ella.

—Hemos perdido a los caballeros —dijo Carter. Se dio cuenta de que ella parecía no entender—. Los han secuestrado en el arenal —continuó mirándola fijamente, por ver cómo se lo tomaba. Ella parecía tranquila—. ¡Los han secuestrado como a dos corderillos! Ni un chillido —explotó con indignación—. Claro que el arenal es largo, tal vez estuvieran en la otra punta. ¿Estaba usted en cubierta, señora? —preguntó.

—Sí —respondió—. En esa silla.

—Todos estábamos abajo. Tenía que descansar un poco. Al subir, vi al vigía dormido. Él jura que no, pero lo sé muy bien. Nadie ha oído nada, a no ser usted. ¿Estaba usted dormida? —preguntó con deferencia.

—Sí... No... Seguramente —dijo con voz apenas audible.

8

El alma de Lingard se exaltó a raíz de su conversación con la señora Travers, de la tensión causada por la incertidumbre y la extrema fatiga. Al regresar a bordo preguntó por Hassim, y le dijeron que el rajá y su hermana se habían marchado en su canoa, aunque prometieron regresar antes de la medianoche. Los botes que había ordenado largar para explorar las isletas tanto al norte como al sur del fondeo todavía no estaban de vuelta. Entró en su camarote y se tumbó de inmediato en el catre,

cerrando los ojos a la vez que pensaba: «Tengo que dormir. De lo contrario, voy a enloquecer».

Por momentos sentía una inquebrantable confianza en la señora Travers, y entonces recordaba bien su rostro. Al momento siguiente, el rostro se desvanecía; se empeñaba en aferrarse un poco más a la imagen, retenerla en la memoria; fracasaba y quedaba convencido, sin la menor sombra de la duda, de que estaba absolutamente perdido, irremediablemente, a menos que permitiera que todas aquellas personas fuesen borradas de la faz de la tierra.

«Todos oyeron cómo me ordenó ese individuo que saliera de su barco —pensó, y por un instante, o dos a lo sumo, contempló sin encogerse la escabrosa imagen de una masacre—. Y, sin embargo, tuve que decirle que a ella nadie le tocaría un solo cabello. ¡Ni un solo cabello!».

Irrracionalmente, al recordar esas palabras fue como si no existiera en el mundo la menor complicación. Sin embargo, de cuando en cuando pasaba por negros instantes en los que, de pura fatiga, no pensaba en nada; durante uno de esos momentos se quedó dormido y perdió la conciencia de cuanto le rodeaba tan súbitamente como si hubiera sido derribado de un golpe en la cabeza.

Cuando se irguió, sentándose casi antes de estar propiamente despierto, su primera y alarmada convicción fue la de haber dormido toda la noche entera. Había una luz en el camarote contiguo y por la puerta abierta del suyo vio con toda nitidez a la señora Travers, que en ese momento desapareció de su vista por el espacio iluminado.

«¡Así que a fin de cuentas han venido a bordo! —pensó—. ¿Cómo es que nadie me ha dicho nada?».

De un salto se plantó en el otro camarote. ¡Nadie! Al mirar el reloj cercano a la claraboya le molestó comprobar que estaba parado, y así fue hasta que el oído notó el tenue compás del mecanismo. ¡Estaba en marcha! En tal caso, no podía haber dormido más de diez minutos. ¡No llevaba a bordo más de veinte!

Así que había sido una ilusión: en realidad, no había visto a nadie. Sin embargo, recordaba el giro de la cabeza, la línea del cuello, el color del cabello, el movimiento de la silueta pasajera. Desanimado, volvió a la cámara y murmuró: «Esta noche ya no dormiré más». Y salió de inmediato, con unas cuantas hojas de papel en la mano, llenas de una caligrafía alta y picuda.

Era la carta de Jörgenson, escrita tres días antes y confiada a Hassim. Lingard ya la había leído dos veces, pero subió un poco la llama de la lámpara y se sentó a leerla de nuevo. Sobre el rojo escudo, encima de su cabeza, el manajo sobredorado de los relámpagos caía veloz entre las iniciales y parecía apuntar directamente a la base de su cuello mientras permanecía sentado, con los codos sobre la mesa, repasando aquellas hojas medio arrugadas.

La carta empezaba así:

«Esta noche saldrán Hassim e Immada en tu busca. Vienes con retraso, y cada día que pasa las cosas se ponen peor.

»Hace diez días que tres hombres de Belarab, que salieron a recoger huevos de tortuga por las isletas, regresaron a lodo correr para avisar de que un barco había encallado en los fangales de más afuera. Belarab prohibió de inmediato que ninguna embarcación saliera de la laguna. Hasta ahí, todo bien. Hubo una gran conmoción en la aldea. A mi juicio, debe de ser una goleta, seguro que algún mercader, un inepto sin dos dedos de frente siquiera. De todos modos, quedarás enterado de todo lo que importa a la goleta cuando leas la presente. Dirás que podría haberme hecho a la mar para juzgar con mis propios ojos. Ahora bien, aparte de las órdenes contrarias de Belarab, que he querido cumplir a rajatabla aunque sólo sea para dar ejemplo, todo lo que vales tú en este mundo, Tom, todo está aquí en el *Emma*, bajo mis pies, y no estoy dispuesto a abandonar mi cometido siquiera sea por unas horas. Hassim asistió al consejo que se reúne todas las noches en la choza que hay fuera de la empalizada de Belarab. Ese santón al que llaman Ningrat está a favor de saquear ese navío. Hassim se lo reprochó diciendo que el navío seguramente llegó enviado por ti, pues no se sabe de ningún hombre blanco que se haya internado jamás por los Bajíos. Belarab se puso de parte de Hassim. Ningrat montó en cólera y reprochó a Belarab por tenerlo a él, a Ningrat, corto de opio. Comenzó llamándolo “¡oh, hijo!”, y acabó vociferando “¡oh, eres peor que un infiel!”. Se armó un buen jaleo. Los seguidores de Tengga estaban preparados para intervenir; ya sabes cómo están las cosas entre Tengga y Belarab. Tengga siempre quiso derrocar a Belarab, y lo tenía todo de su parte, cada vez más, siempre y cuando actuase antes de que regresaras tú para armar con mosquetes al cuerpo de guardia de Belarab. Fuera como fuese, Tengga puso coto a la trifulca y esa vez nadie salió herido. Al día siguiente, viernes, Ningrat, luego de recitar las oraciones en la mezquita, habló con el pueblo reunido en el exterior. Baló e hizo cabriolas como una cabra vieja, y profetizó infortunios y ruina y exterminio si se consentía que esos blancos lograran largarse con la suya. Está loco de remate, pero aquí lo tienen por un santo, y en sus tiempos mozos pasó muchos años combatiendo contra los holandeses. Seis hombres de la guardia de Belarab atravesaron la aldea con los mosquetes en ristre, el percutor listo para disparar, y así se disipó la muchedumbre. A Ningrat lo disuadieron los hombres de Tengga, así que se llegó a la empalizada del jefezuelo. De no haber sido por el temor a que aparecieras tú en cualquier momento, esa misma noche se habría desatado una lucha encarnizada. Me parece una lástima que no sea Tengga el jefe de esta tierra, en vez de Belarab. Un hombre valeroso y previsor, por traicionero que sea su corazón, siempre es digno de confianza, o lo es hasta cierto punto. A Belarab nunca habrá nadie que pueda sacarle nada en claro. ¡Paz, paz! Ya sabes cuál es su manía. Y esa manía le lleva a cometer no pocas estupideces. Tanto insistir en eso

de la paz lo llevará un buen día a un mal encuentro. Al final, puede que le cueste la vida. De todos modos, Tengga no se siente todavía con la fuerza suficiente para pasar a la acción tan sólo con sus partidarios, y Belarab ha desarmado, siguiendo mi consejo, a todos los lugareños. Sus hombres recorrieron la aldea casa por casa y se llevaron por la fuerza todas las armas de fuego y las lanzas de que pudieron apoderarse. Las mujeres chillaron ante ese abuso, pero no hubo resistencia. Se vio en un claro del bosque a algunos hombres con sus armas. Toma nota, porque esto quiere decir que hay en la aldea otro poder sin contar el de Belarab. Es el poder creciente de Tengga.

»Una mañana, hace ya cuatro días, fui a ver a Tengga. Lo encontré a la orilla, desbastando un tablón con un hacha pequeña mientras un esclavo sostenía un parasol sobre su cabeza. Ahora mismo se entretiene construyendo una embarcación. Arrojó el hacha para saludarme y me condujo de la mano hasta un lugar en sombra. Me dijo con toda franqueza que había ordenado a dos buenos nadadores que salieran a observar el navío encallado. Los dos hombres bajaron la ría en canoa y, ya en el mar, nadaron de un arenal a otro hasta acercarse sin ser vistos, diría yo, a menos de cincuenta metros de esa goleta. ¿Qué podrá ser ese navío? No logro imaginármelo. Los hombres informaron de que vieron tres jefes a bordo. Uno con un ojo centelleante, otro flaco y vestido de blanco, el tercero sin un solo pelo en la cara y vestido de otro modo. ¿Podría tratarse de una mujer? No sé qué pensar. Ojalá estuvieras aquí. Tras no poca cháchara, Tengga dijo así: “Hace seis años era yo el que gobernaba en un país hasta que me echaron los holandeses. Era un país pequeño, pero para esos perros no hay nada pequeño si se pueden adueñar de ello. Fingieron dejarlo en manos de mi sobrino, ¡así arda en el infierno! Tuve que huir, pues de lo contrario me habrían matado. Aquí no soy nada, pero recuerdo. Esos blancos de allá delante no pueden escapar, y son muy pocos. Tal vez haya un botín. Se lo daría de buena gana a mis hombres, que me siguieron en la calamidad: yo soy su jefe, y mi padre fue el jefe de sus padres”. Le hice ver que se trataba de una imprudencia. “Los muertos —repuso—no nos muestran el camino”. Y le contesté que los ignorantes tampoco nos dan información. Tengga estuvo en silencio un rato antes de añadir: “No debemos tocarlos, ya que su piel es como la tuya y matarlos no sería correcto; en cambio, basta que a vosotros los blancos se os ocurra para que nosotros vayamos a luchar contra gente que tiene nuestra misma piel y nuestra misma fe. Y eso sí está bien. Le he prometido a Tuan Lingard veinte hombres y un prao para guerrear allá en Wajo. Los hombres son fuertes, y fíjate en el prao: es ágil y resistente”. Debo decirte, Tom, que ese prao es el mejor de su clase que he visto nunca. Le dije que tú le pagaste bien por su ayuda. “Y también pagaría yo —va y me dice— si me permites disponer de unas cuantas armas y de un poco de pólvora para mis hombres. Los dos compartiremos el botín de ese barco que está encallado, y Tuan Lingard nunca sabrá nada. No es más que un jueguito. Tú tienes abundantes

armas y pólvora a tu cuidado”. Se refería al *Emma*, claro. Sobre ese punto le hablé con toda claridad, y parece que nos entendimos mejor, hasta que al final me dio a entender que como tiene unos cuarenta secuaces de su parte y yo sólo tengo a nueve hombres de Hassim para defender el *Emma*, muy fácilmente podría venir por mí y quedarse con todo lo que le diera la gana. “Y entonces —añade—, sería yo tan fuerte que todos estarían de mi parte, como es natural”. En el transcurso de la conversación descubrí que entre muchos existe la idea de que tú has caído en desgracia de alguna manera que no aciertan a comprender, y que ya no aparecerás nunca por aquí. Con esto me di cuenta de que la situación era delicada, y me apresuré en regresar al *Emma*, pero no sin fingir que me importaba un comino: sonreí y agradecí a Tengga que me hubiera avisado de sus intenciones para conmigo y el *Emma*. Con esto, a punto estuvo de atragantarse con el trozo de betel que mascaba. Me traspasó con sus ojillos y musitó: “Hasta un lagarto da tiempo a la mosca para que rece sus oraciones”. Le di la espalda y me sentí agradecido cuando estuve fuera del alcance de una lanza. Desde entonces no he salido ni un momento del *Emma*».

9

La carta proseguía detallando y ampliando las intrigas de Tengga, la indecisa conducta de Belarab y el estado de la opinión pública en el poblado. Captaba cada racha de opinión, cada suceso, con una honradez que delataba su fe en la importancia de adecuar la crónica de una crisis a la historia de un imperio. No cabía duda de que la sombra de Jörgenson había vuelto a la vida de los hombres. El viejo aventurero contemplaba con perfecta capacidad de comprensión el valor de las banalidades, y empleaba sus ojos al servicio de ese otro hombre cuya conciencia tendría que afrontar la ardua tarea de desenmarañar la madeja. Lingard vivió esos días pasados en el Asentamiento tal como habían transcurrido en verdad, y dio gracias a Jörgenson; sin embargo, como no vivió de día en día, sino de frase en frase, sobre el papel escrito, sintió un efecto de desconcertante rapidez en la sucesión de los acontecimientos, y eso le hizo gruñir sorprendido más de una vez. «¿Qué? ¿Cómo?», decía enojado para sus adentros, y entonces volvía varios renglones atrás, o bien releía incluso una página entera. Hacia el final de la carta se le formó una honda arruga de perplejidad en la frente, y siguió leyendo con nerviosismo:

«... y ya empezaba a pensar que podría mantener las cosas en calma hasta tu llegada, o hasta que esos desdichados blancos pusieran a flote su goleta, cuando

llegó Sheriff Daman por el norte exactamente el día en que se le esperaba, con dos praos de Illanun. Tiene el aspecto de un árabe. Y me resultó evidente que con toda tranquilidad podría llevarse de calle a los dos pangerans de Illanun con sólo mover el dedo meñique. Subieron por la ría con las banderolas y las cintas al viento, con gran estrépito de tambores y de gongs, y entraron en la laguna con las cubiertas repletas de hombres armados, que blandían sus espadas con ambas manos y vociferaban gritos de guerra. Es una espléndida fuerza a tu servicio, sólo que Belarab, que es un perverso diablo, no quiso recibir de inmediato a Sheriff Daman. Por eso, Daman fue a ver a Tengga, que le entretuvo durante un largo rato. Cuando dejó a Tengga, vino a bordo del *Emma* y me di cuenta, a las claras, de que algo se estaba cociendo.

»Arrancó pidiéndome la munición y las armas que han de recibir de ti, diciendo que estaba impaciente por desplegar las velas y emprender cuanto antes viaje a Wajo, pues estaba acordado que te precediera en unos cuantos días. Le contesté que eso era muy cierto, pero que ni siquiera se me pasaría por la cabeza entregarle las armas y los mosquetes hasta que tú llegaras. Comenzó a hablar de ti e insinuó que tú tal vez nunca llegaras. “Y no importa —me dice—, que aquí están Rajá Hassim e Immada, y que por ellos hemos de luchar aun cuando no quedara un solo hombre blanco en el mundo entero. Pero para eso es preciso tener con qué luchar”. Hizo entonces como si se olvidara de mí por completo y se puso a conversar con Hassim mientras yo lo escuchaba sentado. Comenzó a jactarse de lo bien que le iba en la costa de Brunei. Ningún prao de Illanun ha surcado esos mares desde hace años.

»Immada quiso que le entregase las armas que él me pedía. La muchacha está fuera de sí, por miedo a que suceda algo que pueda aplazar o incluso desbaratar la expedición a Wajo. Está decidida a recuperar su patria a toda costa. Hassim se muestra muy reservado. Daman no sacó nada en claro de mí, y esa misma noche ordenó Belarab que los praos abandonasen la laguna. No confía en los illanuns, y no seré yo quien le culpe por ello. Sheriff Daman se fue como un corderillo. No tiene pólvora para cargar sus cañones. Cuando el prao pasó por delante del *Emma*, me dio un grito para que me enterase de que va a esperar tu llegada en la embocadura de la ría. Tengga le ha prestado un hombre que le mostrará dónde fondear y cómo es la región. A mí todo esto me empieza a parecer muy raro.

»Así pues, es preciso que estés ojo avizor. Los praos rondan entre las isletas. Daman visita a Tengga. Tengga recurre a mí, como buen amigo, e intenta persuadirme para que entregue a Daman las armas y la pólvora que tan ansioso está por obtener. De un modo u otro tratan de saltarse a Belarab con un rodeo, aunque éste vino a verme ayer noche y me insinuó que lo mejor sería darles lo que piden. Está deseoso de que los illanuns se marchen de los alrededores. Cree que si saquean la goleta se largarán de inmediato. Eso es todo lo que desea en estos momentos. Immada ha ido a ver a las mujeres de Belarab, y pasó dos noches

dentro de la empalizada. La más joven de las esposas de Belarab —se casaron hace sólo seis semanas— está a favor de Tengga, pues piensa que Belarab sacaría tajada del botín, y se le ha metido en la cabeza, a la muy tonta, que en esa goleta hay joyas y piezas de seda. Entre los quebraderos de cabeza que le ha dado Tengga por un lado y, por otro, sus mujeres en su propia casa, Belarab ha debido pasarlo tan bien que llegó a la conclusión de que se marcharía a rezar ante la tumba de su padre. Durante los dos últimos días ha estado acampado en ese lugar malsano. Cuando regrese, no me cabe duda de que habrá contraído las fiebres y no servirá para nada. Tengga enciende hogueras que humean con bastante frecuencia. Debe de ser una señal para Daman. Yo salgo con los hombres de Hassim y apago esos fuegos. Cada vez que lo hago me arriesgo a que se arme una buena, pues los hombres de Tengga nos miran con muy mala cara. No sé cuál podrá ser su siguiente jugada. Hassim sigue siendo fiel e inflexible como el acero. Immada está muy descontenta. Ellos te han de contar muchos detalles que no tengo tiempo de ponerte por escrito».

La última página aleteó sobre la mesa y escapó a los dedos de Lingard. Permaneció sentado unos instantes, con la mirada fija, y luego subió al puente.

—¿No han vuelto aún nuestros botes? —preguntó a Shaw, al cual vio merodeando por el alcázar de popa.

—No, señor. Ojalá hubieran vuelto. Estoy esperando a que regresen —respondió el primero de a bordo, a pesar de todo agraviado.

—Pues entonces que bajen ese farol —gritó Lingard de repente y en malayo.

—Este trabajo no es adecuado para hombres decentes —musitó Shaw para sí, y dio un paso para apoyarse en la borda al tiempo que contemplaba el mar un tanto cariacontecido—. Diríase que algo pasa a bordo de esa goleta —añadió al cabo de un rato—. Se ven muchas luces moverse por el puente. ¿Cree usted que hay algo que no va bien, señor?

—No, ya sé lo que es —dijo Lingard casi alborozado. ¡Es ella quien lo ha hecho!, pensó.

Volvió al camarote, guardó la carta de Jörgenson y abrió el cajón de la mesa. Estaba lleno de cartuchos. Sacó un mosquete del estante, lo cargó, y luego sacó otro y otro más. Martilleó los tacos con fiero júbilo. Las varillas soltaban tintineos al saltar. Se le antojó que estaba haciendo su parte en un trabajo dentro del cual la mujer había cumplido su papel a pedir de boca. ¡Es ella quien lo ha hecho!, se repitió mentalmente. «Llegará a sentarse en la cámara. Dormirá en mi litera. Bueno, no me avergüenzo del bergantín. ¡No, ni mucho menos! Me mantendré apartado; ni siquiera me acercaré a ellos, tal como prometí. Y ahora ya no hay más que decir. Ya se lo he dicho todo. No queda nada más que añadir».

Sintió que algo le pesaba en el pecho ardiente, en todas sus extremidades, como si la sangre de sus venas se hubiera vuelto de plomo fundido.

—Sacaré de ahí ese yate de recreo. En tres, cuatro días. No, una semana a lo sumo.

Comprendió que no podría hacerlo en una semana tan sólo. Se le ocurrió que debía vigilarlo hasta verlo a flote. No, no se iba a entrometer, pero era el patrón y propietario del bergantín a fin de cuentas. No pretendía ni de lejos malhumorarse y pasear cabizbajo como un perro apaleado por la cubierta de su barco.

«Harán falta diez días al menos antes de tener lista la goleta. Le voy a sacar de las entrañas hasta la última esquirla de lastre. La voy a desnudar; le voy a desencajar los mástiles menores. Me pienso cerciorar de que salga, ya lo creo. Luego, otra semana hasta dejarla en óptimas condiciones, y adiós muy buenas. Ojalá no me los hubiera encontrado nunca. Adiós y hasta nunca. El único lugar que les corresponde es su casa, su país. A mí, no. En cualquier otra costa no me habría hecho caso, pero ¡ay!, es una mujer, una mujer de los pies a la cabeza. Le daré la mano. Sí, le tomaré de la mano justo antes de que se marche. ¿Por qué demonios no iba a hacerlo? Al fin y al cabo, aquí soy yo el que manda, en este bergantín tan bueno como el que más, qué digo, mejor que cualquier otro, por todos los cielos, mejor que cualquier otro navío que pueda surcar el mar».

Oyó a Shaw caminar con agilidad por encima de su cabeza y dar una voz.

—¿Qué es eso? ¿Un bote?

Respondió una voz incomprensible.

«Está de vuelta uno de mis botes —pensó Lingard—. Tal vez con noticias sobre Daman. Lo mismo me da que se suba por las paredes. Ojalá lo hiciera. Pronto le demostraré a ella que sé pelear tan bien como sé pilotar el bergantín. Dos praos. Solamente dos praos. Poco me importaría que fueran veinte. Los voy a barrer del mar. Los voy a echar fuera del agua de un soplido. Haré que el bergantín les pase por encima. “A ver —le diré a ella—. Usted, la que no tiene miedo, ¡vea cómo se hacen las cosas!”».

Se sintió muy liviano. Tuvo la sensación de ascender en un remolino hacia lo alto, en medio de un rugido y tan impávido como una pluma en garras de un huracán. Tuvo un hondo estremecimiento. Bajó los brazos pegados a los costados y se plantó ante la mesa, con la mirada fija, como un hombre abrumado por alguna información secreta y fatal.

Al dirigirse al combés a recibir el que pensaba que era uno de los botes del bergantín, Shaw tropezó con Carter, que se dirigía presuroso a popa.

—¡Hola! ¿Usted otra vez? —dijo al punto, cerrándole el paso.

—Vengo de la goleta —empezó a decir Carter no sin impaciencia.

—¿Y de dónde iba a venir usted, si no? —replicó Shaw—. ¿Y qué es lo que quiere ahora?

—Quiero ver a su capitán.

—Bueno, pues no será posible —estatuyó Shaw con muy mal genio—. Se ha retirado a pasar la noche.

—Me está esperando —dijo Carter soltando un pisotón—. Debo decirle qué es lo que ha ocurrido.

—Pues no se me acalore, jovencito —dijo Shaw con aires de superioridad—, que ya está al corriente de todo.

Permanecieron de pie, en silencio, a oscuras. Carter parecía no saber qué hacer. Aunque sorprendido, Shaw disfrutó del efecto que había causado.

—Maldita sea —masculló Carter—. Ya me parecía a mí. Y supongo que usted también lo sabe, claro —añadió arrastrando las palabras.

—¿A usted qué le parece? ¿Que yo soy un monigote, o qué? Por algo seré el primer oficial de este bergantín, ¿no cree?

—Por algo será —concedió Carter con un punto de amargura—. Pero hay gente que se dedica a las cosas más extrañas con tal de ganarse la vida, y no quiero meterme donde no me llaman, pero yo me lo pensaría dos veces antes de asumir su cargo.

—¿Cómo? ¿Qué está usted in-si-nu-an-do? ¿Mi cargo? No podría usted desempeñarlo; no me llega usted ni a la altura de los talones, friegacubiertas, impostor, encima con botones de latón.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Ha vuelto alguno de nuestros botes? —preguntó Lingard desde popa—. Que venga a verme de inmediato el marino al mando.

—Solamente ha llegado un mensaje del yate de recreo —comenzó a decir Shaw con parsimonia.

—¡Del yate! ¡A ver, que traigan para acá las lámparas del combés! A ver si bajan la escalerilla. ¡Eche una mano, *serang!* ¡Señor Shaw! Encienda el hachón por popa. ¡Que sean dos! Iluminen a los botes de la goleta, que están prontos a arribar. ¡Dispensero! ¿Dónde está ese dispensero? Que lo saquen a rastras si es preciso.

Alrededor de Carter se oyeron pasos de pies descalzos. Las sombras oscilaron ágiles.

—¿Vienen esos hachones, sí o no? ¿Dónde está el cabo de guardia? —gritó Lingard en inglés y en malayo—. ¡Por aquí, venga! Colóquenlos en unas varillas de señales, ¿o es que no saben hacerlo? Y sujétenlos por encima del costado, así. Siga a mi lado con los cabos de los botes a la espera. ¡Señor Shaw! ¡Necesitamos más luz!

—Ahora, ahora mismo, señor —exclamó Shaw, pero no se movió, igual que si estuviera pasmado por la vehemencia de su comandante.

—Eso es lo que más necesitamos —murmuró Carter entre dientes—. ¡Impostor! ¿Y qué se cree que es usted? —dijo a media voz a Shaw.

El rojizo resplandor de los hachones desveló a Lingard de la cabeza a los pies, erguido en el tajamar de popa. Llevaba la cabeza sin cubrir, y el rostro, crudamente iluminado, tenía una expresión fiera y cambiante a la luz oscilante de las llamas.

«Me pregunto a qué estarán jugando —se dijo Carter, impresionado por el aspecto poderoso y salvaje de esa figura—. Yo diría que ha cambiado desde la primera vez que lo vi, —reflexionó».

Le llamó la atención que ese cambio fuera tan serio y no exactamente a peor, aunque a pesar de todo... Lingard le sonrió desde popa.

Carter subió los peldaños y, sin pausa previa, le informó de lo ocurrido.

—La señora Travers me dijo que acudiera a usted de inmediato. Está muy molesta, como puede comprender. Y muy sobresaltada, diría yo —añadió mirando a Lingard a la cara. Lingard tensó el entrecejo—. La marinería también tiene miedo —siguió diciendo Carter—. Se imaginan que los salvajes, o lo que sean quienes se llevaron al dueño, van a subir a bordo del yate en cualquier momento. Yo no estoy tan seguro, pero...

—Muy cierto... Es improbable —murmuró Lingard.

—Ya, yo diría incluso que usted está al corriente de todo esto —continuó Carter con frialdad—, pero los hombres están asustados, eso no hay quien lo niegue. No seré yo quien les eche la culpa. Ni siquiera hay a bordo cuchillos de cocina suficientes para todos. ¡Y una vieja escopeta de señales! Penoso espectáculo incluso para hombres mejores que éstos.

—Supongo que no habrá ningún error en todo este asunto, ¿verdad? —preguntó Lingard.

—Bueno, a no ser que los caballeros hayan querido gastarnos una broma y se hayan puesto a jugar al escondite... El hombre dice que aguardó diez minutos en el lugar convenido, y que luego remó despacio por la orilla del arenal, atento, a la espera de verlos regresar caminando. Descubrió el tronco de un árbol al parecer encallado en la arena y mientras pasaba de largo dice que un hombre saltó de detrás del árbol, le arrojó un palo y salió corriendo. Ganó aguas más profundas de inmediato y se puso a gritar: «¿Está usted ahí, señor?». No le respondió nadie. Oyó el murmullo de los arbustos y algunos ruidos extraños, como si alguien hablara en susurros. Estaba todo muy oscuro. Luego de llamar varias veces, y de esperar con los remos en las manos, se asustó y decidió volver al yate. Eso está bien claro. La única duda que me queda es si siguen vivos o no. No se lo comenté a la señora Travers. Ésa es una cosa que más vale guardar para uno, claro está.

—Yo no creo que hayan muerto —dijo Lingard muy despacio, como si estuviera pensando en otra cosa.

—¡Ah! Pues si usted lo dice, todo va bien —dijo Carter con parsimonia.

—¿Cómo dice? —preguntó Lingard con voz ausente—. ¿Que le arrojaron un palo? ¡Le arrojaron una lanza más bien!

—Eso es —reconoció Carter—, pero yo no he dicho nada. Solamente me pregunté si al dueño le habrían arrojado alguna cosa parecida, nada más. Pero supongo que usted sabe más de sus asuntos, capitán.

Mesándose la barba, Lingard reflexionó en profundidad, erguido, pero con la cabeza inclinada, al resplandor de los hachones.

—¿No pensará usted que esto tiene algo que ver conmigo, verdad? —preguntó de modo cortante, sin alzar los ojos.

Carter lo observó con una mirada cándida y curiosa.

—Verá usted, capitán. La señora Travers me comentó algo sobre lo acaecido al esquite de nuestro primer oficial. Lo ha interceptado usted, ¿no es cierto? Sabe Dios cómo se habrá enterado ella. También debo decir que lamentó haberse ido de la lengua, pero para mí no fue una novedad, o no tanto al menos como ella pensaba. A veces también sé averiguar cuánto suman dos y dos. Y los cohetes de ayer noche, ¿eh? Ojalá me hubiera mordido la lengua antes de hablarle a usted de nuestro primer esquite. Pero me pilló usted desprevenido. ¿No lo estaba? A usted se lo pregunto: ¿no lo estaba? Por eso, cuando ella me lo preguntó, le conté lo que había ocurrido entre usted y yo a bordo de este bergantín, y todavía no hace ni veinticuatro horas de eso. Ahora, de súbito, todo tiene un aire bien distinto. Un aire suficiente para que una mujer se atemorice, se lo aseguro, pero también debo decirle que es el mejor hombre que tenemos a bordo. Los demás están yo diría que alocados, por no decir muertos de miedo, porque está todo bastante oscuro y ha ocurrido algo a lo que no están acostumbrados ni por asomo. Pero le aseguro que ella tiene algo en mente. Y no sé qué puede ser. —Hizo una pausa y meneó ligeramente los hombros—. Aunque tampoco consigo saber qué se trae usted entre manos —añadió.

—Y ése es su problema, ¿no? —dijo Lingard muy despacio.

—Así es, capitán. ¿Lo tiene todo bien claro? Intercepta los esquifes, secuestra a los caballeros. En cierto modo, supongo que tiene su gracia. Lo que pasa es que para usted soy un jovencito, pero ¿lo tiene todo bien claro? El viejo Robinson no era muy quisquilloso, ¿sabe usted?, y eso que él...

—Más claro que la luz del día —exclamó Lingard acaloradamente—. No puedo renunciar a...

Se contuvo. Carter aguardó. Los que portaban los hachones permanecían rígidos, apartando los rostros de las llamas, y en el juego de luces así creado, el pie del mástil ascendía como una columna altiva y se perdía en la honda oscuridad. Un montón de cordajes ascendían también sesgados hacia el negro vacío y se perdían a la vista, aunque mucho más arriba la garrucha de una verga resplandecía en blanco y el remate de un penol se veía suspenso en el aire como si tuviera una luz propia. El cielo se había nublado sobre el bergantín y no soplaba una sola brizna de aire.

—¡Renunciar! —repitió Carter a la vez que movía los pies con gesto intranquilo.

—A nadie —terminó Lingard—. No puedo. Está claro como la luz del día. No puedo, no. ¡A nada!

Se quedó mirando a lo lejos y, después de observarlo, Carter se sintió conmovido por su intuición juvenil, de modo que murmuró:

—Mal asunto —y lo dijo en un tono que casi a su pesar recordó el alumbrar de una todavía brumosa compasión.

Tenía una indudable sensación de confusión en su interior, y percibía en derredor el misterio. Nunca había experimentado nada semejante durante todo el tiempo que estuvo al servicio del viejo Robinson a bordo del *Ly-e-moon*. Y a pesar de todo había

visto algunos hechos extraños y había tomado parte en ellos, hechos que en su día no le resultaron nada claros. Eran secretos, pero hacían pensar en algo comprensible. Este asunto, en cambio, no era así. Revestía una sutileza que, de algún modo, le había afectado. Estaba intranquilo, como si un soplo de magia hubiera caído sobre los acontecimientos y los hombres implicados en ellos, dando a esta complicación acaecida en la travesía de un mero yate de recreo un significado imposible de percibir, pero que se notaba en las palabras, en los gestos, en los acontecimientos mismos, y que a todo le daba una extraña, oscura calidad de sobresalto.

No era él una de esas personas capaces de seguir el rastro de sus sensaciones; además, no tenía tiempo para tal cosa. Era preciso que respondiese a las preguntas de Lingard sobre las personas del yate. No, no podría decir que la señora Travers estuviera asustada. Diríase, más bien, que tenía algo en mente. ¡Ah, sí! Los marinos tenían canguelo. ¿Que si estaban dispuestos a luchar? Cualquiera es capaz de luchar si se le empuja a tal extremo, con canguelo o sin canguelo. Al menos, eso sabía él por propia experiencia. Como es natural, cualquiera prefiere contar con algo mejor que una barra de molinete si se trata de luchar. A pesar de todo...

En esa pausa, Carter pareció sopesar con perfecta compostura las posibilidades que tenían sus hombres, armados con unas cuantas barras de molinete.

—¿Por qué quiere que luchemos? —preguntó de repente.

Lingard lo miró abstraído.

—Yo no quiero que luchen —dijo—. No le pediría yo tal cosa.

—No hay quien diga qué es lo que hará usted, capitán —replicó Carter—. Todavía no han pasado ni veinticuatro horas desde que me dijo que deseaba pegarme un tiro.

—Yo sólo dije que le pegaría un tiro antes que consentir que fuera usted por ahí armando jaleo —explicó Lingard.

—No hay una noche como otra —murmuró Carter—, pero ¿cómo podría yo saberlo? Me da la sensación de que bastante jaleo está armando usted solo, y tan deprisa como le resulta posible.

—Bien. Suponiendo que así sea —dijo Lingard con un súbito cambio de tono que a Carter no le pareció nada halagüeño—, ¿lucharían sus hombres si tuvieran las armas adecuadas?

—¿Por qué? ¿Por usted, o por ellos? —preguntó Carter.

—Por la mujer —estalló Lingard—. Se olvida usted de que hay una mujer a bordo. A mí no me importa un comino lo que les pueda pasar a sus huesos.

Carter meditó sus palabras.

—Esta noche, no —dijo al fin—. Hay entre ellos dos o tres hombres buenos, pero el resto está desmadejado, sin ánimo para nada. Esta noche, no. Deles tiempo para fortalecerse un poco si es que quiere que luchen.

Expresaba los hechos y sus opiniones con una mezcla de lealtad y desconfianza. Su propio estado de ánimo le desconcertaba sobremanera. No era capaz de aclarar

nada, no sabía qué pensar, y sin embargo tenía un deseo impulsivo, un deseo inspirado, de ayudar a ese hombre. En ocasiones le parecía una necesidad; en otras, mera cuestión de política; entre un extremo y otro pensaba que se trataba de una rematada tontería, y eso tal vez tampoco tenía importancia alguna, porque sospechaba que él mismo estaba desamparado. Y pasaba por rachas de cólera. En esos momentos palpaba, en el bolsillo, la culata de una pistola cargada. Se había provisto del arma cuando, a instancias de la señora Travers, subió a bordo del bergantín.

—Si quiere enredar conmigo —le explicó a toda prisa—, le apuntaré con esto y aprovecharé la menor oportunidad para largarme.

Recordó qué alterada le pareció entonces la señora Travers. Por supuesto, una mujer como ésa... no tenía por costumbre oír palabras semejantes. Por tanto, de nada servía prestarle oídos si no era por cumplir con el dictado de los buenos modales. Una vez mordida, dos veces tímida. No tenía en mente la idea de dejarse secuestrar, él no, y menos aún de dejarse amedrentar o abusar.

—No puedo permitir que ese hombre me pesque a mí también. Le voy a hacer mucha falta, señora Travers —le había dicho—, y le prometo que no dispararé este cacharro a menos que me obligue.

Se mostró juvenilmente sabio en su resolución de no ceder a sus encarecimientos, aunque la extraordinaria agitación de la señora Travers sí le hizo tambalearse durante un momento. Cuando el bote ya iba camino del bergantín, recordó el grito que le dio ella:

—¡No debe usted hacer tal cosa! ¡No lo haga! ¡Usted no entiende...!

Su voz, tenue en las tinieblas, le conmovió. Recordaba un grito de auxilio.

—Adelante, muchachos; adelante —apremió a sus hombres.

Era sabio, resuelto, y también suficientemente joven para desear casi que se diera ese caso. Con acertada previsión, instruyó a los tripulantes del esquife que lo mantuvieran a popa del bergantín.

—Cuando me veáis caer sobre el bote de repente, poneos a remar como si os fuera la vida en ello.

Fuera como fuese, a la hora de la verdad no estaba tan ansioso por pegar un tiro, si bien siguió aferrado con gran determinación a la resolución que había tomado, no fuera que se le escapase y pereciera ahogada en un mar de dudas.

—¿No sería preferible que regrese al yate? —preguntó con amabilidad.

Al no obtener respuesta, siguió con parsimonia:

—La señora Travers me ordenó decirle que, al margen de cómo haya ocurrido esto, ella está dispuesta a confiar en usted. Supongo que estará esperando alguna respuesta por su parte.

—Dispuesta a confiar en mí —musitó Lingard. Se le iluminaron los ojos con fiereza.

Cada bamboleo de los hachones hacía que se balanceasen ligeramente, de un lado a otro, las imponentes sombras de cubierta, en donde aquí y allá y acullá se veía la

silueta de un hombre de pie, muy quieto, con la cara en penumbra y los ojos resplandecientes.

Con cautela, Carter introdujo la mano en el bolsillo del pecho.

—Bien, capitán —dijo. No pensaba dejarse avasallar: que la esposa del propietario depositara su confianza en quien más le complaciera.

—¿Acaso trae algún escrito para mí? —preguntó Lingard exultante, dando un paso hacia él.

Carter, alerta, retrocedió para mantener la distancia. Shaw los miraba desde un costado; le temblaban las mejillas rubicundas, los ojos redondos parecían salirse de las cuencas de tanto mirar, y tenía la boca abierta como si estuviera listo para atragantarse de tanta curiosidad, pasmo e indignación contenidos.

—¡No! Nada escrito —dijo Carter con firmeza, pero en voz baja.

Lingard adoptó el aire de haberse despertado al oír un grito. Sobre su frente parecía caer una sombra pesada y oscura desde la noche misma, una sombra que fue devuelta a la propia noche, y que entonces lo dejó tan sosegado, la mirada tan lúcida, el semblante tan compuesto que era difícil creer que el corazón de ese hombre hubiera experimentado en los últimos instantes la dura prueba de la humillación y el peligro. Sonrió con tristeza.

—Bien, joven —dijo con una suerte de resignación que traslucía buen humor—, ¿qué es lo que tiene ahí? ¿Un cuchillo o una pistola?

—Una pistola —dijo Carter—. ¿Le sorprende, capitán? —Lo dijo con vehemencia, porque cierta sensación de arrepentimiento empezaba a ganarle lentamente, irresistible, como la marea alta—. ¿Quién ha empezado con estos trucos? —Retiró la mano, se la mostró vacía y elevó su tono de voz—. Se trae usted entre manos algo que no logro averiguar. No... No me parece que se esté comportando con rectitud.

Los hachones, en lo alto, derramaban su luz sin mecerse, y en ese instante de profunda calma las sombras en la cubierta del bergantín quedaron tan quietas como los hombres.

—¿Eso le parece? —dijo Lingard pensativo.

Carter asintió. Lamentó el giro que había tomado la situación y también su impulso cada vez mayor de rendirse ante ese hombre.

—Sin embargo, la señora Travers confía en mí —siguió diciendo Lingard con un tono amable, pero triunfal, como si propusiera un argumento irrefutable.

—Eso es lo que dice —masculló Carter—. Ya se lo advertí. Es como una niña chica. En realidad, todos son tan inocentes como los niños chicos. Y usted lo sabe de sobra. También lo sé yo. He oído hablar de personajes muy parecidos a usted. Estaría usted dispuesto a arrojarnos por la borda si eso le viniera bien para sus propósitos. Eso es lo que pienso.

—Y eso es todo.

Carter asintió ligeramente y apartó la mirada. Se hizo el silencio. Lingard recorrió

el bergantín con la mirada. La parte iluminada del navío se le apareció brillante, y los detalles indecisos amurallaron y adoselaron la noche. Sintió una leve brisa en el rostro. El aire se movía, pero los Bajíos, silenciosos y perdidos en las tinieblas, no emitían la menor señal de vida.

Esta quietud oprimía a Lingard. El mundo de sus empresas y sus esperanzas parecía yerto, disuelto en la nada. Su deseo existía sin resguardo en la oscuridad que había engullido ese rincón del mar, ese tramo de la costa, esa certidumbre del éxito. Y allí, en medio de lo que era el dominio de su alma aventurera, había un joven perdido y dispuesto a pegarle un tiro sólo por sospechar alguna extravagante traición por su parte. ¡Dispuesto a dispararle, así es como llegó! Pues muy bien. Estaba demasiado fatigado para echarse a reír; tal vez, demasiado triste también. Por otra parte, el peligro del disparo, que se le antojaba muy real, pues los jóvenes son impulsivos, le irritaba. La noche y el lugar rezumaban contradicciones. Era imposible predecir quién, en esa guerra de guerrillas en la sombra, iba a ser el enemigo; imposible adivinar quiénes eran los aliados. Tan estrechos eran los contactos que brotaron de esa complicación acaecida en un simple viaje de recreo que le parecía tenerlos todos dentro del pecho.

«¡Dispararme! Desde luego que está a la altura de una cosa así, maldito sea. Y sin embargo, confiaría en él antes que en ningún otro de los presentes en ese maldito yate».

Tales eran sus pensamientos mientras observaba a Carter, que se estaba mordiendo el labio presa de la incomodidad, de la vejación del prolongado silencio. Cuando volvieron a hablar el uno con el otro lo hicieron con sobriedad, con cierto sentido de alivio, como si acabaran de salir a la fresca tras pasar largo tiempo encerrados en una sala excesivamente calurosa, y cuando Carter, debidamente despedido, volvió a su bote, prácticamente se había mostrado de acuerdo con la línea de acción que trazó Lingard para la tripulación del yate. Se mostró de acuerdo tal y como si participase de una confianza implícita. Ése fue uno más de los absurdos de la situación que hubo de aceptar y que jamás podría llegar a comprender.

—¿Le parece que hablo ahora con rectitud? —había preguntado Lingard.

—Me parece suficientemente recto —asintió Carter con aire de reserva—. De todos modos, estaré de su parte.

—La señora Travers confía en mí —comentó Lingard de nuevo.

—¡Por Dios Bendito! —gritó Carter, que de pronto cedió a alguna convicción latente—. Yo le advertí acerca de usted. Verá, capitán: es usted más un demonio que un hombre. ¿Cómo se las ha ingeniado?

—Porque me confié a ella —respondió Lingard.

—¿De veras? —exclamó asombrado Carter—. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Dónde...?

—Ya sabe usted demasiado —replicó Lingard con serenidad—. No perdamos tiempo. Iré tras usted.

Carter soltó un silbido por lo bajo.

—Pues ya son ustedes dos, dos a los que no entiendo —gritó al bajar de prisa.

Shaw aprovechó su oportunidad de aproximarse. Y empezó a hablar entre titubeos.

—Señor, permítame una palabra con usted —dijo el primero de a bordo antes de anunciar que era un hombre respetable. Se desahogó en voz altisonante, pero intranquila. Estaba casado, tenía hijos, aborrecía la ilegalidad. La luz jugueteaba sobre su figura obesa; había arrojado su amplio sombrero sobre cubierta, no tenía ningún miedo a decir la verdad. Su bigote gris sobresalía de forma agresiva, sus miradas eran recelosas; se oprimió las manos sobre el abdomen con gesto convulso, extendió los brazos cortos y gruesos, hizo hincapié en subrayar con toda claridad que había sido oficial en jefe de no pocos barcos con puerto en la metrópoli, que tenía un carácter intachable y que confiaba en estar «bastante a la altura de este trabajo». Era un hombre de paz, nada más y nada menos; estaba más que dispuesto a estirarse un poco cuando «hubiera alguna diferencia con los negracos, del tipo que sea», y no le hacía ningún asco si había que remangarse, pero aquellos eran hombres blancos, caballeros, incluso una dama, por no hablar de la tripulación. Jamás había interpelado a un superior en términos semejantes, y hablaba por pura prudencia, por convicción, porque ése era su punto de vista, sus principios, con una superioridad consciente y un estallido de resentimiento contenido a lo largo de los años contra todos los capitanes que le habían amargado la existencia. Nunca había gozado de una mínima oportunidad para poner de manifiesto que él no se dejaba manipular así como así. Por fin tenía a uno de ellos en un puño, y pensaba hacerlo bailar, tanto si quería como si no. Puso además mucho valor en el empeño, pues creía haber caído sin darse cuenta en las garras de un hombre particularmente desesperado, y totalmente al margen de la ley.

En la audacia de esta retahíla no dejó de poner algo de cálculo. Tal vez, se le ocurrió de golpe, la alta burguesía del yate llegue a saber que yo defendí sus intereses. Ésa podría ser la ventaja que buscaba un hombre deseoso de medrar. «Propietario de una goleta de recreo, aterrorizado, todo un caballero de prestigio para quien el dinero nada significa». Por consiguiente, Shaw declaró acaloradamente que no podía ser un mero accesorio antes ni después del suceso. Los que nunca vuelven a la patria y al hogar, los que ni siquiera tienen a dónde ir, apostilló apresuradamente, pueden hacer lo que les plazca. Él no. Él tenía esposa, familia, una casa que aún pagaba con esfuerzo y dificultad. Era un hombre de mar respetable tanto allá lejos como en su país, un hombre cabal, no un vagabundo amigo de ir por aquí y por allá, de hacer buenas migas con el primer negraco que apareciera, y menos aún de poner trampas a sus semejantes, máxime si eran dignos de todo su respeto.

Uno de los dos hombres que sostenían los hachones suspiró cerca de él, cambiando el peso de un pie a otro.

Los dos llevaban tanto tiempo en absoluta inmovilidad que ese movimiento resultó tan sobrecogedor como si una estatua hubiera cambiado de posición. Tras

contemplar al causante de esa ofensa con frialdad malévol, Shaw siguió hablando de los tribunales, los juicios, la libertad de los hombres; luego apuntó a la certeza y a la inconveniencia de que los descubriesen, y por un momento afectó el desapasionamiento de la sabiduría.

—Cuando terminemos con todo este asunto, si es que llega el día, nos estarán esperando quince años de cárcel a todos —dijo Shaw—, y yo tengo un hijo que todavía no conoce a su padre. Buena cosa si ha de aprenderla cuando crezca y se haga mayor. Es seguro que los inocentes nos atraparán tarde o temprano. A la doña se le romperá el corazón si es que antes no se muere de hambre. Y habrá que vender la casa.

Vislumbraba una misteriosa iniquidad en peligrosa relación con su persona, y así comenzó a perder los estribos y a obrar sin la menor sensatez. Lo que en realidad deseaba era que su existencia quedase intacta, así como poder seguir disfrutando de su orgullo. Era una aspiración de índole moral, pero —presa de su alarma— la connatural grosería de su carácter salió ruidosamente a la palestra como un diablo recién liberado de un cepo. Estaba más que dispuesto a descubrir el pastel, a rajarse, a renunciar a todo el montaje; estaba decidido a dar su respaldo a las personas de auténtica honestidad, a jurarlo por la Biblia, a decir todo lo que pensaba, a conseguir que el mundo entero se enterase... Y cuando calló para recobrar el resuello, a su alrededor quedó todo en silencio, y en calma. Ante el ímpetu de tan respetable pasión, sus palabras se esparcieron como las hilachas de paja aventadas por una galerna, y se precipitaron de cabeza en la noche reinante en los Bajíos. Y en esa impenetrable negrura, imperturbable, la noche le oyó decir que «se lavaba las manos de todo el asunto».

—¿Y el bergantín? —preguntó Lingard de pronto.

Shaw se refrenó. Por un segundo, el marinero que llevaba dentro reconoció instintivamente su obligación para con el navío.

—El bergantín. El bergantín, sí. Está estupendamente —murmuró. No tenía nada que decir en contra del bergantín. No era como los grandes navíos a los que estaba acostumbrado, pero era en su especie el mejor que hubiera visto jamás. Y con un brusco regreso a las andadas, protestó y adujo que había subido a bordo engañado por una falsa apariencia. Fue peor que verse embarcado por la fuerza cuando uno estaba borracho como una cuba. Lo era, por su alma podía jurarlo. ¡Además, era un navío poco menos que dado a la piratería! Si no era ése el nombre de sus andanzas, él no se apellidaba Shaw. Lo dijo con una furibunda mirada de búho. Lingard, perfectamente en calma, mudo, aguantó sus embates sin un solo respingo.

El follón que armó ese hombre, presa de su bobería, le desgarró el alma. Era como si jamás fuese a terminar la plaga de imbéciles que llegaban a él desde los rincones más olvidados de la tierra. A un individuo como ése de nada valía decirle nada. A nadie podía decirle nada. Llegaban todos a ciegas y a ciegas se irían tarde o temprano. De mala gana, pero sin asomo alguno de duda, reconoció que no le

quedaría más remedio que intentar salvar al menos a dos entre todos ellos, tal como si lo empujase una fuerza exterior a sí mismo. A tal fin, se adelantó a la más que probable necesidad de tener que abandonar su bergantín al menos por un tiempo. Tendría entonces que dejarlo en manos de ese hombre. El primero de a bordo. Él mismo lo había contratado para que su seguro tuviera validez, para poder conversar a veces con alguien, para tenerlo a su lado. ¿Quién podría haber llegado a creer que existiera un hombre tan rematadamente estúpido sobre la faz del mar? ¿Quién? ¿Cómo iba a dejar el bergantín en sus manos? ¡Su bergantín!

Desde que se puso el sol, el viento que había remansado el calor del día había tratado de rehacerse e imponer su ley en las tinieblas de los Bajíos. En la noche se habían oído sus primeros embates, sus pacientes murmullos, sus suspiros desbaratados; ahora, una racha sorprendentemente recia llegó de pronto alborotada y con entera libertad, como si muy lejos, al norte, la última defensa de la encalmada hubiera sido victoriosamente reducida a la nada. Bajaron las llamas de los hachones, sometidas, y viraron al azul, horizontales y chisporroteantes en el extremo de las varas, como penachos ondulantes; sin previo aviso, las sombras que poblaban la cubierta parecieron enloquecer y precipitarse unas contra otras como si trataran de escapar cuanto antes de un barco condenado a hundirse en cuestión de segundos; la oscuridad, sostenida en lo alto cual una cúpula por el brillante resplandor, pareció caer a plomo sobre el bergantín en un descenso impostergable; los hombres a duras penas mantuvieron el equilibrio, como si estuvieran listos para hundirse bajo las ruinas de un negro desastre insonoro. Los desvaídos perfiles del bergantín, los mástiles y la arboladura, parecieron estremecerse aterrados ante la inminencia de su extinción, y entonces dio de nuevo un brinco la oscuridad, regresaron las sombras a su lugar de origen, los hombres volvieron a verse con precisión, sus rostros calmos, aceitunados, sus ojos relucientes. Había pasado de largo la destrucción y su aliento había amainado.

Una discordancia de tres voces se elevó al mismo tiempo en un mismo grito de alarma que rasgó la súbita quietud del aire.

—¡Ah del bergantín! ¡Echadnos un cabo!

El primer bote de la goleta emergió flotando lentamente en la charca de luz púrpura que cercaba el bergantín sobre las negras aguas. Dos hombres iban apiñados de manera incómoda a proa; en el centro, sobre un montón de petates de marinero, iba sentado otro en posición insegura, apoyado en ambos brazos, con las piernas rígidas, escorado. La luz que se derramaba desde la popa extrajo de la noche toda la escena en sus más sórdidos detalles, y el bote que flotaba despacio hacia el bergantín mostró un aspecto tan sospechoso como lamentable. La desaliñada carga que lo ocupaba daba de alguna manera la sensación de haber sido robada por aquellos pasajeros que recordaban a los náufragos. En la tilla de popa, en pie, Carter manejaba el timón con la pierna. Ostentaba una sonrisa de sarcasmo juvenil.

—¡Aquí los tiene! —le espetó a Lingard—. Se ha salido con la suya, capitán. Me

pareció conveniente llegar con los primeros...

—Vire por popa. El bergantín bornea —le interrumpió Lingard.

—Desde luego, faltaría más. Procuraremos no arañar el casco. Estaríamos perdidos si... Coloca las defensas, John. Coloca las defensas, viejo experto, si es que te importa algo tu salado pellejo. Me gusta ese vejete —dijo después, cuando estuvo junto a Lingard contemplando el bote, que era rápidamente desestibado por los blancos y los malayos que faenaban hombro con hombro en silencio—. Me cae bien. Él tampoco tiene nada que ver con toda esa chusma del yate. Lo contrataron en plena travesía, ni siquiera sé dónde. Fíjese, qué perro viejo. Parece hecho con el maderamen mismo de un buen barco. Es tan parlanchín como un pescado, y más adusto que un náufrago despanzurrado. Ése es mi hombre. Todos los demás, o están casados o lo van a estar, o lo debieran estar, o lamentan no estarlo. Todos esos pillastres llevan una falda a rastras. ¡Que me aspen! En todas mis travesías, jamás oí tanta cháchara a cuento de las mujeres y los niños. ¡Eh, los de abajo! ¡Daos prisa con la estiba! ¡Caramba! No me costó nada hacerles entender que debían desalojar el yate. Nunca habían visto secuestrar a dos caballeros, como usted comprenderá. Eso ha descabalado todas las ideas que puedan tener sobre lo que signifique una encalladura. Claro que tampoco podría decir que las mías sean muy claras, y eso que he visto alguna que otra.

Su excitación la delataba el juvenil impulso que lo animaba a charlar por los codos.

—Mire —dijo señalando el creciente amontonamiento de petates y de literas sobre la cubierta del bergantín—. Mire: ¿no está claro que se proponen dormir en blando, y tal vez soñar con sus hogares? El hogar. Piénselo bien, capitán. Estos petimetres no podrían librarse del hogar por más que quisieran. Nada que ver con usted y conmigo...

Lingard hizo un movimiento.

—Me dejo arrastrar por las ganas de hablar cuando me puede la animación. Mi viejo es piloto de Trinity^[8]. Ése sí que es un trabajo por el que vale la pena quedarse allá en casa. Mi madre me escribe algunas veces, pero dudo mucho que me echen de menos. Somos catorce en total, todavía quedan ocho hermanos en casa. No hay que temer que la patria se quede corta de dotación, y lo mismo da que muera quien haya de morir. Sólo le pido, capitán, que sea un juego justo. Tengamos el espectáculo que nos merecemos.

Lingard le aseguró en dos palabras que así había de ser. Ésa misma era la razón por la cual quiso que la tripulación de la goleta se alojase en el bergantín, añadió. Luego, con gravedad y reposo, inquirió si Carter aún llevaba la pistola en el bolsillo.

—Por eso no debe usted preocuparse —dijo el joven presuroso—. Recuerde quién empezó. Llevarme un disparo en todo el pecho no me irritaría demasiado; lo que sí me pesaba, espero que se dé usted cuenta, eran las amenazas. Es cierto que la noche de ayer ya queda muy lejos. Y que me aspen si de veras supe qué me proponía

exactamente cuando descolgué este trasto del gancho en que descansaba. Tenga. Más no puedo decir, al menos hasta que todo esto quede zanjado de un modo u otro. ¿Le parece bien?

Poniéndose rojo como la grana, renunció a emitir más juicios y le tendió la mano con esa generosidad que es propia de la juventud.

*

Aparentemente, a Lingard le sentó bien esa suerte de reprimenda. Incluyó despacio la cabeza. Tendría que ser suficiente. Dejar su vida en manos de la ignorancia del joven pareció bastar para restituir a su ánimo un equilibrio en precario frente a tantas intuiciones secretas. Fue tan desagradecido, tan amargo como debiera ser la expiación. También él tenía una vida en su mano; una vida y muchas muertes, pero éstas no pasaban de ser más que una mera pluma posada sobre las escamas de su conciencia. Era inevitable que se sintiera de ese modo, porque su fuerza bajo ningún concepto permitiría el despilfarro. En eso no cabía ni siquiera la posibilidad de pensar, y punto redondo. Todo lo que podría hacer era, en el fondo, arrojar un nuevo riesgo al mar de los riesgos. De ese modo tuvo ocasión de reconocer que una sola gota de agua, vertida al océano, supone una tremenda diferencia. Su mismísimo deseo, indomeñable, pero exiliado, había abandonado el lugar desde el que él oía constantemente su voz. Lo vio, lo vio con sus propios ojos: el pasado, el futuro; lo vio todo de golpe, cambiante e indistinto como esas siluetas que el ojo esforzado de un ser errabundo acierta a distinguir a golpe de tinieblas más oscuras en la cara misma de la noche.

10

Cuando Lingard bajó del bergantín a su balandro para seguir a Carter, que ya había vuelto al yate, Wasub, con el palo y la vela al hombro, lo precedió por la escala. El anciano saltó con agilidad y se afanó en preparar el balandro para su comandante.

En esa frágil embarcación estaba Lingard acostumbrado a navegar a solas por los Bajíos. Iba provista de un mástil corlo y una vela al tercio, portaba con facilidad a dos tripulantes y flotaba incluso con un palmo de fondo. En ella era Lingard independiente de toda tripulación; si le fallaba el viento, podía avanzar a su antojo con un par de remos, atajando por los médanos que conocía como la palma de su mano. Había tal cantidad de isletas y bancos de arena que, caso de que de pronto entrase el mal tiempo, siempre hallaría un resguardo a sotavento; además, cada vez que le venía en gana tocar tierra, podía auparla en una playa a grandes zancadas, con

la boza en la mano, como un niño gigantesco que arrastrase un barco de juguete. Cuando el bergantín quedaba anclado dentro de los Bajíos, a bordo de su mínimo balandro visitaba Lingard la laguna. Una vez en que le sorprendió una súbita borrasca por la parte del mar abierto, se metió a pie por un médano que sobresalía del agua con el casco sobre la cabeza, y por espacio de dos días descansaron juntos los dos en la arena, mientras que a su alrededor las aguas someras se enfurecían hasta emblanquecer, y con una separación de tres millas de olas espumeantes el bergantín de vez en cuando se disolvía en la neblina y reaparecía con toda claridad, meneando las altas jarcias que parecían arañar un cielo lloroso de una penosa grisura.

Cada vez que llegaba a la laguna remando con sus propios brazos, Jörgenson, que estaba en guardia a la entrada de la ría desde el momento en que la embozada detonación de un arma, más a mar, le advirtiera de la llegada del bergantín a la Costa del Refugio, murmuraba para sus adentros: «Ahí vendrá Tom en su cáscara de nuez». Y era muy verdad que el balandro tenía en cierto modo la forma de media cáscara de nuez, así como ese mismo color en sus bordas oscurecidas a pesar del barniz. Los hombros del tripulante, y su cabeza, emergían de la regala; cargado con el peso de Lingard, el balandro subía bien recio las orillas más inclinadas, o se deslizaba y se asentaba sobre el fondo del mar, y de vez en cuando daba un brinco sosegado sobre una ola corta. Su comportamiento tenía una fiabilidad incomparable, y a uno le recordaba el paso firme de una buena montura de montaña que llevase sobre un terreno difícil y desigual a un jinete mucho mayor que ella.

Wasub limpió las bancadas, estibó el mástil y la vela sobre un costado y afianzó los estobos. Lingard contempló desde lo alto los hombros robustos de su sirviente, sobre los cuales caía una luz inquieta, pero vivida. Wasub faenaba para mayor comodidad de su comandante, y su entrega y su absorción a la tarea centelló en el ánimo de Lingard como si fuera un acto único de amistad. El anciano malayo por fin alzó la cabeza con un murmullo de deferencia; su rostro avejentado y surcado de arrugas, con media docena de pelillos pendulantes en cada comisura de la boca, expresaba cierta fatigosa satisfacción, al tiempo que los ojos, ligeramente oblicuos, lanzaban una discreta mirada de soslayo hacia arriba, en la cual quedaba encerrada la insinuación de una intención sin duda remota. Lingard se vio compelido por la justicia de esa oscura reclamación, y de ahí que murmurase al entrar en el balandro:

—Corren tiempos de peligro.

Tomó asiento y se hizo cargo de los remos. Wasub se sujetó a la borda tal como se aferra alguien a la última esperanza de recibir una ulterior confianza. Había prestado servicio en el bergantín a lo largo de cinco años. Lingard de eso se acordaba muy bien. Esa anciana silueta había estado relacionada íntimamente con la vida del bergantín y con la suya propia, siempre silenciosa y siempre lista a recibir órdenes, atenta a cualquier incidente, a cualquier imprevisto, sin hacer preguntas de ninguna clase. Era un símbolo de la confianza ciega en su fuerza, símbolo de una obediencia ilimitada a su voluntad. ¿Era de veras ilimitada?

—Nos hará falta tanto el valor como la fidelidad —añadió Lingard a modo de apertura.

—No falta gente que me conozca —le espetó el viejo tal como si esas palabras llevaran mucho tiempo esperando en sus labios—. Observa, Tuan, que he rellenado de agua fresca el odre.

—También yo te conozco —dijo Lingard.

—Y el viento, y el mar —puntualizó el *serang* a trancas y barrancas—. También ellos son fieles con los fuertes. ¡Por Alá! Yo, que he sido peregrino y he escuchado en muchos lugares las palabras que trae la sabiduría, yo te digo, Tuan, que hay gran fuerza en el conocimiento de lo que está oculto en las cosas que carecen de vida, tal como lo está en el conocimiento de los hombres y otros seres vivos. ¿Vas a estar fuera mucho tiempo, Tuan?

—Volveré pronto... Junto con el resto de los blancos que siguen en el barco. Éste es tan sólo el comienzo de muchas estratagemas. ¡Wasub! Daman, ese hijo de perro, de pronto ha optado por hacer prisioneros de dos hombres como yo. Sólo de pensarlo se me ennegrece el rostro.

—¡Quiá! ¡Quiá! ¿Qué ferocidad es ésa? No se ha de proponer la vergüenza a un amigo, ni al hermano de un amigo, a no ser que de ahí haya de llegar una venganza imparable como el mar. Y, en cambio, ¿puede un jefe de los illanuns no ser un tirano? Mucho han visto mis ancianos ojos, pero nunca vieron a un tigre cambiar de franjas. ¡*Ya wa!* No puede el tigre cambiar de franjas. Ésa es la sabiduría que tenemos nosotros los malayos, hombres ignorantes. La sabiduría de los Tuanes blancos es muy grande. Ellos creen que gracias al poder de sus muchos discursos puede el tigre... —Calló de pronto, y en tono crispado añadió—: Habita el timón a salvo bajo el más profundo de los asientos, a menos que a Tuan le plazca navegar en su balandro. No ha de parar la brisa antes de que amanezca. —Una vez más cambió su voz, tal como si dos almas distintas hubieran entrado y salido veloces de su cuerpo—. No, no. Primero has de matar al tigre, y así podremos todos nosotros, sin temor ninguno, contar una por una todas sus franjas.

Señaló a lo lejos con un dedo marrón y quebradizo, y de pronto emitió una risa seca y nada alegre, como si llevara un cascabel en el gaxate.

—Muchos son los perversos —dijo Lingard.

—No, Tuan. Muchos son los que siguen a sus hombres de grandeza, tal como te seguimos nosotros a bordo del bergantín. Así es, así ha de ser.

Lingard reflexionó por espacio de un momento.

—Así pues, mis hombres me han de seguir —dijo.

—No son sino pobres marinos orientales, ni siquiera tienen dos dedos de frente —comentó Wasub con una superioridad de la que no estuvo exenta la compasión—. Hay algunos que no tienen más sensatez que los hombres del bosque recién apresados. Ahí tienes a Sali, el demediado hijo de mi hermana que gracias a tus favores ha sido y es uno de los timoneles de este barco. Su estupidez es extrema, pero

tiene buena vista. Casi tanto como la mía, que gracias al mucho rezar y al mucho ejercitarla puede ver en lo más hondo de la noche.

Lingard se rió por lo bajo y luego miró en serio al *serang*. Por encima de sus cabezas, un hombre agitó uno de los hachones por el costado del barco, y una tenue llovizna de chispas cayó flotando y expiró antes de rozar el agua.

—¿Así que sabes ver en la noche, *serang*? Bien, pues mira y habla. ¡Habla! ¿Hemos de luchar, o no hemos de luchar? ¿Serán las armas o las palabras? ¿Cuál es la locura? Bien: ¿qué es lo que ves?

—La negrura, la negrura —susurró Wasub por fin en tono atemorizado—. Hay algunas noches... —Meneó la cabeza y musitó—. Mira. Ahora cambia la marea. Ya, Tuan. Cambia la marea.

Lingard bajó la mirada al agua, que resbalaba en la superficie pegada al costado del barco, desplazándose con suavidad, rayada por hilachas de espuma al atravesar el círculo iluminado que proyectaban en torno al bergantín los hachones prendidos a popa. Centelleaban las burbujas, las líneas de mayor oscuridad, las oleadas de más relumbre; aparecían, se deslizaban, viajaban a popa sin un salpicotazo, sin un goteo, un quejido, una rompiente. La mansa dulzura con que fluía el agua sin cortapisa hacía presa en la mirada por medio de un sutil hechizo, que se abrochaba insidioso al ánimo dándole una inquietante sensación de algo irrecuperable. La bajamar, a la pátina solitaria de las llamas, recordaba la eterna bajamar del tiempo, y cuando por fin alzó Lingard la mirada, saber de ese insonoro pasaje del agua produjo en su ánimo un efecto desconcertante. Por un instante, la mínima luz perdida en las tinieblas, pese a todo abarcaba el bergantín, el balandro, la costa escondida, los médanos y los Bajíos, los muros mismos y la misma techumbre de la oscuridad; lo visto y lo invisible por igual parecieron deslizarse también sin rozamiento, adelante, a través de la inmensa, lúgubre negrura del espacio. Con un gran esfuerzo de voluntad, logró él que todo quedase de pronto detenido, y tan sólo la espuma y las burbujas siguieron pasando sin cesar, sin que pudiera detenerlas siquiera el poder de su determinación.

—¿Dices que ha cambiado la marea, *serang*? ¿De veras? Bien, puede que sí, puede que tengas razón —terminó por musitar para sus adentros.

—Y tanto que ha cambiado, de veras. Tuan, ¿es que no la ves correr con tus propios ojos? —preguntó Wasub con alarmada insistencia—. Mira. Ahora me doy cuenta de que un prao que proviniera de las isletas más al sur, pilotado con astucia y llevado por la libertad de la corriente, podría arrimarse a la amura de este nuestro bergantín deslizándose en silencio, cual forma sin sustancia.

—¿Y abordarlo de pronto? ¿Eso pretendes decir? —le increpó Lingard.

—Daman es artero, y los illanuns son gente sedienta de sangre. Nada significa la noche para ellos. Son sin duda valerosos. ¿No han nacido acaso en los fragores del combate? ¿No les inspira el mal de sus corazones antes incluso de que digan palabra alguna? Y tienen a sus jefes al frente de sus filas, mientras que tú, Tuan, tú incluso te alejas de nosotros ahora mismo...

—¿Es que no quieres que me vaya? —inquirió Lingard.

Wasub permaneció atento, a la escucha, durante unos instantes. Sondeaba la profundidad del silencio.

—¿Podemos combatir nosotros sin nuestro jefe? —comenzó a decir de nuevo—. Nos otorga el valor la fe en la victoria. ¿Y qué habían de hacer esos pobres marinos orientales, hijos de campesinos y de pescadores, recién reclutados, que no saben nada de nada? Ellos creen en tu fuerza... y en tu poder. De lo contrario... ¿Iban a vengarte esos blancos que tan de repente han llegado? Son como los peces apresados en las redes. ¡*Ya wa!* ¿Quién ha de traer las noticias, quién ha de llegar para encontrarse con la verdad y, tal vez, quién sabe, para llevarse su cadáver? ¡Ve tú a solas, Tuan!

—No habrá guerra. Es preciso que no la haya. Eso sería una calamidad —insistió Lingard—. Hay sangre que de ninguna manera se debe derramar.

—¡Escucha, Tuan! —exclamó Wasub con el corazón en la mano—. Ya baja la marea. —Puntuaba sus palabras mediante leves zarandeos del balandro—. Se van las aguas y a la hora prevista han de regresar sin falta. Y si entre su ida y su vuelta en ellas se vertiera la sangre de todos los hombres del mundo, el mar no subiría más de lo que mide mi uña.

—Pero el mundo no sería el mismo. Eso es lo que te falta por ver, buen *serang*. Da al balandro un buen empujón.

—Ahora mismo —dijo el anciano malayo, y de nuevo se volvió su rostro impasible—. Tuan bien sabe cuándo es mejor marchar, y la muerte a veces se aleja de quien avanza con paso firme como una serpiente sobresaltada en sueños. Tuan debiera llevar consigo a un seguidor, y no a un joven imberbe y estúpido, sino a alguien que haya vivido lo suyo, alguien que tenga firme el corazón, capaz de seguir sus pasos atento a cuanto suceda en derredor, y sin hacer ruido. Sí. Sigiloso y raudo de vista. Con ojos como los míos. Tal vez con un arma. Yo sé cómo emplearla...

Lingard oteó el semblante lleno de arrugas que ya tan cerca estaba del suyo, y miró sus ojos escrutadores. Tenían un brillo extraño. En la figura que se inclinaba hacia él, en tensión pese a su reciedumbre, se notaba una gran ansiedad. Al otro lado, casi al alcance de su mano, la noche semejava una muralla: opaca, impenetrable, descorazonadora. Ninguna ayuda le serviría de nada. Las tinieblas contra las que había de combatir eran demasiado impalpables para abrirlas de un mandoble, demasiado densas para dejarse perforar por una mirada; no obstante, como por efecto de algún encantamiento debido a las palabras que hicieron tan vana ofrenda a la lealtad, se tornó menos abrumadora a sus ojos, menos aplastante a su pensamiento. Vivió un momento de orgullo que sosegó su corazón entre dos latidos. Su irracional, incomprendido corazón, encogido ante la amenaza del fracaso, se expandió con entera libertad gracias a esa generosa sensación de gratitud inmensa. Ante la amenazadora disminución de sus emociones, el ofrecimiento de ese hombre bastó para aclarar las cosas como si fuera el resplandor de una antorcha sostenida en alto en plena noche. Fue algo que sin duda carecía de precio, pero algo a la par inefectivo:

demasiado pequeño, demasiado lejano, demasiado solitario. No disipó la misteriosa oscuridad que había descendido y había envuelto su fortuna, de modo tal que sus ojos ya no acertaban a ver con claridad ninguna la obra de sus propias manos. La tristeza de la derrota impregnaba el mundo entero.

—¿Y qué podrías hacer tú, Wasub? —le dijo.

—Siempre podría decirte: «Ten cuidado, Tuan».

—Y esas palabras son mi ensalmo, ¿eh? ¿Qué harías? ¿Apartar el peligro de mi camino? Sin embargo, tal vez por azar habrías de morir pese a todo. La traición tiene un fuerte poder mágico... como tú dijiste.

—¡Pues claro! Podría llegar esa orden a tu sirviente. Sin embargo... Yo, Wasub... Hijo de un hombre libre, fiel seguidor de los Rajás, fugitivo, esclavo, peregrino... Buceador en busca de perlas, *serang* de tantos barcos de hombres blancos, yo he tenido demasiados amos. Demasiados. Tú no eres más que el último. —Al cabo de un silencio, añadió casi en tono de indiferencia—: Si has de ir, Tuan, al menos vayamos juntos.

Lingard permaneció un rato sin decir palabra, sin hacer ruido.

—De nada valdría —dijo por fin—. De nada valdría, *serang*. Basta con una sola vida si es preciso pagar por la locura, la fantasía de un hombre. Y tú tienes familia y hogar...

—Tengo dos familias, dos hogares, Tuan. Pero ya hace demasiado tiempo que me senté en la escalera de una casa para charlar con mis vecinos en calma. Sí, dos familias, dos hogares. Uno en... —Lingard esbozó una frágil sonrisa—. Tuan, déjame seguirte.

—No. Tú lo has dicho, *serang*. Estoy solo. Es muy cierto, y a solas he de ir esta misma noche. Pero antes he de traer aquí a todos los blancos. Empuja.

—¿Listo, Tuan? ¡Cuidado!

El cuerpo entero de Wasub se balanceó sobre el mar con los brazos extendidos. Lingard se apoderó de los remos, y cuando el balandro se alejaba veloz del costado del bergantín dispuso de una visión completa de la popa iluminada: Shaw apoyado sobre el espejo en actitud de malhumorada derrota, los hombres que sostenían los hachones erguidos y rígidos, las cabezas de los que estaban acodados a la amura, los ojos que lo contemplaban por encima de las bordas. La proa del bergantín quedaba envuelta en una escabrosa, sombría bruma; la contrita mezclanza de sombra y luz; los mástiles enhiestos que era fácil recorrer por los resplandores rasgados, y que se desvanecían en lo alto como si las perillas hubieran tenido tal altura que hubieran sido capaces de perforar las densas masas de vapor que pendían inmóviles allá arriba. El navío era de una belleza incomparable. Sus ojos colmados de amor lo vieron flotar en reposo, en medio de un halo indeciso, entre el cielo invisible y el mar imposible de ver, como un artefacto milagroso suspendido en el aire. Apartó la cabeza como si acabara de ver algo que le resultara excesivo en el momento de la separación, y tan pronto hubo atravesado su balandro el límite de la luz que arrojaba sobre el agua,

percibió muy por lo bajo, en la negrura del vacío, al oeste, el severo farol del yate que relucía con debilidad, como una estrella a punto de ponerse, inalcanzable, infinitamente remota, como algo que de hecho perteneciese a otro universo.

CUARTA PARTE

EL REGALO DE LAS AGUAS SOMERAS

1

Lingard se llevó a la señora Travers del yate, a solas en su balandro. Mientras duró el jaleo del embarque, y hasta que el último de los tripulantes hubo abandonado la goleta, permaneció callado e inabordable junto a ella. Sólo cuando los murmullos y las voces inquietas de los marineros que se alelaban en los botes se perdieron por completo en la distancia, sólo entonces se oyó su voz, grave en medio del silencio. Lingard se llevó a la señora Travers del yate, a solas en su balandro. Mientras duró el jaleo del embarque, y hasta que el último de los tripulantes hubo abandonado la goleta, permaneció callado e inabordable junto a ella. Sólo cuando los murmullos y las voces inquietas de los marineros que se alelaban en los botes se perdieron por completo en la distancia, sólo entonces se oyó su voz, grave en medio del silencio.

—Sígueme —dijo.

Ella lo siguió. Sus pasos sonaron huecos y sonoros en la cubierta ya abandonada. Al pie de la escala se dio la vuelta y le dijo en voz baja:

—Tenga cuidado.

Subió al balandro y aguardó. Le pareció que a ella la intimidaba la oscuridad. Ella notó que la sujetaba con fuerza por el brazo.

—Ya la tengo —dijo. Dio un paso precipitado, confiándose a ciegas a su sujeción, y se acomodó en la bancada de proa a la vez que respiraba hondo. Oyó un leve salpicotazo, y el costado ya indiscernible del yate abandonado se fundió de pronto con el cuerpo mismo de la noche.

Remando de cara a ella, una silueta encapuchada y cubierta por una capa, veía por encima de su cabeza el relucir del farol de popa próximo a expirar en el navío abandonado. Cuando se apagó, sin un solo parpadeo de advertencia, dejó de ver el perfil del yate encallado. Se había desvanecido por completo, como un sueño. Y los sucesos de las pasadas veinticuatro horas también parecían formar parte de un sueño. De él era parte la figura encapuchada. No hablaba, no se movía; podía desvanecerse en cualquier momento. Lingard trató de recordar los rasgos faciales de la señora Travers pese a ir sentado a menos de un metro de ella en el balandro. Era como si se hubiera llevado de la goleta abandonada no una mujer, sino un recuerdo: la reminiscencia atormentada de un ser humano al que no volvería a ver.

Con cada golpe de remos, la señora Travers notaba avanzar el balandro de un salto. Para mantener el rumbo, Lingard tenía que mirar a menudo por encima del

hombro.

—Estará a salvo en el bergantín —le dijo. Ella guardaba silencio. ¡Un sueño! ¡Un sueño! Él remaba vigorosamente; el mar golpeaba las amuras por proa con un ruido que le parecía excesivo. El rojizo resplandor de los hachones se reflejaba en el interior de la capucha. El sueño tenía un pálido semblante; el recuerdo, ojos vivarachos.

—Tuve que venir yo mismo a recogerla —dijo.

—No esperaba menos de usted. —Tales fueron las primeras palabras que él le oyó decir desde que se vieron por tercera vez.

—Y eso que juré ante usted que no volvería a poner pie en su barco.

—Ha sido muy amable —empezó a decir ella.

—No sé cómo, lo olvidé —dijo él sencillamente.

—No esperaba menos de usted —repitió ella. Él dio tres rápidas paladas antes de preguntar con dulzura:

—¿Y qué más espera usted?

—Todo —respondió ella. Él ya rodeaba la popa del bergantín y tuvo que apartar la mirada.

—Y confía usted en mí —exclamó.

—Me gustaría confiar en usted —le interrumpió ella— porque...

Desde encima se oyó una exclamación sobresaltada.

—Llega el capitán.

Ese extraño sonido tuvo por efecto silenciarla. Lingard dejó dentro los remos y ella se vio deslizarse bajo el alto costado del bergantín. Un rostro oscuro, una mirada fija apareció muy cerca de sus ojos, y unos negros dedos aferraron la amura del balandro. Se puso en pie balanceándose.

—Tenga cuidado —dijo Lingard otra vez, aunque ahora, a la luz, no le ofreció su ayuda. Subió sola, y él la siguió al cabo.

En cubierta se apelotonaban muchos hombres de ambas razas. Lingard y la señora Travers la atravesaron de prisa, pasando entre los grupos que se apartaron al verlos avanzar. Lingard le abrió la portezuela del camarote, pero permaneció en cubierta para preguntar por sus botes. Habían regresado mientras él se hallaba a bordo del yate; los dos hombres encargados de la misión se acercaron a popa para informar de la misma. El que fue al norte no descubrió nada. El que exploró las orillas e isletas del sur en efecto había avistado los praos de Daman. El encargado de la expedición informó de que varias fogatas ardían en la orilla, ya que las tripulaciones de los praos estaban acampadas en un arenal. Cocinaban. Se habían acercado al punto de oír sus voces. Habían emplazado a un vigía en lo alto del arenal; lo sabían porque le oyeron dar voces a los de abajo, que estaban junto a las fogatas. Lingard quiso saber cómo lograron que no los descubrieran.

—Nos ocultamos en la noche —respondió el hombre con voz grave. No sabía que hubiera ningún blanco en el campamento de Daman. ¿Por qué debía haber algún

blanco? Rajá Hassim y la Dama, su hermana, aparecieron inesperadamente junto al bote a bordo de su canoa. Rajá Hassim le ordenó en un susurro que regresara al bergantín de inmediato y que dijera a Tuan lo que había visto. También dijo que abordaría el bergantín muy pronto para llevar más noticias. Le obedeció porque el rajá era una persona de gran autoridad para él.

—Conoce las intenciones de Tuan tan perfectamente como nosotros.

—Basta —exclamó Lingard de repente.

El hombre pareció apenado, pero se retiró sin decir palabra. Lingard lo siguió con una mirada de irritación. Un nuevo poder había hecho su entrada en el mundo, se había adueñado del habla de los seres humanos, le había dotado de una siniestra ironía, de alusiones. Saber que alguien «conocía perfectamente sus intenciones» le supuso un sobresalto que le hizo torcer el gesto. Y ese nuevo poder no sólo se proyectaba sobre las palabras que hubo de oír, sino también sobre los hechos que le rodeaban, las personas que veía, los pensamientos que aún debía guiar, los sentimientos que le quedaban por soportar. Seguían siendo lo que siempre habían sido, la superficie visible de la vida bajo el sol, abierta al hilo conquistador de una voluntad sin trabas. Ayer aún los pudo discernir con claridad, dominar y despreciar; ahora, otro poder se había adueñado del mundo, y sobre todos ellos proyectaba unas tinieblas lúgubres e indecisas, un propósito inescrutable.

2

Recobrándose con un leve temblor, Lingard dio la orden de apagar todas las luces del bergantín. Una vez efectuado el traslado de toda la tripulación de la goleta era más ventajoso permanecer a oscuras. Dio la orden por instinto, por ser lo apropiado en tales circunstancias. Sus pensamientos estaban puestos en el camarote de su bergantín, en donde una mujer lo esperaba. Se cubrió los ojos con una mano como si tuviera que aprestarse a realizar un gran esfuerzo mental. Oía en derredor los murmullos excitados de los blancos a quienes desde la mañana tan ardientemente deseaba tener a salvo bajo su custodia. Ya estaban allí; en cambio, el accidente, la mala suerte, una maldita fantasía, tal vez la locura le había engañado al punto de no ver el éxito de su plan. Tendría que entrar a conversar con la señora Travers. La idea le consternaba. Por pura necesidad, no era uno de esos hombres dotados de una gran maestría en la expresión oral. Liberar su alma se le antojaba una empresa gigantesca, un esfuerzo desesperado, de dudoso éxito. «He de aclararme con ella», murmuró para sí al sopesar la perspectiva de una dura pugna, aunque no le cabía duda de que sí deseaba contemplarla.

En el momento en que volvió hacia la puerta del camarote, los dos hachones se apagaron al tiempo y la negra bóveda de la noche sostenida por encima del bergantín

gracias a la fiereza de las llamas cayó a sus espaldas y enterró la cubierta bajo una súbita oscuridad. El murmullo de las voces desconocidas fue en aumento, a la vez que denotaba un mayor temor.

—¡Hola!

—No se ve nada.

—¿Y ahora, qué? —insistía una voz—. Yo quiero saber qué pasará ahora.

Lingard se detuvo cuando estaba listo para abrir la puerta y, absurdamente, aguardó esa respuesta como si algo esperase de la misma.

—¿A ti qué te pasa? Date por afortunado —dijo alguien.

—Por el momento, todo marcha bien —comenzó a decir otro.

—¿Y qué te creías? —le reconvino el otro con razón—. Volveremos a casa sanos y salvos.

—Yo no estoy tan seguro; dice el segundo de a bordo...

—No le hagas caso; el hombre del bergantín velará por nosotros. La esposa del dueño hablará con él, seguro. Es mucho lo que se consigue sólo con dinero.

Las dos voces se acercaron y hablaron con más claridad a espaldas de Lingard.

—Suponte que esos salvajes medio locos le pegan fuego al yate. ¿Qué se lo impide?

—Supongamos que sí. Este bergantín es más que bueno para llevarnos a puerto. ¿Que no? Tiene cañones y todo. Volveremos a casa sanos y salvos. ¿Tú que dices, John?

—Yo no digo nada, y aún me importa menos —dijo una tercera voz más apacible y débil.

—¿Quieres decir, John, que lo mismo te da hundirte que regresar a casa sano y salvo? ¡Venga ya!

—Eso de hundirnos en el fondo de mar —insistió la voz más tenue con perfecta compostura—... ¡Sí! Allá vamos todos de cabeza, de un modo u otro. Lo de menos es el cómo.

—¡Ajj! Tú eres capaz de quitarle la alegría incluso al payaso de un circo ambulante. ¿Qué diría mi señora si yo no regresara?

—Se buscaría a otro; siempre abundan los idiotas.

Una risa sosegada, nada alegre, se oyó en el silencio. Lingard, con la mano en el pestillo, permanecía quieto. A lo lejos estalló un gruñido:

—Detesto verme a oscuras en un barco desconocido. Me pregunto dónde tendrán el agua fresca. Y a esos estúpidos negracos no se les entiende ni papa. Aquí es como si fuésemos un simple rebaño. Y tanto si os gusta como si no, vamos a tener que acomodarnos en este maldito barco sabe Dios cuánto tiempo.

Una vez más, muy cerca de Lingard habló la primera voz con discreción.

—Algo tiene de curioso que haya aparecido este bergantín como por arte de magia, ¿no? Y ese capitán que tiene... ¿qué clase de hombre puede ser?

—Ah, pues uno de esos navegantes que van por su cuenta. El bergantín es suyo, o

a mí me lo parece. Va por ahí a la que salga, sea honesta o ilegal. Tengo un cuñado que ha prestado servicio dos veces por estos mares, y me contaba historias espantosas sobre lo que se cuece en esos rincones olvidados de la mano de Dios. Pero es probable que mintiera, claro. Además, ¿qué se me importa a mí quién sea el capitán o a qué se dedique? Los marinos de guerra se las pintan solos cuando se trata de contar historias, a saber si son verdad. Que haga lo que tenga que hacer y no le demos más vueltas. Cuando nos hayamos largado, no lo volveremos a ver en la vida nunca más.

—¿Y podrá hacer algo por el dueño? —preguntó de nuevo la primera voz.

—¿Que si puede? ¡Nosotros no podemos, eso salta a la vista! Por lo que alcanzamos a saber, al dueño podrían estar apaleándolo ahora mismo hasta matarlo. Yo diría que esos salvajes son verdaderos asesinos sin escrúpulos. Ojo, que lo lamento por él tanto como el que más.

—Sí, sí —musitó el otro con aprobación.

—Puede que aún no esté listo el pobre hombre —dijo la voz del que parecía más razonable. Lingard oyó un profundo suspiro.

—Si hay algo que se pueda hacer por él, la mujer del dueño será quien tenga que acordarlo con el capitán del barco. Si la Providencia lo quiere, puede que se ponga a su servicio.

Lingard abrió la puerta del camarote, entró y cerró de golpe.

—Si la Providencia lo quiere, me tiene a su servicio —dijo tras permanecer muy quieto unos instantes, sin quitar ojo de la señora Travers. La lámpara de cardán inundaba el camarote de una extraordinaria brillantez. La señora Travers se había quitado la capucha. La luz radiante de aquella estancia pequeña y cerrada la envolvía de un modo tan estrecho, se adhería a ella con tal fuerza que podría haber sido parte de su misma esencia. No había ni un asomo de sombra en su rostro; estaba ferozmente iluminado, cerrado herméticamente; era de una impenetrable luminosidad.

Sumido en un éxtasis del que no llegó a ser consciente, Lingard contempló esa visión tan asombrosa que parecía haber llegado a su existencia desde mucho más allá de los confines de lo concebible. Era imposible adivinar sus pensamientos, conocer sus sentimientos, comprender su alegría o su pesar. Ella en cambio sabía muy bien todo lo que él guardaba en lo más profundo de su corazón. Él mismo se lo había dicho, impelido por una súbita idea que lo llevó hasta ella en medio de las tinieblas, desesperado, sí, pero con una absurda esperanza y una confianza increíble. A ella le había dicho lo que a nadie más dijo nunca, con la sola excepción, y sólo tal vez, de sí mismo, bien que sin palabras, y con menor claridad. Se lo había dicho y ella lo había escuchado en silencio. Lo había escuchado apoyada sobre la amura, cerca de él, hasta que al final le alcanzaba su aliento sobre la frente. Al recordarlo, vivió un momento de orgullo desmedido y de indescriptible consternación. Pudo hablar, aunque no sin esfuerzo.

—¿Ha oído lo que acabo de decir? Aquí me tiene.

—¿Acaso espera que diga algo? —preguntó ella—. ¿Es necesario? ¿Es posible siquiera?

—No —contestó—. Ya está todo dicho. Sé lo que espera de mí: todo.

—Todo —repitió ella, e hizo una pausa—. Es lo mínimo añadió en voz mucho más baja. Él pareció quedar absorto en sus pensamientos.

—Es extraordinario —reflexionó a media voz— cuánto me desagrada ese individuo.

Ella se inclinó un poco hacia adelante.

—Recuerde que esos dos hombres son inocentes —comenzó a decir.

—También yo soy inocente. Como todo el mundo. ¿Ha conocido usted a un hombre o una mujer que no lo fueran? A pesar de todo, cada uno ha de aprovechar sus ocasiones y asumir sus riesgos.

—Espero que sea usted generoso —dijo ella.

—¿Con usted?

—Bueno... Conmigo, sí. Si quiere, conmigo solamente.

—¡Con usted solamente! ¡Y usted lo sabe todo! —bajó el tono de voz—. Usted desea su felicidad.

Ella hizo un gesto de impaciencia; él la vio apretar el puño que tenía sobre la mesa.

—Yo deseo que regrese mi marido —dijo cortantemente.

—Sí, sí. Es lo que yo decía. Justo lo mismo —murmuró con rara placidez. Ella lo miró con ojos escrutadores. Era de una sencillez tan grande que colmaba del todo la visión de quien la contemplase. Se notó lentamente invadida por su imperiosa figura. No era un hombre mediocre. Fuera lo que fuese, no era mediocre. El atractivo brillo de una vida al margen de la ley se extendía sobre él como el cielo sobre el mar, por todos sus costados, hasta un horizonte sin fisuras. Dentro de esos confines, se movía a sus anchas en total soledad, con gran peligro y romanticismo. En él se notaba el delito, el sacrificio, la ternura, la devoción y la locura de una idea fija. Pensó maravillada que de todos los hombres del mundo era él sin duda el que ella conocía mejor, a pesar de lo cual era incapaz de predecir lo que haría o diría a renglón seguido.

—Usted me ha otorgado su confianza —dijo con toda nitidez—. Ahora quiero que me otorgue la vida de esos dos hombres. Es la vida de dos hombres a los que usted no conoce, dos hombres que mañana mismo habrá olvidado. No es difícil hacerlo. Es preciso que lo haga. No me lo puede negar.

Aguardó.

—¿Por qué no se lo puedo negar? —susurró él con lúgubre semblante, sin levantar la mirada.

—¿Y usted lo pregunta? —exclamó ella. Él no movió un solo músculo. Parecía haberse quedado sin palabras—. ¿Y usted lo pregunta? ¡Ah! —exclamó—. ¿Es que no se da cuenta de que no tengo yo reinos que conquistar?

Un leve cambio de expresión que desapareció casi en el acto demostró que Lingard había escuchado el apasionado grito que arrancó de ella su propio desconsuelo. No hizo gesto alguno. Ella percibió con toda claridad la dificultad en que se encontraba. La situación era peligrosa, y no tanto por su realidad misma, por los hechos que la componían, sino por la sensación que despertaba en ella. En ocasiones le parecía vivir algo menos real que una tradición; se imaginó nítidamente como la mujer de una balada, la que ha de suplicar por la vida de unos cautivos inocentes. Salvar las vidas del señor Travers y de D'Alcacer era mucho más que un deber: era una necesidad, un imperativo, una misión a la que no podía resistirse ni sustraerse. Sin embargo, hubo de reflexionar sobre el horror de una muerte cruel y oscura antes de sentir por ellos dos la compasión que merecían. Sólo cuando miró a Lingard le arrancó el corazón una compasión extrema. Los otros eran dignos de compasión, sin duda; él, en cambio, era víctima de sus propios y extravagantes impulsos, y de ahí que se le apareciera como una figura trágica, fascinante, culpable. Lingard alzó la cabeza. Se oyeron susurros al otro lado de la puerta, y al punto entró Hassim en el camarote seguido por Immada.

La señora Travers miró a Lingard, porque de todos los rostros reunidos en el camarote el suyo era el único que le parecía inteligible. Hassim comenzó a hablar de inmediato, y cuando calló se oyó el hondo suspiro de Immada colmar el repentino silencio. Lingard miró entonces a la señora Travers.

—Los caballeros están vivos —le dijo—. Rajá Hassim los ha visto hace menos de dos horas, y la muchacha también. Están vivos e ilesos hasta el momento. Ahora...

Hizo una pausa. La señora Travers, apoyada sobre un codo, se protegía la vista bajo el fulgor de los relámpagos suspendidos.

—Usted debe detestarnos —murmuró.

—¿Detestarlos? —repitió, y a ella le pareció que el desdén daba color a su voz—. No. Es a mí a quien detesto.

—¿Por qué a usted? —preguntó ella en voz muy baja.

—Por no saber lo que pienso —respondió—. Por no saber qué tengo en la cabeza. Por no saber qué es lo que se ha apoderado de mí desde... Desde esta mañana. Esta mañana estaba enojado. Nada más, sólo muy enojado.

—¿Y ahora? —murmuró ella.

—Ahora... Estoy descontento —dijo. Al cabo de unos momentos de silencio que dieron a la señora Travers la ocasión de preguntarse cómo era posible que ese hombre hubiera logrado penetrar hasta las mayores honduras de su compasión, asestó tal puñetazo en la mesa que los pesados mosquetes parecieron dar un brinco.

La señora Travers oyó a Hassim pronunciar unas cuantas palabras de todo corazón, así como un gemido consternado por parte de Immada.

—Yo creí en usted antes de que usted... Antes de que usted me otorgase su confianza —comenzó a decir—. Y usted se dio cuenta. ¿No es cierto?

Hassim, apoyado de espaldas contra la puerta cerrada, no le quitaba la vista de encima; los ojos oscuros y apenados de Immada, en cambio, estaban posados sobre el rostro de la mujer blanca. La señora Travers tuvo la impresión de haberse enzarzado en una pugna con ellos dos, una lucha por apoderarse de la fuerza de ese hombre y de su dedicación. Cuando miró a Lingard vio en su rostro —que debiera haber sido impasible o haber estado exaltado, el rostro de un jefe o el de un soñador empedernido— una expresión de absoluto olvido. Parecía paladear con deleite una sensación tan honda como asombrosa. Y de pronto, en medio de la apelación que ella hacía a su generosidad, en medio de una frase, la señora Travers se quedó sin palabras al ser consciente de que era ella el objeto de su contemplación.

—¡No! ¡No mires a esa mujer! —exclamó Immada—. ¡Oh! ¡Señor! ¡Aparta tu mirada...! —Hassim tomó por los hombros a la muchacha. A ella se le encogió la voz—. ¡Señor! ¡Míranos a nosotros!

Hassim la atrajo hacia sí y le tapó los labios con la mano. Ella se debatió un poco, como un ave atrapada, y se sometió, ocultando la cara en el rostro de su hermano, sollozando sin hacer ruido.

—¿Qué es lo que le dicen? —inquirió la señora Travers con una tenue, dolorida sonrisa—. ¿Qué pueden decir? Es intolerable pensar que sus palabras, que para mí carecen de significado, puedan llegar derechas a su corazón...

—Aparte la mirada —susurró Lingard sin hacer el menor movimiento.

La señora Travers suspiró.

—Sí. Es muy duro pensar que yo, que tanto deseo conmovérmelo, no consigo hacerme entender tan bien como ellos. Y hablo sin embargo la lengua que usted hablaba en su niñez, la lengua del hombre para el cual no existe otra esperanza que la generosidad que usted alberga...

Él sacudió la cabeza. Ella lo miró ansiosa unos instantes.

—Entonces, en sus recuerdos... —dijo, y le sorprendió la expresión de profunda tristeza que se extendió sobre el rostro atento de él.

—¿Sabe usted qué es lo que recuerdo? —dijo—. ¿Quiere saberlo? —Ella le escuchaba con los labios entreabiertos—. Pues se lo voy a decir. Recuerdo la pobreza, el trabajo durísimo... y la muerte —siguió diciendo muy sosegado—. Y ahora que se lo he dicho, usted desconoce todo eso. Así son las cosas entre nosotros. Usted me habla, yo le hablo, y nos desconocemos.

Ella bajó los párpados.

—¿Qué podría yo decirle? —prosiguió—. ¿Qué podría hacer? No debo ceder. ¡Piense! Entre sus recuerdos ha de haber un rostro, una voz, un nombre, aunque sólo sea eso. No puedo creer que tan sólo encuentre en ellos amargura.

—No hay amargura —murmuró él.

—¡Hermano! El miedo me debilita el ánimo —susurró Immada, y Lingard se volvió ágilmente al oírla.

—En tal caso, es que se van a salvar —exclamó la señora Travers—. ¡Ay, lo sabía!

—Soporta tu miedo con paciencia —dijo Hassim rápidamente a su hermana.

—Entonces, es que han de salvarse. Usted misma lo ha dicho —decretó Lingard en voz alta y sin previo aviso. Se sintió como el nadador que, en pleno esfuerzo sobrehumano por alcanzar la orilla, percibe que la resaca lo arrastra a mar abierto. Más que dispuesto, estaba decidido a dejarse llevar por la misteriosa corriente; bracearía con agilidad sin oponer resistencia para ver el final, el cumplimiento dichoso a la par que terrible.

En ese estado de exaltación en el que de un modo incomprensible se veía siempre victorioso se mezclaba un propósito tenaz. No podía sacrificar ahora su intención, una intención que le había acompañado durante años, el propósito al que había consagrado su vida entera; no podía despedirse de ella y seguir existiendo, tal como no podría arrancarse el corazón y seguir con vida. El aventurero seguiría siendo fiel a su aventura, que era lo que a sus propios ojos le hacía ser exactamente quien era.

Sopesó el problema con frialdad y con audacia, apoyándose en la fe que tenía en sus poderes. No era a aquellos hombres a quienes debía salvar; debía salvarse a sí mismo. Contemplada a esa luz, la situación le resultó familiar.

Hassim le había dicho que los dos blancos habían sido conducidos por sus captores al campamento de Daman. El joven rajá, tras dejar a su hermana en la canoa, tocó tierra en el arenal y, clandestinamente, llegó hasta la linde misma de la luz que arrojaban las fogatas en las que estaban cocinando los illanuns. Daman estaba sentado aparte, ante una hoguera más intensa. Cerca de la orilla aguardaban dos praos amarrados en las aguas someras; desde la cresta del arenal, un centinela escrutaba las luces del bergantín; en el campamento menudeaban las voces susurrantes. Hassim regresó a su canoa; luego, remando con cautela al rodear los praos anclados, en los que oyeron hablar a unas mujeres, su hermana y él rondaron el otro extremo del campamento. La luz de la mayor hoguera llegaba por allí hasta el agua, y la canoa la esquivó sin un solo salpicotazo, a resguardo de la noche. Hassim se llegó a tierra por segunda vez y de nuevo reptó hasta acercarse a las fogatas. Según la costumbre de los remeros illanun cuando salían de expedición, cada uno de los praos portaba un barco de guerra de menor tamaño, que como eran livianos y manejables habían sido arrastrados sobre la arena, no lejos de la hoguera más grande. Asentados en la orilla, proyectaban largas sombras. Hassim se acercó sigiloso hasta el mayor y, escudado por las bordas, pudo otear el campamento. Las confusas charlas de los hombres eran como el zumbido de los insectos en la jungla. Un niño lloraba a bordo de uno de los praos, y una mujer lanzó a tierra un chillido. Hassim desenvainó el kris y lo sostuvo en la mano.

Muy pronto —dijo— acertó a ver a los dos blancos cuando caminaban entre las fogatas. Agitaban los brazos, hablaban el uno con el otro, se detenían a cada trecho; abordaron a Daman; el hombre más bajo, el de la cara cubierta de pelo, lo interpeló en serio y durante un largo rato. Daman permaneció sentado con las piernas cruzadas sobre una alfombrilla, con un Corán abierto sobre las rodillas, entonando los versículos a la vez que se balanceaba de adelante a atrás con los ojos cerrados.

Los jefes de los illanuns, reclinados y envueltos en sus capas, se incorporaron para mirar a los dos blancos. Cuando el más bajo terminó de hablar, los contempló durante un rato y soltó un pisotón de impaciencia. Parecía colérico porque nadie lo entendía. De pronto pareció muy triste; se cubrió el rostro con ambas manos; el más alto le puso la mano en el hombro y le dijo algo al oído. Crepitaba la madera seca en las fogatas, los illanuns dormitaban, cocinaban, charlaban, todos ellos con las armas bien a mano. Uno o dos hombres armados se acercaron a ver a los prisioneros y luego regresaron a su fogata. Los dos blancos se sentaron sobre la arena frente a Daman. Tenían sucias las ropas y arena en el cabello. El más alto había perdido el sombrero; el cristal con que se cubría el ojo el más bajo rebrillaba de modo llamativo; tenía la espalda sucia de fango y una manga desgarrada hasta el codo.

Todo esto lo vio Hassim antes de retirarse sin que nadie detectara su presencia hasta el trecho de la costa donde lo aguardaba Immada con la canoa a flote. Los illanuns, tan confiados en el mar, no vigilaban muy estrechamente a sus prisioneros; de haber sido capaz de hablar con ellos, Hassim estaba convencido de que sería posible llevar a cabo una fuga. No obstante, ellos nunca podrían haber entendido sus señas y menos aún sus palabras. Consultó con su hermana. Immada murmuró algo con tristeza; a sus pies rompió una mansa ola con un ruido plañidero, no más audible que sus voces.

La lealtad de Hassim era inquebrantable, aunque ahora la espolease no a la brillante luz de la esperanza, sino bajo la espesa sombra de la duda. Deseaba obtener información para su amigo, que tan poderoso era, que tal vez supiera cómo ser constante. Cuando, seguido esta vez por Immada, de nuevo rondó el campamento —abiertamente ahora—, su aparición no suscitó grandes sorpresas. El jefe de los illanuns sabía de sobra que el rajá por el cual habían de combatir, si es que ésa fuese la voluntad de Dios, merodeaba por médanos y bajíos a la espera del hombre blanco que tanta riqueza tenía, aparte de una gran provisión de armas, y que no en vano era su servidor. Daman, que bien comprendía la relación exacta entre las partes, les dio la bienvenida con impenetrable gravedad. Hassim tomó asiento sobre la alfombra, a su derecha. Iban a mantener una consulta a media voz, hecha de frases cortas y en apariencia descuidadas, escandidas por largos intervalos de silencio. Acurrucada junto a su hermano, Immada apoyaba un brazo sobre su hombro y escuchaba con gran seriedad y con evidente reposo, tal como correspondía a una princesa de Wajo acostumbrada a despachar con guerreros y hombres de estado en momentos de peligro y en horas de largas deliberaciones. Le latía muy rápido el corazón; frente a

ella, los blancos seguían callados y miraban atentos sus rostros conocidos como si los separase de ellos un ancho mar. Cuatro jefes illanuns estaban sentados en fila. Sus amplias capas caían en pliegues desde sus hombros, y a sus espaldas permanecían erguidas sus cuatro largas lanzas, en cada una de las cuales pendía un pequeño escudo alargado, de madera labrada por los cantos, teñida de un púrpura oscuro. Daman extendió un brazo y señaló a los dos prisioneros. Los dos blancos permanecían muy quietos. Daman los miró ardientemente pero sin decir palabra, como si le consumiera por dentro un anhelo indescriptible.

El Corán, en su funda de seda, pendía sobre su pecho colgado de un cordón carmesí. Descansaba sobre su corazón; justo debajo, la sencilla empuñadura de asta de búfalo de un *kris* mal disimulado en el cinto de su *sarong* sobresalía al alcance de su mano. «Hay sangre entre los blancos y yo», se manifestó con violencia. Los jefes illanuns permanecieron impávidos. Había sangre entre ellos y el resto de la humanidad. Hassim señaló con manifiesto desapasionamiento que existía un hombre blanco con el que lo más aconsejable era mantener la amistad; además, ¿no era Daman amigo suyo? Daman sonrió con los ojos entornados. Era amigo de ese hombre blanco, pero no era su esclavo. Jugueteando con las empuñaduras de sus espadas, los jefes illanuns asintieron con un gruñido. ¿Y por qué, preguntó Daman, habían viajado aquellos extraños hombres blancos hasta alejarse tantísimo de su país? El gran hombre blanco al que todos tan bien conocían no deseaba su presencia en aquellos parajes. El mal seguiría sus pasos allí por donde fueran. Eran hombres tales como los que envían los caudillos para examinar a fondo las curiosidades de países muy lejanos y hablar de paz y pactar tratados. Así empezaban los grandes pesares. Los illanuns estaban muy lejos de su tierra, una tierra a la que ningún hombre blanco osó llegar jamás, y eran por consiguiente libres de buscar a sus enemigos y hacerles frente en el mar. Habían encontrado a esos dos, obviamente afanosos de conocer lo que fuera. Y se preguntó qué era lo que habían ido a conocer. ¿Es que no tenían cosas mejores de las que ocuparse, cosas que conocer en su propio país?

Hablaba en un tono matizado e irónico. Las ascuas ya esparcidas aún brillaban con un rojo intenso; la gran hoguera del jefe había empezado a menguar y de hecho pareció a punto de apagarse cuando terminó su parlamento. Se pusieron en pie las figuras de rígidas extremidades, se agazaparon, se desplazaron, susurraron en la playa. Aquí y allá, la hoja de una lanza despedía el rojo resplandor de la hoguera por encima del negro perfil de una cabeza.

—Los illanuns buscan su botín en el mar —exclamó Daman—. Sus padres y los padres de sus padres hicieron lo mismo en sus tiempos, intrépidos como aquellos que abrazan estrechamente a la muerte.

Se oyó una risotada.

—Atacamos y huimos —dijo una voz exultante—. Vivimos y morimos con nuestras armas en las manos. —Los illanuns se pusieron en pie. Por el arenal se armó una estampida; todos ellos esgrimieron las hojas desenvainadas sobre las cabezas de

los prisioneros. Se formó un tumulto.

Cuando cesó, Daman se puso en pie al resguardo de su capa, que lo envolvía hasta los pies, y de nuevo tomó la palabra para dar consejo. Los blancos permanecían sentados en la arena y miraban a unos y a otros tratando de comprender algo. Por acuerdo unánime, se tomó la decisión de que los prisioneros fuesen a la laguna, en donde decidiría su destino el caudillo del poblado. Los illanuns tan sólo aspiraban a saquear su barco varado. Les daba lo mismo qué se hiciera de los hombres.

—Pero a Daman sí le importa —comentó Hassim a Lingard cuando le relató lo que había presenciado—. Le importa, Tuan. ¡Ya lo creo!

Hassim también había tenido conocimiento de que en el Asentamiento reinaba la inquietud, tal como si estuviera en vísperas de una guerra. Belarab había acampado con sus seguidores junto a la tumba de su padre, en el valle que se hallaba más allá de los campos cultivados. Su empalizada estaba cerrada a cal y canto, y nadie daba la cara en las verandas de las casas del recinto. Sólo se sabía que había gente en el interior por las fogatas con que cocinaban. Entretanto, los seguidores de Tengga se jactaban por el Asentamiento y se mostraban tiránicos con los pacíficos habitantes. Una gran locura había descendido sobre el poblado, una locura fuerte como la del amor: la locura de la batalla y el derramamiento de sangre. Un extraño temor los había vuelto salvajes. La gran humareda que se veía esa mañana sobre la jungla era una suerte de señal de Tengga a Daman, aunque Hassim no había logrado averiguar de qué se trataba. Temía por la seguridad de Jörgenson. Dijo que mientras aprestaban uno de los barcos de guerra para conducir a los cautivos a la laguna, su hermana y él abandonaron el campamento e hicieron uso de su canoa. Los hachones del bergantín, reflejados tras las nubes, les permitieron ir derechos al navío atravesando los Bajíos. Antes de haber recorrido la mitad del trayecto se apagaron estos hachones y las tinieblas se hicieron más densas que nunca. Pero no fueron más densas que las tinieblas de su ánimo, añadió. Contempló a los blancos sentados impertérritos y callados cerca de las espadas desenvainadas; contempló a Daman, oyó las amargas palabras que se cruzaron; ahora contemplaba a su amigo el hombre blanco y consideraba cuestiones y acontecimientos que no alcanzaba a ver. Se ven las caras de los hombres, pero no se alcanzan a ver sus destinos por más que los lleven escritos en la frente. No tenía nada más que decir; lo que había dicho era la verdad misma.

4

Lingard se lo repitió punto por punto a la señora Travers. Su valor, su inteligencia, la prontitud con que captó sus palabras, el color de sus ojos y la intrepidez de su mirada despertaron en él un entusiasmo rayano en la admiración. Ella seguía a su lado. A cada instante, esa fatal ilusión se adhería más a su alma,

como una vestimenta de luz, como una armadura de fuego.

Era reacio a afrontar la realidad. Su vida entera, hasta ese mismo día, había sido una pugna con los acontecimientos a la luz diurna de este mundo, pero ahora era incapaz de obligarse a considerar su situación. Fue la señora Travers quien, tras aguardar un rato, le impuso el dolor del pensamiento al manifestar su deseo de saber qué incidencia tenían las noticias de Hassim sobre la situación en que se hallaban.

A Lingard no le cabía la menor duda de que Daman deseaba hacerle saber qué había sido de los prisioneros. Por eso había recibido Daman a Hassim con los brazos abiertos, por eso había permitido que tuviera conocimiento de la decisión lomada y le había permitido abandonar el campamento del arenal. Todo eso tan sólo podía obedecer a una idea: que Lingard supiera que los prisioneros estaban lejos de su alcance, al menos mientras permaneciera a bordo del bergantín. Su bergantín era su fuerza. Obligarlo a abandonar el bergantín sería como obligarlo a retirar la mano de su espada.

—¿Entiende lo que quiero decir, señora Travers? —inquirió—. Me tienen miedo porque sé combatir en este bergantín. Temen el bergantín, porque cuando estoy a bordo el barco y yo somos uno. Un hombre armado, ¿se da usted cuenta? Sin el bergantín estoy desarmado, sin mí el barco no vale nada, lisa es la opinión de Daman. No es que él lo sepa todo, pero tampoco está lejos de la verdad. Él se dice que si lanzo los botes para ir en busca de los blancos a la laguna, sus illanuns sin duda sabrán apoderarse del yate y tal vez también del bergantín. Si yo sigo a bordo de mi barco, él retendrá a los dos blancos y podrá decir todo lo que le venga en gana. No hay duda de que Belarab cree en mí, pero Daman no confía en nadie. Lisa y llanamente, no sabe en quién confiar, porque siempre anda tramando algo. Vino a ayudarme, pero tan pronto supo que no estaba allí se puso a tramar un complot con Tengga. Ahora ha hecho su jugada, una jugada más inteligente incluso de lo que él mismo calcula. ¿Que por qué? Le diré por qué. Es porque yo, Tom Lingard, no dispongo a bordo del bergantín de un solo hombre blanco en quien pueda confiar plenamente. Ni uno solo. Acabo de descubrir que mi primero de a bordo tiene la curiosa idea de que soy una suerte de pirata. Y todos los de su yate piensan más o menos lo mismo. Nadie me cree. ¡Dios del Cielo! ¿A qué hemos llegado? Incluso esos dos... Mírelos. ¡He dicho que los mire! A las estrellas pongo por testigos de que dudan de mí. ¡De mí...!

Señaló a Hassim e Immada. La muchacha parecía aterrada. Hassim asistía a la escena tranquilo e inteligente, con una paciencia inagotable. Lingard bajó de pronto la voz.

—Y al Cielo pongo por testigo de que tal vez tengan razón. ¿Quién sabe? ¿Lo sabe usted acaso? Ellos han esperado durante años. Mire: aún esperan con el corazón en la mano. ¿Le parece a usted que a mí no me importa? ¿Acaso debiera callármelo todo, guardármelo para mí, no decírselo siquiera a usted? ¿Es que están esperando algo que ahora ya nunca ha de llegar?

La señora Travers se puso en pie y rápidamente dio la vuelta a la mesa.

—¿No podemos darle algo a ese... ese Daman, o a los otros? Podríamos darles más de lo que jamás hayan pensado en pedir. Yo... Mi esposo...

—No me hable de su esposo —le cortó él con aspereza—. No sabe usted qué está haciendo. —Ella miró al fondo de la sombría cólera que asomaba por sus ojos.

—No me cabe más remedio —afirmó de todo corazón.

—Más remedio —musitó él, y cayó en la cuenta de que sólo le sacaba a ella media cabeza de estatura—. Que no le cabe más remedio. Ya, claro. Por supuesto. ¡No le cabe más remedio! Muy bien, pero no soy yo quien desea oírlo. ¡Y habla de darle! ¿Qué puede dar? Por lo que sé, podría tener usted todos los tesoros del mundo. Pero no, no puede usted dar lo que se dice nada.

—Cuando lo dije, estaba pensando en sus dificultades —le interrumpió ella. Él bajó la mirada siguiendo la línea del hombro de ella.

—¡En mis dificultades! ¡En mí! —repitió él.

Todo esto se dijo casi en susurros. Sobre sus cabezas, en cubierta, se oyeron pasos lentos. Lingard miró a la lumbrera entreabierta.

—¡Ah de cubierta! ¿Sopla algo de viento?

Todo estuvo en silencio unos instantes. Alguien respondió sin preocupación ninguna.

—Una brisa tersa por el norte.

Al cabo de una pausa, añadió en un murmullo:

—Y está negro como boca de lobo.

—Sí, está la noche oscura —murmuró Lingard. Tenía que hacer algo. En seguida. Cuanto antes. El mundo entero estaba a la espera, un mundo repleto de esperanzas y temores. ¿Qué debería hacer? En vez de responderse a esa pregunta recorrió de un vistazo las hebras mate de sus cabellos recogidos, y quedó fascinado por un rizo suelto y posado sobre el cuello. No tenía a quién dejar el bergantín. La voz que respondió a su pregunta era la de Carter.

—Anda por ahí sin quitarme la vista de encima —indicó a la señora Travers. Ella meneó la cabeza y procuró sonreír—. No —dijo Lingard—, es preciso que lo entienda: no puede usted dar nada. No tiene nada que dar.

El hombre de cubierta, que parecía haberse quedado junto a la lumbrera, habló en voz baja:

—Estoy a mano si me necesita, señora Travers.

Hassim e Immada miraron hacia la lumbrera.

—Ya lo ve —exclamó Lingard—. ¿Qué le dije? ¡No me quita la vista de encima! A bordo de mi propio barco. ¿Estoy soñando? ¿Es una alucinación producida por la fiebre? Dígale que venga —añadió tras hacer una pausa.

La señora Travers le obedeció; a Lingard le pareció que su voz era imperiosa, pero muy dulce a la vez.

—No hay en el mundo nada que ame tanto como este bergantín —siguió diciendo

—. Nada en el mundo. Si lo perdiera, no quedaría en la tierra entera un solo sitio donde yo pudiera poner pie. Usted no lo entiende, claro. No puede.

Llegó Carter y cerró con cuidado la puerta del camarote. Miró a todos los presentes, de uno en uno, con gran aplomo.

—¿Todo en calma? —preguntó Lingard.

—Yo diría que sí, si es eso lo que desea oír —contestó—. Le bastaría con asomar la cabeza para oírlos a todos roncar en cubierta como si no tuvieran una esposa en casa y no hubiera piratas en la mar.

—Verá usted —dijo Lingard—. He descubierto que no puedo confiar en mi primer oficial de a bordo.

—¿Que no puede? —repitió Carter con voz arrastrada—. Pues no seré yo quien diga exactamente que me sorprende. Debo decirle que él no ronca, pero creo que es porque está demasiado loco para dormir a pierna suelta. Me lo acabo de cruzar por popa y me ha dicho no sé qué, algo relativo a que las malas relaciones corrompen las buenas costumbres. Qué raro, ¿no cree? Yo diría que ya se lo había oído decir antes. Trató de aclararme que si él no era un corrupto, no era por culpa de usted. Como si eso fuera asunto mío. Está tan loco como gordo, o si no se las da de loco de atar. —Carter rió y apoyó los hombros contra un mamparo.

Lingard contempló a la mujer que tanto esperaba de él y a la luz que de ella parecía emanar se vio al frente de una columna de botes armados en el trance de atacar el Asentamiento. Podría quemar todo el poblado y arrojarlos a todos a la selva. Podría, desde luego. Y notó con sorpresa el vago horror que le inspiró el poder destructivo de su voluntad. A ella podría entregarle la vida de muchísimos seres humanos. La había conocido el día anterior, pero tenía la impresión de llevar toda la vida a la espera de que ella le hiciera una señal. Permanecía muy quieta. Él sopesó un plan de ataque. Vio el humo y las llamas, y acto seguido se imaginó en medio de las ruinas, rodeado por susurros, con los suspiros y gemidos de las Aguas Someras en los oídos. Se estremeció y meneó la cabeza.

—¡No! ¡No puedo darle a usted todas esas vidas! —exclamó.

Antes de que la señora Travers tuviera tiempo de averiguar el significado de su imprecación, afirmó que si era menester salvar a los dos cautivos, él en persona tendría que acudir a la laguna. No podía pensar en recurrir a la fuerza.

—Espero que entienda el porqué —dijo a la señora Travers.

—Sí —respondió ella con un hilo de voz.

Afrontaría a solas ese riesgo. Su esperanza radicaba en que Belarab pudiera comprender qué era lo que en realidad le interesaba más.

—Sólo con visitarlo, muy pronto le haría entrar en vereda —musitó en voz alta—. ¿No he sido yo quien ha mantenido intacto su poder durante estos últimos dos años? Él lo sabe de sobra. Lo sabe.

Que pudiera alcanzar a Belarab era harina de otro costal. Lingard se perdió en sus cavilaciones.

—No se atreverá —estalló. La señora Travers lo escuchaba con los labios entreabiertos. Carter no movió un solo músculo de su juvenil rostro, permaneció impertérrito. Lingard de pronto se acercó a él y lo interpeló en voz baja, con los ojos centelleantes.

—¿Podría combatir usted en este bergantín? —Algo similar a una sonrisa agitó los pelos de su bigote rubio.

—¿Que si podría? —dijo él—. Podría intentarlo de todos modos. Calló y habló casi para sus adentros: —Por la señora, claro está.

Lingard pareció tambalearse tal como si algo le hubiera golpeado en el pecho.

—Estaba pensando en el bergantín —dijo con amabilidad.

—Pero la señora Travers estaría a bordo —repuso Carter.

—¿Cómo? ¿A bordo? Sí, claro, a bordo. ¿Dónde iba a estar, si no? —balbuceó Lingard.

Carter lo miró con asombro.

—¡Combatir! —dijo despacio—. ¡Y usted me lo pregunta! Póngame a prueba.

—Lo haré —le espetó Lingard. Salió del camarote—. ¡*Serang!*

Una voz cascada contestó de inmediato:

—¡Tuan! —Y se cerró la puerta.

—¿Usted confía en él, señora Travers? —preguntó Carter rápidamente.

—Usted no, está claro. ¿Por qué? —respondió ella.

—Porque no logro entenderlo. Si fuera otra clase de hombre, yo diría que está borracho —dijo Carter—. Para empezar, ¿por qué razón está aquí? ¿Y este bergantín? ¿Cómo se explica? Disculpe mi osadía, pero... ¿le ha prometido usted alguna cosa?

—¿Yo? ¿Prometer algo, yo? —exclamó la señora Travers con tal amargura que hizo callar a Carter unos momentos.

—Pues tanto mejor —dijo al fin—. Que nos muestre primero qué puede hacer y después...

—¡Tenga usted! —dijo Lingard nada más entrar de nuevo en el camarote, buscándose algo en el cuello. Carter extendió la mano con gesto mecánico.

—¿Para qué es? —preguntó a la vez que miraba un llavín atado a una cadenita.

—La llave de la santabárbara. La trampilla está bajo la mesa. El hombre que tiene la llave manda el bergantín durante mi ausencia. El *serang* lo ha comprendido. En sus manos dejó todas las vidas de los hombres de a bordo.

Carter contempló el llavín en la palma de su mano.

—Estaba diciendo a la señora Travers que yo no confío en usted, o no del todo...

—Lo sé de sobra —le interrumpió Lingard con desprecio—. Vino usted con una maldita pistola en el bolsillo para saltarme la tapa de los sesos, ¿no es así? Estoy pensando en el bergantín. Creo que conozco a los de su caletre. Y lo sabrá hacer como corresponde.

—Tal vez sí —repuso Carter con modestia.

—No se precipite —le dijo Lingard con evidente preocupación—. Si es preciso

que entre en combate, haga uso de la cabeza tanto como de los músculos. Si sopla algo de brisa, entable combate mientras navega. Si trataran de abordarlo aprovechando la encalmada, confíe en las armas de menor calibre para espantarlos. No pierda la cabeza y... —Miró intensamente a los ojos de Carter; movió los labios sin pronunciar una sola sílaba, como si de repente acabara de enmudecer—. No piense en mí. ¿Qué le importa a usted quién sea yo? Piense en el barco —estalló—. ¡No lo pierda! ¡No lo pierda!

La pasión con que habló impresionó a sus oyentes, que parecieron envueltos entonces por un hondo silencio.

—Muy bien —dijo por fin Cáster—. Cuidaré de su bergantín como si fuera mío, pero preferiría ver todo esto con más claridad. Veamos: ¿se marcha usted a alguna parte? ¿A solas?

—Así es. A solas.

—Muy bien. Cuidado, no se le ocurra regresar con un puñado de esos morenos amigos suyos, o por el Cielo le juro que no podrá acercarse siquiera a su propio barco. ¿Debo conservar este llavín?

—Capitán Lingard —dijo de repente la señora Travers—. ¿No sería mejor contárselo todo?

—¿Contárselo todo? —repitió Lingard—. ¿Todo? Ayer podría haberlo hecho, fíjese usted: ayer mismo. ¿He dicho ayer? ¡Qué va! Hace tan sólo seis horas; hace tan sólo seis horas sí tenía algo que decir. Y usted me lo oyó decir. Ahora es tarde. ¡Contárselo! Ya no hay nada más que contar.

Permaneció un rato con la cabeza gacha; la señora Travers, que frente a él había iniciado un gesto de protesta, dejó caer los brazos. Él de nuevo levantó la vista.

—Conserve el llavín —dijo con calma—, y cuando llegue el momento hágase cargo del barco. Me doy por satisfecho.

—A mí me gustaría ver todo esto con más claridad —murmuró Carter otra vez—. ¿Cuánto tiempo tiene previsto ausentarse, capitán? —Lingard no respondió. Carter siguió a la espera—. Vamos, señor —le apremió—. Es preciso que me forme una idea. ¿Dos días, tres?

Lingard se sobresaltó.

—Días —repitió—. Días, sí. ¿Qué es lo que desea saber? ¿Dos días, tres? ¿Qué dijo el anciano? Tal vez la vida entera —y lo dijo en voz tan baja que nadie, salvo Carter, oyó sus últimas palabras.

—¿En serio? —murmuró.

Lingard asintió.

—Aguarde todo el tiempo que pueda... y luego váyase —dijo con la misma voz apenas audible.

—¿Ir? ¿Adónde?

—Adonde le venga en gana. Al puerto más cercano, a cualquier puerto.

—Muy bien. Eso por lo menos queda claro —comentó el joven con su

imperturbable buen humor.

—¡Me marchó, Hassim! —comenzó a decir Lingard, y el malayo hizo una leve inclinación con la cabeza, que no volvió a levantar hasta que no terminó de hablar Lingard. No le delató la sorpresa ni ninguna otra emoción mientras Lingard, con unas cuantas frases concisas y cortantes, le hizo entender su propósito, consistente en lograr por sus propios medios la liberación de los prisioneros.

—Y has de hallar una manera de ayudarme en la adversidad, Rajá Hassim —terminó diciendo.

—Bien —contestó él—. Nunca me habías pedido nada.

Sonrió a su amigo, el hombre blanco. Había algo sutil en su sonrisa, y después, en la firmeza con que reposaron sus labios. Immada dio un paso adelante. Miró a Lingard con claro terror en sus ojos negros y dilatados. Exclamó de un modo que su vibración sobresaltó el corazón de todos los oyentes por su indefinible sensación de alarma.

—¡Perecerá, Hassim! ¡Perecerá si va solo!

—No —repuso Hassim—. Tu temor es tan vano esta noche como lo era al amanecer. No perecerá, y menos solo.

Ella bajó despacio los párpados. Cayeron de sus ojos velados lágrimas que se desvanecieron en el silencio. Lingard arrugó la frente en pliegues que parecían contener una infinidad de sombríos pensamientos.

—Recuerda, Hassim, que cuando te prometí llevarte de regreso a tu patria tú me prometiste comportarte como un buen amigo con todos los blancos. Amigo de todos los blancos que son de mi pueblo, y para siempre.

—No me falla la memoria, Tuan —dijo Hassim—. Todavía no he regresado a mi patria, pero ¿no somos todos los dueños de nuestro propio corazón? Las promesas que hace un hombre de noble cuna perviven tanto como vive quien las hizo.

—Adiós —dijo Lingard a la señora Travers—. Aquí estará a salvo. —Miró en derredor—. Me marchó —volvió a decir, y calló. La mano que la señora Travers había apoyado al borde de la mesa comenzó a temblar ligeramente—. Es por usted... Sí. Sólo por usted... y parece que no puede ser...

Le pareció que se estaba despidiendo del mundo entero, que iba a ausentarse por última vez de su propio yo. La señora Travers no dijo ni palabra, pero Immada se interpuso entre ambos.

—¡Es usted una mujer cruel! Usted lo echa lejos de donde tiene su fuerza. Usted ha sembrado la locura en su corazón. Es usted ciega, despiadada, desvergonzada...

—Immada —dijo Hassim con calma. Nadie se movió.

—¿Qué es lo que me ha dicho? —balbuceó la señora Travers, y lo repitió con voz endurecida—: ¿Qué ha dicho?

—Perdónela —dijo Lingard—. Teme por mí...

—¿Se trata de su partida? —lo interrumpió al punto la señora Travers.

—Sí, así es. Y debe usted perdonarla. —Había apartado la mirada con algo que

recordaba un cierto azoramiento, pero de pronto le asaltó un irresistible deseo de contemplar una vez más a esa mujer. En el momento de la despedida se aferró a ella con la mirada, y lo hizo como el hombre que sostiene entre las manos una posesión disputada y de valor incalculable. El tenue sonrojo que gradualmente se extendió sobre los rasgos de la señora Travers dio a su rostro un aire de extraordinaria, pasmosa admiración.

—¿Por el peligro que usted corre? —preguntó con ansiedad. Él repelió la insinuación con un gesto de la mano con el que quiso restar trascendencia a la observación.

—Nada que valga la pena pensar dos veces. No le dé mayor importancia —dijo—. En peores situaciones me he visto. —Dio una palmada y esperó hasta oír abrirse la puerta a sus espaldas—. Despensero, mis pistolas.

El mulato de las zapatillas, con un delantal hasta el mentón, se deslizó por el camarote sin mirar a nada ni a nadie, como si allí nadie existiera.

«¿Será el corazón lo que tanto me duele? —se preguntó la señora Travers contemplando la figura inmóvil de Lingard—. ¿Cuánto ha de durar esta sensación de dolor sombrío? ¿Ha de durar por siempre...?».

—¿Cuántas mudas le pongo, señor? —preguntó el despensero mientras Lingard tomaba las pistolas de sus manos y se las enfundaba tras colocar pistones nuevos.

—Esta vez no llevaré nada.

De manos del mulato recibió un pañuelo de seda roja, un cuaderno de bolsillo, una caja de cigarros. Se anudó el pañuelo al cuello; era evidente que ésa era la rutina de siempre antes de visitar la costa. Incluso abrió la caja de cigarros para comprobar que había sido rellena.

—El sombrero, señor —murmuró el mestizo. Lingard se lo encasquetó en la cabeza.

—Atienda a las órdenes de esta señora, despensero, en tanto yo no regrese. El camarote es suyo. ¿Entendido?

Suspiró, listo para marcharse y, sin embargo, incapaz de mover un pie.

—Voy con usted —anunció la señora Travers de repente, con el tono de quien ha tomado una decisión inapelable. Él ni siquiera la miró; no alzó la vista; no dijo nada.

—¡No puede, señora Travers! —exclamó Carter.

—Por supuesto —murmuró Lingard para sí.

La señora Travers ya se había echado la capucha de su capa oscura y, en penumbra, su rostro se había vuelto de un blanco intenso, ultraterreno, en el cual el violeta de sus ojos parecía un misterio insondable. Carter dio un paso al frente.

—Usted no conoce a este hombre —exclamó.

—Lo conozco bien —replicó ella, y ante la actitud de reproche e incredulidad del otro añadió con énfasis, hablando despacio—: De veras creo que no existe un solo pensamiento, un solo acto suyo, que no conozca yo como la palma de mi mano.

«Cierto, muy cierto», dijo Lingard para sus adentros. Carter alzó los brazos con

un gruñido.

—Apártese —dijo una voz que le pareció la del trueno, y notó que algo le apretaba la mano como si fuera a aplastarle todos los huesos. Se soltó de un tirón.

—¡Señora Travers, quédese! —gritó. Habían desaparecido ya por la puerta y el ruido de sus pasos dejó de oírse. Carter se dio la vuelta aturdido, como si fuera a pedir ayuda—. ¿Quién es ese hombre, dispensero? —preguntó desencajado—. ¿Quién se cree que es, en nombre de todos los diablos enloquecidos del mundo entero?

—No es de mi incumbencia preocuparme por eso, señor. —A Carter le confundió la frialdad de ese tono filosófico—. Y tampoco es cosa suya.

—¿Ah, no? —gritó Carter—. ¡Si se ha llevado a la señora!

El dispensero miraba la lámpara con ojo crítico, y al cabo de un rato bajó la llama.

—Mejor así —murmuró.

—¡Santo Dios! —siguió diciendo Carter—. ¿Qué he de hacer ahora? —Y contempló a Hassim e Immada, que hablaban en susurros y tan sólo lo miraron sin prestar atención. Subió a cubierta y le dejó patidifuso la noche que parecía haber estado agazapada, a la espera de su llegada; tropezó con algo blando, dio una patada contra algo duro, se abalanzó a la amura.

—¡Vuelva! —gritó—. ¡Vuelva, capitán! ¡Señora Travers! O déjenme ir con ustedes.

Aguzó el oído. La brisa soplaba fresca en sus mejillas. Era como si un negro vendaje le envolviera los ojos. Y de pronto oyó la voz de la señora Travers, remota en lo más hondo de la noche.

—Defienda el bergantín —le dijo, y esas palabras, pronunciadas en la inmensidad de un universo carente de luz, hicieron vibrar todas las fibras de su cuerpo por la tristeza imperiosa de su tono—. Defienda el bergantín...

—¡Mal rayo me parta! —gritó Carter con desesperación—. ¡A no ser que vuelva usted! ¡Señora Travers!

—... como si... yo misma... estuviera... a bordo —siguió diciendo la cadencia creciente de la voz, más alejada ya, una maravilla de claridad débil e imperiosa.

Carter dejó de gritar. Trató de avistar el balandro durante un buen rato, pero al cabo desistió y se apartó de la amura. La densa oscuridad que pendía sobre la cubierta del bergantín se agitó como una charca oscura por efecto de su salto; se balanceó, refluyó, pareció romperse hecha trizas. Algunos manchurriones de negrura se enroscaron, se alejaron; se oyeron pasos descalzos, confusos murmullos que enseguida cesaron. «Vaya soldados —musitó—. Toda la tripulación es puro alboroto». Después aguzó el oído y captó los tumultuosos ronquidos de los blancos que dormían en hileras, con las cabezas bajo el saltillo de popa. A sus pies, el perro negro de la goleta, invisible y encadenado a una argolla de amarre, emitió un llanto quejumbroso; se estremecieron los eslabones de la cadena, rascó con las zarpas

aquella tablazón desconocida, rogando por caridad la atención de un ser humano. Carter se agachó impulsivamente y recibió un lametazo en la cara.

—Hola, chico —le dio varias palmadas en los costados de pelaje rizado, le acarició la cabeza—. Buen chico, Foque. Échate, eso es. No tienes ni idea de lo que pasa, ¿verdad? —El perro se quedó quieto como un muerto—. Bueno, pues yo tampoco entiendo nada —murmuró Carter. Ahora bien, naturalezas como la suya son las que tienden a encontrar gran ayuda en un animoso desdén por las intrincadas, inagotables sugerencias del pensamiento. Se dijo que bien pronto vería en qué paraba todo aquello, y si no, al tiempo. Descartó toda ulterior especulación. De haber sido algo mayor, habría comprendido que la situación estaba más allá de su alcance, pero era demasiado joven para verla en su conjunto y como algo del todo ajeno a él. Todos aquellos inexplicables acontecimientos lo colmaban de una honda preocupación; por otra parte, obraba en su poder el llavín de la santabárbara, y en el fondo de su corazón no hallaba motivo alguno para tenerle inquina a Lingard. Por fin tenía total seguridad en este aspecto, y saber al menos eso, después de tantas inquietudes y tanto conflicto interior, era como avanzar un buen trecho hacia la solución. Cuando siguió a Shaw al camarote, no pudo reprimir cierta sensación de disfrute, y tampoco disimular una sonrisa tenue y maliciosa.

—¿Y dice usted que se ha largado? ¿Y que se ha llevado a la señora? —comenzó a discursar Shaw en voz altisonante, ya desde la puerta—. ¿De veras? Bien, pues no me extraña nada. ¿Qué se puede esperar de un hombre así? Abandona su barco en una rada abierta sin... no diré que sin dar órdenes precisas, pero sí que diré que sin comunicar una sola palabra a su lugarteniente. ¡Y encima en una noche como ésta! Eso basta para demostrar qué clase de hombre es. ¿Le parece a usted manera de tratar al primer oficial de a bordo? Deduzco que se sintió molesto por el pequeño al-ter-cado que tuvimos poco antes de que llegara usted a bordo. Sí, le dije un par de verdades a la cara, pero... Es lo de menos. La ley es la ley, y a mí con eso me basta. Mientras no se encuentre él a bordo, yo ejerzo las funciones de capitán; si no termina muy pronto domiciliado en una de las cárceles de Su Majestad, le au-to-ri-zo a usted, escúcheme bien, a llamarme holandés. Fíjese bien y retenga lo que le digo.

Caminó con aire de suficiencia, tomó asiento y escrutó el camarote con ademán autocrático y despreocupado; de pronto, se le pusieron los ojos como platos de puro asombro y de indignación. Señaló con un dedo índice grueso y tembloroso.

—Negracos —dijo desabridamente—. ¡En la cámara! ¡Nada menos que en la cámara! —Pareció quedarse sin habla.

Desde que entrase en la cabina, Hassim lo observaba en silencio, pensativo y expectante.

—Esto no se puede consentir —siguió diciendo con vehemencia genuina—. ¡Maldita sea! Es demasiado el respeto en que me tengo. —Se puso en pie con toda su parsimonia; se le salían los ojos de las cuencas mientras los miraba fijamente y con toda su dignidad—. ¡Fuera de aquí! —profirió de pronto, y dio un paso al frente.

—¡Dios del Cielo! ¿Pero qué es lo que hace, señor mío? —preguntó sorprendido y sin embargo desapasionado el dispensero, que acababa de asomar la cabeza por la puerta—. Son los amigos del capitán.

—Dígame qué amigos tiene y le diré yo... —comenzó a decir Shaw dogmáticamente, aunque sin previo aviso adoptó un tono de admonición—. Quite la jeta de ahí en medio, friegaplatos. No son amigos míos. Yo no soy un vagabundo. Sé muy bien qué me es debido. ¡Basta! —exclamó con ferocidad. Con un movimiento alerta, Hassim sujetó la empuñadura de su *kris*. Shaw hinchó los carrillos y frunció el ceño.

—¡Mucho cuidado! Lo va a ensartar como a un cerdo —murmuró Carter sin mover un músculo. Shaw miró en derredor con aire de desamparo.

—Y usted se frotaría las manos de gusto, ¿no es cierto? —dijo despacio, con amargura. La sonrisa fría de Carter, sin comprometerse, le desarmó más de lo que estaba por su horrible gelidez. Un extremo abatimiento ocupó el lugar del sentimiento de orgullo racial herido en el primitivo espíritu del oficial.

—¡Dios del Cielo! ¡Qué suerte la mía! ¿Qué he hecho yo para caer entre esta chusma? —gimoteó, y se dejó caer en el banco, sujetándose la cabeza de cabellos canosos entre ambas manos. Carter se hizo a un lado para dejar sitio a Immada, la cual obedeció a un susurro de su hermano y se dispuso a salir de la cámara. Salió tras un primer momento de vacilación, durante el cual miró a Carter una sola vez. Su hermano, inmóvil, en actitud defensiva, protegió su retirada. Desapareció. Hassim agarró con menos fuerza la empuñadura de su arma; contempló todos los objetos de la estancia como si quisiera memorizar su posición para siempre, y entonces siguió a su hermana con pisadas insonoras.

Ingresaron en las mismas tinieblas que habían recibido y ocultado las almas atormentadas de Lingard y Edith, pero para estos dos la luz de la que se vieron impelidos a huir era ya como la luz de las esperanzas prohibidas; tenía la terrible e inmóvil brillantez que despide una luz encendida en tierra firme para el nadador exhausto, que a punto está de entregarse al fatídico mar. Volvieron la vista atrás; había desaparecido; Carter había cerrado la puerta del camarote a sus espaldas, para hablar bien claro con Shaw sin perder más tiempo. Deseaba alcanzar algún tipo de compromiso que funcionase con quien nominalmente capitaneaba el barco, pero el primero de a bordo estaba tan desmoralizado por la novedad de las agresiones lanzadas contra su respetabilidad que el joven defensor del bergantín no pudo extraer de él más que lamentos entremezclados con mansas blasfemias. El bergantín dormía, y por toda la cubierta en calma las voces proferidas en el camarote, las apelaciones y los reproches con que Shaw increpaba y vociferaba contra el cielo, junto al inflexible y arrastrado modo de hablar de Carter, se mezclaban en un murmullo amortiguado, modulado, continuo. Los vigías del combés, inmóviles, asomados a la oscuridad con un oído atento al mar, eran conscientes de esa extraña resonancia, como el espectro de una trifulca, que parecía aletear a sus espaldas. Wasub, tras despedir a Hassim e

Immada a bordo de su canoa, rondaba ojo avizor por el barco, recorriéndolo en toda su eslora con gesto vigilante. No lucía una sola estrella en el cielo, ni un solo brillo en el agua; no había horizonte, perfil, forma en la que descansar la mirada: nada que la mano pudiera asir. Una oscuridad que parecía carecer de límites en el espacio y el tiempo había anegado el universo como una destructiva inundación.

El soplido de la brisa mantuvo un rato al pequeño balandro en las inmediaciones del bergantín. La vela izada, invisible, flameaba débilmente, misteriosamente, y el balandro cabeceaba, subía y bajaba corporalmente con el paso de cada imperceptible ondulación de las aguas, como si reposara sobre el pecho de un ser vivo. Lingard, con la mano sobre el timón, iba sentado muy erguido, expectante, silencioso. La señora Travers se había abrigado con la capa muy ceñida al cuerpo. Los dos lanzaban miradas infinitamente profundas a un vacío en el que ninguna luz alentaba esperanza alguna, y estaban pese a todo tan cerca del bergantín que el penoso lloriqueo del perro, sumado al colérico zarandeo de la cadena, llegaba a sus oídos y evocaba siniestras imágenes de aflicción y de furia. Un ladrido cortante, terminado con un aullido quejumbroso que pareció suscitado por el paso de fantasmas cuya presencia era invisible para los hombres, desgarró de pronto la negra quietud del mar como si el instinto del animal, inspirado por el alma de la noche, hubiera dado voz en un lastimero quejido al miedo cerval a las sombras. No muy lejos del balandro, a bordo de su canoa, Hassim e Immada arrastraban los remos por el agua, sentados e inmersos en un letargo inconquistable, como si las caprichosas rachas de la brisa hubieran llevado a sus corazones el sutil veneno que, muy pronto, los entregaría a la muerte.

—¿Has visto los ojos de esa mujer blanca? —exclamó la muchacha. Dio una ruidosa palmada y permaneció con los brazos extendidos, las manos entrelazadas—. ¡Oh, Hassim! ¿Has visto cómo le brillaban los ojos, igual que los rayos de luz que traspasan las ramas cargadas de hojas en la jungla? Me atravesó esa mirada. Me hizo temblar su voz. La vi caminar detrás de él y me dio la impresión de que esa mujer no vive en la tierra. ¡Todo esto es brujería!

Siguió lamentándose en la noche. Hassim permaneció en silencio. No se hacía ninguna ilusión, y de cualquier otro hombre que no fuera Lingard habría sospechado que su proceder era en el fondo el mero desatino de un suicida. Para él, Travers y D'Alcacer eran dos poderosos rajás, seguramente emparentados con la máxima autoridad de la tierra de los ingleses, que él bien sabía que era una mujer. En cambio, el porqué acudieron a inmiscuirse con la recuperación de su propio reino le suponía un problema insoluble. Estaba preocupado por la seguridad de Lingard. Que el riesgo en que había incurrido fuese sobre todo por él —de modo que las perspectivas halagüeñas de la gran aventura no se arruinasen debido a una trifulca generalizada por la vida de aquellos blancos— no le afectó tanto como podría imaginarse. Había en él algo que daba a la acción emprendida por Lingard el aire de lo ineludible. ¿No era él acaso el Rajá Hassim? ¿No era el otro un hombre de gran corazón, de brazos fuertes, de valor y de orgullo probados, un hombre en fin de grandeza suficiente para

proteger a una princesa de alta cuna? ¿No era un amigo del alma? Las palabras de Immada evocaron una sonrisa que, como las palabras mismas, se perdió en la oscuridad.

—Olvida tus cuidados —le dijo con dulzura—, no sea, hermana mía, que lleguemos demasiado tarde.

El advenimiento del día arrojaría su luz sobre algún acontecimiento decisivo. Hassim pensaba en sus hombres, los que guardaban el *Emma*, y deseó estar en un lugar desde el cual pudieran oír su voz. Lamentó que Jaffir no estuviera allí. A Hassim le entristeció la ausencia, a su lado, del hombre que una vez portó el que él supuso que habría de ser su último mensaje enviado a su amigo. Había vivido lo suficiente para gozar con las nuevas esperanzas, para afrontar nuevas complicaciones y, quizás, para emitir todavía otro mensaje más, mientras la muerte llamaba a sus puertas con las manos de los enemigos armados hasta los dientes. Se afianzó la brisa; las rachas empujaban la canoa con suavidad sobre las lomas del agua antes de romper, yendo casi al paso de un caminante por tierra. Avanzaban despacio, pero el corazón de Immada estaba más fatigado incluso que sus brazos, y Hassim, remando sin salpicar por babor y estribor, trataba de precisar los perfiles sombríos de las isletas. Muy por delante de la canoa, y con su mismo rumbo, el balandro del bergantín surcaba las aguas con la vela terciada en busca de ese estrecho y sinuoso pasaje que unía la costa con los médanos del sur, el pasaje conducente a la boca del riachuelo que conectaba la laguna con el mar.

Así, en esa noche sin estrellas, estaban poblados los Bajíos por almas inquietas. El espeso velo de las nubes permanecía tendido sobre ellas, y así las separaba del resto del universo. A ratos, la señora Travers sentía la impresión de una velocidad mareante; de nuevo, se le antojaba que la embarcación permanecía inmóvil, que el mundo entero se aquietaba por completo, y que sólo su capricho rondaba a sus anchas, libre de toda traba o cortapisa. Lingard, perfectamente inmóvil a su lado, llevaba el rumbo según el tacto del viento. En un momento percibió a proa el parpadeo de una luz tenue, lívida, que la tierra parecía arrojar contra la uniforme negrura del cielo. El balandro se aproximaba a los Bajíos que jalonaban las Aguas Someras. El confuso clamor del agua quebrada ahondaba sus notas.

—¿Cuánto hemos de seguir navegando así? —preguntó la señora Travers con dulzura. No reconoció la voz que dijo «siempre» en respuesta a su pregunta. Tuvo el tono impersonal de una voz sin dueño. Se le aceleró el pulso.

—¡Capitán Lingard! —gritó.

—Sí, ¿qué? —dijo él con nerviosismo, como si hubiera despertado sobresaltado de un sueño.

—Le he preguntado que cuánto hemos de seguir navegando así —repitió ella con toda claridad.

—Si aguanta el viento, estaremos en la laguna poco después de que raye el alba. Será el momento propicio. La dejaré a bordo del casco con Jörgenson.

—¿Y usted? ¿Qué hará usted? —preguntó, y tuvo que aguardar un rato su respuesta.

—Haré lo que pueda —le oyó decir por fin. Siguió otra pausa—. Todo lo que pueda.

Dejó de soplar el viento. Flameó la vela.

—Tengo plena confianza en usted —dijo—, pero ¿está usted seguro del éxito?

—No.

La futilidad de su pregunta fue devuelta de lleno a la señora Travers. En muy pocas horas de vida había sido arrancada de todas sus certidumbres y arrojada a un mundo de improbabilidades. En vez de aumentar su desazón, este pensamiento pareció sosegarla. Lo que experimentaba no era la duda, y no era el miedo. Era algo distinto. Tal vez sólo fuera una gran fatiga.

Oyó una detonación amortiguada que se le antojó provenía del fondo del mar. Fue más un golpetazo que una vibración. Había roto una ola entre los Bajíos; la lívida claridad, la ardentía que Lingard había avistado a proa resplandecía y parpadeaba en láminas blanquecinas, expandidas, ya mucho más cerca del balandro. Y todo eso, el menguante estallido de la luz a flor de agua, el tenue golpetazo de algo remoto e inmenso que se desplomase en ruinas, tenía lugar fuera de los límites de su propia vida; ella seguía rodeada por unas impenetrables tinieblas y por un silencio impenetrable. Las rachas de viento soplaban a su alrededor antes de cesar; la vela se deshinchaba, temblaba audiblemente, se henchía de nuevo y de nuevo quedaba inerte; una vez más, la sensación de velocidad vertiginosa y de absoluta inmovilidad se iban sucediendo, pisándose por así decir los talones una a la otra, hasta fundirse en un extravagante estado de precipitado avanzar y de paz profunda. La negrura la envolvía como si fuera la enervante caricia de un universo tenebroso. Era a un tiempo amable y destructiva. Su languidez llevó su alma a la rendición. No existía nada, y hasta sus mismos recuerdos se disiparon en el espacio. Se dio por contenta de que nada existiera.

Lingard, en todo momento consciente del contacto entre los dos en la estrecha tilla de popa, se sobresaltó al notar la presión ejercida por la cabeza de la mujer al vencerse sobre su hombro. Se puso todavía más rígido, como si ante la proximidad del peligro tratase de disimular su propia vida de la rigidez sin respiración de su cuerpo. La embarcación ascendía y descendía lentamente; una región de espuma y de salientes rocosos se extendía ante el rumbo que había tomado, siseando como un caldero gigantesco; una racha de viento la llevó directamente hacia ella, aunque sólo fue un momento, y pasó y la dejó abandonada al balanceo regular del oleaje. La pugna de las rocas, por siempre abrumadas y emergentes, contra el mar siempre victorioso y repelido, fascinaba al hombre. La contemplaba como hubiera contemplado algo que se desarrollara en su interior, mientras la señora Travers dormitaba sujeta por su brazo, apretada a su costado, abandonada a su apoyo. Los Bajíos que salvaguardaban la Costa del Refugio le habían dado su primer atisbo del

éxito, el sólido respaldo que necesitaba para pasar a la acción. Los Bajíos eran el cobijo de sus sueños; sus voces tenían el poder de apaciguar y exaltar sus pensamientos mediante la promesa de que sus esperanzas serían libres. Nunca había existido una amistad tan desprendida... Una masa de espuma blanca que giraba en torno a un centro de intensa negrura pasó rodando en silencio junto al costado del balandro... La mujer a la que sujetaba como a una cautiva por el brazo también había sido un regalo de las Aguas Someras.

De pronto, en un arenal distante atisbo el rojo resplandor de la fogata encendida en el campamento de Daman como si fuera el parpadeo de una linterna de señales al nivel mismo de las aguas. Le recordó la existencia de los dos hombres, esos otros cautivos. Si la canoa de guerra que los transportase a la laguna hubiera zarpado del arenal poco después de que Hassim se alejara del campamento de Daman, Travers y D'Alcacer sin duda estaban a esas alturas río adentro. Cada vez que pensaba en pasar a la acción, Lingard era presa de un sentimiento odioso, ya que todo lo que podía hacer era apresurar el momento de la separación de esa mujer a la que había confesado todo el secreto de su vida.

Y ella dormía. Era capaz de dormir. La miró tal como habría contemplado la adormecida ignorancia de una niña chica, si bien en su interior la vida misma tenía el fiero latir de los momentos supremos. Muy cerca, los remolinos siseaban entre los juncos, el agua burbujeaba entre los pedregales de la orilla, se aferraba a las rocas con trágicos murmullos que recordaban promesas, adioses o plegarias. Desde las distancias insondables de la noche, la hinchazón de la marea asaltaba la cara más a mar de los Bajíos. Notó la proximidad de la mujer con tal intensidad que no oyó nada. De pronto pensó en la muerte.

—¡Despierte! —le gritó al oído a la vez que se volvía en el banco. La señora Travers se quedó boquiabierta; un espumarajo le dio en la cara y notó cómo le corrían las gotas de agua salada por la cara; probó el sabor de las gotas en los labios, tibias y amargas como las lágrimas. Una ondulación velocísima, seguida por otra y otra más, alzaron el balandro al máximo; con la brisa de través, el balandro atravesó un trecho de aguas calmas sin demasiada escora.

—Ya hemos salvado los arrecifes —señaló Lingard con alivio evidente en la voz.

—¿Es que hemos corrido peligro? —preguntó la señora Travers en un susurro.

—Bueno, al bajar el viento nos llevó la corriente hasta muy cerca de las rocas —respondió—. Tuve que despertarla. Mal hubiera estado que se despertase de pronto en medio del agua.

¡Así que se había dormido! Le pareció increíble que hubiera podido cerrar los ojos en el pequeño balandro a sabiendas de la desesperada misión en que se habían embarcado, y en un mar tan adverso. A su lado, el hombre se inclinó hacia delante, extendió el brazo y el balandro ganó más velocidad a merced del viento, pero sin escora ninguna. Un banco inmóvil e indistinto, abocado al mar, se alargaba indefinidamente a la derecha en una ominosa quietud. Llamó la atención de Lingard.

—Fíjese en esa nube espantosa.

—Esa nube es la costa, y dentro de nada habremos empezado a remontar el río — dijo con suma tranquilidad. La señora Travers la miró despacio. Era tierra. ¡Tierra! Le pareció aún menos palpable que una nube, una mera inmovilidad siniestra por encima de la inquietud del mar, que acunase en sus honduras la inquietud de los hombres que, a su juicio, no tenían más realidad que la fantasía de las sombras.

5

Nada más poner la vista en él, lo que más sorprendió a la señora Travers de Jörgenson fue su aspecto de ser de otro mundo. Tanto tiempo había pasado enterrado, fuera de la vista de todos, que su cuerpo largo y macilento, sus movimientos mecánicos y sin prisas, su cara reposada y la mirada vacua de sus ojos hacían pensar en una indiferencia invencible ante todas las sorpresas que pudiera depararle la tierra. Esa apariencia de resucitado que parecía concitada por un embrujo o una conjura paseaba por los puentes y las cubiertas de lo que incluso a ojos de la señora Travers sólo parecía el mero cadáver de un barco; le dirigió dos ojos hundidos en las cuencas, inexpresivos, de aspecto casi ultraterreno. Nunca se había sentido la señora Travers mirada de ese modo, con esa extraña y preñada abstracción. Con todo, no le desagradó Jörgenson. Con la primera luz de la mañana, blanco de la cabeza a los pies en un traje perfectamente limpio que a duras penas parecía albergar ninguna extremidad, recién afeitado (en las mejillas de Jörgenson, con su marchito color, siempre se notaba un extraño brillo, como si tuviera la costumbre de afeitarse cada dos horas o así), parecía tan inmaculado como si en efecto fuera un espíritu puro y estuviera muy por encima del contacto con la tierra material y su suciedad. Era perturbador, pero no repulsivo. No dio ninguna señal de bienvenida.

Lingard lo interpeló de inmediato.

—Has hecho construir una escala en el costado del buque, Jörgenson —le dijo—. Y era muy útil al llegar a bordo, pero en caso de ataque, no sé si ahora...

—He pensado en eso. —No existía en el mundo nada tan desapasionado como la voz del Capitán H. C. Jörgenson, ex de la barcaza *Wild Rose*, desde que de nuevo atravesara las Aguas del Olvido para regresar a la vida de los hombres—. Lo he pensado, pero como no quiero armar jaleo...

—Así que no quieres armar jaleo —le interrumpió Lingard.

—No. Creo que no serviría de nada. ¿Opinas igual, Rey Tom?

—Yo tal vez tenga que armar jaleo.

—Y por eso has venido en tu pequeño balandro, sin más, dispuesto a armar jaleo. ¿Es eso?

—¿Qué te sucede? ¿Es que aún no me conoces, Jörgenson?

—Creí que te conocía, pero ¿cómo iba yo a saber que un hombre como tú llegaría dispuesto para el combate con una mujer a rastras?

—Esta dama es la señora Travers —dijo Lingard—. La esposa del infortunado caballero del que se apoderó Daman la pasada noche... Y éste es Jörgenson, el amigo del que tanto le he hablado, señora Travers.

La señora Travers esbozó una frágil sonrisa. Registró con la mirada cuanto la rodeaba, y la extrañeza del entorno, la abrumadora curiosidad, el conflicto entre el interés y la duda le dieron el aspecto de ser una persona nueva en la vida, con una actitud inocente e ingenua ante las sorpresas que le habría de deparar la experiencia. Parecía muy cándida y juvenil entre esos dos hombres. Lingard la contemplaba con esa ternura inconsciente, teñida de maravilla, que algunos hombres manifiestan ante la adolescencia de las mujeres. No había en su apostura ni rastro del conquistador de reinos. Jörgenson mantenía intacta su asombrosa abstracción, desde la cual parecía no ver ni oír nada. Sin embargo, era evidente que mantenía su misterioso dominio sobre los acontecimientos del mundo de los vivos, ya que preguntó con toda naturalidad:

—¿Cómo ha escapado?

—La dama no estaba en el arenal —explicó Lingard sucintamente.

—¿Qué arenal? —preguntó Jörgenson a modo de inciso—. ¿Han saqueado el yate, Tom?

—No, ni mucho menos —dijo Lingard.

—Ya. ¿Muchos muertos?

—Te digo que no sucedió nada parecido —repuso Lingard con impaciencia.

—¿Cómo? ¿No hubo lucha? —inquirió Jörgenson sin ningún síntoma de animación.

—No.

—Pero tú eres un hombre de lucha.

—Escúchame bien, Jörgenson. Las cosas fueron de tal modo que antes de que llegara el momento de luchar ya era demasiado tarde. —Se volvió a la señora Travers, que seguía mirando en derredor con ojos ansiosos y una frágil sonrisa en los labios—. Mientras charlaba con usted esa noche, desde el balandro, ya era demasiado tarde. Nunca tuvimos tiempo para nada. Se lo he dicho todo acerca de mí, señora Travers, y usted sabe de sobra que digo la verdad cuando insisto en que era demasiado tarde. ¡De haber estado usted a solas en ese yate, en alta mar...!

—Sí —le interrumpió ella—, pero no estaba sola.

Lingard agachó la cabeza con el mentón pegado al pecho. El sabor prematuro del calor de mediodía ya estancaba la centelleante frescura de la mañana. La sonrisa había desaparecido de los labios de Edith Travers, y sus ojos descansaban en la cabeza gacha de Lingard con una expresión en la que ya no había ni rastro de curiosidad, pero que sin duda se le habría antojado enigmática a Lingard en caso de pararse a mirarla, Jörgenson, en cambio, no miraba nada.

—¿Qué has dejado allá fuera, Tom? —le preguntó desde la lejanía de su pasado

muerto—. ¿Qué es lo que hay?

—El yate sigue varado en los Bajíos. Mi bergantín está anclado. Y hay un centenar de los peores vagabundos illanuns al mando de tres jefezuelos, con dos praos de guerra atracados en el arenal. Puede que Daman esté con ellos.

—No. Imposible —dijo Jörgenson con toda seguridad.

—Así que ha vuelto —exclamó Lingard—. Y se ha traído a los prisioneros consigo.

—Tocó tierra a la luz de las antorchas —señaló con precisión la sombra del Capitán Jörgenson, antes de la barcaza *Wild Rose*. Extendió el brazo para señalar a la otra orilla de la laguna, y la señora Travers se volvió en esa dirección.

El panorama era de una gran luminosidad y de una soledad no menos grande. Viajó su mirada por encima de la lustrosa, oscura lámina del agua desierta, hasta una orilla flanqueada por una playa de arena blanca, también desierta, en la que no vio señales de vida humana. Los habitantes que pudiera haber estaban perdidos a la sombra de los frutales, enmascarados por los trechos cultivados de maíz mestizo y las plantaciones de plátanos. Cerca de la orilla, las líneas rígidas de dos empalizadas, dos fuertes bastante toscos, se distinguían a uno y otro flanco de la playa; entre ambos, con un gran espacio abierto a la entrada, la techumbre marrón e inclinada de un edificio enorme, alargado, que parecía suspendido en el aire y ostentaba una gran bandera cuadrada y desplegada al viento. Había en el cielo algo parecido a una pequeña llamarada muy clara, el coral blanco y esculpido que remataba la mezquita, en el que se prendían los rayos del sol. Una gran multitud de alegres grímpolas y gallardetes, blancos y rojos, ondeaban sobre los tejados semiescondidos, sobre la brillantez de los campos, en medio de la sombra de las arboledas. Sin embargo, bien podría ser un poblado desierto, un mero decorado abandonado por sus habitantes. Lingard señaló la empalizada de la derecha.

—Allí es donde se encuentra su esposo —dijo a la señora Travers.

—¿Quién es el otro? —inquirió Jörgenson a sus espaldas. También miraba a lo lejos, pero su extraña manera de mirar parecía clavarse en el vacío, más allá de la empalizada.

—Si no estoy equivocado, un caballero español, señora Travers. Eso dijo usted —señaló Lingard.

—Resulta extremadamente difícil creer que haya nadie allí —murmuró la señora Travers.

—¿Los viste a los dos, Jörgenson? —preguntó Lingard.

—No logré distinguir a nadie. Estaban demasiado lejos, estaba demasiado oscuro.

A decir verdad, Jörgenson no había visto nada, una hora antes de que amaneciera, salvo el remoto resplandor de las antorchas al tiempo que le alcanzaban los gritos altisonantes de un excitado gentío desde el otro lado de la laguna, como un tenue y tempestuoso murmullo. En su momento, desaparecieron las luces como una procesión que se internase por la arboleda en las empalizadas defensivas. El lejano

resplandor se desvaneció en la oscuridad y los murmullos del gentío invisible cesaron de pronto, como si se los llevase la sombra de la noche en retirada. Siguió rauda la luz del día, desvelando al insomne Jörgenson la desolación de la orilla y los fantasmales perfiles de aquellas formas familiares, los árboles agrupados y las viviendas esparcidas. Había visto cómo asomaban los diversos colores con el alba, los amplios cultivos del Asentamiento y los múltiples matices, del verde enmarcados a lo lejos por las finas líneas negras que formaba la linde de la jungla, su protección misma.

La señora Travers permanecía acodada en la amura, tan inmóvil como una estatua. Su rostro había perdido toda su movilidad y tenía las mejillas de un blanco sepulcral, como si toda la sangre de su cuerpo hubiera refluído a su corazón y no saliera de allí. Hasta sus labios habían perdido el color. Lingard la tomó con aspereza por el brazo.

—No lo haga, señora Travers. ¿Por qué se deja aterrorizar de ese modo? Si no cree en lo que dije, pregunte a Jörgenson...

—Pregúntemelo a mí —murmuró Jörgenson para su blanco bigote.

—Hable claro, Jörgenson. ¿Qué piensa usted? ¿Están vivos los caballeros?

—Desde luego —dijo Jörgenson en tono decepcionado, como si se esperase una pregunta mucho más difícil de contestar.

—¿Corren sus vidas peligro inmediato?

—Pues claro que no —dijo Jörgenson.

Lingard se alejó del oráculo.

—Ya lo ha oído, señora Travers. Bien puede dar crédito a todo lo que le diga. No hay en el Asentamiento una sola idea, un propósito, por secreto que sea —siguió diciendo a la vez que señalaba la sorda soledad de la laguna—, que este hombre no conozca tal como si fueran suyos.

—Yo lo sé —dijo Jörgenson mecánicamente—. Pregúnteme.

La señora Travers no dijo nada. Hizo un leve movimiento, y toda su rígida figura se balanceó peligrosamente. Lingard la tomó con firmeza por la cintura; ella no pareció percatarse hasta que volvió la cabeza y se encontró la cara de Lingard muy cerca de la suya. Sus ojos, llenos de preocupación, miraron tan estrechamente los de ella que se vio obligada a cerrarlos, como una mujer al borde del desmayo.

El efecto que esto surtió en Lingard fue tal que ella notó cómo apretaba el brazo, y en cuanto abrió los ojos recobró algo de color en las mejillas. Afrontó su honda expresión de soledad con una mirada tan fuerte, una mirada que a su pesar resultó tan profundamente vivida, que su claridad pareció postergar todo el pasado de Lingard a las sombras.

—No me encuentro mal —afirmó con voz perfectamente reposada—. No se trata de eso. —A Lingard le pareció una voz fría como el hielo.

—Muy bien —accedió con una sonrisa resignada—. Pero haga el favor de sujetarse a la amura antes de que la suelte. —Ella también se obligó a esbozar una

sonrisa.

—Cuánta incredulidad —comentó ella, y por un instante no hizo el menor movimiento. Por fin, a manera de concesión, apoyó en la amura las yemas de los dedos. Lingard retiró el brazo con que la sujetaba muy poco a poco—. Y le ruego que no me tome por una mujer débil y convencional, por la delicada dama que sin duda se habrá imaginado que soy —dijo de cara a Lingard, con un brazo extendido hacia la amura—. Le ruego que se esfuerce por descartar cualquier idea preconcebida sobre cómo debería ser una mujer como yo. Tal vez soy tan fuerte como usted, Capitán Lingard. Lo digo literalmente. Fíjese en mi cuerpo.

—¿No le parece que eso ya lo he visto hace tiempo? —Le oyó ella protestar con voz profunda.

—Y en mi valentía —prosiguió la señora Travers, con una expresión encantadoramente indecisa entre el fruncimiento y la sonrisa—. ¿No le dije hace unas cuantas horas, ayer mismo por la noche, que no era capaz de atemorizarme a fuerza de pensar? ¿Recuerda? Usted me rogó que no lo hiciera. No se imagine siquiera que me daría vergüenza intentar tal cosa. Pero no lo habría logrado. No. Ni siquiera por el reino de otras personas. ¿Me entiende?

—Sabe Dios —dijo un Lingard muy atento al cabo de un rato, con un suspiro inesperado—. Ustedes parecen estar hechos de otra pasta.

—¿Por qué se le ha metido esa idea tan absurda en la cabeza?

—No he querido decir que sea ni mejor ni peor. No quiero decir que sea malo. Lo que intento decir es que es usted diferente. Eso se nota a la legua. Y aquí estamos.

—Sí, aquí estamos —repitió la señora Travers—. En cuanto a este momento de emoción, no me lo ha provocado la preocupación por nada ni por nadie. No me siento aterrada. Ni siquiera sabría concentrar mi temor en una imagen precisa. Y usted piensa que soy desvergonzadamente despiadada al decírselo.

Lingard no hizo el menor gesto. No se le ocurrió hacer un solo gesto. Lisa y llanamente, permaneció prendido de las palabras de la señora Travers, como si fuera sólo por el sonido de las mismas.

—Quiero ser muy sincera con usted —siguió diciendo ella—. ¿Qué sé yo del salvajismo, la violencia, el asesinato? No he visto un cadáver en toda mi vida. La luz, el silencio, el misterioso vacío de este lugar han afectado de manera más que repentina mi imaginación, o al menos eso creo. ¿Qué sentido tiene esta maravillosa paz en la que nos hallamos usted y yo a solas?

Lingard meneó la cabeza. Vio el fino brillar de los dientes de la mujer entre sus labios abiertos por la sonrisa, tal como si todo el ardor de su convicción se hubiera disuelto al término de su discurso en un melancólico reconocimiento de la sociedad que formaban los dos ante las cosas que escapaban a su mutuo entendimiento. Y sintió la calidez de un mínimo desamparo presente en esa sonrisa. A menos de un metro, la sombra de Jörgenson, macilenta y nítida, contemplaba el vacío.

—Sí. Es usted muy fuerte —accedió Lingard—. Pero tras toda una noche sentada

en un balandro tan escueto... Me extraña que no esté usted tan agotada que no se tenga en pie.

—No estoy agotada. Ni mucho menos —lo interrumpió ella sin dejar de sonreír—. En efecto, soy una mujer de gran fortaleza —añadió muy en serio—. Pase lo que pase, le aconsejo que no lo olvide.

Lingard la contempló con admiración. Sin embargo, la sombra de Jörgenson, tal vez al captar pese a su lejanía el sonido de la palabra «mujer», de pronto se conmovió y dio rienda suelta a sus reproches con la entera libertad de una figura fantasmagórica, llevado por una indignación en modo alguno apasionada.

—¡Una mujer! Es lo que faltaba, te lo digo yo. Es la última gota... que tú, Tom Lingard, Tom el de los ojos rojos, el Rey Tom, el de tantos sobrenombres espléndidos, que tú hayas dejado tus armas a veinte millas de aquí, junto con tus hombres, tu bergantín, que es toda tu fuerza, para venir con la boca llena de palabras de guerra, pero con las manos vacías y una mujer a rastras... ¡En fin! ¡En fin!

—No te olvides, Jörgenson, de que la señora te escucha —le reconvino Lingard en tono de fastidio—... No ha querido ser descortés —comentó a la señora Travers en voz alta, como si Jörgenson en efecto no fuera más que una ilusión inmaterial y carente de sentimientos—. Ha olvidado...

—La mujer no se ofende en modo alguno. No pido nada más que el hecho de que se me tome como soy.

—¡Y no se le olvida detalle! —murmuró Jörgenson con una suerte de seguridad fantasmal, como si fuera para su propia satisfacción—. ¿Adónde va a parar este mundo en que vivimos?

—Fui yo la que insistió en venir con el Capitán Lingard —dijo la señora Travers, invitando a Jörgenson a una fascinante dulzura en su manera de hablar.

—¡Es lo que yo digo! ¿Adónde va a parar este mundo en que vivimos? ¿Es que no tiene opiniones propias el rey Tom? ¿Qué se ha hecho de él? ¡Está loco! Dejar su bergantín con ciento veinte piratas de los pies a la cabeza, de lo peorcito que hay, a bordo de dos praos en la otra orilla del arenal. ¿También insistió usted en ese detalle? ¿Es que se ha puesto él en manos de una extraña mujer?

Jörgenson parecía formular todas esas preguntas sólo para sí mismo. La señora Travers observó su mirada inexpresiva, reparó en la voz que parecía comunicarse sólo consigo misma, en su ultraterrena carencia de animación. De algún modo difícil de precisar, eso mismo facilitaba que a ese hombre se le dijera toda la verdad.

—No —dijo—. Soy yo quien se halla por completo en sus manos.

Nadie habría llegado a suponer que Jörgenson oyó una sola palabra de esa declaración tan enfática, al menos si no se hubiera dirigido acto seguido a Lingard con una pregunta ni más ni menos abstraída que el resto de sus pronunciamientos.

—¿Por qué la has traído?

—No entiendes nada. Era lo correcto, lo adecuado. Uno de los caballeros es el esposo de esta dama.

—Ah, ya —musitó Jörgenson—. ¿Y el otro?

—Ya te lo hemos dicho. Es un amigo.

—Pobre señor D'Alcacer —dijo la señora Travers—. Qué mala suerte la suya al aceptar nuestra invitación. La verdad es que no pasa de ser un simple conocido.

—Apenas me fijé en él —observó Lingard un tanto cariacontecido—. Estaba hablando con usted cuando subí yo a bordo del yate, tal como si fuera un muy buen amigo suyo.

—Siempre nos hemos entendido muy bien —dijo la señora Travers, tomando de la amura el catalejo que encontró posado—. Siempre me ha gustado sobre todo por su franqueza, pero también por su gran lealtad.

—¿Y qué ha hecho? —preguntó Lingard.

—Amar —repuso la señora Travers a la ligera—. Pero ésa es una vieja historia.

Se llevó el catalejo a uno de los ojos, con un brazo extendido para sostener el instrumento en toda su longitud, y Lingard olvidó a D'Alcacer mientras admiraba el temple de su actitud y la absoluta firmeza con que sujetaba el pesado catalejo. Después de tantas emociones, después de toda la fatiga, era firme como una roca.

La señora Travers enfocó el catalejo instintivamente hacia la entrada de la laguna. Allí, la lisura de las aguas brillaba como una pieza de plata enmarcada por la oscuridad de la jungla. Una manchita negra atravesó todo su campo visual. Pasaron unos instantes hasta que pudo localizarla de nuevo, y vio entonces, tan cerca en apariencia como si estuvieran a la distancia de un grito, a dos personas en una pequeña canoa. Vio alzarse y hundirse los remos mojados y resplandecientes a la luz del día. Escrutó con toda claridad el rostro de Immada, que parecía mirar directamente al extremo del catalejo. El jefe y su hermana, tras descansar un par de horas en la orilla, en plena noche, habían entrado en la laguna y se dirigían en línea recta al casco varado. Estaban ya tan cerca que resultaban discernibles a simple vista, caso de que a bordo hubiera alguien dispuesto a mirar hacia ellos. Sin embargo, nadie pensaba siquiera en la existencia de aquellos dos. Bien podrían no haber existido, salvo quizás en la memoria del viejo Jörgenson. Sin embargo, esa memoria estaba más que nada ajetreada con todos los misteriosos secretos de su tumba.

La señora Travers bajó de pronto el catalejo. Lingard emergió de una especie de trance.

—El señor D'Alcacer. ¡Amar! ¿Y por qué no había de amar?

La señora Travers miró con toda franqueza a Lingard a la cara, a sus ojos sombríos.

—No se trata sólo de eso, claro está —dijo—. En primer lugar, es un hombre que supo amar, y después... Ni siquiera se imagina usted lo artificiosas y estériles que pueden ser ciertas clases de vida. Pero la vida del señor D'Alcacer no ha sido así. Bien valió la pena una dedicación y una entrega como la suya.

—Diríase que es mucho lo que sabe usted acerca de él —comentó Lingard con un punto de envidia—. ¿A qué viene esa sonrisa?

Ella siguió sonriéndole todavía un rato. El alargado tubo de latón brillaba como el oro, posado sobre su hombro, frente a la pálida blancura de su cabeza descubierta.

—Nada, estaba pensando... —respondió ella, y mantuvo en clave menor el tono de la conversación en la que se habían adentrado, como si sus palabras pudieran haber perturbado la abstracción del Capitán H. C. Jörgenson en sus propios pensamientos—. Me sonreía al pensar en el largo trato que tengo con el señor D'Alcacer, y en lo curioso que resulta que, a pesar de ello, no le conozca tal como lo conozco a usted.

—Pero eso es imposible —le contradijo Lingard—. Sea español o no lo sea, él es de su misma clase.

—Sí, está embadurnado con el mismo pincel —murmuró la señora Travers con tan sólo media ironía. Lingard siguió hablando.

—Él intentaba que su esposo y usted hicieran las paces, ¿no es eso? En ese momento estaba yo demasiado enojado para prestar atención, pero me cayó bastante bien. Lo que más me gustó fue su manera de renunciar al intento. Lo hizo como todo un caballero. ¿Entiende qué quiero decir, señora Travers?

—Lo entiendo bastante bien.

—Sí, cómo no —comentó él—. Ya le digo, estaba demasiado enojado para hablar con nadie. Por eso me largué cuanto antes a mi navío y allí me quedé, sin saber qué hacer, deseoso de verlos a todos ustedes en el fondo del mar. No se confunda, señora Travers: me refiero a ustedes, al pasaje de popa. A ustedes deseé verlos en el fondo del mar. Nunca tuve nada contra los pobres diablos de a bordo. Ellos habrían confiado en mí de inmediato. Por eso me enrabieté hasta... Hasta que...

—Hasta eso de las nueve en punto, puede que algo más tarde —sugirió la señora Travers de modo enigmático.

—No. Hasta que me acordé de usted —dijo Lingard con total inocencia.

—¿Pretende usted decir que se olvidó usted de mi existencia hasta entonces? Había hablado conmigo cuando estuvo a bordo de la goleta, no sé si se acuerda.

—¿De veras? Ya me lo parecía. ¿Y qué le dije?

—Me dijo que no se me ocurriese ni por asomo tocar a una princesa crepuscular —respondió la señora Travers con una brevísima risa. Cambió visiblemente de ánimo, como si se hubiera arrancado de tanta ligereza para recordar la auténtica situación en que se hallaba—. Pero debe usted saber que nunca he querido perjudicar a esa figura de sus sueños. Además, mire. Ahí la tiene. Ella lo persigue a usted.

Lingard miró hacia la orilla norte y contuvo a duras penas una exclamación de remordimiento. Por segunda vez cayó en la cuenta de que había olvidado la existencia de Hassim e Immada. La canoa se encontraba ya tan cerca que sus ocupantes podían distinguir con claridad las cabezas de las tres personas acodadas en la baja amurada del *Emma*. Immada dejó el remo posado en el agua. «Veo allí a la mujer blanca», pareció exclamar. Su hermano miró por encima del hombro y la canoa frenó su marcha como si la detuviera el repentino poderío de un hechizo.

—Para mí no son un sueño —musitó Lingard con terquedad. La señora Travers se apartó de pronto para mirar a la otra orilla. Seguía desierta al menos a simple vista, y parecía temblar bajo la luz del sol como un inmenso telón de fondo pintado y corrido sobre lo desconocido.

—Ahí viene Rajá Hassim, Jörgenson. Había pensado que tal vez permaneciera al margen. —La señora Travers oyó la voz de Lingard a sus espaldas y oyó después el gruñido con que contestó Jörgenson. Alzó con parsimonia el catalejo y se lo llevó al ojo, apuntando a la otra orilla.

Distinguió con nitidez los colores en el aleteo de las grímpolas sobre los tejados marrones del Asentamiento, la agitación de los palmerales, las negras sombras del interior y el blanco resplandeciente de la playa y el coral, deslumbrantes en todo su misterio formidable. Barrió todo su campo visual y a punto estaba de dejar el catalejo cuando por detrás del ángulo de la empalizada salió a la brillante quietud del paisaje un hombre ataviado con una larga túnica blanca y un enorme turbante negro que coronaba un rostro no menos oscuro. Lento, grave, recorrió la playa con un caminar ominoso bajo el sol, una figura enigmática, salida de un cuento oriental, con algo tan extraño como amenazador en su presencia, en su repentina aparición, en su lento avanzar.

Con un suspiro involuntario, la señora Travers bajó el catalejo. De improviso, a sus espaldas, oyó una voz baja y melodiosa que comenzaba a verter palabras incomprensibles en un tono de súplica apasionada. Hassim e Immada habían llegado a bordo y se aproximaron a Lingard. ¡Sí! Era insufrible sentir que ese flujo de palabras suaves, que para ella carecía de todo sentido, pudiera abrirse camino directamente hasta el corazón de ese hombre.

QUINTA PARTE

EL PUNTO DEL HONOR, EL PUNTO DE LA PASIÓN

1

—¿Puedo pasar?

—Sí —respondió una voz desde dentro—. La puerta está abierta.

Tenía un pasador de madera. El señor Travers lo levantó sin dejar de oír la voz de su esposa al penetrar en el improvisado camarote.

—¿Acaso pensabas que me había encerrado? ¿Es que alguna vez me has visto encerrarme con pestillo?

El señor Travers cerró la puerta a sus espaldas.

—No, nunca has llegado a tanto —dijo en un tono de ninguna manera conciliador. En ese espacio que formaba el habitáculo, escueto a más no poder, dentro de la caseta de madera, con una abertura cuadrangular y sin cristal, aunque reforzada por una persiana entrecerrada, no pudo distinguir a su esposa al primer golpe de vista. Estaba sentada en un sillón, y lo que mejor pudo ver fue su larga cabellera rubia suelta sobre el respaldo. Hubo un momento de silencio. Se oían en el exterior los pasos medidos de dos hombres que recorrían transversalmente el alcázar del *Emma* encallado, a las órdenes de la sombra abandonada y ruinosa de Jörgenson.

Al asumir el mando del barco varado adrede, Jörgenson hizo construir una caseta de finos tablones en el puente de popa del navío pensando en que fuera su cobijo y el de Lingard durante las fugaces visitas de éste a la Costa del Refugio. Un estrecho pasadizo la dividía en dos, y el lado correspondiente a Lingard estaba amueblado con un catre de campaña, una mesa tosca y un sillón de ratán. En una de sus visitas, Lingard llevó un arcón negro de marinero y allí lo dejó. Al margen de esos objetos, y de un pequeño espejo que valdría media corona, clavado a la pared, no había absolutamente nada más. Nadie había llegado a ver lo que hubiera en el otro camarote, el perteneciente a Jörgenson, aunque por ciertas pruebas externas era deducible la existencia de un conjunto de hojas de afeitar.

El levantamiento de esa primitiva casamata fue más cuestión de propiedad que de estricta necesidad. Era cuando menos de rigor que los hombres blancos dispusieran de un espacio propio a bordo del barco, aunque Lingard no faltó ni un ápice a la verdad cuando le dijo a la señora Travers que jamás había dormido allí, ni una sola vez. Tenía por costumbre pernoctar en cubierta. En cuanto a Jörgenson, caso de que durmiese de veras, dormía muy poco. Podría decirse que, más que capitanear el *Emma*, lo rondaba como un fantasma. Su blanca silueta aleteaba de noche por aquí y por allá, y así durante horas, en silencio, oteando el sombrío resplandor de la laguna.

El señor Travers acostumbró gradualmente la vista a la penumbra del interior, de modo que pudo ver mejor a su esposa, y no sólo la gran masa de cabello color de miel. Vio su rostro, las cejas oscuras y aquellos ojos que parecían profundamente negros a la media luz.

—Aquí tampoco hubieras podido —le dijo—. No hay pestillo ni cerrojo.

—¿De veras que no? Pues no me había percatado. De todos modos, bien sé cómo protegerme sin pestillos ni cerrojos.

—Me alegro de saberlo —dijo el señor Travers en tono huraño, para hundirse de nuevo en el silencio mientras contemplaba a la mujer que seguía en el sillón—. Me alegro de verte así de bien, excepción hecha de tu gusto por los vestidos estrambóticos, claro —siguió diciendo con débil ironía.

La señora Travers entrelazó las manos tras la nuca. Las anchas mangas resbalaron y dejaron al descubierto sus brazos hasta el nacimiento de los hombros. Llevaba una fina blusa de algodón de Malasia, algo escotada, sin collar de ninguna clase; la llevaba sujeta por broches de plata forjada desde el cuello hasta la cintura. Se había cambiado su falda de navegar por un *sarong* estampado en azul y entretejido con hilos de oro. La mirada del señor Travers, en su lento viaje de arriba a abajo, quedó prendida en el resplandeciente arco de un pie que mecía con agitación, del cual colgaba una liviana sandalia de suela de cuero.

—No llevaba más ropa que la puesta —dijo la señora Travers—. Y la ropa de navegar me resultaba demasiado opresiva. Era intolerable. Nada más llegar, estaba empapada por el rocío. Por eso, cuando me ofrecieron estas prendas para que les diera el visto bueno...

—Como por ensalmo —musitó el señor Travers en un tono demasiado sombrío para encerrar algún sarcasmo.

—No. Han salido de ese arcón. Hay espléndidas prendas de vestir ahí dentro.

—No me cabe duda —dijo el señor Travers—. Ese hombre no se habrá privado de saquear a los nativos... —Tomó asiento pesadamente sobre el arcón—. Un atuendo de lo más apropiado para toda esta farsa —prosiguió—. En cualquier caso, ¿pretendes aparecer así vestida a la luz del día, por el puente de la embarcación?

—Desde luego que sí —dijo la señora Travers—. D'Alcacer ya me ha visto, y no me pareció que se escandalizara.

—Deberías —dijo el señor Travers— procurar presentarte en público con unas ajorcas en los tobillos, para que tintineen a tu gusto mientras caminas.

—Las ajorcas no son de necesidad —dijo la señora Travers en tono hastiado, mirando fijamente hacia arriba, con ese aire de tesón que tiene una persona empeñada en no renunciar a un sueño. El señor Travers cambió de tema:

—¿Y cuánto ha de durar esta farsa?

La señora Travers desentrelazó las manos, bajó la mirada y en un instante cambió de pose por completo.

—¿Farsa? ¿Qué quieres decir? ¿Qué farsa?

—La que aquí se trama a mis expensas.

—¿De veras crees tal cosa?

—No sólo estoy convencido; es que lo noto hasta en mis propios huesos. A mis expensas, sí. Es de lo más siniestro —siguió diciendo el señor Travers con los ojos bajos, en el tono de quien no está dispuesto a perdonar ni por asomo—. Debo decirte que cuando te vi en ese recinto, en medio de los nativos y cogida del brazo de ese hombre, me llevé un buen sobresalto.

—¿También yo te parecí siniestra? —dijo la señora Travers volviendo la cabeza levemente hacia su marido—. Sin embargo, te aseguro que me puse contenta, muy contenta de verte a salvo de todo peligro, al menos por un tiempo. Ganar tiempo es fundamental...

—Y yo me pregunto —meditó el señor Travers en voz alta— si alguna vez estuve en peligro y si estoy a salvo ahora. A decir verdad, no lo sé. ¡No tengo ni idea! No, todo esto parece de veras una farsa abominable.

Había en su tono de voz algo que obligaba a su mujer a mirarlo con un reverdecido interés. Era evidente que padecía una desazón que no era producto del miedo. La cara de la señora Travers expresó verdadera preocupación hasta que le oyó añadir con gelidez:

—Lo que aquí de veras importa, claro está, es tu discreción.

Ella se retrepó en el sillón y dejó que sus manos reposaran quietas sobre su regazo.

—¿Habrías preferido que me quedase allá lejos, en el yate, tan cerca de esos salvajes que te capturaron? ¿O es que también piensas que ellos estaban improvisando una farsa?

—Sin lugar a dudas. —El señor Travers alzó el mentón, aunque no levantó la voz—. Tendrías que haber permanecido a bordo del yate, entre los blancos, tus criados, el oficial de derrota, la tripulación entera, cuyo deber no era otro que... En fin, que habrían muerto gustosos con tal de protegerte y salvarte de cualquier peligro.

—Me pregunto por qué habrían hecho tal cosa, y por qué razón habrías tenido tú que exigirles semejante sacrificio. Sin embargo, no me cabe duda de que hubiesen muerto. ¿O acaso hubieras preferido que me alojara en el camarote, a bordo del bergantín de ese hombre? Allí estábamos todos sanos y salvos. La auténtica razón por la que insistí en venir aquí fue por estar más cerca de ti, por ver con mis propios ojos qué podía hacerse al respecto, qué se estaba haciendo a tal fin... Pero si de veras quieres que te explique mis motivos, entonces lo mismo da que me quede callada. No podía seguir allá lejos, sin noticias, durante días y más días, sumida en un horrible estado de duda permanente. Ni siquiera sabíamos si D'Alcacer y tú seguíais con vida, y no lo supimos hasta llegar aquí. Bien podrías haber sido asesinado en el arenal, después de que se marchasen Rajá Hassim y la muchacha; bien podrías haber muerto mientras remontabas el curso del río. Y yo lo deseaba saber cuanto antes, en cuanto pudiera. Fue algo impulsivo. Empecé el trayecto sin parar mientes en lo que pudiera

pasar, y sin perder un solo instante.

—En efecto —dijo el señor Travers—. Y sin pensar siquiera en traerme unas cuantas cosas en un bolso de viaje. No cabe duda de que eras presa de la excitación. A no ser, claro está, que tuvieras una visión tan trágica de los acontecimientos que ni siquiera te pareciese que valía la pena tomarte una simple molestia y pensar en mis prendas de vestir.

—Fue un impulso momentáneo, te lo aseguro. No pude obrar de otra manera. ¿Por qué no estás dispuesto a creerme?

El señor Travers de nuevo alzó los ojos para mirar a su mujer a la cara. La vio en calma, con actitud reposada. Hasta ese momento se había dirigido a ella con resentimiento, en tono sombrío, sin el menor sarcasmo. Ahora adoptó un aire algo más pomposo.

—No. A decir verdad, y si me fío de mi dilatada experiencia, no te puedo creer, ni puedo creer que estuvieras en posesión de los sentimientos que son de hecho apropiados a tu origen, tu posición social y las ideas de la clase a la que perteneces. Ha sido la mayor decepción de toda mi vida. Había tomado incluso la resolución de no mencionarla siquiera en toda mi vida. Ésta, sin embargo, me parece una ocasión que tú misma has provocado. No se trata en modo alguno de una ocasión solemne. Yo no la considero solemne, de ninguna manera. Al contrario, es sumamente desagradable y humillante. Pero así ha venido dada. Nunca te has tomado el más mínimo interés por las actividades que, en el transcurso de mi vida, tienen y de hecho son su propia distinción y su valor. El porqué hayas tenido que dejarte llevar en un arranque repentino, por un sentimiento hacia ese hombre, es algo que no alcanzo a entender, la verdad.

—Por tanto, no lo ves con buenos ojos —comentó la señora Travers en tono ponderado—. Pero te aseguro que podrías dar tu aprobación sin temor al error. Mi sentimiento fue, a decir verdad, de la naturaleza más convencional que existe; fue un sentimiento que me invadió tal como si exactamente el mundo entero me contemplase. A fin de cuentas, somos marido y mujer. Es digno de mención, y es apropiado a más no poder, que me importe cuál es tu destino. Incluso el hombre del que tanto desconfías, el hombre al que tanto detestas (y es el sentimiento más caluroso del que jamás te he visto hacer gala, permíteme que te lo diga), incluso ese hombre estimó que mi conducta no pudo ser más apropiada. Te lo digo con las palabras que él mismo empleó: decorosa. Tan eminentemente decorosa que bastó para acallar por completo todos sus reparos.

El señor Travers cambió de postura con incomodidad, sin moverse de encima del arcón.

—Soy de la sencilla opinión, Edith, de que si hubieras sido hombre habrías llevado una vida de lo más irregular. Habrías sido un descarado aventurero. Me refiero al plano moral. Y esto me ha supuesto un gran pesar. Tienes en tu ser un desprecio innato por la seriedad de esta vida, por las ideas y las ambiciones de la

esfera social a la que perteneces.

Calló al ver que su esposa de nuevo había entrelazado las manos tras la nuca y había dejado de mirarlo.

—Es palmariamente obvio —comenzó a decir de nuevo—. Hemos vivido entre los hombres y mujeres más distinguidos, y tu actitud para con ellos siempre ha sido tan... ¡tan negativa! Nunca has querido reconocer la importancia de sus logros, de las posiciones adquiridas. Ni siquiera recuerdo que alguna vez manifestaras una franca admiración por algún éxito social o político. Me pregunto, a fin de cuentas, qué era lo que tú esperabas de la vida.

—Pues, desde luego, jamás conté con oír de tus labios un discurso semejante. En cuanto a lo que yo esperase... Debo de haber sido rematadamente estúpida.

—No. Eres cualquier cosa salvo una estúpida —manifestó el señor Travers con pleno conocimiento de causa—. Lo tuyo no es simple estupidez. —Titubeó unos momentos—. Creo que más bien se trata de cierta obstinación, de algo incluso premeditado. Prefiero no pensar demasiado en esta penosa diferencia que separa nuestros respectivos puntos de vista, pues habrás de reconocer, supongo, que nunca pude habérmela imaginado antes de que nos...

Del señor Travers se apoderó una suerte de solemne azoramiento. La señora Travers, con el mentón apoyado en la palma de la mano, contemplaba la tablazón del lateral de la caseta.

—¿Acaso me acusas de esa inveterada doblez que es propia de algunas muchachas consentidas? —le preguntó en voz muy baja.

El interior de la caseta contenía un calor estancado, perfumado por un leve aroma que parecía emanar de la masa de la cabellera suelta de la señora Travers. El señor Travers eludió aquella pregunta tan directa, que le sorprendió por su carencia de finura, por su recalitrante impropiedad.

—He de suponer que no estaba en posesión de todo mi aplomo, de mi capacidad de raciocinio, al menos en aquel tiempo —dijo él—. No... no era el mío un estado de ánimo proclive al justo empleo de las facultades críticas que uno tiene —llegó a reconocerlo expresamente, pero ni siquiera tras haber llegado a tal extremo se atrevió a mirar a la cara a su esposa, de modo que no llegó a ver el fantasma de la sonrisa que asomó a los labios de la señora Travers. Fue la suya una sonrisa teñida de un escepticismo tan asentado en su ser que a duras penas podría manifestarse, a lo sumo, mediante la más tenue de las expresiones. Por consiguiente, no dijo nada, y el señor Travers siguió hablando como si pensara en voz alta:

—Tu comportamiento, cómo no, estuvo por encima de todo reproche. Sin embargo, te forjaste una detestable reputación por tu superioridad mental, por tu modo de expresarte con tanta ironía. Inspirabas desconfianza en los mejores. Nunca fuiste muy popular.

—Puede ser. Pero es que me aburría —murmuró la señora Travers como si recordase algo muy concreto, con el mentón apoyado en el hueco del pulgar.

El señor Travers se levantó del arcón marinero de un modo tan inesperado como si acabara de picarle una avispa, aunque con un movimiento mucho más lento y solemne, por supuesto.

—Lo malo de ti, Edith, es que en el fondo del corazón eres perfectamente primitiva. —También la señora Travers se puso en pie con un movimiento flexible, despreocupado. Llevándose las manos al cabello, se volvió a medias con un comentario pensativo:

—Imperfectamente civilizada, querrás decir.

—Imperfectamente disciplinada —le corrió el señor Travers tras un instante de lóbrega meditación.

Ella dejó caer los brazos y volvió la cabeza.

—No, no te consiento que me digas eso —protestó ella con extraña convicción—. Soy la persona más rigurosamente disciplinada que hay en el mundo entero. Me tiento incluso decirte que mi disciplina no se detiene ante nada, salvo ante la idea de poner fin a mi vida. Pero imagino que a duras penas podrás entender lo que quiero decir.

El señor Travers hizo una mueca sin levantar los ojos del suelo.

—Ni siquiera pienso intentarlo —dijo—. Me suena a algo que bien podría haber dicho un bárbaro, alguien que aborreciese la delicadeza y las complejidades, las constricciones de una vida más noble que la suya. Al oírlo de tus labios, se me antoja una muestra de obstinación y de mal gusto... Y es que a menudo me he preguntado por tus gustos. Siempre te han gustado las opiniones extremas, la vestimenta exótica, los personajes que viven fuera de la ley, los románticos... como D'Alcacer.

—Pobre señor D'Alcacer —murmuró la señora Travers.

—Es un hombre que no tiene ni idea de lo que representan el deber y la utilidad —dijo el señor Travers con acritud—. ¿Por qué te inspira tanta compasión?

—¡Por qué! Pues porque se encuentra en esta situación simplemente por estar hecho de tan buena pasta. Nada podía esperar cuando decidió sumarse a nuestro viaje; no iba a obtener una ventaja en sus ambiciones políticas, ni nada por el estilo. Imagino que, a bordo, incluso le pediste que dejara de hablar a solas conmigo. Imagino que nuestras conversaciones a solas empezaban a resultarte harto tediosas.

—Yo no me aburro jamás —afirmó el señor Travers—. D'Alcacer parecía contento cuando dijo que vendría con nosotros. Además, siendo español, esa horrible pérdida de tiempo bien poco puede importarle.

—¡Pérdida de tiempo! —repitió la señora Travers indignada—. Todavía puede que haya de pagar con la vida por estar hecho de tan buena pasta.

El señor Travers no pudo disimular un espasmo de ira.

—¡Ah! Se me olvidaban esas presuposiciones —masculló entre dientes—. No es más que un simple español. Es capaz de tomarse toda esta conspiración farsesca con perfecta despreocupación. Y es que las razas que están en franca decadencia tienen su propia filosofía.

—No. Se la toma con su inconfundible dignidad.

—Desconozco a qué llamas su dignidad. Yo más bien lo llamaría falta de respeto por sí mismo.

—¿Quieres que te diga por qué lo considero así? Porque es un hombre sosegado y cortés, porque no va por ahí expresando sus opiniones. Y permite que te diga una cosa, Martin: tú no estás tomándote nada bien todas nuestras complicaciones.

—De mí no esperes toda esa afectación que me resulta ajena. No tengo yo por costumbre claudicar ante mis sentimientos.

La señora Travers se volvió por completo, de cara a su marido.

—Estás enfurruñado —le dijo. El señor Travers hizo un brusco movimiento con el cuello, como si así pudiera dejar pasar de largo la palabra, esquivarla.

—Me ultrajas —afirmó. La señora Travers reconoció que en su respuesta hubo algo parecido al verdadero sufrimiento.

—Te aseguro —dijo ella con toda seriedad, pues no en vano era propensa a la compasión—, te aseguro que este Lingard, por extraño que sea el hombre, no tiene ni idea de tu importancia. No tiene el menor conocimiento de cuál es tu posición política y social, y menos aún de tus grandes ambiciones. —El señor Travers la escuchó con mayor atención.

—¿No podrías habérselo aclarado tú? —le preguntó.

—De nada habría servido. Su ánimo está sólo atento a su propia posición; no piensa más que en su propio concepto del poder. Es un hombre que proviene de las clases bajas...

—Es un animal —dijo el señor Travers con terquedad, y por un instante se miraron los dos a los ojos.

—Ah —dijo despacio la señora Travers—. ¡Y tú estás decidido a no claudicar ante tus sentimientos! —A su voz asomó cierto deje de desprecio—. ¿Pues quieres que te diga qué es lo que pienso? Pienso —y adelantó la cabeza un poco hacia la cara macilenta y sin afeitar, que ya no perdía ripo de sus ojos oscuros—, pienso que a pesar de todo tu desdén y toda tu ceguera, has juzgado a ese hombre bastante bien, por no decir muy bien, y que por eso sabes que puedes permitirte el dar rienda suelta a toda tu indignación sin temer nada a cambio. Estás perfectamente a salvo, y tú lo sabes. ¿Me oyes? ¡Perfectamente a salvo!

Nada más decirlo, se arrepintió de sus palabras. En verdad era irracional tomarse de manera apasionada los trucos de carácter del señor Travers justamente en ese rincón del Archipiélago de Oriente, repleto de oscuras tramas y de motivos belicosos, y lo era en mayor medida que hacer lo propio en el ambiente artificioso de cualquier ciudad. A fin de cuentas, lo único que ella deseaba era salvarle la vida, pero no soñaba con hacerle comprender nada. El señor Travers abrió la boca, pero la volvió a cerrar sin decir palabra. Su esposa se volvió hacia el espejo de la pared. Le oyó hablar a sus espaldas.

—Edith, ¿dónde está la verdad en todo este embrollo?

Ella percibió la angustia de una mentalidad algo lenta de reflejos, instintivamente amedrentada ante cualquier lugar oscuro en el que fuera posible hacer nuevos descubrimientos. Lo miró por encima del hombro antes de hablar.

—Te puedo garantizar que está en la superficie. Toda la verdad está en la superficie.

De nuevo se volvió al espejo, donde su propia cara miraba sus ojos oscuros bajo la rubia neblina del cabello, sobre la frente lisa. Pero sus palabras no habían producido un efecto apaciguador.

—Pero... ¿qué significa todo esto? —exclamó el señor Travers—. ¿Por qué no nos pide disculpas ese individuo? ¿Por qué estamos aquí encerrados? ¿Estamos de veras aquí encerrados? ¿Por qué no nos marchamos? ¿Por qué no me conduce de regreso a mi goleta? ¿Qué es lo que desea de mí? ¿Cómo se las ingenió para librarnos de aquellos nativos de la orilla, que según asegura estaban dispuestos a pasarnos a todos a cuchillo? ¿Por qué nos dejaron en sus manos?

La señora Travers comenzó a recogerse el cabello.

—Mera cuestión de estrategia y de política local. Intereses personales en conflicto, desconfianza entre las partes, intrigas de distintos individuos... Tú deberías saber de sobra cómo son esas cosas. En su diplomática actitud, él se ha servido de todo ello. Lo primero que convenía hacer era no ponerte en libertad, sino dejarte bajo su custodia. Él es aquí un hombre de muchísimo peso, y permíteme añadir que tu seguridad depende de su destreza en el uso de su propio prestigio, no en el del poder que no puede utilizar. Si le dejaras hablar contigo, estoy segura de que te revelaría todo lo que esté en condiciones de revelar.

—No tengo ningunas ganas de que me informe acerca de sus correrías. De todos modos, ¿no gozas tú de su confianza?

—Absolutamente —reconoció la señora Travers mirándose en el espejito.

—¿Y cuál es la influencia que tú ejerces sobre ese individuo? A mí me da la impresión de que nuestro destino estuviera en tus manos.

—Tu destino no está en mis manos. Ni siquiera está en sus manos. Aquí se da una situación moral que es preciso resolver.

—Será la ética del chantaje —comentó el señor Travers con inesperado sarcasmo. A su mujer se le pasó por la cabeza la fugaz idea de que tal vez no lo conociera tan a fondo como ella pensaba. Fue como si su pulida y solemne cobertura de actitudes convencionales se hubiera resquebrajado ligeramente, justo en ese instante, debido a la presión; fue como si esa grieta revelase la mera obcecación de un simple mortal. Ahora bien, fueron tan sólo sus modales los que padecieron esa leve resquebrajadura; la fantástica idiotéz de su presunción siguió exactamente igual que antes. A ella se le antojó que toda esta discusión era perfectamente inútil, y cuando terminó de arreglarse el cabello dijo:

—Creo que será mejor que subamos a cubierta.

—¿Te propones salir a cubierta así vestida? —musitó el señor Travers con la

mirada baja.

—¿Así? Desde luego. Ha dejado de ser una novedad. ¿A quién le va a pasmar?

El señor Travers no respondió. Lo que ella había dicho acerca de su actitud, la de él, había sido muy cierto. Estaba enfurruñado ante el enorme ultraje de los hombres, las cosas, los acontecimientos; de las palabras e incluso de las miradas que le parecía sentir físicamente apoyadas sobre su piel como un dolor, como un roce degradante para su persona. Logró a duras penas no torcer el gesto. Pero sí estaba enfurruñado.

—Y déjame decirte —prosiguió su esposa— que estas prendas de vestir son dignas de una princesa. Quiero decir que son de la calidad, los materiales y el estilo que aquí prescribe la costumbre para las mujeres más consideradas de esta tierra, una tierra muy lejana en la que, tengo entendido, las mujeres cuentan tanto como los hombres en las cuestiones de gobierno. A decir verdad, estas prendas iban a ser un obsequio ofrecido a una verdadera princesa cuando llegara el momento. Han sido escogidas con el mayor de los esmeros para esa chiquilla, para Immada. El Capitán Lingard...

El señor Travers emitió un ruido gutural, a medias un gemido y un gruñido.

—Bien, algún nombre he de ponerle, y me pareció que éste sería el menos ofensivo para tus oídos. A fin de cuentas, ese hombre existe. Sin embargo, en ciertas porciones de esta tierra también es conocido como el Rey Tom. A D'Alcacer le entusiasma ese nombre. Le parece que se adapta a las mil maravillas al carácter del hombre, por su familiaridad y su deferencia. Y si acaso prefieres...

—Yo prefiero no oír nada —dijo el señor Travers con toda claridad—. Ni una sola palabra. Ni siquiera de tus labios, al menos hasta que yo vuelva a ser un agente libre. Pero las palabras no me han de conmovér. Nada me conmovérá, ni siquiera tus siniestras advertencias, ni ese aire de levedad del que tan adecuado te parece hacer despliegue ante un hombre cuya vida, según tú misma dices, pende de un hilo.

—Eso no se me olvida ni por un instante —dijo la señora Travers—. Y no sólo sé muy bien que es así, sino que también conozco la fortaleza del hilo. Es un hilo magnífico. Podrías decir incluso que está tejido por ese mismo destino que te ha hecho ser quien eres.

El señor Travers se sintió espantosamente ofendido. Nunca había oído que se interpelase a nadie, menos aún a sí mismo, en términos semejantes. El tono le pareció que ponía en cuestión su propia calidad humana. Con asombro y desconcierto reflexionó sobre el hecho de que llevaba ocho años viviendo con esa mujer. Y le habló desolado:

—Hablas como una pagana.

Fue ésta una condena muy dura que la señora Travers al parecer no llegó a oír, ya que siguió hablando con gran animación.

—Pero la verdad es que no puedes esperar de mí que medie a todas horas en este asunto, ni tampoco que me encierre aquí dentro y que deplore estas circunstancias desde que me levanto hasta que me acuesto. Eso sería morboso. Salgamos a cubierta.

—Y pareces una auténtica pagana con ese disfraz —siguió diciendo el señor Travers como si nadie le hubiera interrumpido, en tono de manifiesto disgusto.

Ella tenía contrito el corazón, pero todo lo que él decía parecía acicatear el tono de levedad con que hablaba ella.

—Mientras no parezca un hombre... —comentó de modo negligente, y entonces se fijó en la escabrosa mirada de él, que de hecho seguía prendida en sus pies descalzos. Ella misma se los miró—. Ah, sí. Desde luego. Si lo prefieres, me pongo las medias, aunque he de tener mucho cuidado, ya que sólo dispongo de un par. Las he lavado esta misma mañana, en ese cuarto de aseo construido sobre la popa. Ahora se están secando ahí fuera, en la barandilla. Tal vez tengas la bondad de pasármelas cuando salgas a cubierta.

El señor Travers se volvió en redondo y salió a cubierta sin decir palabra. Nada más encontrarse a solas, la señora Travers se apretó las sienes con ambas manos en un gesto de aflicción que le alivió gracias a su sinceridad misma. Los pasos medidos de los dos hombres le llegaron con toda claridad desde cubierta, rítmicos y duplicados, en una insinuación de conversación apacible y amistosa. Distinguió en concreto los pasos del hombre cuya órbita vital estaba más alejada de la suya. A pesar de todo, ambas órbitas se habían cruzado. Muy pocos días antes no podría haber concebido siquiera la existencia de ese hombre, y ahora era el hombre cuyos pasos, o a ella se lo pareció, podría distinguir al oído con toda nitidez y sin temor a equivocarse en medio de una muchedumbre. Era sin lugar a dudas algo fabuloso. A la media luz de su recalentada estancia, no impidió que una sonrisa no del todo resuelta, y desde luego amedrentada, cruzara sobre sus labios antes de que también ella saliera a cubierta.

2

Una estructura de postes livianos y listones construida con ingenio ocupaba la mayor parte del puente en los medios del *Emma*. Las cuatro paredes que cerraban el interior espacioso de la misma eran de muselina. Era un armatoste un tanto majestuoso. Una especie de portezuela de listones livianos recubiertos de percal estaba aún más reforzada mediante un conjunto de cortinas ideado para desanimar a los mosquitos en sus constantes embates, pues no en vano asediaban las orillas de la laguna formando grandes nubes zumbonas desde la puesta del sol hasta el amanecer. Muchas esterillas de fino tejido cubrían ese margen de cubierta, dentro del refugio transparente ideado por Lingard y Jörgenson para que a la señora Travers se le hiciera más llevadera la existencia durante el tiempo en que el destino de los dos hombres, y seguramente el de todos los ocupantes del *Emma*, siguiera en suspenso. Los invitados indeseados y fatales de Lingard muy pronto aprendieron a entrar y salir rápidamente

de ese espacio guarecido. El señor D'Alcacer lograba llevar a cabo tal hazaña sin aparente apresuramiento, casi con total despreocupación, aunque seguramente mejor que nadie. Era de común acuerdo entre todos que jamás había permitido el ingreso de un solo mosquito cada vez que entraba él. El señor Travers entraba y salía a la carga, sin ninguna elegancia, al tiempo que se notaba cuánto le irritaba esa imposición. La señora Travers lo hacía a su modo, con acusada agilidad e inteligencia, dándose el aire de que no le costaba ningún trabajo. Había una mesa improvisada y algunas sillas de mimbre que Jörgenson había encontrado en las honduras del barco. Y es que era difícil saber qué no existía en las bodegas del *Emma*. Estaba repleto de toda suerte de útiles, como un almacén bien pertrechado para cualquier necesidad. El viejo casco del barco era el arsenal y la santabárbara de las acciones políticas de Lingard; estaba repleto de mosquetes y de pólvora, de balas de algodón tejido, de telas estampadas y seda, de sacos de arroz y de pistolas de bronce acuñado en las colonias. Contenía todo lo imprescindible para lidiar con la muerte, administrarla y distribuir los sobornos; para actuar a espuelas de la codicia y los temores de los hombres; para organizar marchas de asalto y proceder al reparto de lo necesario, para dar de comer a los amigos y combatir a los enemigos de la causa. El barco contenía riqueza y poder en sus flancos y bodegas a pesar de ser un barco encallado que nunca más habría de surcar mar alguno, desprovisto de mástiles, con la mayor parte de la cubierta inutilizada por las dos estructuras de tablones y muselina translúcida.

En esta última vivían los europeos, visibles durante el día para los pocos malayos de a bordo, pero tal como si los envolviera una bruma blanquecina. Con el atardecer, la luz de las lámparas de tempestad que alumbraban el interior los convertía en fantasmas tenebrosos rodeados por una neblina refulgente, contra la cual el mundo de los insectos que se abalanzaban por millones, salidos de la jungla de las orillas, era misteriosamente rechazado en su ataque impenitente. Rigurosamente encerrados por las paredes de lienzos transparentes, como si fueran cautivos de una telaraña encantada, se desplazaban, tomaban asiento, gesticulaban, conversaban públicamente durante el día; de noche, cuando todos los faroles salvo uno eran apagados, sus contornos adormecidos y cubiertos por sábanas de algodón blanco en los catres de campaña, que eran llevados a cubierta todas las noches, transmitían la grotesca insinuación de que fueran cadáveres en reposo sobre otras tantas camillas. Las colaciones eran servidas dentro de esa magnífica mosquitera que todo el mundo había empezado a llamar la «Jaula» sin el menor asomo de intención humorística. A la hora del desayuno, el almuerzo o la cena, el grupo procedente de la goleta contaba con la compañía de Lingard, el cual otorgaba a esta ordalía el aire de un deber cumplido ante el altar de la civilidad y la conciliación. Poca o ninguna idea podía hacerse del modo en que acrecentaba su presencia la exasperación del señor Travers, ya que el talante del señor Travers estaba hecho de una sola pieza, de modo que no podía presentar matices diversos. Era el suyo un talante determinado por la inextirpable convicción de ser una víctima por la que se pediría rescate, sobre la base de una

negociación incomprensible, por efecto de un bandolero tan extraordinario como insultante. Esta convicción, tensada al máximo, no lo dejaba en paz siquiera un solo instante, pues era incluso objeto de su indignada meditación, y de hecho interesaba, por así decir, a todo su cuerpo. Acechaba en sus miradas, en sus gestos, en sus murmullos descorteses, en sus silencios siniestros. El sobresalto sufrido por su ser moral había terminado por afectar también a la máquina física del señor Travers. Era consciente de padecer dolores hepáticos; pasaba por fases de somnolencia excesiva y suprimía a duras penas los arrebatos de furia que tanto miedo le daban en secreto. Su tez había adquirido un matiz amarillento, al tiempo que la pesadez daba a sus ojos un fondo teñido de sangre, debido tal vez al humo de las fogatas que hubo de contemplar durante los tres días que pasó retenido dentro de la empalizada de Belarab. Siempre había tenido los ojos muy sensibles a las condiciones del exterior. Los espléndidos ojos negros de D'Alcacer eran más resistentes, y su apariencia no difería demasiado de su apariencia ordinaria a bordo de la goleta. Había aceptado con una sonrisa agradecida la oferta de una fina túnica de franela azul que le hizo Jörgenson. Eran dos hombres de una complexión semejante, aun cuando D'Alcacer, sosegado y vivo, espiritual y alerta, en modo alguno recordase a Jörgenson, el cual, sin ser exactamente macabro, se comportaba más bien como un cadáver indiferente y sin embargo inquieto. De estos dos nunca habría sido posible decir que conversaran juntos. Conversar era con Jörgenson algo de todo punto imposible. Ni siquiera Lingard había logrado tal hazaña. Proponía a Jörgenson sus preguntas tal y como un hechicero podría interrogar a una sombra invocada, o bien le daba precisas instrucciones tal como alguien podría hacer uso de un autómatas maravilloso. Y ésa era, al parecer, la manera en que Jörgenson prefería que se le tratase. La auténtica compañía de Lingard a bordo del *Emma* no era otro que D'Alcacer. D'Alcacer había aceptado a Lingard en los términos relajados de un hombre durante toda la vida acostumbrado a la buena sociedad, a las relaciones en las que la propia afectación ha de llevarse a efecto sin ningún esfuerzo. Ya fuera por afectación, por su propia naturaleza o por discreción inspirada, D'Alcacer jamás permitía que la más mínima curiosidad atravesara la lisura de su cortesía igualitaria y grave, iluminada con frecuencia por leves sonrisas que a menudo no guardaban mayor relación con las palabras que pronunciaba, si bien lograba de ese modo darles un rebozo de amabilidad con el que incluso parecía un hombre de verdadero tacto. Tomadas en su justo carácter, sin embargo, sus palabras eran estrictamente neutras.

La única ocasión en que Lingard detectó indicios de una comprensión más profunda por parte de D'Alcacer fue al día siguiente de la dilatada negociación que tuvo lugar dentro de la empalizada de Belarab, negociación destinada a conseguir la custodia provisional de los prisioneros. Esa maniobra le vino sugerida, tal como dijo la señora Travers a su esposo con toda exactitud, por las rivalidades entre los distintos bandos y por el estado de la opinión pública en el Asentamiento, privada de la presencia del hombre que, al menos en teoría, ostentaba el mayor poder y era de

hecho el caudillo visible de la Costa del Refugio. Belarab todavía se demoraba ante la tumba de su padre. Tanto si ese hombre de corazón amargado y pacífico se había retirado allí a meditar acerca de la indisciplina del ser humano y su carácter revoltoso, o sobre la naturaleza ingrata de su tarea, como si tan sólo acudió a tan apartado lugar para purificarse en una charca de aguas particularmente límpidas que fuera lo más llamativo del paraje, y a paladear ciertos frutos que allí crecían en abundancia, o a permitirse por un tiempo la práctica escrupulosa de sus ejercicios religiosos, su ausencia del Asentamiento era en efecto de la mayor gravedad. Es verdad que el prestigio de un gobierno que desde hace tiempo nadie pone en tela de juicio, sumado a los hábitos mentales del pueblo, desde antaño formados, causó que los cautivos fueran conducidos de inmediato a la empalizada de Belarab sin que nadie osara pensar en otra opción. Incluso de lejos, Belarab todavía tenía un peso incuestionable frente al lugar que ocupaba Tengga, cuyos propósitos secretos nadie conocía, amén de ser jovial, hablador, sincero y pugnaz, aunque en cambio no era un profeso servidor de Dios que se hubiera granjeado renombre alguno gracias a sus muchas obras de caridad o gracias a la escrupulosa práctica diaria de las costumbres religiosas, amén de carecer de un padre que hubiera alcanzado la notoriedad de un santo en la región. Sin embargo, a pesar del relumbre de su ascetismo y su melancolía, unido a su fama de hombre severo (ya que un hombre tan pío había de ser por naturaleza implacable), Belarab no se encontraba donde debiera. El único factor favorable de su ausencia consistía en que se hubiera llevado consigo a su esposa más reciente, la misma dama a la que aludía Jörgenson en su carta a Lingard, aduciendo sus deseos de entrar en combate, asesinar a los ocupantes de la goleta y darse a la rapiña de la misma, no por una maldad de corazón que fuera innata en ella, sino por un simple afán de apropiarse de las sedas, las joyas y demás objetos de adorno personal, afán hartamente comprensible en una muchacha tan joven y elevada de pronto a tan alta posición. Belarab la había elegido para que fuera su compañera en el retiro de la edad proveya, y Lingard se alegró por ello. No temía la influencia que pudiera ejercer la muchacha en Belarab. Lo conocía muy bien. Las palabras, las lisonjas, los mohines, los regaños o los susurros de una de sus favoritas nunca bastarían para afectar las resoluciones o las indecisiones de ese árabe cuyos actos parecían pender siempre en un místico suspense, entre las especulaciones y los juicios contradictorios que se disputaran la plena posesión de su voluntad. A Lingard no le daba miedo alguno lo que Belarab pudiera hacer de pronto ni lo que pudiera decidir a su antojo. El peligro radicaba en que, presa de sus taciturnos titubeos, revestidos de algo desesperadamente divino, por lo remoto de su sosiego, el hombre decidiera no hacer nada, y dejara por tanto a su amigo blanco cara a cara frente a impulsos levantiscos contra los cuales Lingard no disponía de medio de acción alguno, con la salvedad de la fuerza que, por otra parte, no osaba poner en práctica, ya que entrañaría la completa destrucción de sus planes y el precipitarse al abismo de todas sus esperanzas; peor aún, tal remedio daría la impresión de ser asimismo una traición

contra Hassim e Immada, los dos fugitivos que él arrancó de las fauces de la muerte en una noche de tormenta, y a los cuales prometió conducir de regreso, triunfales, a la patria que él sólo vio una vez, adormecida e inamovible bajo la cólera y el fuego de los cielos.

La tarde del día mismo en que llegó con ella a bordo del *Emma*, con el infinito disgusto de Jörgenson, Lingard sostuvo con la señora Travers (luego de que ella disfrutara de un par de horas de descanso) una larga, encarnizada, perpleja conversación. Habida cuenta de la naturaleza del problema, no pudo ser exhaustiva; hacia el final de la misma, los dos comenzaron a sentirse completamente agotados. A la señora Travers ya no era preciso indicarle la realidad de los hechos, las posibilidades aún abiertas. Era consciente de todo ello y lo era a carta cabal, amén de que no le correspondía a ella aconsejar ni discutir. Nadie iba a pedirle que decidiera ni que suplicase. La situación se hallaba mucho más allá de tales cosas. Sin embargo, estaba fatigada de tanto contemplar el apasionado conflicto interior del hombre que a un tiempo era tan desesperadamente intrépido y estaba tan rigurosamente constreñido en el ardor mismo de su corazón y en la grandeza de su alma. Era éste un espectáculo que a ella le hacía olvidar la cuestión que verdaderamente estaba en juego. Aquello no era una representación teatral, a pesar de lo cual se sorprendió unas cuantas veces mirándolo a la vez que contenía la respiración, como si fuera un actor grandioso en un escenario poco iluminado, en medio de algún drama tan simple como tremendo. Él era capaz de arrancarle una respuesta ante las fuerzas mismas que parecían desgarrar su ánimo y su determinación, su corazón cándido. Él la estremecía por medio de sus propias pugnas; la poseía por medio de sus emociones, y le imponía su personalidad como si su tragedia fuera lo único de veras digno de consideración en todo el asunto. A pesar de todo, ¿qué tenía ella que ver con todas esas bárbaras, oscuras cuestiones? Obviamente, nada. Por desgracia, había tenido oportunidad de gozar de la confianza de ese hombre y compartir con él su apasionada perplejidad, y esa misma confianza vino al parecer precedida tan sólo por el poder que ejercía la personalidad de la señora Travers. Se sentía adulada y, aún más, conmovida por ello; era consciente de tener una sensación que le recordaba la gratitud y que provocaba una suerte de correspondencia emocional entre seres iguales que en secreto habían reconocido el valor del prójimo. Con todo, a la vez lamentaba no haberse quedado sin saber nada, o haber permanecido al menos en un estado semejante al del propio señor Travers, al de D'Alcacer, aun cuando respecto a éste último fuera imposible precisar qué cantidad de conocimientos inexplicables, intuitivos, yacían a buen recaudo bajo su talante impertérrito.

D'Alcacer era de esa suerte de hombres de los que resultaba mucho más fácil sospechar cualquier cosa antes que la mera ignorancia, y menos aún la elemental estupidez. Naturalmente, no podía estar al cabo de nada concreto; tampoco podía siquiera colegir el perfil preciso de lo sucedido, pero de un modo u otro tuvo que haberse percatado de la situación durante aquellos contados días de trato con Lingard.

Era un observador perspicaz, empático a pesar de su secreta altivez y su distanciamiento de la vida de los hombres, cualidades que eran del todo distintas al secreto divorcio de Jörgenson frente a las pasiones terrenales. A la señora Travers le habría complacido compartir con D'Alcacer la carga (pues era una carga, y no por cierto liviana) que representaba para ella la historia de Lingard. A fin de cuentas, ella no había propiciado esas confidencias, y tampoco le había impuesto el inesperado aventurero del mar la obligación de guardarlas en secreto. No, ni siquiera por un sobreentendido. Nunca le había dicho que ella fuera la única persona a la que él deseara transmitir esa historia.

No. Lo que le dijo fue que ella era la única persona a la que él se sentía capaz de relatar la historia, como si no hubiera en la tierra nadie más que poseyese el poder de extraérsela. Ése fue el sentido de sus palabras, no otro distinto. Y sí, habría sido un gran alivio contársela a D'Alcacer. Habría sido un alivio de ese sentimiento que tenía, el de estar aislada del mundo y a solas con Lingard, como si se encontrasen entre las cuatro paredes de un romántico palacio, en un ambiente exótico. Sí, ése habría sido el alivio, unido a otro adicional: el de compartir la responsabilidad con una persona idónea para comprenderla. Y sin embargo no se atrevía, y la embargaba una inexplicable reticencia, como si al hablar de Lingard con D'Alcacer no le quedara más remedio que ofrecerle también un diáfano panorama de su propio interior. Era una vaga intranquilidad, aunque tan persistente que la notaba agudizarse cuando tenía que aproximarse a conversar con Lingard bajo la mirada de D'Alcacer. Y no era porque el señor D'Alcacer hubiera soñado siquiera con mirarla fijamente o con intercambiar miradas cómplices. ¿Acaso apartaba la mirada adrede? Eso a ella le habría resultado aún más ofensivo.

«Soy una estúpida», musitó la señora Travers para sus adentros con una completa y sosegante convicción. Sin embargo, antes de salir a cubierta aguardó inmóvil hasta que los pasos de los dos hombres se detuvieron a la entrada de la caseta, se separaron y dejaron de oírse. De hecho, apareció algo después que su marido. Como si en acusado, deliberado contraste con los conflictos de los hombres, un mayor aire de serenidad pendiese sobre todas las cosas visibles. El señor Travers había entrado en la Jaula, en cuyo interior tenía todas las trazas de ser un cautivo y estar a un tiempo fuera de lugar. D'Alcacer también entró, aunque mantuviera —¿o acaso era ilusión?— un aire de independencia. No era que lo fingiese. Al igual que el señor Travers, tomaba asiento en uno de los sillones de mimbre con la misma actitud que el otro caballero, también en silencio; sin embargo, mostraba de algún modo una sutil diferencia que deshacía en él la noción del cautiverio. Por si fuera poco, D'Alcacer poseía ese peculiar don que consiste en no dar jamás la imagen de estar fuera de lugar en ninguna parte. La señora Travers, a fin de preservar sus botas de fabricación europea para los momentos oportunos, se había dejado persuadir para usar un par de sandalias de cuero que también salieron del arcón de marino que estaba en la caseta. Les puso un cierre adicional, pero no por eso lograba evitar hacer un ruido delicado al

caminar por cubierta. Ningún otro elemento de su atuendo le hacía sentirse tan exótica. También le obligaba a modificar su habitual manera de caminar, y tenía que avanzar con pasos cortos y rápidos, de manera muy parecida a la de Immada. «A esa muchacha le estoy robando la ropa —pensó— aparte de otras cosas». A esas alturas, sabía que una muchacha de tan elevado rango no se dignaría jamás a llevar una sola prenda que hubiera sido empleada por otra persona.

Al percibir el leve chasquido de las sandalias de la señora Travers, D'Alcacer volvió la vista por encima del respaldo de su sillón, pero de inmediato volvió a su postura inicial. La señora Travers, con el codo apoyado en la barandilla y la cabeza en la palma de la mano, contempló con pereza la superficie encalmada de la laguna.

Estaba de espaldas a la Jaula, la cubierta de proa y la linde de la jungla cercana. La gran erección de troncos macizos y enormes, columnas oscuras y rugosas, festoneada por las lianas tendidas y envuelta por la penumbra, estaba tan cerca de la orilla que al mirar por el costado del barco veía invertido en la cristalina cinta de agua su reflejo negro e impresionante sobre el cielo espejado, que daba la impresión de ser un abismo azul claro visto a través de una película transparente. Y al levantar la vista, esa misma quietud abismal parecía enseñorearse de toda la amplitud de la laguna, bañada por el sol, que era de hecho uno de los rincones secretos de la tierra. Notó con fuerza su propio aislamiento. A tal punto era el único ser humano de su clase que respiraba en ese misterio, que incluso a sus propios ojos su imagen se le antojaba una aparición sin derecho alguno, sin defensa posible, que habría de terminar por rendirse a esas fuerzas que le parecían la expresión del genio inconsciente del lugar. Era la suya una soledad absoluta y cargada de catastrófica tensión. La rodeaba como si hubiera sido excluida por medio de un círculo mágico. La desgajaba del resto, pero no la protegía. Los pasos que sabía distinguir entre todos los demás, sobre cubierta, de pronto sonaron a sus espaldas. No volvió la cabeza.

Desde aquella tarde en que los caballeros, como los llamó Lingard, fueron traídos a bordo, la señora Travers y Lingard no habían intercambiado una sola palabra significativa.

Cuando Lingard decidió resolver la situación por medio de aquellas negociaciones, ella le había preguntado sobre qué base descansaba su esperanza de coronarlas con éxito. «De mi suerte depende», le respondió él. En realidad, de lo que él dependía era de su prestigio, pero aun cuando hubiera sido consciente de lo que esa palabra entrañaba, jamás la habría utilizado, ya que le habría parecido mera jactancia. Además, él de veras creía en su suerte. Nadie, ya fuera blanco o aceitunado, había puesto nunca en duda su palabra, y eso le dotaba de una gran seguridad en sí mismo a la hora de iniciar las negociaciones. Sin embargo, el resultado definitivo siempre habría de ser mera cuestión de suerte. Se lo dijo con toda claridad a la señora Travers en el momento de la despedida, mientras Jörgenson ya lo aguardaba en el bote que había de llevarlos a la otra orilla de la laguna, a la empalizada de Belarab.

Sobresaltada por su decisión (pues le fue transmitida de improviso y con palabras

bien directas: «Creo que puedo conseguirlo»), la señora Travers dejó caer la mano en la palma de la mano fuerte y abierta de Lingard, en la que un experto en quiromancia habría sabido interpretar otras líneas, además de la línea de la suerte. Lingard cerró la mano en torno a la suya con una suave presión. Ella le miró sin acertar a pronunciar palabra. Él esperó un momento antes de hablar con una voz teñida inconscientemente por la ternura: «Bueno, pues deséeme suerte».

Ella permaneció en silencio. Y él, sin soltar su mano, la miró sorprendido por su vacilación. A ella le pareció que no podría dejarlo marchar, y él no supo qué decir hasta que a ella se le ocurrió hacer uso del poder que, bien lo sabía, ejercía sobre él. Lo iba a intentar. «Voy con usted —afirmó con aplomo—. No supondrá que podría quedarme aquí, en suspense, durante quién sabe cuántas horas...».

Él le soltó la mano de repente, como si le hubiera quemado. «Oh, por supuesto», murmuró con aire de estar confundido. ¡Uno de los hombres retenidos era su esposo! Y de una mujer semejante no cabía esperar otra cosa. La verdad es que no tuvo nada que añadir, pero a ella le pareció que titubeaba. «¿Cree acaso que mi presencia podría estropearlo todo? Le aseguro que también soy una persona con suerte, al menos en cierto modo... Como mínimo, con tanta suerte como usted», añadió en un susurro, y con una sonrisa provocada por el murmullo que él le dio por respuesta. «Me considero muy afortunada por haber encontrado a un hombre como usted, capaz de librar mis... nuestras batallas —dijo con calidez—. ¿Y si usted no existiera...? ¡Tiene que permitirme acompañarle!». Por segunda vez, ante ese deseo expreso de permanecer a su lado, él agachó la cabeza. A fin de cuentas, si las cosas se pusieran aún peor, estaría tan a salvo con él y con Jörgenson o más que si se quedase a bordo del *Emma* con unos cuantos lanceros malayos por toda defensa. Por un instante, Lingard pensó en llevarse las pistolas que había retirado de su cinto al prepararse para bajar con Jörgenson al bote, con la convicción de que sería preferible acudir a una grave negociación completamente desarmado. Estaban colgadas de la barandilla, pero no las tomó. Cuatro disparos poco iban a cambiar. Poco podían significar si el mundo que él había creado había de hacerse añicos. De todo eso nada dijo a la señora Travers; antes bien, se ocupó de proporcionarle los medios necesarios para que cambiase de apariencia física. Fue entonces cuando se abrió el arcón por vez primera ante la interesadísima señora Travers, que le había seguido hasta el interior de la caseta. Lingard le hizo entrega de una liviana librea de algodón, de mujer, malaya, con unos broches enjoyados; le indicó que se la pusiera por encima de su vestido europeo. Le cubría hasta la mitad de su falda de navegante. Sacó también una larga y ancha pañoleta de seda blanca, de bordes recamados, y le rogó que se la pusiera sobre la cabeza y que dispusiera las puntas de modo que le embozaran la cara, que tan sólo dejara expuestos los ojos. «Nos dirigimos a un lugar donde estaremos rodeados de muchos mahometanos», explicó. «Entiendo. Quiere usted que parezca una mujer respetable», dijo ella en broma. «Le aseguro, señora Travers —protestó él de forma acalorada—, que la mayoría de las personas que nos vamos a encontrar, y desde

luego que todos los hombres que cuentan, no han visto a una mujer blanca en todas sus vidas. En fin; de todos modos, a lo mejor prefiere alguna otra pañoleta. Hay otras tres en el arcón». «No, ésta me gusta. Son todas espléndidas. Veo que la princesa habrá de regresar a su tierra en todo su esplendor. Es usted un hombre muy atento incluso a los detalles, Capitán Lingard. Esa chiquilla se beneficiará, y mucho, de su generosidad... ¿Quiere que me la ponga así?».

«Eso es», dijo Lingard apartando la mirada. La señora Travers lo siguió hasta el bote, donde los malayos la miraban en silencio mientras Jörgenson, rígido, anguloso, no daba la menor señal de vida, ni siquiera un movimiento de los ojos. Lingard la acomodó en los paños de popa y tomó asiento a su lado. La ardiente luz del sol devoraba todos los colores. El bote comenzó a avanzar en pleno resplandor, para poner proa hacia la franja arenosa y coralina que refulgía como una luna creciente y metálica a punto de ponerse al rojo blanco. Tomaron tierra. Con grave ademán, Jörgenson abrió sobre la cabeza de la señora Travers un gran parasol de algodón crudo y ella echó a caminar entre los dos, aturdida, como en sueños, sin otro contacto con la tierra que el de las plantas de sus pies. Todo estaba en calma, desierto, incandescente y fantástico. Cuando el portón de la empalizada se abrió de par en par, percibió una multitud expectante y quieta de figuras bronceas, envueltas en telas de colores. Se apiñaban en los trechos de más sombra, bajo los tres árboles majestuosos que habían quedado dentro del cerco defensivo, entre los tramos desiertos, azotados por el sol, de terreno recocado. Las anchas hojas de las lanzas, decoradas con mechones carmesí de crin de caballo, despedían un brillo fresco bajo las amplias enramadas. A la izquierda, un grupo de edificios soportados por pilotes, con largos porches y techumbres inmensas, descollaba muy en lo alto, por encima de las cabezas del gentío, como si flotaran en el resplandor y parecieran mucho menos sustanciales que sus pesadas sombras. Señalando a uno de los más pequeños, Lingard habló en voz baja:

—Ahí viví yo durante un par de semanas, la primera vez que vine a visitar a Belarab.

Y la señora Travers se sintió más que nunca como si caminara en sueños, máxime cuando percibió, a la sombra de la veranda, visibles de la cabeza a los pies, dos figuras con armadura de cota de malla y cascos de acero puntiagudo, adornados por plumas blanquinegras, que custodiaban la puerta cerrada. Una alta bancada envuelta en una tela de color turquí se hallaba en un espacio abierto, dentro del gran recinto de la audiencia. Lingard la condujo hacia allí; a su otro lado, Jörgenson plegó el parasol con calma, y cuando tomó asiento entre ambos toda la muchedumbre apiñada ante su vista se postró de hinojos al unísono, revelando a lo lejos una figura solitaria que parecía apoyada contra el tronco liso de un árbol. Llevaba una tela blanca sujeta a la frente por un cordón amarillo. Sus extremos puntiagudos le caían sobre los hombros, enmarcando un rostro delgado y moreno, de ojos grandes; una capa de seda a franjas blancas y negras le caía hasta los pies, y a tal distancia parecía ajeno, altivo,

misterioso, al tiempo que su actitud despreocupada y erguida sugería gran confianza en sí mismo y no menor poder.

Lingard, con una leve inclinación, susurró al oído de la señora Travers que ese hombre, que de tan lejos dominaba toda la escena, era Daman, el jefe supremo de los illanuns, el que había ordenado la captura de los dos caballeros tal vez con la intención de cargar la suerte. Las dos figuras bárbaras y semidesnudas, cubiertas de ornamentos y amuletos, que permanecían acuclilladas a sus pies con las cabezas envueltas en pañuelos carmesíes y dorados, con sendas espadas rectas sobre las rodillas, eran los *pangerans* que transmitían sus órdenes, los que habían conducido a los cautivos hasta la laguna. Sin embargo, los dos hombres de cota de malla que vigilaban la entrada de la pequeña construcción eran los dos guardaespaldas particulares de Belarab, que aparecían de tal guisa solamente en las ocasiones de mayor trascendencia. Eran la señal externa, visible, de que los prisioneros estaban bajo la custodia de Belarab, y eso, por el momento, era un buen augurio. Lo malo era que el Gran Jefe no estuviera allí en persona. Lingard asumió entonces una pose más formal y la señora Travers oteó la amplitud del recinto; frente a las hileras de rostros alineados en el suelo, a sus pies, se sintió un tanto mareada durante unos instantes.

En el gentío había desaparecido todo movimiento. Incluso los ojos permanecían quietos bajo la versicolor abundancia de turbantes y pañuelos con que se cubrían las cabezas. Entretanto, más allá del portón abierto, una noble palmera parecía volverse de un negro intenso al recortarse contra el rielar de la laguna y la pálida incandescencia del cielo. Al mirar en aquella dirección, la señora Travers se preguntó por la ausencia de Hassim e Immada. Sin embargo, la muchacha bien podría encontrarse en alguna de las edificaciones, con las damas de Belarab. La señora Travers de pronto cobró consciencia de que existía otra bancada, que en ese mismo instante ocuparon cinco hombres ataviados con majestuosas sedas y terciopelos recamados, hombres de rostro redondo y grave. Reposaban sus manos sobre sus rodillas; entre ellos, uno vestía con una túnica blanca y un gran turbante negro. Se inclinó ligeramente hacia delante con la mano en el mentón. Tenía las mejillas chupadas y los ojos clavados en el suelo, como si deseara ahorrarse la visión de la mujer infiel.

Notó entonces un repentino y suave murmullo, y al mirar a Lingard lo encontró sumido en una actitud de atención impávida. Había comenzado la impetuosa negociación, y así transcurrió durante un rato, con algunas largas pausas, ante la inmovilidad de todos los asistentes acuclillados en el suelo, con la remota figura de Daman presente en la asamblea a pesar de su lejanía. Tampoco en él detectó la señora Travers el más mínimo movimiento mientras aquellos murmullos levísimamente modulados no dejaron de envolverla en una sensación de paz.

El hecho de que no pudiera entender ni una sola palabra de lo que se estaba diciendo apaciguó sus aprensiones. A veces se hacía el silencio y Lingard se inclinaba hacia ella para decirle al oído: «No es tan fácil». La quietud era tan perfecta que ella

incluso alcanzó a oír el zureo de una paloma en alguna rama, en las copas de los grandes árboles a cuya sombra se encontraban. Y sin previo aviso, uno de los hombres que seguían sentados frente a ella, sin mover siquiera un dedo, comenzó a pronunciar otro discurso que todavía le resultó más misterioso por la total ausencia de acción, de gesticulación, de subrayado. Tan sólo la atenta vigilancia de los ojos, muestra palmaria de que el hablante no estaba en plena comunión consigo mismo, aclaraba que aquélla no era una meditación oral, sino el fluir de una argumentación dirigida a Lingard, quien de vez en cuando pronunciaba unas cuantas palabras ya con expresión sonriente, ya con grave ademán. Siempre eran seguidas por murmullos que a ella más que nada le parecían transmisores de asentimiento; a renglón seguido, se hacía un nuevo silencio cargado de reflexión que de nuevo se adueñaba del encuentro, de modo que la quietud del gentío parecía incluso más perfecta que antes.

Cuando Lingard le dijo en un susurro que ahora llegaba su turno de hacer un discurso, la señora Travers supuso que se pondría en pie y que se reafirmaría mediante algún gesto de mando. Pero no lo hizo. Permaneció sentado, y sólo su voz tuvo una vibrante calidad, aun cuando él obviamente tratara de refrenarse y atajarla, si bien viajó magistralmente en medio del silencio. Habló durante largo rato mientras el sol ascendía por el cielo inmaculado, modificando las sombras menguantes de los árboles, vertiendo todo su calor sobre las cabezas de los hombres a través del follaje espeso e inmóvil. Cada vez que se levantaban los murmullos callaba, y mirando con aire intrépido a la congregación aguardaba hasta que remitieran. En una o dos ocasiones, los murmullos llegaron a ser un zumbido insistente y muy audible, y la señora Travers llegó a oír a Jörgenson murmurar algo para sus bigotes. Tras las hileras de los que estaban acucillados, Daman, aún bajo el árbol, se había cruzado de brazos. El borde de la tela blanca le cubría la frente; a sus pies, los dos jefes de los illanuns, semidesnudos y repletos de amuletos y ornamentos de plumas brillantes, de conchas, permanecían sentados con las piernas cruzadas, las espadas sobre las rodillas, como dos ídolos de bronce. Ni siquiera se movían las plumas de sus tocados.

—¡*Sudah!* ¡He dicho!

Una oleada de movimientos atravesó las cabezas de todos los presentes, cuyos cuerpos acucillados se balancearon de un lado a otro. Lingard había dejado de hablar. Permaneció sentado unos instantes contemplando a su público, y cuando se puso en pie con la señora Travers y con Jörgenson toda la congregación hizo lo propio, deshaciendo su ordenada formación. Parte del séquito de Belarab, jóvenes de anchos pómulos, ataviados con una suerte de uniforme hecho de *sarongs* de cuadros, chaquetas de seda negra y gorros carmesíes que llevaban inclinados en actitud desafiante, se contonearon entre las filas recién rotas y formaron en dos hileras ante Daman, que seguía inmóvil, y ante sus jefes illanun con todo su atavío de guerra. Los miembros del consejo, una vez abandonaron la bancada, se aproximaron a los blancos con sonrisas tranquilizadoras y gestos de deferencia. Su compostura era débilmente propiciatoria; sólo el hombre del gran turbante permanecía fanáticamente altivo, con

la mirada clavada en el suelo.

—Lo he conseguido —murmuró Lingard a la señora Travers.

—¿Ha sido muy difícil? —preguntó ella.

—No —dijo él, sabedor, en lo más profundo de su corazón, de que se había esforzado al máximo, arriesgando también en grado superlativo el prestigio de su buen nombre y esa costumbre de plegarse los demás a sus más mínimos deseos, establecida por el relumbrón de su riqueza y por el temor que inspiraba su personalidad, a lo largo de esa gran conversación que, a fin de cuentas, tan sólo había servido para posponer la hora de la verdad. Ofreció el brazo a la señora Travers dispuesto a llevársela, pero en el último instante optó por no moverse.

Con un gesto de autoridad, Daman había hecho que se abrieran las filas de los jóvenes seguidores de Belarab tocados con sus gorros rojos, y se dejó ver en el momento de avanzar camino hacia los blancos, dejando sumidos de nuevo en un silencio de asombro a todos los grupos ya esparcidos por el patio. Las filas, una vez rotas, se cerraron tras él. Los jefes illanun, a pesar de su truculento aspecto, tuvieron la elemental prudencia de no moverse. Para eso, ni siquiera necesitaron el más tenue de los murmullos por parte de Daman. Avanzó a solas. Por los bordes entreabiertos de su capa de seda asomaba la sencilla empuñadura de una espada. También desvelaba la abertura las culatas de dos pistolas de pedernal. En una funda de terciopelo llevaba el Corán sujeto sobre el pecho por un cordón de seda carmesí. Era un hombre pío, esplendoroso y guerrero, de movimientos reposados y mirada recta, inmóviles los ojos bajo el dobladillo de la sencilla pieza de lino con la que se cubría la cabeza. Se desplazaba con rigidez, y en su compostura se notaba una suerte de solemne modestia. Lingard dijo apresuradamente a la señora Travers que ese hombre había tratado antes con blancos, y le indicó que, en el supuesto de que hiciera además de estrecharle la mano, debía ofrecerle la suya envuelta por la punta de su pañoleta.

—¿Por qué? —le preguntó—. ¿Es lo apropiado?

—Sí, es lo más conveniente —dijo Lingard, y acto seguido la señora Travers notó cómo le oprimían la mano envuelta en la suave tela unos dedos esbeltos y oscuros, y se sintió sumamente oriental también ella cuando, con la cara embozada hasta los ojos, se encontró frente a la lustrosa y negra mirada del cabecilla de los ladrones del mar. Tan sólo fue un instante, porque Daman de inmediato se apartó de ella para estrechar la mano de Lingard. En los rectos y amplios pliegues de sus vestiduras parecía sumamente esbelto, máxime frente a la robustez del hombre blanco.

—Grande es tu poder —dijo con voz agradable—. Los hombres blancos te serán entregados.

—Así es, pasarán a estar bajo mi custodia —dijo Lingard, y devolvió al otro una idéntica sonrisa, no menos luminosa, aunque con un gesto de seriedad, gracias al fruncimiento de la frente, parejo al de Daman. Miró por encima del hombro a un grupo de lanceros que escoltaban a los dos cautivos, que habían bajado por las escaleras de una choza. Al ver que Daman de algún modo cerraba el paso de Lingard,

se habían detenido a cierta distancia y habían rodeado con mayor estrechez a los dos blancos. Daman también miró con desapasionamiento en aquella dirección.

—Eran mis invitados —murmuró—. Quiera Dios que pronto acuda a preguntarte por ellos... en calidad de amigo —añadió tras una mínima pausa.

—Y quiera Dios que no hayas de volverte con las manos vacías —dijo Lingard desfrunciendo el ceño—. Al fin y al cabo, tú y yo no estábamos hechos para conocernos y ponernos sólo a luchar. ¿O es que habrías preferido verlos bajo la custodia de Tengga?

—Tengga es un gordinflón rebosante de artimañas y tretas —dijo Daman con desdén—. Un simple tendero agujoneado por el afán de ser un jefe. No es nadie. Pero tú y yo sí somos hombres de auténtico poder. Sin embargo, existe una verdad que tú y yo nos podemos confesar mutuamente. Los corazones de los hombres pronto se sienten descontentos. Escúchame. Los jefes de los hombres son llevados adelante en manos de sus seguidores; el ánimo de los hombres corrientes es variable, sus deseos cambian, sus pensamientos no son dignos de confianza. Dicen que tú eres un gran jefe. No olvides que yo también lo soy, y que tengo a mis órdenes a muchos hombres armados.

—También yo he oído hablar de ti —repuso Lingard con voz opaca.

Daman había bajado la vista. De pronto, abrió los ojos como platos, y ese efecto sobresaltó a la señora Travers.

—Ya, pero ¿lo entiendes?

La señora Travers, con la mano apoyada con ligereza en el brazo de Lingard, tuvo la sensación de estar actuando en una pieza teatral deliciosamente improvisada, en el escenario brillantemente iluminado de una ópera exótica, cuyo acompañamiento no fuera la música, sino los variados acordes del silencio que todo lo impregnaba.

—Sí, lo entiendo —repuso Lingard con una entonación sorprendentemente confiada—. Pero también el poder está en manos de un gran jefe.

La señora Travers observó el mínimo aleteo de las fosas nasales de Daman, como si el hombre fuera presa de alguna poderosa emoción, mientras bajo sus dedos, bajo la manga blanca, el antebrazo de Lingard era tan firme como una extremidad de mármol. Sin mirarlo siquiera pareció percatarse de que con un solo movimiento podría aplastar a esa figura nerviosa que vivía aún en el aliento del gran desierto encantado por sus ancestros nómadas, los camelleros.

—El poder está en manos de Dios —dijo, y toda la animación desapareció de su rostro cuando aguardó la respuesta de Lingard.

—Muy cierto —dijo éste.

—Pero Él lo reparte en porciones —siguió diciendo— de acuerdo con Su sola voluntad y Sus propósitos, e incluso otorga parte de ese poder a quienes no son de la Fe.

—Siendo ésa la voluntad de Dios, no tienes por qué albergar amargura alguna en contra de ellos en el fondo de tu corazón.

—¡En contra de ellos! —exclamó, y el gesto desdeñoso de una mano magra y oscura que asomó de los pliegues de la capa fue casi comprensible para la señora Travers en la perfección de su melancólico desprecio, amén de dar a Lingard una nueva y más honda visión del carácter del aliado con quien podía contar sin duda gracias a la diplomacia de Belarab. Sin embargo, tan sólo quedó a medias tranquilo por esta suposición de su desapego de superior. Ya no confiaba en el interés de ese hombre, pues Daman sin lugar a dudas anhelaba el reino reconquistado, sí, pero por la recompensa inherente de la dignidad y las comodidades. Su padre y su abuelo (los hombres acerca de los cuales dijo Jörgenson por escrito que habían sido ahorcados para servir de escarmiento doce años antes) habían hecho buenas migas con los sultanes, habían sido consejeros de los gobernadores, acaudalados financieros enriquecidos con las grandes expediciones y las incursiones del pasado. Era el odio lo que había convertido a Daman en un paria y un marginado hecho por sí mismo, hasta que la diplomacia de Belarab lo obligó a salir de algún escondrijo recóndito e inseguro.

Con pocas palabras, Lingard garantizó a Daman la completa seguridad de sus seguidores en tanto en cuanto no hicieran ningún intento por adueñarse del yate encallado. Lingard comprendió muy bien que la captura de Travers y de D'Alcacer fue el resultado de un repentino temor, una jugada propia de Daman, y tendente más que nada a salvaguardar su seguridad personal. La visión del yate encallado hizo trizas su confianza. Fue como si todos los secretos del lugar hubieran sido revelados a traición. A fin de cuentas, tal vez fuera una rematada estupidez confiar en cualquier hombre blanco, por más alejado que pareciera de los suyos. Daman pensaba que bien podía haber sido víctima de una conjura. El bergantín de Lingard se le antojaba una formidable máquina de guerra. No sabía qué pensar, y el motivo por el cual se apoderó de los dos hombres blancos fue, en realidad, el de afianzar su seguridad por medio de los rehenes. Al desconfiar de los feroces impulsos de sus seguidores, se apresuró a ponerlos bajo la custodia de Belarab. Sin embargo, una vez llegado al Asentamiento todo se le antojó sospechoso: la ausencia de Belarab, la negativa de Jörgenson a la hora de entregar de inmediato la provisión de armas y munición prometida de antemano. Y ahora ese hombre blanco había logrado tan sólo mediante la fuerza de su discurso arrebatarnos de manos de Belarab y los suyos. Tantas y tan variadas influencias colmaron a Daman de respeto y de temor. Recluido durante tantos años en el rincón más recóndito del Archipiélago, se sintió de pronto rodeado por intrigas. No obstante, la alianza era gran cosa. No deseaba más disputas. Estaba más que deseoso, al menos por el momento, de aceptar las garantías de Lingard y de creer que ningún perjuicio sobrevendría a los suyos, que seguían acampados en el arenal. Atento, desdeñoso, dejó que las atinadas palabras de Lingard hicieran mella en él. La fuerza de ese hombre de gran estatura, pese a estar desarmado, le pareció sobrecogedora. Incluyó despacio la cabeza.

—Alá es nuestro refugio —murmuró al aceptar lo inevitable.

Deleitó a la señora Travers no porque fuera un ser vivo, sino por su aire de avisgado esbozo en colores, la vivida plasmación de la visión que de un alma tendría un artista, a un tiempo delicada y feroz. Su brillante media sonrisa era extraordinaria, cortante como el acero claro, dolorosamente punzante. Tras mirar a izquierda y derecha, la señora Travers vio la totalidad del recinto aplastado por la abrasadora furia del sol y vio a la gente y vio sus sombras y colores a punto de desvanecerse en la violencia de la luz. La propia tonalidad ocre de los techos y los muros aturdió la vista. Daman se hizo a un lado. Había dejado de sonreír, y la señora Travers avanzó con la mano del brazo de Lingard bajo un calor tan potente que parecía tener sabor, olor y tacto propios. Avanzó como si flotara gracias al apoyo de Lingard.

—¿Dónde están? —preguntó.

—Nos vienen siguiendo, por descontado —respondió. Lingard estaba tan seguro de que los prisioneros le serían entregados en la playa que ni siquiera se volvió a mirar atrás. Sólo al llegar al bote se dio la vuelta.

El grupo de lanceros se abrió a izquierda y derecha, y el señor Travers y D'Alcacer siguieron caminando a solas, tan irreales y extraños como si fueran sus propios fantasmas diurnos. El señor Travers no dio muestra alguna de haberse percatado de la presencia de su esposa. Sin duda alguna le supuso una sorpresa. D'Alcacer, por el contrario, avanzó sonriente, como si la playa fuera un salón.

Con tan pocos remeros, el pesado y recio bote de construcción europea se desplazó despacio sobre un agua que parecía tan pálida y deslumbrante como el propio cielo. Jörgenson se había encaramado a proa. Los otros cuatro blancos iban sentados en los paños de popa, los exprisioneros en el medio. Lingard tomó la palabra de forma inopinada.

—Quiero que entiendan ustedes dos que nuestras complicaciones todavía no han concluido. Aún no ha terminado nada; todo está por ver. Si los han puesto en libertad, ha sido gracias a mi palabra.

Mientras hablaba Lingard, el señor Travers apartó la mirada, pero D'Alcacer le escuchó con gesto de cortesía. No se dijo otra palabra más durante el resto de la travesía. Los dos caballeros fueron los primeros en subir por el costado del barco. Lingard se quedó a ayudar a la señora Travers al pie de la escalera. Ella le apretó la mano con fuerza y, mirando desde algo más arriba el rostro de Lingard alzado hacia ella, le dijo:

—Ha sido un éxito maravilloso.

Por unos instantes no cambió el carácter de esa mirada de fascinación. Fue como si ella no hubiera dicho ni palabra. Luego, él susurró con admiración:

—Usted lo entiende todo.

Ella apartó la mirada y tuvo que soltarle la mano, que se aferró a él por un momento, mareada, como la de alguien a punto de caer fuera de este mundo.

La señora Travers, plenamente al tanto de que Lingard estaba tras ella, siguió contemplando la laguna. Al cabo de un buen rato, él dio un paso adelante y se colocó a su lado, cerca de la barandilla. Ella siguió mirando la hoja inamovible del agua, que iba virando al púrpura oscuro bajo el celaje del crepúsculo.

—¿Por qué me ha evitado usted desde que volvimos de la empalizada? —le preguntó en voz muy baja.

—No tengo nada que decirle hasta que Rajá Hassim y su hermana Immada regresen con noticias —respondió Lingard en idéntico tono de voz—. ¿Habrá tenido éxito mi amigo? ¿Atenderá Belarab a sus argumentos? ¿Consentirá en salir de su caparazón? ¿Acaso ya viene de camino? ¡Ojalá supiera algo...! ¡Pero no me llega siquiera un susurro! Tal vez haya salido hace ya un par de días, tal vez esté ahora en las afueras del Asentamiento. Tal vez haya decidido acampar a mitad de camino, sea por capricho o por lo que sea. Por lo que alcanzo a saber, tal vez incluso ya esté de regreso. No tendríamos por qué haberlo visto. El camino que baja de los cerros no pasa cerca de la playa.

Con nerviosismo, sacó el catalejo y lo apuntó a la empalizada oscura. El sol se había puesto tras la jungla, dejando el contorno de los árboles perfilado por un hilo de oro bajo una delicada franja de tono verde, tendida de parte a parte por el extremo inferior del cielo. Más arriba, un tenue carmesí se desvanecía hasta ser el azul oscuro de lo más alto. Las sombras del atardecer se ahondaban sobre la laguna, aferrándose a los costados del *Emma* y a las formas de la orilla. Lingard dejó el catalejo.

—También tengo la impresión de que el señor D'Alcacer me rehuye —dijo la señora Travers—. Por cierto que me ha parecido ver que se entienden muy bien ustedes dos, Capitán Lingard.

—Es un hombre de trato muy agradable —musitó Lingard como si pensara en otra cosa—. Pero a veces dice cosas muy graciosas. El otro día me preguntó si había alguna baraja a bordo, y cuando le pregunté si le gustaban los juegos de naipes, más que nada por decir algo, me contestó con esa extraña sonrisa que tiene y me dijo que había leído en un relato que algunos condenados a muerte mataban el tiempo que les quedaba hasta la ejecución jugando a las naipes con sus carceleros.

—¿Y qué le dijo usted?

—Le dije que seguramente habría una baraja a bordo, que eso lo sabría Jörgenson. Luego le pregunté si me consideraba su carcelero. Se llevó un buen sobresalto y pidió disculpas por lo dicho.

—No es que haya sido muy amable por su parte, Capitán Lingard.

—Fue una torpeza que se me escapó. Los dos la subsanamos con una carcajada.

La señora Travers se acodó sobre la barandilla y apoyó la cabeza en ambas manos. Cada una de las actitudes de la mujer sorprendía a Lingard por el efecto

encantador que ejercía sobre su persona. Suspiró, y el silencio duró un buen rato.

—Ojalá hubiera alcanzado a entender todas las palabras que se dijeron aquella mañana.

—Aquella mañana —repitió Lingard—. ¿A qué mañana se refiere?

—Me refiero a la mañana en que salí de la empalizada de Belarab cogida de su brazo, Capitán Lingard, al frente de la comitiva. Tuve la sensación de estar caminando por un espléndido teatro en una escena de una ópera, en medio de un espectáculo capaz de lograr que el público entero contuviera la respiración. No se puede usted ni imaginar cuán irreal me pareció todo, cuán artificial llegué a sentirme. Una ópera, ya sabe usted...

—Sí, lo sé. En otro tiempo fui buscador de oro. Algunos acostumbrábamos a ir a Melbourne con los bolsillos repletos de dinero. Yo diría que no pasaba de ser un pobretón teniendo en cuenta lo que usted habrá visto, pero una vez asistí a un espectáculo de éstos. Era una historia que se representaba con el acompañamiento de la música. Todos los personajes cantaban hasta el final mismo de la acción.

—Sin duda tuvo que crisar su sentido de la realidad, ya lo creo. Y mucho —dijo la señora Travers sin mirarle todavía—. ¿No recuerda el título de la ópera?

—No. Nunca me tomé la menor molestia de enterarme. Nosotros nunca nos tomamos esas molestias.

—No le preguntaré qué clase de historia era. Sin duda tuvo que parecerle a usted todo un desafío, una desfachatez frente a la pura verdad. ¿Acaso podría ponerse la gente de carne y hueso a cantar a lo largo de su vida? Si no fuera en un cuento de hadas...

—Aquellas personas no siempre cantaban de alegría —dijo Lingard con toda sencillez—. Y yo no sé gran cosa sobre los cuentos de hadas.

—Casi todos tratan acerca de princesas —murmuró la señora Travers.

Lingard no llegó a oírla. Aguzó el oído un instante, pero ella no le estaba mirando y él no le pidió que repitiera el comentario.

—Tengo entendido que los cuentos de hadas son para niños —dijo él—. Pero esa historia musicada de la que le hablo, señora Travers, no era un cuento para niños. Le aseguro que de los pocos espectáculos que yo he visto en la vida, ése fue el que me pareció más real. Más real que ninguna otra cosa en la vida.

Al recordar la fatal inanidad de la mayoría de los libretos operísticos, la señora Travers se sintió conmovida por estas palabras, tanto como si contuviera algo en sí mismo patético la prontitud de la respuesta: como si hubiera oído a un hombre medio muerto de hambre hablar de las delicias de una simple migaja de pan reseco.

—Supongo que se olvidó de sí mismo al asistir a esa historia, fuera la que fuese —comentó ella con desapego.

—Así es. Me transportó. Pero imagino que usted conoce ese sentimiento.

—Pues no. Nunca he conocido nada por el estilo, ni siquiera cuando era niña.

Lingard pareció aceptar esta afirmación tal cual: como un aserto de superioridad.

Inclinó ligeramente la cabeza. Por si fuera poco, ella bien pudo haber dicho lo que quisiera. Lo que a él más le complacía era que ella no le mirase, ya que eso le permitía contemplar con total libertad la curvatura de su mejilla, la oreja medio escondida tras la rubia maraña de sus cabellos, la fascinación de su cuello al descubierto. Y toda su persona era una maravilla imposible, una maravilla asombrosa y sólida que de algún modo no resultaba tan convincente a la vista cuanto a una parte de su interior que parecía por completo independiente de sus sentidos. Ni siquiera por instante le pareció ella algo remoto. Intocable... ¡seguramente, sí! Pero remota... de ninguna manera. Ya fuera consciente o inconscientemente, en un plano espiritual él la tomaba por algo primigenio. En lo material sí era algo inverosímil, algo del estilo de esas cosas que a un tiempo resultan familiares y sagradas.

—No —comenzó de nuevo, y muy bruscamente, la señorita Travers—. Yo nunca me he olvidado de mí en el transcurso de un relato. Es algo que no se me alcanza. No he sido capaz de olvidarme de mí ni siquiera durante aquella mañana en la orilla que formó parte de mi propia historia.

—Se condujo usted de primera —dijo Lingard sonriendo al mirarle la nuca, la oreja, el mechón de cabellos fugitivos, el modelado del rabillo del ojo. Veía el aleteo de las pestañas oscuras, el delicado arrebol de su mejilla, que surtía un efecto más aromático que de color.

—Usted dio su visto bueno a mi conducta.

—Fue espléndida, se lo aseguro. Le doy mi palabra: todos se quedaron de una pieza cuando comprendieron quién era usted.

—Debiera sentirme adulada. Debo confesarle que sólo me sentí disfrazada a medias, y que estaba enojada y sumamente incómoda. Lo que acudió en mi ayuda, supongo, fue mi deseo de complacer...

—No quería decir que se hubieran sentido exactamente complacidos —la interrumpió Lingard adrede—. Tan sólo que se llevaron un buen sobresalto.

—Deseaba complacerle a usted —dijo la señora Travers con un punto de negligencia. El tenue piar de un ave, áspero, impaciente, se oyó desde la maleza como si invocara la noche que estaba al caer. Lingard notó que se le acaloraban las mejillas y agradeció la luz crepuscular que iba menguando. El delicado amarillo limón y los tintes de un verde etéreo se habían desvanecido del todo en el cielo, y el rojo resplandor se ennegrecía de forma amenazadora. El sol se había puesto tras el negro cortinaje de la jungla, sin estar ya fileteado por una línea de oro.

—Sí, debo decir que me sentí absurdamente cohibida —prosiguió la señora Travers en un tono de conversación más llano—. Y ello fue por efecto de las ropas que usted me hizo ponerme por encima de mi atuendo europeo. A punto estuve de decir disfraz, pues sabe usted de sobra que en la actualidad me siento mucho más a mis anchas, es curioso, con este disfraz tan perfecto, y eso que no podría decir, pese a todo, que de veras me siente bien. Las mangas de seda de esta camisola son bastante prietas. Noto los hombros constreñidos; en cuanto al sarong, es escandalosamente

corto. Según las normas, debiera haber tenido la longitud suficiente para cubrirme los pies. Sin embargo, me gusta la libertad de movimientos. A lo largo de la vida he gozado muy poco de lo que de veras me gusta.

—A duras penas puedo creerlo —dijo Lingard—. Si no me lo dijera usted...

—Tampoco se lo diría a todo el mundo —dijo ella, y volvió un instante la cabeza para mirar a Lingard, para apartarla de nuevo y contemplar el anochecer que parecía llegar flotando por encima de la laguna negra. A lo lejos, en lo más profundo, titilaban un par de luces tenues; era imposible precisar si estaban en la orilla o en la linde de la jungla más distante. En lo alto empezaban a asomar las estrellas, aunque muy débiles aún, como si estuvieran demasiado lejos para reflejarse en la laguna. Sólo hacia el oeste brillaba un planeta poniente en medio de la roja neblina del resplandor crepuscular—. Siempre se ha dado por sentado que no era bueno para mí gozar de demasiada libertad de acción. Eso es al menos lo que se me ha dicho siempre. Sin embargo, tengo la sospecha de que esa posibilidad sólo era ingrata para otras personas.

—Debiera haber pensado... —empezó a decir Lingard, pero vaciló y calló. Le parecía inconcebible que a nadie le hubiera encantado la idea de hacer feliz a una mujer. Y además le impresionó la amargura del tono con que ella hablaba. La señora Travers no parecía siquiera curiosa por saber qué era lo que él quiso decir, de modo que al cabo de un rato añadió:

—No me refiero tan sólo a cuando era niña. Eso no lo recuerdo demasiado bien. Incluso diría que, de niña, era un cúmulo de molestias para los demás.

Lingard trató de imaginársela en su niñez. Fue una idea completamente nueva para él. Su perfección parecía haber llegado a este mundo ya completa, madura, sin ninguna vacilación, sin asomo de debilidad. En su experiencia no halló nada que le ayudara a imaginar a una niña de esa clase. Los niños que él conocía jugaban por las calles de los pueblos y correteaban por la playa. Él había sido uno de tantos. Desde entonces, cómo no, había visto a otros niños, pero no había tenido relación con ellos si no había sido meramente visual, amén de que no habían sido niños ingleses. La infancia de ella, como la suya propia, había transcurrido en Inglaterra, y ese hecho tan elemental bastaba para que a él le fuera imposible imaginarla. Ni siquiera sabría decir si había sido en el campo o en la ciudad, si de niña había visto el mar. ¿Cómo podía ser una niña así un cúmulo de molestias para los demás? Sin embargo, recordó que un niño o una niña que no contase con la aprobación de los demás podía ser la personificación de la desdicha, y por eso se limitó a decir:

—Lo lamento.

La señora Travers se rió un poco. Dentro de la jaula de muselina, las formas de los demás eran poco más que sombras desvaídas. Entre ellas, se irguió la silueta de D'Alcacer y comenzó a moverse. El aturdimiento sistemático o tal vez mórbido del señor Travers le aburría e incluso le exasperaba, aunque, a decir verdad, las intervenciones de tal caballero jamás habían revestido el menor poder de entretener o

apaciguar su ánimo.

—Es muy amable por su parte. Tiene usted una gran capacidad de simpatía, pero a fin de cuentas sigo sin estar segura de cuál es el lado en el que están sus simpatías. Sigo sin saber si está conmigo o si está con esas gentes tan castigadas —dijo la señora Travers.

—Con la chiquilla —dijo Lingard sin hacer caso del tono de chanza—. Una niña puede pasarlo muy mal sin compartirlo con nadie.

—¿Qué sabrá usted de eso? —preguntó ella.

—Yo también tengo mis sentimientos —respondió él no sin sorprenderse.

La señora Travers, de espaldas a él, estaba inundada por la confusión. No era capaz de representarse la infancia de él, tal como si también él hubiera aparecido en este mundo en la plenitud de su fuerza y su determinación. Descubrió en su interior un punto de ingenuidad y se rió por lo bajo. Él no emitió ningún sonido.

—No se enoje —dijo ella—. Yo ni siquiera soñaría con reírme de sus sentimientos. No me cabe duda de que sus sentimientos son lo más serio que me ha salido al paso en el camino de la vida. Pero no pude evitar el reírme de mí misma, más que nada por el gracioso descubrimiento que hice.

—¿En su niñez? —oyó que la voz grave de Lingard le preguntaba tras una pausa.

—Oh, no. Una eternidad después. Ninguna niña podría haber hecho ese descubrimiento. ¿Sabe usted cuál es la mayor diferencia que existe entre nosotros? Se lo voy a decir: yo he vivido, desde mi niñez, delante de un espectáculo. Nunca me han dejado alejarme del relumbrón y el ruido del mismo, ni siquiera un instante; nunca he podido sustraerme a lo que sucedía en escena. ¿Entiende lo que quiero decir, Capitán Lingard?

Hubo un momento de silencio.

—¿Qué más dará? Ahora ya no somos ningunos niños. —Hubo una infinita amabilidad en el tono grave con que habló Lingard—. Ahora bien, si ha sido usted desdichada, no me venga a decir que no ha tenido compensaciones desde entonces. No me cabe duda de que le bastaría con hacer una simplicísima señal. Una mujer como usted...

—¿De veras cree que yo podría aterrorizar al mundo entero hasta ponerlo de rodillas?

—No, no diría yo que aterrorizarlo. —La insinuación de una risa en la voz amortiguada se la llevó el propio aliento. Acto seguido se le oyó hablar con tono sobrio—. Su esposo... —Vaciló un poco, y ella aprovechó la ocasión para hablar con toda frialdad.

—Se trata del señor Travers.

Lingard no supo cómo tomárselo. Se imaginó que era culpable de alguna suerte de presunción. Sin embargo, ¿cómo demonios iba a llamar a ese hombre? A fin de cuentas, era su esposo. Esa sola idea le desagradaba, pues no en vano era ese hombre enemigo de todo de manera especialmente irracional e irritante. Al mismo tiempo, era

consciente de que no le importaba ni un comino la inquina que el señor Travers le pudiera tener, aparte de albergar la idea de que tampoco le importaba gran cosa su amistad. Y de pronto se sintió muy molesto.

—Sí. A ese hombre me refiero —dijo con todo su desprecio—. No me agrada en particular su nombre, y estoy convencido de que no deseo hablar de él más de lo que pueda evitar. De no haber sido él su esposo, no hubiera tolerado yo sus modales siquiera durante una hora. ¿Sabe usted qué le hubiera ocurrido de no haber sido su esposo de usted?

—No —dijo la señora Travers—. ¿Lo sabe usted, Capitán Lingard?

—Con toda exactitud, debo decir que no —reconoció—. Pero algo que no le habría hecho ninguna gracia, de eso puede usted estar segura.

—Y en cambio, salta a la vista que esto le agrada muchísimo —observó ella. A Lingard se le escapó una brusca risotada.

—Creo que de mí no depende el hacer nada que a él pudiera gustarle —dijo ya en serio—. Disculpe mi franqueza, señora Travers, pero a veces me pone usted muy difícil el comportarme con buena educación. Al margen de lo que haya tenido que aguantar a lo largo de mi vida, nunca me he visto en el brete de aguantar el desprecio.

—Eso lo puedo creer —dijo la señora Travers—. ¿No le llaman sus amigos el Rey Tom?

—Sí, pero no me llama así nadie que de veras me importe. No tengo amigos. En efecto, así es como me llaman por ahí...

—¿Que no tiene amigos?

—Yo no —dijo él con decisión—. Un hombre como yo no tiene compinches.

—No deja de ser posible —murmuró la señora Travers para sí.

—No, ni siquiera Jörgenson. El viejo loco de Jörgenson. También él me llama Rey Tom. Ya ve lo que puede valer eso.

—Sí, ya lo veo. Mejor dicho, lo he oído. Ese pobre hombre no tiene rasmia ni temple, y es mucho lo que de eso depende. Ahora, supongamos que yo le llamo Rey Tom de vez en cuando, pero sólo entre nosotros... —propuso la señora Travers con una voz distante y tentativa, a resguardo de todo gracias a la noche que envolvía su persona con la vaguedad del colorido.

Aguardó en la quietud, aún acodada en la barandilla, con la cara entre las manos como si ya hubiera olvidado lo que acababa de decir. A su costado oyó entonces un grave susurro.

—Oigámoselo decir.

Ella no se movió ni un ápice. En la sombría laguna centelleaban tenues los reflejos de las estrellas.

—Descuide, que me oirá decírselo —comentó sin dejar de mirar al espacio iluminado por las estrellas, con una voz de dulzura sin acentuar que fue modulando sutilmente a medida que hablaba—. Espero de veras que nunca haya de lamentar que saliera usted del amistoso misterio que lo envuelve para hablar conmigo, Rey Tom.

¡Hace ya cuántos días! Y aquí termina un día más. Dígame: ¿cuántos nos quedan aún? ¿Cuántos días cegadores, cuántas noches más sin un solo ruido?

—Tenga paciencia —murmuró por toda respuesta—. No me pida lo imposible.

—¿Y cómo sabemos usted o yo qué es posible? —susurró ella con un extraño deje de desdén—. Ni siquiera usted osaría adivinarlo. Sin embargo, le diré que cada día que pasa es para mí más imposible que el día anterior.

La pasión de ese susurro se le clavó como un puñal en el pecho.

—¿Qué podría yo decirle? —musitó casi con un punto de desesperación—. Recuerde que con cada crepúsculo ya queda un día menos. ¿O acaso piensa que es mi deseo que siga usted aquí?

Una risita amarga flotó en el aire hacia la luz de las estrellas. La señora Travers oyó a Lingard apartarse de repente de su lado. No modificó en cambio su postura ni un ápice. Acto seguido oyó que D'Alcacer salía de la Jaula. Su voz cultivada formuló una pregunta medio en broma.

—¿Han tenido ustedes una conversación satisfactoria? ¿Es posible que me ponga al corriente de algo?

—Señor D'Alcacer, es usted un curioso...

—Bien, habida cuenta de nuestra situación, lo confieso... Es usted nuestro único refugio, recuerde.

—Así que desea usted saber de qué estábamos hablando —dijo la señora Travers alterando lentamente su postura, de modo que dio la cara a D'Alcacer, cuyo rostro era casi indiscernible—. En tal caso, debo decirle que hemos hablado de la ópera, de las realidades y las ilusiones del escenario, del vestuario, de los nombres de los personajes y de otras cosas por el estilo.

—Nada de importancia, ya veo —dijo él caballerosamente. La señora Travers dio un paso y él se hizo a un lado. Dentro de la Jaula, dos camareros malayos sostenían los faroles en alto antes de colgarlos, y la luz alcanzó la cabeza inclinada del señor Travers, que permanecía sentado en su sillón.

Cuando estuvieron todos reunidos para cenar, Jörgenson salió como si tal cosa de ningún sitio en particular, tal como tenía por costumbre, y hablando a través de la muselina anunció que el Capitán Lingard rogaba que se le disculpase de asistir a la cena de esa noche. Tal como vino, se largó paseando. A partir de ese instante, y hasta que se levantaron de la mesa y los malayos trajeron los catres de campaña, no se cruzaron ni veinte palabras siquiera entre los integrantes del grupo que estaba a resguardo de la red. La extrañeza de su situación hacía que todo intento por intercambiar alguna idea resultara especialmente arduo; aparte de eso, cada uno tenía pensamientos que resultaba infaliblemente inútil comunicar a los demás. El señor Travers se había abandonado a su sensación de ultraje, de injuria incluso. No era tanto que meditase pesaroso, cuanto que más bien dejaba que la rabia se desatase en su interior de un modo especialmente mortecino y desanimado. Le mortificaba la imposibilidad de reafirmarse por ningún medio a su alcance; le amargaba hasta el

alma. D'Alcacer estaba sumamente desconcertado. En cierto modo desgajado de la vida de los hombres, tal vez incluso hasta el extremo del propio Jörgenson, se tomaba sin embargo un razonable interés por el curso de los acontecimientos, y no había perdido del todo la idea de la preservación de sí mismo. Sin tener la capacidad de apreciar los valores exactos de la situación, no era uno de esos hombres que tienden a estar completamente enajenados ante cualquier conjunto de circunstancias. Sin tender a la humorada, era un hombre de esencial buen humor. Su sonrisa habitual, caballerosa, era una expresión sin dobleces. Más europeo que español, poseía esa naturaleza genuinamente aristocrática que es tan proclive a conceder a todo hombre de bien parte de su propia nobleza, y que en sus juicios es completamente independiente de todo sentimiento de clase. Creía en la honestidad y en la bondad de Lingard, y nunca se tomó la molestia de clasificarlo, salvo en el sentido de considerarlo un personaje cuando menos interesante. Tenía una suerte de estima por su personalidad tal como la manifestaba de puertas afuera, aparte de apreciar el talante del marino. En él también hallaba la distinción de no ser un tipo corriente. Era un espécimen al que sólo cabía juzgar de acuerdo con su valía. Con su don natural de la perspicacia, D'Alcacer se dijo que muchos aventureros de ultramar, a lo largo de la historia, probablemente eran menos dignos que él porque obviamente debieron de haber sido bastante menos simples. Sin embargo, no compartió formalmente esas ideas con la señora Travers. A decir verdad, rehuía hablar de Lingard con la señora Travers, la cual, pensaba él, tenía inteligencia más que suficiente para apreciar los matices más exactos de sus actitudes. Si esos matices eran correctos, la señora Travers tampoco se equivocaba; por otra parte, ni siquiera resultaba necesario comentar los colores de la aventura que estaban viviendo bien que a su pesar. Por si fuera poco, ella misma parecía evitar toda discusión directa del elemento que presuponía Lingard en el destino de todos. D'Alcacer era un hombre de finura suficiente para comprender que esos dos parecían entenderse el uno al otro de un modo que ni siquiera a ellos les podía resultar obvio. Cada vez que los veía juntos sentía la poderosa tentación de pararse a observarlos. Y cedía a esa tentación. El hecho de que la propia vida dependa de las fases de una oscura acción autoriza cierta laxitud de conducta. Los había visto juntos en reiteradas ocasiones, en abierta comunión, o bien al margen de los demás, y en su manera de estar juntos y de comunicarse, en sus poses, incluso en sus maneras de separarse, había algo especial y característico, algo único y privativo de ellos, tal como si estuvieran hechos el uno para el otro.

Lo que no lograba entender era el porqué la señora Travers había intentado desviar la natural curiosidad del propio D'Alcacer en lo tocante a su última conversación con el Hombre del Destino mediante una inconcebible afirmación sobre la naturaleza de su charla. Hablar de vestidos, de ópera, de nombres de personajes... Él no podía tomarse tal cosa en serio. Ella bien podría haberse sacado de la manga, pensó D'Alcacer, algo más verosímil; podría haberle dicho lisa y llanamente que se

metiera en sus asuntos. Ella debiera haber sabido que eso a él jamás le hubiera parecido una ofensa. ¿Acaso no había comprendido ya ella que él aceptaba con llaneza la condición del misterio que envolvía su relación con ese hombre de forma completa e incuestionable, tal como si se tratara de algo dictaminado con antelación, desde el principio mismo de las cosas? A pesar de todo, no estaba molesto con la señora Travers. A fin de cuentas, aquello podía ser cierto. Ella hablaría exactamente como quisiera, e incluso faltando a la más elemental verosimilitud, si es que le venía en gana, ya que el hombre seguiría pendiente de lo que cayera de sus labios. De igual manera, ella era muy capaz de lograr que el hombre conversara sobre cualquier cosa, mediante el poder de la inspiración, ya fuera por simpleza, ya por perversidad. ¡La ópera! ¡Los vestidos! Sí, y también sobre Shakespeare y sobre las copas de cristal a las que se arrancan notas musicales, si es que fuera menester. Tanto por capricho como por un muy serio propósito. Las mujeres verdaderamente dignas de llamarse mujeres eran exactamente así. Eran una auténtica maravilla. Siempre a la altura de las circunstancias, y a veces incluso muy por encima, cuando por fuerza habían de sobrevenir sucesos cómicos o trágicos (como era el caso), pero por norma general lastradas por las complicaciones incluso para los más inocentes de los testigos. D'Alcacer daba vueltas a estos pensamientos sin asomo de amargura e incluso sin ironía alguna. Con su reputación en sociedad, bien que a medias secreta, en calidad de hombre dominado por una gran pasión en un mundo de meras intrigas, le gustaban sin embargo todas las mujeres. Le gustaba su aire sentimental y su dureza, su carácter trágico y sus impulsos ora estúpidos, ora inteligentes, todos los cuales contemplaba con una especie de tierna seriedad.

No es que la suya fuera una visión favorable de la situación en que estaban inmersos, pero no por eso consideró la afirmación de la señora Travers en torno a la ópera y los vestidos como una advertencia para que no tratara de entrar en ese tema. Por esa sola razón permaneció en silencio durante la cena.

Cuando terminó el ajeteo de recoger la mesa, se acercó hacia la señora Travers para hacerle un muy tranquilo comentario.

—Creo que al mantenerse esta noche lejos de nosotros, el Hombre del Destino ha obrado con verdadera inspiración. Hemos cenado como los monjes cartujos.

—¿Se refiere usted a nuestro silencio?

—Más escrupuloso no podía ser. Si hubiéramos tomado un voto eterno, difícilmente podríamos haberlo cumplido mejor.

—¿Se ha aburrido usted?

—*Pas du tout* —le aseguró D'Alcacer con jocosa gravedad—. Lo cierto es que no he sentido nada. Permanecí sentado en un estado de dichosa vacuidad. Creo que he sido el más feliz de los tres. A no ser que también usted, señora Travers...

—No tiene absolutamente ningún sentido que usted, señor D'Alcacer, se proponga sondear mis pensamientos por ver qué pesca de todo ello. Si le permitiera ver qué es lo que pienso, se quedaría usted de piedra.

—Los pensamientos en realidad no son sino una manifestación formal de los sentimientos. Permítame darle la enhorabuena por la máscara impasible que sabe usted ponerse para ocultar los horrores que, según dice, acaricia usted en su seno. A juzgar por su rostro, hubiera sido imposible precisar nada.

—Es usted un adulator. Siempre lo ha sido.

—*Madame*, mis adulaciones provienen del fondo mismo de mi corazón. Hace ya mucho tiempo que renuncié a todo deseo de complacer. Y tampoco pretendía sondear sus pensamientos. Al margen de cualquier otra cosa que pueda usted esperar de mí, puede usted contar con mi más absoluto respeto por su intimidad. Sin embargo, supongamos que con una máscara tal como la que usted sabe ponerse, en realidad no le importase. El Hombre del Destino, según he tenido ocasión de comprobar, no le llega a usted ni siquiera a los talones. Me refiero a la bondad.

—Qué nombre tan presuntuoso. ¿Se lo dice usted a la cara, señor D'Alcacer?

—No, mi desvergüenza no llega a tanto —confesó D'Alcacer con ecuanimidad—. Por otra parte, es demasiado impetuoso para su uso cotidiano. Y él es un hombre tan simple que bien podría pensar que se trata de una broma, cuando nada podría estar más lejos de mis intenciones. Señora Travers, le confesaré que no me siento bromista en modo alguno. Sin embargo, ¿qué podría él saber de personas como nosotros? Y si me paro a reflexionar en las poquísimas personas como nosotros que pueden conocer a un hombre así, me doy por contento cuando he de dirigirme a él en calidad de Capitán Lingard. Es común, es tranquilizador, es respetable y satisfactorio. No en vano es el de capitán el título más vacío de todos. ¿Qué es un capitán? Cualquiera puede ser capitán; en cuanto a Lingard, es un nombre como cualquier otro. No obstante, lo que él merece es algo especial, significativo, expresivo, capaz de hacer justicia a su persona: algo tan sencillo y tan romántico como su persona.

Notó que la señora Travers lo miraba intensamente. Los dos se dieron buena prisa en apartar las miradas.

—A él le gustaría su aprecio —comentó la señora Travers con un tanto de negligencia.

—Mucho me temo que lo despreciara.

—¡Que lo despreciara! Caramba, eso mismo es el aire que percibe en cada bocanada.

—Diríase que usted lo entiende, señora Travers. Las mujeres tienen una singular capacidad de comprensión. Me refiero a los asuntos que de veras les importan, porque cuando su imaginación se estimula, las mujeres no tienen miedo a dejarla volar. Un hombre desconfía mucho más de sí mismo. Las mujeres son, desde que nacen, mucho más temerarias. Aprietan y aprietan, la siguen y la consiguen, bajo la protección del secreto y del silencio, y cuanto mayor sea la oscuridad de lo que desean explorar, mayor será su valentía.

—¿Se propone decirme con toda seriedad que me considera un ser de las tinieblas?

—Hablo en términos generales —la reconvino D’Alcacer—. Cualquiera otra cosa hubiera sido una impertinencia por mi parte. Sí, la oscuridad, las tinieblas si usted quiere, son las mejores aliadas de la mujer. Su osadía ama las tinieblas; en cambio, un súbito destello de luz las desconcierta. En términos generales, si no alcanzan exactamente la verdad, siempre se las ingenian para rondarla muy de cerca.

La señora Travers le había escuchado con atención y en silencio, y permitió que el silencio se adueñara de la conversación durante un buen rato, después de terminar de hablar D’Alcacer. Cuando tomó la palabra fue para decir en tono despreocupado que, en lo referente a esta cuestión, ella había gozado de oportunidades muy especiales. Su interlocutor, tan dueño de sí mismo, consiguió reprimir un gesto de auténtica curiosidad y lo encubrió bajo un barniz de interés convencional.

—Muy cierto —exclamó con toda cortesía—. Una oportunidad especial. ¿Cómo se las apañó para crearla?

Fue un comentario excesivo para la señora Travers.

—¡Yo! ¡Crearla, yo! —exclamó indignada, aunque entre dientes—. ¿Cómo demonios se le ocurre que pude hacer tal cosa?

El señor D’Alcacer, como si sólo hablara para el cuello de su camisa, dijo —o ella le oyó— en un murmullo, sin asomo de arrepentimiento, que las mujeres rara vez saben cómo «lo hacen», a lo cual la señora Travers replicó, con voz fatigada, que no hay dos hombres cuya densidad resulte equiparable. A esto, el señor D’Alcacer asintió sin la menor dificultad.

—Así es; nuestra categoría reviste una mayor variedad de especímenes. Según determinado punto de vista, esto es algo que obra en nuestro favor. Somos fuente de interés... Y no es que imagine siquiera de lejos que yo le pueda resultar interesante, señora Travers. Sin embargo, ¿qué me dice del Hombre del Destino?

—Pues desde luego que me interesa —siseó la señora Travers.

—¡Entiendo! ¡E inmensamente! —apuntó D’Alcacer en tono misterioso, como si de hecho comprendiera—. ¿Es tan colosal su estupidez?

—Me ha parecido indiscernible de otras grandes visiones que de ningún modo son mezquinas, y le ha valido para fabricarse un mundo propio.

—Hasta ahí había llegado yo solo —musitó D’Alcacer para sus adentros—. Pero es que eso, señora Travers, eso debe usted saber que no me parece una buena noticia. Un mundo de ensueños, ¿eh? Eso es pésimo; es muy peligroso. Es casi fatal, señora Travers.

—¿A qué viene tanto desaliento? ¿Qué tiene usted en contra de un mundo de ensueños?

—Que me desagrada la perspectiva de verme sacrificado por esos moros. Yo no soy un optimista, en eso no me parezco nada a nuestro amigo, el de allí —continuó en voz baja, señalando con un gesto del mentón la taciturna figura del señor Travers, acurrucado aún en su asiento—. Todo esto no se me antoja una farsa, y he descubierto en mi interior un profundo desagrado ante la idea de que me raje el cuello uno de esos

bárbaros grotescos no sin antes haber dedicado largo rato a sus fatuos parlamentos. No me pregunte el porqué, señora Travers. Atribúyalo a una absurda debilidad por mi parte.

La señora Travers hizo un ligero movimiento sin levantarse del sillón, llevándose las manos a la cabeza, y a la tenue luz de los faroles D'Alcacer vio la masa de sus cabellos claros, relucientes, caer en una cascada y extenderse sobre sus hombros. Tomó la mitad con ambas manos, blanquísimas, y con la cabeza ladeada comenzó a hacerse una trenza.

—Es usted aterradora —dijo él tras contemplar durante un rato el movimiento de sus dedos.

—Sí... —acentuó ella de modo interrogativo.

—Tiene usted el espanto de los predestinados. También usted es presa de los sueños.

—Así pues, no de los moros —manifestó ella con calma, comenzando a hacerse la otra trenza. D'Alcacer asistió a la operación hasta verla terminar. Muy cerca de ella, su diáfana sombra sobre la muselina reproducía hasta sus más mínimos movimientos. D'Alcacer apartó la mirada.

—¡No! Ningún bárbaro le pondrá a usted la mano encima, porque llegado el caso estoy seguro de que él es muy capaz de matarla con sus propias manos.

Transcurrió un minuto antes de que él se animase a mirarla de reojo. De nuevo estaba recostada, las manos sobre el regazo y una trenza a cada lado de la cabeza y el cuello, la cabeza de hecho increíblemente transformada, como si insinuara algo medieval, ascético, ensoñadoramente abatida sobre el pecho.

D'Alcacer aguardó conteniendo la respiración. Ella no se movió. En el tenue resplandor de los broches enjorjados, el débil relucir de los brocados de oro, el brillo remoto y ondeante de las sedas, era como una figura en un cuadro deslucido por el tiempo. Sólo su cuello resultaba de un blanco deslumbrante a la humeante rojez de la luz. El pasmo de D'Alcacer mudaba un sentimiento de respeto reverencial. Estaba a punto de marcharse sin decir palabra cuando la señora Travers, sin la menor agitación, le hizo oír estas palabras:

—Le he dicho a él que cada día se me antojaba más difícil de vivir. ¿No se da cuenta usted de lo imposible que resulta todo esto?

D'Alcacer echó un rápido vistazo al otro extremo de la Jaula, donde el señor Travers parecía dormido y desaliñado, como un pájaro enfermo. No se distinguía de él otro detalle que la calva.

—Sí —murmuró—. Es sumamente desafortunado... Comprendo su preocupación y su angustia, señora Travers, pero...

—Estoy asustada —dijo ella.

Él reflexionó un instante.

—¿Y qué respuesta obtuvo? —preguntó con suavidad.

—La respuesta fue muy simple: «Paciencia».

D'Alcacer se rió un poco.

—Bien puede usted reírse —murmuró la señora Travers en tono angustiado.

—Por eso me río —susurró él—. ¡Paciencia! ¿Es que no se le alcanza a él todo el horror de la situación?

—No lo sé. Se marchó sin más —dijo la señora Travers. Inamovible, miró las manos que tenía entrelazadas sobre el regazo, y estalló de pronto con manifiesta aflicción—: Señor D'Alcacer, ¿qué es lo que va a ocurrir?

—Ah, por fin se hace usted misma la pregunta que más importa. Sucederá aquello que no sea posible evitar, y tal vez sepa usted mejor que nadie qué ha de ser.

—No. Sigo preguntándome qué es lo que hará él.

—Pues a eso no soy quién para responderle —anunció D'Alcacer—. No soy quién para decirle qué es lo que hará, pero sí sé qué es lo que le va a suceder.

—¿A él? ¿A él, dice usted? —exclamó ella.

—A él se le va a romper el corazón —dijo D'Alcacer con toda claridad, inclinándose un poco sobre la silla, un tanto asombrado ante su propia audacia. Y aguardó.

—*Croyez-vous?* —oyó decir por fin a la señora Travers, aunque en un tono tan frío, tan lánguido, que D'Alcacer notó un escalofrío por toda la columna vertebral.

¿Acaso, se preguntó, era posible que fuese una mujer de esa especie? ¿Acaso no acertaba a ver nada en el mundo, nada más allá de sí misma? ¿Estaba tal vez muy por encima de la compasión más elemental? Difícilmente podía abrigar sospechas de que la señora Travers pecase de estupidez; sin embargo, bien podía ser una mujer sin corazón y, como algunas mujeres de esa especie, tal vez fuera incapaz de reconocer otras emociones que no fueran las suyas. D'Alcacer estaba asombrado y, al mismo tiempo, aliviado, máxime cuando se confesó que se había aventurado hasta latitudes muy lejanas. Sin embargo, con la humanidad que le caracterizaba, la señora Travers no era tan vulgar como para sentirse ofendida. No era esclava de esas pequeñas mezquindades. Este pensamiento complació a D'Alcacer, quien no en vano se había acostumbrado a no esperar demasiado de las personas. Pero tampoco supo qué hacer a continuación. Tras aventurarse a decir lo que dijo, tras el modo en que ella encajó su gesto de audacia, lo único que le restaba por hacer era cambiar de conversación. La señora Travers siguió perfectamente en calma. «Haré como si me pareciera que ella acaba de adormecerse», pensó, y meditó la posibilidad de retirarse de puntillas.

No se dio cuenta de que la señora Travers lisa y llanamente trataba de recuperar por todos los medios el pleno dominio de sus facultades. Las palabras que él dijo le habían causado un terrible sobresalto. Cuando logró a duras penas pronunciar a la defensiva ese «*croyez-vous*» que salió de sus labios con fría debilidad, como si fuera su último esfuerzo, al borde de la más completa extenuación, se quedó rígida y sin habla. Envarada a causa de la emoción pensaba: «¿D'Alcacer se ha dado cuenta! ¿Cuánto más habrá sido capaz de ver?». No se formuló la pregunta ni con temor ni con vergüenza, sino con una suerte de resignación temeraria. Tras el sobresalto la

invadió una sensación de paz. Una calidez brillante atravesó todas sus extremidades. Si D'Alcacer hubiera escrutado su rostro a esa luz rojiza y humeante, tal vez habría visto una sonrisa fatalista que asomó a sus labios y se desvaneció acto seguido. No obstante, D'Alcacer jamás podría haber soñado siquiera con hacer tal cosa; además, su atención se centró entonces en otra dirección. Había oído exclamaciones en voz baja, había notado cierta agitación en la cubierta del *Emma*, había percibido algunos ruidos fuera del barco.

—Son extraños esos ruidos —dijo.

—Sí, yo también los oigo —murmuró la señora Travers con inquietud.

Vagos perfiles pasaron por fuera de la Jaula, descalzos, sin hacer ruido apenas, susurrando en secreto palabras en lengua malaya.

—Da la impresión de que hubiera arribado un bote al costado —observó D'Alcacer a la vez que aguzaba el oído—. Me pregunto qué será. En nuestra situación...

—Puede ser cualquier cosa —le interrumpió la señora Travers.

—Ha llegado Jaffir —dijo una voz a oscuras, por la popa del barco. Se oyeron más palabras, entre las cuales el oído atento de D'Alcacer captó la palabra «*surat*».

—Se trata de una especie de mensaje —dijo—. Pronto llamarán al Capitán Lingard. Me pregunto qué pensamientos, qué sueños vendrá a interrumpir esta llamada. —Habló con ligereza, mirando a la señora Travers, que había cambiado de postura en su sillón; a juzgar por el tono y la actitud de ambos, bien pudieran haber estado a bordo del yate, en alta mar, navegando sin el menor contratiempo—. Usted, por descontado, será quien se entere de su contenido. ¿No siente una suerte de excitación, señora Travers?

—Hace muy poco que se me ha recomendado paciencia —dijo ella con la misma facilidad de palabra—. Sé esperar, e imagino que tendré que esperar tal vez hasta que amanezca.

—Ya no puede faltar mucho —dijo él—. El tiempo, para nosotros, está detenido desde hace muchísimo. Sin embargo, bien pudiera ser ésta la hora del destino.

—¿Es así como se siente en estos momentos?

—Así me siento desde hace ya un considerable número de momentos. Al principio era excitante. Ahora sólo estoy moderadamente preocupado. He dedicado todo mi tiempo a hacer repaso de mi vida.

—¿De veras se puede hacer tal cosa?

—Sí. No diría yo que me haya muerto de aburrimiento. De hecho, ya ve usted que sigo vivo, pero he dado por terminado ese pasatiempo, y ahora me encuentro extremadamente desocupado. Sólo hay una cosa que me gustaría hacer. Lo que de veras deseo es hallar unas cuantas palabras para transmitirle mi gratitud por toda la amistad que me ha dedicado usted en el pasado, ya desde aquellos tiempos en que tanto me permitía verla, en Londres. Siempre tuve la impresión de que me aceptaba usted tal como soy, como era, amén de hacerlo con tanta amabilidad que muchas

veces me sentí tentado de tener un mejor concepto de mí mismo. Pero mucho me temo que la fatigue, señora Travers.

—Le aseguro que jamás me ha cansado... Al menos con anterioridad. En cuanto a estos momentos, le ruego que no se vaya. Por favor, quédese conmigo. No vamos a fingir que tenemos sueño cuando ya casi hemos pasado la noche en vela.

D'Alcacer arrimó un taburete cerca del sillón y tomó asiento.

—Ah, sí. Es posible que sea ésta la hora del destino —dijo—. Tengo una petición que hacerle, señora Travers. No le voy a pedir que traicione a nada ni a nadie. ¿De qué serviría tal cosa? Cuando se presente el asunto en cuestión, no podrá ser más sencillo. Sin embargo, quisiera hacerle una advertencia, decir algo que me permita armarme de valor, recobrar la compostura, por así decir. Quiero que me prometa que si se tuercen las cosas y se ponen en contra de nosotros, me haga usted una señal. Podría aprovechar la oportunidad, por ejemplo, cuando yo la esté mirando. Podría llevarse la mano izquierda a la sien, por ejemplo de este modo. Es un gesto que nunca le he visto hacer, de modo que...

—¡Jörgenson! —se oyó gritar a Lingard por la proa a la vez que aparecía un farol. Tras una pausa, Lingard habló de nuevo—. ¡Venga aquí!

Comenzaron a transcurrir entonces los minutos en silencio. Reclinada en su sillón la señora Travers, sentado D'Alcacer en el taburete, aguardaron inmóviles y sin decir palabra. A la sazón, entre los murmullos apagados y la agitación que impregnaba la cubierta oscura del *Emma*, la señora Travers oyó un paso firme y, farol en mano, apareció Lingard ante la jaula de muselina.

—¿Quiere salir a hablar conmigo? —dijo en voz alta—. No, usted no. La dama —añadió en tono autoritario al ver que D'Alcacer se ponía en pie—. Que salga la señora Travers.

—Faltaría más —musitó D'Alcacer para sus adentros, y al abrir la puerta de la Jaula para dejar que la señora Travers saliera le dijo al oído—: Ésta es la hora del destino.

Ella pasó a su lado con rapidez, sin dar la menor muestra de haber oído sus palabras. En la cubierta de popa, entre la Jaula y la caseta, Lingard la esperaba con el farol en la mano. No se veía a nadie más, pero D'Alcacer percibió en el aire la presencia de seres callados y excitados en torno al círculo de la luz. Lingard alzó el farol al acercarse la señora Travers, y D'Alcacer le oyó hablar.

—Tengo noticias que es preciso que usted conozca. Vayamos a la caseta.

D'Alcacer vio las dos cabezas iluminadas por el farol en alto, rodeadas por las honduras de la sombra en un efecto de visión simbólica y maravillosa.

—Preferiría no tener conocimiento de sus noticias —oyó decir a la señora Travers en un tono que a un observador tan sensible como él le hizo morderse los labios de pura extrañeza. Creyó que ella estaba alterada en exceso, sobrepasada; creyó que la situación comenzaba a ser superior a sus nervios. Sin embargo, no habló con el tono que uno espera de una persona asustada. A él se le pasó por la cabeza que ella tal vez

se sintiera cohibida, y ahí puso coto a sus especulaciones. Siendo por naturaleza un hombre tan amigo de las mujeres, mantuvo la discreción incluso en sus pensamientos. Se retiró más al fondo de la Jaula y, sin extrañarse, vio que la señora Travers seguía a Lingard al interior de la caseta.

4

Lingard colocó el farol sobre la mesa. Daba una luz muy escasa. Se sentó con pesadez sobre el arcón. También él estaba alterado. Llevaba la camisa de franela abierta sobre el pecho. Llevaba un ancho cinturón, pero no se había puesto la chaqueta. Delante de él, la señora Travers, muy erguida y alta, con sus sedas y algodones de alegres colores, con la muselina de su estrafalario atuendo, con las puntas de la pañoleta sobre la cabeza casi cubriéndole el rostro, parecía una figura de un tenue esplendor subrayado por la negra mirada que aleteaba en su cara muy blanca.

—¿Es que también usted —dijo él— pretende dejarme plantado? Le aseguro que eso es algo que ahora no puede hacer.

—No estaba yo pensando en dejarlo plantado, pero es que ni siquiera sé a qué se refiere usted. Diríase que las cosas que no puedo hacer no tienen principio ni fin. ¿No sería tal vez mejor que me dijera qué es lo que sí puedo hacer? ¿Se ha formado usted alguna idea acerca de lo que desea de mí?

—Puede usted permitirme que la mire. Puede escucharme. Puede hablarme.

—Con sinceridad, hasta el momento no he rehuído yo tales cosas, al menos siempre que usted me las ha requerido. Me ha llevado usted...

—¡Que yo la he llevado! —exclamó Lingard.

—¡Ah! Entiendo, ha sido culpa mía —dijo ella sin el menor asomo de ira—. Entonces, debo de haber soñado que fue usted quien vino a verme a oscuras, a contarme la historia de su vida imposible. ¿Acaso pude haberle dicho que se fuera con la música a otra parte, que me dejara en paz?

—Ojalá hubiera obrado así. ¿Por qué no lo hizo?

—¿Es que pretende que le diga que era usted irresistible? ¿Cómo podría haberle dicho que se largase? ¿A usted, precisamente? ¿Y qué es lo que le hizo volver junto a mí con el corazón en los labios?

Cuando Lingard retomó la palabra al cabo de un rato, lo hizo con frases cortas y desmañadas.

—No me paré a pensar. Estaba dolido. No les consideraba a ustedes damas o caballeros. Los consideraba tan sólo personas cuyas vidas tenía yo en mis manos. ¿Cómo iba a ser posible que la olvidara a usted en mis complicaciones? Fue su cara lo que me llevé de vuelta a bordo de mi bergantín. Y no sé por qué. No la miré a

usted más que a nadie en especial. Necesité todo el tiempo del que disponía para calmarme, no fuera que me diese por pegarles fuego a todos ustedes. No quise portarme con rudeza con ustedes, pero descubrí que no me iba a ser nada fácil, debido a que las amenazas eran el único argumento que tenía en mi favor. ¿La ofendí a usted, señora Travers?

Ella le había escuchado en tensión, muy atenta, casi severa. Y habló sin cambiar de expresión facial:

—Creo que se condujo usted de manera apropiada, habida cuenta de la clase de vida a la que ha querido Dios llamarlo.

—¿Qué clase de vida? —masculló Lingard para sí—. Yo soy lo que soy. Me llaman Rajá Laut, Rey Tom, cosas por el estilo. Creo que le hizo gracia saberlo, pero le aseguro que no es ninguna broma vivir con tales apelativos clavados a la espalda, ni siquiera por diversión. Y esos mismos apelativos tienen algo dentro, algo que basta para que todo este asunto no sea ninguna nadería para ninguno de los implicados.

Ella seguía de pie ante él con rostro severo.

—¿Es que me ha llamado de modo tan alarmante sólo para discutir conmigo, para regañarme?

—No, pero ¿por qué elige usted este momento para decirme que cuando acudí en su auxilio lo hice solamente por impudicia en cuanto la vi? De ser así, le ruego me disculpe por entrometerme con su dignidad.

—Me ha malinterpretado —dijo la señora Travers sin relajar siquiera por un instante su atenta severidad—. Nunca me había ocurrido algo tan adulador, y estoy segura de que jamás volverá a ocurrirme. De todos modos, Rey Tom, créame si le digo que me hizo usted un honor excesivo. Jörgenson tiene toda la razón al enojarse con usted por haber recogido a una mujer a remolque y haberla traído aquí.

—Él no quiso ser descortés —protestó Lingard de todo corazón. La señora Travers ni siquiera sonrió por este entrometimiento, por esta aclaración de una mera cuestión de modales, en el ambiente de angustia y de suspense que en todo momento parecía surgir entre ella y ese hombre que, sentado sobre el arcón, había alzado los ojos para mirarla con un aire de extremo candor, y que de hecho parecía incapaz por completo de bajarlos. Ella siguió mirándolo con gesto severo, aunque no sin un tremendo esfuerzo de voluntad.

—Qué cambiada la encuentro —murmuró él.

Estaba perdido en las profundidades de la más simple de las maravillas. Ella se le aparecía como un ser vengativo, como si para siempre se hubiera convertido en una estatua de piedra, ante el desconcertado remordimiento que él sentía. Para siempre jamás. De pronto, la señora Travers volvió la vista y se sentó en el sillón. Le fallaron las fuerzas, pero mantuvo su austeridad con las manos apoyadas en los brazos de su asiento. Lingard lanzó un hondo suspiro y bajó la mirada. Ella no osó relajar los músculos por temor a venirse del todo abajo, por delatar el atrevido impulso que acechaba en lo más profundo de su desconsuelo, un impulso de aferrar la cabeza del

Hombre del Destino, como lo llamaba D'Alcacer, para estrecharla una sola vez contra su pecho, arrojarle luego lejos de sí y desaparecer, volatilizarse, huir de la vida como un espectro. El Hombre del Destino permaneció sentado en silencio, contrito, aunque con un deje de fuerza en su desplome. «Si no digo algo —se dijo la señora Travers con una enorme calma interior—, me echaré a llorar».

—¿Qué puede haber ocurrido? —dijo en voz alta—. ¿Para qué me ha arrastrado hasta aquí dentro? ¿Por qué no me comunica su noticia?

—Creí que no deseaba usted conocerla. Creo de veras que no lo desea. ¿Qué supone todo esto para usted? Creo que no se le importa un comino lo que yo pueda sentir, lo que haga, cómo termine. De veras, de veras creo que tampoco le importa a usted cómo pueda terminar. Creo que nunca le han importado sus sentimientos, y menos aún los de nadie. No creo que sea por estar usted endurecida, sino porque no sabe, y tampoco quiere saber, y porque está enojada con la vida.

Hizo un gesto temerario alargando el brazo, y la señora Travers se percató por primera vez de que sostenía una hoja de papel en la mano.

—¿Son ésas sus noticias? —le preguntó con intención—. Cuesta un gran esfuerzo imaginar que en esta selva desolada la escritura pueda tener algún sentido. ¿Quién demonios iba a remitirle noticias por medio de un papel? ¿Me va a dejar leerlo? ¿Está a mi alcance entenderlo? ¿Está en inglés? Vamos, Rey Tom. No me mire de ese modo tan horroroso.

Se puso en pie sin previo aviso no por indignación, sino como si se hubiera agotado su capacidad de aguante. Los broches enojados, los brocados de oro centelleaban elusivos entre los pliegues de sus vestiduras, que emitieron un misterioso rumor.

—No puedo aguantarlo —exclamó—. No soporto que se me mire de este modo. Es más: ninguna mujer podría soportarlo. A ninguna mujer se le ha mirado jamás de este modo. ¿Qué es lo que está viendo usted? Entendería el odio, se lo aseguro. ¿De qué me cree capaz?

—Es usted sumamente extraordinaria —murmuró Lingard, que por fin había recuperado el dominio de sí mismo antes de que ella prorrumpiera en semejante estallido.

—Muy bien, me parece muy bien. Usted también es extraordinario. Eso se da por descontado: los dos estamos bajo la misma maldición, los dos hemos de afrontar juntos lo que pueda acontecer. No obstante, ¿quién demonios le ha enviado ese escrito?

—¿Quién? —repitió Lingard—. Pues el joven que cometió el error garrafal de dar con mi bergantín a oscuras, trayendo consigo un cargamento de complicaciones, aquella noche apacible en el Estrecho de Carimata. La noche más oscura que he vivido nunca. Una noche maldita.

La señora Travers se mordió el labio, aguardó unos instantes, preguntó con aplomo:

—¿En qué nueva dificultad se ha metido?

—¡Dificultad, dice usted! —exclamó Lingard—. El muy joven, el muy idiota, está inmensamente satisfecho consigo mismo. ¿Sabe usted? Aquella noche en que lo envió usted a partir conmigo, la velada en que dejó usted la goleta para ir a la orilla, vino con un arma cargada en el bolsillo. Ahora resulta que ha ido y lo ha hecho.

—¿Que lo ha hecho? —repitió la señora Travers sin entender palabra—. ¿Que ha hecho el qué?

Arrebató de la mano de Lingard, que no opuso resistencia, la hoja de papel. Mientras la alisaba, Lingard cambió de lugar y se situó a su costado. Pasó rápidamente sobre las primeras líneas de la misiva, y entonces afianzó la vista. Al término, inspiró hondo y miró a Lingard. Nunca habían estado las caras de los dos tan cerca, y la señora Travers disfrutó durante un segundo sorprendente de una sensación perfectamente nueva. Apartó la mirada.

—¿Entiende usted qué es lo que esto significa? —murmuró. La señora Travers dejó que la mano le cayera pegada al costado.

—Sí —dijo en voz baja—. Se ha roto el pacto.

Carter había dado comienzo a su misiva sin preámbulos:

«Usted se largó en plena noche y se llevó consigo a la señora. No me dejó usted ninguna orden precisa. En calidad de marino, me encontré con que se me había confiado provisionalmente el mando de dos navíos, y que estaba a menos de media milla náutica de ese arenal en donde había más de un centenar de piratas sanguinarios, que me observaban desde cerca como otros tantos tigres listos para saltarme al cuello. Pasaron los días sin tener noticia de usted ni de la señora. Abandonar los navíos en la mar y adentrarnos por tierra para buscarlos era algo impensable a la vista de los piratas que nos tenían a tiro. Póngase en mi lugar. ¿Se imagina usted mi angustia, las noches que he pasado sin pegar ojo? Cada nueva noche era peor que la anterior. Y seguía sin tener noticias tuyas. No podía quedarme mano sobre mano y devanarme los sesos, preocuparme por cosas que ni siquiera alcanzaba a entender. Yo soy marino. Mi deber, en primer lugar, era el de salvaguardar los barcos. Tuve que poner coto a esta situación imposible y confiar en que esté usted de acuerdo con que lo he resuelto del modo más marinero. Una mañana de niebla acerqué el bergantín a la barra de arena y en cuanto despejó la niebla abrí fuego contra los praos de los salvajes que estaban anclados en el canal. Al principio apuntamos la artillería de modo que diéramos a los vagamundos desharrapados que estuvieran a bordo la oportunidad de batirse en retirada y de unirse a sus amigos, los que estaban acampados en el arenal. No obré con ánimo alguno de matar a nadie. Luego hicimos uso del cañón de más calibre y en menos de una hora desfondamos los dos praos. Los salvajes de la orilla chillaban y se desgañitaban con cada andanada. Están encolerizados hasta decir basta, pero

ahora su cólera me importa poco, ya que al hundirles los praos los he dejado tan inermes, tan inofensivos como un rebaño de corderos. No se han de morir de hambre en el arenal, pues cuentan con dos o tres canoas en la orilla, y pueden largarse a tierra firme, junto con sus mujeres, tan pronto les dé la ventolera.

»Tengo la certeza de haber actuado como un marino, y es así como pienso seguir actuando. Ahora que he asegurado los barcos, sin pérdida de tiempo me dispongo a tratar de sacar la goleta del fangal. Cuando lo haya conseguido, armaré los botes y procederé a armar una expedición tierra adentro para buscarle usted y buscar a los armadores de la goleta. No descansaré hasta saber a ciencia cierta si alguno de ustedes, y es de esperar que todos, aún siguen sobre tierra.

»Espero que le lleguen estas palabras. Nada más terminar con el asunto de los praos, el hombre que envió usted aquella noche en Carimata para detener a nuestro oficial en jefe llegó por el oeste con nuestro primer esquife remolcado y con toda la tripulación sana y salva. Su *serang* me indica que es un mensajero digno de toda confianza y que se llama Jaffir. Parece sumamente deseoso de tratar de dar con usted tan pronto le sea posible. Le repito que los barcos y los hombres están a salvo, y que de ninguna manera pienso darlos a ustedes por perdidos, ya sea vivos o muertos».

—No ha tardado usted nada en comprender la situación —dijo Lingard con voz lúgubre al ver que la señora Travers, con la hoja de papel en el puño, lo miraba a la cara con ojos de ansiedad—. Ha sido muy listo, no cabe duda alguna.

—Él no sabía nada —murmuró la señora Travers.

—No, no sabía ni palabra. Pero dígame una cosa: ¿podía yo compartir con todos mi confianza? —protestó Lingard también en voz baja—. Y con todo y con eso, ¿en quién iba a confiar, si no? Me pareció que debiera haberse dado cuenta sin que se le dijeran las cosas con pelos y señales. Ya, ya lo sé: es demasiado joven. De acuerdo con las luces que tiene, bien puede estar orgulloso de lo que ha hecho. Ha hecho ese trabajito allá lejos a las mil maravillas, ¡maldito sea lo listo que pueda ser! Y aquí estamos, entretanto, ahora que nuestras vidas dependen de mi palabra. Una palabra que no he cumplido, señora Travers. La he roto.

La señora Travers le hizo un leve gesto de asentimiento.

—Antes habrían contado con que la luna y el sol se cayeran del cielo —continuó diciendo Lingard a la vez que reprimía su cólera incendiaria. Acto seguido pareció que se le había ido todo de la cabeza, y la señora Travers le oyó pronunciar una frase sin relación alguna con lo dicho—: El mundo entero me golpea en los oídos.

—¿Qué piensa hacer usted? —dijo ella en un susurro.

—¿Qué pienso hacer? —repitió Lingard con suavidad—. Ah, sí: hacer. Señora Travers, debe usted darse cuenta de que ahora mismo no soy nada. Lo que se dice nada.

Se había perdido en la contemplación de su rostro, vuelto hacia él con una

expresión de temerosa curiosidad. El pasmo producido por el hecho de que el mundo le hubiera golpeado de plano los oídos a raíz de la inteligencia de Carter fue tan terrible que le había anestesiado la sensibilidad, tal como hubiera ocurrido con un gran dolor o con una catástrofe tremenda. No quedaba otra cosa que mirar salvo la cara de una mujer, precisamente en un mundo que había perdido su coherencia, su forma, todas sus promesas, en un visto y no visto.

La señora Travers apartó la mirada. Comprendió que le había formulado a Lingard una pregunta imposible. Lo que a ella se le presentaba como un problema era para ese hombre una mera crisis de sentimiento. Obviamente, la acción de Carter había hecho saltar por los aires el pacto cerrado con Daman, y a ella le sobraba inteligencia para comprender que ésa era una de esas cosas que no tenían explicación posible. No era horror lo que sentía, sino una especie de consternación, algo semejante a la turbación de quien acaba de perder el tren, sólo que era más intensa. El abatimiento, o tal vez la indignación, todavía tardarían en abrirse camino en su ánimo. Para Lingard fue en cambio un golpe recibido en todo el corazón.

No era que estuviera enojado con Carter. El buen hombre había actuado como un marino. A Carter, en efecto, le importaban los barcos. En esta fatalidad, Carter no pasaba de ser más que un mero incidente. La auténtica causa del desastre estaba en otra parte, o era otra, y mucho más remota. Al mismo tiempo, Lingard no pudo defenderse de un sentimiento que también estaba en su seno, en algún rincón de las honduras aún por explorar de su naturaleza, algo fatal, inevitable.

—No, no soy un hombre de suerte —musitó para sus adentros.

Fue ésta una débil expresión del descubrimiento de la verdad que de súbito le había sobrevenido tal como si se lo hubiera hincado en el pecho un poder de revelación que hubiera decidido por su cuenta que ése había de ser el final de su aventura. Sin embargo, no era él un hombre dado al examen de sus sensaciones. Su impulso natural lo llevaría a pechar con las circunstancias, y eso era lo que en efecto se proponía hacer; no obstante, echaba en falta esa sensación de dominio que ya es la mitad de la victoria. El conflicto, fuera como fuese, era la esencia misma de la vida, pero esto era algo que no había conocido hasta ahora. Éste era un conflicto consigo mismo. Había de afrontar poderes insospechados, enemigos a los que no podía plantar cara a la vuelta de la esquina. Estaban dentro, como si hubiera sido traicionado por alguien, por algún enemigo secreto. Estaba listo para darse la vuelta y buscar a ese traidor sutil. Una suerte de negrura se adueñó de su mente, y de pronto pensó: «¡Pero hombre! ¡Si soy yo mismo!».

A renglón seguido tuvo un recuerdo claro e inmisericorde de Hassim e Immada. Los vio a lo lejos, más allá de la jungla. Sí, existían aún. ¡En su propio seno!

—Aquella sí que fue una noche —musitó mirando directamente a la señora Travers. La había contemplado en todo momento. Su mirada la había tenido sujeta a un embrujo, aunque por un minuto entero, un minuto interminable, no había sido consciente de estar mirándola. Al oír el murmullo de sus palabras, ella hizo un leve

movimiento y él la volvió a ver—. No como ésta —dijo—. Usted me hizo fijarme en lo calma, lo estática que era. Y es cierto. Escuche y compruebe que sigue en calma.

Los dos movieron la cabeza ligeramente, como si prestaran atención. No se oía ni un murmullo, ni un suspiro, ni una salpicadura, ni un paso. Ni susurros, ni temblores, ni sonidos de ninguna especie. Bien pudieran estar a solas a bordo del *Emma*, abandonados incluso por el fantasma del Capitán Jörgenson, que hubiera partido para reunirse con los restos de la barcaza *Wild Rose* en las orillas del mar de Cimeria^[9].

—Es como la quietud del fin —dijo la señora Travers en voz baja, plana.

—Sí, pero también eso es falso —añadió Lingard en el mismo tono.

—No entiendo... —empezó a decir la señora Travers al cabo de un breve silencio—. Pero no use esa palabra. ¡No la diga siquiera, Rey Tom! Sólo de oírla me aterra.

Lingard no dio ninguna señal. Sus pensamientos habían vuelto a Hassim e Immada. El joven jefe y su hermana se habían internado en tierra en una misión voluntaria cuyo objeto era persuadir a Belarab de que regresara a la empalizada y se hiciera cargo de la situación. Portaban mensajes urgentes de Lingard, quien para Belarab era la encarnación misma de la verdad y la fuerza, esa fuerza incuestionada que había permitido a Belarab abundar con indulgencia en sus melancólicas vacilaciones. Pero los dos jóvenes también tenían un prestigio personal indudable. Eran amigos del alma de Lingard. Eran como sus propios hijos. Aparte de eso, su encumbrado nacimiento, su errancia, sus aventuras y sus perspectivas de futuro les habían dotado de un encanto propio.

5

El mismo día en que Travers y D'Alcacer llegaron a bordo del *Emma*, Hassim e Immada partieron para cumplir su misión, y es que Lingard, por descontado, de ningún modo podía pensar en dejar a los blancos a solas con Jörgenson. Jörgenson era un buen hombre, pero su hábito inerradicable de murmurar para sus bigotes cosas como que «esto es arrojar un fósforo encendido entre los barriles de pólvora» había inspirado en Lingard cierta desconfianza. Por si fuera poco, no quería alejarse de la señora Travers.

Por parte de Carter fue un gesto de inspiración muy acertado enviar a Jaffir con su mensaje para Lingard. El combatiente de recio corazón, nadador espléndido y devoto seguidor de los principescos infortunios de Hassim e Immada, entendió que su misión de alcanzar al oficial jefe del yate (misión que le encomendó Lingard en Carimata) era poco menos que pan comido. Le había costado algo más de lo que supuso en principio, pero había sido capaz de regresar al bergantín a tiempo de recibir otro encargo, el de llevar a Lingard la misiva de Carter tras un par de horas de descanso. Conoció de primera mano la historia de lo sucedido, de labios de Wasub, antes de

partir; aunque su rostro no mudó su gravedad impasible, en el fondo de su corazón no le gustó el cariz que iban tomando los acontecimientos.

Intrépido, astuto, Jaffir era el hombre indicado para cualquier misión difícil; era un mensajero innato —como él mismo manifestaba—, «hecho para portar palabras de peso entre hombres de grandeza». Gracias a su memoria infalible era capaz de reproducir cualquier discurso con toda exactitud, ya fuera conciliador o duro, igual ante un consejo que en privado. No conocía el miedo. Con él no era necesario poner por escrito palabras que podrían caer en manos del enemigo. También tenía el don de comprender el sentido de cualquier situación, amén de ser un gran observador. Era uno de esos hombres de los que podían obtener cualquier información, y muy valiosa, los hombres llamados a realizar grandes empresas. Lingard le había formulado varias preguntas, aunque en esta tesitura Jaffir pudo decir bien poca cosa. De Carter, al que llamaba «el joven», dijo que tenía el aspecto de los hombres blancos cuando están satisfechos de sí mismos; sin aguardar a una pregunta en concreto, añadió por su cuenta: «Los barcos ahora están a salvo, Rajá Laut». Y lo dijo sin el menor alborozo en la voz.

Lingard lo miró sin expresión alguna. Cuando el Más Grande de los Blancos comentó que aún quedaba un precio por pagar a cambio de esa seguridad, Jaffir asintió con un simple «Sí, por Alá» sin perder siquiera por un instante su adusta compostura. Cuando se le dijo que se le iba a solicitar que fuese tierra adentro en busca de su señor y de la dama Immada, que estaban con toda seguridad en el campamento itinerante de Belarab, se manifestó listo para emprender la marcha de inmediato. Había comido suficiente y había dormido tres horas a bordo del bergantín, de modo que no estaba cansado. Cuando era joven, a veces le ganaba el cansancio; desde hacía bastantes años no conocía tales flaquezas. No exigió el bote con los remeros en el que había llegado a la laguna. Iría a solas, en una pequeña canoa. No era momento, comentó, para hacer despliegue de ostentación pública alguna. La ansiedad que tenía encerrada en el pecho reventó a través de sus labios.

—Soy de la impresión, Tuan, de que la muerte no les ha rondado tan de cerca desde aquella noche en que llegaste navegando entre las negras nubes y nos salvaste del cerco en que estábamos atrapados.

Lingard no dijo nada. En Jaffir era patente una fe inquebrantable en ese hombre blanco.

—¿Cómo piensas salvarlos esta vez, Rajá Laut? —inquirió sencillamente.

—Belarab es mi amigo —murmuró Lingard.

Dada su ansiedad, Jaffir habló sin pelos en la lengua.

—¡Un hombre de paz! —exclamó en voz baja—. ¿Y quién iba a estar a salvo con un hombre así? —preguntó con todo su desprecio.

—No estamos en guerra —dijo Lingard.

—No, pero crecen las sospechas, el temor, el ánimo de venganza, la cólera de los hombres armados —le replicó Jaffir—. Tú les has arrebatado a los prisioneros

blancos de las manos sólo con la fuerza de tus palabras. ¿No es así, Tuan?

—Así es —dijo Lingard.

—¿Y los tienes aquí, a bordo? —preguntó Jaffir mirando por encima del hombro hacia la blanca, brumosa estructura dentro de la cual, a la luz de una pequeña lámpara de aceite, D'Alcacer y el señor Travers estaban conversando.

—Sí, aquí los tengo.

—En tal caso, Rajá Laut —susurró Jaffir—, puedes garantizar su seguridad con sólo devolverlos.

—¿Tú crees que puedo hacer eso? —Tales fueron las palabras que salieron de labios de Lingard, destinadas a los oídos del fiel seguidor de Hassim e Immada.

—¿Puedes hacer otra cosa? —replicó en un susurro Jaffir, el mensajero acostumbrado a hablar con toda franqueza a los más grandes de la tierra—. Eres un hombre blanco, no tienes más que una palabra. Ahora, me voy.

Una pequeña piragua perteneciente al *Emma* había sido arrimada al pie de la escala. El lúgubre marino oriental que aguardaba respetuoso en cubierta, a oscuras, ya había carraspeado dos veces a modo de aviso.

—Sí, Jaffir. Ve —dijo Lingard—. Y pórtate como un amigo mío.

—Yo soy amigo de un gran príncipe —dijo el otro con reciedumbre—. Pero tú, Rajá Laut, aún lo fuiste más. Y grande seguirás siendo mientras estés con nosotros, el pueblo de esta tierra y de este mar. En cambio, ¿en qué se convierte la fuerza de tus brazos ante los tuyos, los blancos? ¿En qué queda, diría yo? Así las cosas, hemos de confiar en la fuerza de tu corazón.

—Espero que nunca falle —dijo Lingard, y Jaffir emitió un gruñido de satisfacción—. Pero sólo Dios sabe qué hay en el corazón de los hombres.

—Sí. Nuestro refugio está en Alá —asintió Jaffir, que había adquirido la costumbre de dar un giro piadoso a sus pronunciamientos con la frecuentación de los hombres religiosos, que no en vano abundaban dentro de la empalizada de Belarab. A decir verdad, depositó toda su confianza en Lingard, quien tenía en sí el prestigio de un hombre enviado por la providencia en el momento de mayor necesidad, un hombre enviado por el cielo mismo. Aguardó un momento—. ¿Cuál es el mensaje que debo llevar?

—Cuéntaselo todo a Rajá Hassim —dijo Lingard—. Dile que venga aquí con su hermana, y que lo haga con el máximo secreto y la mayor rapidez. Ha llegado el momento de las mayores complicaciones. Al menos, hemos de estar unidos.

—¡Así es! ¡Así es! —aprobó Jaffir de todo corazón—. Morir a solas bajo el peso de los enemigos es un destino temible.

Dio un paso atrás y salió de la luz proyectada por el farol para descender acto seguido a la piragua. Empuñó un remo y, sin un solo salpicotazo, se desvaneció en la oscuridad de la laguna.

Fue entonces cuando la señora Travers y D'Alcacer oyeron a Lingard llamar en voz alta a Jörgenson. En el acto, esa sombra familiar se plantó junto a Lingard y

escuchó sus palabras en silencio, con desapego. Sólo al final de su relato se maravilló de modo audible: «Bonito jaleo el que se ha armado». En realidad, no había en el mundo entero nada que pudiera pasmar al viejo Jörgenson. Se apartó musitando para su bigote. Lingard permaneció con el mentón apoyado en la mano, y las últimas palabras de Jaffir fueron apoderándose gradualmente de su ánimo. Entonces, con brusquedad, tomó el farol y fue en busca de la señora Travers. Fue en su busca porque en verdad necesitaba su presencia física, el sonido de su voz, la mirada oscura y clara de sus ojos. Ella no podía hacer nada por él. De camino, se percató de que Jörgenson había hecho entrar en acción a los contados malayos que estaban a bordo del *Emma* y los había dispuesto por cubierta, para otear la laguna en todas direcciones. Al solicitar a la señora Travers que saliera de la Jaula, en medio de su pugna mental, Lingard cobró consciencia de la indudable satisfacción que le produjo el arrebatársela a D'Alcacer. No podía compartir ni un ápice de las atenciones que le deparase la señora Travers con ningún otro hombre; no podía ceder ni una sola migaja de su tiempo, ni siquiera una mínima partícula de sus pensamientos. La necesitaba toda para sí. Verla apartarse de él aunque fuera un solo momento era irritante. Le parecía un desastre.

A solas, D'Alcacer seguía intrigado por el tono imperioso del llamamiento que hizo Lingard a la señora Travers. A este observador de las sombras y los matices le pareció un detalle de consideración. «Son los nervios —concluyó—. Ese hombre está desbordado. Ha debido de sufrir algún sobresalto». Sin embargo, se decía, ¿qué podrá ser? En el tenso estancamiento de tantos días de espera, el más leve temblor revestía una importancia enorme. D'Alcacer no buscó su catre de campaña. Ni siquiera tomó asiento. Se apoyó con las palmas de las manos contra el canto de la mesa. En tan negligente actitud se mantuvo alerta, sin dejar de preguntarse, al menos durante unos instantes, si la señora Travers no habría mimado en exceso a Lingard. Con todo, en lo repentino de esa forzada asociación también estuvo seguro D'Alcacer de que existía un problema moral de fondo, y reconoció la extrema dificultad de sopesar con exactitud lo imperioso de la demanda frente a lo necesario de la reserva, las proporciones precisas de osadía y de cautela. Y D'Alcacer admiró en conjunto la inteligencia de la señora Travers.

No podía caber la menor duda de que ella tenía la situación en sus manos. Eso, por supuesto, no era equivalente a la seguridad absoluta. Si tenía la situación en sus manos, era del mismo modo en que uno puede sostener un explosivo de incierta composición. D'Alcacer pensó en ella con honda simpatía y con un interés harto generoso. A veces, en una calle, nos cruzamos con personalidades que suscitan toda nuestra simpatía, toda nuestra admiración, pero no por eso las seguimos hasta la puerta de su casa. D'Alcacer se abstuvo de seguir a la señora Travers ni un paso más. De pronto cobró conciencia de que el señor Travers estaba sentado en su catre. Debía de haberse incorporado muy de repente: un momento antes parecía sumido en el más profundo de los sueños, y la quietud reinante llevaba mucho rato sin quebrarse.

D'Alcacer se sobresaltó hasta el punto de exclamar, y el señor Travers volvió muy despacio la cabeza hacia él. D'Alcacer se acercó al cabezal del catre no sin cierta renuencia.

—¿Despierto? —le dijo.

—Me ha entrado un frío repentino —dijo el señor Travers—. Pero ya se me ha pasado. ¡Qué extraño! He tenido la impresión de recibir un golpe helador.

—¡Ah! —apostilló D'Alcacer.

—Es imposible, por descontado —prosiguió el señor Travers—. Este aire estancado no se mueve un ápice. Se pega de forma repugnante. ¿Qué hora es?

—La verdad es que no lo sé.

—El cristal de mi reloj se partió la noche en que fuimos traicioneramente asaltados por los salvajes en el arenal —barbotó el señor Travers.

—Debo decir que jamás me he llevado sorpresa semejante, jamás en mi vida —confesó D'Alcacer—. Nos habíamos detenido y a punto estaba de prender un puro, si bien se acuerda usted.

—No —dijo el señor Travers—. En ese momento acababa yo de sacar el reloj. Se me fue volando de las manos, aunque sujeto por la cadena. Alguien lo pisoteó. Las manecillas están rotas. Sigue funcionando, pero no me da la hora. Es absurdo. Una irritante provocación.

—¿Quiere usted decir —preguntó D'Alcacer— que ha seguido dándole cuerda todas las noches?

El señor Travers alzó la vista y también pareció sorprendido.

—¡Caramba! Pues supongo que sí. —Guardó silencio durante un buen rato—. No es que se trate de un hábito que uno tenga a ciegas, al contrario de lo que pueda usted suponer. Mis hábitos son el resultado de métodos muy estrictos. He tenido que ordenar mi vida metódicamente. Sabe usted de sobra, mi querido D'Alcacer, que sin un método estricto no habría sido yo capaz de sacar adelante mi trabajo, y no habría tenido tiempo alguno para cumplir con mis deberes sociales, que, como no se le oculta, son de la máxima importancia. Podría incluso decir que, en lo material, el método es el cimiento en que se sustenta mi éxito en la vida pública. A lo largo de mis días, nunca he dejado un solo instante desocupado. Y ahora, ahora... ¡esto! —Miró en derredor de la Jaula—... ¿Dónde está mi esposa? —preguntó.

—Hace un momento que estaba hablando con ella —repuso D'Alcacer—. No sé qué hora es. Mi reloj se quedó en el yate. Pero aún no es tarde.

El señor Travers se despojó con inusitada agilidad de la sábana de algodón que le cubría. De prisa y corriendo se abotonó la túnica que se había desabrochado antes de tenderse, y en el momento en que D'Alcacer contaba con que se pusiera bruscamente en pie sobre la cubierta, se volvió a tumbar sobre la almohada y permaneció inmóvil.

D'Alcacer aguardó unos instantes y comenzó a pasear por la Jaula. Al cabo de dos vueltas, se detuvo y habló con toda amabilidad.

—Mucho me temo, Travers, que no se encuentra usted nada bien.

—Desconozco en qué consiste la enfermedad —repuso una voz desde la almohada, con gran alivio por parte de D'Alcacer, quien no esperaba respuesta alguna—. La buena salud es un valor añadido en la vida pública. La enfermedad puede hacernos perder una oportunidad inigualable. Nunca estuve enfermo.

Todo esto lo dijo en un tono amortiguado, como si el hablante tuviera la cara hundida en la almohada. D'Alcacer volvió a pasearse de un lado a otro.

—Creo haberle preguntado dónde está mi esposa —dijo la voz embozada.

Con gran paciencia de ánimo, D'Alcacer siguió paseando por la Jaula como si no hubiera oído nada.

—¿Sabe usted? —siguió diciendo la voz embozada—. Yo creo que está loca. A menos que lo esté yo.

Una vez más, D'Alcacer logró no interrumpir su paso.

—¿Y sabe usted qué pienso yo? —dijo sin previo aviso—. Pienso, Travers, que usted no desea hablar de ella. Y si he de serle sincero, yo tampoco quiero hablar de ella, la verdad sea dicha.

D'Alcacer captó un tenue suspiro que le llegó desde la almohada al mismo tiempo en que una llama pequeña y tenue aparecía fuera de la Jaula. Y no dejó de pasear de un extremo a otro. La señora Travers y Lingard salían de la caseta y se detuvieron ante la puerta; Lingard dejó el farol colgado del techo. Estaban demasiado lejos para que D'Alcacer los oyera, pero acertó a adivinar sus siluetas: la señora Travers recta como una flecha; la masa del hombre que la encaraba con la cabeza gacha. Lo vio recortado contra la luz, vio su deferencia en su leve inclinación. Los dos se miraban mutuamente. Ninguno de los dos hizo gesto alguno.

—Hay algo en mí —murmuró Lingard con voz honda— que puede volver mi corazón más duro que una piedra. Soy el Rey Tom, soy el Rajá Laut, estoy hecho para mirar a cualquier hombre a la cara. He de velar por mi buen nombre. Todo depende de eso.

—El señor D'Alcacer habría dicho que todo descansa en su honor —comentó la señora Travers sin que le temblasen los labios, aunque de vez en cuando notaba el pulso acelerado de su corazón.

—Llámelo como quiera. Es algo que cualquier hombre necesita para respirar en libertad. ¡Vea! Así como me ve de pie ante usted, no hay nada que me preocupe.

—Pero a mí sí —replicó la señora Travers—. Tal como me ve de pie ante usted, me preocupo. Esto es algo propio y privativo de usted. Tiene usted todo el derecho. Y le repito que me preocupa.

—Se preocupa usted por algo que es propio de mí —murmuró Lingard ya muy cerca de su rostro—. ¿Por qué le iban a importar mis derechos?

—Pues porque —dijo ella sin dar un paso atrás, aun cuando sus cabezas estaban en un tris de tocarse—... porque si alguna vez vuelvo a vivir mi vida no deseo que sea aún más absurda por el verdadero remordimiento que le pueda añadir.

Habló con suavidad, y Lingard recibió el aliento de esas palabras como una

caricia en la cara. En la Jaula, D'Alcacer aún hizo otro esfuerzo más por no dejar de pasear. No quiso dar al señor Travers la menor excusa para incorporarse de nuevo y mirar en derredor.

—¡Que yo haya de vivir para oír que alguien dice que le importa lo que es mío! —susurró Lingard—. Y que encima haya de ser usted, usted, que me ha despojado de toda mi dureza.

—No deseo que se endurezca su corazón. Deseo que sea firme.

—No podría haber dicho nada mejor que eso para afianzarlo —murmuró de nuevo la voz de Lingard con algo de ternura en su gravedad—. ¿Ha tenido alguien una amistad como ésta? —exclamó a la vez que alzaba la cabeza, tal como si pusiera a la noche estrellada por testigo.

—Y yo me pregunto si es posible que exista sobre la tierra otro hombre en quien pueda confiar tanto como confío en usted. Y debo decirle: ¡sí! Vaya y salve lo que tiene derecho a salvar, y no olvide ser misericordioso. No pienso recordarle nuestra perfecta inocencia. Sin duda ha de ser muy pequeño el mundo cuando nos hemos metido de este modo en su vida. Es más que suficiente para que una crea en la fatalidad, aunque no encuentro en mí motivos para conducirme como una fatalista, para sentarme y cruzarme de brazos. De haber sido usted otro hombre diferente, no habría sido difícil que me portase yo con total desesperanza, incluso con un completo desdén. ¿Sabe usted cómo le llama el señor D'Alcacer?

Dentro de la Jaula, D'Alcacer no dejaba de lanzar miradas de curiosidad hacia ellos, y vio que Lingard meneaba la cabeza con leve incomodidad. «Le está negando algo», pensó.

—El nombre que le ha dado el señor D'Alcacer es el de «Hombre del Destino» —dijo la señora Travers casi sin resuello.

—Bobadas. No importa; es todo un caballero. Es lo que usted...

—Yo en cambio le llamo por su nombre —dijo la señora Travers de prisa—. Créame: el señor D'Alcacer lo entiende a usted muy bien.

—Es un buen hombre —interpuso Lingard.

—Y es inocente. Recuerde lo que me ha dicho: que los inocentes han de tener su ocasión. Así pues, haga lo que deba hacer.

—¿Y cree usted que estará bien hecho? ¿Lo cree? ¿Lo siente?

—En este momento, en este lugar, ante un hombre como usted, sí. Lo creo.

Lingard pensó que esa mujer le era maravillosamente fiel, amén de ser maravillosamente osada consigo misma. La necesidad de devolver a los dos cautivos a la empalizada era ya tan clara y tan inevitable que, a su juicio, no había en la tierra nada ni nadie que se lo pudiera impedir, si bien ¿existía en la tierra alguna otra mujer capaz de tomárselo así? Y reflexionó que es en la verdad y en el valor donde se encuentra la sabiduría. Le pareció que hasta el instante en que la señora Travers acudió a su lado, para estar de veras a su lado, él ni siquiera barruntó de lejos qué eran la verdad, el valor, la sabiduría. Con los ojos clavados en la cara de ella, una vez

supo que a sus ojos él era valioso, digno de ser obedecido y atendido, sintió un instante de completo contento, un momento, por así decir, de perfecto reposo emocional.

Durante ese silencio, la señora Travers lanzó una rápida mirada de reojo y vio a D'Alcacer tal como uno ve a un hombre envuelto en la niebla, su mera silueta oscura y detenida muy cerca de la pantalla de muselina. No le cupo ninguna duda de que los estaba mirando, ni de que los veía con mucha mayor nitidez que ella a él. La señora Travers pensó de pronto en lo angustiado que debía estar él, y recordó que le había solicitado que le diera una señal, una advertencia de antemano, en el momento en que se produjera la crisis. Había comprendido a la perfección esa insinuación, ese deseo de contar con algo de tiempo para prepararse. La señora Travers dio un mínimo paso atrás, para que le diera la luz de lleno, y con un gesto lento, inequívoco, se llevó la mano izquierda a la sien.

—Bien, así las cosas... —oyó que Lingard murmuraba algo forzado—, así las cosas, señora Travers, ha de ser esta noche.

Cualquiera puede ser fiel, intrépido y sabio, y sin embargo callarse ante la simple finalidad de la acción. La señora Travers contuvo la respiración.

—¡Esta noche! ¡Esta noche! —susurró. D'Alcacer, o su brumosa y oscura silueta, se desvayó aún más a sus ojos. Había visto su señal, se había retirado a lo más profundo de la Jaula.

—Sí, así es. Esta noche —afirmó Lingard—. Ahora, de inmediato. En este instante —murmuró con fiereza, siguiendo a la señora Travers en su movimiento de retirada. Ella notó que él la tomaba ágilmente por el brazo—. ¿O es que no se da usted cuenta de que si ha de servir de algo, si no han de ser conducidos los dos al sacrificio, es preciso hacerlo mientras estamos a oscuras en la orilla, antes de que una banda armada llegue en sus botes a nuestros costados, clamando por sus vidas? Sí. Antes de que la noche envejezca una hora más, de modo que pueda yo llamar a las puertas de Belarab mientras el Asentamiento aún duerme.

La señora Travers ni siquiera soñó con protestar. Por el momento, ni siquiera pudo hacer uso de la palabra. Ese hombre era de una ferocidad extrema, y del mismo modo inesperado con que se lo sujetó (haciéndola pensar, de modo incongruente en medio de su agitación, que sin duda tendría una magulladura a la mañana siguiente), de repente notó que le soltaba el brazo y que un tono penitencial impregnaba la voz susurrante de Lingard.

—¡Y es que ya ahora empieza a ser demasiado tarde! El camino estaba despejado, pero entonces la vi a usted y se me paró el corazón. Me sentí como un hombre vacío del todo, sin atreverme a encararla. Debe perdonarme usted. No, no tengo derecho a dudar de usted, siquiera fuese un solo instante. Tengo la impresión de que debiera ponerme de rodillas y rogarle su perdón por haber olvidado quién es usted, por haber osado olvidarme.

—¿Por qué, Rey Tom? ¿De qué se trata?

—Es como si hubiera cometido un pecado —le oyó ella decir. Él la sujetó por los hombros, la hizo darse la vuelta, la obligó a dar un paso, tal vez dos. Sus manos eran recias, su fuerza irresistible, aunque él imaginó que la estaba tratando con delicadeza.

—Mire allá derecho —le gruñó al oído—. ¿Alcanza a ver algo?

La señora Travers, pasiva entre los brazos rígidos de Lingard, no vio nada más que, a lo lejos, las sombras amasadas e indistintas de la orilla.

—No, no veo nada —dijo.

—Pues entonces es que no mira adonde le digo —le oyó decir tras ella. Y notó que las manos de Lingard le sujetaban la cabeza. Se la movió un ápice a la derecha—. ¡Ahí! ¿Lo ve?

—No. ¿Qué es lo que debo ver?

—Un rayo de luz —dijo Lingard, y de pronto apartó las manos—. Un rayo que será un resplandor antes de que nuestro barco logre atravesar la mitad de la laguna.

Mientras Lingard le hablaba, la señora Travers atinó a ver una chispa rojiza a lo lejos. Había oteado lo suficiente el Asentamiento, como si fuera un telón pintado, que tenía su configuración en la memoria, y por eso supo que se hallaba en la playa, en el extremo más alejado de la empalizada de Belarab.

—Arde la broza —le murmuró Lingard al oído—. Si tuvieran hierba seca, todo el montón de leña ardería ahora mismo.

—Y eso significa...

—Eso significa que se ha difundido la noticia. El fuego se halla ante el recinto de Tengga, en su extremo de la playa. Ahí están todos los cerebros del Asentamiento. Significa conversaciones, excitación, abundantes palabras intencionadas. ¡La fogata de Tengga! Le aseguro, señora Travers, que en menos de media hora Daman estará allí presente para hacerse amigo del gordo de Tengga, el cual ya está pensando en decirle «ya te lo decía yo».

—Entiendo —musitó la señora Travers. Lingard la llevó con delicadeza hasta la barandilla.

—Mire ahora al otro extremo de la playa, donde son más densas las sombras. Ése es el fortín de Belarab, sus casas, sus tesoros, sus gentes. Ahí reside la fuerza del Asentamiento. Yo la mantuve. La hice durar. ¿Y en qué ha parado? Es como un arma en manos de un muerto. Y a pesar de todo, eso es cuanto tenemos, si es que de veras nos queda algo de tiempo. Le aseguro que no me atrevería a dejarlos en tierra a plena luz del día, pues acabarían con sus vidas nada más poner pie en la playa.

—No hay tiempo que perder —susurró la señora Travers, y Lingard también habló en voz muy baja.

—No, desde luego. No, al menos si yo he de mantener lo que está en mi derecho. Es usted quien lo ha dicho.

—Sí, lo he dicho —susurró ella sin levantar la cabeza. Lingard hizo un brusco movimiento a su lado y agachó la cabeza acercándola al hombro de ella.

—¡Y yo que desconfiaba de usted! Como hacen los árabes con los hombres de

grandeza, debería besar el dobladillo de su vestido en señal de arrepentimiento por haber dudado de la grandeza de su corazón.

—¡Oh! ¡Mi corazón, dice usted! —dijo la señora Travers a la ligera, sin apartar la mirada del fuego, cuyas llamas de pronto habían crecido visiblemente—. Le aseguro que de muy poco ha servido en este mundo. —Calló un instante para que no se le quebrase la voz, y añadió con firmeza—: Acabemos con esto.

—A decir verdad, el bote lleva un buen rato esperando.

—En tal caso...

—Señora Travers —dijo Lingard con gran esfuerzo—. Son personas de su misma clase. —Y de pronto estalló—: No puedo llevarlos a tierra atados de pies y manos.

—El señor D'Alcacer lo sabe. Lo encontrará usted dispuesto. Desde el principio está preparándose para lo que pueda suceder.

—Es todo un hombre —dijo Lingard con convicción—. Pero es en el otro en quien pienso.

—Ah, el otro —repitió ella—. ¿En qué estaba pensando? Por fortuna, tenemos a D'Alcacer. Hablaré con él primero.

Se apartó de la barandilla y se desplazó hacia la Jaula.

—Jörgenson —la voz de Lingard resonó por cubierta—. Ponga un farol en la pasarela. —Y siguió despacio a la señora Travers.

6

Tras recibir la señal de advertencia, D'Alcacer retrocedió y se apoyó contra el canto de la mesa. No pudo hacer caso omiso de la emoción que le embargaba. En efecto, cuando pidió a la señora Travers que le diera una señal contaba con quedarse conmovido, pero no supuso nunca que la señal llegase tan pronto. Esperaba que esa noche transcurriese como las demás, durmiendo a ratos, con incomodidad corporal, con la inquietud de los pensamientos amontonados sin relación alguna durante la duermevela. A la vez, le sorprendía su propia emoción. Se había dejado adular por estar en posesión de una vasta filosofía. Pensaba que su famoso sentido de conservación era algo extraño, puramente animal. «Y es que, en calidad de animal que piensa —reflexionó—, en realidad no debiera preocuparme». Seguramente era lo insólito lo que le afectaba. Con toda claridad. Si hubiera estado enfermo en la habitación de un hotel y hubiera oído algún susurro ominoso, no le habría importado absolutamente nada. Claro que en tal caso habría estado postrado, enfermo, y en la enfermedad uno tiende a la indiferencia. La enfermedad es una gran ayuda si se pretende emprender una conducta ajena a toda emoción, cual es sin duda la conducta correcta en un hombre de mundo. Casi lamentó no estar gravemente enfermo. Sin embargo, el señor Travers estaba manifiestamente enfermo, pero eso no parecía

servirle de ayuda. D'Alcacer echó un vistazo a la cabecera del catre, donde el señor Travers mantenía una inmovilidad que a D'Alcacer se le antojó mera afectación. Desconfió. En términos generales, desconfiaba del señor Travers. Era imposible saber qué haría a continuación. Tampoco era que pudiese hacer gran cosa, pero eso de algún modo amenazaba con despojar a la situación de toda la dignidad que aún tuviera en tanto golpe del destino, en tanto llamamiento al valor. El señor D'Alcacer, agudo observador y alerta a los más leves detalles, prefería tenerse no por víctima de una estafa, sino de un hombre rudo, ingenuamente comprometido en una lucha contra las injusticias del cielo. D'Alcacer no examinó su corazón, aunque le vinieron a las mientes unos versos de un poeta francés en el sentido de que en todo momento, quienes luchan contra un cielo injusto han gozado de la secreta admiración de los hombres. No llegaba él al extremo del amor, pero tampoco podía negar que su sentimiento hacia Lingard era de una secreta amistad y que de hecho lo apreciaba. El señor Travers se incorporó de repente. Qué horrible molestia, pensó D'Alcacer fijando la mirada en las punteras de los zapatos, con la esperanza de que el otro volviera a tenderse en el catre. Habló el señor Travers.

—¿Todavía en pie, D'Alcacer?

—Le aseguro que no es tarde. A las seis oscurece, cenamos antes de las siete, y por eso se me alarga la noche, aparte de que no suelo dormir nada bien. Dicho de otro modo, no consigo dormir hasta altas horas.

—Le envidio —dijo el señor Travers con una especie de apatía somnolienta—. Yo me adormilo cada dos por tres, y los despertares son un espanto.

D'Alcacer alzó la mirada y se percató de que la señora Travers y Lingard ya no estaban a la luz. Se habían acercado a la barandilla, donde D'Alcacer no alcanzaba a verlos. Algo de compasión se mezcló con la vejación que le inspiraba el desvelo del señor Travers. Había algo extraño en ese hombre, reflexionó.

—Jörgenson —dijo en voz alta.

—¿Qué es eso? —le espetó el señor Travers.

—Es el nombre de ese desgarrado vejestorio, el encargado de la bodega, que siempre anda de ronda por cubierta.

—No lo he visto. No veo a nadie. No conozco a nadie. Prefiero no fijarme.

—Tan sólo iba a decirle que me diera una baraja. ¿Le apetece una partida de *piquet*?

—Dudo mucho que pudiera mantener los ojos abiertos —respondió el señor Travers en un tono inesperadamente confidencial—. ¿No tiene gracia, D'Alcacer? ¡Y luego me desvelo! Es un espanto.

D'Alcacer no hizo comentario alguno. El señor Travers tampoco parecía esperararlo.

—Cuando dije que mi esposa estaba loca —comenzó a decir de pronto, provocando un sobresalto a D'Alcacer— no quise decirlo literalmente, claro está. —Hablabla en un tono ligeramente dogmático, y no parecía consciente del intervalo

transcurrido, durante el cual aparentemente durmió. D'Alcacer quedó más convencido que nunca de que había sido mero fingimiento, y se resignó con hastío a escucharle, cruzando los brazos sobre el pecho—. Lo que en realidad quise decir —continuó el señor Travers— es que es víctima de una locura. La sociedad está sujeta al arbitrio de las locuras, como bien sabe usted. No se trata de algo reprehensible por sí mismo, aunque lo peor de mi esposa es que sus locuras nunca suelen parecerse a las de las personas con quienes por naturaleza se relaciona. Por lo general, van a la contra. Esta peculiaridad suya me ha producido bastantes quebraderos de cabeza, como usted comprenderá, habida cuenta de la posición social que ocupamos. Pronto empezarán a decir que es una excéntrica. ¿La ve usted por alguna parte, D'Alcacer?

D'Alcacer se sintió agradecido al poder decir que no veía a la señora Travers. Ni siquiera escuchaba murmullo alguno, aunque no le cabía la menor duda de que los presentes a bordo del *Emma* estaban despiertos del todo. Pero el señor Travers le inspiraba una desconfianza invencible, de modo que le pareció prudente añadir:

—Olvida usted que su esposa goza de una habitación en la caseta de cubierta.

No pudo ir más allá, pues de sobra sabía que no se encontraba en la caseta. El señor Travers, completamente calmado con esta observación, no dijo palabra. Pero tampoco volvió a tenderse en el catre. D'Alcacer se dedicó a sus meditaciones. La noche se le antojaba sumamente opresiva. Con el grito de Lingard a Jörgenson, que en el hondo silencio reinante sonó ominoso a sus oídos, alzó los ojos y vio a la señora Travers a la entrada de la Jaula. Dio un paso hacia ella, pero ella entró antes. Él vio que estaba alterada. Parecía que estuviera sin resuello, incapaz de hablar.

—¿No sería sensato cerrar la puerta? —sugirió D'Alcacer.

—Viene enseguida el Capitán Lingard —le susurró ella—. Ha tomado una resolución.

—Excelente —comentó D'Alcacer como si tal cosa—. Es de suponer que al menos sabremos algo.

—Lo sabrá todo cuando yo misma se lo diga —anunció la señora Travers.

—¡Ah! —exclamó D'Alcacer en voz muy baja.

Para entonces, Lingard también había entrado. La cubierta del *Emma* se pobló de figuras en continuo movimiento. Se oyó a Jörgenson dar indicaciones. Durante un minuto, las cuatro personas del interior de la Jaula permanecieron inmóviles. Un sombrero malayo anunció desde la pasarela:

—*Sudah*, Tuan.

—Adelante, señora Travers.

Ella tomó del brazo a D'Alcacer y se lo llevó al lateral del recinto que más lejos estaba del rincón en que se hallaba el catre del señor Travers, mientras Lingard se ajetreaba en despabilar la mecha del farol, como si de pronto se le hubiera ocurrido que aquello, pasara lo que pasara, no debiera ser algo propio de las tinieblas. El señor Travers no hizo otra cosa que girar la cabeza para mirar por encima del hombro.

—Un momento —dijo D'Alcacer en voz baja, sonriendo ante la visible agitación

de la señora Travers—. Antes de que me diga nada, permítame hacerle una pregunta: ¿ha tomado usted una decisión? —Vio con gran sorpresa que ella ponía los ojos como platos. ¿Por indignación? Una pausa, un recelo se apoderó de los dos. Y D'Alcacer habló como si fuese a pedir disculpas—: Tal vez no debiera haberle hecho esta pregunta.

—Oh, no me da miedo responderle a eso —oyó Lingard decir a la señora Travers.

Bajaron entonces la voz. Lingard volvió a colgar el farol y permaneció a la espera bajo la luz revivida. Casi en el acto oyó que D'Alcacer lo llamaba discretamente.

—¡Capitán Lingard!

Fue hacia ellos. En el mismo instante, la cabeza del señor Travers se movió como un resorte, apartándose del grupo, para recuperar su posición natural con la mirada al frente.

Con gran seriedad, D'Alcacer habló en términos familiares.

—Me dice la señora Travers que hemos de ser entregados a los moros de la orilla.

—Sí, no queda otro remedio —dijo Lingard.

—Le confieso que no me lo esperaba —dijo D'Alcacer. Al margen de que lo dijera de modo apresurado, en sus palabras nadie podría haber adivinado nada parecido a la emoción.

—Tengo derecho a preservar mi buen nombre —dijo Lingard también con gran calma. A su lado, con los ojos medio velados, la señora Travers escuchaba impasible, como un genio que presidiera la escena.

—No seré yo quien lo ponga en tela de juicio —admitió D'Alcacer—. El punto del honor está por encima de toda discusión. Sin embargo, también está eso que llamamos humanidad. Ser entregados sin amparo alguno...

—¡Tal vez! —le interrumpió Lingard—. Pero no tiene usted por qué perder la esperanza. No gozo de libertad para dar mi vida a cambio de la suya. La señora Travers sabe el porqué. También en ese aspecto estoy comprometido.

—¿Siempre por su honor?

—No lo sé. Una promesa es una promesa.

—A nadie se puede obligar a hacer lo imposible —comentó D'Alcacer.

—¡Lo imposible! ¿Qué es lo imposible? Yo no lo sé. No soy yo un hombre que hable de lo imposible, ni menos aún que se oculte tras semejante pretexto. No he sido yo quien le ha traído aquí.

D'Alcacer agachó la cabeza un momento.

—He terminado —dijo con gravedad—. Es todo cuanto tenía que decir. Espero que no piense usted que me he portado de modo indebidamente ansioso.

—También es la mejor medida —la señora Travers se hizo oír de repente. No movió más que los labios, ni siquiera levantó la mirada—. Es lo único que se puede hacer. ¿Me cree usted, señor D'Alcacer? —Él hizo un gesto casi imperceptible—. En tal caso, en usted deposito toda mi esperanza, señor D'Alcacer, para terminar con este asunto de la manera más fácil, y para ahorrarnos una escena detestable. Tal vez

piense usted que deba ser yo quien...

—¡No, no! De ninguna manera —le interrumpió D'Alcacer—. Eso sería imposible.

—Mucho me temo que sí —admitió ella con nerviosismo.

D'Alcacer hizo un gesto como si quisiera indicar que no añadiera nada más, y de inmediato atravesó la Jaula en dirección al señor Travers. No quiso darse ningún tiempo para pensar en su tarea. El señor Travers estaba sentado en el catre, con una fina sábana de algodón sobre las rodillas. No miraba nada; al acercarse a él, D'Alcacer descartó el leve vuelco que le dio el corazón al fijarse en su aspecto, que parecía de un terror extremo. «Esto es horroroso», se dijo. El hombre siguió tan quieto como una liebre.

Impresionado, D'Alcacer tuvo que hacer un esfuerzo para animarse a darle una palmada en el hombro.

—Travers, ha llegado la hora de demostrar nuestra fortaleza —dijo en un tono íntimo, sencillo. El señor Travers alzó rápidamente la mirada—. He conversado con su esposa. Tenía un comunicado del Capitán Lingard que nos atañe a nosotros dos. Ahora, es asunto nuestro mantener en lo posible nuestra dignidad. Espero que, si fuera necesario, los dos sepamos afrontar la muerte.

En un instante de profunda quietud, D'Alcacer aún tuvo tiempo de preguntarse si su rostro era tan pétreo como el que se volvió para mirarlo a él. Pero de pronto apareció una sonrisa, que era exactamente lo último que D'Alcacer hubiera contado con ver. Una sonrisa indudable. Una sonrisa ligeramente despectiva.

—Veo que mi esposa le ha llenado la cabeza con sus idioteces —dijo el señor Travers con una voz que asombró a D'Alcacer tanto o más que la sonrisa, una voz que no denotaba irritación, ni malicia, sino un inequívoco matiz de indulgencia—. Mi querido D'Alcacer, esa locura se ha adueñado de ella hasta el punto de que sería capaz de contarle cualquier cuento chino. Los impostores en sociedad, los médiums, las adivinas, los charlatanes de toda laya obtienen en efecto una extraña influencia sobre las mujeres. Seguramente lo habrá visto usted con sus propios ojos. Estuve hablando con ella antes de la cena. La influencia que tiene ese bandido sobre ella raya en lo increíble. De veras creo que ese individuo está medio loco. Bien, ¿qué es lo que tiene que comunicarme? Vaya por delante, sin embargo, que no pienso tomármelo en serio.

Retiró bruscamente la sábana de algodón, puso los pies en el suelo y se abotonó la chaqueta. Mientras hablaba, D'Alcacer se percató, por un leve ruido a sus espaldas, de que la señora Travers y Lingard abandonaban la Jaula, a pesar de lo cual siguió hasta el final y aguardó impaciente la respuesta.

—¿Lo ve? Lo ha seguido fuera, a cubierta —frieron las primeras palabras del señor Travers—. Confío en que entienda usted que todo esto no es más que mera locura. Por fuerza tiene que darse cuenta. Fíjese en el disfraz que lleva. Está claro que ha perdido la cordura. Por suerte, el mundo no podrá enterarse. Sin embargo,

supongamos que le sucede algo similar cuando hayamos vuelto a casa. Eso sería extraordinariamente embarazoso. ¡Oh, sí! Iré con usted. Iré adonde sea. No puedo aguantar más este casco varado, esta gente, esta Jaula infernal. Creo que terminaría por enfermar si permaneciera aquí más tiempo.

La voz cavernosa y desapegada de Jörgenson se hizo oír cerca de la pasarela.

—El bote lleva una hora esperando, Rey Tom.

—Hagamos virtud de la necesidad y vayamos con ánimo dijo D'Alcacer, listo para llevarse al señor Travers del brazo, en tono persuasivo, pues seguía sin saber qué pensar de dicho caballero.

Sin embargo, el señor Travers parecía otro hombre.

—Mucho me temo, D'Alcacer, que no tiene usted demasiada presencia de ánimo. Voy a llevarme una manta del catre... —Se la echó presuroso sobre el brazo y siguió a D'Alcacer—. Lo que más me molesta, aunque resulte extraño, es el frío que tengo.

La señora Travers y Lingard aguardaban junto a la pasarela. Con tremenda sorpresa por parte de todos, el señor Travers interpeló primero a su esposa.

—Siempre te ríes de las locuras de la gente —fue lo que le dijo—, y ahora resulta que tú también tienes tu particular locura. Pero de eso no vamos a hablar.

D'Alcacer siguió adelante, tocándose el ala del sombrero al mirar a la señora Travers, y bajó al bote por el costado del barco. Jörgenson había vuelto a desaparecer, según su costumbre. Lingard dio un paso atrás y dejó al marido y a su esposa cara a cara.

—¿Acaso pensabas que iba a armar un escándalo? —preguntó el señor Travers en voz muy baja—. Te aseguro que antes preferiría ir que quedarme aquí. ¿Te has parado a pensarlo? Has perdido todo el sentido de la realidad o de la probabilidad. Esta misma noche estaba pensando que preferiría estar en cualquier parte, para no tener que mirarte a la cara. Para no ser testigo de tus chaladuras...

—¡Martin! —exclamó en voz alta la señora Travers, y Lingard hizo un gesto de sorpresa, al tiempo que D'Alcacer alzaba la cabeza desde el bote y el propio Jörgenson, en algún lugar donde no se le veía, dejó de murmurar para sus bigotes. La única persona que pareció no oír esa exclamación fue justamente el señor Travers, quien continuó su perorata:

—... ni tus aberraciones mentales, ni a ti, que tan superior pareces a la credulidad de los mortales. No, no eres la que eras, ni muchísimo menos, y algún día tendrás que reconocer que tengo razón... No, mejor será que lo olvidemos, tal como tú misma has de ver bien pronto. En lo sucesivo, no volveremos a mencionar este asunto. Estoy convencido de que te alegrarás, y mucho, al mostrarte de acuerdo conmigo sobre esta cuestión.

—¿En lo sucesivo? ¿De qué me estás hablando? —preguntó la señora Travers, y notó que su tono de voz era el mismo con el cual le hubiera interpelado caso de estar a punto de despedirse uno del otro en el vestíbulo de su casa en la ciudad. Lo mismo podría haberle preguntado a qué hora tenía previsto volver a casa, mientras un lacayo

abría la puerta de entrada y el landó aguardaba a pie de calle.

—No falta mucho. Esto ya no puede prolongarse mucho más. —El señor Travers hizo un gesto tal como si fuese a dejarla así, como si tuviera prisa por acudir a una cita importante—. Supongo que ese individuo habrá entendido que somos personas de dinero. De eso no creo que le quepa duda.

—Eso sería lo último que se le pasara por la cabeza —dijo la señora Travers.

—Ah, ya. —El señor Travers permitió que la impaciencia se revelase a pesar de su aparente indiferencia—. De todos modos, no me importa decirte que estoy harto de todo esto. Estoy dispuesto a hacer, así es, a hacer concesiones. Un abundante sacrificio pecuniario. ¡Toda esta situación es absurda! Y él podría dudar de mi buena fe, eso entra dentro de lo posible. ¿No te parece de justicia que tú, con tu especial influencia, le insinúes que conmigo no tiene nada que temer? Yo soy un hombre de palabra.

—Eso es lo primero que él pensaría de cualquier hombre, como es natural —apostilló la señora Travers.

—¿Es que nunca vas a abrir los ojos? —comenzó a decir el señor Travers con evidente irritación, pero renunció a seguir—. Bien, pues tanto mejor. Te dejo las manos libres.

—¿Qué es lo que te ha hecho cambiar de actitud así de repente? —preguntó la señora Travers con suspicacia.

—El respeto que te tengo —respondió él sin vacilar.

—Tenía la intención de estar contigo en tu cautiverio. Traté de convencerle de que...

—Te lo prohíbo taxativamente —susurró el señor Travers convincentemente—. Me alegro de marcharme. Y no quiero volver a verte hasta que no hayas puesto fin a tu locura.

A ella la sumió en la confusión su secreta vehemencia. A renglón seguido, tras ese enfurecido susurro se oyó una risa inane, propia de los salones de sociedad, y una afirmación más altisonante.

—No es que le dé mayor importancia, claro está, pero...

Se apartó de su esposa bruscamente y, al avanzar por la pasarela, la saludó con la mano.

Con la tenue iluminación del farol que pendía del techo de la caseta, la señora Travers permaneció muy quieta, con la cabeza gacha y un aire de estar sumida en una profunda meditación. Duró sólo un instante: se desplazó y, rozando a Lingard, entró con la mirada baja en su camarote. Lingard la oyó cerrar la puerta. Aguardó unos instantes, hizo ademán de encaminarse a la pasarela pero se detuvo y siguió los pasos de la señora Travers.

Allí dentro estaba todo oscuro como boca de lobo. No pudo ver absolutamente nada, y le oprimió la profunda quietud, que no agitaba siquiera el ruido de una respiración.

—Voy a la orilla —comenzó a decir, rompiendo el negro silencio mortuorio que los encerraba a él y a la mujer invisible—. Venía a despedirme.

—Va usted a la orilla —repitió la señora Travers. Su voz careció de emoción, de timbre incluso.

—Sí, por espacio de unas horas, o puede que de por vida —dijo Lingard en tono comedido—. Tal vez tenga que morir con ellos, tal vez muera por otros. Por usted, si al menos supiera cómo hacerlo, desearía seguir vivo. Se lo digo porque estamos a oscuras. De haber una mínima luz, no me habría atrevido a entrar.

—Ojalá no lo hubiera hecho —dijo la mujer con voz igualmente plana—. Siempre viene usted a mí con todas esas vidas y todas esas muertes en la mano.

—Sí, es demasiado para usted —comentó Lingard por lo bajo—. Usted sólo puede ser fiel a la verdad. ¡Y además es inocente! No me desee la vida; deséeme suerte, ya que es usted inocente y tendrá que tomar la oportunidad que se le presente.

—Le deseo toda la suerte del mundo, Rey Tom —la oyó él decir a oscuras, aun cuando le pareció percibir ahora el brillo de sus cabellos—. Tomaré la oportunidad. Y no trate de rondarme de nuevo, pues estoy harta de usted.

—Bien lo creo —murmuró Lingard, y salió del camarote cerrando la puerta con suavidad. Durante medio minuto tal vez se mantuvo la quietud, y de pronto se oyó caer el sillón a oscuras. Acto seguido apareció la cabeza de la señora Travers a la luz del farol que había quedado suspendido del techo de la caseta. Con los brazos desnudos se sujetó a las jambas de la puerta.

—Aguarde un momento —dijo en voz alta mirando a las sombras de cubierta. No oyó pasos, no vio que nada se moviera, salvo el contorno blanquecino del Capitán H. C. Jörgenson, indiferente a las vidas de los hombres—. ¡Aguarde, Rey Tom! —insistió levantando la voz—. ¡No quise decir lo que he dicho! ¡No crea que era cierto! —exclamó con temeridad.

Por segunda vez en la noche, una voz de mujer sobresaltó a los hombres que estaban a bordo del *Emma*. A todos, salvo al viejo Jörgenson. Desde el bote, los malayos alzaron la mirada sentados en las bancadas. D'Alcacer, sentado en el paño de popa junto a Lingard, sintió que se le hundía el corazón.

—¿Qué sucede? —exclamó—. He oído gritar su nombre en cubierta. Lo buscan allí arriba, creo yo.

—¡Abrid el bote! —ordenó Lingard inflexible, sin mirar siquiera a D'Alcacer. El señor Travers era el único que no parecía darse cuenta de nada. Mucho tiempo después de que el bote abandonara el costado del *Emma*, se inclinó hacia D'Alcacer.

—Tengo una sensación extraordinaria —dijo en voz baja y cautelosa—. Es como si flotase en el aire... No sé. ¿Estamos en el agua, D'Alcacer? ¿Está usted seguro? Claro, claro que estamos en el agua.

—Sí —comentó D'Alcacer en idéntico tono—. Estamos cruzando la Estigia... Tal vez.

—Muy probable —oyó murmurar al señor Travers sin asomo de conmoción. No

se lo esperaba. Lingard, con la mano en el timón, parecía una estatua de piedra.

—Entonces, ha cambiado usted de opinión —susurró D'Alcacer.

—Le he dicho a mi esposa que haga una oferta —susurró el otro con rotundidad—. Una cantidad de dinero. Pero si quiere que le diga la verdad, dudo mucho que tenga éxito.

D'Alcacer no contestó. Sólo se preguntó si no era de hecho preferible el otro estado anímico del señor Travers, cuando más irracional se mostraba. Era innegable: el señor Travers era una persona sumamente turbadora. De pronto, agarró a D'Alcacer por el brazo.

—Dudo de todo —dijo—. Dudo incluso de que llegue a hacer la oferta.

Todo esto no le pareció nada impresionante. Más bien encontró algo lamentable en ello: el susurro, el agarrón, el estremecimiento de un niño atemorizado de la oscuridad de la noche. Sin embargo, la emoción era profunda. Una vez más a lo largo de la noche, aunque esta vez suscitada por la angustia del marido, la extrañeza de D'Alcacer rondó las fronteras del temor reverencial.

SEXTA PARTE

LA EXIGENCIA DE LA VIDA, EL PRECIO DE LA MUERTE

1

—¿**T**iene ahí dentro el reloj del Rey Tom? —preguntó una voz que pareció no otorgar la menor importancia a lo dicho. Frente a la puerta del camarote que ocupaba la señora Travers, Jörgenson aguardaba respuesta. Oyó un grito sordo, muy similar a un gemido: la sobresaltada manifestación del dolor que a veces se escucha en la habitación de un enfermo. Pero no le conmovió en modo alguno. Jamás habría soñado con abrir la puerta, a no ser que se le indicara de manera expresa, en cuyo caso habría contemplado con absoluta indiferencia a la señora Travers tendida en el suelo, con la cabeza apoyada en el borde del catre de campaña (sobre el cual Lingard jamás había dormido), tal como si así hubiera quedado luego de estar arrodillada en actitud de oración, de súplica, de elemental derrota. Las horas de la noche habían pasado por encima de la señora Travers. Tras postrarse de hinojos sin siquiera saber por qué, pues no alcanzó a pensar en nada a lo cual rezar, nada que invocar, amén de estar mucho más allá de algo tan fútil como la desesperación, permaneció allí dentro en la misma postura desmadejada, hasta que la sensación de agotamiento se adueñó de ella a tal extremo que dejó de creer que estuviera en su mano el erguirse. Sentada a medias, a medias tumbada, la cabeza apoyada contra el borde del catre y los brazos sobre la cabeza, se dejó hundir en esa indiferencia, en esa mera resignación de un cuerpo exhausto y una mente no menos agotada, que a menudo es la única suerte de reposo accesible para las personas que han contraído una enfermedad de cuya curación no existe esperanza, al tiempo que reciben dicha enfermedad con los brazos abiertos. La voz de Jörgenson la hizo emerger a duras penas de semejante estado. Se incorporó. Le dolían las extremidades, tenía un frío intenso.

Tras la puerta, Jörgenson volvió a repetir su pregunta con inerte obstinación:

—¿Ve usted el reloj del Rey Tom por ahí dentro?

La señora Travers se puso en pie. A tientas, no palpó más que el aire hasta dar con el respaldo del sillón.

—¿Quién llama?

Estuvo a punto de hacer otra pregunta: «¿Dónde estoy?». En ese momento lo recordó todo, y de inmediato fue presa del desasosegante temor que había yacido adormecido durante algunas horas en su cuerpo inquieto y postrado.

—¿Qué hora es? —acertó a balbucear.

—Ya amanece —dijo la voz imperturbable desde el otro lado de la puerta. Le parecieron palabras capaces de hundir cualquier corazón a fuerza de la aprensión misma que contenían. ¡El amanecer! Permaneció abrumada. Del otro lado de la puerta, aquella voz sin rasmia no dejó de insistir:

—¡El reloj del Rey Tom tiene que estar ahí dentro!

—¡No lo he visto! —exclamó como si la atormentase una pesadilla.

—Busque en la mesa. Si abre la persiana, podrá ver algo.

La señora Travers cobró súbita consciencia de la negrura en que se hallaba dentro del camarote. Jörgenson la oyó moverse a tientas. Al cabo de un momento, una voz femenina que se le antojó muy rara habló con extrema debilidad.

—Lo tengo, pero está parado.

—Eso es lo de menos. No quiero saber qué hora es. Debería tener prendida una llave. ¿La encuentra usted?

—Sí, está sujeta a la cadena del reloj —respondió la voz aturdida desde el interior. Jörgenson aguardó antes de hacer su siguiente petición.

—¿Quiere hacer el favor de pasármela? ¡Nos queda poquísimos tiempo que perder!

La puerta se abrió de golpe, cosa que Jörgenson de ninguna manera esperaba. Había contado con ver una mano sujetando el reloj y asomada por una rendija. Pero no se sobresaltó, ni tampoco dio la menor muestra estar sorprendido al ver a la señora Travers completamente vestida. Contra la tenue claridad que entraba por el ventanuco, ella le ofreció tan sólo la oscura silueta de sus hombros rematados por una cabeza nítida, ya que aún llevaba las dos trenzas. A Jörgenson, con su atuendo antieuropeo, la señora Travers siempre le resultó desagradable, casi monstruosa. Su estatura, sus gestos, su estampa en general le llamaban la atención por lo incongruente de su vestimenta malaya, demasiado amplia, demasiado libre, demasiado osada, en resumidas cuentas ofensiva. A la señora Travers, en la penumbra del pasadizo, Jörgenson le pareció que tuviera el aspecto de un espectro blanquecino, y aún le produjo más temor su altivez fantasmagórica.

Tomó el reloj de la mano abierta con que ella se lo tendió sin una palabra de agradecimiento, murmurando tan sólo para sus bigotes:

—Mmm, ssí, éste es. Aún no he olvidado cómo contar los segundos sin fallo alguno, pero mejor es tener un reloj a mano.

Ella no tuvo ni la más remota idea de lo que quiso decir él. Y tampoco le importó. Seguía confusa, y la sensación de incomodidad física que la atenazaba empezaba a oprimirla.

—Creo que me he dormido —murmuró avergonzada.

—Yo no —musitó Jörgenson, que a ojos de ella adquiriría por momentos mayor claridad. La brillantez del alba aumentaba rápidamente, como si el sol estuviera impaciente por mirar al Asentamiento—. Eso no es de temer —añadió en tono jactancioso.

A la señora Travers se le ocurrió que tal vez tampoco ella hubiera dormido. Su estado fue más bien el de una muerte imperfecta, semiconsciente, temblorosa. Se estremeció con el recuerdo.

—Qué horror de noche —murmuró todavía temerosa.

Poco, o más bien nada cabía esperar de Jörgenson. Ella más bien esperaba que se desvaneciera, indiferente, como un espectro de los muertos que se llevase en la mano el reloj debidamente muerto, camino del cumplimiento de algún propósito de otro mundo. Jörgenson no se movió. ¡La suya era una presencia insensible, sin sentido casi! Era imposible sacar nada en claro de ella. Sin embargo, una oleada de angustia tan confusa como todas sus demás sensaciones sacudió a la señora Travers de arriba a abajo.

—¿Es que no puede decirme nada? —exclamó.

Por espacio de medio minuto al menos, Jörgenson no dijo nada.

—Durante años —barbotó de pronto— he contestado a todo el que me quisiera preguntar —murmuró para sus bigotes—. A Tom también le he contestado, le he dicho lo que pensaba. Y Tom bien sabía lo que él deseaba hacer. En cambio, ¿cómo va uno a saber lo que anda usted buscando?

Jamás había imaginado ella que oiría tantas palabras seguidas de esa rígida sombra. Su monótono murmullo era fascinante; su repentina locuacidad fue una sorpresa. Y en la profunda quietud que remaba en el exterior fue como si no quedara nadie en el mundo, junto a ella, más que el espectro de ese viejo aventurero.

—Lo que yo podría decirle —le oyó de nuevo— sería peor que el veneno.

La señora Travers no estaba acostumbrada a las frases consagradas de Jörgenson. La voz mecánica, las propias palabras, su aire de abstracción la abrumaban. Y aún no había concluido; aún discernió ella un nuevo murmullo despreocupado.

—No hay nada que yo no sepa. —Y el absurdo de la afirmación también se le antojó abrumador. La señora Travers se quedó boquiabierta y añadió con una risita:

—Entonces, sabrá usted por qué llamé al Rey Tom ayer noche.

Él apartó la mirada hacia un lado para escrutar por la puerta de la caseta la reluciente brillantez del día. Ella lo imitó. Ya llegaba. ¡Ya estaba allí! ¡Un nuevo día! Y a la señora Travers se le antojó una calamidad peor que cualquiera de los descubrimientos que hubiera hecho a lo largo de su vida, peor que cualquier cosa que hubiera imaginado que pudiera sobrevenirle. La propia magnitud del horror la reafirmó, pareció calmar su agitación, tal como sucede con algunas drogas letales antes de matar. Con mano firme, sujetó a Jörgenson por la manga y habló con claridad, con calma, con apremio.

—Usted estaba en cubierta. Lo que deseo saber es si se me escuchó.

—Sí —repuso Jörgenson distraído—. Yo la oí. —Y como si hubiera despertado, añadió en tono menos mecánico—: El barco entero la oyó.

La señora Travers se preguntó si, por casualidad, tal vez no se había limitado a soltar un grito. Nunca se le había ocurrido que tal vez eso fue lo que sucedió: un

chillido, nada más. En su momento, le pareció que tan sólo le quedaban fuerzas para un susurro. ¿De veras habló en voz tan alta? Y aquel frío helador y mortífero, la noche que había transcurrido como si le pasara por encima, desapareció de sus extremidades, la abandonó como por ensalmo. Apartó la cara de la luz, y ese hecho le dio ánimos para continuar. Por si fuera poco, el hombre que tenía delante estaba tan desapegado de las vergüenzas y el orgullo, de las insidias de la vida, que parecía no contar siquiera, con la salvedad de que, de un modo u otro, en ciertas ocasiones se las ingeniaba para captar el sentido literal, sin más, de las palabras que le eran dirigidas, amén de poder contestarlas. ¡Contestarlas! Contestarlas de manera implacable, impersonal, sin sentimiento alguno.

—¿Vio usted a Tom? ¿Al Rey Tom? ¿Estaba allí? Me refiero al momento en que lo llamé. Había una luz en la pasarela. ¿Estaba en cubierta?

—No. Ya estaba en el bote.

—¿Ya? ¿Es posible que se me oyera desde el bote? Dice usted que se me oyó en el barco entero, pero ¿pudo oírme él?

—¿Es que buscaba usted a Tom? —dijo Jörgenson a modo de comentario bastante negligente.

—¿Me puede contestar, sí o no? —exclamó ella enojada.

—Tom estaba ocupado. Esto no es ningún juego de niños. Ordenó que se abriese el bote —dijo Jörgenson tal como si solamente pensara en voz alta.

—Así pues, ¿no me lo va a decir? —le increpó la señora Travers sin ningún temor. Jörgenson no le daba miedo. En ese momento, nada ni nadie la amedrentaba. Y Jörgenson siguió pensando en voz alta.

—Supongo que en lo sucesivo va a estar muy ocupado, y a mí me pasará lo mismo.

La señora Travers parecía a punto de sujetar por los hombros y de zarandear al espectro de la voz apagada, hasta que le suplicara compasión. De pronto, sus fuertes brazos blancos cayeron inertes a sus costados, los brazos de una mujer sencillamente agotada.

—Nunca, nunca lo sabré —susurró para sí.

Bajó la mirada en un gesto de intolerable humillación, de deseo intolerable, como si se cubriese el rostro con un velo. Ni un solo ruido alcanzó la soledad de sus pensamientos. Sin embargo, cuando volvió a alzar la mirada se encontró con que Jörgenson ya no estaba ante ella.

Por un instante lo vio todo negro en la brillantez del angosto pasadizo, y acto seguido se desvaneció afuera, como si lo hubiera devorado el caluroso resplandor de la luz. El sol había salido sobre la Costa del Refugio.

Cuando la propia señora Travers se asomó a cubierta fue como si caminase con osadía, a cara descubierta, con los ojos abiertos y secos, desvelados, insomnes. Su mirada, sin que la luz del sol la afligiera, buscaba el corazón de las cosas a diario ofrecidas a la pasión de su temor y de su impaciencia. La laguna, la playa, los colores

y las formas le parecieron más que nunca una pintura luminosa en un telón inmenso que escondiera los movimientos de una vida aún inexplicable. Se apantalló los ojos con la mano. Había siluetas en la playa, minúsculos puntos oscuros en movimiento, sobre el semicírculo blanco que delimitaban las dos empalizadas, sobre el fondo de los tejados que sobresalían entre las palmeras. Más allá todavía, la masa del coral blanco y labrado sobre el tejado de la mezquita brillaba como una estrella nivea y diurna. La religión y la política, ¡siempre la política! Más a la izquierda, ante el recinto de Tengga, aquel fuego de anoche era poco más que una columna de humo. Sin embargo, había algunos árboles muy grandes, y ella no acertaba a precisar si el concilio de la noche había prolongado la reunión. Algunas formas vagarosas aún se movían por allí, y pudo imaginárselas: Daman, el jefe supremo de los ladrones del mar, con el corazón vengativo y los ojos de una gacela: Sentot, el agrio fanático del gran turbante, el otro santón del escasísimo taparrabos y las cenizas en el pelo, y Tengga, al cual se imaginaba bien aunque fuera de oídas, grueso, de buen contentar, artero, pero dispuesto a derramar la sangre que precisara sobre sus ambiciones, y tan osado como para aparecer con un parasol amarillo a las puertas de la empalizada de Belarab, según había oído contar.

Vio, imaginó, incluso admitió entonces la realidad de todas esas cosas, que ya no eran un mero homenaje desplegado para lujo de su visión con bárbaro esplendor y énfasis en lo salvaje. Dejó de cuestionarlas, aunque tampoco las sintió en su alma, tal como uno apenas siente la profundidad del mar bajo su brillo apacible o bajo el tumulto de su furia gris. Sus ojos oteaban la lejanía, incrédulos y temerosos, hasta que de pronto reparó en la Jaula vacía, su interior en desorden, los catres de campaña sin recoger, una almohada en el suelo, la llama a punto de morir como una hebra de un amarillo apagado dentro del farol que colgaba sobre la mesa. El conjunto se le antojó tan sórdido como si ya estuviera podrido, una endeble y vaga fantasía. Jörgenson, sentado en cubierta y de espaldas a la estructura, no estaba desocupado. No obstante, su ocupación también le pareció fantástica, y tan genuinamente infantil que se le encogió el corazón al ver al hombre tan absorto en ella. Jörgenson había dispuesto ante sí, extendidos sobre cubierta, varios trozos de cordel delgado y sucio, de longitudes que iban desde las dos pulgadas hasta más de un par de palmos. Cualquier idiota podría haberse entretenido de ese modo; había pegado fuego a un extremo de cada uno de los trozos. Ardían con una energía asombrosa, chisporroteando de vez en cuando, y en el aire en calma, protegido por las amuras, despedían hilachas de humo muy esbeltas, paralelas, en cada uno de cuyos extremos se rizaba el humo antes de desvanecerse en el aire. El embeleso con que se entregaba Jörgenson a semejante pasatiempo fue suficiente para zarandear toda la fe que pudiera tener depositada en su cordura.

En una mano abierta a medias sujetaba el reloj. También estaba provisto de un pedazo de papel y un lapicero corto. La señora Travers confió en que no la hubiera oído, en que no la viera.

—Capitán Jörgenson, sin duda piensa usted...

Él trató de apartarla agitando el lapicero. No deseaba que lo interrumpiera en tan extraña ocupación. Sumamente concentrado, jugueteaba con los trozos de cordel.

—Los he prendido todos a la vez —murmuró sin quitar ojo de la esfera del reloj. Justo entonces se apagó el cordel más corto, completamente consumido. Jörgenson tomó nota en el papel, de prisa, y permaneció quieto mientras la señora Travers lo miraba con ojos pétreos, pensando que en el mundo no había nada de ninguna utilidad. Las otras hebras de cordel siguieron despidiendo espirales de humo ante la mirada atenta de Jörgenson.

—¿Qué está haciendo usted? —preguntó la señora Travers temerosa.

—Compruebo los tiempos... Pura precaución.

A tenor de la experiencia acumulada por la señora Travers, nunca pareció más espectral que entonces. Desplegó su debilidad carnal: mostró su impaciencia ante la injerencia de ella. Dividía su atención entre las hilachas de humo y la esfera del reloj con tanto interés que las salvas de varias armas, al estallar por vez primera en varios días y romper así la quietud de la laguna y la ilusión de la escena pintada sobre una tela, ni siquiera le hicieron levantar la cabeza. Tan sólo dio una breve sacudida. La señora Travers contempló la masa de vapor blanquecino que flotaba sobre la empalizada de Belarab. Las series de cortantes detonaciones cesaron de pronto, y sus ecos combinados navegaron por encima de la laguna como un suspiro largo tiempo contenido.

—¿Qué es eso? —exclamó la señora Travers.

—Belarab ha vuelto a casa —dijo Jörgenson.

Desapareció la última hilacha de humo y Jörgenson se puso en pie. Había perdido todo interés por el reloj, de modo que se lo guardó sin ningún cuidado en el bolsillo junto con el pedazo de papel y el lapicero. Había retomado la altivez que lo desgajaba de la vida de los hombres, aunque al aproximarse a la amura condescendió a mirar hacia la empalizada de Belarab.

—Sí, ya está de vuelta —dijo en voz muy baja.

—¿Y ahora qué va a suceder? —exclamó la señora Travers—. ¿Qué hay que hacer?

Jörgenson no mudó su aspecto de seguir en comunión exclusiva consigo mismo.

—Yo sé qué hay que hacer —murmuró.

—Suerte que tiene usted —dijo la señora Travers con intensa amargura.

Le dio la impresión de haber sido abandonada por el mundo entero. La orilla opuesta de la laguna de nuevo revestía el aspecto de una escena pintada sobre un telón que jamás se alzaría para revelar la verdad subyacente a su esplendor cegador y desalmado. Le pareció que ya había dicho sus últimas palabras a todos: a D'Alcacer, a su marido, al propio Lingard, y que todos ellos habían pasado al otro lado de los cortinajes para quedar ya para siempre fuera de su vista. De todos los blancos sólo quedaba Jörgenson, el hombre que había tramitado su relación con la vida de manera

tan completa que su mera presencia la desposeía de todo calor, de todo misterio, dejando entrever tan sólo su terrible, asqueante insignificancia. Y la señora Travers estaba más que lista para asquearse.

—¿Se da usted cuenta, Capitán Jörgenson —exclamó con pasión apenas contenida—, de que sigo viva?

Él volvió la mirada hacia ella; por un momento, ella quedó hipnotizada por la vítrea frialdad de sus ojos. Antes de que esa mirada la repeliese, algo parecido al relumbre de una centella les dio una instantánea, pasajera animación.

—Quiero ir con ellos. Quiero ir a la orilla —dijo con firmeza—. ¡Allí!

Con el brazo desnudo, extendido, señaló al otro extremo de la laguna, y los ojos resucitados de Jörgenson resbalaron a lo largo de su nivea extremidad para extraviarse en el espacio.

—No hay bote —musitó.

—Tiene que haber una canoa. Sé que hay una canoa. La quiero utilizar.

Dio un paso al frente con ademán imperioso, tratando de concentrar en su mirada todo su poder, la sensación de su derecho a disponer de sí misma y su reclamación a que cualquiera estuviera a su servicio hasta el fin de sus días. Fue como si no hubiera hecho nada. Jörgenson ni siquiera se inmutó.

—¿A cuál de ellos busca? —preguntó con su voz plana, sin entonación.

Ella no dejó de mirarlo; su rostro era una máscara de severidad; logró hablar con toda nitidez:

—Supongo que lleva algún tiempo haciéndose esa pregunta, Capitán Jörgenson.

—No. Se la estoy haciendo a usted.

Nada reveló su rostro a los ojos atrevidos y hastiados de la señora Travers.

—¿Qué podría hacer usted allá? —añadió Jörgenson tan inmisericorde, irreprimible y sincero como si fuera la encarnadura misma de esa voz interior que habla desde dentro de todos nosotros en algunas ocasiones y que, como el propio Jörgenson, es ofensiva, irritante, difícil de contestar.

—Recuerde que no soy una sombra, sino todavía una mujer de carne y hueso, Capitán Jörgenson. Puedo seguir viva, puedo morir. Envíeme a la orilla a compartir con ellos su destino.

—¿Está segura? ¿Es eso lo que quiere? —inquirió Jörgenson con una voz que cobró una vitalidad inesperada, una leve vibración que ningún hombre le había oído desde años antes—. Tal vez le aguarde la muerte en ello —murmuró al recaer en su indiferencia.

—¿Y a quién le importa que así sea? —dijo ella con temeridad—. Lo único que deseo es hacer a Tom una pregunta y saber su respuesta. Eso es lo que me gustaría. Y no estoy dispuesta a renunciar.

Por el caluroso, lúgubre sendero de la jungla, estrangulado por la fiera vitalidad de la maleza, llegó un susurro de hojas al moverse. Jaffir, el sirviente de los príncipes, el mensajero de los hombres de grandeza, caminaba medio a gachas con un machete de hoja ancha en la mano. Iba desnudo de la cintura para arriba; llevaba los brazos y los hombros llenos de rasguños que aún le sangraban. Una multitud de insectos enardecidos formaba una nube sobre su cabeza. Había perdido su antiguo y costoso pañuelo, y cada vez que se hallaba en un claro de la jungla se detenía y aguzaba el oído en tal actitud que cualquiera lo hubiese tomado por un fugitivo.

Meneaba los brazos, se daba palmadas en los hombros, en la nuca, en los costados; luego, sin moverse, aguzaba el oído otra vez. Escuchó un ruido de disparos, no tanto atenuado por la distancia cuanto más bien amortiguado por las masas del follaje; fueron disparos que podría haber contado si hubiese querido. «Ya se combate en la jungla», pensó. Agachando la cabeza en el túnel formado por la vegetación, se lanzó a la carrera para huir de la horrorosa nube de insectos, que por un instante en efecto logró dejar atrás. Sin embargo, no huía de la crueldad de las moscas y mosquitos, ya que nadie podría aspirar a librarse de tal escolta, y a lo largo de su vida de fiel mensajero, Jaffir se había acostumbrado, si es que cabe emplear una frase tan extravagante, a que se lo comieran vivo. Doblado casi en dos, esquivó los árboles y atravesó la maleza, su piel morena reluciente de sudor, sus firmes extremidades brillantes como las de un bronce imperecedero a través de la masa de hojas verdes que por siempre nacen y por siempre mueren. A pesar de su desesperada prisa, ya no era un fugitivo; era tan sólo un hombre con una tremenda premura de tiempo. Su huida, que había comenzado con un salto, una carrera y un despliegue de su gran presencia de ánimo, fue simple resultado de una situación crítica. Los resultados de una situación crítica son por lo común sencillos cuando uno tiene rapidez de reflejos y se para a pensar en ellos a tiempo. Muy pronto fue consciente de que todo intento ajeno por seguir su rastro había sido abortado, a pesar de lo cual tomó la senda de la jungla y apretó la marcha, pues había dejado a su Rajá y a la dama Immada cercados por los enemigos en la linde de la jungla, casi como si fueran cautivos de una partida de hombres de Tengga.

Las vacilaciones de Belarab habían terminado por ser algo excesivo incluso para la paciencia hereditaria de Hassim en tales menesteres. Era de rigor que unas negociaciones de tanta enjundia se dilataran a lo largo de varios días, que las mismas requisitorias y los mismos argumentos se repitieran con las mismas palabras, en múltiples y sucesivas entrevistas, y que recibieran las mismas respuestas evasivas. Las cuestiones de estado imponen la dignidad de semejantes procedimientos como si

el tiempo mismo tuviera que aguardar en deferencia al poder y la sabiduría de los encargados del gobierno. Así se resuelven las embajadas, la dignificada paciencia de los enviados. Sin embargo, en ese momento crítico terminó por triunfar la impaciencia de Hassim, y aunque jamás se había desviado de la tradición de los discursos matizados y del porte contenido mientras seguía con su hermana la senda del piadoso Belarab, también vivió algunos momentos de cólera, de ansiedad, de abatimiento. Estaban en juego sus amistades, su futuro, el destino de su patria, en tanto el campamento de Belarab erraba sin rumbo fijo por los parajes más remotos, como si estuviera influido por los titubeos del pensamiento del propio dirigente, la imagen misma de un destino incierto.

A menudo, la sola palabra «bien» fue toda la respuesta otorgada a los discursos diarios de Hassim. Los hombres de menor categoría, los acompañantes del Jefe, le trataban con deferencia; Hassim percibía en cambio la oposición por parte de las mujeres del campamento, pues se posicionaron en contra de su causa por la sumisión debida a los caprichos de la nueva esposa del Jefe, una muchacha suficientemente dulce y amable con sus subordinados, pero poseída por una imaginación que se le había desbocado por completo y que la había imbuido de codicia al pensar en el botín del yate a partir de su elemental simplicidad y su inocencia. ¿Qué podía ofrecerle Hassim, ese forastero errante y pobre, que ella aceptara de buen grado? Nada. La riqueza de su remoto país no era más que un cuento chino, la cháchara de un exiliado en busca de ayuda.

De noche, Hassim tuvo que prestar oídos a las angustiadas dudas de Immada, la única compañera de toda su vida, hija de la misma madre, valerosa como un hombre, pero muy mujer en sus temores. Se los comunicaba en susurros cada noche, hasta altas horas, mientras el campamento del gran Belarab era silenciado por el sueño y las fogatas se reducían a los rescoldos aún encendidos. Hassim la sosegaba con gravedad, aunque él también era natural de Wajo, lugar donde los hombres son más osados y más rápidos de reacciones que el resto de los malayos. Y más enérgicos, habida cuenta de que la energía no existe sin un fuego interior. A Hassim se le agotó la paciencia y una noche dijo a su hermana Immada: «Mañana dejamos a este caudillo destalentado y volvemos con nuestro amigo blanco».

Por tanto, a la mañana siguiente dejaron que el campamento itinerante emprendiera el camino directo hacia el Asentamiento, y Hassim e Immada tomaron un camino distinto. Se trataba de una senda desierta entre la jungla y los claros. Se llevaron a dos sirvientes, hombres los dos de Hassim, nativos de Wajo, de modo que, cuando se presentó la necesidad, la dama Immada pudo ser transportada a la manera de las grandes damas de Wajo, que no tienen por qué poner pie a tierra a menos que así lo deseen. Acostumbrada a las penurias que corresponden a los exiliados, Immada prefería caminar, aunque de vez en cuando se dejó transportar breves trechos por elemental respeto a los sentimientos de sus sirvientes. El grupo avanzó a buen paso durante las primeras horas del día, y Hassim tenía absoluta confianza en llegar antes

del atardecer a la orilla de la laguna, por un punto cercano al lugar donde estaba varado el *Emma*. A mediodía descansaron a la sombra junto a una charca de aguas oscuras, en la linde de la jungla; fue allí donde los encontró Jaffir con gran sorpresa por ambas partes. Mantuvieron una prolongada charla. Jaffir, acuclillado, habló en tono comedido. Disfrutó de oyentes sumamente interesados en sus palabras. La noticia de la hazaña de Carter entre los Bajíos no había llegado al campamento de Belarab. Supuso un gran quebranto para Hassim, aunque la media sonrisa con que había escuchado a Jaffir no se alteró ni lo más mínimo. Fue la Princesa Immada la que exclamó de consternación e hizo gestos de nerviosismo. Se abatió el silencio.

En efecto, ante la fatal magnitud del suceso incluso a los malayos les pareció que no había nada que decir, y Jaffir agachó la cabeza respetando el mutismo de su Príncipe. Antes de que se disipara esa sensación entre las personas sentadas en torno a unos cuantos leños que todavía humeaban, el estruendo de una ruidosa partida de hombres que se acercaba los llevó a ponerse en pie de un salto. Y sin tiempo para hacer un solo movimiento comprendieron que habían sido descubiertos. Los hombres llegaron armados como si hubieran emprendido una expedición de guerra. Entre ellos estaba Sentot, con su taparrabos y sus cabellos revueltos; daba brincos y hacía aspavientos con los brazos como el lunático que en el fondo era. El asombro de los otros les hizo detenerse en seco, aunque su actitud era inequívocamente hostil. Por retaguardia se acercaba con prudencia una figura señorial, flanqueada por dos sirvientes que portaban espadas desenvainadas. Rajá Hassim volvió a sentarse con calma sobre el tronco de un árbol caído, e Immada apoyó ligeramente la mano sobre el hombro de su hermano, mientras Jaffir se acuclilló de nuevo y contempló el suelo con todas sus facultades, con todos los músculos del cuerpo tensos y alerta.

—Los guerreros de Tengga —murmuró con desdén.

En el grupo gritó alguien, a lo cual contestaron otros gritos desde lejos. Era imposible pensar en oponer resistencia. Hassim se quitó en un visto y no visto el anillo de esmeralda y Jaffir se apoderó de la joya con un movimiento casi imperceptible. El Rajá ni siquiera miró a su leal mensajero.

—No dejes de entregárselo al hombre blanco —murmuró.

—Tu sirviente escucha y obedece, Rajá. Es un amuleto de enorme poder.

Crecían las sombras hacia el oeste. Todos quedaron en silencio, y el grupo de hombres armados parecía haberse acercado aún más. Echándose la punta de la pañoleta sobre la cara, Immada contempló el avance con un solo ojo a la vista. Por el flanco de los hombres armados, Sentot se desempeñaba en una danza lenta, aunque también él parecía haber enmudecido.

—Ahora, ve —susurró Rajá Hassim, y su mirada abarcó inamovible todo el trecho que le separaba de los hombres armados.

Por espacio de un segundo, tal vez algo más, Jaffir no se movió. Entonces, con un súbito salto con el que abandonó su lugar en el suelo, voló por los aires y se internó por la jungla en medio de una conmoción de la hojarasca, desapareciendo en el acto,

como un nadador que hubiera saltado al agua desde lo alto. Un hondo murmullo de sorpresa sacudió a la partida de hombres armados; se arrojó una lanza, se hizo un disparo, tres o cuatro hombres corrieron hacia la pared vegetal de la jungla, pero pronto regresaron cariacontecidos, con sonrisas de disculpa; entretanto, Jaffir había dado con una vieja senda que parecía conducirlo en la dirección deseada, y corría a solas, levantando las hojas muertas, con un *parang* desenvainado en la mano y una nube de moscas sobre la cabeza. El sol declinaba por el oeste y lanzaba saetas de luz que se cruzaban en su camino oscurecido. Corrió a mediana velocidad, los ojos vigilantes, el pecho estremecido por los jadeos, con la esmeralda en el dedo índice y el puño cerrado, como si temiera perderla por azar o porque se la arrancase una fuerza invisible, o tal vez porque se la arrebatase algún hechizo. ¿Quién podría asegurar lo que iba a suceder? En el mundo actuaban las fuerzas del mal, los encantamientos más poderosos, las apariciones más horribles. El mensajero de los príncipes y los hombres de grandeza, con la suprema encomienda de su señor en el pecho, tuvo miedo al verse en medio de las sombras cada vez más densas de la jungla. En ese lúgubre espacio podrían acecharle presencias malignas. El sol aún no se había puesto. Todavía alcanzaba a verlo entre las hojas cuando comenzó a recorrer con sigilo la orilla de la laguna. ¿Y si Alá acudiera a visitarlo en su carrera desesperada y muriese sin llegar a su fin?

Respiró hondo en la orilla, a menos de un centenar de metros de las amuras encalladas del *Emma*. Había bajado la marea, de modo que llegó a pie hasta el extremo de un tronco sumergido y lanzó un grito para pedir el bote. Le contestó la voz de Jörgenson. El sol se había hundido tras el cinturón vegetal de la costa. Hasta allá donde alcanzaba la vista, sobre la negrura del agua, todo estaba en calma. Soplabla una ligerísima brisa.

*

En ese mismo instante, agotado tras treinta horas de faenar sin interrupción al frente de los blancos y los malayos en su empeño por poner a flote la goleta, Carter se dejó caer sobre la tumbona de la señora Travers, a bordo del *Ermitaño*, y habló con el fiel Wasub:

—Que esta noche la vigilancia sea estrecha, buen viejo —le dijo. Miró satisfecho el sol poniente y se durmió.

3

En las amuras del *Emma* se formaba un enjaretado por encima del arranque del

bauprés; desde allí se veía la totalidad de la cubierta y era posible verificar de un simple vistazo hasta los menores movimientos de la tripulación. Era un lugar a salvo de cualquier oyente indeseado, aunque evidentemente abierto a la vista de todos. El sol acababa de ponerse sobre la suprema satisfacción de Carter cuando Jörgenson y Jaffir se sentaron uno junto al otro entre las guías del bauprés y, de forma pública, aunque inabordable, conspicuos pero en secreto, comenzaron a conversar en voz baja.

Todos los fugitivos de Wajo que estaban de guardia en el casco varado notaron que se acercaba un momento decisivo. Todos estaban resueltos, a todos les latía el corazón sin sobresaltos. Eran todos hombres desesperados y determinados a luchar y a morir, sin preocuparse en modo alguno por su manera de vivir o de morir. No era ése el caso de la señora Travers; tras haberse encerrado en el camarote, estaba profundamente turbada al pensar en esas mismas cuestiones, aunque también era tal su desesperación que acogería de mil amores cualquier solución que se presentase.

De todos los presentes a bordo, sólo ella siguió sin saber nada acerca de esa conversación. De tanto devanarse el seso sin rumbo ni concierto, tan sólo era consciente de la total ausencia de ruidos a bordo del *Emma*. Ni un rumor, ni una pisada. La visión de Jörgenson y Jaffir en público, pero aislados de todos, sumidos en profundas consultas, tuvo por efecto que desapareciera de todos los hombres el menor deseo de moverse.

La media luz del crepúsculo envolvió a los dos hombres agazapados mientras conversaban; en la quietud de sus posturas recordaban dos figuras esculpidas, un europeo y un asiático en contraste y en íntimo contacto. El oscurecimiento del anochecer casi los había borrado del todo cuando por fin se pusieron en pie sin previo aviso, y ese súbito movimiento dejó en vilo el corazón de cuantos los contemplaban. Pero no se separaron de inmediato. Permanecieron en el rincón más elevado del barco como si aguardasen a que la oscuridad fuera completa, término adecuado a su misteriosa comunicación. Jaffir había relatado a Jörgenson toda la historia del anillo, el símbolo de una amistad madurada y confirmada en la noche de la derrota, la noche de la huida de una tierra muy remota que dormía inamovible bajo el fuego iracundo de los cielos.

—Así es, Tuan —prosiguió Jaffir—. Fue enviado por vez primera al hombre blanco en una noche de peligro mortal, como regalo para que se acordase de un amigo. Fui yo el portador del anillo, tal como lo porto ahora. Aquella vez, como ésta, me fue encomendado con la misión de salvarme y entregarlo a modo de confirmación de mi mensaje. Así lo hice, y ese hombre blanco pareció incluso poner coto a la tormenta misma para salvar a mi Rajá. No fue él uno de esos que se marchan y olvidan a quien en tiempos llamaron amigo. Mi mensaje no era más que un mensaje de despedida, pero el poder del anillo fue suficiente para que el hombre blanco hiciera uso de toda su fuerza y acudiera en auxilio de mi señor. Ahora no tengo palabras que decir. Rajá Hassim no pide nada. ¿Y qué? Gracias a la misericordia de Alá todas las cosas son iguales: la compasión del Altísimo, el poder del anillo, el

corazón del hombre blanco. Nada ha cambiado; la amistad es tan sólo algo más antigua y el amor ha crecido gracias a los peligros compartidos y a un prolongado compañerismo. Por lo tanto, Tuan, no tengo ningún temor. Sin embargo, ¿cómo he de llevar el anillo al Rajá Laut? Sólo he de entregárselo. Un último aliento sería tiempo de sobra si fueran a alancearme a sus pies, pero por desgracia la jungla está llena de hombres de Tengga, en la playa no hay resguardo y jamás podría soñar con llegar siquiera al portón.

Jörgenson, con las manos hundidas en los bolsillos de su túnica, escuchaba cabizbajo. Jaffir manifestó toda la consternación de que era capaz su naturaleza.

—Nuestro refugio está con Dios —murmuró—. Pero me pregunto qué hemos de hacer. ¿No idea tu sabiduría alguna estratagema, Tuan?

Jörgenson no contestó. Dio la impresión de que no se le ocurría estratagema alguna. Sin embargo, Dios es grande, y Jaffir aguardó con paciencia frente a la inmovilidad del otro, ansioso, perplejo y pese a todo esperanzado a su manera, acostumbrado a poner al mal tiempo buena cara, a la vez que fluía la noche desde la jungla oscura y cercana y ocultaba sus dos siluetas de la vista de los hombres que los observaban. Ante el silencio de Jörgenson, Jaffir comenzó a hablar de modo más pragmático. Una vez que los hombres de Tengga se habían despojado de su máscara, Jaffir no creía que pudiera llegar a la playa sin ser víctima de un ataque; posiblemente sería capturado, asesinado incluso, ya que un hombre como él, aun cuando pudiera salvarse al huir por orden de su señor, no podía contar con rendirse sin plantar cara. Comentó que en el ejercicio de sus importantes funciones había aprendido a deslizarse como una sombra, arrastrarse como una serpiente, abrirse paso casi bajo la tierra. Por algo era Jaffir, y nadie había frustrado jamás sus misiones. Una marisma, un cenagal, un río anchuroso, la jungla misma no podrían detenerlo. De buena gana se enfrentaría a tales elementos. En muchos sentidos, eran amigos de un mensajero habilidoso. Pero aquélla era una playa abierta y sin resguardo, y no había otro camino; tal como estaban las cosas, todos los arbustos, todos los troncos de todos los árboles, todas las sombras de una casa o de un vallado podían esconder a los hombres de Tengga o a los partisanos enfurecidos de Daman que ya hubieran llegado al Asentamiento. ¿Cómo podía aspirar a atravesar siquiera el trecho existente entre la orilla y el portón de Belarab, que ahora estaría cerrado día y noche a cal y canto? No sólo él, sino cualquier hombre del *Emma* sería asaltado y alanceado por veinte sitios distintos.

Reflexionó un momento en silencio.

—Ni siquiera tú, Tuan, podrías realizar tal hazaña.

—Muy cierto —musitó Jörgenson.

Cuando se volvió a mirarlo al cabo de un lapso de meditación, Jaffir ya no estaba a su lado. Había bajado de la elevación de la amura y seguramente estaría acucillado en algún oscuro rincón del entrepuente. Jörgenson conocía a Jaffir demasiado bien para suponer que se hubiera ido a dormir. Permanecería sentado en cuclillas,

devanándose los sesos hasta enfurecer, y luego se largaría del *Emma* por cualquier medio a su alcance, para llegar a la orilla y perecer luchando. En realidad, era probable que se comportase como un enajenado, pues daba toda la sensación de que la situación en que se hallaba no tenía salida. Así las cosas, Lingard no llegaría a tener conocimiento de que Hassim e Immada habían sido apresados, ya que el anillo nunca llegaría a sus manos. Y el anillo era capaz de contar su propia historia. No, Lingard no llegaría a saber nada. No tendría noticias de ninguno de los que seguían fuera de la empalizada de Belarab hasta que sobreviniera el final, fuera cual fuese, para todas aquellas personas que llevaban la vida de los hombres. Que saber o no saber fuera bueno para Lingard era algo que a Jörgenson se le escapaba. Reconoció para sus adentros que existía algo que él, Jörgenson, no podía predecir. Todas las posibilidades estaban envueltas por el manto de la duda, inciertas, como son las cosas propias de la vida de los hombres. Sólo cuando se concedió un breve pensamiento para sí mismo, a Jörgenson no le cupo la menor duda. Él, cómo no, sabría lo que era preciso hacer.

En el rostro demacrado de ese viejo aventurero oculto en la noche no se movió un solo rasgo, no tembló un solo músculo cuando descendió y echó a caminar hacia la cubierta de popa. Sus ojos desvaídos, que tanto habían visto, ni siquiera pretendieron escrutar la noche; no cedieron a la tentación de mirar a los silenciosos observadores con los que se rozó al pasar. De haberle alcanzado entonces el resplandor de una luz, habría parecido un sonámbulo en medio de un sueño eterno. La señora Travers oyó sus pasos por el lateral de la caseta. Nada más oírlos, de nuevo apoyó la cabeza sobre sus brazos desnudos, cruzados sobre la mesa ante la que estaba sentada.

De pie ante el espejo de popa, Jörgenson percibió un mínimo resplandor rojizo en la inmensa negrura de la orilla opuesta. Jörgenson se percataba enseguida de las cosas, de un modo somero, casi de pasada, como si fueran fenómenos que no guardasen la menor relación con su propia existencia externa, la de un espectro que sólo estuviera de visita en la tierra. No eran más que pasajes en el juego de los hombres que todavía jugaban a la vida. Demasiado bien sabía él qué parte de ese juego valía la pena seguir con atención y sin perder detalle de su curso. Tanto tiempo hacía que renunció a la costumbre de pensar que la súbita reanudación de la misma le fastidiaba en grado superlativo, sobre todo al comprender que debía ponerse a pensar de cara al hallazgo de una conclusión. En ese mundo de eterno olvido, que tan a fondo había degustado hasta que Lingard le obligó a volver a la vida de los hombres, las cosas estaban zanjadas de una vez por todas. Le irritaba su propia perplejidad, recordatorio de esa mortalidad compuesta por preguntas y pasiones, de la cual llegó a creer que se había liberado para siempre. Mediante una asociación natural, su desdeñoso fastidio también tuvo en cuenta la existencia de la señora Travers, pues ¿cómo iba a pensar en Tom Lingard, en lo que fuera malo o bueno para el Rey Tom, sin pensar también en la mujer que había logrado prender el espectro de una chispa incluso en sus ojos ya extintos? Ella no contaba para nada, pero la integridad de Tom

sí que contaba. Era en Tom en quien debía pensar, en lo que fuera malo o bueno para él dentro de ese absurdo y mortífero juego que era su propia vida. Por último, llegó a la conclusión de que entregarle el anillo sería provechoso para Tom Lingard. Entregarle el anillo, nada más. Sólo el anillo, nada más.

—Le ayudará a tomar una decisión —murmuró Jörgenson para sus bigotes como si le moviera una oscura convicción. Sólo entonces se desperezó ligeramente y se volvió para no ver las fogatas encendidas en la orilla opuesta. La señora Travers oyó de nuevo sus pisadas cuando pasó por el lateral de la caseta, y esta vez ni siquiera levantó la cabeza de entre los brazos. Ese hombre era un insomne, un loco, un niño pequeño, pero era inflexible en todo ello. Era imposible. Rondaba sin propósito por la cubierta del barco encallado.

Sin embargo, en pos de un objetivo muy distinto acudió Jörgenson a proa en busca de Jaffir.

El primer comentario que quiso ofrecer a la consideración de Jaffir fue que la única persona del mundo que tenía una muy remota probabilidad de alcanzar el portón de Belarab a lo largo de esa noche no era otra que la mujer blanca que el Rajá Laut trajo a bordo, la esposa de uno de los jefes blancos ahora en cautiverio. La sorpresa arrancó una exclamación de labios de Jaffir, pero tampoco pareció preparado para negar la idea. Era posible que, por múltiples razones, unas muy sencillas, otras harto sutiles, aquellos hijos del Maligno que obraban a las órdenes de Tengga y de Daman se abstuvieran de matar a una mujer blanca que caminase a solas desde la orilla de la laguna hasta el portón de Belarab. Sí, era muy probable que ella pudiera recorrer ese trecho sin perjuicio alguno.

—Sobre todo si llevase una antorcha encendida —murmuró Jörgenson para sus bigotes. Comunicó a Jaffir que la mujer estaba sentada a oscuras, doliéndose en silencio, a la manera de las mujeres blancas. Por la mañana había pedido a gritos que le fuera permitido reunirse con los hombres blancos que desde entonces permanecían en tierra. Él, Jörgenson, se negó a facilitarle la canoa. Desde entonces, se había recluido en su camarote, presa de un gran pesar.

Jaffir escuchó todo esto sin manifestar especial simpatía.

—He resuelto, Jaffir —dijo Jörgenson—, dejar que ahora se cumpla su voluntad.

—Sí, por Alá —respondió él—. Que marche. ¿Qué importancia puede tener? —añadió con total indiferencia.

—Así es. Ella podrá llevar el anillo al Rajá Laut —dijo entonces Jörgenson.

Y vio a Jaffir, al adusto e impasible Jaffir, dar un respingo bien perceptible. Al principio pareció tarea imposible persuadir a Jaffir de que se desprendiera del anillo. La idea era tan monstruosa que no le cabía en la cabeza ni le movía el corazón. Pero por fin se rindió con un susurro reverencial.

—Dios es grande. Tal vez sea ése el destino de la mujer.

Siendo como era un hombre de Wajo, no contemplaba a las mujeres como seres indignos o incapaces de cumplir una tarea que exigía tanta valentía como buen juicio.

Una vez superado el sentimiento personal, entregó el anillo a Jörgenson con una sola reserva.

—Has de saber, Tuan, que bajo ningún concepto debe ella ponérselo. Que no adorne su mano.

—Que lo lleve colgado del cuello —sugirió Jörgenson al punto.

Al avanzar Jörgenson hacia la caseta se le ocurrió que tal vez esa mujer a la que Tom Lingard cobijó bajo su techo se negara ahora en redondo a abandonar el *Emma*. Tampoco le perturbó demasiado la idea. Todas esas personas se movían a tientas en la oscuridad. Él mismo, en ese instante, avanzaba a tientas en la oscuridad. Más allá del simple deseo de guiar el pensamiento de Lingard hacia Hassim e Immada, de ayudarle a tomar una decisión, a respetar la inquebrantable fidelidad de tantos años, Jörgenson no tenía otros objetivos en mente. La existencia de aquellos blancos carecía por completo de sentido. Eran esa clase de personas que pasan sin dejar huella. La mujer debería actuar con toda ignorancia. Y si se negara a ir, con toda ignorancia tendría que permanecer a bordo. Él no iba a decirle nada.

En realidad, descubrió que la señora Travers lisa y llanamente no quiso tener ningún trato con él. No quiso escuchar lo que él fuera a decirle. Tan sólo le comunicó su deseo con voz fatigada, confinada en la oscuridad del camarote, de que se fuera y no volviera a molestarla. Ahora bien, el espectro de Jörgenson no era fácil de exorcizar. También él se limitó a ser una simple voz en la oscuridad del exterior, inexorable, insistente en que saliera ella a cubierta y escuchara sus palabras. Por fin halló las palabras idóneas para vencer su resistencia.

—Lo que deseo decirle es algo relativo a Tom. Y usted le desea lo mejor, ¿me equivoco?

Tras oír esto, no pudo negarse a salir. Una vez en cubierta, escuchó con paciencia los murmullos del fantasma blanquecino por encima de su cabeza gacha.

—Me da la impresión, Capitán Jörgenson —dijo ella cuando él hubo terminado—, de que usted sólo pretende engatusarme. Tras su comportamiento de esta mañana, no puedo tener nada que decirle.

—Ahora dispongo de una canoa para usted —musitó Jörgenson.

—Lo que usted tiene es alguna nueva idea en mente —replicó la señora Travers con fortaleza—. Pero no me lo piensa decir a las claras. ¿Puedo saber qué es lo que trama? ¿En qué está pensando?

—En el bien de Tom.

—¿Es usted de veras su amigo?

—Él me trajo aquí, y usted lo sabe. Ha conversado mucho con usted.

—Así es. En cambio, me pregunto si es usted capaz de ser amigo de alguien, de quien sea.

—¡Y usted se lo pregunta! —repitió Jörgenson con todo su aplomo, taciturno—. Si no soy yo su amigo, me gustaría saber quién lo es.

—¿Y a qué viene todo esto del anillo? —preguntó la señora Travers sin perder un

instante—. ¿Qué anillo es ése?

—Es propiedad de Tom. Desde hace años.

—¿Y él se lo dio a usted? ¿Es que no le importa?

—No lo sé. No es más que un objeto.

—Pero tiene algún significado oculto entre usted y él. ¿Es cierto?

—Sí, lo es. Él sabrá de qué se trata.

—¿Y de qué se trata?

—Soy demasiado amigo suyo para irme de la lengua.

—¿Cómo? ¿Conmigo?

—¿Y quién es usted? —le espetó Jörgenson de forma totalmente inesperada—. Ya es mucho lo que él le ha contado hasta la fecha.

—Puede que sí —murmuró la señora Travers como si hablara para sus adentros—. ¿Y quiere usted que alguien le lleve ese anillo? —preguntó en voz más alta.

—Sí, eso es. Cuanto antes. Por su propio bien.

—¿Está seguro de que es por su propio bien? ¿Por qué no puede usted...?

Se calló. El hombre era imposible. Jamás le comunicaría nada, no había forma de que diera su brazo a torcer. Era invulnerable, inabordable... Como si estuviera muerto.

—Usted límitese a dárselo —murmuró Jörgenson como si no pudiera abandonar una idea fija—. Déjeselo en la mano sin que la vean. Él lo entenderá.

—¿Y de qué se trata? ¿Un consejo, una advertencia, una señal para que pase a la acción?

—Puede ser cualquier cosa —afirmó Jörgenson más taciturno que de costumbre, aunque en un tono más blando—. Se trata de su propio bien.

—¡Ay, si al menos pudiera confiar en ese hombre! —musitó la señora Travers a media voz.

El leve carraspeo de Jörgenson pudo haber sido interpretado como una muestra de simpatía, pero permaneció en silencio.

—La verdad, esto es sumamente extraordinario —exclamó la señora Travers de repente enardecida—. ¿Por qué recurre usted a mí? ¿Por qué ha de ser ése mi cometido? ¿Por qué desea que sea yo quien se lo lleve?

—Se lo voy a decir con toda claridad —dijo Jörgenson con voz inexpresiva—. Es porque no hay nadie a bordo de este casco que pueda confiar en llegar con vida a la empalizada. Esta mañana me dijo usted que estaba dispuesta a morir, por Tom o con Tom. Bien, pues corra ese riesgo. Es usted la única persona que tiene una mínima posibilidad de llegar a él, y podría ser que Tom esté a la espera.

—La única —repitió la señora Travers dando un brusco paso al frente y extendiendo la mano abierta, ante la cual Jörgenson dio un paso atrás—. ¡Que me arriesgue! ¡Faltaría más! ¿Dónde está ese anillo misterioso?

—Lo tengo en el bolsillo —respondió Jörgenson al punto, aunque pasó medio minuto antes de que la señora Travers notase el perfil inconfundible que le fue

alojado en la palma de la mano—. No permita que lo vea nadie —le advirtió Jörgenson en un murmullo—. Escóndalo. ¿Por qué no se lo cuelga del cuello?

La señora Travers permaneció con la mano cerrada en torno al anillo.

—Sí, eso haré —murmuró con premura—. Vuelvo en un momento. Téngalo todo dispuesto. —Con esas palabras, desapareció en el interior de la caseta y algunas hilachas de luz aparecieron entonces en las rendijas entre los tablones. La señora Travers había encendido una candela. Estaba ajetreada en colgarse el anillo al cuello. Iba a ir. Sí; iba a arriesgarse por Tom.

—No hay quien se resista a ese hombre —murmuró Jörgenson para sus adentros, cada vez más taciturno—. Yo al menos no podría.

4

Tras ver cómo abandonaba la canoa el costado del barco, Jörgenson dejó de vivir en términos intelectuales. Ya no era necesario que siguiera pensando, que hiciera el menor despliegue de ingenio. Había terminado. Todas sus ideas estaban perfectamente fijas, de modo que podía pasar sobre ellas, y repasarlas, del mismo modo fantasmagórico en que recorría la cubierta del *Emma*. A la vista del anillo, Lingard se concentraría en Hassim e Immada, también cautivos como él, aunque Jörgenson era de la opinión de que no corrían grave peligro. Lo único que había ocurrido, a decir verdad, era que Tengga había optado por hacerse con rehenes, precisamente aquéllos a quienes Jörgenson tenía por la gente del propio Lingard. Eran suyos. Había ido con ellos hasta lo más profundo. Tenían un dominio y una exigencia sobre el rey Tom idénticos a los que muchos años antes tuvieron sobre él, sobre Jörgenson, otras gentes de esa misma raza. Sólo que Tom era un hombre mucho más grande que él. Un hombre grandísimo. No obstante, Jörgenson no acertaba a entender por qué no escapaba él a su destino —el destino de Jörgenson—, consistente en ser absorbido, capturado, apropiado por los suyos, tanto en el fracaso como en el éxito. Era una fatalidad inevitable, y Jörgenson estaba seguro de que el anillo obligaría a Lingard a contemplarla cara a cara y sin pestañear. Lo que en realidad deseaba de Lingard era que pusiera fin a todo su interés por esos blancos, esa clase de personas que no dejan huella al pasar.

Quizás, al menos a primera vista, haber enviado a esa mujer a Lingard no fuera la mejor vía de alcanzar ese fin. Sin embargo, Jörgenson tenía la inequívoca impresión, y su conversación matinal con la señora Travers se la había confirmado sin dejar un resquicio a la duda, de que aquellos dos habían sostenido una agria discusión. Y es que sin duda era inevitable que así fuera. ¿Qué podía querer Tom Lingard de ninguna mujer? La única mujer que tuvo presencia en la vida de Jörgenson había llegado a ella gradas a un canje por muchas balas de algodón y unas cuantas pistolas de bronce.

Esa realidad tan sólo podía afectar el juicio de Jörgenson, ya que en tales casos semejantes transacciones eran obviamente posibles. Por tanto, el caso no era grave. Ni siquiera era digno de ser tenido en cuenta. Lo que sí tenía peso era la relación de Lingard con los exiliados de Wajo, una grandiosa aventura guerrera, tal como jamás había tratado de emprender ningún trotamundos por aquellos mares.

Que Tengga estuviera mucho más dispuesto a negociar que a guerrear era un hecho que al viejo aventurero no le inspiraba la menor duda. Cómo lidiase Lingard con él no era preocupación que incumbiera a Jörgenson. Eso sería muy fácil. Nada impedía a Lingard que fuera a ver a Tengga y que le hablase con toda su autoridad. La única aspiración de ese individuo ambicioso y ruin era sacar tajada de la riqueza de Lingard, de su poder, de la amistad de Lingard. Un año antes, Tengga había insinuado lo siguiente al propio Jörgenson: «¿En qué sentido soy yo menos digno que Belarab de ser vuestro amigo?».

Fue una iniciativa bien clara, una revelación de lo que abrigaba el hombre en lo más profundo de su ser. Jörgenson, cómo no, la acogió con su silencio impertérrito. Su cometido no era la diplomacia, sino la administración de las provisiones.

Tras el esfuerzo requerido para llevar a cabo todos los procesos mentales interconectados que fueron precisos a fin de lograr que la señora Travers emprendiera el trayecto por la laguna, estaba ansioso por apartar de su ánimo todo el maldito asunto. El último pensamiento que le dedicó fue gravemente práctico. Se le ocurrió que sería aconsejable atraer de un modo u otro la atención de Lingard hacia la laguna. En el lenguaje del mar, una sola bengala es una adecuada señal de que han surgido complicaciones, aunque a tenor de las circunstancias un grupo de tres bengalas prendidas al mismo tiempo transmitiría mejor una advertencia. Dio las órdenes pertinentes y observó subir por el cielo las bengalas, dejando atrás una bella estela de chispas rojizas, un estallido de estrellas blancas en lo alto, tres fogonazos y tres estampidos en rápida sucesión. Luego reanudó su incansable pasear por todo el costado del casco, confiado en que, tras esto, Tom supondría que algo se avecinaba, habida cuenta de lo cual pondría vigilancia en la laguna. Sin duda que aquellas misteriosas bengalas tendrían un efecto perturbador en Tengga y en sus amigos, aparte de causar gran excitación en el Asentamiento. Eso a Jörgenson no le importó. El Asentamiento estaba ya sumido en tal agitación que un nuevo motivo de excitación no tendría importancia alguna. Lo que Jörgenson sin embargo no esperaba era el ruido de un disparo de mosquete que llegó desde la jungla, frente a las amuras del *Emma*. Le hizo detenerse en seco. Oyó el silbido de la bala y su impacto contra la curva de la amura. «Eso ha sido obra de algún asno impaciente», se dijo con desprecio. Tan sólo le indicó una realidad: ya estaba cercado por el lado de la orilla, de modo que dio reposo a sus dudas en lo tocante al extremo hasta el cual estaría dispuesto Tengga a llegar. ¡Adonde fuera preciso! Por supuesto, todavía quedaba tiempo para que Tom enderezase la situación por medio de seis palabras, a no ser que... Jörgenson sonrió con adustez, a oscuras, y volvió a pasear incansable por

cubierta.

Le intrigó ver que la fogata que había permanecido encendida día y noche ante la residencia de Tengga se apagó de pronto. Se imaginó la carrera enloquecida hasta la orilla con los recipientes de bambú, la confusión, las prisas y el siseo del fuego al apagarse bajo el agua en medio de una nube de vapor. La imagen del grueso Tengga sumido en la consternación despertó el sentido del humor de Jörgenson por espacio de cinco segundos. Tomó los binoculares del techo de la caseta.

El estallido de las tres estrellas blancas sobre las aguas de la laguna le había permitido atisbar por un instante la mancha negra de la canoa que transportaba a la señora Travers. No pudo localizarla de nuevo con los binoculares porque estaba demasiado oscuro, aunque la parte de la orilla a la que había puesto proa debía de hallarse cerca del ángulo de la empalizada de Belarab que más cerca lindaba con la playa. Jörgenson sí acertó a distinguirla gracias al tenue resplandor rosáceo de las fogatas del interior. Tuvo la certeza de que Lingard miraba hacia el *Emma* por la aspillera más adecuada que hubiera encontrado.

Como resultó evidente que la señora Travers no hubiera sido capaz de remar a solas, dos hombres se encargaron de llevarla; al cargo del timón estuvo Jaffir. Aunque había dado su consentimiento al plan de Jörgenson, Jaffir ardía en deseos de acompañar al anillo tan cerca de su destino como le fuera posible. Sólo la funesta necesidad le indujo a separarse del talismán. Agazapado a popa de la canoa, moviendo el remo por uno y otro lado, miraba fijamente el respaldo de lona de la silla que había sido colocada en el centro para mayor comodidad de la señora Travers. Envuelta por la oscuridad, iba reclinada en la silla con los ojos cerrados, lejanamente consciente del anillo que colgaba sobre su pecho. Al tener la canoa eslora y manga considerables, se desplazaba muy despacio. Los dos hombres hundían los remos sin salpicar; rindiéndose a la pasividad del momento, en una pasajera relajación de todos sus músculos, en esa aventura la señora Travers no experimentó ninguna sensación de movimiento. Al igual que Jörgenson, estaba fatigada de tanto pensar. Se abandonó al silencio de una noche repleta de pasiones alborotadas y de propósitos mortíferos. Se dejó llevar por una sensación ilusoria, por la impresión de que de veras descansaba. Por vez primera en muchos días paladeó el alivio de estar a solas. Los hombres que la llevaban eran menos que nada. No podía hablar con ellos, no podía entenderlos; la canoa pudiera haberse deslizado como por ensalmo, si es que de hecho se movía. Como una durmiente a medias consciente de estarlo, estuvo a punto de decirse: «Qué sueño tan extraño es el que estoy teniendo».

La voz grave de Jaffir se coló de rondón en su sueño cuando indicó a los hombres que dejaran de remar. La larga canoa terminó por detenerse despacio a menos de diez metros de la orilla. El grupo iba provisto de una antorcha que sería preciso encender antes de que la canoa tocara tierra, dando así un carácter abierto a tan desesperada expedición.

—Y si atrae el fuego de las armas sobre nosotros —había comentado Jaffir a

Jörgenson—, bien, veremos a quién le ha llamado el destino a morir esta noche.

—Sí —había musitado Jörgenson—. Bien lo hemos de ver.

Jörgenson vio por fin la lucecita de la antorcha recortada sobre la negrura de la empalizada. Aguzó el oído todo lo posible, por ver si le llegaba una andanada de fuego de mosquetes, pero ningún ruido atravesó la ancha superficie de la laguna. Allá lejos, el hombre que sostenía la antorcha, el otro remero y Jaffir, que con un suave movimiento del remo impulsaba la canoa hacia la orilla, tenían los ojos relucientes y las caras tensas, en callada excitación. La rojiza lumbre sólo acariciaba los párpados cerrados de la señora Travers, que no abrió los ojos hasta notar que la quilla de la canoa se incrustaba en la arena. Los dos hombres saltaron en el acto. La señora Travers se puso en pie de repente. Nadie hizo un solo ruido. Ella salió de la canoa hacia la playa dando un traspíés, y antes de que hubiera recuperado el equilibrio ya enarbolaba la antorcha en la mano. El calor, la cercanía del resplandor la confundieron, la cegaron hasta que, instintivamente, levantó la antorcha muy por encima de la cabeza. Por un instante permaneció quieta, sujetando en alto la feroz llama de la que caían ingravidas algunas chispas.

Un brazo desnudo y bronceado, iluminado desde arriba, le indicó la dirección a tomar, y la señora Travers echó a caminar hacia la masa negra e indistinta de la empalizada. Al cabo de unos cuantos pasos se volvió a mirar por encima del hombro la laguna, la playa, la canoa, los hombres que acababa de dejar atrás, pero todo ello ya era invisible. Estaba a solas, con una antorcha encendida, en una tierra que tan sólo era una sombra enmudecida y cambiante bajo sus pies. Por fin alcanzó un terreno más firme y la oscura longitud de la empalizada, todavía no bañada por la luz, le pareció inmensa, intimidante. Estaba lista para desplomarse de la emoción. Pero siguió avanzando.

—Un poco más a la izquierda —gritó una voz tonante.

Vibró en todas las fibras de su cuerpo, despertándola como un clarín estridente, y la traspasó y fue a perderse en el espacio que se hallaba a sus espaldas. La señora Travers permaneció inmóvil unos momentos, y arrojando tan lejos como pudo la antorcha prendida echó a correr a ciegas con las manos extendidas hacia el lugar del que provino el sonido tonante de la voz de Lingard, dejando a sus espaldas la antorcha encendida sobre el terreno. Tropezó y sólo se salvó de caer gracias a que sus manos entraron en repentino contacto con los toscos postes de la empalizada. Descollaban muy por encima de su cabeza y se aferró a la madera sin desbarrar con los brazos abiertos, apretando todo su cuerpo contra la áspera superficie de la empalizada enorme y rugosa. Al otro lado oyó voces, golpes sordos; sintió que con cada golpe vibraba levemente el suelo bajo sus pies. Miró temerosa por encima del hombro y a oscuras no vio más que el brillo a punto de extinguirse de la antorcha que había arrojado, así como el sombrío rielar de la laguna que flanqueaba la opaca oscuridad de la orilla. Forzando la vista le pareció detectar misteriosos movimientos en la oscuridad, y cedió a un terror irresistible, a la agonía de la aprensión. ¿Iba a

verse traspasada por una ancha hoja de metal, clavada a la alta e inamovible pared de madera contra la cual se aplanaba a la desesperada, como si aún le cupiera una vana esperanza de penetrarla gracias a la fuerza de su pavor? No tenía ni idea de dónde se encontraba, pero en realidad estaba pocos pasos a la izquierda del portón principal, y casi exactamente debajo de una de las aspilleras. Su desmedida angustia dio paso a la insensibilidad. Dejó de oír, de ver, de sentir incluso el contacto con la superficie a la que se aferraba. Le llegó la voz de Lingard con nitidez, indicándole desde arriba, muy cerca, cargada de preocupación, lo que debía hacer.

—Ha de agacharse usted. Más, más aún.

La sangre estancada en todo su cuerpo comenzó a latir con languidez. Se agachó más, más aún, hasta el punto de que hubo de arrodillarse, y entonces se percató de un débil olor a humo de leña mezclado con el confuso murmullo de unas voces agitadas. Le llegaban a través de una abertura que no estaría por encima de su cabeza, habida cuenta de que se encontraba de rodillas, y no tendría siquiera la anchura de dos de los postes. Lingard le habló en tono de inquietud.

—No he conseguido que ninguno quitase los barrotes del portón.

Ella fue incapaz de emitir una sola sílaba.

—¿Está usted ahí? —preguntó Lingard con angustia, tan cerca que a ella le pareció notar incluso el aliento de sus palabras en la cara. Le devolvió la vida por completo; entendió qué era lo que tenía que hacer. Introdujo la cabeza y los hombros por la abertura, se sintió de inmediato sujeta con fuerza por los brazos y notó que era arrastrada con una fuerza irresistible, y tan deprisa que dejó de tener la pañoleta sobre la cabeza, ya que los bordes habían quedado presos en las asperezas de la madera. Esa misma fuerza la hizo ponerse en pie nada más pasar por el portillo, enderezándola sin que ella debiera esforzarse a tal fin. Fue consciente de que Lingard trataba de decirle algo, pero tan sólo oyó un balbuceo confuso con el que manifestó su pasmo y su deleite, en medio del cual acertó a distinguir las palabras «Usted... Usted...» repetidas de manera delirante. Él todavía no la soltó; su sujeción, tan auxiliadora e irresistible, se había tornado en estrecho abrazo, en la violenta toma de posesión por parte de una fuerza encarnada que se había desatado y que era de todo punto imposible pensar siquiera en controlar. Tal como había hecho su voz tonante poco antes, su tremenda fortaleza también pareció capaz de colmar todo el espacio en su envolvente e innegable autoridad. Cada vez que ella trató por instinto de ponerse rígida para hacer frente a su fortaleza, ésta reaccionaba reafirmando su feroz voluntad, su poder enaltecido. En varias ocasiones dejó de sentir ella el suelo bajo sus pies, y tuvo una sensación de desamparo desprovisto de temor, de triunfo sin exultación. Había ocurrido lo ineludible. Ella lo había previsto, y durante todo el tiempo que permaneciera en ese lugar oscuro, contra el rojo resplandor de las fogatas de campamento, dentro de la empalizada, el hombre en cuyos brazos ella se debatía permaneció sombrío a sus ojos, a sus ojos entrecerrados. «Me va a aplastar hasta matarme sin siquiera darse cuenta», pensó ella de repente.

Él actuaba como una fuerza ciega. Ella cerró los ojos del todo. Echó la cabeza hacia atrás. No lo hizo instintivamente, sino con resignación intencionada y, casi con pleno sentido de la justicia, se abandonó en sus brazos. El efecto que logró fue como si de pronto le hubiera clavado un puñal en el corazón. La soltó tan de súbito, tan del todo, que se habría caído al suelo si no hubiera logrado aferrarse a su antebrazo. Él pareció preparado para ello, y por un instante pendió de él todo el peso de ella sin que su rigidez se desplazara ni un ápice. A sus espaldas, la señora Travers oyó el pesado golpear de algo contra la madera, los murmullos confusos, los movimientos de los hombres.

—Hecho —dijo de pronto una voz con tal énfasis que, aun cuando claro está que ella no la entendió, la palabra le ayudó a recuperar el dominio de sí misma.

—¿Por qué no me dice algo? —le pidió Lingard en un susurro.

—Permítame recobrar primero el resuello —respondió ella.

En derredor de los dos dejaron de oírse los ruidos. Los hombres habían afianzado el portillo a través del cual aquellos brazos la arrebataron del exterior y la raptaron en un momento de completo olvido de sí misma que la había dejado sin aliento, aunque también sin alterarse. Como si hubiera satisfecho algún imperativo, disfrutó de un momento de serenidad interior, un lapso de paz sin pensamiento alguno mientras, sostenida por ese brazo que temblaba menos que un brazo de hierro, se sintió levantada por encima del suelo y notó que había perdido una de sus sandalias. Sí, no le cupo duda alguna: había sido arrastrada de la tierra sin vergüenza ninguna, sin arrepentimiento. Pero por nada del mundo desearía que él supiera nada de su sandalia extraviada. Esa sandalia que ya no calzaba era tan simbólica como un velo que hubiera caído. Y él no sabía nada al respecto. Era preciso que nunca lo supiera. ¿Dónde estaría la condenada? Estaba convencida de que no se habían movido siquiera un par de pasos de ese sitio. Entonces, tanteando con el pie la encontró y, sin soltarse del antebrazo de Lingard, se agachó para afianzársela debidamente. Cuando se enderezó, todavía sujeta a su brazo, se miraron cara a cara el uno al otro, rígido él en su esfuerzo por recuperar el dominio de sí, aunque sintiéndose como si el embate del mar más embravecido que pudiera recordar le golpease el corazón, como si se hubiera vaciado de todo sentimiento gracias a su experiencia, sin pensarlo aún, aunque ya comenzase a recobrar el sentido de la situación y la memoria del pasado inmediato.

—Llevo una hora contemplando esa aspillera, desde que vinieron a decirme que habían estallado tres bengalas sobre la laguna —dijo Lingard—. Entonces estaba encerrado con Belarab. Estaba mirando fuera cuando se prendió la antorcha y usted puso pie en tierra. Pensé que estaba soñando cuando la vi. ¿Qué podía yo hacer? Sentí que debía ir corriendo en su auxilio, pero no me atreví. Esas palmeras están llenas de hombres. Igual que las casas que vio usted la otra vez en que vino conmigo a la orilla. Llenas de hombres. Armados todos ellos. Es fácil que alguien accione un gatillo, y entonces comienza el tiroteo... ¡Y usted echó a caminar por el claro con la antorcha

encima de la cabeza! No me pude atrever. Estaba usted más segura yendo a solas. Tuve la fuerza precisa para contenerme y verla llegar desde la orilla. ¡No! Ningún hombre ha visto jamás nada semejante. ¿A qué ha venido usted?

—¿No esperaba usted a alguien? No me refiero a mí, sino a un mensajero.

—¡No! —respondió Lingard, maravillado de su autodominio—. ¿Cómo es que le ha permitido venir?

—¿Se refiere usted al Capitán Jörgenson? Oh, al principio se negó en redondo. Dijo que eran órdenes que usted le dio.

—¿Y cómo diantre ha conseguido usted engatusarlo? —dijo Lingard con toda la blandura de que fue capaz.

—Ni siquiera intenté tal cosa —comenzó ella a responder, pero calló. La pregunta de Lingard, aun cuando en realidad no pareciera importarle demasiado su respuesta, había despertado en ella una nueva suspicacia en torno al manifiesto cambio de parecer que se obró en Jörgenson—. Al final, ni siquiera tuve que decirle gran cosa —continuó, jadeando todavía un poco y notando que su persona, ya sin seguir aplastada en el poderoso abrazo del hombre, de nuevo se expandía en la plenitud de su significado ante la atenta inmovilidad de su interlocutor—. El Capitán Jörgenson siempre me ha tenido por una molestia, un engorro. Tal vez tomó la determinación de librarse de mí incluso en flagrante incumplimiento de sus órdenes. ¿A usted le parece que está del todo cuerdo?

Soltó el antebrazo de hierro al que estuvo sujeta, que cayó despacio y pegado al costado de Lingard. Había recobrado del todo el dominio de sí misma. Tan sólo restaba una leve, desvaída, tenue impresión de un brevísimo vuelo sobre ese suelo en el que ahora tenía plantados los pies con firmeza. «¿Y eso es todo?», se preguntó no con amargura, sino con una suerte de tierno desdén por su persona.

—Está perfectamente cuerdo —oyó tronar lúgubre la voz de Lingard—. Si yo le hubiera hecho caso, usted no me hubiera encontrado aquí.

—¿Aquí? ¿Qué quiere decir? ¿Dentro de la empalizada?

—O en cualquier otra parte —repuso él.

—¿Y qué habría ocurrido entonces?

—Sabe Dios —respondió él—. ¿Qué habría ocurrido si el mundo no se hubiera hecho en sólo siete días? Ése es más o menos el tiempo transcurrido desde que nos conocemos usted y yo. Todo comenzó cuando yo acudí a usted en plena noche, como un ladrón escudado por la noche misma. ¿Dónde demonios habré oído tal cosa? Además, ese hombre con el que está usted casada piensa que sigo siendo un simple ladronzuelo.

—A usted debería serle más que suficiente que yo jamás haya cometido un error a la hora de precisar quién es usted, y que haya acudido a usted menos de veinticuatro horas después de que usted me abandonara presa de mi propio pesar. No finja que no me oyó llamarle. Sí, sin duda me oyó llamarle. Me oyó todo el barco, pues lo llamé sin el menor asomo de vergüenza.

—Así es, ha venido usted. Pero ¿ha venido de veras? —dijo Lingard con un punto de violencia—. ¡No doy crédito a mis ojos! ¿Es cierto que está usted aquí?

—Por fortuna, estamos a oscuras —dijo la señora Travers—. De todos modos, ¿cómo puede caberle duda alguna? —añadió con toda intención.

Él hizo un repentino movimiento hacia ella, con el cual delató tanta pasión que a la señora Travers la asaltó un pensamiento: «Esta vez no saldré con vida». A pesar de ello, se lo encontró inmóvil ante sí, como si no hubiera movido un solo músculo. Fue de nuevo como si la tierra hubiera sufrido un súbito corrimiento bajo sus pies, pero sin ser capaz de dar al traste con el equilibrio del hombre. Sin embargo, bajo los pies de la señora Travers la tierra no se movió, y durante un instante se sintió abrumada por la maravilla no ante esta prueba del dominio recobrado sobre sí misma, sino ante el inmenso poder que sobre sí tenía el hombre. De no haber sido por el extraño agotamiento interior que la embargaba, tal vez se hubiera rendido a ese poder. Sin embargo, le pareció que no había en ella nada digno de la rendición, de modo que habló en un tono perfectamente equilibrado.

—Deme su brazo, Capitán Lingard. No podemos pasarnos la noche entera en este lugar.

Mientras avanzaban, pensó: «Hay una auténtica grandeza en este hombre». Su grandeza era patente incluso en su conducta. Nada de disculpas, nada de explicaciones, nada de humillaciones; nada de violencia, y ni siquiera el más leve temblor en esa osamenta que albergaba un alma tan valerosa como perpleja. Lo supo ella con certeza porque aún reposaban sus dedos levemente sobre el brazo de Lingard mientras caminaba despacio a su lado, como si él la llevase a la mesa donde habían de cenar. Con eso y con todo, ni por un momento pudo suponer que, al igual que ella misma, él estaba desprovisto de toda emoción. Hasta ese instante, nunca había pensado ella en él como en una fuerza realmente peligrosa. «Realmente es un hombre despiadado», pensó. Acababan de dejar atrás la sombra de la defensa interior más próxima al portón cuando una voz ligeramente áspera, como si pidiera disculpas, se dejó oír a sus espaldas. Repetía algo insistentemente, algo que a la señora Travers le pareció una suerte de fórmula.

—Queda esto. Queda esto. Queda esto —decía. Los dos se volvieron a la vez.

—Oh, mi pañoleta —comentó la señora Travers.

Un joven de corta estatura, robusto, de cara ancha, que por toda vestimenta llevaba un calzón blanco, le ofrecía la tela con ambas manos extendidas, como si los brazos fueran estacas, sujetándola respetuosamente y tan lejos de su persona como le era posible. Lingard la tomó de sus manos y la señora Travers la reclamó de inmediato.

—No nos olvidemos del debido recato —dijo—. También es el velo con que he de cubrirme el rostro.

Ya se lo estaba colocando sobre la cabeza cuando Lingard le dijo:

—No es necesario. Voy a llevarla junto a esos caballeros.

—De todos modos, prefiero ponérmela —dijo la señora Travers—. Esta prenda cumple dos funciones: una es cuestión de recato, la otra es simple precaución. Hasta que tenga ocasión de mirarme en un espejo, nada me convencerá de que no haya cambiado algo en mi cara.

Lingard se dio media vuelta y la miró. Protegida por el velo, ella le dio la cara con osadía.

—Dígame, Capitán Lingard. ¿Cuántos ojos nos veían hace tan sólo unos momentos?

—¿De veras le importa? —dijo Lingard.

—Ni lo más mínimo —repuso ella—. Un millón de estrellas nos estaban viendo; así pues, ¿qué más dará? No pertenecen al mundo que yo conozco, y lo mismo sucede con los ojos. No son del mundo en que yo vivo.

«Nadie lo es», pensó Lingard. Nunca se le había antojado ella más inabordable, más diferente, más remota. El resplandor de unas cuantas fogatas iluminaba tan sólo el terreno, silueteando el negro bulto de los hombres tumbados a barlovento de la fina estela del humo. Sólo una de las fogatas, un tanto apartada y encendida ante la casa en la que se alojaban los prisioneros, ardía con cierta fiereza aun cuando no fuera demasiado grande. No llegaba a penetrar la luz en el espacio oscuro, entre los pilotes y la profundidad de la veranda, allá encima, donde sólo se veían a duras penas dos cabezas y el relumbre de una lanza con la que jugueteaba la luz cambiante. Abajo, sobre el terreno, la negra silueta de un hombre sentado en un banco parecía un intenso bajorrelieve. Otra densa sombra negra arrojó un puñado de astillas al fuego y se alejó. El hombre del banco se puso en pie. Era D'Alcacer. Dejó que Lingard y la señora Travers se le acercaran lo suficiente. Parecía haber enmudecido a resultas de una tremenda sorpresa.

—No esperaba usted... —comenzó a decir la señora Travers, azorada ante su mutismo recalcitrante.

—No daba crédito a mis ojos —logró balbucear D'Alcacer, quien también parecía azorado. Acto seguido recuperó el aplomo y confesó—: En estos momentos ni siquiera pensaba en usted, señora Travers. —Se pasó el dorso de la mano por la frente—. Prácticamente ni siquiera sé en qué estaba pensando.

A la luz de una llamarada, la señora Travers vio la cara de D'Alcacer. No sonreía. Ella no recordó haberlo visto nunca tan serio y, por así decir, tan distante. Abandonó el brazo de Lingard y se acercó al fuego.

—Me imagino que estaba usted muy lejos, señor D'Alcacer.

—Ésta es la clase de libertad de la que nada puede privarnos —observó él, escrutando con afán el modo en que llevaba ella la pañoleta sobre la cara—. Es posible que estuviera muy lejos —siguió diciendo—, pero le puedo asegurar que no sé dónde estaba. Hace menos de una hora que tuvimos aquí un alboroto debido a unas bengalas, pero no compartí yo la excitación. No había nadie a quien pudiera hacer una simple pregunta. El capitán, tengo entendido, estaba ajetreado en una tensa

conversación con el rey o el caudillo de este lugar, lo que fuere.

Se dirigió a Lingard.

—¿Me permite preguntarle si han llegado ustedes a alguna conclusión? Tengo la impresión de que ese moro es una persona sumamente lenta.

—A cualquier ataque directo, como es natural, plantará resistencia —dijo Lingard—. Por eso mismo, hasta el momento están ustedes protegidos. Sin embargo, debo reconocer que está bastante enojado conmigo. Está harto de todo este asunto. Es antes que nada un hombre de paz. Pero todavía no he terminado mis conversaciones con él.

—Por lo que alcanzo a entender a tenor de lo que me comentó usted antes —dijo el señor D'Alcacer con una mirada de reojo a la señora Travers, a sus ojos descubiertos y atentos—, por lo que alcanzo a ver, podría conseguir al punto toda la paz que desea si nos condujera a los dos, me refiero al señor Travers y a mí, hasta ese portón en donde nos esperan las lanzas de esos vándalos encolerizados. Y algunos de sus consejeros le han indicado que haga eso mismo antes incluso de que amanezca, según me ha parecido entender.

Lingard permaneció perfectamente inmóvil.

—De eso se trata —dijo sin el menor asomo de emoción, y se marchó con una recia zancada, sin volverse a mirar a D'Alcacer y a la señora Travers, que al cabo de un instante se miraron cara a cara.

—¿Ha oído usted? —dijo D'Alcacer—. Claro está que eso no afecta a su destino de ninguna manera; en cuanto a él, tiene demasiado prestigio para que nadie pretenda matarlo a la ligera. Cuando todo esto haya terminado, saldrá usted triunfante de la empalizada, seguro que cogida de su brazo. En todo esto no hay nada que afecte a su grandeza, su valor absoluto a los ojos de todas esas gentes y a ojos de muchas otras personas. —D'Alcacer apartó la mirada de la señora Travers, y nada más terminar de hablar se afanó en alejar un poco el banco de la fogata. Cuando tomaron asiento, se mantuvo a distancia de la señora Travers. Ella no dio muestras de retirarse el velo de la cara, y sus ojos, aislados entre la tela, a él le parecieron extraños, desconocidos, inquietantes.

—Ésa es la situación resumida al máximo —dijo ella—. Lo ha dispuesto usted de maravilla, incluida mi salida triunfal de la empalizada. Bien, ¿y luego? No, no es preciso que me responda, no tiene ningún interés. Le aseguro que si he venido no ha sido con la menor intención de salir triunfante, como dice usted. Si he venido, por decirlo de la manera más vulgar que se me ocurre, ha sido con el ánimo de salvarle a usted su pellejo... y de salvar el mío.

A oídos de D'Alcacer llegó su voz embozada y cambiada incluso en su entonación. Bajo la pañoleta blanca y recamada, a la luz de la hoguera, sus ojos lo traspasaron, negros y tan firmes que ni siquiera se movían las chispas rojizas del resplandor reflejado en ellos. Él disimuló la fuerte impresión que le causaron. Agachó un poco la cabeza.

—Creo que sabe usted perfectamente lo que hace.

—¡No! ¡No lo sé, ni mucho menos! —respondió ella con mayor prontitud que nunca—. En primer lugar, no creo que él esté tan a salvo como usted supone. Desde luego, tiene prestigio más que suficiente. Eso no lo pongo en duda. Sin embargo, adjudica usted la vida y la muerte con demasiada confianza...

—Sé cuál es la parte que me toca —murmuró D'Alcacer con dulzura.

Se hizo un instante de silencio en el que los ojos de la señora Travers terminaron por intimidar a D'Alcacer, el cual apartó la mirada. Las llamas de la fogata habían bajado en intensidad. En la oscura aglomeración de las edificaciones había cierta animación, un continuo movimiento de gente, voces que llamaban y respondían, el ir y venir de las luces que de pronto iluminaban un robusto pilote, la esquina de una de las casas, el alero de un tejado bajo, mientras que en el claro dormían los hombres armados junto a las fogatas a punto de extinguirse.

—Ese Jörgenson —dijo la señora Travers de repente— no es nuestro amigo.

—Es muy posible.

Con las manos sujetas a ambas rodillas, D'Alcacer había asentido en voz muy baja. Sin que nadie la observase, la señora Travers se llevó las manos al pecho y percibió el perfil del anillo, grueso, pesado, lastrado por la poderosa esmeralda. Allí seguía, en secreto, colgado encima de su corazón, enigmático. ¿Qué sentido tendría? ¿Qué podía significar? ¿Qué sentimientos podía despertar, qué acciones era capaz de provocar? Compungida, pensó que debiera habérselo entregado a Lingard de inmediato, sin pensar, sin titubear. «¡Tenga usted! ¡A esto he venido! A dárselo». Sí, pero es que se produjo un intervalo en el que no fue capaz de pensar en nada, y desde entonces, por desgracia, había tenido tiempo de reflexionar, tiempo de recordar la mirada hostil y despectiva de Jörgenson, que la envolvió de la cabeza a los pies al rayar el alba, después de una noche de soledad y de angustia. Y ahora, mientras permanecía sentada, velada, ajena a su mirada afanosa, se encontraba junto a otro hombre, D'Alcacer, empeñado en profetizar. Desde luego: triunfante. Ya sabía ella de qué se trataba. A la señora Travers le dio miedo el anillo. Se sintió dispuesta a arrancárselo del cuello y arrojarlo a las sombras.

—No me parece de confianza —dijo.

—¿De veras? —comentó D'Alcacer en voz baja.

—Me refiero a Jörgenson. Parece un ser despiadado.

—Es indiferente a todo —dijo D'Alcacer.

—Tal vez tan sólo sea una máscara.

—¿Tiene usted alguna prueba, señora Travers?

—No —dijo la señora Travers sin vacilar—. Pero me fío de mi instinto.

D'Alcacer permaneció un rato en silencio, como si tratara de seguir otra línea de pensamiento muy distinta, y habló al cabo en tono amable, casi lúdico.

—Si yo fuera mujer —dijo volviéndose hacia la señora Travers—, siempre me fiaría de mi intuición.

—Si fuera usted mujer, señor D'Alcacer, yo no le hablaría de este modo, porque

en tal caso le parecería sospechosa.

La idea de que tal vez muy pronto ya no fuese hombre ni mujer, sino tan sólo un bulto de arcilla fría, atravesó la mente de D'Alcacer, una mente muy viva, alerta, remisa a dejarse sojuzgar por el peligro. Había acogido con los brazos abiertos la llegada de la señora Travers lisa y llanamente porque se encontraba muy solo dentro de la empalizada, ya que el señor Travers había caído en una fase de malhumor complicada por algunos ataques de temblores. A Lingard prácticamente no lo vio D'Alcacer desde que tocaron tierra, pues el Hombre del Destino se hallaba sumamente ajetreado con las conversaciones frente a Belarab, en algún recóndito rincón de la choza principal del recinto; la idea de que su propia vida fuera asunto de arduas negociaciones no resultaba plato de gusto para el señor D'Alcacer. Los gregarios del Jefe, y los hombres armados que guarnecían la empalizada, en apariencia le prestaron nula atención, lo cual dio a su cautiverio la impresión de ser algo tan perfecto como carente de esperanza. A lo largo de la tarde, mientras caminaba de un extremo a otro a la corta sombra que proyectaba aquella suerte de choza enaltecida dentro de la cual se estremecía el señor Travers, abandonado a su malhumor y su misantropía, fue consciente de que las verandas más alejadas se iban llenando de vez en cuando con la presencia de mujeres embozadas del hogar de Belarab, todas las cuales se asomaban a mirar sin tapujos, con curiosidad, al hombre blanco. Todo esto le fastidiaba una enormidad. Descubrió que se le hacía sumamente difícil seguir adelante con su vida amenazada. En efecto, acogió con los brazos abiertos la llegada de la señora Travers, quien trajo consigo un tinte de tragedia al lúgubre vacío en que se hallaba.

—La suspicacia no es parte de mi naturaleza, señora Travers. Se lo aseguro, y confío en que usted, por su parte, no abrigue suspicacias ni de mi reserva ni de mi franqueza. Tengo un enorme respeto por la misteriosa naturaleza de su convicción, pero ¿no le ha otorgado Jörgenson ocasión de...?

—Jörgenson me aborrece —dijo la señora Travers, y frunció el ceño al percibir la sonrisa incipiente de D'Alcacer—. Sé muy bien que no me llamo a engaño. Lo peor es que no me aborrece por ser quien soy. Creo que siente una completa indiferencia por mi existencia. Jörgenson me aborrece porque, por así decir, yo les represento a ustedes dos, que son quienes están en peligro, ya que son ustedes dos quienes se hallan en un gravísimo aprieto, mientras que yo... ¡En fin!

—Sí, desde luego. Eso es muy cierto —dijo presuroso D'Alcacer—. Sin embargo, Jörgenson se confunde al hacer de usted el chivo expiatorio. Y es que si no estuviera usted aquí, la frialdad de la razón se apoderaría sin duda de la situación y obligaría a Lingard a hacer un alto en sus apasionados discursos, a poner fin a su apasionado empeño por hacer un rey de un simple exiliado. Si fuésemos asesinados, no cabe duda de que la noticia causaría cierta agitación en el mundo, al menos a su debido tiempo, y él se vería bajo la sospecha de haber sido cómplice en connivencia con esos moros salvajes e inhumanos. ¿Quién tendría en ninguna estima la grandeza de sus

sueños, el compromiso de su honor, sus sentimientos caballerescos? No, nada lo salvaría de esa sospecha. Y siendo quien es, entiéndame, señora Travers, aunque sé muy bien que usted lo conoce mucho mejor que yo, todo eso acabaría moralmente con su vida.

—¡Cielos! —susurró la señora Travers—. Nunca se me había ocurrido tal cosa. —Sus palabras parecieron perderse en los pliegues de su pañoleta sin alcanzar a D’Alcacer, quien siguió su perorata en tono amable:

—De todos modos, tal como están las cosas, él estará a salvo sin que importe lo que pueda pasar. Contará con el testimonio que pueda prestar usted para limpiar su buen nombre.

La señora Travers se puso en pie de repente, aunque con el cuidado de mantener su rostro bien cubierto, de modo que se echó los flecos de la pañoleta por encima del hombro.

—Me da miedo ese Jörgenson —exclamó con vehemencia mal contenida—. Es imposible entender qué se propone ese hombre. Lo considero tan peligroso que si, por ejemplo, nos hubiera confiado un mensaje concerniente a esta situación, yo... yo lo suprimiría.

D’Alcacer la miraba desde su asiento en actitud de completo asombro. La señora Travers apeló a él con voz más sosegada entre los pliegues de la pañoleta.

—Dígame, D’Alcacer. Usted, que lo puede considerar con el debido reposo, ¿no cree que obraría yo como debo?

—¿Por qué lo dice? ¿Le ha dicho Jörgenson algo?

—Directamente no, salvo una frase o dos que en realidad no llegué a entender. Diríase que encierran un sentido oculto, aparte de que él pareció darles una misteriosa importancia que no osó explicarme.

—Ha sido arriesgado por su parte —exclamó D’Alcacer—. Y ha confiado en usted. ¡Me pregunto por qué precisamente en usted!

—¿Quién sabe qué es lo que se le pasa por la cabeza? Señor D’Alcacer, creo firmemente que su único objetivo es alejar de nosotros al Capitán Lingard. Lo entendí con claridad hace pocos minutos. Acabo de entenderlo, sí. Todo lo que desea es que se marche, que no siga a nuestro lado.

—Que no siga a nuestro lado —repitió D’Alcacer un tanto pasmado por lo fogoso de su convicción—. Desde luego, deseo tan poco como usted que él nos abandone; con franqueza, no creo que esté en manos de Jörgenson obligarle a tal cosa. Sin embargo, y en conjunto, si piensa usted que Jörgenson goza de ese poder, yo... Sí, si estuviera en su lugar creo que acallaría todo lo que no pudiera entender.

La señora Travers le escuchó hasta terminar. Sus ojos —a D’Alcacer se le antojaron increíblemente sombríos— parecieron contemplar la caída de cada una de sus muy sopesadas palabras, y cuando hubo terminado permanecieron quietos durante un tiempo aún prolongado. Se apartó entonces con un gesto que pareció decir: «Así sea».

D'Alcacer elevó el tono de voz.

—¡Quédese! No olvide usted que no sólo la cabeza de su esposo, sino también la mía, son las que se disputan en este juego. Lo que yo opine no...

Ella se detuvo un instante y soltó la lengua. En la honda quietud del recinto, su voz clara hizo que las sombras de las fogatas más cercanas se agitasen entre bajos murmullos de sorpresa.

—Ah sí. Recuerdo muy bien qué cabezas son las que debo salvar —exclamó—. En cambio, ¿quién hay aquí capaz de salvar a ese hombre de sí mismo?

5

D'Alcacer volvió a sentarse en el banco. «Me pregunto qué sabrá ella —se dijo—, me pregunto qué he hecho yo». También se preguntó hasta qué extremo había hablado con sinceridad, y hasta qué punto se hallaba afectado por una muy natural y comprensible aversión a verse asesinado de un modo siniestro por aquellos moros feroces, en circunstancias de absoluta barbarie. Habría de ser una muerte muy despojada si le sobreviniera a uno de improviso. Sería algo desprovisto de toda ilusión, de toda ayuda, tales como pueden ser el libre albedrío del suicida, el heroísmo del guerrero o la exaltación de un mártir. «¿No sería mejor que opusiera resistencia?», debatió consigo mismo. Se vio en el acto de precipitarse contra las lanzas enemigas sin el menor entusiasmo. ¿No sería mejor incluso si afrontara su condenación (en algún lugar, fuera de la empalizada, en la orilla de esa playa horrible) con toda la calma de que pudiera hacer acopio, con toda su dignidad? «¡Bah! Lo más probable es que me atravesara una lanza por la espalda, del modo más bestial que sea posible», pensó con un estremecimiento que apenas se le notó. No fue, desde luego, un estremecimiento causado por el miedo, ya que el señor D'Alcacer no tenía la vida en muy alta estima. Fue si acaso un espasmo de disgusto, ya que el señor D'Alcacer era un hombre civilizado, y aun cuando no albergase ilusión alguna en torno a la civilización no podía sino admitir por fuerza la superioridad de sus métodos. La civilización proporcionaba a cualquiera cierto refinamiento formal, una elemental elegancia en el proceder, una inexcusable salvaguardia frente a toda sorpresa mortal. «Qué baladí es todo esto», pensó por último. Acto seguido pensó que las mujeres disponían de infinidad de recursos. En términos estrictos, siguió meditando con un punto de cinismo un tanto insólito, era muy cierto que sólo disponían de un único recurso, pero en términos generales les servía, vaya si les servía.

Le sorprendió la inapelable, suprema, desvergonzada amargura que lo embargaba en tales momentos. Era algo indeseado. La situación resultaba demasiado compleja como para encomendarla a una esperanza cínica o desvergonzada. No había nada en

qué confiar. En ese momento de su meditación se percató de que se acercaba Lingard. Alzó la cabeza con demasiada ansiedad. D'Alcacer no era del todo indiferente a su destino, ni siquiera al destino del señor Travers. De buen grado querría saber... Pero le bastó con una sola mirada al rostro de Lingard. «De nada valdría preguntárselo — se dijo—, pues ahora mismo no le importa lo que se dice nada».

Lingard se sentó con pesadez al otro extremo del banco; D'Alcacer, mirándolo de perfil, tuvo que reconocer que era el suyo el rostro de mayor apostura masculina que había visto en toda su vida. Era una cara también expresiva, aunque la expresión que ostentaba se encontrase más allá de la experiencia acumulada por D'Alcacer. Al mismo tiempo, su impassibilidad creaba una barrera insuperable para toda curiosidad común, para todo temor corriente. No, ningún sentido tendría el preguntarle nada. No obstante, algo había que decir para deshacer el encantamiento, para convocar de nuevo a ese hombre sobre la tierra. Sin embargo, fue Lingard quien habló el primero.

—¿Adónde ha ido la señora Travers?

—Se ha ido... adonde con toda naturalidad más deseos tendría de ir desde que se las ingenió para llegar hasta nosotros —respondió D'Alcacer, midiendo su respuesta con el mayor respeto por la delicadeza de la situación.

La quietud de Lingard pareció acrecentarse, hacerse más imponente. Volvió a tomar la palabra.

—Me pregunto qué tendrán que decirse esos dos.

Igual podría haberle hecho esa misma pregunta a toda la mitad del planeta que estaba a oscuras, pero fue D'Alcacer quien le respondió con toda cortesía.

—¿Le sorprendería mucho, Capitán Lingard, si le dijera que esas dos personas están en perfectas condiciones de entenderse mutuamente y a carta cabal? ¿Sí? ¡En efecto, le sorprende! Bien, pues le aseguro que a siete mil millas de este lugar a nadie le extrañaría tal cosa.

—Creo que le entiendo —dijo Lingard—, pero ¿no se ha dado cuenta usted de que a ese hombre se le ha reblandecido la sesera? En estas condiciones, es como si el hombre se hubiera vuelto loco.

—En efecto, desde las siete de la tarde está un tanto delirante —dijo D'Alcacer—. De todos modos, Capitán Lingard, créame —prosiguió, obedeciendo un impulso perfectamente desinteresado— si le digo que su delirio a ella le resulta mucho más comprensible, que no en vano está mucho más capacitada que nadie para comprenderlo... en cien millas a la redonda.

—¡Ah! —dijo Lingard sin emoción alguna—. De modo que a usted no le extraña. No cree que haya razón alguna para asombrarse.

—No, en modo alguno. Yo conozco bien...

—¿Qué es lo que usted conoce?

—A los hombres y a las mujeres, Capitán Lingard, cosa que usted...

—Yo no conozco a ninguna mujer.

—Ahora dice la verdad más estricta —comentó D'Alcacer, y por vez primera

Lingard volvió despacio la cabeza y miró a su vecino de banco.

—¿También piensa que es como si ella se hubiera vuelto loca? —preguntó Lingard con voz sobresaltada.

A D'Alcacer se le escapó una exclamación por lo bajo. No, desde luego que no lo pensaba. No dejaba de ser original suponer que los lunáticos compartiesen una especie de lógica común que los convertía en seres mutuamente comprensibles los unos para los otros. D'Alcacer trató de hablar con la mayor amabilidad:

—No, Capitán Lingard. Creo que la mujer de la que hablamos está ahora y estará siempre en plena posesión de sus facultades.

Recostándose, Lingard se aferró con ambas manos las rodillas. No pareció que escuchara; D'Alcacer, extrayendo una pitillera del bolsillo, pasó largo tiempo contemplando los tres cigarrillos que contenía. Era lo último que le quedaba de la provisión que llevaba encima cuando fue capturado. D'Alcacer se había impuesto un régimen riguroso. Sólo podría encender un cigarrillo en ocasiones especiales; ahora ya sólo le quedaban tres, y debía hacerlos durar hasta que terminase su vida. Los cigarrillos le tranquilizaban, le apaciguaban, le proporcionaban una actitud apetecible en semejante tesitura. ¡Y sólo quedaban tres! Era preciso reservar uno para la mañana, para encenderlo antes de franquear el portón de la condena, el portón de la empalizada de Belarab. ¿Sería ésta la ocasión idónea para prender uno de los dos restantes? D'Alcacer, un auténtico latino, no se arredraaba ante una pequeña introspección. En la pausa que se hizo en el diálogo descendió a las profundidades más insondables de su ser, y luego alzó la vista para contemplar el aire de la noche. Deportista, viajero, en múltiples ocasiones había contemplado las estrellas para apercibirse del paso del tiempo. Y ahora transcurría muy despacio. Sacó un cigarrillo, cerró la pitillera, se inclinó sobre las ascuas. Volvió a sentarse y exhaló una fina nube de humo. El hombre que seguía sentado a su lado, con la cabeza gacha y las manos aferradas a las rodillas, parecía la plasmación masculina de una meditación dolorida. Tales actitudes a veces se encuentran en las esculturas de los sepulcros antiguos.

—Es una mujer representativa —comenzó a decir D'Alcacer—, y a pesar de todo es una de esas mujeres que tan poco abundan en este mundo en una época determinada, sea cual sea. No es que resulten sumamente extraordinarias, sino que más bien existe poco sitio para ellas. Son los resplandores iridiscentes de una superficie dura y oscura. Y es que el mundo es duro, Capitán Lingard; es duro tanto por lo que recordará como por lo que ha de olvidar. Por tales mujeres se afanan las gentes sobre la tierra e incluso bajo el suelo; por ellas invocan los artistas de toda condición la musa que los inspire.

Fue como si Lingard no hubiera oído una sola palabra. Apoyaba el mentón sobre el pecho. D'Alcacer calculó la longitud restante de su cigarrillo y siguió hablando en tono ponderado, aunque traspasado por cierta tristeza innegable:

—No, no hay muchas como ella. Y sin embargo ellas lo son todo. Son ellas quienes nos decoran la vida. Son las figuras graciosas en la pared del tedio que nos

encierra por este lado de nuestra fosa común. Encabezan una suerte de danza ritual que la mayoría de nosotros hemos accedido a tomarnos en serio. Se trata de un acuerdo muy comprometedor, con el cual nada tienen que ver la sinceridad, la buena fe, el honor. Muy comprometedor. Ay de aquél o de aquella que lo rompa. En cuanto abandonan ese desfile se pierden de modo irremisible.

Lingard volvió bruscamente la cabeza y se encontró con que D'Alcacer lo miraba sumido en una actitud de profunda atención.

—Se pierden en un laberinto —continuó D'Alcacer en calma—. Yerran por ese laberinto lamentándose por sí mismos. Me estremecería sólo de pensar que ése ha de ser mi destino por algo que amé. ¿Sabe usted, Capitán Lingard, cómo termina la gente perdida en un laberinto? —siguió diciendo sin apartar la mirada de los ojos de Lingard—. ¿No? Pues yo se lo diré. Terminan por aborrecerse a sí mismos, terminan por morir sumidos en la desilusión, en la desesperanza.

Como si estuviera temeroso de la fuerza de sus palabras, D'Alcacer puso una mano en ademán apaciguador sobre el hombro de Lingard. Éste no dejó de mirar las ascuas de la hoguera, a sus pies, insensible al tacto de esa mano amiga. Con todo, D'Alcacer no logró imaginar que no hubiera llegado a oírle. Cruzó los brazos sobre el pecho.

—No sé por qué le he dicho todo esto —dijo a modo de excusa—. Espero no haberme entrometido en sus pensamientos.

—No estoy pensando en nada. No podría —afirmó Lingard inesperadamente—. Tan sólo sé que su voz era amistosa; por lo demás...

—De alguna manera es preciso sobrevivir a una noche como ésta —dijo D'Alcacer—. Hasta las propias estrellas parecen rezagarse en su curso. Suele darse por supuesto que un hombre que se ahoga tiene la irrefrenable tentación de revivir todo su pasado. Yo ahora me siento como si ya no hiciera pie, y todo lo que le haya podido decir es fruto de mi experiencia, del pasado. Estoy seguro de que sabrá perdonarme. En el fondo, se trata solamente de esto: que es muy natural que pidamos a gritos la luna, de acuerdo, aunque sería fatal que nuestros gritos llegaran a oírse. ¿Qué podríamos hacer cualquiera de nosotros con la luna si en efecto se nos diera? Le hablo tan sólo de nosotros, del común de los mortales.

No fue inmediatamente después de que D'Alcacer terminase de hablar, sino al cabo de unos instantes, cuando Lingard abrió las manos, se puso en pie y se marchó. D'Alcacer siguió con un vistazo interesado, pero con reposo, la marcha de la silueta de gran tamaño, sombría, hasta que se desvaneció camino de un inmenso árbol de la jungla que había quedado en medio del recinto cercado por la empalizada. Las sombras más densas de la noche se esparcían sobre el terreno de la fortificación de Belarab. Las propias ascuas de las hogueras se habían vuelto negras, dejando ver tan sólo, aquí y allá, algún rescoldo; las siluetas de los que dormían tumbados apenas se distinguían del propio terreno sobre el que descansaban, con los brazos pegados a los costados, sobre las esterillas. De pronto, la señora Travers se presentó al lado de

D'Alcacer, quien se puso en pie instantáneamente.

—Martin está dormido —dijo la señora Travers en un tono que parecía haber tomado en préstamo el misterio y la quietud de la noche.

—Todo el mundo está dormido —observó D'Alcacer en voz tan baja que la señora Travers a duras penas llegó a oír sus palabras—. Salvo usted y yo, y algún otro que me acaba de dejar aquí para vagar en la noche.

—¿Estaba con usted? ¿Adónde ha ido?

—Adonde más negras son las sombras, diría yo —respondió D'Alcacer casi en secreto—. Ningún sentido tiene que vaya en su busca. Si permanece inmóvil del todo y contiene la respiración, enseguida oírás sus pasos.

—¿Y qué le ha dicho él? —suspiró la señora Travers.

—No le pregunté nada. Tan sólo sé que ha ocurrido algo que lo ha privado de su capacidad de pensar... ¿No sería mejor que me fuera yo a la choza? Más vale que Don Martin tenga a alguien a su lado cuando despierte. —La señora Travers permaneció absolutamente quieta, y de cuando en cuando contuvo la respiración con un vago temor de oír esos pasos errando a oscuras. D'Alcacer había desaparecido. Ella de nuevo contuvo la respiración. No. Nada. Ni un ruido. Sólo la noche, que a sus ojos parecía haberse tornado más negra. ¿Fue aquello un paso? «¿Dónde podría esconderme?», se dijo. Pero no se movió.

*

Tras abandonar a D'Alcacer, Lingard se abrió camino entre los restos de las fogatas hasta hallarse bajo el árbol majestuoso, el mismo en cuyo tronco estaba apoyado Daman el día de las grandes conversaciones, cuando los prisioneros blancos fueron entregados a la custodia de Lingard bajo condiciones muy concretas. Lingard atravesó la honda oscuridad debida a las ramas del árbol, el único testigo que seguía en pie desde un pasado muy remoto, que durante una inagotable eternidad no había visto ser humano alguno en aquella costa defendida por los Bajíos, en torno a la laguna apantallada por la selva. En la calma de la noche, el antiquísimo gigante, sin estremecimiento ni murmullo alguno en sus ramas enormes, vio al hombre inquieto caminar bajo su negra sombra y salir a la luz de las estrellas.

En aquella parte alejada del recinto tan sólo estaban apostados unos cuantos centinelas que, invisibles, vieron la figura blanca de Lingard pasear de un lado a otro sin sosiego. Sabían muy bien quién era. Era el gran hombre blanco. Un hombre de enorme grandeza. Un hombre muy rico. Dueño de abundantes armas de fuego, era capaz de hacer regalos muy valiosos y de asestar golpes mortíferos; era amigo de su Caudillo, enemigo de sus enemigos, conocido para todos ellos desde años atrás, siempre misterioso. En sus puestos de guardia, aplastados contra los postes de la empalizada, cerca de las aspilleras más oportunas, miraban hacia atrás y cambiaban unos con otros breves susurros.

Lingard bien podría haber supuesto que estaba a solas. Había perdido todo contacto con el mundo. Lo que había dicho a D'Alcacer era perfectamente cierto. Se encontraba sin la menor posibilidad de pensar. Se hallaba en el estado de un hombre que, tras haber atisbado el interior por las puertas abiertas del Paraíso, se queda insensibilizado por esa momentánea visión y deja de percibir las formas y las materias que lo rodean en la Tierra; en el extremo de tal emoción, cesa incluso de considerarse a sí mismo si no es como sujeto de una experiencia sublime que lo exalta o lo deja maltrecho, lo santifica o lo condena: no habría sabido precisarlo. Cada pensamiento ensombrecido, cada pasajera sensación eran como una vil injerencia en ese recuerdo supremo. No podía soportarlos.

Cuando trató de reanudar sus conversaciones con Belarab después de la llegada de la señora Travers, descubrió que era incapaz de seguir adelante. Dispuso del suficiente dominio de sí mismo para aplazar la discusión en términos corteses. Apuntó a lo avanzado de la hora, una de las excusas más pasmosas que pudo idear para personas ante las cuales el tiempo ningún valor tiene, personas cuyas vidas y actividades no las gobiernan los relojes. Ciertamente, Lingard a duras penas se dio cuenta de lo que decía, de lo que hacía, cuando dejó a todos asombrados por su cambio de aspecto y de comportamiento. Un silencio cargado de suspicacias reinó durante mucho tiempo en la gran sala de audiencias de Belarab, hasta que el Jefe despidió a los presentes con dos palabras reposadas y un levísimo gesto.

*

Con la barbilla apoyada en la mano, en la pose de una sibila que tratase de adivinar el futuro escrutando los rescoldos ya casi apagados, la señora Travers, sin contener la respiración, oyó muy cerca de sí los pasos que llevaba un buen rato esperando con una mezcla de alarma, remordimiento y esperanza.

No cambió de actitud. El rojizo resplandor, casi apagado, iluminaba tenuemente su rostro, la mano blanca que pendía olvidada a su lado, los pies, las sandalias. La perturbación de los pasos se detuvo junto a ella.

—¿Dónde ha estado durante todo este tiempo? —preguntó sin volverse a mirar.

—No lo sé —contestó Lingard. Y dijo toda la verdad. No lo sabía. Desde que dejó partir de sus brazos a esa mujer, por él tan sólo habían pasado vaguísimas apreciaciones. Los sucesos, los imperativos, las cosas... Había perdido contacto con todo ello, estaba todo fuera de su alcance. Y le daba igual. Todo era fútil, impotente; con ninguna cosa le quedaba un ápice de paciencia. Belarab, ofendido y asombrado; D'Alcacer, con su gesto de amistad y su voz amable; los hombres adormecidos, los aún despiertos; el Asentamiento repleto de inquietas señales de vida, los Bajíos incansables de la costa, los médanos, todo ello se había alejado de él, sorbido por una inmensidad repleta de un desprecio compasivo. Tal vez existiera. Tal vez todo eso le aguardase. Bien: en tal caso, que aguardase; que todo quedara a la espera, hasta la

mañana siguiente o hasta el fin de los tiempos, que ahora podía sobrevenir en el momento menos pensado, al menos por lo que a él le incumbía. Que esperase al menos hasta la mañana siguiente.

—Tan sólo sé —siguió diciendo con un énfasis tal que, ahora sí, la señora Travers levantó la cabeza— que allí adonde vaya la llevaré conmigo, la llevaré estrechada contra mi pecho.

El afinado oído de la señora Travers captó el tono entreverado de exultación contenida y de temor agazapado, el ardor, el titubeo de esas palabras. Todavía sentía con tal intensidad la verdad física que subyacía en su raíz que no pudo evitar el contestarle con un susurro ensoñador:

—¿Es que pretendía aplastarme hasta darme por muerta?

Él respondió en idéntico tono:

—Nunca podría haberlo hecho. Es usted demasiado fuerte. ¿Fui demasiado rudo? No fue ésa mi intención. A menudo se me ha dicho que desconozco mis propias fuerzas. No me pareció usted capaz de atravesar el portillo, por eso la tomé en mis brazos. Y en mis brazos me la encontré como si tal cosa. Entonces me dije: «Me voy a cerciorar».

Hizo una pausa tal como si estuviera sin resuello. La señora Travers no se atrevió a esbozar el más leve movimiento. Todavía en la actitud de quien sigue en busca de una verdad oculta, murmuró:

—¿Cerciorarse?

—Sí. Y ahora estoy seguro. Está usted aquí, ¡aquí! Hasta ahora, no lo sabía a ciencia cierta.

—Ah, no lo sabía usted —dijo ella.

—No.

—Así que estaba en busca de la realidad.

—Y ahora lo sé con certeza —reiteró él como si hablase a solas.

El pie de ella, calzado con la sandalia y sonrosado al resplandor de las ascuas, acusó el calorillo que despedían. La tibieza de la noche había envuelto su cuerpo; todavía bajo la impresión de su fuerza, se entregó ella a un momentáneo sentimiento de quietud que la invadió con la misma suavidad que tenía el aire de la noche penetrado por la débil claridad de las estrellas. «Es la suya un alma límpida», se dijo.

—Sabe usted que siempre he creído en su persona —comenzó él a decir—. Sabe que así ha sido. Bien. Nunca he creído tanto en usted como ahora, al verla sentada tal como está, sin apenas luz suficiente para verla del todo.

A ella se le ocurrió que jamás había oído una voz que le gustara tanto... con una sola excepción, aunque aquélla fue la voz de un gran actor. En cambio, en ese hombre no había otra cosa que su propio ser. Convencía, conmovía, perturbaba, apaciguaba con su verdad inherente. Había querido cerciorarse y, al parecer, se había asegurado; demasiado fatigada para resistirse al capricho de sus propios pensamientos, la señora Travers reflexionó con un punto de superficialidad y llegó a la conclusión de que, al

parecer, no había quedado él decepcionado. «Cree en mí», se dijo. Qué palabras tan asombrosas. De todas las personas que podrían haber creído en ella, tuvo que encontrar a ésa precisamente allí. «¡Cree en mí más que en sí mismo!», se dijo. Una ráfaga de súbito remordimiento la arrancó de su quietud y la llevó a exclamar:

—Capitán Lingard, olvidamos cómo nos hemos conocido; olvidamos qué es lo que está ocurriendo. No debemos dejarnos arrastrar por esa tentación. No diré yo que emplaza usted su creencia en mal lugar, pero hay algo que debo confesarle. Debo decirle cómo vine hasta aquí esta noche. Jörgenson...

Él la interrumpió por la fuerza, pero sin alzar siquiera la voz.

—Jörgenson. ¿Quién es Jörgenson? Usted vino a mí porque no pudo evitarlo.

Esta intervención a ella la dejó sin habla.

—Pero es que debo decírselo. En el mero hecho de que yo haya venido hay algo que ni siquiera yo misma tengo claro del todo.

—No puede usted decirme nada que yo no sepa —dijo él en tono de súplica—. No diga nada. Siga sentada, no se mueva. Hay tiempo de sobra hasta mañana. ¡Mañana! La noche ya toca a su fin, y a mí no me importa nada en el mundo, nada que no sea usted. Déjelo estar. Permítame gozar del descanso que usted representa.

Nunca había oído ella semejante acento en labios de él, y de hecho sintió por él una gran compasión, auténtica ternura. ¿Por qué no seguirle la corriente del modo que él deseaba, aunque sólo fuera para preservar esos momentos que él jamás volvería a gozar? Ella titubeó en silencio. Lo vio agitarse a oscuras, como si no supiera si sentarse a su lado, en el mismo banco, o seguir parado junto a ella. Pero de pronto aventó los rescoldos con la bota y se hincó de rodillas en el suelo, junto a sus pies, y a ella no le asombró en modo alguno sentir el peso de su cabeza sobre su regazo. La señora Travers no se sobresaltó, pero sí que sintió una profunda conmoción. ¿Por qué iba a atormentarlo con todas sus preguntas sobre la libertad y el cautiverio, sobre la violencia y la intriga, sobre la vida y la muerte? Él no se encontraba en situación de que nadie le dijera nada, y a ella le pareció que tampoco ella deseaba hablar, que en la grandeza de su compasión no podía tomar la palabra. Todo lo que en esos instantes pudo hacer por él fue apoyar levemente la mano sobre su cabeza y responder en silencio al imperceptible movimiento que sintió, suspiro o sollozo, un movimiento que de pronto la inmovilizó y la atenazó en una emoción ansiosa.

*

Más o menos al mismo tiempo, en la otra orilla de la laguna, Jörgenson alzó la mirada, se fijó en las estrellas y se dijo que ya no faltaba mucho para que amaneciera. Tenía ganas de que se hiciera la luz del día. Confiaba a la vez en que Lingard ya hubiera hecho algo. La hoguera del recinto de Tengga se había vuelto a encender. El poder de Tom no tenía límites, era prácticamente ilimitado. Y él era invulnerable.

Jörgenson dejó vagar sus ancianos ojos entre las luces y las sombras de la gran

lámina de agua que lo separaba de aquella orilla hostil, y se imaginó que había detectado una sombra flotante, el perfil inconfundible de un hombre a bordo de una pequeña canoa.

—¡Eh! ¡Ah! ¡Hombre! —gritó a modo de saludo—. ¿Qué es lo que quieres? —Otros ojos habían detectado la misma sombra. Sordos murmullos se oyeron por la cubierta del *Emma*—. Habla de inmediato; de lo contrario, abrimos fuego —gritó Jörgenson con fiereza.

—No lo hagas, hombre blanco —respondió la sombra flotante con acento solemne—. Soy portador de palabras de amistad. Palabras de un jefe. Vengo de parte de Tengga.

—No hace mucho tiempo que se recibió un disparo a bordo... Y también era de parte de Tengga —dijo Jörgenson.

—Fue un accidente —protestó la voz a flor de agua, desde la laguna—. ¿Qué otra cosa podía ser? ¿Es que hay una guerra entre Tengga y vosotros? No, no, hombre blanco. Todo lo que Tengga desea es mantener una larga conversación. Me envía para pedirte que vengas a tierra.

Ante estas palabras, a Jörgenson le flaqueó el corazón. Esa invitación presuponía que Lingard no había hecho el menor movimiento. ¿Es que estaba dormido Tom, o es que estaba loco del todo?

—Es una conversación en son de paz —afirmó con nitidez la sombra que se había dejado llevar por la corriente hasta muy cerca del casco.

—No soy yo quien ha de hablar con los grandes jefes —replicó Jörgenson con cautela.

—Pero es que Tengga es amigo —arguyó el mensajero de la noche—. Y junto a esa fogata están reunidos otros amigos de ustedes: el Raja Hassim y la dama Immada, que les envían sus saludos y que confían en que puedan verlo a usted antes de que amanezca.

—Eso es mentira —comentó Jörgenson con toda contundencia, y se sumió en sus pensamientos mientras el sombrío portador de las noticias guardó un silencio escandalizado durante unos momentos. Era imposible saber qué estaba dispuesto a creer un hombre blanco. Había querido provocar la impresión de que Hassim e Immada eran los honorables invitados de Tengga. De pronto se le ocurrió que tal vez Jörgenson no tuviera noticias de la captura. E insistió.

—Mis palabras son todas verdad, Tuan. El Rajá de Wajo y su hermana están con mi señor. Los he dejado sentados junto al fuego, a la derecha de Tengga. ¿Quieres venir a la orilla para recibir la bienvenida de tus amigos?

Jörgenson llevaba un rato reflexionando a fondo. Su objetivo no era otro que ganar todo el tiempo que le fuera posible para que interviniera Lingard, cosa que sin duda tenía que producirse. Pero no tenía el más remoto deseo de confiarse a la amistad de Tengga. No era que le preocupase el riesgo; es que no veía qué sentido tendría el asumirlo.

—¡No! —dijo al fin—. No puedo ir a la orilla. Los blancos tenemos nuestra propia manera de hacer las cosas, y yo soy el jefe de este casco. Y mi jefe es el Rajá Laut, un hombre blanco como yo. Todas las palabras que cuentan son las que él diga, y si Tengga es tan gran jefe, que vaya a él y le proponga que hablen los dos. Sí, eso es lo que Tengga debe hacer si es tan gran jefe como dice.

—El Rajá Laut ha tomado su decisión. Reside con Belarab y con los blancos que están apiñados como cervatillos atrapados dentro de la empalizada de Belarab. Entretanto, ¿por qué no podrías tú acudir adonde todo está iluminado, abierto, adonde conviene hablar en plena amistad con los amigos de Tengga, cuyos corazones están contritos por tantas dudas? Te hablo del Rajá Hassim y la dama Immada y de Daman, el jefe de los hombres del mar, que ahora no saben en quién confiar a menos que seas tú, Tuan, el guardián de tanta riqueza.

El diplomático de la pequeña embarcación calló unos instantes para dar un peso adicional a su última argumentación.

—Riqueza que no tenéis medios de defender —dijo—. Sabemos muy bien cuántos hombres armados están con vosotros.

—Son grandes combatientes —observó Jörgenson sin aprensión alguna, apoyando con despreocupación los codos sobre la barandilla y contemplando la mancha negra flotante, de forma tan característica, de la que procedía la voz artera del enviado de Tengga—. Cada uno de ellos vale por diez de los hombres que podrías encontrar en el Asentamiento.

—Sí, por Alá. Incluso valen por veinte de los hombres normales. Sin duda tienes contigo lo suficiente para presentar un gran combate, pero no lo necesario para la victoria.

—Sólo Dios otorga la victoria —intervino de pronto la voz de Jaffir, quien muy pegado al costado de Jörgenson había escuchado toda la conversación.

—Muy cierto —fue la respuesta recibida en tono sumamente convencional—. ¿Vendrás a la orilla, hombre blanco, para ser el caudillo de los jefes?

—Eso ya lo he sido antes —dijo Jörgenson con gran dignidad—, y ahora tan sólo aspiro a disfrutar de la paz. Pero no pienso ir a la orilla si han de recibirme personas cuyos ánimos siguen tan encrespados, al menos hasta que el Rajá Hassim y su hermana regresen a bordo de este barco y me refieran todo lo que entienden por su nueva amistad con Tengga.

Se le encogía el corazón a cada instante, el aire mismo se espesaba debido a la sensación del desastre que se avecinaba en una noche que no era ni de paz ni de guerra, y cuya única voz era la del enviado de Tengga, que se insinuaba por su tono, aunque en el fondo amenazase con el contenido de sus palabras.

—No, eso no puede ser —dijo la voz—. Tuan, el mismísimo Tengga está dispuesto a subir a bordo para hablar contigo. Está listo para venir si es que es necesario, y dispone de medios, Tuan, para llegar aquí en poco tiempo.

—Ya lo creo. Con cincuenta canoas de guerra, todas ellas llenas de la escoria más

rabiosa de la Costa del Refugio —comentó Jaffir en plan sarcástico, acodado en la barandilla.

—Así podría ser —añadió en un murmullo siniestro el que seguía a flor de las negras aguas.

Jörgenson guardó silencio como si esperase una suprema inspiración, y de pronto habló con su voz de otro mundo:

—Di a Tengga de mi parte que mientras venga con el Rajá Hassim y con la hermana del Rajá, él y sus jefes serán recibidos a bordo, al margen de las embarcaciones que quieran traer consigo. Eso me da lo mismo. Ahora, puedes marchar.

Se hizo un profundo silencio. Quedó claro que el enviado había emprendido el regreso, resguardado por la sombra de la orilla. Jörgenson se volvió a Jaffir.

—Morir entre amigos no es más que un festejo —citó en un murmullo dirigido a sus bigotes.

—Ya lo creo que lo es, por Alá —asintió Jaffir con sombrío fervor.

6

Treinta y seis horas más tarde, a solas con Lingard en el camarote del bergantín, Carter casi percibió durante una pausa en su discurso la irrespirable paz de los médanos a la espera de una nueva puesta del sol.

—No contaba con verles vivos a ninguno de ustedes —comenzó a decir Carter con su tono de sosiego, aunque mucho menos despreocupado en su apostura que cuando estuvo al frente de toda responsabilidad en los Bajíos de la Costa del Refugio, tiempo durante el cual había madurado su visión del mundo exterior y del lugar que él ocupaba en el mismo.

—Claro que no —musitó Lingard.

La desgana de ese hombre, al que siempre había visto actuar bajo la presión de una pasión secreta, pareció perfectamente abrumadora al ser observada por los ojos y la juvenil energía de Carter. Desde el instante en que volvió a verse cara a cara con Lingard trató por todos los medios de disimular esa chocante impresión con una delicadeza que nada debía al aprendizaje, pues fue tan intuitiva como la de un niño.

Mientras justificaba ante Lingard su manera de afrontar la situación en la Costa del Refugio, ni siquiera por su vida pudo animarse a preguntarle qué era ese nuevo misterio. Su juventud también le hizo anhelar una palabra de elogio.

—Vamos, Capitán —sostuvo—. ¿Le habría gustado llegar aquí y encontrar nada más que dos pecios a medio quemar y varados en el arenal?

Aguardó un instante; presa de la compasión, apartó la mirada de aquellos ojos clavados en la nada, de aquel rostro de mejillas macilentas, hostigado, y de aquella

figura de una fuerza indomeñable que parecía desprovista de su fuego interior. «Ni siquiera me escucha», se dijo. Y alzó la voz sin alterar el tono de comedimiento:

—Estaba abajo ayer por la mañana cuando sentimos la conmoción, aunque el ruido que llegó hasta nosotros fue poco más que un rumor ensordecido. Di un salto hacia la toldilla, pero el oportuno de Shaw se plantó ante mí exclamando a voz en cuello: «¡Terremoto! ¡Un terremoto!», y que me aspen si no perdió el equilibrio y fue a darse de cabeza contra el pie de la escalera. Tuve que pararme y ayudarlo a erguirse de nuevo, pero aún con todo llegué a cubierta a tiempo de ver una descomunal nube negra, que parecía casi maciza, asomar por detrás de la jungla como un globo. Allí permaneció posada bastante tiempo. Algunos de nuestros marinos orientales me juraron que habían visto un destello rojo sobre las copas de los árboles, pero eso es difícil de creer. De inmediato supuse que algo había estallado en la orilla. Lo primero que pensé fue que ya no volvería a verlos a ustedes, de modo que tomé la resolución de averiguar cuanto antes la verdad que en todo momento usted me ha mantenido oculta. ¡No, señor! ¡No se confunda! No iba a ser yo quien los abandonara, ni vivos ni muertos.

Miró a Lingard con fijeza mientras decía estas palabras, y notó un primer síntoma de animación en ese rostro arrasado. Vio que incluso movía ligeramente los labios aunque no dijo ni palabra, y Carter de nuevo apartó la mirada.

—Tal vez hubiera sido mejor si me lo hubiera dicho todo, pero tan sólo me dejó usted por mi cuenta, para que fuese su hombre aquí. Puse manos a la obra y me ocupé del trabajo que a mi juicio era preciso hacer. Soy un marino. Había dos barcos de los que era preciso cuidar. Y aquí los tiene los dos, listos para zarpar o quedar fondeados, para luchar o huir, según decida usted. —Con la respiración contenida, observó el esfuerzo que hizo Lingard para pronunciar las dos deseadas palabras de elogio:

—¡Bien hecho!

—Y sigo siendo su hombre —añadió Carter impulsivamente, apresurándose a apartar una vez más la mirada de Lingard, a quien había visto intentar sonreírle sin lograrlo. Carter no supo qué hacer acto seguido, si quedarse en el camarote o dejar a solas a ese hombre fuerte, pero desprovisto de pronto de respaldo o apoyatura de cualquier especie. Con una timidez completamente ajena a su carácter, y que ni siquiera él acertó a entender, habló con un murmullo quedo y con cierto azoramiento, llevado por la simple asunción de su derecho a dar consejo:

—¿Por qué no se acuesta un rato, señor? Puedo ocuparme yo de todo lo que surja. Parece usted destrozado.

Estaba frente a Lingard, quien seguía en pie al otro lado de la mesa, levemente inclinado, apoyado sobre los brazos rígidos y mirándolo tal vez fijamente. Carter se sintió al borde de la desesperación. Las cosas no podían seguir así por mucho más tiempo. Le alivió ver que Lingard meneaba levemente la cabeza.

—No, señor Carter. Creo que subiré a cubierta —dijo el capitán del famoso bergantín, el *Relámpago*, mientras sus ojos escrutaban el camarote. Carter se hizo a

un lado enseguida, aunque pasó un buen rato hasta que Lingard dio muestras de ir a moverse.

Ya se había puesto el sol sin dejar ni rastro de su gloria en un cielo claro como el cristal, en las aguas donde no se movía una sola ola. Todo el colorido parecía haber desaparecido del mundo. La sombra inminente ascendió con la sutileza de un perfume de la negrura de la costa situada transversalmente al navío por el semicírculo de oriente. Era tal el silencio encerrado por el horizonte que cualquiera podría haberse imaginado llegar entonces al final de los tiempos. Negros, como dos juguetes en la claridad de las profundidades y en la última quietud del crepúsculo, el bergantín y la goleta permanecían anclados en medio del canal principal, apreados en idéntico rumbo. Con el mentón sobre el pecho y los brazos cruzados, Lingard se desplazó despacio por la popa. Junto a él, mudo cual su sombra, Carter seguía todos sus movimientos. Sentía una ansiosa solicitud...

Y era un sentimiento perfectamente nuevo para él. Nunca había sentido esa clase de solicitud respecto de sí, ni tampoco respecto de ningún otro hombre. Su personalidad se desarrollaba mediante esta nueva experiencia, y como era un hombre en el fondo muy simple recibió la iniciación con timidez, con desconfianza en sí mismo. Se había percatado con inocencia y con alarma de que Lingard no había mirado ni al cielo ni al mar, ni a su propio barco ni a la goleta, a popa del mismo; ni a cubierta ni a la arboladura, ni a ninguna otra parte. ¡No había mirado nada! De algún modo, Carter se sintió más solo y más desamparado que cuando se quedó a solas por orden de ese hombre, al mando de los dos barcos enmarañados en los Bajíos y cercados por un misterio siniestro que a él se le escapaba. Desde que regresó ese hombre, en vez de darle la bienvenida con natural alivio, Carter sintió que toda su responsabilidad descansaba sobre sus jóvenes hombros con un peso diez veces mayor que antes. Era de la profunda convicción de que había que espabilar a Lingard como fuese.

—Capitán Lingard —estalló con un punto de desesperación—: no podrá decir que le he causado demasiadas preocupaciones desde que lo recibí esta mañana a bordo, pero es preciso que me diga algo. ¿Qué va a ser de nosotros? ¿Vamos a combatir o nos daremos a la fuga?

Lingard se paró en seco, y a Carter no le cupo ningún género de duda de que ahora sí lo estaba mirando con atención. No le cupo duda alguna ante esa mirada a un tiempo severa e inquisitiva. «¡Ajá! —se dijo Carter—. Por fin reacciona». Al notar que le abandonaba de pronto la timidez, se aprovechó de su ventaja.

—A decir verdad, señor, pase lo que pase, a menos que sea yo su hombre de confianza no tendrá usted el concurso de otro oficial. Mejor será que le diga de inmediato que he largado al muy respetable, loco, gordinflón de Shaw fuera del barco. Estaba trastornando a la marinería. Ayer le dije que se largase, que recogiese su petate de estiba, porque en el acto lo pensaba despachar a la goleta. Difícil habría sido que armase mayor escándalo, incluso si me hubiese propuesto arrojarlo por la

borda. Le avisé de que si no se largaba en paz, haría que lo atasen como a un cordero camino del matadero. Así las cosas, bajó por la escala sin mayores complicaciones, aunque no sin amenazarme con el puño en alto, aparte de prometerme que algún día me haría ahorcar por delito de piratería. A bordo de la goleta no puede causar perjuicio alguno. Ahora, señor, ya es hora de que sea usted quien dé las órdenes, no yo. ¡Gracias a Dios!

Lingard se volvió con brusquedad. Carter no movió un dedo. Instantes más tarde oyó que lo llamaban desde la otra borda, y acudió al punto.

—¿Qué historia es ésa, la de un hombre al que recogió usted en la orilla la pasada noche? —preguntó Lingard con suma amabilidad—. ¿No me dijo usted algo así cuando llegué a bordo?

—Intenté decírselo —comentó Carter con franqueza—, pero enseguida renuncié al intento. No parecía prestar usted ninguna atención a lo que yo le dijera. Pensé que preferiría quedarse a solas y descansar un rato. ¿Qué puedo saber yo de sus costumbres, señor? ¿Se da cuenta, Capitán Lingard, de que desde esta mañana he bajado cinco veces hasta la puerta del camarote para avisarlo? Usted permanecía sentado...

Hizo una pausa.

—¿Que ha bajado cinco veces al camarote? —repitió Lingard.

—Así es. Y a la sexta tomé la resolución de no marcharme si no reparaba usted en mi presencia. No puede dejarme sin órdenes. Hay dos barcos de los que es preciso cuidar, hay muchas cosas por hacer...

—No hay nada que hacer —le interrumpió Lingard con un mero murmullo, aunque en un tono que obligó a Carter a callar durante un rato.

—Pues incluso saber tal cosa habría sido algo a lo que agarrarse —se aventuró por fin a decir—. Pero no podía dejarlo a usted aquí sentado, ahora que se pone el sol y nos aguarda una larga noche por delante.

—Todavía me siento aturdido —dijo Lingard mirando a Carter a la cara, como si quisiera comprobar el efecto causado por tal confesión.

—¿Se encontraba muy cerca de la explosión? —preguntó el joven con una mezcla de simpatía y curiosidad, en busca de alguna señal en la persona de Lingard. Sin embargo, no vio nada. Al Capitán ni siquiera se le había chamuscado un solo pelo.

—Cerca... —musitó Lingard—. Podría haber tenido lugar en mi cabeza —se apretó las sienes con ambas manos, y luego las dejó caer—. ¿Qué hay de ese hombre? —inquirió bruscamente—. ¿De dónde vino? Imagino que habrá muerto... —añadió con tono de envidia.

—No, señor. Debe de tener tantas vidas como un gato —repuso Carter—. Le voy a contar cómo fue. Tal como dije antes, no estaba dispuesto a abandonarlos ni vivos ni muertos, de modo que ayer, cuando comenzó a ponerse el sol mediada la tarde, pertreché dos de los botes y me acerqué a la orilla, tomando medidas con la sonda por

ver de hallar una vía de entrada. Me había propuesto ir en su busca con el bergantín o sin él, pero eso ahora ya no importa. Había tres o cuatro troncos flotantes a la vista. Uno de los marinos orientales de mi bote acertó a descubrir una mancha roja en uno de ellos. Pensé que valdría la pena ir a verificar de qué se trataba. Y era el sarong de ese hombre. Se había enredado con las ramas, y eso le impidió caer al agua. Nunca me he alegrado tanto, se lo aseguro, como cuando descubrimos que todavía respiraba. Si pudiéramos devolverle la consciencia, me dije, tal vez podría él ponernos al corriente de muchas cosas. El tronco al que estaba sujeto había bajado hasta la desembocadura del riachuelo a merced de la corriente; según mis cálculos, no podía llevar más de medio día en esa situación. Lo introduje por la escotilla principal y lo deposité en una hamaca en el entrepuente. Tan sólo respiraba a duras penas, pero a lo largo de la noche recuperó el conocimiento y debió de sentirse restablecido, pues bajó a tenderse sobre una esterilla. Supongo que se encontró más cómodo en esa postura. Esta mañana recobró el habla y bajé de inmediato a comunicárselo a usted, pero usted no hizo caso. También le comuniqué quién era, pero no estoy seguro de que me oyera usted del todo.

—No lo recuerdo —masculló Lingard.

—Son magníficos estos malayos. Esta mañana estaba más muerto que vivo, pero ahora tengo entendido que lleva más de una hora conversando con Wasub. ¿Quiere bajar a verlo, señor, o envío a dos hombres para que lo suban a cubierta?

Lingard pareció desconcertado.

—¿Quién demonios es? —preguntó.

—Pues es ese hombre al que usted envió aquella noche en que nos conocimos para interceptar nuestro primer esquife. ¿Cómo le llaman? Jaffir, me parece. ¿No ha estado con usted en tierra firme, señor? ¿No lo encontró a usted con la carta que yo le encomendé? Es un individuo muy resuelto. Lo reconocí nada más salvarlo del tronco.

Lingard se aferró a la burda del mastelero que le quedaba al alcance de la mano. ¡Jaffir! ¡Jaffir! Leal por encima de todo, el mensajero de los momentos decisivos; el intrépido y devoto sirviente. Apesadumbrado, Lingard sintió que le aplastaba la desesperación. «No, no puedo afrontarlo», susurró para sí, oteando la costa negra como la tinta que tenía ante los ojos, a la sombra del mundo que poco a poco abarcaba la gris claridad de las Aguas Someras.

—Que venga Wasub. Voy abajo, al camarote.

Cruzó hacia la escalera de la cámara y se detuvo de pronto.

—¿Ha arribado algún bote desde la goleta a lo largo del día? —preguntó como si acabara de recordar algo de repente.

—No, señor —respondió Carter—. Hoy no hemos tenido comunicación alguna con el yate.

—Pues que venga Wasub —repitió Lingard con severidad al bajar por la escalera.

Nada más llegar sin hacer ruido, el viejo *serang* vio a su capitán tal como lo había visto muchas veces, sentado bajo los relámpagos sobredorados, aparentemente tan

fuerte de cuerpo como siempre, y como siempre envuelto en la riqueza, en el conocimiento de las palabras secretas que tanto poder tienen sobre los hombres y los elementos. El viejo malayo tomó asiento a medio metro de Lingard, se recostó contra el panel de madera satinada del mamparo, y alzó los ancianos ojos con una expresión vigilante y benévola hacia el rostro del hombre blanco a la vez que entrelazaba las manos sobre las rodillas.

—Wasub, ahora ya lo sabes todo. ¿No queda con vida nadie, salvo Jaffir? ¿Es que han muerto todos?

—¡Larga vida tengas! —respondió Wasub.

—¡Todos muertos! —murmuró Lingard abrumado, a lo cual Wasub asintió levemente por dos veces. Su voz rasgada resonó con un tinte de lamento.

—¡Es cierto! ¡Es muy cierto! Te has quedado solo, Tuan; te has quedado solo.

—Era su destino —dijo por fin Lingard con una calma forzada—. ¿Te ha relatado Jaffir el modo en que aconteció esta catástrofe? ¿Cómo es que sólo él salió con vida para que tú lo encontrases?

—Su señor le indicó que partiera, y él obedeció —comenzó a decir Wasub, fijando la vista en cubierta y hablando de tal modo que sólo le oyera Lingard, el cual, inclinado en su asiento, se encogió por dentro al oír cada una de sus palabras, a pesar de lo cual no se habría perdido una sola por nada del mundo.

Y es que la catástrofe había caído sobre su cabeza como un rayo del cielo a primera hora de la mañana, el día anterior. Al rayar el alba se armó de valor para reanudar sus conversaciones con Belarab. De pronto notó que la señora Travers retiraba la mano que le había puesto sobre la cabeza. Recordó la intimidad con que le habló al oído: «Levántese. Viene alguien». Se puso en pie. La luz era tenue, la neblina pendía en el aire; muy poco a poco fue entreviendo las formas que lo rodeaban, los árboles, las chozas, los hombres todavía adormecidos en el suelo. ¿Cómo precisar qué era real en ese mundo? Aturdido, miró en derredor; aún estaba embriagado por el largo trago del olvido que había conquistado para sí. Así fue, aunque a fin de cuentas fuese ella quien le permitió apurar ese cáliz. Miró a la mujer sentada en el banco. Ella no se movió. Había permanecido así, inmóvil durante horas, otorgándole un sueño desvelado, un descanso sin fin, una infinidad de felicidad sin sonidos ni movimientos, sin pensamientos ni alborozos, pero con un infinito sosiego y un contento infinito, como una ensoñación que abarcase el mundo entero y que respirase un aire de tristeza perfumado de amor. Pasaron horas sin que ella se moviera.

«Es usted la más generosa de las mujeres», dijo él. Se inclinó sobre ella. Ella lo miraba con los ojos muy abiertos. Tenía fríos los labios, pero eso no le sorprendió. Tras ponerse en pie, permaneció junto a ella. El calor es algo que consume, pero ella, con los labios fríos, le pareció indestructible. Tal vez inmortal.

Volvió a agacharse, aunque esta vez para besar tan sólo el borde de la pañoleta con que se cubría la cabeza. Y entonces se dio la vuelta para plantar cara a los tres

hombres que, tras rodear la choza en donde se encontraban los prisioneros, se le acercaban con pasos medidos. Se requería su presencia en la sala del Consejo. Belarab estaba despierto.

También manifestaron su satisfacción al encontrar despierto al hombre blanco, porque Belarab deseaba comunicarle cierta información de la máxima importancia. A Lingard le pareció haber estado despierto desde que acertaba a recordar. En cuanto a que estuviera vivo, su seguridad no era tanta. No tenía duda de su existencia, aunque ¿era vida esa profunda indiferencia, ese extraño desprecio por lo que no lograba ver con sus propios ojos, ese desagrado por las palabras, esa falta de fe en la importancia de los hombres y las cosas? Trató de recobrar el dominio de sí mismo, recuperar su viejo ser, el que tantas cosas tenía por hacer, tantas palabras por decir y aún por escuchar. Pero le resultó difícil en demasía. Se dejaba seducir por el tenso sentimiento de una existencia muy superior a la mera conciencia de la vida, y que en su inmensidad de contradicciones, deleite, temor, exultación y desesperanza no era posible afrontar, así como tampoco era posible evadirse de ella. No encontró paz en ella, pero ¿quién deseaba la paz? La rendición era preferible, el terrible sosiego de las extremidades inertes ante una enorme marejada, la divina vacuidad del ánimo. Si ésa era la existencia, él sabía a ciencia cierta que existía. Y sabía que la mujer existía también en medio de la marejada, sin habla, sin gestos, sin calor siquiera. Indestructible, sí, y tal vez inmortal.

7

Con la sublime indiferencia de un hombre que acabara de entrever el Paraíso a través de sus puertas abiertas y hubiera dejado de cuidarse de su vida, Lingard había seguido a los impacientes mensajeros de Belarab. Todo el recinto de la empalizada despertaba al nuevo día en medio de una resonancia de ecos, de voces bajas. Los hombres se ponían en pie, volvían a avivar las fogatas. Las figuras embozadas iban y venían en la niebla, entre las edificaciones; a través de la pared de una choza de bambú, Lingard oyó el débil gemido de un niño chico. Comenzaba un nuevo día, la vida continuaba, pero en la sala del Consejo del gran Jefe varias velas prendidas y un par de lámparas baratas, de fabricación europea, mantenían a raya el amanecer, así como la niebla matinal que no podía mantenerse fuera de la sala daba un halo débil y rojizo a cada una de las llamas.

Belarab no sólo estaba despierto, sino que tenía el aspecto de ser un hombre que no hubiera dormido nada en mucho tiempo. El creador de la Costa del Refugio, el fatigado Caudillo del Asentamiento, con su desdén por la inquietud y los afanes de los hombres, estaba enojado con su amigo blanco, el que siempre llevaba sus deseos y sus problemas a su misma puerta. Belarab no deseaba que nadie muriese, pero

tampoco deseaba que nadie en concreto siguiera con vida. Lo que le importaba de veras era preservar el misterio y el poderío de sus melancólicos titubeos. Esa delicada actitud estaba amenazada por los bruscos movimientos de Lingard, por ese apasionado hombre blanco que creía en más de un Dios y que siempre parecía presto a poner en duda el poder del Destino. Belarab estaba profundamente molesto. También estaba genuinamente preocupado, pues en el fondo tenía aprecio por Lingard. Le caía bien no sólo por su fortaleza, cualidad que protegía su escepticismo y su lucidez de aquellos peligros que rondan a todos los que ejercen el poder, sino también por ser un hombre tal cual era. Ese hombre sumido en infinitas cavilaciones, nacido de una suerte de místico desprecio por la creación de Alá el Todopoderoso, creía sin embargo a pie juntillas en el poder de Lingard y en su arrojo. A pie juntillas. Con todo, en la maravillosa coherencia de su temperamento, una vez era llegada la hora, se arredraba al pensar tan sólo en poner a prueba tanto ese poder como su fortaleza misma.

De ningún modo pudo saber Lingard que poco antes de que rayase el alba uno de los espías de Belarab en el Asentamiento había encontrado un medio de penetrar en el recinto de la empalizada por un lugar alejado de la laguna, y que pocos momentos después de dejar Lingard al Jefe a raíz de las bengalas lanzadas por Jörgenson, Belarab se enteraba de la asombrosa historia de la captura de Hassim e Immada por parte del correoso Tengga, muy fortalecido por ese golpe de fortuna en su determinación de apoderarse del *Emma*, fuera por la fuerza o mediante una negociación, o bien con algún artero subterfugio en el que el Rajá y su hermana podían verse obligados a tomar parte. Habida cuenta de su desconfianza frente al universo, que parecía ampliarse incluso hasta la voluntad misma de Dios, Belarab estaba sumamente alarmado porque el poder material de los piratas de Daman se encontraba bajo el mando de Tengga. ¿Cómo iba a saber si el Rajá de Wajo seguiría siéndole leal en tales circunstancias? Tampoco dejaba de ser característico de él, de aquél a quien los colonos originales de la Costa del Refugio llamaban Padre de la Seguridad, que no dijera ni palabra de todo esto a Lingard, pues temió despertar la feroz energía del hombre blanco, darle sobrada razón para que se marchara con los suyos y pusiera la paz de tantos años a merced del repentino azar de una batalla.

Por lo tanto, Belarab se dispuso a convencer a Lingard, sobre la base de las consideraciones más generales, para que entregase a los hombres blancos, que de hecho eran propiedad de Daman, a ese Jefe supremo de los illanuns, para apartarlo completamente de Tengga por un procedimiento tan sencillo. ¿Por qué iba a entablar Belarab la guerra contra la mitad del Asentamiento? ¿Por culpa de los blancos? No era algo necesario, ni tampoco aconsejable. En cierto modo incluso podría ser pecaminoso dar pábilo a una pugna en el seno de la comunidad de los Auténticos Creyentes. En cambio, con una oferta como ésa en la mano, podría enviar una embajada a Tengga, el cual comprendería de inmediato el desplome de sus propósitos y vería con claridad el fin de sus aspiraciones. ¡De inmediato! ¡En un solo instante! A

continuación, el asunto del rescate podría zanjarse con el propio Daman, y él en persona, Belarab, haría las veces de mediador plenamente investido de todo su poder, así recuperado, sin rival y con toda la sinceridad de su corazón. Y si fuera menester, podría desempeñarse con todo su poder contra ese jefe de los vagabundos del mar que, de hecho, tendría que sentarse a negociar bajo la sombra de la espada.

Belarab habló con voz baja y grave, dignísimo, pasando de vez en cuando por una entonación más sutil, por una inflexión persuasiva, por una media sonrisa de melancolía a lo largo de la discusión. Lo que más ánimos le daba era el aspecto transformado de su amigo blanco. El fiero poder de su personalidad parecía haberse diluido en un sueño. Lingard escuchó y fue tornándose paulatinamente inescrutable en su prolongado silencio, aunque sin perder la amabilidad y revestido por una especie de paciencia embelesada, como si estuviera envuelto por las alas mismas del Ángel de la Paz. Gracias a los nuevos bríos que obtuvieron por el mero hecho de asistir a esta metamorfosis, los consejeros de Belarab acomodados en sus esterillas murmuraban de forma sonora su asentimiento ante los puntos de vista expresados por el Jefe. En medio de la niebla blanquecina y cada vez más espesa, propia de las tierras del trópico, la luz tropical del día se fue filtrando en la sala. Uno de los sabios se levantó del suelo para apagar con dedos prudentes cada una de las velas. Vaciló antes de tocar las lámparas, cuyas llamas parecían amarillentas, yertas. Una racha de brisa matinal penetró en la sala, débil y heladora. Lingard, sentado frente a Belarab en un sillón de madera labrada, con las extremidades inertes y la divina vacuidad de un ánimo encantado luego de haber entrevistado el Paraíso, tuvo un profundo estremecimiento.

Desde el umbral gritó una voz tonante sin ninguna ceremonia, con un acento un tanto burlón:

—Los botes de Tengga están en la laguna, envueltos por la niebla.

Lingard se levantó a medias del asiento, y el propio Belarab no pudo reprimir un respingo. Lingard estaba en actitud de escuchar con suma atención, pero al cabo de una vacilación momentánea salió corriendo de la sala. El interior de la empalizada empezaba a bullir como una colmena trastornada.

Fuera de la casa de Belarab, Lingard ralentizó el paso. Todavía pendía la niebla. Un grandioso murmullo sostenido lo impregnaba todo, y las siluetas desvaídas de los hombres se desplazaban desde el centro hacia las defensas exteriores. Entre las edificaciones resonó el clangor de un gong. Se dejó oír la voz de D'Alcacer:

—¿Qué sucede?

Lingard pasaba en ese momento cerca de la choza de los prisioneros. Bajo la veranda se había congregado un grupo de hombres armados; por encima de ellos vio a la señora Travers junto a D'Alcacer. La fogata a cuyo lado había pasado la noche Lingard estaba apagada del todo, las ascuas esparcidas, y el banco había caído de costado. La señora Travers debió de echar a correr a la veranda con la primera señal de alarma. Desde arriba, D'Alcacer y ella parecían dominar el tumulto que ya

empezaba a remitir. Lingard se percató de que la señora Travers llevaba la pañoleta sobre la cara. D'Alcacer no se había puesto el sombrero. Volvió a gritar:

—¿Qué es lo que pasa?

—Iré a ver —contestó Lingard a gritos.

Se resistió al impulso de sumarse a esos dos, dominar desde allí el tumulto, dejar que se alejase de debajo de sus pies la mera vida de los hombres, vana como un sueño, entrometida y reñida incluso con el tremendo concepto que ahora tenía de su propia existencia. Se resistió sin apenas saber por qué. Hasta el sentido de la autoconservación lo había abandonado. El gentío se apiñaba a su alrededor, aunque con cuidado de no cruzarse en su camino. La sorpresa, la preocupación, la duda se pintaban en todas aquellas caras, aunque algunas de las que observaron que el gran hombre blanco avanzaba hacia la laguna por el lateral de la empalizada ostentaban una sonrisa inmóvil.

—¿Se alcanza a ver a distancia, sobre el agua? —preguntó a nadie en particular.

Le respondió uno de los lugartenientes de Belarab, el que más cerca estaba.

—Ha espesado la niebla. Si alcanzas a ver algo, Tuan, no será más que una sombra de las cosas.

A esas horas, los cuatro costados de la empalizada estaban defendidos por los hombres. Subiéndose a un banco, la señora Travers miró hacia fuera y vio la laguna envuelta en un blanco sudario, sin una sola sombra a la vista, y tan encalmada que ni siquiera el ruido del agua que lamía la orilla llegó a sus oídos. Descubrió que estaba en profundo acuerdo con esa paz ciega y sorda.

—¿No se ha visto nada en absoluto? —inquirió con incredulidad.

Aparecieron cuatro hombres de inmediato, que dijeron haber visto una oscura masa de botes que avanzaban por la laguna a la media luz del amanecer. Fueron en busca de otros. Apenas les prestó atención. Sus pensamientos se le escapaban mientras permanecía inmóvil, contemplando la niebla inamovible que impregnaba la perfección del silencio. Entonces se reunió con él Belarab escoltado por tres hombres de semblante grave, de tez tan oscura como la suya, y se atusó la corta barba gris con una compostura indescifrable.

—Tu hombre blanco no lucha —dijo a Lingard.

—No hay nada contra lo cual luchar —respondió éste—. Lo que han visto los tuyos, Belarab, no eran, en efecto, más que sombras en el agua.

—Tendrías que haberme permitido sellar mi amistad con Daman la pasada noche. Una débil incomodidad se coló de rondón en el pecho de Lingard.

Momentos más tarde apareció D'Alcacer, ostensiblemente custodiado por dos lanceros.

—No creo que suceda nada —repuso Lingard a su ansiosa pregunta. Escuche, todo está en calma. La única manera de poner a prueba esta cuestión sería persuadir a Belarab de que permita que salgan sus hombres y que ataquen la fortaleza de Tengga en este preciso instante. Así nos enteraríamos de algo. Pero es imposible que

convenza a Belarab para que dé la orden teniendo en cuenta la niebla que hay. Cierto, una expedición semejante podría dar muy mal resultado. Yo de ningún modo creo que todos los hombres de Tengga estén en la laguna... ¿Dónde ha dejado a la señora Travers?

La pregunta sobresaltó a D'Alcacer por la brusquedad con que puso de relieve hasta qué punto se había enseñoreado la mujer de los pensamientos del hombre.

—Está con Don Martin, que parece haber mejorado pese a encontrarse aún muy débil. Si hemos de entregarnos, alguien tendrá que llevarlo en volandas a afrontar su destino. Ya me imagino la escena: Don Martin transportado en parihuelas, rodeado por esos bárbaros de las lanzas, y la señora Travers y yo mismo a uno y otro lado. La señora Travers ha manifestado su intención de ir con nosotros.

—Ah, vaya. Así que ha manifestado su intención —murmuró Lingard obviamente distraído.

D'Alcacer se sintió completamente abandonado por ese hombre. Y a dos pasos de sí se percató del grupo formado por Belarab y sus tres aceitunados asistentes con sus blancas túnicas, envueltos en un aire de sereno desapego. Por vez primera desde que encallase en la costa, a D'Alcacer se le encogió el corazón.

—Claro que tal vez —siguió diciendo— ese moro al final no insista en entregarnos a una muerte segura y cruel, Capitán Lingard.

—Mediada la noche, hace muy pocas horas, estaba resuelto a entregarlos —dijo Lingard sin mirar siquiera a D'Alcacer, el cual alzó las manos para dejarlas caer acto seguido. Lingard tomó asiento sobre la recámara de una pesada pieza de artillería, montada sobre un carro naval de tal modo que dominase el acceso a la laguna. Cruzó los brazos sobre el pecho.

—Así pues, ¿hemos sido indultados? —inquirió D'Alcacer con amabilidad.

—No —dijo Lingard—. Soy yo quien ha sido indultado.

Se hizo un prolongado silencio. A lo largo de la empalizada, apostados los hombres en sus puestos, habían cesado los susurros. También se habían extinguido las vibraciones del gong. Tan sólo los vigías encamarados a las ramas más altas del gran árbol emitían leves rumores entre las hojas.

—¿En qué está pensando, Capitán Lingard? —preguntó D'Alcacer en voz baja. Lingard no cambió de postura.

—Procuro no pensar siquiera —dijo en el mismo tono.

—¿Cómo? ¿Que procura no pensar?

—Eso es.

—¿Le parece el mejor momento para tales experimentos? —preguntó D'Alcacer.

—¿Y por qué no? Ése es mi indulto. No me lo eche en cara, señor D'Alcacer.

—Le doy mi palabra de que nada más lejos de mi intención, pero ¿no le parece peligroso?

—Tendrá que aprovechar usted su oportunidad.

D'Alcacer se debatió durante unos momentos en silencio. Se preguntó si no

debería comunicar a Lingard que la señora Travers había acudido a la empalizada con una especie de mensaje de parte de Jörgenson. Lo tenía en la punta de la lengua, estaba en un tris de aconsejar a Lingard que fuese a ver a la señora Travers para preguntarle a quemarropa si es que tenía algo que comunicarle, pero antes de tomar la decisión de hacerlo las voces de los hombres invisibles, desde lo alto del árbol, informaron de que la niebla empezaba a despejar. Y esto causó una considerable agitación por los cuatro costados de la empalizada.

Lingard notó el golpe del aire en la cara; la niebla, hasta entonces inmóvil, comenzó a aclararse, y de pronto la laguna entera quedó a la vista con un gran destello cegador en su superficie más picada que ondulada; se oyó con nitidez el tenue sonido de las olas que lamían la orilla. Una multitud de manos se alzó para proteger del resol otros tantos ojos ansiosos, y muchos de los hombres prorrumpieron en exclamaciones de asombro al ver la congregación de canoas de diversos tamaños y estilos, tan juntas unas a otras que semejaban una balsa enorme y mal trabada, a escasa distancia de uno de los costados del *Emma*. La excitación de las voces subió de volumen. No cabía ninguna duda de que Tengga se encontraba en la laguna, pero ¿a qué se dedicaba Jörgenson? El *Emma* parecía abandonado por su guardián y por su tripulación, mientras la masa de botes diversos parecía meditar un ataque inminente.

A pesar de su determinación de mantener a raya sus pensamientos hasta el último momento en que le fuera posible, Lingard no pudo defenderse de una repentina extrañeza mezclada con un punto de miedo. ¿A qué se dedicaba Jörgenson? Por un momento, Lingard esperó que el costado del *Emma* quedase envuelto por una guirnalda de humaredas, pero dio la impresión de que pasaba una eternidad sin que un solo disparo llegase a sus oídos.

En los botes se notaba cierto temor a avanzar sobre el *Emma*. Remoloneaban sin tomar ninguna resolución; así las cosas, ¿por qué no ponía Jörgenson fin a sus titubeos con un par de andanadas de fuego de mosquete, aunque fuera sólo por encima de sus cabezas? En su angustia, presa de la perplejidad, Lingard descubrió que volvía a la vida, a la vida sin más, con su sensación de dolor y de mortalidad, como un hombre despierto luego de un largo sueño por una imprevista puñalada en el pecho. ¿Qué significaba el silencio que guardaban en el *Emma*? ¿O es que lo habían tomado ya al amparo de la niebla? No, tal cosa era impensable. Se habría oído algún ruido de resistencia. Al contrario: tal vez los botes siguieran a la espera por saber de sobra qué desesperada resistencia iban a encontrar, y tal vez Jörgenson supiera de sobra lo que estaba haciendo al no abrir fuego hasta el ultimísimo momento, al dejar que aquellos corazones codiciosos notaran el frío del miedo a la descarga asesina que tendrían que arrostrar. En cambio, no cabía duda de que era el momento de que Belarab ordenase abrir el portón para permitir que salieran sus hombres, hicieran gran despliegue de su poderío, arrasaran el otro extremo del Asentamiento, destruyeran las defensas de Tengga y acabaran de una vez por todas con la absurda rivalidad de ese intrigante aficionado a la construcción de embarcaciones. Lingard se volvió anhelante

hacia Belarab, pero vio al Jefe muy ajetreado en otear la laguna con un catalejo apoyado en el hombro de un esclavo inclinado a tal fin delante de él. Estaba inmóvil cual estatua. De pronto soltó el catalejo, que una mano habilidosa tomó al vuelo cuando iba a caer y se dirigió a Lingard:

—No hay combate.

—¿Cómo lo sabes? —murmuró Lingard asombrado.

—Hay tres sampanes desiertos junto a la escala —dijo Belarab con una voz apenas audible—. Allí están tramando algo.

—¿Tramando algo? No lo entiendo —dijo Lingard despacio.

Belarab, no obstante, se había vuelto hacia los tres asistentes de las túnicas blancas y los cráneos rasurados bajo unos gorros de hierbas entretreídas, aparte de llevar rosarios devocionales sujetos a las muñecas y ostentar un aire de calma y de superioridad en sus rostros atezados: compañeros de sus días más desesperados, hombres de sangre caliente en otros tiempos, ahora imperturbables en su piedad, en su sabiduría de consejeros dignos de toda su confianza.

—A este blanco lo van a traicionar, si es que no lo han hecho ya —dijo con la máxima compostura.

Sin entender ni palabra, D'Alcacer asistió turbado a la escena: el Hombre del Destino le parecía desconcertado y enfurecido como un león molesto por la presencia de los moros de túnicas blancas; mientras, la multitud de bárbaros permanecía en cuclillas, semidesnudos, ante las armas, de pie en las aspilleras, inmóviles, dotados de la grandeza de un despliegue bien orquestado. Vio a la señora Travers en la veranda de la choza de los prisioneros, una figura asediada por la ansiedad, con la pañoleta blanca sobre la cabeza. El señor Travers sin duda seguía muy débil tras los episodios de fiebre alta que había padecido, demasiado frágil para salir fuera. De no haber sido por eso, todos los blancos habrían estado en esos momentos a la vista los unos de los otros, precisamente en el momento en que había de sobrevenir la catástrofe que iba a devolverlos a las exigencias de la vida, a costa de que otras vidas abandonaran violentamente este mundo. D'Alcacer oyó a Lingard pedir en voz muy alta el catalejo y vio que Belarab hacía un gesto con la mano en el instante en que la tierra recibió un violento golpe por debajo. Mientras trastabillaba a resultas del impacto, se rajaron los cielos sobre su cabeza con un estruendo acompañado por una llamarada roja; de pronto, súbitas y lúgubres tinieblas cayeron en derredor y dejaron patidifuso a D'Alcacer, quien contempló aterrado cómo quedaba el sol de la mañana desprovisto de sus rayos, sumido en una mortecina brillantez de tonos ocre en medio de la lúgubre penumbra que se había adueñado así del universo. El *Emma* había estallado por los aires, y cuando cesó la lluvia de maderos hechos trizas y de cadáveres mutilados, esparcidos por toda la laguna, la nube de humo que permaneció en suspenso bajo la lividez del sol proyectó una espesa sombra en toda la Costa del Refugio, incluso muy lejos de allí, donde toda pugna había tocado repentinamente a su fin.

Un horrísono gemido de terror ascendió del Asentamiento, y fue seguido por un silencio profundo. Se vio a muchos correr, presa de un pánico irracional, y alejarse de las casas por los campos. Sobre la laguna se había desmantelado la balsa que formaban antes los botes. Algunos se hundían, otros se alejaban a remo en todas direcciones. Lo que quedaba del *Emma* todavía a flote ardía en claras llamaradas a la sombra de la densa nube, la espesa humareda suspensa y maciza, inamovible, sobre las copas de los árboles, visible en millas a la redonda, por toda la costa e incluso hasta los Bajíos.

Dentro de la empalizada, la primera persona en recobrase fue el propio Belarab. Murmuró mecánicamente su habitual exclamación de pasmo, «Dios es grande», y miró a Lingard. Éste, por su parte, no lo miraba. El estruendo de la explosión lo había dejado sin habla y sin capacidad de movimiento. Miró ciegamente cómo ardía el *Emma* en una llamarada lejana e insignificante bajo la siniestra sombra de la nube que habían generado la desconfianza de Jörgenson y su desprecio por la vida de los hombres. Belarab se volvió. Había cambiado de opinión. Ya no consideraba a Lingard un hombre traicionado, pero el efecto siguió siendo el mismo. Era un hombre carente de toda importancia. Lo que Belarab de veras deseaba era que todos los blancos desaparecieran de la laguna con la mayor celeridad posible. Ordenó entonces que se abriese el portón, y sus hombres armados salieron en masa para apoderarse del Asentamiento. Después, prendieron fuego a las chozas de Tengga y el propio Belarab, a horcajadas de un caballo bajo y brioso, salió para hacer un desfile triunfal rodeado por la muchedumbre de sus hombres y guardianes.

Esa noche abandonaron los blancos la empalizada en medio de un desfile de portadores de antorchas. El señor Travers hubo de ser conducido hasta la playa, donde dos de los barcos de guerra de Belarab aguardaban a sus distinguidos pasajeros. La señora Travers cruzó la puerta cogida del brazo de D'Alcacer. Llevaba la cara velada a medias. Avanzó entre los espectadores a la luz de las antorchas sin dejar de mirar al frente. Belarab, en pie ante un grupo de sus fieles, fingió no ver a los blancos a medida que pasaban por delante de él. A Lingard le estrechó la mano y murmuró las fórmulas habituales en reconocimiento de su amistad. Cuando oyó decir al gran hombre blanco que «no volverás a verme nunca más», sintió una inmensa sensación de alivio. Belarab no tenía ningunas ganas de volver a ver al hombre blanco, pero al responder a la presión de la mano de Lingard esbozó una sonrisa adusta.

—Sólo Dios sabe qué nos deparará el futuro —dijo.

Lingard bajó a solas a la playa, sintiéndose un desconocido entre todos los hombres, abandonado por Dios Todopoderoso. Para entonces, la primera embarcación había zarpado con el señor y la señora Travers a bordo, y estaba ya lejos de la luz de color rojo sangre que proyectaban las antorchas sobre el agua. D'Alcacer y Lingard les siguieron en la segunda. Entonces, la oscura silueta del riachuelo, amurallado por la jungla impenetrable, se cerró en torno a ellos y los salpicotazos de

los remeros se hicieron eco en el aire quieto y húmedo.

—¿Cómo cree usted que se produjo tan espantoso accidente? —preguntó D'Alcacer, que estaba sentado en silencio al lado de Lingard.

—¿Qué es un accidente? —dijo Lingard no sin un gran esfuerzo—. ¿Dónde ha oído usted tal cosa? ¡Accidente! No me importune, señor D'Alcacer. Acabo de volver a la vida, y la vida me ha encerrado en un lugar más frío y más tenebroso que la tumba misma. Déjeme acostumbrarme... Todavía no soporto el sonido de una voz humana.

8

Y así, estoico en la frialdad y las tinieblas de su vida recobrada, Lingard hubo de escuchar la voz de Wasub y su relato de la historia que le había contado Jaffir. El rostro del anciano *serang* expresaba un profundo abatimiento, y en el fluir de sus palabras murmuradas se notaba una infinita tristeza.

—¡Sí, por Alá! Allí estaban todos: el tiránico Tengga, ruidoso como un perfecto imbécil; el Rajá Hassim, gobernante sin patria; Daman, el jefe errabundo, y los tres *pangerans* de los ladrones del mar. Subieron a bordo con osadía, pues Tuan Jörgenson les había dado su permiso, y dijeron que tú, Tuan, eras cautivo por tu propia voluntad en la empalizada de Belarab. Dijeron que habían esperado durante la noche entera a recibir un mensaje de paz, ya fuera de ti o de Belarab. Pero no llegó nada, y con la primera luz del día salieron a la laguna para sellar su amistad con Tuan Jörgenson, ya que tú, Tuan, según dijeron, era como si no estuvieras o estuvieras ausente, como si no poseyeras más poder que el de un muerto, como si fueras mero esclavo de esos blancos y prisionero de Belarab por tu gusto. Así habló Tengga. Dios le había arrebatado toda sabiduría y todo su miedo. Y entonces debió de creer que estaba sano y salvo mientras el Rajá Hassim y la dama Immada estuvieran con él a bordo. ¡Te aseguro que estaban sentados en medio de tus enemigos, apresados por ellos! La dama Immada, con el rostro cubierto, lloraba para sus adentros. El Rajá Hassim hizo una seña a Jaffir, y éste acudió al lado de su señor para departir con él. Estaba abierta la escotilla, y muchos illanuns se arracimaron para contemplar los bienes que contenía el barco en su vientre. Nunca habían visto un botín semejante, nunca en la vida. Jaffir y su señor oyeron claramente a Tuan Jörgenson y a Tengga, que estaban conversando. El discurso de Tengga era altisonante, sus palabras las de un hombre condenado de antemano, ya que pedía a Tuan Jörgenson que le hiciera entrega de las armas y de todo lo que se hallase a bordo del *Emma*, a fin de compartirlo con Daman. Y entonces dijo: «Lucharemos contra Belarab y trabaremos amistad con esos extraños blancos, los trataremos con generosidad y les dejaremos zarpar sin sufrir daño alguno, rumbo de su propio país. Aquí no los queremos. Tuan

Jörgenson, tú eres el único hombre blanco que de veras me importa». Y oyeron a Tuan Jörgenson responder a Tengga: «Ahora que ya me has dicho todo lo que tienes en mente, lo mejor será que vuelvas a la orilla, con tus amigos, y que regreses mañana». Y Tengga le preguntó: «¿Cómo! ¿Es que prefieres luchar mañana contra mí en vez de vivir muchos días en paz conmigo?». Y se echó a reír y se dio una palmada en el muslo. Tuan Jörgenson respondió así: «No, yo no pienso luchar contra ti. De todos modos, hasta la propia araña da tiempo a la mosca para que rece sus oraciones».

»—La voz de Tuan Jörgenson sonó muy extraña, mucho más altisonante de lo que jamás le oyó nadie. Has de saber, oh, Rajá Laut, que Jaffir y el hombre blanco también habían estado a la espera durante toda la noche, esperando que llegase alguna señal de ti: un disparo, una fogata encendida para aliviar sus corazones oprimidos. No hubo nada de eso. El Rajá Hassim, en un susurro, ordenó a Jaffir que aprovechase la primera ocasión para saltar por la borda y llevarte su mensaje de amistad y de despedida. ¿Acaso eran sabedores el Rajá y Jaffir de lo que ya se avecinaba? ¿Quién sabe? Y, no obstante, ¿qué otra cosa podían esperar, salvo una calamidad para todos los hombres de Wajo, al margen de la decisión que hubiera podido tomar Tuan Jörgenson? Jaffir se dispuso a obedecer a su señor; sin embargo, con tantas embarcaciones enemigas en el agua no creyó que pudiera jamás llegar a la orilla; en cuanto a ti, ni siquiera tenía la menor certeza de que siguieras con vida. En cambio, no dijo ni palabra de todo esto a su Rajá. Nadie los miraba. Jaffir presionó la mano de su señor y se la llevó al pecho antes de aguardar su oportunidad. Comenzó a disiparse la niebla y al punto quedó todo a la vista. Jörgenson estaba en pie, sosteniendo un cigarro encendido entre los dedos. Tengga estaba sentado frente a él, en uno de los sillones que habían utilizado los blancos. Sus secuaces lo rodeaban, entre ellos Daman y Sentot, quien murmuraba hechizos y encantamientos; incluso los *pangerans* se habían arrimado a la escotilla. Llegó la oportunidad de Jaffir, que sin embargo aún permaneció junto a su Rajá. En la claridad del aire lucía el sol con gran fuerza. Tuan Jörgenson miró una vez más hacia la empalizada de Belarab, Rajá Laut, pero allí no existía señal alguna, ni siquiera una bandera que ondease al viento. No había nada que no estuviera antes. También Jaffir miró en aquella dirección, y al volver la cabeza se fijó en Tuan Jörgenson, en medio de una veintena de lanzas que en cualquier instante podrían haberle asaeteado el corazón. Lo vio llevarse el cigarro a la boca y saltar por la escotilla. En ese instante, el Rajá Hassim dio a Jaffir un empujón hacia el costado del barco, y Jaffir saltó por la borda.

»—Aún estaba inmerso en el agua cuando el mundo entero se oscureció a su alrededor como si al sol le hubiera sido arrancada la vida en un inmenso estallido. Una gran oleada lo alcanzó por la espalda y lo arrojó contra la orilla entre pedazos de madera y de hierro y las extremidades arrancadas a los hombres que caían salpicando en el agua. Logró salir arrastrándose del barro. Algo le había dado de lleno mientras nadaba, y creyó que iba a morir. Sin embargo, la vitalidad seguía intacta en él. Tenía

un mensaje que darte. Durante mucho tiempo siguió a rastras bajo los grandes árboles, pues no encuentra descanso el mensajero hasta que no entrega su mensaje. Por fin se vio en la orilla izquierda del riachuelo. Y aún sintió que la vida palpitaba en él. Así se echó a nadar para cruzar el río, ya que si tú aún estabas en este mundo, sin duda estarías en la otra orilla. Mientras nadaba, notó que le abandonaban las fuerzas. Logró encaramarse a un tronco que flotaba a la deriva y se tendió como quien ya ha muerto, y así estuvo hasta que lo recogimos en uno de nuestros botes.

Wasub calló de pronto. A Lingard le había parecido imposible que un simple mortal sufriese más de lo que él sufrió en ese instante de silencio, atenazado por las mudas imágenes de la destrucción universal. Sintió que él mismo se hacía añicos, tal como si la violenta explosión de la intolerable desconfianza de Jörgenson frente a la vida de los hombres hubiera destrozado su alma y hubiera dejado su cuerpo desprovisto de todo su poder de resistencia, de toda su fortaleza, como una presa propicia, por siempre, del infinito remordimiento, de una pesadumbre inconsolable.

—Déjame a solas, Wasub —le dijo—. Todos han muerto, pero yo quisiera dormir.

Wasub alzó la mirada mortecina a la cara del hombre blanco.

—Tuan, es preciso que escuches a Jaffir —dijo con paciencia.

—¿Es que va a morir? —preguntó Lingard en voz baja y en tono de cautela, como si temiera el timbre de su propia voz.

—¿Quién sabe? —La voz de Wasub sonó más paciente que nunca—. No se ven heridas en su cuerpo, Tuan, pero él no desea seguir con vida.

—Abandonado por su Dios —murmuró Lingard para sí.

Wasub aguardó un poco antes de continuar.

—Además, Tuan, tiene un mensaje que darte.

—Claro. En fin, yo no deseo escucharlo.

—Es un mensaje enviado por aquellos que ya jamás volverán a hablar contigo —perseveró Wasub con tristeza—. Es un gran legado. Las palabras mismas de un Rajá. A Jaffir le resulta difícil morir. No deja de hablar en murmullos sobre un anillo que para ti era un talismán, y que él dejó descuidado en otras manos. ¡Era un poderoso talismán!

—Sí, pero de nada ha servido esta vez. Y si voy y le digo a Jaffir por qué ha sido así, él podrá decírselo a su rajá, Wasub, pues no en vano me dices que va a morir... Me pregunto dónde han de encontrarse —murmuró.

Una vez más, Wasub alzó los ojos para mirar a Lingard a la cara.

—El Paraíso es el destino de todos los Auténticos Creyentes —susurró, inflexible en la sencillez de su fe.

El hombre que había sido desmadejado por un simple atisbo del Paraíso intercambió una profunda mirada con el anciano malayo. Y se puso en pie. Al subir hacia la escotilla principal, el capitán del bergantín no se encontró a nadie en cubierta, como si la humanidad entera lo hubiera abandonado con la sola excepción del anciano que lo precedía y que precedía al otro hombre, moribundo, en el crepúsculo,

a la espera de su llegada. Abajo, a la luz de la escotilla, vio a un joven marinero oriental de ancho rostro amarillo, y vio su cabello crespo sobresalir por los lados del pañuelo con que se cubría la cabeza; lo vio sostener una jarra de barro y arrimarla a los labios de Jaffir, que estaba tendido boca arriba sobre unas esterillas.

Un lánguido movimiento de los ojos ya vítreos, un mero movimiento blanco y negro en la luz crepuscular, mostraron que el leal mensajero de los príncipes era consciente de la presencia del hombre al que desde antaño conocía, tal como lo conocía su pueblo, con el sobrenombre de Rey del Mar. Lingard se arrodilló junto a la cabeza de Jaffir, que se movió de un lado a otro antes de quedar quieta, con la mirada fija en uno de los baos de la cubierta. Lingard agachó la cabeza y arrimó el oído a los labios oscuros.

—Transmítame tu mensaje —le dijo con bondad.

—El Rajá quiso estrecharte la mano una vez más —murmuró Jaffir con voz tan tenue que Lingard, más que oír las palabras acertó a adivinarlas—. Yo debí decirte... —prosiguió, pero calló de repente.

—¿Qué es lo que debías decirme?

—Que lo olvidaras todo —dijo Jaffir con gran esfuerzo, como si fuese a comenzar un largo discurso. Y no dijo nada más.

—¿Y la dama Immada? —dijo Lingard.

Jaffir hizo acopio de toda su fuerza.

—Perdió toda esperanza —anunció con claridad—. Esa orden la recibí mientras lloraba, cubierta por el velo, aparte de todos. Ni siquiera le pude ver la cara.

Lingard se balanceó tan bruscamente sobre el moribundo que Wasub, que estaba cerca, se apresuró a sujetarlo por el hombro. Jaffir no pareció darse cuenta, y siguió mirando fijamente el bao.

—¿Me oyes aún, Jaffir? —preguntó Lingard.

—Te escucho.

—Nunca llegué a recibir el anillo. ¿Quién debía entregármelo?

—Se lo dimos a la mujer blanca... ¡Así acabe en la Gehenna!

—¡No! ¡Ella no! ¡Ése ha de ser mi destino! —exclamó Lingard con fuerza y desesperación, mientras Wasub alzaba ambas manos en un gesto de desamparo—. Escúchame, Jaffir: si ella me hubiera entregado el anillo, lo habría recibido un hombre mudo, sordo, desprovisto de todo su valor.

Fue imposible precisar si Jaffir llegó a oírlo. No emitió sonido alguno, no hubo cambios en su mirada de espanto. Su cuerpo reclinado se estremeció bajo la sábana de algodón como si pretendiera alejarse del hombre blanco. Despacio, Lingard se incorporó e hizo una seña a Wasub para que permaneciera donde estaba; acto seguido subió a cubierta sin volverse a mirar siquiera al moribundo. Una vez más tuvo la impresión de pasear por el alcázar de un barco desierto. El dispensero mulato, viéndolo por la rendija entreabierto en la puerta de la cocina, se fijó en que el capitán trastabillaba contra la escotilla y la cerraba a sus espaldas con un golpe violento.

Durante más de una hora nadie se aproximó a esa escotilla cerrada, hasta que Carter bajó por las escaleras de la cámara y habló sin proponerse siquiera el abrirla.

—Señor, ¿está usted ahí?

—Entre —recibió por respuesta, y al joven le reconfortó su fuerte resonancia.

—¿Y bien?

—Jaffir ha muerto. En este momento. Pensé que le gustaría saberlo ahora mismo.

Lingard miró a Carter con insistencia, pensando en que una vez muerto Jaffir ya no quedaba nadie en la desolación de la tierra que le dirigiera una sola palabra de reproche; ya nadie estaba al corriente de la grandeza de sus intenciones, del lazo de fidelidad que existió entre Hassim, Immada y él; de la hondura del afecto que tuvo por aquellas gentes, de la honradez y la dedicación de sus planes, de la ilimitada confianza que obtuvo a modo de recompensa. Gracias al demencial desdén de Jörgenson, a sus llamaradas a despecho de la vida de los hombres, fue como si todo aquello jamás hubiera existido. Había pasado a ser un secreto encerrado para siempre en su seno.

—Indique a Wasub que abra una de las balas de algodón que hay en la bodega, señor Carter, y que entregue a la tripulación el tejido necesario para enterrarlo con decencia y de acuerdo con su fe. Que lo hagan esta misma noche. También tendrán que disponer de los botes. Supongo que desearán llevarlo al arenal.

—Sí, señor —dijo Carter.

—Que se lleven todo lo que precisen: palas, antorchas... Wasub sabrá entonar las palabras apropiadas en la ceremonia. El Paraíso es el destino de todos los Auténticos Creyentes. ¿Me entiende, señor Carter? ¡El Paraíso! Me pregunto cómo será para él. A menos que reciba mensajes que portar por la jungla, rehuyendo las emboscadas y nadando contra la marea y en medio de la tormenta, sin conocer descanso, mucho me temo que no le ha de agradar.

Carter lo escuchó impertérrito. Le pareció que el capitán había olvidado su presencia.

—Y durante toda la eternidad dormiré en ese arenal —volvió a decir Lingard, sentado en su lugar de siempre bajo los relámpagos sobredorados, suspendidos sobre su cabeza, con los codos sobre la mesa y las manos en las sienes—. Si desean un tablón para la tumba, que se lleven una pieza de madera de roble. Con suerte, permanecerá intacta hasta el siguiente monzón.

Carter se sintió incómodo ante esa tensa mirada que no daba muestras de detectarlo, aunque en los confines del camarote parecía terrible por su expresión penetrante a la vez que remota. Como no le había dado venia, no quiso marcharse.

—Se hará todo tal como usted desea, señor —dijo—. Imagino que la goleta zarpará mañana a primera hora. ¿Señor?

—Si no lo hace, tendremos que largarle una buena andanada, o dos, a ver si se ponen en marcha. ¿Eh, señor Carter?

Carter no supo si sonreír o si dárselas de amedrentado. Al final hizo ambas cosas,

pero le resultó imposible decir nada. Lingard, de todos modos, no esperaba respuesta.

—Deduzco que se va a quedar usted conmigo, señor Carter.

—Ya se lo dije, señor: si lo desea, soy el hombre que necesita.

—Entiendo. El problema, señor Carter, radica en que yo ya no soy el mismo hombre con el que habló usted aquella noche en Carimata.

—Señor, debo decirle que yo en cierto modo tampoco soy el mismo.

Lingard dejó que se relajara la tensión con que lo miraba y escrutó al joven con aire pensativo.

—A fin de cuentas, es el bergantín quien lo requiere. El barco nunca ha de cambiar: es el navío más espléndido que surca estos mares. Me llevará adonde desee tal como ha hecho hasta ahora, aunque...

Desentrelazó las manos e hizo un gesto con el que quiso abarcarlo todo.

Carter puso toda su ingenua simpatía de parte del hombre que sin lugar a dudas había llevado a efecto el salvamento de los blancos, pero que parecía haber perdido su propia alma en el intento. Algo le había oído comentar a Wasub. Logró entender lo suficiente, a partir del relato desgranado por el anciano *serang* en un inglés muy defectuoso, para saber que los amigos nativos del capitán, uno de ellos una mujer, habían perecido en una misteriosa catástrofe. El porqué y el cómo se produjo tal hecatombe aún eran un misterio incomprensible para él. Un hombre como el capitán desde luego debía de estar destrozado...

—Pronto volverá a ser el de siempre, señor —dijo con toda amabilidad.

Con la misma sencillez, Lingard meneó la cabeza. Pensaba en Jaffir, ya muerto, con su último mensaje entregado y ya por fin ajeno a las complicaciones de la vida en la tierra. Jaffir había recibido la orden de decirle que se olvidase de todo. Notó un estremecimiento. En su pesadumbre, tal vez hubiera llegado a pensar que su bergantín se hallaba a la sombra del ala misma del Ángel de la Desolación: tan opresivo, tan definitivo, tan desesperanzado se le antojó el silencio en el que Carter y él se miraron con un punto de melancolía.

Lingard extrajo una hoja de papel entre las varias que se encontraban sobre la mesa, empuñó la pluma, vaciló un instante y escribió:

«Reúnase conmigo al alba en el arenal».

Dirigió el sobre a la señora Travers, Goleta *Ermitaño*, y lo empujó sobre la mesa.

—Que lo envíen a bordo de la goleta, señor Carter. Aguarde un instante. Cuando nuestros botes zarpen rumbo al arenal, ordene que disparen el cañón del castillo de proa. Deseo saber cuándo abandona el barco ese hombre muerto.

Quedó sentado a solas, con la cabeza apoyada en ambas manos, a la escucha, a la escucha, sin fin, por si llegase el estampido del cañón. ¿Llegaría a producirse? Cuando por fin llegó a sus oídos, amortiguado y distante, con un leve temblor en la obra viva del bergantín, siguió inmóvil con la cabeza entre las manos, aunque por fin provisto de una inequívoca convicción, con una certeza casi física incluso, de que bajo la sábana de algodón que envolvía al muerto también abandonaba el barco una

parte de sí mismo.

9

En un espacioso camarote, amueblado de modo confortable, si bien austero, el señor Travers reposaba a sus anchas en un catre bajo, bajo una sábana blanca como la nieve y un liviano cobertor de seda, hundida la cabeza en una almohada blanca, de extremada pureza. Un débil aroma a lavanda pendía sobre la ropa limpia. Aun tendido boca arriba, como una persona gravemente enferma, el señor Travers era tan sólo consciente de la enorme fatiga que invadía su cuerpo. El reposo del señor Travers tenía un aire vagamente triunfal. Hallarse de nuevo a bordo de su yate había apaciguado su vanidad y le había valido para revivir el concepto que tenía de su propia importancia. La contemplaba desde una remota perspectiva, restablecido al entorno que le era propio, sin que le afectase una aventura demasiado extraordinaria para perturbar un ánimo como el suyo, muy superior a tales avatares, e incluso inadecuada para permanecer demasiado tiempo en su memoria. Él no había sido responsable. Al igual que a tantos otros hombres ambiciosos, empeñados en dirigir los asuntos de una nación, al señor Travers le disgustaba la idea de la responsabilidad. No se habría escaqueado llegado el caso, no hubiese evadido toda responsabilidad, aunque con perversa altanería, en lo más profundo de su corazón se mofaba de tal concepto. Ésa era la razón de que fuera capaz de permanecer tendido, descansando, disfrutando del modo en que recuperaba poco a poco su vigor. No obstante, por el momento no se había tomado la molestia de hablar con nadie, y por eso se había prolongado durante horas su silencio en el camarote. La lámpara del mamparo tenía una pantalla verde. Le resultaba de todo punto innecesario reconocer siquiera por un instante la existencia de la impudicia, del afán rufianesco. Alguien llamó con deferencia a la puerta.

La señora Travers se puso en pie por ver qué se le solicitaba, y volvió sin decir palabra al sillón de tijera colocado junto al catre, con un sobre en la mano que al punto desgarró a la luz verdosa de la lámpara. El señor Travers no sintió curiosidad alguna; su esposa, sin embargo, le pasó una hoja de papel desdoblada que él condescendió a mirar de un solo vistazo. Contenía un solo renglón escrito. Dejó que el papel cayera sobre el cobertor y siguió en actitud de reposo, igual que antes. El suyo era el reposo de un enfermo. En el sillón, con las manos sobre los brazos, la señora Travers denotaba una actitud de enorme dignidad.

—Tengo previsto ir allá —anunció al cabo de un rato.

—Tienes previsto ir allá —repitió el señor Travers con voz débil, exageradamente frágil—. La verdad es que poco importa lo que decidas. Todo esto tiene una mínima importancia. A mí me parece que no tiene sentido alguno.

—Tal vez no lo tenga —reconoció ella—, pero ¿no te parece que habría que rendir al menos un mínimo respeto?

El señor Travers volvió la cabeza sobre la almohada y miró con un pavor mal disimulado a esa mujer que hablaba con tanta claridad. De nuevo volvió la cabeza del otro lado y se sumergió en su pasividad, la encarnadura misma del agotamiento y el desamparo. La señora Travers se dio cuenta, y tuvo la inesperada impresión de que el señor Travers no estaba tan enfermo como parecía. «Es puro fingimiento —se dijo—. Lo hace por mera diplomacia». Y lo pensó sin ironía, sin amargura ni disgusto. Tan sólo se le encogió el corazón un poco más, y entendió que no podía permanecer en el mismo camarote que aquel hombre durante el resto de la velada. Durante el resto de su vida, ¡sí!, pero no durante el resto de la velada. Eso no.

—Es sencillamente monstruoso —murmuró el hombre, que o bien se mostraba muy diplomático o bien estaba realmente fatigado, y lo dijo con extrema languidez—. Hay en ti algo anormal.

La señora Travers se puso de pie al punto.

—Uno se topa con monstruosidades donde menos lo espera. Pero te aseguro que de todos los monstruos que acechan en lo que tú llamarías una vida normal, el que más pavor me inspira es el tedio. Un monstruo despiadado, sin dientes y sin garras. Impotente. ¡Es horrible!

Salió del camarote, desvaneciéndose sin hacer un solo ruido, completamente resuelta. No existía poder en la tierra capaz de hacerla seguir allí durante un minuto más. En cubierta la recibió una noche sin luna, una sensación tibia y aterciopelada en el aire, el cielo como una masa de luz estelar, difusa, como las mal bruñidas tachuelas de un firmamento agotado, muy viejo, hastiado. La rutina habitual había vuelto a instalarse en el yate; las toldillas estaban extendidas a popa; una solitaria lámpara de cardán colgaba como siempre, bajo el botalón de la mayor. En las tinieblas, tras la lámpara, la larga y desgarbada silueta de D'Alcacer se había provisto de la reserva de cigarrillos que debía a la generosidad del Gobernador General. Una brasa alargada, titilante, resplandecía e iluminaba de matices rojizos la forma de sus labios bajo el bigote fino, oscuro, y la nariz, la magra barbilla. D'Alcacer se reprochó la inusitada ligereza de ánimo que de algún modo se había apoderado de su ser. No había experimentado esa sensación desde muchos años antes. Por reprehensible que fuera, no deseaba que nada la alterase. Ahora bien, no podía alejarse abiertamente de la señora Travers, de modo que se adelantó a recibirla.

—Confío en que no tenga nada que decirme —le comunicó con caprichosa honestidad.

—¿Yo? ¡No! ¿Y usted?

Le aseguró que no, y le hizo una petición.

—Es mi deseo que no nos digamos nada, señora Travers. Es mejor que no pensemos en nada. Creo que ésa es la mejor manera de pasar esta velada. —En su tono de chanza se notaba verdadera ansiedad.

—Muy bien —asintió la señora Travers con toda seriedad—. En tal caso, mejor será que ni siquiera estemos juntos. —Pidió a D’Alcacer que bajase a acompañar al señor Travers, a quien no le agradaba estar solo—. Debo decirle que tampoco él parece deseoso de que nadie le diga nada —añadió a modo de paréntesis, antes de proseguir—: Sin embargo, debo pedirle una cosa, señor D’Alcacer. Me propongo sentarme en esta tumbona y dormir un poco, si es que puedo. ¿Promete avisarme a las cinco en punto? Prefiero no hablar con ninguno de los marinos de cubierta; además, sé que puedo confiar en usted.

Le hizo él una silenciosa reverencia y se marchó despacio. La señora Travers volvió la cabeza y percibió una luz firme en el penol del bergantín, especialmente luminosa entre las estrellas bruñidas. Fue a popa y miró por encima del espejo. Todo era exactamente igual que aquella otra noche. Casi esperaba oír en cualquier momento el chapaleo bajo de un bote que se acercase. Sin embargo, el universo permanecía quieto, ajeno a todo sonido. Cuando por fin se dejó caer en la tumbona, estaba completamente al final de su capacidad de pensar en nada. «Supongo que así es como logran dormir un poco los condenados la noche de la víspera de su ejecución», se dijo instantes antes de que se le cerrasen los párpados como si los hubiera apretado una mano de plomo.

Despertó con la cara empapada de lágrimas, en medio de un sueño en el que aparecía Lingard con una cota de malla, una figura que recordaba en cierto modo la de un cruzado, aunque con la cabeza descubierta; se alejaba de ella en las honduras de un paisaje imposible. Ella apretaba el paso para alcanzarlo, pero un tropel de bárbaros de enormes turbantes se interponía entre ambos en el último instante y ella lo perdía de vista para siempre, llevada por una horrorosa tormenta de arena. Lo que más le aterró fue que no acertó a verle la cara. Fue entonces cuando se echó a llorar por su destino inmisericorde. Cuando despertó, aún le rodaban las lágrimas por las mejillas; a la luz de la lámpara de cubierta percibió a D’Alcacer algo alejado de ella.

—¿Tenía usted que hablar conmigo?

—No —dijo D’Alcacer—. No me ha dado usted tiempo para eso. Cuando llegué hasta aquí me pareció oírla sollozar, pero debe de haber sido mera ilusión.

—No, no. Aún tengo la cara empapada. Era un sueño. Supongo que serán las cinco. Gracias por su puntualidad. He de hacer algo antes de que amanezca.

D’Alcacer se acercó.

—Lo sé. Ha decidido usted acudir a una cita en el arenal. Su marido no ha dicho ni veinte palabras en todas estas horas, pero se las ingenió para darme la noticia.

—Nunca lo hubiera creído posible —murmuró ella vagamente.

—Me quiso dar a entender que no tenía ninguna importancia —afirmó D’Alcacer con gran serenidad.

—Sí. Sabe bien de qué está hablando —dijo la señora Travers con tal amargura que desconcertó a D’Alcacer por un instante—. No se ve ni un alma en cubierta —siguió diciendo sin solución de continuidad.

—Hasta los vigías se han dormido —dijo D’Alcacer.

—No hay nada secreto en esta expedición, pero prefiero no llamar a nadie. Tal vez a usted no le importe acercarme a la orilla en nuestro bote.

A ella le pareció que D’Alcacer titubeaba.

—No tiene ninguna importancia, ya lo sabe usted —añadió ella.

Le comunicó su asentimiento inclinando la cabeza y la precedió en silencio al bajar por la escala del costado. Cuando ella entró en el bote él tenía listos los remos pareles; nada más sentarse ella, él se abrió del yate. Aún era tan negra la noche que, de no ser por la luz en el penol del bergantín, difícilmente podría haber mantenido el rumbo. Remó con determinación, mirando a menudo por encima del hombro. Fue la señora Travers quien primero vio el tenue resplandor del banco de arena que afloraba sobre las aguas negras y encalmadas.

—Un poco más a la izquierda —le dijo—. No, al revés...

D’Alcacer obedeció sus instrucciones, aunque remando cada vez más despacio.

—¿No opina usted, señor D’Alcacer, que siempre es preciso rendir al menos un mínimo respeto?

D’Alcacer miró por encima del hombro.

—Es la única manera de conducirse con honor. Pero puede hacerse muy duro. A veces, demasiado duro para los temerosos corazones de los simples mortales.

—Estoy preparada para lo que haga falta.

Él dejó de remar un momento.

—Para lo que me haya de encontrar en el arenal —siguió diciendo la señora Travers—. En un arenal árido, insignificante y desierto.

D’Alcacer dio un par de paladas y cesó de nuevo.

—En un arenal hay sitio de sobra para un mundo entero de sufrimiento, para toda la amargura y el resentimiento que pueda llegar a sentir el alma de un ser humano.

—Sí, supongo que usted sabrá —musitó ella mientras él movía los remos desacompañadamente y miraba por encima del hombro—. Amargura, resentimiento... —murmuró al cabo, y entonces notó que la quilla del bote se posaba sobre la arena. No hizo movimiento alguno, y D’Alcacer también permaneció sentado en la bancada, con las palas de los remos en alto, como si estuviera listo para meterlas en el agua en cualquier momento y adentrarse de nuevo en el mar a la primera señal.

La señora Travers no hizo ademán alguno.

—Señor D’Alcacer —preguntó con brusquedad—. ¿Cree usted que volveré?

A él le pareció que su tono de voz carecía de sinceridad. Sin embargo, ¿quién podría precisar qué encubría esa brusquedad, si un temor sincero o una elemental vanidad? Se preguntó si no estaría actuando ella para su deleite, o si sólo actuaba para sí misma.

—Creo de veras que no entiende usted cuál es la situación, señora Travers. Creo que no se ha formado una idea muy clara de la simplicidad de ese hombre, o de su orgullo de visionario.

Ella pensó con desprecio que existían otras cosas que no estaban en conocimiento de D'Alcacer, y cedió a la súbita tentación de esclarecérselas al menos un poco.

—Olvida usted su capacidad de apasionarse. Olvida que en su simplicidad es desconocedor de sus propias fuerzas.

Fue inconfundible la sinceridad de ese murmullo. «Ella lo ha percibido», se dijo D'Alcacer con total certeza. Se preguntó cuándo, dónde, cómo, con qué ocasión. La señora Travers se incorporó sobre el paño de popa sin previo aviso, y D'Alcacer saltó a la arena para ayudarla a bajar del bote.

—¿No le parece conveniente que me quede esperándola para llevarla de regreso? —le sugirió nada más soltarle la mano.

—¡De ninguna manera! —exclamó ella angustiada—. Debe usted regresar al yate. Dentro de una hora se habrá hecho de día. Volveré a este lugar y agitaré el pañuelo cuando desee que vengan a recogerme.

A sus pies, las Aguas Someras dormían profundamente. El fantasmal rebrillar de la arena desconcertaba su mirada por su misma falta de forma. A lo lejos, la maleza del centro de la barra de arena formaba una masa negra recortada contra el cielo estrellado por el sur. La señora Travers aguardó unos momentos junto al bote como si le diera miedo la extraña soledad reinante en el arenal desierto, así como el mar solitario que parecía colmar todo el universo circundante, las estrellas remotas, las sombras ilimitadas.

«Aquí no hay nadie», murmuró para sus adentros.

—Estará por ahí, esperándola a usted. De lo contrario, es que no he llegado a conocer a ese hombre —afirmó D'Alcacer en voz baja. Dio un empujón vigoroso con el que introdujo el bote en el agua.

*

D'Alcacer estaba en lo cierto. Lingard había vuelto a cubierta mucho antes de que la señora Travers despertase con el rostro anegado por las lágrimas. Los asistentes al entierro habían regresado horas antes, y la tripulación del bergantín dormía a pierna suelta con la excepción de dos vigías, que ante la presencia de Lingard se retiraron de la popa sin hacer ningún ruido. Acodado en la barandilla, Lingard se dejó llevar por una sombría ensoñación en la que revivió su pasado. Espectros y reproches poblaban el aire, animados y audibles, aunque no hablasen el lenguaje articulado de los mortales, pues más bien lo asaeteaban con tenues sollozos, hondos suspiros, gestos ominosos. Cuando volvió en sí y se dio la vuelta se habían volatilizado; no quedaba más que una sombra oscura, ajena a todo ruido, a todo movimiento. Lingard la escrutó con secreto pavor.

—¿Quién anda? —preguntó con voz quebrada.

La sombra se acercó.

—Sólo soy yo, señor —dijo Carter, que había dejado orden de que se le llamase

en cuanto subiera el capitán a cubierta.

—Ah, sí. Debería haberlo imaginado —murmuró Lingard un tanto confuso. Solicitó a Carter que le aparejase un bote; cuando el joven le dijo al poco que estaba listo, contestó:

—¡Excelente! —Y permaneció acodado.

—Perdone la interrupción, señor —dijo Carter al cabo de un prolongado silencio—, pero ¿tiene previsto ir lejos?

—No. Tan sólo deseo que me dejen en el arenal.

A Carter le alivió la respuesta, aunque no dejó de sorprenderle.

—Allí no hay un solo ser vivo, señor —le dijo.

—Me extrañaría —musitó Lingard.

—Yo lo sé con certeza —insistió Carter—. A las últimas mujeres y a los chiquillos de esos piratas se los llevaron los sampanes en los que volvió usted junto con los blancos del yate.

Caminó hasta la pasarela junto a Lingard y atendió a sus órdenes.

—Pronto empieza a haber luz suficiente para hacer señales por medio de las banderas. Indique a la goleta que se ponga al paio sin soltar amarras y que largue todo el velamen. Si no obedecen al punto, dispare el cañón, señor Carter. No quiero que nadie se ande con chiquitas. Si no zarpan en cuanto se les dé la señal, por el cielo le juro que los pienso echar de aquí. Todavía soy el amo de este paraje, aunque sólo sea por un día más.

*

La abrumadora sensación de inmensidad, de vacuidad perturbadora, que afecta a quienes caminan sobre un arenal en medio del mar, intimidó muy pronto a la señora Travers. El mundo entero recordaba una ilimitada sombra aplanada, inmóvil y elusiva. Bajo las estrellas del sur vio entonces una silueta humana aislada, que a solas se le apareció en toda su inmensidad: el perfil de un gigante recortado en medio de las constelaciones. A medida que se acercaba hacia ella fue menguando hasta adquirir proporciones normales; dejó más estrellas a la vista, perdió su aspecto amenazador y la amenaza se redujo a su ominoso, callado modo de avanzar. La señora Travers se dio prisa en tomar la palabra.

—Me ha hecho llamar. Aquí me tiene. Confío en que no disponga usted de razones para lamentar mi obediencia.

Él se acercó mucho más a ella y se inclinó un tanto para mirarla a la cara. La primera media luz del amanecer en el trópico dio su brillo frío e inconfundible al cielo que remataba la Costa del Refugio.

La señora Travers no apartó la mirada.

—¿Acaso pretende descubrir un cambio en mí? Pues no. No lo verá. Ahora sé que no podría cambiar ni siquiera aunque lo deseara con todo el corazón. Estoy hecha de

un barro demasiado endurecido.

—La estoy mirando por vez primera —dijo Lingard—. Hasta ahora, nunca pude verla. Había demasiadas cosas, demasiados pensamientos, demasiadas personas en derredor. No, nunca la había visto hasta ahora. Pero es que ahora ha muerto el mundo.

La sujetó por los hombros, arrimando su cara a la suya. Ella ni siquiera se encogió.

—Sí, el mundo ha muerto —dijo ella—. Mire todo lo que desee mirar. No durará demasiado.

Él la soltó tan de pronto como si ella lo hubiese golpeado. La luz blanca y fría del amanecer en el trópico había pasado ya del cenit, y la extensión de las Aguas Someras también parecía fría, sin una sola onda, una sola agitación dentro del inmenso cerco del horizonte, donde por el oeste aún se demoraban las sombras.

—Tómeme del brazo —dijo él.

Ella lo hizo de inmediato, y de espaldas a ambos navíos echaron a caminar por el arenal, aunque no fue largo el trecho recorrido hasta que la señora Travers percibió un montículo alargado con un tablón plantado en perpendicular a un extremo. La señora Travers conocía esa parte del arenal. Allí acostumbraba a caminar con su esposo y con D'Alcacer todas las noches después de la cena, mientras el yate permanecía encallado y sus esquifes habían emprendido sendas expediciones en busca de auxilio, auxilio que hallaron, que en efecto hallaron. Aquello era algo que no había visto antes. Lingard se había detenido de pronto y contemplaba el montículo un tanto cabizbajo. Ella le presionó el brazo para despabilarlo.

—¿Qué es eso? —le preguntó.

—Una tumba —dijo Lingard en voz baja, sin quitar la vista del montón de arena—. Ayer noche ordené que se lo llevaran del barco. Es curioso —siguió en tono meditabundo— cuánto es lo que puede contener una tumba en la que sólo cabe un hombre. Su mensaje fue que me olvidase de todo.

—Nunca, eso nunca —murmuró la señora Travers—. Ojalá hubiera estado yo a bordo del *Emma*... Allí tenía usted a un loco —exclamó de repente. De nuevo echaron a caminar, Lingard mirando a la señora Travers, que se apoyaba en su brazo.

—Me pregunto cuál de los dos estaba más loco —dijo él.

—Yo me pregunto cómo puede soportar usted el mirarme siquiera a la cara —murmuró ella.

—Necesitaba verla una vez más.

—Ese abominable Jörgenson... —musitó ella para sus adentros.

—No, no. Él me dio una oportunidad... Antes de renunciar a mí.

La señora Travers se soltó del brazo de Lingard y él también se detuvo, mirándola durante un rato en silencio.

—No podía negarme a que nos viésemos —dijo por fin la señora Travers—. Yo no podría negarle nada a usted. Tiene usted todo el derecho que le asiste, y lo mismo me da qué haga, qué diga. Pero me pregunto por mi valor cuando pienso en la

confesión que debo hacerle. Y dudo que lo tenga. —Avanzó, apoyó la mano en el hombro de Lingard y le habló con toda honradez—. Me daba miedo la sola idea de que nos viésemos de nuevo. Y ahora debe escuchar usted mi confesión.

—No diga una sola palabra —dijo Lingard con voz inflexible, sin dejar de mirarla a la cara—. Ya lo sé todo.

—Es imposible —exclamó ella. Se le resbaló la mano de su hombro—. En tal caso, ¿cómo es que no me arroja al mar? —le preguntó apasionadamente—. ¿O es que he de seguir viva y aborreciéndome por lo que he hecho?

—¿De ninguna manera! —dijo él con un deje de miedo en la voz—. ¿No ha entendido usted hace ya tiempo que aun cuando me hubiera entregado el anillo todo habría sido exactamente igual?

—¿De veras pretende que lo crea? No, ¡no! Es usted demasiado generoso con una mera impostora. Es usted el hombre más magnánimo que existe, pero conmigo malgasta usted su magnanimidad. ¿Es que de veras cree que tan sólo siento remordimientos? No. De ser algo, es desesperanza. Pero eso ya tenía que saberlo, a pesar de lo cual ha insistido en volver a verme.

—Le dije que no había tenido oportunidad de verla —dijo Lingard con voz que denotó su imperturbabilidad—. Sólo después de haber sabido que le hicieron a usted entrega del anillo me di cuenta del poder que tenía usted sobre mí. ¿Cómo iba a saberlo antes? ¿Qué tendrán que ver el odio o el amor con usted y conmigo? El odio. El amor. ¿Hay algo de eso que a usted la pueda afectar? Para mí, usted se halla muy por encima incluso de la mismísima muerte, pues ahora entiendo que mientras yo siga con vida, usted no morirá jamás.

Se miraron el uno al otro en la orilla sur del arenal, como si flotasen en mar abierto. Las dunas y los médanos, levantados por los vientos, los ocultaban de los palos mayores de ambos navíos, y la creciente brillantez de la luz sólo aumentaba la sensación de su invencible soledad en la serenidad terrible del mundo circundante. La señora Travers de pronto se cubrió los ojos con el brazo y apartó la mirada.

—Eso es todo —añadió él.

La señora Travers dejó caer el brazo y comenzó a volver sobre sus pasos, sin apoyo de Lingard, a solas. Lingard la siguió por la orilla del arenal, el trecho que dejaba al descubierto la marea baja. Una cinta de luz anaranjada apareció en la frialdad del cielo, sobre la oscura masa vegetal de la Costa del Refugio, para desvaírse enseguida en tonos dorados que pronto se fundieron en un resplandor incoloro y cegador. Hasta que hubieron dejado atrás la tumba de Jaffir, la señora Travers no se atrevió a mirar de reojo hacia atrás, para descubrir que, en efecto, estaba a solas. Lingard la había dejado allí. Lo vio sentado cerca del montículo de arena, con la espalda inclinada, las manos aferradas a las rodillas, como si hubiera obedecido a la invocación indomeñable de sus grandes visiones de futuro, como si éstas rondasen la tumba del leal mensajero. Apantanándose los ojos con una mano, la señora Travers contempló la inmovilidad de aquel hombre colmado de infinitas

ilusiones. Él no se movió, ni siquiera alzó la cabeza. Todo había terminado. Él había terminado su trato con ella. Ella aguardó un poco más y luego siguió despacio por su camino.

Shaw, que ya hacía las veces de segundo de a bordo en la goleta, acudió con otro hombre en el bote para recoger a la señora Travers. La miró como si fuera un búho ultrajado. No logró entender cómo había aparecido de repente la señora en la orilla, a la salida del sol, ondeando el pañuelo. Y es que aun cuando hubiera logrado llegar a remo, en secreto, en plena noche, era imposible que hubiera conseguido devolver el bote vacío a la goleta. Para Shaw, aquello era un milagro sumamente impropio.

D'Alcacer se apresuró en llegar a lo alto de la escala y, al reunirse sobre cubierta, la señora Travers lo dejó pasmado al decirle en tono curiosamente provocador:

—Tenía usted razón. He vuelto. —Y con una risita que impresionó dolorosamente a D'Alcacer, añadió haciendo un gesto—: Y Martin también estaba en lo cierto. Era algo completamente carente de la menor importancia.

Caminó derecha hasta el espejo de popa y D'Alcacer la siguió alarmado por su palidez, sus bruscos movimientos, el nerviosismo con que trataba de controlar su voz sin que se le quebrase. Aguardó discretamente hasta que se volvió y le tendió la mano abierta, en cuya palma vio él un grueso anillo de oro con una gran piedra verde engastada.

—Vea esto, señor D'Alcacer. Esto es lo que le pregunté si debía entregar u ocultar, el símbolo de la última hora, el llamamiento supremo. ¡Y él me ha dicho que no habría cambiado nada! Es el hombre más magnánimo que existe, y le he rendido los debidos respetos. Ha terminado su trato conmigo. El más magnánimo... Sin embargo, hay una tumba en el arenal junto a la cual le dejé sentado. Ni siquiera me miró de reojo. ¡Su última mirada sobre la tierra! Yo me he quedado con esto. Completamente carente de importancia. Un talismán sin uso posible. —Con un gesto nervioso, arrojó el anillo por la borda—. Quédese aquí un momento —suplicó a D'Alcacer—. Que no se nos acerque nadie. —Se echó a llorar entonces y le volvió la espalda.

*

Lingard regresó a bordo del bergantín y, a primera hora de la tarde, el Relámpago zarpó y dejó atrás a la goleta, aunque no demasiado, para indicarle el rumbo a seguir por el laberinto de las Aguas Someras. Lingard permaneció en cubierta, pero sin mirar una sola vez al navío que lo seguía. Ambos barcos se vieron pronto en mar abierto, y bajó al camarote no sin antes indicar a Carter:

—Ya sabe usted qué debe hacer.

—Sí, señor —dijo Carter.

Poco después de que su capitán desapareciera del puente, Carter arrió la mayor. El *Relámpago* perdió holgura cuando la goleta lo rebasó con todo el velamen ligero

desplegado, por popa, sin variar de rumbo. La señora Travers se hallaba a popa, sujeta a la barandilla con ambas manos, muy envarada. El ala de su blanca pamea iba doblada por uno de los lados, y su falda de navegar ondeaba a merced de la brisa. A su lado, D'Alcacer agitó la mano con toda cortesía. Carter se quitó la gorra.

Por la tarde recorrió la popa con pasos comedidos y unos prismáticos en la mano. Por fin los dejó en su sitio, comprobó el compás y se acercó a la lumbrera del camarote, cuyos cristales estaban abiertos.

—Lo acabamos de perder, señor —dijo. Abajo, todo estaba en calma. Alzó la voz—. Me indicó usted que le avisara del momento en que perdiéramos de vista el yate.

Un gruñido a medias ahogado llegó a oídos de Carter.

—Entendido, ya subo —dijo una voz fatigada.

Cuando salió Lingard a la popa del *Relámpago*, el mar abierto se había tornado de una leve tonalidad púrpura a la luz de la tarde, mientras que, al este, las Aguas Someras aún resplandecían contra la sombría línea de la costa. Con los brazos cruzados, Lingard oteó el mar. Carter se le acercó y le habló con calma.

—Ha cambiado la marea y se nos echa la noche encima. ¿No sería aconsejable alejarnos de los Bajíos, señor?

Lingard no se inmutó.

—Sí, se nos hecha la noche encima. Puede usted izar la mayor, señor Carter —dijo, y de nuevo se sumió en el silencio, con los ojos clavados al sur, por donde las sombras avanzaban ágiles hacia el sol poniente. Carter volvió a colocarse a su lado.

—El bergantín ya gana velocidad, señor —dijo a modo de advertencia.

Lingard salió de su ensimismamiento con un llamativo temblor de su poderosa osamenta, como el estremecerse de un árbol arrancado de cuajo.

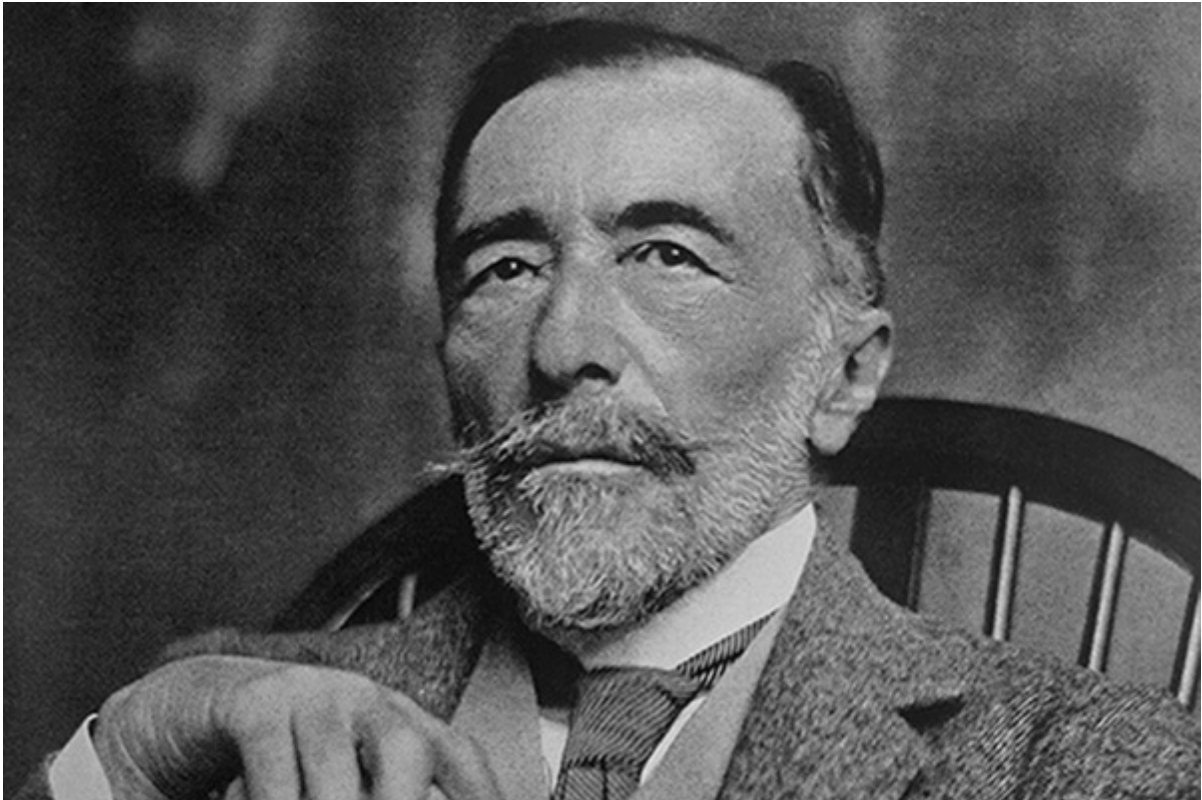
—¿Qué rumbo llevaba la goleta cuando la perdió de vista? —preguntó.

—Tan ceñido al sur como le era posible —respondió Carter—. ¿Piensa indicarme un rumbo que seguir durante la noche, señor?

A Lingard le temblaron los labios antes de hablar, aunque lo hizo con voz sosegada.

—Ponga proa al norte —dijo.





JOSEPH CONRAD, (Berdyczow, Ucrania, 1857 - Bishopsbourne, Inglaterra, 1924). Escritor británico de origen polaco, Berdyczów pertenecía entonces a Polonia. Debido a la profundidad de su obra, en la que analiza los rincones más débiles y oscuros del alma humana, está considerado uno de los grandes autores en lengua inglesa del siglo XIX.

Conrad nació en el seno de una familia noble, muy activa dentro de los movimientos nacionalista polacos, algo que supuso su exilio tras la insurrección polaca de 1863. Tras quedar huérfano marchó a Marsella donde, a los 17 años, se enroló como marinero en un barco mercante.

De sus experiencias como marino por las costas de Sudamérica, India o África se nutren muchos de sus posteriores relatos, así como de sus vivencias durante las Guerras Carlistas en España, en las que participó en el bando carlista.

Nacionalizado inglés tras varios años enrolado en la Royal Navy decidió retirarse a los 38 años para dedicarse de manera íntegra a la escritura. Comenzó a escribir en inglés, cuya escritura no dominaba al principio tan bien como el polaco o el francés.

Es importante su visita al Congo Belga en 1888, donde constató las atrocidades cometidas sobre la población indígena, algo que sentaría las bases de una de sus novelas más famosas, *El corazón de las tinieblas*. Conrad también escribió algunos de los clásicos más memorables de la novela de aventuras, como *Lord Jim* o *Un vagabundo en las islas*.

Su estilo, a medio camino entre la tradición clásica y el nuevo modernismo, que más tarde reinaría en Europa, está también influenciado por el romanticismo pese a tratar sus relatos con una gran dosis de realismo.

Notas

[1] En la revisión última, Conrad dedicó tres meses a retocar el estilo de la novela. Sobre todo trató de limar y suprimir todo exceso verbal. Eliminó construcciones paralelas, largas frases apositivas y extensos símiles, frases basadas en un «como si». Descartó pasajes enteros que tendían al sentimentalismo. Aunque reconociera escribir una «novela de amor» (y aventuras), sabía que ese lenguaje ya no era el apropiado para la ficción seria de su época. De ahí, creo, que él mismo reconozca —o proclame— la condición que *Salvamento* tiene en tanto «canto del cisne» de ese género que la modernidad descartó entonces. <<

[2] La revista literaria en cuestión se llamaba *Blackwood's Magazine*, familiarmente «Maga». En ella publicó Joseph Conrad por entregas muchos de los mejores libros de sus inicios, desde *Juventud* hasta *Lord Jim*. <<

[3] Entre los musulmanes, ostenta el título respetuoso de *haji* sólo aquel que ha hecho la peregrinación a La Meca. <<

[4] En la actualidad, Yakarta, capital de Indonesia. <<

[5] Ídolo de los fenicios; según el Antiguo Testamento, espíritu destructor, genio del mal y jefe de los demonios. Fue adorado en Sodoma y en Babilonia. <<

[6] Carro tirado por un solo caballo. <<

[7] En castellano en el original. <<

[8] «Corporación de Trinity House». Principal autoridad portuaria del Reino Unido. Tiene su sede en Tower Hill, junto a la Torre de Londres. Proviene del gremio de marineros de Kent, que obtuvo una patente de Enrique VIII en 1512 para controlar los faros, balizas y cartas náuticas de la costa del Reino Unido. <<

[9] Supone Homero que los cimerios habitan en una tierra «allende el océano», donde jamás brilla el sol. <<